

Ross Raisin

Un talento natural



ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Tom ha sabido siempre el tipo de persona que quiere ser: un futbolista de éxito. Un hombre al que otros hombres admiran y respetan. Pero el futuro brillante que imaginó está amenazado. Mientras se mueve entre la soledad y la necesidad de reconocimiento, un encuentro fortuito le ofrece una vía de escape y le hará cuestionarse a sí mismo. Un talento natural profundiza en el corazón de un club de fútbol profesional: la presión, la soledad, la amenaza de escándalos, la fragilidad del cuerpo humano y la lucha, dentro y fuera del campo, por convertirnos en la persona que todos esperan que seamos.



Seix Barral Biblioteca Formentor

Ross Raisin

Un talento natural

Traducción del inglés por
Íñigo F. Lomana

Para Toes, Maggie y Vic

1

Cuando entró en la rotonda, unos cuantos conductores redujeron la velocidad para echar un vistazo al costado del autobús. En una de las ventanillas de la parte trasera había tres pares de nalgas pegadas contra el cristal, como una hilera de pechugas de pollo en un supermercado. Un coche los adelantó y el conductor tocó el claxon. El siguiente hizo lo mismo. Cuando el autobús salió de la rotonda, uno de los pares de nalgas desapareció momentáneamente y al cabo de unos instantes volvió a ocupar su lugar entre los demás con energías renovadas.

Tom estaba sentado solo al lado de su mochila, mirando las expresiones grotescas que ponían aquellos tres individuos mientras hacían un calvo. Al de en medio se le habían caído los pantalones hasta los tobillos, y el bandazo que dio el autobús para adelantar a una caravana en aquella autopista de dos carriles hizo que la polla se le bamboleara de forma ridícula. Tom se volvió, feliz de que aquel corto viaje estuviera próximo a su fin. Iban camino de un hotel en las afueras, una política de pretemporada que el presidente había impuesto tras los incidentes que se habían producido durante un fin de semana del verano anterior. Tom no estaba en el club por aquel entonces, aunque había oído hablar del asunto. Había llegado hacía menos de dos meses, poco después de que lo echaran del equipo en el que había jugado desde niño en una reunión breve y lacrimógena con el nuevo entrenador. Aún le dolía recordar aquella tarde. Todos los becarios[1] haciendo fila en el pasillo, entre las cajas y las pizarras del técnico recién incorporado. El despacho, con ese pestazo a tabaco rancio que había dejado el místico anterior.

Y el nuevo, detrás del escritorio, pidiéndole que se sentara.

—Por lo que he podido oír, eres un buen chaval. Tus padres deberían estar orgullosos de ti. Cuando madures un poco, vas a ser de los buenos. Estoy seguro de que encontrarás otro equipo.

Tom se enteró después de que les había dicho justo lo mismo a todos los demás; a todos menos a los dos a quienes había ofrecido un contrato profesional en el primer equipo. Trece chavales que habían ido pasando con Tom por los diferentes niveles de las categorías inferiores, todos los cuales vivían ahora esperando a que transcurriera el tiempo para madurar, aguardando la llamada de otro equipo mientras hojeaban las ofertas de empleo y aceptaban cualquier puesto disponible en las empresas de trabajo temporal, en los centros comerciales o en los multicines. A diferencia de la mayoría de ellos, sin embargo, con Tom sí se pusieron en contacto. Un equipo modesto del sur. Su agente lo llamó una mañana para decirle que el presidente le había reservado una habitación de hotel a fin de que viajase hasta allí y hablase con ellos de un posible contrato por un año.

—¿Quién? —le preguntó su hermana cuando se lo contó a la familia—. ¿En qué división juegan, en la regional?

—Acaban de subir a la Conferencia Nacional.^[2] Mi agente dice que tienen pasta —contestó, y miró hacia otro lado para no ver cómo reaccionaba, pero al hacerlo se dio cuenta de que su padre estaba ya frente al ordenador, observando con interés la pantalla y asintiendo con la cabeza.

Entre risas, los tres que habían estado enseñando el culo lo pusieron de nuevo en los asientos. El de en medio echó un vistazo para ver si alguien seguía mirándolos y se encontró con los ojos de Tom, que le dedicó una sonrisilla tonta y se volvió hacia la ventana. Los coches los iban dejando atrás en el carril contiguo. La bufanda blanquiazul del equipo al que se habían enfrentado esa tarde ondeaba en alguno de ellos y golpeaba las ventanillas traseras. Dos chavales le sacaron la lengua desde el interior de una autocaravana.

El comienzo del partido resultó prometedor. Era el primer amistoso de pretemporada en el que Tom salía de inicio y la tensión paralizante del vestuario desapareció en cuanto se puso a jugar. Durante una transición

desorganizada en los primeros minutos, el balón le llegó a la posición de extremo y sin pensárselo dos veces se echó a correr hacia el lateral, que, a trompicones y casi cayéndose, consiguió desviar el balón por encima de sus cuerpos casi vencidos para que saliera por la línea de córner. Espoleado por la adrenalina, Tom fue hasta el banderín y pidió el balón al recogepelotas. Por primera vez desde que se había ido de casa se sentía liberado, completamente concentrado en el partido. Chutó el córner con clase y alguien consiguió elevarse sobre el amasijo de cuerpos que forcejeaban en el punto de penalti para cabecearlo contra el travesaño. En aquel instante, Tom percibió que algo se desataba en su interior —una especie de excitación, de deseo—, algo que al volverse para regresar a su posición le provocó un ligero mareo.

Después de aquello, sin embargo, la mayor parte del juego se desarrolló en la otra mitad del campo. Una pifia de los centrales, Boyn y Daish —que ahora estaban sentados delante de él viendo un partido en el portátil—, acabó en gol para los locales. La confianza del equipo se derrumbó. Perdieron por 3 a 1. Más tarde, en la cargada atmósfera del vestuario, Clarke —el entrenador— les dijo que no eran más que una panda de putos maricones. Y cuando uno de los jugadores jóvenes soltó una risita, se acercó a él y le dio una patada en la pierna.

El autobús salió de la autopista y se unió al tráfico denso que bajaba por una avenida comercial amplia. Junto a uno de los semáforos, un grupo de hinchas locales fumaba a las puertas de un pub. Uno de ellos reparó en el autobús y se quedó mirándolo con la boca abierta durante unos segundos, hasta que de pronto todos parecieron darse cuenta de lo que tenían delante y se pusieron a hacer gestos con las manos como locos. Algunos de los jugadores que iban sentados delante de Tom se volvieron para mirarlos, pero él fingió que no los veía. En su antiguo equipo, incluso el autobús de los reservas tenía los cristales tintados. Pero ahora que ya no estaba en uno de los grandes, la hinchada se había convertido en una presencia real. Se le acercaban por la calle, en el supermercado. Solían congregarse en pequeños grupos en las gradas del diminuto e incómodo estadio del Town, y Tom era capaz incluso de identificar ya algunas voces y algunas caras. El semáforo se puso en verde. Cuando el autobús reemprendió la marcha hacia el hotel, echó

un último vistazo al grupo de aficionados, que estaban levantando los puños en plena orgía de insultos.

Compartía habitación con Chris Easter, el capitán; una circunstancia que, por la manera en que lanzó su mochila contra la cama que daba al ventanal, encendió el televisor y se puso a forcejear con la ventana hasta que terminó aceptando que no podía abrirse, no parecía hacerlo muy feliz. Se quedó un rato junto a ella, mirando el tejado plano del centro comercial vecino y negando con la cabeza de vez en cuando.

Easter, Michael Yates y Frank Foley, el portero, tenían prohibido compartir habitación —en cualquier combinación posible— y a los tres se los había emparejado con alguno de los miembros más jóvenes del equipo o con algún recién llegado. A pesar de eso, a Clarke no parecía importarle demasiado que salieran juntos por la noche después de los amistosos. Aquella tarde, sin ir más lejos, se subieron al primer coche del convoy que vino a buscarlos y en cuanto entraron en un local formaron un escandaloso corrillo con otros jugadores veteranos, mientras que el resto del equipo se acomodaba en un pegajoso reservado de color rojo al lado de los baños.

Cuando Tom llegó al reservado ya no quedaba sitio, así que tuvo que quedarse detrás del asiento circular al lado de los demás novatos —la mayoría de los cuales procedían del equipo infantil y se conocían desde hacía tiempo—, sonriendo y tratando de escuchar lo que decían entre el estruendo de la música. Sentado justo delante de él, Marc Fleming, el lateral derecho, estaba contando una anécdota. Tom no podía oír ni una sola palabra. Pero seguía mirando la coronilla de Fleming, tratando de aparentar que se lo estaba pasando pipa por si alguien se fijaba en él. Podía ver cómo brillaba su grasiento cuero cabelludo por debajo del pelo. No importaba lo que estuviese contando, había logrado captar la atención de los jugadores que estaban sentados a su lado. Al final de la anécdota, Fleming se inclinó hacia delante y dio un golpe en la mesa con la mano. Una oleada de risotadas recorrió el reservado, y Fleming se reclinó, sin darse cuenta, claro está, de que tenía a Tom detrás, ya que su cabeza chocó contra el estómago de éste. Se volvió para mirar.

—Hostia, Tommy, eso es lo más cerca que nuestras pelotas han estado en

todo el día.

Tommy se sintió tan agradecido que pensó en ponerle una mano sobre el hombro y contestar algo ingenioso. Pero en ese preciso instante empezó a hablar otro de los compañeros, y decidió marcharse al baño. Al volver, se acercó a la barra para evitar que le pagasen otra bebida. Hasta que le sirvieron no se dio cuenta de que se encontraba incrustado entre la barra y la espalda de Frank Foley. Éste estaba hablando con una chica bastante alta que llevaba los hombros al descubierto y, cada vez que se inclinaba para decirle algo, golpeaba con su inmenso culo la cadera de Tom.

—¿Cómo? —dijo la chica, frunciendo el ceño.

Le dio un nuevo empujón con el culo. La chica echó un vistazo fugaz a la sala y se volvió hacia Foley.

—Lo siento, chico. No he oído hablar de ti en mi vida. —Y, tras decir eso, alargó una mano para coger tres vasos pequeños llenos de un líquido oscuro y se deslizó para salir del revoltijo de cuerpos que se había formado frente a la barra.

Foley se quedó quieto, con un brazo sobre el mostrador y la mirada fija en su pinta de cerveza. Y allí seguía cuando Tom se fue: como paralizado y con una expresión muy parecida a la que habían visto dos mil quinientas personas aquel mismo día en tres ocasiones.

Cuando regresaron al hotel, Tom se mantuvo al margen del grupo de jugadores que se puso a cantar, a discutir y a beber de la botella de ron que alguien había cogido del bar tras forzar la cerradura. Se quedó remoloneando por allí alrededor de una media hora antes de irse a la cama y caer profundamente dormido, envuelto en la neblina de un sueño, con la sensación extraña de que algo no marchaba bien, de que había hecho alguna cosa horrible y lo iban a pillar. Su cara y su piel rozaban unas sábanas que olían de forma peculiar, que no eran las suyas. De pronto se dio cuenta de que era la cama de otra persona, de que estaban a punto de entrar en la habitación y de que lo iban a descubrir.

Se despertó con las dos piernas agarrotadas y la cara empapada. Las luces de seguridad del centro comercial que entraban por la ventana le permitieron ver la mochila que descansaba sobre la cama vacía. Se quedó observándola

unos instantes con los párpados pesados y la piel pegajosa por el sudor.

Poco a poco empezó a distinguir con claridad un sollozo leve en el pasillo. Cerró los ojos y trató de ignorarlo. Pero como no paraba, se vio obligado a salir de la cama, ponerse el pantalón de chándal y abrir la puerta.

En cuanto salió de la habitación pudo identificar el lugar del que procedía el ruido. Al final del pasillo, hecha un ovillo contra la pared, al lado de un extintor, se encontraba una chica acuclillada con la cabeza apoyada en una de sus rodillas. Se acercó a ella. Olía fuerte a vómito, y tanto las espinillas como las pantorrillas de la chica estaban surcadas por las marcas oscuras que éste le había dejado al resbalar por sus largas piernas. Ella siguió gimoteando con suavidad y no lo miró cuando se le arrodilló delante. Ni siquiera reaccionó cuando la rodeó a la altura de las axilas con un brazo y le pasó el otro por debajo de las corvas viscosas, primero una y después la otra, para levantarla. A la resplandeciente luz del pasillo, con el maquillaje corrido y un pequeño sarpullido de color rosa en la sien, le pareció más joven incluso que su hermana.

—Tranquila —le susurró—, no pasa nada.

Se la llevó a la habitación, tiró al suelo de una patada la mochila de Easter, la tendió sobre la cama y la tapó con delicadeza con la colcha. Todavía estaba dormida cuando, con los primeros rayos del sol filtrándose ya por la ventana, llegó su compañero de habitación. Se inclinó sobre la cama de Tom y empezó a pellizcarle en broma las mejillas hasta que lo despertó del todo. Cuando Easter salió del cuarto —mirando primero a Tom y luego a la chica y sonriendo con aire socarrón—, el corazón de Tom se llenó de orgullo. Tanto esta sensación como otra más incómoda e incierta a la que dio paso lo acompañaron mientras se levantaba de la cama, se duchaba y despertaba a la chica, que se metió a su vez en el baño para lavarse la cara y las piernas antes de salir al pasillo.

No la vio por ninguna parte cuando se reunió con el equipo en la planta de abajo. No preguntó por ella ni le contó a ninguno de sus compañeros lo que había pasado. Se quedó un poco al margen mientras salían del hotel en fila, entre el suave tintineo de la música del vestíbulo y las caras de fastidio y cansancio del personal de recepción. Cuando pasó por la puerta giratoria,

reparó en la savia que salía de una planta de yuca partida que había junto a la entrada, en el mismo lugar donde Boyn y Daish habían estado forcejeando de cachondeo la noche anterior cuando se fue a la cama.

Después de un largo y soporífero viaje en autobús, algunos de los jugadores nuevos se bajaron en otro hotel de la misma cadena. En el de Tom, el personal se había acostumbrado ya a sus rutinas. Le habían cogido cierto cariño por su comportamiento sosegado y solitario y por la manera un tanto intrigante en que se aislaba de los otros miembros del equipo. Llevaban casi dos meses asistiendo a sus rituales diarios: entraba en el comedor a las 9.05 h para desayunar unos huevos revueltos —de cuya bandeja siempre retiraba exactamente la misma porción cuadrada— que acompañaba con una tostada, a veces unas judías, un zumo de naranja y un té; solía sentarse en la misma mesa del rincón, un poco separado del resto del salón por un árbol de plástico y un cocinero de cartón a tamaño natural —que sostenía en una mano un plato bastante distinto de los que se acostumbraban a servir en los bufés de los hoteles—, y terminaba rápidamente su comida antes de marcharse al entrenamiento. Volvía a primera hora de la tarde y solía quedarse en la habitación hasta la mañana siguiente; salvo que bajara a recepción para recoger algún pedido, no volvían a verle el pelo.

Según le había explicado el presidente a Tom, a su agente y a sus padres cuando bajaron a que les enseñaran las instalaciones del club, lo del hotel era sólo una solución temporal hasta que le encontraran un alojamiento adecuado. Se habían sentado alrededor de una gran mesa con café y pastas en una habitación con las paredes de madera, y el presidente se había vuelto con una sonrisa bobalicona hacia su madre para contarle que cuando el Town fichaba a alguien tan joven como Tom —que acababa de cumplir diecinueve—, intentaba portarse con él lo mejor posible. A menos que lo considerasen lo suficientemente maduro para vivir solo, les dijo, el club le buscaría una buena familia para que se quedara con ella un tiempo.

Tom y su agente no habían vuelto a hablar desde entonces ni con el presidente ni con ningún otro representante del club sobre la cuestión del alojamiento. Pero, como le explicaba a su padre cada pocos días por teléfono, ahora que la temporada estaba a punto de empezar no era el mejor momento

para ponerse a hacer preguntas. Y, con el tiempo, vivir en un hotel se había convertido en algo normal para él. Siempre estaba pendiente de lo que hacían los otros jugadores, había aprendido a no coincidir con ellos en las zonas comunes ni en el comedor. Con él incluido, en aquel momento eran cuatro los que se alojaban allí. Habían sido muchos más en diferentes periodos, pero todos habían acabado yéndose a su propio apartamento o a otro club, o estaban de vuelta en el mercado. Los otros tres compartían coche para ir a los entrenamientos y Tom los había visto juntos en el restaurante y a veces los observaba mientras hablaban y reían, y se preguntaba si se conocerían de otros equipos.

Casi al principio de su estancia, Tom coincidió en el hotel con un jugador que había ido a hacer una prueba al Town y se alojaba allí con su mujer y sus dos hijas pequeñas. En un par de ocasiones lo invitaron a sentarse con ellos en el desayuno cuando lo veían solo. Después de los reparos iniciales, Tom había empezado a disfrutar de su compañía, de su conversación agradable y de la distracción ruidosa que proporcionaban las niñas, y además había compartido coche con el jugador unas cuantas veces. Sin embargo, al cabo de un par de semanas lo dejaron ir y él no se enteró hasta que al día siguiente se lo dijo uno de los recepcionistas.

En el último amistoso antes de que empezara la temporada, Tom salió como suplente. Se quedó en el banquillo, con los músculos agarrotados por los nervios, atento al más mínimo gesto de Clarke en la banda por si en algún momento se volvía y le mandaba cambiarse. Se vio saliendo al campo, se imaginó cómo lo animarían sus compañeros y los espectadores a coger el balón y cómo cambiaría eso el ritmo del encuentro. El leve pero persistente murmullo de anticipación en las gradas cuando lo tuviera entre los pies — aunque en realidad el campo tenía sólo media entrada y estaba parcialmente descubierto—, los cánticos dispersos y los gritos que subirían desde la tribuna del río y se desvanecerían en el resplandeciente cielo estival.

Se enfrentaban al Coventry, un equipo de categoría superior, y las diferencias saltaron a la vista de inmediato. A lo largo de los primeros veinte minutos, Clarke no se volvió para llamarlo. Y cuando al final lo hizo, con el equipo perdiendo por dos goles, parecía triste y mucho más viejo de lo

enfadado que estaba.

Tom entró en la segunda parte. Estuvieron un buen rato sin pasarle el balón, pero tenía tantas ganas de participar en el juego que dejó su posición de extremo para internarse por el centro. El Coventry volvió a marcar antes incluso de que tocara la pelota y, fruto de su creciente desesperación, se fue corriendo hacia el capitán del equipo rival para disputarle temerariamente un balón. Por el terrible dolor que sintió en el empeine, se dio cuenta al instante de que tendrían que sustituirlo. Se quedó tendido sobre la hierba, como clavado a ella, y, mientras pensaba en el entrenador, en sus compañeros de equipo y en su padre, sintió una terrible presión en su pecho.

En la enfermería, después del partido —mientras la voz de Clarke resonaba con estruendo en el pasillo—, el pie empezó a hincharse. El masajista se lo limpió con una esponja, lo vendó y le dijo que descansara y se pusiera hielo.

La recepcionista del hotel no lo entendió bien. Desapareció y al rato le trajo una cubitera tapada con una servilleta blanca dentro de la cual se agitaban un montón de hielos.

—Es para el pie.

—Ah, vale. Lo siento —dijo, riéndose—. ¿Necesitas más?

—No hace falta, gracias. —Y después añadió—: Si alguna vez ganamos, pediré una botella de champán.

La recepcionista volvió a reírse.

—Perfecto. Te lo recordaré.

Se fue cojeando con la cubitera y sonriendo con una sensación de euforia inesperada.

—Esa sí que es una polla de primera, colega.

Foley estaba examinando sin pudor al becario que tenía al lado en las duchas. El chaval, que se había entrenado esa mañana con el primer equipo, se volvió ligeramente y siguió duchándose como si no lo hubiera oído. El otro, sin embargo, se quedó quieto mirándolo mientras el agua se le acumulaba en la cima de la cabeza.

—¡Eh, Yatesy! —gritó para que lo oyera todo el vestuario—, ¿te acuerdas de la polla de Davo?!

Yates dejó de atarse los cordones y levantó la vista desde el banco.

—Claro.

—Menuda polla.

Los novatos que había en el vestuario esperaron con cautela el momento oportuno para reírse, pero Foley y Yates siguieron duchándose y cambiándose como si no ocurriera nada, de manera que cuando el muchacho salió de la ducha con una toalla alrededor de la cintura y se fue corriendo a su sitio en el banco, todos se volvieron al instante. Tom continuó con los ojos clavados en el suelo por miedo a que alguien lo pillara mirando y lo señalara.

Aunque le prohibieron correr y tocar el balón durante una semana entera, estaba obligado a ir a diario a los entrenamientos. Igual que los otros jugadores lesionados, tenía que llegar una hora antes y marcharse después de que lo hiciera el resto del equipo. Había dos más: Fleming y Boyn, ambos con golpes y contusiones leves. A los tres los habían dejado fuera —de forma deliberada en su opinión— de las sesiones preparatorias para el primer partido de la temporada. Cuando no estaban en la enfermería —escuchando las anécdotas sobre entrenamientos militares que contaba el masajista—, iban camino del gimnasio del estadio para entregarse a sesiones largas en la cinta de correr o en la sala de musculación mientras de fondo se oían sin descanso las noticias de Sky Sports y música a todo trapo. Cuando no hacían ninguna de esas dos cosas, se quedaban sentados en el banco que había delante de las oficinas mirando al campo, donde el equipo completaba sus rutinas y se ponía en forma.

—Está de coña —dijo Boyn mientras los gritos y las palmas de Clarke sobrevolaban el terreno de juego y llegaban hasta ellos—. Debe de creer que los vamos a contagiar o algo.

—No, Boyney —replicó Fleming sin apartar la mirada de los jugadores—. Es una advertencia. Para todos. Para que no volvamos a lesionarnos.

Clarke fue a verlos a la enfermería un par de días antes del encuentro para decirles que ninguno de los tres viajaría a Cheltenham. Tenían que quedarse en casa. Tenían que centrarse en la recuperación.

La mañana del partido, Tom fue en coche a la lavandería. Había servicio de lavandería en el hotel, lo sabía gracias al folleto informativo que le habían dado al llegar, pero no le gustaba mucho la idea de que un desconocido manoseara su ropa y sus calzoncillos, y por eso cada semana iba a un establecimiento discreto que había descubierto a las afueras de la ciudad. Nada más entrar se dio cuenta de que estaba vacío. Con calma, sacó un poco de detergente del dispensador, metió la ropa en la lavadora y se dirigió al bar de al lado. Pidió un desayuno para llevar y se fue al coche a comérselo.

Encendió la radio para escuchar la previa del partido. Dio un sorbo al té y quitó el envoltorio caliente y pringoso a su bocadillo de beicon y huevo. A medida que la retransmisión iba pasando de un comentarista a otro, de un campo a otro, le fue subiendo por las tripas esa emoción propia de los sábados de fútbol que, sin embargo, se vino abajo en cuanto vio su pie lesionado. Cuarenta minutos después, volvió a la lavandería, metió el montón de ropa empapada en la secadora —lo cual le permitió darse cuenta de que uno de los calcetines de su hermana se había quedado enrollado en la manga de un jersey que apenas usaba— y regresó al coche.

Cuando el ciclo de secado acabó y volvió a entrar en la lavandería, ya había llegado otro cliente, un hombre con ropa de gimnasio que estaba sentado en uno de los bancos. Al pasar a su lado levantó la vista, pero Tom no lo saludó y se fue directo hacia la secadora. Algunas de las prendas no parecían estar del todo secas. Pero aun así las sacó y, mientras lo iba metiendo todo hecho un ovillo en su bolsa de Ikea, pudo ver en el cristal de la secadora que el hombre no le quitaba el ojo de encima. Sus terminaciones nerviosas empezaron a latir al ritmo que marcaba el golpeteo de sus dedos en el tambor, y una lavadora traqueteaba a sus espaldas. Cuando consiguió meter toda la ropa en la bolsa, echó a andar por el pasillo estrecho, convencido de que en cualquier momento el tipo se pondría a hablar con él o se levantaría para llamarlo.

Cuando Tom salió al frío de la calle, su pecho y sus pulmones pudieron relajarse por fin y, mientras avanzaba hacia el coche, dejaron escapar en espiraciones profundas y regulares el aire sofocante de la lavandería.

Sentado junto a la bolsa humeante, resultaba bastante evidente que la ropa

estaba algo más que húmeda. Decidió que en cuanto volviera a su habitación la colocaría encima de los radiadores, pero después de inspeccionar el cuarto brevemente se dio cuenta de que no había ninguno, tan sólo un conducto de ventilación en lo alto de la pared. Se le pasó por la cabeza llamar a su madre, pero lo descartó de inmediato. Pensaría que estaba superado por las circunstancias y la dejaría preocupada. Además, seguro que estaba atareada en la clínica pediátrica. Quitó el cordón a una zapatilla y lo anudó al asa de la bolsa de Ikea. A continuación, colocó una silla junto a la pared, justo debajo del conducto de ventilación, y se subió a ella para atar el cordón a la rejilla de manera que la bolsa quedara colgando. Tiró de ella un poco para comprobar que aguantaba y, después de acercarse al panel de control para encender la calefacción, se tumbó en la cama con la espalda apoyada en el cabecero. Cuando su padre lo llamó a la hora acostumbrada —diez minutos antes de que empezara *Football Focus*— se había quedado dormido entre los vapores tibios que despedía la ropa.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, supongo que estoy bien.

Su padre soltó una carcajada.

—No tiene sentido que te agobies. Eres futbolista. Te lesionarás de vez en cuando. Lo que importa es cómo te recuperes.

—No entro en sus planes

—No entras en sus planes hoy.

—Puede ser.

Se oía el zumbido de una aspiradora en el pasillo.

—Sí, puede ser —repitió Tom.

—Y hablando de planes. Me gustaría bajar a verte.

—De verdad que no me pasa nada, papá —dijo Tom tan despreocupadamente como pudo, aunque un poco molesto consigo mismo por sonar como un niño huraño—. Me las apaño bien. Tienes razón. Una semana más de rehabilitación y estaré otra vez entrenando.

—He hablado con los de la oficina de clasificación y me han dicho que puedo cogermela tarde del viernes para ir a verte.

—¿Este viernes?

—Tienes cosas que hacer, ¿verdad? —preguntó su padre intrigado.

—No, no, qué va —le respondió rápidamente—. Me parece genial, papá.

Echó un vistazo a la bolsa que había atado a la rejilla de ventilación y estuvo casi seguro de que su padre sabía lo que había hecho. De que podía verlo todo. El ingenio absurdo que colgaba de la pared con toda su ropa mohosa dentro. A Tom sesteando en la cama. Al hombre de la lavandería. Tom vio por un momento la imagen del chaval que le debía de venir a su padre a la cabeza cuando pensaba en él, pero trató de olvidarla rápidamente y se incorporó en la cama.

—Pues entonces iré directo para allá el viernes desde el trabajo. Tal vez debería reservar una habitación en tu hotel para simplificar las cosas. Al día siguiente iré a ver vuestro primer partido en casa. Podríamos verlo juntos, si sigues mal del pie. ¿O tienes que quedarte con el equipo?

—Qué va. Al entrenador no le gusta que los jugadores lesionados estén con los demás.

—Pues entonces, arreglado.

Tras despedirse, Tom reparó en que quizá debería haberse ofrecido a reservar la habitación y se preguntó si su padre habría esperado que lo hiciera.

Puso la tele para ver *Football Focus* y se lo imaginó en casa, haciendo lo mismo que él. En el sofá, con una bandeja encima de las piernas. La taza de té. El plato de fritos. Su hermana esperando en el piso de arriba hasta que llegara John, el compañero de su padre en la oficina de clasificación, a recogerlo. El viaje en coche hasta la casa de Kenny, la escueta conversación con Jeanette en la cocina y el trayecto a la ciudad para que aquellos tres hombres pudieran ocupar su lugar en la barra del pub antes de que empezara el partido. Lo normal, lo que llevaba ocurriendo toda la vida.

Llamaron a la puerta. Era la limpiadora, que quería hacer la habitación.

—¡No es necesario, gracias! —le gritó.

Se acercó a la pared y bajó la ropa. No estaba más seca que antes. De hecho, por alguna razón inexplicable, parecía más húmeda. La arrojó al armario para ordenarla más tarde y llevó la bolsa de Ikea a la mesa para

recoger todos los envases de comida que había ido acumulando.

Bajó al aparcamiento. Tiró la basura en los contenedores que había detrás de las cocinas, una costumbre que había adquirido para evitar que se amontonasen los cartones y los envases junto a la papelera de la habitación. Le parecía mal que las limpiadoras tuvieran que encontrárselos y encargarse de ellos, igual de mal que colgar sus pósteres, colocar los altavoces o dejar a la vista las pesas y la colección de cactus. Lo tenía todo guardado debajo de la cama, y cada tarde, cuando regresaba, volvía a colocar las plantas en el alféizar y una selección diferente de pósteres en la pared hasta que, a la mañana siguiente, llegaba otra vez la hora de recogerlos.

Siguió los resultados de los partidos en el portátil mientras veía la televisión. A pocos minutos del final, el Town perdía por 2 a 1, y Tom se dio cuenta de que quería que perdieran. Para que su ausencia se notase, para que todo el mundo la comentara. Cuando el pitido final confirmó la derrota, actualizó la página para asegurarse de que era cierto.

Llegó a primera hora de la tarde. Salieron a tomar algo y después fueron a cenar a una pizzería. Antes de empezar a comer, su padre le dijo que lo estaba llevando bastante bien. Que, a pesar de lo joven que era, había conseguido adaptarse. Que estaba orgulloso de él. Tom no sabía qué contestar. Echó un vistazo al otro lado de la mesa y, por la determinación con la que lo vio hablando, supo que traía el discurso preparado. No quería que sus miradas se cruzasen, así que bajó la vista y se concentró en los trabajados nudillos de su padre mientras trataba de calcular cuánto le costaría el nuevo día libre que se había pedido.

Desde lo alto de la tribuna principal, con aquel potente sol de agosto dándoles en la cara, podían verse a grandes rasgos la disposición táctica y los movimientos de cada equipo. Después de media hora, a Tom empezó a darle vergüenza seguir mirando. Recorrió con la vista la tribuna de enfrente y después dejó que vagara por la negra y resplandeciente superficie del río y la llanura repleta de casas y campos que se extendía en dirección a las montañas, tras las cuales se encontraba —aunque él no había podido verlo

aún— el mar. Su padre, sin embargo, observó el encuentro con mucha atención. Siempre veía el fútbol así: inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, como si estuviera estudiando el juego. Apenas pronunció palabra durante el partido, y Tom no encontró fuerzas para volverse y ver en su rostro la decepción que le causaría cada movimiento desordenado, cada pase que no alcanzara su objetivo, cada despeje que se perdiera por encima de la tribuna del río acompañado por los vítores sarcásticos de la hinchada visitante; para no tener que ver, sobre todo, lo decepcionado que se sentiría al darse cuenta, después de tantos años de sacrificios y gastos, de que aquello era todo a lo que Tom había podido llegar.

Tras la derrota, regresaron al hotel. Antes de que su padre emprendiera el viaje de vuelta, fueron a la cafetería para charlar un poco del partido. Clarke no parecía haberlo impresionado.

—El típico juego aéreo de patadón pensado para tíos que son como armarios roperos —dijo—. No le va nada bien a tu estilo.

—Es la cuarta división, papá.

—Da igual. El fútbol es fútbol. Y un jugador con talento tiene que brillar, incluso en un equipo como éste.

—No si está en la grada.

—Venga ya, Tom. No seas llorica. —Lo contempló un instante—. La autocompasión no te servirá para nada. Vale, es verdad que juegas en un equipo de las divisiones más bajas. Y que estás lesionado. Pero tienes que aprovechar esta experiencia para aprender, para darte cuenta de dónde estás y concentrarte en volver a lo más alto. Muchos han recorrido este camino antes que tú. Sólo tienes que esforzarte un poquito más. —Se quedó mirando por encima de Tom en dirección a la barra—. ¿Te apetece que nos tomemos un chocolate caliente antes de que me vaya?

—Claro —dijo Tom, sonriendo, secretamente complacido por lo infantil de la sugerencia—. Gracias.

Su padre se levantó para ir a la barra, y Tom echó un vistazo a los resultados de la Premier en televisión: su antiguo equipo había perdido 2 a 0.

—Tienes que ser paciente —le dijo su padre cuando volvió con los

chocolates—. Sólo lleváis dos partidos. Te quedan nueve meses de temporada. Tiempo de sobra para destacar otra vez, ahora que empiezas a recuperarte del pie. Esfuérzate al máximo. Y espera a que llegue tu oportunidad.

2

En la pizarra del vestuario que había en el campo de entrenamiento podía leerse, a modo de advertencia, lo siguiente:

PARTIDOS JUGADOS: 5 GANADOS: 0 EMPATADOS: 1 PERDIDOS: 4
DEFENSA: MEJORAR
DELANTERA: MEJORAR
PORTERÍA: UN CHISTE
DESCENSO. LIGAS NO PROFESIONALES. SIN PERSPECTIVAS DE FUTURO.

Clarke estaba de pie enfrente de la pizarra, con su asistente al lado. No podía salir de su asombro. No sabía qué cojones pasaba. Estaba que se tiraba de los pelos. Cada mañana a las siete se sentaba en su despacho y se preguntaba dónde se habrían olvidado los cojones. El asistente guardó silencio a lo largo de toda la intervención. Los jugadores, ansiosos por salir al campo, formaban un semicírculo de cabezas gachas. Tampoco ellos emitieron un solo sonido, a excepción del ligero rechinar de los tacos contra el suelo, como si fueran dientes.

—Sois una vergüenza, todos y cada uno de vosotros.

Los que no habían jugado en el último partido ni en ningún otro de los disputados durante el primer mes de la temporada se quedaron mirando al suelo al lado de los demás.

—¿Qué tenemos que hacer? ¿Descontaros una parte del sueldo? ¿Montar un pollo? —Al decir eso, dio unos pasos al frente, se puso en medio de ellos y empezó a mirarlos a la cara uno a uno.

A medida que los ojos enloquecidos de Clarke se aproximaban a él, el pecho de Tom se fue llenando de una intensa corriente de ira. Le habían mentido. A él y a su padre. Tanto el entrenador como el presidente le habían asegurado que era una pieza clave en los planes del club, pero, a pesar de que durante quince días lo habían incluido en la convocatoria, sólo había tenido una aparición fugaz como suplente. Los ojos de Clarke se posaron en él un momento y luego siguieron adelante. Ese mismo año, hacía tan sólo unos meses, el coordinador de su academia le había chivado que estaban pensando en él como suplente para un partido de la Premier. Nunca llegó a suceder, pero Tom se enteró y también sus entrenadores. Si lo vieran ahora —si es que les preocupaba lo más mínimo, claro—, si vieran dónde había acabado, no les cabría ninguna duda de que habían hecho lo correcto con él: de que no era lo suficientemente bueno.

—Tenéis que hablar entre vosotros. —Clarke estaba de nuevo junto a la pizarra—. Tenéis que aprender a co-mu-ni-ca-ros. —Al pronunciar cada una de las sílabas dio un golpe con el puño en la pizarra, emborronando lo que estaba escrito—. Easter, ¿qué cojones te pasa?

Easter, aturdido, levantó la cabeza.

—Eres el puto capitán de esta panda de tullidos. ¿Por qué no les gritas, por qué no les das instrucciones? Vas por el campo con el mismo sigilo que un violador.

A Easter empezaron a contraérsele los músculos de la pantorrilla y tuvo que levantar los talones del suelo. No dijo esta boca es mía.

—Vale, venga. Levantaos todos y salid al campo. Voy a haceros sudar.

Dejaron atrás las oficinas del club y se plantaron bajo un sol abrasador. Estuvieron haciendo estiramientos en el césped dirigidos por el asistente de Clarke hasta que éste apareció mirando el reloj.

—Venga, a correr durante doce minutos.

El equipo entero se puso en pie y empezó a dar vueltas alrededor del campo más cercano. Como nadie quería quedar último, no faltaron los golpes en la espalda y los empujones. Tom trató de ir por el exterior para evitar verse atrapado en las escaramuzas del grupo y, decidido a que no lo señalaran a él, se dejó la piel corriendo. Esas carreras se habían convertido ya en parte

habitual de las sesiones matinales de los lunes y los martes. A cualquiera que no lo diera todo o que no pudiera completar ocho vueltas al campo antes de que acabara el tiempo lo expulsaban del entrenamiento y lo mandaban con los becarios. La recta que había enfrente de las oficinas del club —donde no había lugar para esconderse de un sol que pegaba sin descanso— era el tramo peor, después venían el giro para entrar en la línea de fondo, la estimulante cortina de agua de los aspersores que regaban el punto de penalti, y por fin el giro esperanzador hacia la línea de fondo del otro lado, situada junto a la alambrada y protegida del sol por los árboles y matorrales que separaban los campos de una ruidosa autopista.

Cuando terminaron, se quedaron todos doblados, con las manos apoyadas en las rodillas, tratando de coger aire y esperando a que Clarke les confirmara que estaba satisfecho.

—Muy bien —les dijo—. Pues ahora empezad otra vez.

Al término de la sesión, una hora y media más tarde, muchos jugadores sentían náuseas de lo cansados que estaban. En cuanto Clarke se fue al aparcamiento, con el chándal todavía puesto, para coger el coche y marcharse a su empresa de alquiler de furgonetas, algunos jugadores cogieron por la cintura o por los hombros a los que peor lo estaban pasando y los ayudaron a entrar.

Ya en el vestuario, mientras unos se sentaban en los bancos sin decir palabra y otros se quitaban a duras penas la ropa para meterse en la ducha, Tom se acercó a su bolsa para sacar la toalla y vio que había recibido un mensaje de texto. Era de la secretaria del club y en él le comunicaba que le habían encontrado alojamiento.

Los Davey vivían a unos veinte minutos andando del estadio, en una casa alta y estrecha al final de una hilera de adosados. Los días de partido, el señor Davey —que era propietario de una fábrica de alambre y director adjunto del club— iba y venía del campo en coche, pero si lo llamaban entre semana para votar o para asistir a algún acto solía recorrer el trayecto a pie. Al volver del estadio, una vez que dejaba atrás las calles repletas de pubs, los

establecimientos de comida para llevar y los comercios de productos exóticos, le encantaba sentir la disminución progresiva del tráfico y del número de viandantes y poder ir caminando por zonas cada vez más tranquilas y amplias —entre las arboledas, los buzones, las cercas con enredaderas y los viejos edificios habitados por familias a las que conocía de casi toda la vida— hasta que llegaba a casa.

Cuando se independizó el último de sus tres hijos, los Davey pasaron seis angustiosos meses tratando de averiguar si la casa se les había quedado demasiado grande. Sin embargo, cuando el Town empezó a subir posiciones en la pirámide del fútbol no profesional y a fichar jugadores jóvenes de otras zonas del país, la junta anunció que necesitaban familias dispuestas a acoger a esos muchachos. Y el señor Davey y su mujer se ofrecieron sin pensárselo dos veces, una decisión de la que casi nunca se arrepintieron. Los doce chavales a los que recibieron a lo largo de los siguientes tres años fueron para su hogar una fuente constante de alegrías, bullicio, berrinches, toques de queda quebrantados, por no mencionar las noventa libras a la semana que el club les pagaba por alojar y alimentar a cada uno de ellos. Unos se quedaban tan sólo un par de meses, otros toda la temporada. Acogieron a chavales de dieciséis y diecisiete años que habían venido para incorporarse al equipo juvenil, y a algunos más mayores que no habían conseguido fichar por otros clubes o estaban cedidos para que adquirieran experiencia; tuvieron a muchachos del norte, de Escocia, de Irlanda e incluso a un húngaro retraído que no hablaba una sola palabra de inglés y que por las noches se dedicaba a hornear unos bollos rellenos de queso y repollo que luego escondía en lo alto de su armario.

El padre de Tom tuvo que volver a bajar con el coche. Lo recogió en el hotel, aparcó en una esquina tranquila al lado de la casa de los Davey y se quedó allí con él esperando a que llegara el presidente del club para hacer las presentaciones. Su padre no paraba de lanzar miradas al viejo y bonito adosado y de guiñar los ojos para tratar de leer el periódico que se había sacado del bolsillo. Con quince minutos de retraso, el Jaguar del presidente se detuvo por fin detrás de ellos. Contemplaron cómo iba emergiendo poco a poco del interior su pesado corpachón y salieron a saludarlo.

—¿Estás listo? —dijo el presidente, volviéndose ya hacia la casa.

Cruzaron detrás de él la cancela con la pintura verde agrietada, pasaron junto al enorme rododendro que dominaba el frondoso jardín —muy diferente de la cuidada superficie de césped que había en casa de los padres de Tom— y al final subieron los pocos escalones que conducían a la puerta principal.

Tanto el señor como la señora Davey se encontraban en casa. Estuvieron dando vueltas afanosamente por la cocina —preparando el café, colocando galletas en un plato— mientras Tom se sentaba a un lado de la mesa entre su padre y el presidente.

—¿Cómo tienes el pie? —preguntó el señor Davey cuando por fin se sentaron delante de ellos.

—Mucho mejor, gracias.

Al verlo allí, en su cocina, con unos vaqueros, una camisa de manga corta y un aspecto tan desenfadado, costaba relacionarlo con el individuo anodino y trajeado que Tom había visto un par de veces en la sala de jugadores. Estuvo hablando un buen rato con él mientras la señora Davey sonreía y se levantaba a por más galletas. El presidente asentía con la cabeza de vez en cuando y en un determinado momento salió de la habitación para atender una llamada. El padre de Tom tenía un montón de preguntas que hacer, a las cuales el señor y la señora Davey respondieron conjuntamente: tendría que encargarse de lavar su ropa y sus sábanas; en efecto, no podría salir por la noche el día antes de los entrenamientos y los partidos, aunque tendría una llave y gozaría de cierta libertad los sábados y los martes por la noche. Confiaban en que sus invitados supieran acatar las normas de la casa y comportarse con madurez. Podría hacerse su propia comida siempre que quisiera y tendría reservada una balda de la nevera, aunque cada día se le prepararía la cena y podría comer en la cocina con el resto de los huéspedes. Tom empezó a sentirse cada vez más avergonzado al ver a su padre escribiendo escrupulosamente toda esa información en un trozo de papel. Sabía bien que todas esas preguntas las había formulado su madre. Siguió sentado allí, como un niño, sin decir ni una sola palabra mientras los demás lo decidían todo por él.

—¿Tienen a alguien más en casa en estos momentos? —preguntó en cuanto se hizo un silencio.

—Sí —respondió el señor Davey—. A dos chavales escoceses de diecisiete años. Un ojeador nos habló de ellos el verano pasado y nos los hemos traído para probarlos. Son buenísimos para su edad, han jugado algunos partidos con Patrick en el primer equipo y ahora los tenemos con los becarios. Viéndolos, nadie podría imaginarse que son tan jóvenes. Hasta que te pones a hablar con ellos, claro. —Lanzó una mirada a la señora Davey y los dos se rieron—. ¿Vamos arriba para que veas tu habitación?

Tom subió por la escalera estrecha detrás de las inmensas posaderas del presidente. Cuando llegaron al primer piso tuvo ocasión de atisbar el interior de la primera de dos habitaciones contiguas a través de una puerta entreabierta —el resplandor apagado de unos pósteres con imágenes de jugadores del Celtic, del estadio Parkhead y de algunas modelos— antes de que el grupo continuara subiendo.

El cuarto era pequeño, pero estaba impoluto. A duras penas cabían todos dentro y la respiración pesada del presidente llenó el silencio que se produjo mientras echaban un vistazo: una cama, un televisor pequeño encima de la cómoda, una silla en una de las esquinas y un espejo de cuerpo entero en la otra. Se quedaron valorándolo todo un momento, como si pudieran imaginárselo ya instalado allí, durmiendo, vistiéndose, masturbándose, peinándose.

—Tienes unas vistas espectaculares desde aquí arriba —dijo su padre.

Todos se volvieron para mirar por la ventana situada en lo alto, en la parte triangular de la fachada. La ciudad se extendía a los pies de la casa. Los caballetes resquebrajados de todos esos tejados con azotea que se desparramaban por la falda de una colina. Las antenas parabólicas que resplandecían en aquellas dos torres bañadas por el sol a un kilómetro de distancia. Las estructuras sucias y rectangulares de la zona comercial un poco más lejos; a continuación, los campos de entrenamiento del Town, apenas visibles pasados los límites de la ciudad. Y por fin, elevándose amenazadoramente a uno de los lados, el estadio de fútbol. Sin saber muy bien por qué, Tom sintió que un deseo repentino lo empujaba hacia ese lugar;

hacia los reflectores, hacia los focos situados sobre los muros de cemento desvencijados de la parte antigua que reflejaban la luz del sol y le permitían ver, por encima de las casas que oscurecían la tribuna principal y de la imponente estructura escalonada del fondo sur recién construida, las hileras brillantes de asientos rojos y verdes del graderío.

—Sí, están muy bien —contestó.

Salieron de la habitación. Tom fue el último en hacerlo y, mientras los demás bajaban por la escalera, reparó en un par de libros que había apoyados en el rodapié, uno de los cuales tenía un adhesivo en la cubierta donde podía leerse: DEVOLVER A RICHIE B.

Se sentaron de nuevo a la mesa de la cocina. El presidente tuvo que irse y la señora Davey les ofreció otra ronda de café. Tom supuso que su padre querría marcharse, pero le contestó que se tomarían uno más con mucho gusto. Imaginó que querría hacerles más preguntas, pero en lugar de eso empezó a hablar con el señor Davey de las tácticas que usaba Clarke y de las opciones de permanencia que tenía el equipo. La señora Davey se sentó al lado de Tom y aprovechó la oportunidad para preguntarle por su madre y su hermana y por cómo le había ido viviendo en un hotel todo ese tiempo.

—Debes de haberte sentido como Alan Partridge —le dijo.

Tom tuvo que admitir que no sabía quién era.

—La verdad es que yo tampoco —añadió ella con una sonrisa de complicidad cariñosa—. Pero a Andrew, nuestro hijo mayor, le encantaba.

Oyeron el ruido que hacía la puerta principal al abrirse y cerrarse y que alguien se desplazaba por el interior de la casa. Justo después apareció un chico en el quicio de la puerta.

—Hola, papá. Vaya, perdón. No os molesto.

—No, tranquilo. Te presento a Tom Pearman y a su padre, Ray. Tom se va a quedar con nosotros. Tom, Ray, éste es nuestro hijo Liam.

Al ver que aquel joven musculoso se les acercaba, el padre de Tom se puso de pie para estrecharle la mano y Tom hizo lo mismo. Le dio la sensación de que lo conocía, de que le resultaban familiares esa piel pálida y ese pelo corto de color cobrizo, casi rojo, tan diferente al de sus padres, que habían sido con toda seguridad morenos. Tom se preguntó si sería adoptado.

Tenían toda la pinta de ser una familia de ese tipo.

—¿Cómo tienes el pie? —preguntó Liam. Y al ver la expresión de sorpresa de Tom esbozó una sonrisa y añadió—: Soy hincha del equipo.

—Ya está curado.

—Genial.

Mientras Tom se sentaba de nuevo, Liam se volvió hacia el señor Davey.

—Sólo vengo a por el desatascador. Se me ha vuelto a atrancar la ducha.

—Debajo del fregadero.

Liam se agachó para mirar en el armario. El sol que se colaba por la ventana de la cocina le dio en la espalda. La camiseta se le quedó pegada a la columna por el sudor. Después de unos instantes, sacó un desatascador viejo, con el mango de madera cubierto de moho, y Tom se dio cuenta entonces de que, en efecto, lo había visto antes, cuidando el césped del campo.

—Voy a probar —dijo, y se irguió—. Encantado de conocerte, Tom. Y a usted también, señor Pearman.

Cruzó la puerta mientras estudiaba el desatascador, haciéndolo girar en sus manos enormes, y salió de la habitación. Cuando la puerta principal se cerró, Tom volvió a centrarse en la conversación. Su padre lo estaba observando desde el otro lado de la mesa. Pero de repente miró para otro lado y dio un sorbo a su café. Tom se quedó contemplando la otra parte de la habitación, el fregadero, la ventana. En la puerta de la nevera vio lo que parecía una lista de turnos para fregar los platos. Y sobre el microondas, un conjunto de fotografías enmarcadas de jugadores del club, entre ellas una de Chris Gale, el lateral izquierdo del Town.

—Bueno, Tom —dijo su padre—. A mí me suena todo estupendo. ¿Te parece bien a ti?

Lo estaban mirando todos.

—Claro.

Aprovechó que tenía la mañana siguiente libre para cargar el coche en el hotel y trasladar todas sus cosas, así como algunos trastos que le había llevado su padre. Se quedó en su nueva habitación un buen rato, pensando en

las demás personas que pululaban por los pisos inferiores. Guardó la ropa doblada en la cómoda y colocó las mancuernas debajo de la cama, y, por último, mientras oía las voces de los otros ocupantes a través de la tarima, puso su colección de cactus en el alféizar de la ventana.

En la cena le presentaron a Steven Barr y a Bobby Hart. Los dos eran grandes, nerviosos e infantiles, y Bobby no se parecía en nada al chaval apocado del que Foley se había mofado en las duchas. Se sentaron juntos a la mesa, riéndose, dándose empujones y gritando con un acento tan basto que Tom se sintió un tanto intimidado, aunque con los Davey se portaron de forma extraordinariamente educada y a él lo trataron con respeto desde el primer momento por estar en el primer equipo. En el campo de entrenamiento apenas hablaban. Ahora, sin embargo —mientras bromeaban con la señora Davey y se apoyaban el uno en el otro para servirse más chile, más ensalada o más pan de ajo—, parecían incapaces de callarse o estarse quietos. Con el ruido y las risas, los chavales se convirtieron en el centro de atención, y Tom se fue relajando poco a poco. Intervino cuando estuvieron hablando sobre ayudas económicas a equipos que habían bajado a segunda. Y luego les contó con bastante gracia cómo había sido su estancia en el hotel. Después de cenar se fueron al salón a ver la tele y, cuando Bobby y Steven se retiraron a jugar al ordenador, Tom empezó a sentirse un poco incómodo en aquel sofá enorme al lado de los Davey. Esperó un tiempo prudencial, se disculpó y subió a su habitación.

Poco a poco se fue aclimatando a la casa. Los Davey eran amables y tenían buen carácter. Tanto si se quedaba callado mucho rato como si se comportaba con una educación excesiva, nunca decían nada. En general, lo dejaban a su aire. Desde que se recuperó de la lesión en el pie había estado trabajando duro, sin olvidar nunca las palabras que le había dicho su padre: «Esfuézate al máximo y espera a que llegue tu oportunidad». Volvía cada tarde a casa en coche, dando por hecho que la señora Davey estaría en la cocina del albergue donde trabajaba como voluntaria y los chavales escoceses entrenando o estudiando, con el único deseo de meterse en un baño de agua fría y dejar que sus músculos calcinados se distendieran.

Por las mañanas, llevaba en coche a los chavales. Ellos se sentaban en la

parte trasera del Ford Fiesta y se ponían vídeos en el móvil o apoyaban sus fornidos antebrazos en el cabecero para preguntarle por su experiencia en un club de la Premier. Si había conocido a ese jugador o a aquel otro. Igual que hizo con los compañeros de su antiguo colegio, Tom les hablaba de las escasas ocasiones en que había entrenado con los jugadores del primer equipo: de sus habilidades técnicas, de las jugadas y los regates que eran capaces de hacer y nunca se veían en los partidos y de las veces que había hablado con ellos. Junto al vestuario del equipo local había un pequeño almacén de material deportivo que los becarios usaban para sentarse a charlar o para pegar el oído a la pared. Era frecuente que los veteranos entraran de vez en cuando para hablar con ellos o gastarles alguna broma. Tom podía ver aquellos dos pares de ojos ávidos y estupefactos en el retrovisor mientras les contaba todo eso, pero aun así se sentía como si aquella historia perteneciera a otra persona. En su antiguo equipo, muchos de los jugadores titulares hablaban habitualmente con Tom. Sabían que tenía un futuro prometedor y que había jugado para la selección inglesa de su categoría. Era uno de los pocos novatos de aquella salita con olor a cuero en el que se fijaban, un pequeño honor que Tom nunca sabía si podía revelar cuando se ponía a hablar de su beca.

Los lunes y los martes, Bobby y Steven —acompañados algunas veces por uno o dos chavales de la academia— se acercaban al terreno de juego para entrenar con el primer equipo. Esas mañanas, Tom podía percibir su incontenible entusiasmo en la parte trasera del coche. En cuanto llegaban al campo, se concentraban, corrían y jugaban con un compromiso inquebrantable. Se fijó en la atención que prestaban a los jugadores veteranos —en especial a Easter—, en cómo se quedaban embobados con cualquier cosa que escuchaban y en cómo se afanaban por estar cerca cuando parecía que alguien iba a contar un chiste o a gastar una broma. Iban a todas partes juntos, siempre en pareja. Charlie Lewis, uno de los delanteros, dijo un día en el vestuario que deberían llamarlos Neeps y Tatties. A lo cual Yates, su compañero en labores ofensivas, respondió con una palmada en el muslo y una sonora carcajada por lo que acababa de ocurrírsele: «Decidido, entonces. A partir de ahora serán Nips y Titties».[3] En medio de la jarana que produjo

el comentario, los dos muchachos se quedaron petrificados, sin saber muy bien a dónde mirar. Se volvieron hacia Tom, que les sonrió con una mezcla de celos e instinto protector.

Clarke casi nunca los separaba. Era evidente que le caían bien. Medían por encima del metro ochenta. Eran musculosos. Una noche, durante la cena, le contaron a Tom que solían jugar de delanteros. Como dupla atacante habían batido todos los registros de la liga escolar. Ahora, sin embargo, Clarke los estaba obligando a jugar en otras posiciones, a uno de medio centro y al otro de defensa central, unos cambios a propósito de los cuales no habían pronunciado ni una sola queja, ni siquiera en la intimidad del coche de Tom. Se mostraban agradecidos por el simple hecho de estar allí. Y eso era algo que él podía entender a la perfección. También había sido el mejor de su colegio y también era delantero, como la mayoría de los futbolistas buenos con los que se había cruzado. Sólo cuando pasó de un equipo local a un club propiamente dicho, sus entrenadores llegaron a la conclusión de que podía hacerlo mejor como extremo y ahí se había quedado desde entonces. Ésa era la posición para la que lo había fichado el Town. Cuando se unió a la plantilla, Clarke le estuvo explicando cómo podía mejorar el equipo con su energía y habilidad para el pase en diagonal. Y cómo esperaba que se acoplase con Fleming, el lateral de su banda.

—He estado observándote todo este tiempo —le dijo a Tom en la sala de jugadores aquel día—. ¿Te has dado cuenta?

Tom negó con la cabeza mientras el entrenador le sonreía de forma siniestra desde el otro extremo del sofá. Aquella revelación no era precisamente tranquilizadora.

—He visto todos tus vídeos. Más de una vez. ¿Y sabes lo que pensé mientras los veía?

Tom siguió negando con la cabeza.

—Que ese chaval era un futbolista de verdad. Que tenía un talento natural. Y que debía convertirlo en un hombre.

A Tom no se le ocurrió nada que contestar.

—Y creo que hiciste lo correcto —añadió—, porque podrías haberte quedado de brazos cruzados en el equipo juvenil, subveintiuno o como

cojones lo llamen allí. Pero como querías jugar, no lo hiciste.

—No —dijo lacónicamente.

Cuando por fin se levantaron del sofá, no pudo evitar preguntarse si el entrenador creía por alguna razón que le habían ofrecido un contrato y que él lo había rechazado.

Tom fue andando hasta el estadio desde casa de los Davey y subió directo a la sala de jugadores para reunirse con todos los que no iban a ser titulares contra el Oxford. Fue el único que quiso ver el partido. Salió al pequeño reservado que tenían en lo alto de la tribuna principal y siguió el juego con distracción mientras desde el otro lado del cristal le llegaban amortiguados los ruidos de los que se habían quedado dentro viendo el encuentro de la Premier por la tele.

El equipo consiguió empatar a uno. Simon Finch-Evans —el extremo derecho que Tom venía a sustituir, o eso al menos le habían hecho creer— fue uno de los mejores del encuentro, una pieza clave en la construcción de la jugada que condujo al gol, y salió del terreno de juego entre aplausos cuando lo sustituyeron casi al final. Tom estaba dándose una ducha cuando Clarke lo llamó esa mañana para comunicarle que no iba a estar entre los suplentes. Como le explicó entre balbuceos en su escueto mensaje, al Oxford le gustaba jugar con tres en el centro y, por lo tanto, si hacía algún cambio seguro que sería para reforzar el centro del campo. También le recordaba que, a pesar de todo, tendría que ir al estadio; quería que los jugadores no convocados —siempre y cuando estuvieran bien físicamente— acudieran a todos los partidos en casa para que su presencia infundiera moral al equipo.

Tom volvió a entrar cuando acabó el partido. Se sirvió algo de beber y buscó un lugar discreto en el que sentarse. Como les había explicado el presidente a él y a su familia durante la visita al estadio, la sala de jugadores fue construida cuando remodelaron la tribuna principal. Tenía una iluminación plana y estaba equipada con el mismo tipo de moqueta y las mismas placas de yeso que los demás reservados y salones, lo cual daba a todo el interior de la tribuna el aspecto de una oficina barata. Tom encontró

un sitio en un rincón que estaba debajo del televisor. De la pared que tenía a uno de los lados colgaban varias reproducciones sobre lienzo con imágenes de jugadores celebrando victorias. Todas eran recientes. La más grande mostraba al equipo que había ascendido la temporada pasada asomado en pleno delirio a la parte superior de un autobús descubierto. A su lado había otra del triunfo en la Copa de la Federación del año anterior: en ella podía verse a Chris Easter aupado a hombros por sus compañeros, mirando al cielo en un momento de puro éxtasis. Tom intentó calcular el tiempo que había pasado entre esa foto y el traspaso de Easter al Middlesbrough. Tal vez un par de semanas. Era imposible que supiera entonces —en aquel glorioso instante que inmortalizaba la imagen— lo desastrosa que iba a ser su estancia allí, ni tampoco que lo dejarían marchar al cabo de un año y que poco después regresaría al Town.

Mientras esperaban a que el primer equipo subiera del vestuario, la inquietud en la sala fue en aumento. Tom se estaba arrepintiendo de haberse sentado debajo del televisor. Un grupo de invitados a la zona VIP se había congregado enfrente de él para ver los resultados de la jornada en completo silencio mientras bebían sus cervezas, y Tom se sintió atrapado entre los ruidos de sapo que hacían con sus papadas macilentas y fofas al tragar. Según pudo oír, su antiguo equipo había ganado y por un instante fue capaz de imaginarse a su padre saliendo del campo con el tío Kenny y John, los tres hablando animadamente entre la multitud que bajaba por las calles estrechas de adosados para abrirse camino hasta el pub, donde su padre —pinta en mano— aguardaría ahora con cierto nerviosismo los resultados de la liga regional.

Junto al ventanal que daba al campo se produjo de repente cierto revuelo. Al parecer, dos adolescentes con camisetas de imitación del equipo habían conseguido acceder a la zona de los reservados. Uno de ellos se había subido a uno de los asientos y estaba señalando y gritando a Yates al otro lado del cristal.

«¡Eres una mierda y lo sabes!», pudo oírse por encima del ruido del televisor.

Todo el mundo en la sala estaba mirando al chaval, incluido el propio

Yates, que empezó a mover la boca para que el otro viera cómo pronunciaba «Y una polla». El chaval siguió observándolo impertérrito mientras su compañero se encaramaba al asiento contiguo y se unía a los cánticos. Yates se acercó a la ventana hasta casi tocarla con la nariz y a continuación se llevó una mano a los pantalones. Mientras se sacaba la cartera del bolsillo, la sala se quedó en completo silencio. Se lamió el pulgar con histrionismo y empezó a pasar un billete de veinte libras tras otro para luego colocarlos en el cristal. Cuando ya había sacado ochenta libras, un grupo de guardas jurados se llevaron a aquellos dos adolescentes indignados de la tribuna y uno de los responsables se aproximó a Yates para intercambiar con él unas palabras.

Tom fue a la barra a por otra bebida. Se sentía cansado, un poco borracho. La cerveza se le había subido a la cabeza; aún no estaba acostumbrado a beber. Se quedó allí un rato, tratando de calcular cuánto tiempo tendría que esperar para poder marcharse sin que nadie se diera cuenta. Las puertas dobles de la sala se abrieron de par en par y un representante del club bajito, feo y con la corbata llena de manchas condujo a media docena de mujeres al interior. Tom tardó un poco en darse cuenta de que eran las parejas de algunos jugadores. Con ellas iban un par de niños —que las precedieron correteando— y un bebé al que su madre llevaba en brazos. Tom supuso que sería la pareja de Price, o quizá la de Richards; su presencia y la del bebé — las únicas dos personas negras en toda la sala— acentuaba la singularidad de aquel grupo. Siguieron al representante del club hasta la otra punta de la barra —envolviendo a Tom a su paso con el intenso y novedoso olor que despedían—, lugar en el que éste las dejó antes de marcharse de nuevo y lanzar un guiño a los hombres que se habían congregado en torno al televisor.

Tom se quedó observando a las mujeres. Su visión desentonaba bastante con el entorno: sus piernas resplandecientes y bronceadas contrastaban con la moqueta color ciruela y la meticulosidad de su maquillaje con los ojos sin vida de los hombres que las miraban. No había visto a la novia de ningún jugador en los días de partido anteriores y se preguntó dónde habrían estado durante el encuentro. Dos de ellas se acercaron a la barra y una se colocó muy cerca de Tom. Cuando le sirvió su consumición, el camarero y ella se pusieron a bromear sobre lo mala que era allí siempre la cerveza de barril, y

le sorprendió descubrir que era extranjera. «Europea», pensó. La otra era considerablemente más joven. Tom sabía que estaba casada con Easter y daba la sensación de que se encontraba mucho menos cómoda que la mujer extranjera. De hecho, mientras pidió dos botellas de vino, pudo ver que tenía mala cara. Se fijó en su top suelto de color crema, en sus *leggings* de lentejuelas y en sus zapatos de tacón, y reparó también en sus maltratados pies llenos de venas brillando bajo los fluorescentes de la barra. Ella echó una ojeada a su alrededor y Tom trató de evitar su mirada. En la superficie de su pinta flotaban unos cuajarones de espuma. La idea de tener que acabársela lo hizo sentir todavía más asqueado. Cuando alzó la vista, la mujer de Easter estaba volviendo a la mesa con las demás chicas.

Había coincidido con ella sólo una vez, al principio de la temporada, el día que Easter se lo presentó como «el tío con el que comparto habitación ahora». Ella le sonrió y le dijo: «Espero que le enseñes a comportarse», a lo cual Easter respondió burlándose de ella y recordándole que había sido él quien, en una ocasión, había vuelto al cuarto que compartían y se había encontrado a una chica desmayada.

Los ruidos que se oían de fondo empezaron a ser cada vez más fuertes y Tom vio cómo volvían a abrirse las puertas de la sala. Easter encabezaba al equipo. Los condujo directamente al lugar donde estaban las chicas, algunas de las cuales se levantaron para saludar a sus parejas con efusivas muestras de cariño. Tom vio cómo se abrazaban Easter y su mujer por la cintura y cómo se quedaban mirándose un buen rato. Después de darse un beso, él se la llevó de la mano hasta la barra para invitar a una ronda a todo el equipo.

Tom se acercó al grupo de curiosos que había alrededor de los jugadores para escuchar su relato del partido: el número diez del Oxford era un cabrón escurridizo que les había puesto las cosas muy difíciles; por una vez en su vida, los árbitros lo habían hecho bastante bien, y los hinchas locales los habían animado tanto como un par de pezoneras, comentario este último que todos celebraron como si fuera la primera vez que lo oían.

El señor Davey apareció al lado de Tom. Lo saludó con una mirada que él interpretó de compasión por el hecho de que, de nuevo, no lo hubieran convocado.

—No está mal el resultado... —dijo el señor Davey.

—Los del Oxford son bastante buenos. No sabía que había equipos que jugaran así en esta categoría.

—Bueno, tampoco hay muchos. ¿Quieres que te lleve a casa?

—No hace falta, gracias. Iré dando un paseo.

—Entonces, te veo luego allí. Ahora será mejor que vaya a ver si los que ponen la pasta tienen una copa en la mano.

Atravesó las múltiples capas de personas que rodeaban al primer equipo para llegar hasta los patrocinadores del encuentro, el pequeño grupo del que tenía que hacerse cargo y que estaba formado en aquella ocasión por los propietarios de una empresa de transportes: dos hermanos vestidos con el mismo traje y unos zapatones llenos de barro que lo esperaban junto a las máquinas de bebidas. Tom vio cómo les preguntaba con gestos si querían otra pinta. Ellos asintieron y el señor Davey se dirigió a la barra. Justo detrás de los patrocinadores, las tres personas que habían hecho de mascotas del equipo aquella tarde miraban por la ventana al terreno de juego con sus familias. Tom, consciente de que el asistente de Clarke acababa de entrar en la sala, se puso a mirar también por la ventana que tenía al lado. Distinguió a Liam Davey entre el grupo de becarios que estaban recolocando los trozos de césped que se habían levantado. Les dijo algo a dos de ellos, que se marcharon en dirección contraria, hacia el banderín de córner, mientras él se dirigía a la portería del fondo sur. Iba con la cabeza gacha y de vez en cuando se detenía para examinar el césped. Cuando llegó a la portería, pasó una mano por uno de los postes, estirando el cuerpo al máximo para tocar el extremo superior con la punta de los dedos, y después la bajó lentamente mientras iba tirando de la red para desengancharla.

Cuando Tom se volvió, las mascotas y sus familias habían desaparecido. El asistente de Clarke estaba en un extremo de la barra hablando con Easter. Pero, fuera lo que fuera lo que le estaba contando, era evidente que éste empezaba a sentirse ofendido. Tom estaba lo bastante cerca de ellos para ver los pliegues que se le estaban formando en la frente, y lo conocía lo suficiente como para saber qué significaban. No pasó mucho rato antes de que algunas de las personas que estaban alrededor de la barra empezaran también a

mirarlos. El asistente de Clarke siguió hablando con Easter, que se volvió con un gesto de patente desprecio y se alejó de él de pronto.

—¡Anda, ve corriendo a arrastrarte a tu escondrijo, inútil de mierda! —le gritó Easter por encima del hombro.

Una agitación silenciosa recorrió la sala. El asistente de Clarke —rojo de vergüenza— lanzó una mirada rápida al equipo antes de dirigirse a la puerta. Easter avanzó desafiante pero tranquilo hacia donde estaban los demás jugadores y su mujer, que lo cogió del brazo y le susurró al oído algo a lo que él no contestó. Durante esa pausa llena de murmullos, mientras todo el mundo aguardaba con expectación lo que pudiera pasar, Tom miró por la ventana una última vez y aprovechó la oportunidad para marcharse.

3

Easter se quedó en silencio mientras seguía bebiendo con el grupo. Leah, su mujer, se sentó a su lado. De vez en cuando le ponía una mano en la rodilla y cuando hacía algún ruido o intervenía en una conversación se volvía para mirarlo. Nadie se refirió al incidente con el asistente. Pero, en un determinado momento, Yates y Febian Price hicieron una pequeña pantomima para dejar clara la opinión que les merecía la forma descarada que tenía éste de pelotear al entrenador: un numerito en el que Price se levantaba, se alejaba de la audiencia con las manos en las caderas gritando: «¡Eh, tú, asistente!», y Yates se acercaba arrastrándose hasta acabar de rodillas delante de él con la cabeza entre las piernas. Después empezaba a susurrar con voz suplicante: «Él no lo decía en serio, de verdad que no», y, entre repetición y repetición, se detenía, levantaba el cuello y lanzaba besos al culo de Price.

—No tenemos por qué quedarnos, Chris.

Easter se volvió hacia Leah por primera vez en la última media hora.

—¿Quieres irte?

—No, no. Sólo digo que podemos irnos si no estás de humor.

—Vale, guay.

Procuró no mirar por la ventanilla del taxi mientras pasaban junto a las sombras de los jugadores en el aparcamiento.

—¿Qué te ha dicho?

No le contestó. Siguió con la mirada fija en la ventanilla. Ella podía ver

sus ojos reflejados en el cristal —concentrados, alerta— y se estremeció al sentir que la estaba mirando. Se volvió y se dio cuenta de que el conductor también la observaba, por el retrovisor y de una forma mucho menos discreta. Apoyó la cabeza en la ventanilla y cerró los ojos.

Cuando llegaron a casa, él se fue directamente al dormitorio. Leah se sirvió un vaso de agua en la cocina y se quedó allí remoloneando un rato. Cuando subió, Chris ya se había metido en la cama. Sin embargo, aún estaba despierto. Se desnudó y se acercó a él. Con una rodilla doblada sobre el colchón, se inclinó hacia delante y le pasó con suavidad un dedo por el nuevo corte que tenía en la sien. Él alargó la mano para alcanzar la lámpara de la mesita, que estaba encendida en su modo más tenue, le dio un golpecito para que se iluminara un poco más y luego otro —lo cual le permitió ver por un instante la resplandeciente piel de su mujer—, hasta que con una última pulsación la habitación se sumió en la oscuridad y ella tuvo que volver a tuestas a su lado de la cama.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, Leah se incorporó y se quedó mirando cómo Easter respiraba ligera y plácidamente mientras dormía. El corte de la sien se había hinchado durante la noche y, a la luz suave que entraba por un hueco de las cortinas, podía verse el brillo azulado de una pequeña contusión perfectamente formada. Se levantó de la cama, se vistió con rapidez y sin hacer ruido y lo dejó descansando.

Hacía tanto calor dentro del coche que tuvo que poner el aire acondicionado. Después encendió la radio para sentirse un poco acompañada y puso rumbo a casa de su madre.

Sabía que él se había quedado despierto un rato después de que se acostaran. Solía ocurrirle tras un partido. Por su cuerpo seguía fluyendo la adrenalina que había acumulado durante el encuentro, y no paraba de moverse y dar vueltas mientras lo revivía. Cuando tenía una lesión, por leve que ésta fuera, todavía le resultaba más difícil dormirse. Ésa era la razón, según él, por la que necesitaba beber después de jugar al fútbol. Normalmente, se iba a dormir a la habitación de invitados —igual que antes de los partidos—, o bien se iba ella, pero aquella noche había decidido dormir en la cama de matrimonio y ella no quiso dejarlo solo. Quería que supiese

que, fuera lo que fuese lo que le preocupaba, ella estaba ahí.

Su madre seguía viviendo en el apartamento donde Leah había crecido. Ella y su padre se mudaron justo después de la húmeda mañana en que se casaron ante una concurrencia bastante escasa, y Leah había nacido allí mismo al año siguiente. El bloque al que ahora se estaba acercando había cambiado muy poco desde entonces: los ecos en la escalera, con el pasamanos liso y descolorido, el olor a lejía, la pesada puerta de color marrón por la que se accedía al piso de su madre, las puertas de los vecinos, cuyas cestas se balanceaban por encima de una hilera de felpudos al contacto con la brisa matinal que soplaba en el pasillo.

El cochecito seguía junto a la puerta. Como todavía no habían puesto ascensor en el edificio, cada vez que lo subía o lo bajaba tenía que pedir ayuda a los Dynock, que muchas veces acababan acompañándola a hacer los recados o a jugar al parque. A veces, cuando su madre estaba trabajando o se iba a pasar el fin de semana fuera, se encargaban también de cuidar a Tyler y, al ver las dos latas de Shandy Bass del señor Dynock en el contenedor para reciclaje de su madre, Leah se preguntó si ésta habría pasado la noche fuera con su último amante.

Llamó a la puerta y entró. Atravesó el estrecho pasillo, entre las docenas de fotografías que cubrían las dos paredes: ella de bebé, de niña, de adolescente enfundada en la camiseta enorme del debut de Chris con el primer equipo, de su boda en el Cliff un par de años más tarde, de Tyler posando con un pelele del Town en la pared de enfrente, en el baño, en casa de los Dynock mientras se reía al lado de su perro... A veces se preguntaba qué pensarían los ligues de su madre cuando veían semejante exhibición, si lo considerarían una muestra de orgullo exagerado o de soledad o una simple señal de advertencia.

Se la encontró en la cocina preparando unos sándwiches de atún. Terminó de extenderlo por una de las rebanadas y se acercó a Leah para darle un beso.

—Robert y yo vamos a salir luego y estoy haciendo la comida que nos vamos a llevar. También he preparado la de Tyler. ¿Quieres que te haga algo a ti?

—No, gracias, mamá. —Señaló la pared con la cabeza—. ¿Está dormido?

—Se quedó roque hace una hora.

La madre de Leah volvió a los sándwiches. Ella cruzó la cocina y puso la tetera. La ventana estaba abierta y, al abrir el armario para sacar las tazas, una vaharada de aromas familiares le pasó por encima de los hombros. Durante un par de minutos, no se oyó más que el ruido de la tetera mientras el agua empezaba a hervir. Y a su madre cortando un pepino. Leah hizo el té, se apoyó en la encimera y se la quedó mirando. Perfectamente podría estar preparándole la comida para el colegio: el movimiento enérgico y eficiente de las manos, la gastada tabla de plástico rojo, los recipientes de plástico de siempre... Lo único que faltaba era la presencia inquietante de su padre.

—Ayer empataron.

Su madre no levantó la mirada de los sándwiches.

—Tuvieron mala suerte, pero deberían haber ganado —añadió Leah.

Cortó los sándwiches en cuatro triángulos y los metió en unas bolsas transparentes. Sacó un par de yogures de la nevera, un paquete de salchichas, una quiche precocinada, un KitKat y, tras pensárselo, otro más. A Robert, al parecer, le gustaba comer.

—¿Cómo está Chris?

—Pues va tirando.

Dejó las tazas de té sobre la mesita que había en el centro de la cocina y se sentaron.

—Robert dice que está jugando bien. Tiene que ser muy diferente después de lo del Middlesbrough.

—Pues sí. Pero de verdad que está bien, mamá.

Se oyeron unos balbuceos a través del intercomunicador que estaba encima del microondas. Su madre hizo ademán de levantarse.

—Ya voy yo —dijo Leah.

Cuando llegó a la habitación, encendió la luz y se acercó a la cuna. Tyler le dedicó una sonrisa sencilla, de pura alegría. Lo cogió y lo tuvo abrazado unos instantes, apretando aquel cuerpecillo rechoncho y caliente contra el suyo, mientras el olor rancio del pañal iba llenando la habitación, imponiéndose sobre el empalagoso rastro de su antiguo perfume.

Después de cambiarlo se lo llevó a la cocina, donde su madre seguía

sentada a la mesa en un extraño momento de inactividad. Dejó a Tyler en el suelo y éste empezó a gatear hacia su abuela.

—¿Y cómo se te presenta la semana?

—Pues con bastante lío. El jueves tengo clase en la universidad y luego he quedado.

—Ah, muy bien.

Su madre se inclinó hacia Tyler, que acababa de llegar a sus piernas torneadas, y le mostró la tira de una sandalia. Leah se preguntó si a continuación trataría de presionarla más, pero justo en ese momento el móvil de su madre se puso a vibrar y ella se incorporó para leer el mensaje.

—Robert está a punto de llegar. Se alegrará de verte —dijo, y se fue al baño.

Pocos minutos después, la puerta del apartamento se abrió. Leah se quedó en la cocina esperando y al cabo de unos instantes Robert apareció en el umbral: alto, risueño y dispuesto a darle un abrazo. A medida que avanzaba, ella reparó en sus cejas pobladas, en su barriga cervecera y en aquel desconcertante cinturón estrecho de cuero granate que también llevaba la última vez que lo vio.

—¿Cómo estás, Leah?

La besó con decisión en la mejilla y después se agachó para levantar a Tyler del suelo y sostenerlo muy cerca de su cara.

—¿Y cómo le va a este hombrecito?

El niño le dio unos manotazos en las cejas.

—Muy bien, gracias.

Robert no paraba de ponerle caritas a Tyler y luego le tocó la nariz con la suya. Leah se los quedó mirando, en un primer momento encantada, pero luego —en cuanto su madre volvió y se puso a su lado— cada vez más incómoda por la enorme cantidad de tiempo que, como resultaba evidente, Robert había tenido que pasar con el niño durante los dos meses que llevaba saliendo con su abuela. Sabía que tenía que estar agradecida. Era obvio que se le daban bien los niños, y su madre parecía mucho más feliz de lo que había estado con cualquiera de la larga lista de fracasados con los que había salido desde los desoladores tiempos de su padre. Iban juntos a clases de

baile. Él tenía su propio negocio —una aseguradora para empresas—, dinero, aficiones y no parecía esconder ningún cadáver en el armario, aparte de una exmujer de la que decía haberse olvidado por completo después de que lo abandonara dos años atrás por un señor de Yorkshire ridículamente bronceado.

—¿Y Chris? ¿Qué tal le va?

—Pues bien, gracias.

No pudo evitar preguntarse qué le habría contado su madre.

—Me alegro. Dile de mi parte que ayer jugaron bien.

Tyler empezó en aquel instante a reírse de una forma incontrolable porque Robert lo estaba meciendo sobre su barriga. La madre de Leah se inclinó hacia el niño para hacerle unas pedorretas en la tripa. Al levantar la mirada y ver la cara de satisfacción de Robert por encima de la melena de su madre, durante unos instantes espantosos Leah no pudo evitar imaginársela moviéndose encima de su entrepierna. El cinturón de señora que se desabrocha con prisa. El ceño de Robert contraído en un espasmo de placer...

—Bueno. Muchas gracias, mamá. Te llamo sin falta esta semana. —
Extendió los brazos para coger a Tyler—. Que tengáis un buen viaje.

Condujo de vuelta a casa bajo un sol resplandeciente, pensando en la tarde que tenía por delante. Hacía un par de días, en un momento extraño de inspiración, se le había ocurrido que podían ir los tres juntos al campo, y poco después había encontrado en internet el anuncio de una granja infantil situada a tan sólo hora y media de donde vivían. Aún no se lo había dicho a Chris, pero no paraba de imaginar lo bien que se lo pasarían allí, enseñándole a Tyler los patos y los pollos, observando cómo reaccionaría al ver por primera vez un asno. Sin embargo, los planes para la larga semana que se avecinaba empezaron a ocupar sus pensamientos. Al día siguiente tendría que ir al supermercado. El martes por la mañana, con el grupo de música para bebés y por la tarde —si conseguía ignorar las furtivas miradas de valoración que las otras madres dedicaban a su figura—, a natación infantil. Esa noche había partido fuera, así que Chris no iría por casa y no volvería hasta la madrugada. El miércoles tendría que esperar a ver cómo se levantaba y si quería estar solo o pasar el día con ellos.

El jueves era el día que ella esperaba en secreto durante toda la semana, anticipando con cierta sensación de culpa el momento en que dejaría a Tyler con su madre y se quedaría por fin sola para ir a la facultad y pasar un día entero haciendo talleres, hablando con gente y pensando en sí misma, hasta que el tenso ritual de todos los viernes empezara a pender sobre ella.

Al llegar a casa, en cuanto subiera al piso de arriba, vería que Chris no estaba en el dormitorio y la puerta del estudio estaría cerrada. Le diría hola desde el otro lado y volvería abajo.

Empezó a preparar el almuerzo. Tortillas con queso. Chris era extraordinariamente puntilloso con la dieta. Durante los primeros días de la semana consumía muy pocos hidratos de carbono y luego los iba aumentando de forma progresiva durante los días previos al partido, lo cual explicaba —o al menos eso era lo que él le había contado— por qué solían cenar por separado. Cuando jugaba en el Middlesbrough —desde luego al principio— había seguido a pies juntillas los consejos del nutricionista del equipo. Después de que ascendieran, el Town también contrató a un especialista en medicina deportiva y resultaba más complicado planificar las comidas de Chris que las del niño.

Tyler avanzó a trompicones entre los juguetes que había desperdigados por el suelo de gres. Leah había protegido con almohadillas todas las esquinas de la encimera y, como en las habitaciones que les sobraban —donde aún no se habían acumulado todos los cachivaches y muebles propios de un hogar— no había nada con lo que pudiera lastimarse, cuando tenía que hacer algo, solía dejarlo allí. Él se lo pasaba en grande con sus animalitos chillones, o bien empezaba a corretear por la amplia sala de estar que había junto a la cocina y después se tiraba encima de una alfombra tan mullida y esplendorosa como un oso polar, se sentaba frente a la chimenea digital y se ponía a jugar con los guijarros del suelo o a seguir con una mano en la pantalla el movimiento de las llamas. En el apartamento de su madre, se pasaba el día entero tirando de cables o metiendo el dedo por el extremo despegado de las moquetas. En esa casa, sin embargo, todo estaba nuevo, sin estrenar, vacío.

Se mudaron durante el parón veraniego, poco tiempo después de que el

Town volviera a fichar a Chris. Los representantes del club se pusieron en contacto con él a principios de mayo, en cuanto el Middlesbrough lo incluyó en su lista de descartes para la temporada siguiente. Ella sabía que los acercamientos del Town se habían producido a instancias del presidente. Era de dominio público. Clarke no lo quería. A pesar de que ahora cobraba menos y de las dudas de Leah, Chris se había negado a frenar su tren de vida y habían comprado a toda prisa esa casa, que era igual de espectacular que la que tenían alquilada en las afueras de Middlesbrough. Como le dijo una vez, ¿por qué iba a tener que pasarlo mal él sólo porque a un retrasado con cara de mono no le salía de las narices darle una oportunidad? Cuando fichó por el Middlesbrough, ella consiguió quitarle de la cabeza la idea de comprar una casa ridículamente grande, pero, a diferencia de lo que ocurrió entonces, en esa ocasión había preferido no discutir con él. Se sentía aliviada por el simple hecho de volver a casa. De poder dejar atrás de una vez la experiencia del traspaso. Ella hizo desde el principio todo lo que estuvo en su mano para adaptarse a la nueva situación: primero, durante los últimos días de su embarazo, en esa habitación de hotel en la que nunca consiguió sentirse a gusto mientras esperaba a que Chris regresase de los entrenamientos; y luego, cuando por fin se mudaron una semana después de que diera a luz, en esa casa llena de cajas y muebles embalados a la que tuvo que enfrentarse — agotada y casi sola— recién salida del hospital.

Leah pensó también que al regresar a su ciudad natal todo volvería a la normalidad. Que podría retomar su antigua vida. Pero ya llevaban casi cuatro meses allí y por el momento nada era como antes. Esa casa en mitad de la nada. Los días que se pasaba yendo y viniendo de allí al apartamento de su madre y del apartamento de su madre a la ciudad, a todas esas clases para bebés en las que siempre se quedaba a una distancia infranqueable de los corrillos de madres, mentalizándose para el momento en que Tyler volviera a abalanzarse sobre alguno de esos niños y quedara claro lo sola que estaba.

Podía oír a Chris moviéndose por el piso de arriba. Una puerta que se cerraba. La cadena del baño. Encendió el fuego y empezó a batir los huevos.

Cuando bajó, estaba vestido y parecía de buen humor. Se acercó a ella y le dio un beso en la frente antes de coger a Tyler, que lloraba para llamar su

atención justo debajo de ella.

—Con queso, ¿verdad?

—Sí, eso es.

—Vale, este queso está muy bueno.

Se quedó junto a la isla de la cocina, dejando que Tyler le mordisqueara los cordones de la capucha mientras ella hacía y servía las tortillas.

—¿Qué tal está Donna? —preguntó.

—Está bien. De maravilla, de hecho. Parece muy feliz —contestó ella.

Chris puso a Tyler en la trona y se sentaron a comer en la mesa de la cocina.

—¿Cómo decías que se llamaba su nuevo ligue?

—Robert. Está colada por él. Desde luego, mucho más que por el último.

—No me digas —dijo con un gruñido.

Ella lo miró desde el otro lado de la mesa.

—He encontrado en internet un sitio al que podríamos ir con Tyler esta tarde. Es una granja para niños, no está muy lejos en coche.

—¿Una granja?

—Sí, para que se relacionen con los animales. De verdad que no está nada lejos.

Tyler abrió su sándwich de atún y tiró una de las rebanadas al suelo. Ella se agachó para recogerla y la dejó en la mesa.

—No, vamos mejor al centro —dijo Chris—. Tengo que comprar unas cosas.

Tyler estaba examinando con curiosidad lo que quedaba de su triángulo de pan. Le dio la vuelta un par de veces en la palma de la mano y después se lo llevó a la boca.

Chris soltó una carcajada.

—Aunque debo terminar algo antes de irnos. Puede dormir en el coche, ¿verdad?

Mientras fregaba los platos, Leah lo oyó otra vez en el piso de arriba, y oyó también que la puerta del estudio se cerraba, y se dio cuenta de que tardaría un buen rato en acabar. Sin embargo, parecía relajado y eso bastó para que se le pasara un poco el enfado.

Tyler se quedó dormido nada más entrar en el coche. En lugar de llevarlo directamente al centro, decidieron dar una vuelta para dejarlo descansar. Cogieron la carretera que iba a la costa y ella empezó a albergar la esperanza de que al final acabaran pasando la tarde allí, bajo el sol. Sin embargo, el niño se despertó llorando antes de que pudieran llegar demasiado lejos, lo cual los obligó a regresar a la ciudad.

Leah tenía el pálpito —antes incluso de que se encontraran con el hincha en el Foot Locker o con aquel viejo en las escaleras o con el grupo de amigos que salía del Burger King— de que aquel día Chris no evitaría a los seguidores del club. Mientras se paraba a hablar con ellos, Leah solía quedarse esperando junto al cochecito, feliz de ser invisible en público cuando él estaba con ella. Siempre hablaban de lo mismo: de lo contentos que se pusieron cuando oyeron que volvía, de las dudas que tenían sobre la capacidad de Clarke para dirigir al equipo en esa categoría y de si podía firmarles algo para sus padres, hermanos o hijos.

Pudo ver a cierta distancia cómo conversaba con tres adolescentes —un chico y dos chicas— a la entrada de un Burger King: el rostro risueño de las dos muchachas, que no le quitaban el ojo de encima, la falta de pudor con la que Chris ignoraba al chaval. Al cabo de unos minutos empezó a sentirse avergonzada, se alejó un poco y se inclinó para decirle algo a Tyler, que estaba tapado por la capota de la sillita.

En los tiempos en que todavía iban juntos a la discoteca, se acostumbró a presenciar escenas así. Fueron muchas las ocasiones en que se quedó a su lado mientras se le acercaban ejércitos enteros de chicas para hablar con él, invitarlo a una copa o tocarle los abdominales o el culo, y nunca supo con seguridad si eran conscientes de que ella estaba allí, cogida de su mano. Una vez se levantó para ir al baño y cuando volvió él había desaparecido de la mesa en la que estaban sentados. Se puso a buscarlo por el bar y la pista de baile hasta que por fin lo encontró en un pasillo cerca de la puerta con una chica a la que no conocía. Sus caras estaban muy cerca. No tenía claro si se estaban acercando o separando ni tampoco si sus manos se estaban tocando. Los observó durante unos segundos y después, por miedo a que la descubrieran, se marchó a un reservado con los demás jugadores.

Cuando volvió del Burger King, Chris le dijo que quería comprarle algo. ¿Necesitaba algo? ¿Unos zapatos? ¿Material para las clases? ¿Para Tyler?

Al final terminó comprando un top para ella y un móvil para él. Cuando llegaron a casa, Leah se probó el top para que se lo viera puesto. Él dijo que le quedaba muy bien. Después cenaron con Tyler y, antes de bañarlo, cambiarlo y acostarlo, vieron juntos los dibujos animados.

Luego se sentaron los dos en el sofá de la sala de estar con la televisión de fondo y ella le apoyó la cabeza en el hombro. Él le pasó una mano por el pelo y le acarició la mejilla con el pulgar. Leah dejó que sus ojos se cerraran. Durante unos instantes le dio la impresión de que podía quedarse dormida. Sin embargo, él cambió de postura, le apartó con suavidad la cabeza y se fue echando en el sofá hasta que se quedó totalmente tumbado boca abajo. Ella se levantó y se arrodilló en la moqueta. Empezó a darle un masaje en las piernas, la espalda y los hombros, y estuvo así un buen rato, hasta que él se volvió y —para alivio suyo— le cogió las manos y se las fue deslizando despacio por el abdomen.

4

En la Unidad de Gastroenterología del hospital provincial, una médica ambliope estaba explicando la operación que su equipo acababa de realizar al reducido grupo de personas que la seguían. Lo único que ella sabía era lo que le había dicho la jefa de planta cuando empezó su turno: que por la tarde irían tres futbolistas de visita y que era necesario acortar las consultas de los residentes y saltarse el almuerzo. A pesar de ello, se las arregló para enseñarles la unidad sin dar muestra alguna de impaciencia o enfado antes de dejarlos con la enfermera que los llevaría a ver a los pacientes. Aquélla era la primera vez que Tom participaba en las actividades sociales del club. Él, Yates y Ashlee Richards —el simpático y jovencísimo extremo izquierdo— fueron al hospital en coche después del entrenamiento y se encontraron en el aparcamiento.

—Venga, vamos —dijo Yates camino de la entrada—. A ver si conseguimos verlos antes de que se mueran.

Esas visitas no le hacían ninguna gracia. De hecho, en el transcurso de una de ellas durante la temporada anterior, le había dicho a un estudiante de instituto que golpeaba el balón como si tuviera un palo de golf metido en el culo, un comentario que al club le había costado infinidad de críticas y un montón de entradas de regalo.

En aquella ocasión, sin embargo, Yates se quedó observando a la médica del ojo vago con un aburrimiento hostil, mientras que Tom y Richards la escuchaban respetuosamente y la seguían a través de los abarrotados y resplandecientes pasillos. Cuando la médica se marchó, la enfermera —una

mujer de mediana edad con los dedos largos y arrugados llamada Sabibah— los condujo hasta una habitación enorme. Dentro, un grupo de ancianos con pinta de estar en las últimas seesteaban en sus camas. En la televisión que había en la pared, encima de un armario con ruedas, dos adolescentes se besaban en un aula vacía. Sabibah colocó a cada uno en un punto de la estancia y les hizo dar una vuelta completa por ella, como si estuvieran en uno de esos actos promocionales con los patrocinadores del equipo.

Tom se fue sentando en la silla que había junto a cada una de las camas sin saber muy bien qué decir. Con los dos primeros no hubo problema porque parecía bastarles con charlar un poco: llevaban siendo hinchas del Town toda la vida, echaban de menos los partidos, necesitaban ir al baño, pero no querían pedírselo a la enfermera asiática. Los dos siguientes, sin embargo, se quedaron quietos, con los ojos desorbitados, mirándolo sin pestañear a él o a la habitación. Sus pechos flácidos asomaban por las aberturas del camisón y sus manos afiladas temblaban encima de las sábanas. A uno de ellos le faltaba la silla, y Tom tuvo que quedarse de pie a su lado durante tres minutos intentando encontrar desesperadamente algo de lo que hablar.

El viejo con barba de tres días que estaba en la cama contigua soltó una risita cuando Tom le entregó uno de los programas autografiados que le habían dado para que repartiera entre los pacientes.

—Sí, ya lo sé. Lo siento.

—No, no. No te preocupes. Ya tengo con qué entretenerme las próximas horas. A ver. —Abrió el programa con un interés exagerado—. «Vista desde el túnel de vestuarios» —leyó en voz alta—. «Me gustaría aprovechar esta oportunidad para dar una calurosa bienvenida a nuestros rivales de hoy, el Exeter City, a su entrenador y a sus hinchas.»

Tom se preguntó si pensaba leer el folleto entero. Sin embargo, se detuvo ahí y siguió leyendo en silencio un rato hasta que volvió a hablar de nuevo.

—«Creo de verdad que en esta casa hay jugadores con capacidad para sacarnos de este trance tan complicado. El enfrentamiento copero de esta tarde es una oportunidad inmejorable para empezar a levantar cabeza y constituye un acontecimiento especialmente importante porque, como saben, es la primera vez que este club participa en la Copa de la Liga. Pero tenemos

que poner todo de nuestra parte. Apoyemos, pues, al equipo esta noche y confiemos en que la primera victoria esté a la vuelta de la esquina. Los éxitos más espectaculares nacen siempre del compromiso con el equipo.» —El hombre levantó la cabeza para mirar a Tom—. ¿Qué pasó al final en ese partido? ¿Una victoria espectacular?

—Perdimos por cuatro a uno.

Volvió a concentrarse en el programa. Lo estuvo ojeando hasta que llegó a las páginas centrales.

—¿Este de aquí eres tú?

Se trataba de una foto a doble página de Easter, con la cabeza gacha, a punto de golpear el balón.

—No, nuestro capitán.

—Ah. —Examinó la foto con atención—. ¿Y cómo es?

Tom miró a Richards, que estaba sentado manteniendo una animada conversación con un paciente, y a Yates, que veía la tele con la barbilla apoyada en una mano junto al tipo que le había tocado.

—Pues la verdad es que un gilipollas.

El viejo y Tom empezaron a reírse, lo bastante alto para que algunos pacientes los miraran y Sabibah les dedicara una sonrisa desde la puerta.

—Yo no entiendo nada de fútbol —dijo el señor—. Nunca me ha gustado. —Se quedó observando a Tom, como valorándolo—. No quisiera resultar maleducado —añadió—, pero no pareces futbolista.

Tom sonrió.

—¿Y cómo son los futbolistas?

El señor se volvió hacia Yates, que en ese momento estaba levantándose de la silla y mirando a dos enfermeras que pasaban por la puerta.

—Pues como ese de ahí. Él sí que parece futbolista.

—Bueno —le contestó Tom—, yo soy más bien un suplente.

El viejo dio una palmadita en la cama como señal de agradecimiento. Tom se levantó. Había llegado el momento de pasar al siguiente enfermo, pero se sentía reacio a marcharse.

—¿Y te gusta? —le preguntó.

Tom lo miró y pudo ver a través de la camisa del pijama su pecho

marchito como una fruta pasada.

—Es lo que siempre he querido ser.

El viejo sonrió con admiración. El montículo que formaba su cuerpo bajo las sábanas se agitó cuando empezó a temblarle la pierna izquierda. De pronto, Tom se imaginó allí a su padre anciano, moribundo.

—Pocos de los que estamos aquí hemos conseguido eso. —Dio un golpecito al programa—. Gracias por esto. Lo guardaré con las revistas porno.

La foto oficial de la visita apareció en la prensa local al día siguiente: los tres jugadores de pie junto a la cama de un anciano aturdido.

—¿La colgamos entonces? —preguntó la señora Davey en el desayuno.

Tom negó con la cabeza, pero la señora Davey y los otros chavales protestaron, y al final terminaron arrancando la foto del periódico y clavándola con un alfiler en el tablón de corcho que tenían detrás de la puerta de la cocina, junto al listado con los partidos del primer equipo y de los juveniles, los turnos para la lavadora y todos los recortes que les parecían interesantes. La señora Davey solía colgar recetas, boletines informativos de residencias y cualquier artículo que leyera en el *Express* o en la prensa local; a Bobby y Steven, por su parte, les gustaba tentar a la suerte y poner fotos de modelos con unos circulitos pintados sobre los pezones.

En la casa el jaleo era constante. A Tom le encantaba la hora de la comida: entre semana siempre había asado, tarta y a veces pescado rebozado con patatas fritas, todo preparado por la propia señora Davey. Cuando terminaban de comer, se iban al salón a ver la televisión y, al cabo de un rato, los dos escoceses subían a su habitación para jugar a la Xbox de Bobby. Solían invitarlo a ir con ellos, pero —a pesar de que poco después él también se marchaba a su cuarto— casi siempre decía que no.

Iba al cine con frecuencia, por lo general, los miércoles por la tarde, y desde que se había instalado en casa de los Davey también salía de vez en cuando con Bobby y Steven después de cenar. Una noche los llevó a un pub del barrio a jugar al billar. Los Davey le dieron instrucciones precisas para

que no los dejara tomar ni una copa. Y, a pesar de las súplicas de los chicos, cumplió la orden a rajatabla, con lo cual Bobby y Steven tuvieron que estar toda la noche bebiendo coca-cola, mientras él —consciente de que algunas de las personas que había en el local lo habían reconocido— se terminaba tranquilamente su pinta. Cuando estaban jugando al billar, se acercó un hombre a hablar con él. Era bastante agradable y llegó incluso a presentarle a su mujer, pero, aun así, el hecho de que la gente lo reconociera y lo señalase cuando estaba en público hacía que Tom se sintiera incómodo. Al poco de empezar a ir al cine, un grupo de chavales no mucho más jóvenes que él lo descubrieron en el vestíbulo. Él intentó ignorarlos mirando para otro lado desde el mostrador de las palomitas y, en su precipitación por huir, acabó metiéndose en la primera sala que vio y tuvo que tragarse una película que, a pesar de su título, resultó ser extranjera.

Andrew, el otro hijo de los Davey, fue una tarde a visitarlos. Se mostró muy simpático con los huéspedes y bromeó un poco sobre el hecho de que no entendía nada de fútbol. Él y Sarah, la mediana, se habían ido a vivir fuera de la ciudad hacía ya bastantes años. Sarah tenía una casa en Londres, estaba casada y no había ido a verlos desde Navidad, una circunstancia que durante las primeras semanas de Tom con los Davey se había mencionado al menos tres veces. Liam, sin embargo, no vivía muy lejos y solía pasarse de vez en cuando, aunque nunca mucho tiempo y, por lo general, sólo para comer.

El domingo siguiente a la visita de Tom al hospital, Liam era uno de los que estaban en casa cuando se sentaron todos a comerse los tres pollos asados que los estaban esperando en la cocina.

—¿Cómo fue? —preguntó, señalando el recorte de prensa del tablón.

—Bien —contestó Tom—. Aunque me sentí un poco imbécil repartiendo todos esos programas autografiados.

Liam no dejó de mirar el recorte.

—¿Y qué tal con Yates y Richards?

—Richards es majo.

—Sí —dijo Liam—, ya he visto cómo es Yates.

El señor Davey, que presidía la mesa, se aclaró la garganta y dijo:

—Michael Yates es un chulo de mucho cuidado.

Los dos escoceses se miraron el uno al otro y empezaron a reírse por lo bajo. La señora Davey miró a su marido un instante y arqueó las cejas.

—Es verdad —continuó el señor Davey—. Es el típico fanfarrón que va por ahí diciéndole a la gente lo que tiene que hacer y tomando el pelo a los demás porque sabe que es un mediocre y tiene pánico de que lo pillen.

Tom se fijó en que Liam encontraba divertido lo que había dicho su padre. Sus labios se movieron despacio y se contrajeron hasta formar una leve sonrisa que se mantuvo incluso cuando se llevó un buen trozo de pollo a la boca y lo empezó a masticar lenta y rítmicamente.

—Ni siquiera sabía cómo funcionaba la máquina de refrescos del hospital —le contó Tom a Liam—. Tuve que ir al baño un segundo y lo vi mientras trataba de sacar algo: estaba pulsando todos los botones. Dudo que sepa que hay que echarle dinero.

Eso último se lo había inventado, pero Liam soltó una carcajada —igual que el resto de la mesa—, y Tom tuvo que agachar la cabeza para ocultar el gesto de satisfacción que asomaba a su rostro.

La sencillez con la que se vivía en casa de los Davey contrastaba con lo ardua que era la lucha diaria en los entrenamientos y los partidos. Tom se dejaba la piel para destacar. Se entregaba de forma incansable en los encuentros de preparación y siempre intentaba ser el primero o el más rápido en las pruebas físicas. A consecuencia de ello, se había quedado un poco aislado: algunos compañeros veían sus esfuerzos con respeto, otros con desconfianza y el entrenador, al parecer, con una mezcla de ambas cosas.

En esfuerzo, sólo Bobby y Steven estaban a su altura. Como las sesiones de entrenamiento de los juveniles eran más largas, más duras y tenían como objetivo conseguir mayor resistencia, estaban en mejor forma que muchos veteranos, cosa que también ocurría a los otros dos becarios que jugaban de vez en cuando con el primer equipo. Eso los convertía en un blanco fácil. Muchos veteranos se pasaban el día entero tratando de demostrar su superioridad física y verbal. Algunas veces —después de una entrada especialmente fea o de algún insulto repentino—, Tom se imaginaba saliendo en su defensa, pero al final nunca lo hacía. Les gritaban, les daban codazos, les pegaban rodillazos en la espalda —lo mismo que había tenido que sufrir

Tom cuando estaba en la academia—, y todo bajo la atenta mirada de Clarke, que quería curtirlos para cuando aquello les ocurriera en un partido oficial.

Una tarde, detrás de las oficinas del club, a Bobby le hicieron la novatada del betún. De pronto apareció Easter con un cepillo y una lata y lo tiró al césped mientras unos cuantos lo desnudaban y lo sujetaban con las piernas abiertas para que Price pudiera echarle el betún en los genitales. Tom se metió en el pasillo, y desde allí pudo oír los gritos y las risotadas que se colaban por la salida de incendios. Instantes después entraron todos como una exhalación, con Bobby al frente, desnudo, sonriendo y pálido como la cera. En mitad de su cuerpo blanquecino destacaba su pene negro y grasiento y sus muslos llenos de moratones.

Cuando el equipo terminó de cambiarse y se marcharon todos a la cafetería, Tom volvió al vestuario para echar un vistazo. Steven estaba sentado en un banco, mirando el móvil. Por detrás de él estaba Bobby, todavía en la ducha, frotándose con desesperación con una esponja. A Tom le dio la sensación de que no había nada que pudiera decirles. Tal vez podría haber tratado de explicarles que su estatus en el equipo acababa de mejorar de golpe. Pero llegó a la conclusión de que lo mejor era quedarse callado y dejarlos solos. Y, por supuesto, de que aquel incidente jamás debía mencionarse en casa de los Davey.

Cuando Tom y Bobby iban a la cafetería después de entrenarse con los veteranos —y tras hacer cola con paciencia para que les sirvieran la comida y de ceder su puesto cada vez que aparecía un jugador del primer equipo—, solían terminar al lado de Tom, en el extremo de un banco largo que había cerca de la nevera con las botellas de leche y del mostrador con las bebidas energéticas. Ese día, sin embargo, no se presentaron. Tom comió tranquilamente —feliz de no tener que llevarlos en coche por la tarde— hasta que casi todo el equipo se marchó y empezaron a llegar los trabajadores del club. El último en entrar fue Liam. Tom se preguntó si habría visto algo del numerito del betún. Eligió su almuerzo mientras charlaba con Lesley, la cocinera, por encima del mostrador de cristal. Después se dio la vuelta y, al ver a Tom, dudó unos instantes antes de dirigirse hacia él.

—Se te ha hecho tarde. ¿Te importa si me siento contigo?

—Qué va, adelante.

Tom, consciente de que aquello podía resultar raro, miró por detrás de Liam para ver si alguno de los pocos jugadores que quedaban se estaba fijando en ellos.

Liam empezó a comer con ganas.

—Mamá no tiene ni idea. A mí me parece que la comida que prepara Le está muy buena.

—Yo he tomado pollo —dijo Tom. Y después, por miedo a que aquello lo hiciera parecer un idiota, añadió—: Sí, cocina bien.

Liam se quedó con la mirada fija en el plato y siguió comiendo.

—A veces se pone un poco celosa. Ya has visto cómo se lo curra con la comida del entrenador. No tiene por qué hacerlo, pero le encanta echar una mano. ¿Sabías que antes nos lavaba la equipación?

—¿La señora Davey?

—Sí, antes de que contrataran a alguien. La solía tender en el jardín.

Tom echó un vistazo a la sala. Todos los jugadores se habían marchado.

—Yo jugué en los juveniles —dijo Liam—. De portero. Seguro que no tenías ni idea.

Tom contempló con curiosidad su cara, ancha y plana. Liam estaba acabando de comer. Tenía las manos y las muñecas manchadas de tierra.

—Con Boyn y Easter. Por aquel entonces, Chris era también bastante gallito. —Se quedó unos instantes observando la reacción de Tom—. Pero, para ser justos, hay que reconocer que era bastante bueno. A su lado los demás parecíamos aficionados. Le ofrecieron entrar en el Tottenham, pero lo rechazó. Y probablemente hizo bien. Esos chavales suelen acabar mal.

Tom, avergonzado, volvió la cabeza.

Liam empezó a comerse su cuenco de compota con crema.

—Tú jugaste con la selección subdieciocho, ¿verdad? —dijo.

A Tom, sorprendido, se le escapó un suspiro.

—Lo vi en Google —añadió Liam, sonriendo.

Tom quería hablarle de Bobby. Pero se vio incapaz. Una barrera extraña de pudor se lo impedía, como si supiera de forma instintiva que Liam no debía enterarse, que la gente externa al equipo no debía conocer lo que

pasaba dentro. De todos modos, Liam estaba ya recogiendo la bandeja y limpiándose la boca, dispuesto a levantarse.

—Me vuelvo a currar. Ya nos veremos por ahí.

Tom vio cómo dejaba la bandeja encima de la pila que había junto a la puerta e intercambiaba unas palabras con el entrenador de porteros. Antes de que pudiera apartar la vista, Liam se dio la vuelta para mirarlo y después se marchó.

Todo el mundo se había ido ya de la cafetería. En la cocina, Lesley estaba secando la encimera mientras tarareaba una canción que sonaba en la radio. Tom esperó unos minutos en su sitio, con una mano todavía alrededor del vaso, hasta que la aparición repentina de Lesley sonriendo le hizo dar un respingo.

—Venga, hombre. ¿No me vas a dejar que me marche a casa?

El aparcamiento de los jugadores estaba casi vacío. Sólo quedaban los coches de los lesionados. En el parabrisas del Mercedes plateado de Boyn descansaba una nota pequeña: «Por favor, aparque en el espacio reservado para el equipo. Multa: 40 libras». Tom fue andando hasta su coche. Al meterse en él, se sintió de pronto muy inquieto, como si por alguna razón necesitara hacer algo con las manos. Cogió un CD de la guantera, sacó el disco de la caja, lo volvió a guardar y repitió la misma operación unas cuantas veces —tratando de aprovechar el ritmo de ese movimiento para concentrarse y relajarse un poco—, hasta que el plástico terminó partiéndose y salió volando por los aires.

Un poco más abajo, en el aparcamiento de los empleados, pudo ver la camioneta que muy pronto llevaría a los becarios hasta sus cursos de formación profesional, y estuvo valorando la posibilidad de esperar a que salieran del club para poder ver a Bobby y Steven hablando y comportándose con normalidad.

Arrancó y salió del aparcamiento. Sin embargo, antes incluso de girar para entrar en la autopista, la idea de volver a casa, a su habitación, lo hizo sentir un poco incómodo y se dejó llevar por el capricho de ir a la playa.

Siguió las señales hasta que, a través de una avenida llena de casas descoloridas y hoteles azotados sin piedad por el viento, pudo ver el mar.

Aparcó al lado de un parquímetro. Al salir del coche notó una brisa refrescante y seductora, y empezó a caminar hacia la orilla. No parecía que hubiera mucha gente por la zona: una mujer sentada en un banco junto al cochecito de un niño, los dos comiendo patatas fritas; una pareja de ancianos dentro de un coche, y dos muchachas con delantales y redecillas en el pelo a las puertas de un *fish and chips*. Se acercó a una camioneta de helados que estaba cerca de la orilla. Cuando llegó a la ventanilla, al principio le pareció que no había nadie atendiendo, pero al poco una chica de su misma edad salió de un compartimento separado por una mampara.

—Perdona, me has pillado fumándome un piti. ¿Qué te apetece?

Analizó el tablón que había detrás de ella, consciente de que no le quitaba ojo.

—¿Tenéis de chocolate?

—Claro.

Se volvió hacia un mostrador enorme. Cuando se agachó, sus pendientes chocaron contra sus mejillas como si fueran unas campanillas de viento.

—Gracias —dijo Tom cuando le dio el helado.

Se produjo un momento de silencio durante el cual se miraron el uno al otro. Sintió cómo se le hinchaban las venas y se dio cuenta de que se estaba poniendo rojo.

—Los días así tienen que ser para morir de aburrimiento —añadió.

—Ya te digo. A las cuatro y media me estaré subiendo por las paredes.

—Sí, me imagino.

Él le dio el dinero. Ella cogió el cambio de la caja y se lo puso en la mano con una sonrisa. Por un segundo, pensó en decirle algo sobre los pendientes, pero se limitó a devolverle el gesto.

—Gracias —le dijo, y se marchó al paseo marítimo.

Un poco más adelante, se encontró con tres adolescentes sentados en el respaldo de un banco. Cuando se acercó a ellos, dejaron de hablar para mirarlo. Él se apartó el helado de la boca y los dejó atrás. Después de avanzar un poco más, se detuvo y se sintió tentado de volver a la camioneta de helados. Las gaviotas graznaban por encima de él. El corazón empezó a desbocársele y, al darse la vuelta, pudo ver que uno de los chavales se dirigía

hacia él. Cambió otra vez de dirección y apretó el paso.

—¡Colega! —El chaval estaba a punto de alcanzarlo—. ¡Eh, colega!

No le quedó otra opción que volverse de nuevo y mirarlo. El otro se acercó un poco más y se detuvo a apenas dos pasos. Miró a sus amigos y cuando se dio otra vez la vuelta podían verse todavía los restos de una sonrisa en sus labios.

—Sé quién eres.

Por detrás de él, sus colegas se inclinaron un poco para ver lo que pasaba, dándose codazos entre ellos y riéndose.

—Tú eres Tom Pearman, ¿verdad? Después de pasar por la Premier, debes de estar muy cabreado por haber acabado aquí. Ni siquiera has jugado aún de titular, ¿no?

—He estado lesionado.

El helado había empezado a gotear en el suelo.

—Parece que las cosas no van muy bien...

—Van de maravilla.

—Sí, claro. De puta madre.

—Lo siento, pero tengo que irme.

—Vale. Nos vemos, colega.

Cuando el chaval se dio la vuelta, sus amigos estallaron en una carcajada. Tom emprendió el largo camino de regreso hasta al aparcamiento. Apenas unos segundos después, pudo oír a uno de los chavales gritando algo por detrás de él, unas palabras que se perdieron entre el ruido del viento y los rugidos del mar.

Tom fue incluido en la lista de titulares para un partido de la primera ronda del Trofeo Johnstone's Paint, en casa frente al Stevenage.^[4] Clarke los había llevado aparte a él y a otros cuantos jugadores y les había comentado que estaba pensando en sacarlos. Si por él fuera, dijo, dejaría descansar a toda la plantilla del primer equipo, pero el reglamento no se lo permitía. Aquélla era su oportunidad para deslumbrar, insistió, sobre todo porque el partido lo iba a emitir en directo Sky.

En cuanto Tom entró en el vestuario y vio las hileras perfectamente dispuestas con lo necesario para el encuentro —la camiseta colgada sobre una pila ordenada de pantalones cortos, calcetines y calzoncillos doblados; dos botellas de agua y un plátano— no pudo quitarse de la cabeza la imagen de su madre. Se metió en uno de los retretes y echó el cerrojo. Se sentó, apoyó la cabeza entre las manos y trató de controlar la respiración. Los nervios —líquidos, abrasadores— se desataron en su interior. Casi podía verla en la sala de estar de Kenny y Jeanette, con el resto de la familia y era probable que también con algunos vecinos, esperando a que empezara el partido. Intentó acordarse de cuándo había hablado con ella por última vez. Hacía dos semanas, por teléfono. La llamada la sorprendió mientras preparaba el té y sólo habían podido hablar un par de minutos. Intentó pensar en alguna ocasión anterior, pero no le vino ninguna a la mente.

Cuando salió del retrete, el vestuario había vuelto a la vida con el ruido de las conversaciones. Las carcajadas. Los cachetes. Los temas de éxito sonando a todo trapo por el altavoz del rincón y los jugadores cantando. Boyn bailando. El olor a Reflex. Tom se acercó hasta su equipación y se sentó en el banco. Justo enfrente de él, el fisio le estaba dando un masaje a Daish en una camilla. Algunos jugadores se habían quedado en su sitio en completo silencio, aislados del resto, con los cascos puestos o leyendo el programa. El utilero estaba en una silla cerca de la puerta, abillantando los balones con una gamuza. Tom se puso a observarlo: la cara absorta en su tarea, el tic en las cejas cada vez que daba la vuelta a la bola. Al cabo de un par de minutos, se levantó y se acercó a dos arcones metálicos que había en la pared. Abrió la tapa de uno de ellos y Tom pudo ver en su interior un verdadero tesoro escondido de chocolatinas, barritas de cereales, chicles y gominolas. Le costó un momento darse cuenta de que Price —sentado a su derecha— intentaba hablar con él.

—¿Te pasa algo, tío?

Estaban tan cerca el uno del otro que sus rodillas podían tocarse. Se había dejado un bigotillo muy fino en el que Tom no había reparado.

—Qué va. Estoy bien.

—Tu primer partido como titular, ¿no?

Asintió con la cabeza.

—Yo todavía me pongo nervioso antes de salir al campo —dijo Price—. Cada vez que juego. Da igual si es un partido del Paint, como éste, que a nadie le importa una mierda. Siempre es lo mismo. En cuanto quedan cinco minutos para que empiece, me entra el cague. —Le dio a Tom una palmadita en la pierna y se puso de pie antes de añadir—: Lo vas a hacer de puta madre, chaval. Tienes talento. Bastante más que yo.

Luego se fue silbando y se metió en uno de los retretes.

Cuando, justo después de la charla sincera aunque un tanto imprecisa que Clarke dio al equipo, sonó el timbre que había colgado de la pared encima de la cabeza de Tom, éste sintió la necesidad urgente de ir al baño otra vez. Sin embargo, al ver que los demás jugadores se ponían de pie, no le quedó otro remedio que salir detrás de Price y repetir todo lo que éste hacía: estrechó la mano de Clarke, la de su asistente y la del entrenador de porteros, y chocó los cinco con la fila de jugadores que se había formado en la entrada del vestuario, donde el estruendo de la multitud, que se colaba por el túnel de vestuarios, empezaba a mezclarse con el ruido de los tacos, los gritos y las invocaciones apenas murmuradas de dieciséis jugadores que repetían sin parar: «¡A por todas, a por todas!».

Tom se dio cuenta al instante de que al joven bajito y vacilante que debía marcarlo le iba a ser muy difícil lidiar con él. Sus compañeros también lo notaron y por eso decidieron canalizar el juego por su banda. Cada vez que lo conseguían, al chaval le daba un ataque de pánico: se agarraba a la camiseta de Tom, trataba de despejar el balón con sus pies diminutos y fallaba estrepitosamente. En una ocasión, después de controlar un pase largo de Fleming, oyó un débil «mierda» a sus espaldas y, cuando se dio la vuelta, tuvo que encarar de nuevo al pobre chaval.

Empezó a jugar con una confianza que creía haber olvidado. Pidió el balón a gritos. Lo golpeó desde lejos y, al ver cómo salía desviado junto al poste, se fue a toda velocidad para recoger él mismo el rechace; sus sentidos parecían capaces de captar los deseos del público, las pulsaciones de la sangre que circulaba por sus piernas, el agradable olor a cebollas y a pasteles que subía desde la cafetería que había en la esquina inferior de la tribuna.

El Town ganó por 3 a 1. Tom casi marca el cuarto en el tiempo de descuento con un tiro desde el área chica que, sin embargo, dio en el travesaño y acabó en la tribuna cubierta de uno de los fondos. Durante los treinta segundos que le llevó al ágil recogepelotas —a quien se le había encomendado la tarea de quedarse en la grada atento a cualquier tiro que se saliera del campo— recuperar el balón, Tom sintió tal flojera como consecuencia de la adrenalina y de la presencia del público, de las cámaras y de su familia en el salón de Kenny que le costó borrar la sonrisa que se le había dibujado en la cara.

La euforia del triunfo se prolongó durante varios días. Surgió una energía nueva, un ímpetu nuevo. Una mañana, Tom estaba en uno de los salones del club con Bobby y Steven y de pronto empezaron a oír jaleo en el exterior. Salieron con los demás y se encontraron a Boyn en la entrada, intentando introducir por la puerta una tarjeta rectangular de un metro y medio de altura.

—¿Qué cojones está haciendo? —susurró alguien—. ¿Qué es eso?

—No tengo ni idea.

—Es un cheque.

—¿Cómo?

—Un cheque. De banco. Mira.

Mientras seguía llegando gente a la recepción, Price cogió uno de los extremos de aquella cosa inmensa y ayudó a Boyn a meterlo por la puerta, como si fuera un mueble. Tom pudo ver entonces que era cierto.

—¿Qué coño es eso, Boyney? ¿Te toca participar en algún rollo comunitario esta tarde?

Boyn sonrió.

—Para nada.

Levantó la tarjeta despacio para que todos pudieran verla. Era un cheque de cuarenta libras a nombre del club. En cada una de las esquinas estaba la imagen de Boyn, sentado en una silla, en bañador, comiéndose un coco a cucharadas.

—Es por la multa que me pusieron. Lo he hecho en internet. Voy a dársela ahora mismo.

Se produjo un estallido de carcajadas. Aunque quienes seguían sin

entender lo que pasaba guardaron un silencio prudente.

—Se va a cagar en tus muertos.

—Bueno —dijo Boyn abriéndose paso entre el gentío—, vamos a comprobarlo.

Salieron del vestíbulo siguiendo el traqueteo que hacía el enorme cheque por el pasillo. Cuando llegaron al despacho de Clarke, todo el mundo se detuvo para ver cómo Boyn llamaba a la puerta y a continuación —después de que se oyese un grito a lo lejos— cómo desaparecía en el interior.

Cuando salió pocos minutos después, Clarke le rodeaba los hombros con un brazo. Y los dos sonreían.

—Qué broma tan divertida —dijo el entrenador, dirigiéndose al grupo—. Me parto.

Se quedaron todos mirando a Boyn, tratando de averiguar si había trampa, pero éste parecía casi exultante de alegría. Clarke sufrió otro ataque de risa, estrujó a Boyn en un fuerte abrazo y empezó a darle puñetazos de cachondeo en el estómago.

—El maldito cheque le ha costado más que la multa —dijo, propinándole otro puñetazo.

Clarke se apresuró a calmar un poco aquel ambiente de euforia con una advertencia destinada a evitar que los jugadores se confiaran demasiado:

—Recordad que no ha sido más que el puto Johnstone's Paint. Seguí siendo basura. La semana que viene volveréis a ser suplentes —les soltó alegremente a todos los que habían jugado en el partido copero.

Y aunque Tom estaba convencido de haber jugado lo bastante bien para que lo dejaran fuera de ese rapapolvo, se dio cuenta muy rápido de que aquello sólo le había servido para estar en el banquillo el siguiente sábado.

Se sentó en la caseta completamente hundido, deseando que el equipo perdiera. Y, cuando lo hizo, experimentó una ligera satisfacción. El partido parecía condenado a terminar en empate, pero un fallo de comunicación entre Boyn y Foley casi al final permitió que uno de los delanteros del Shrewsbury se escapara y marcara de cabeza a puerta vacía. Los hinchas del Town la

tomaron primero con Foley, después con Clarke («¡No sabes ni por dónde andas!») y al final con el entrenador del Shrewsbury, a quien vieron gastando una broma a dos suplentes que muchos aficionados de la tribuna principal interpretaron como un desprecio al Town. Justo antes de que salieran esos dos chavales, empezaron a cantarle: «¡Siéntate ya, pedófilo!», y estuvieron así hasta que el árbitro pitó el final y el estadio se vino abajo con los abucheos.

El Town pasó a ser el farolillo rojo de su categoría.

Después, mientras salía del campo para volver andando a casa de los Davey, Tom vio a un grupo de una media docena de jugadores en el aparcamiento. Intentó fingir que no se había dado cuenta, pero Richards reparó en él y lo llamó.

—Nos vamos al Beach Hut, Tommy. —Richards se dio la vuelta para echar un vistazo al estadio—. Clarke no puede enterarse, ¿vale? ¿Te vienes?

Tardó un par de segundos en responderle:

—Vale.

Se subió a uno de los dos coches y envió un mensaje a la señora Davey para decirle que volvería tarde, inclinando un poco la pantalla para que no lo vieran ni Boyn ni Richards, que estaban sentados a su lado en la parte de atrás.

El Beach Hut era la más grande de las dos discotecas que había en la ciudad. Los jugadores no la frecuentaban mucho. Cuando salían juntos —lo cual no sucedía muy a menudo—, preferían conducir una hora para ir a alguno de los muchísimos locales que había en la capital. La gente que iba al Hut los conocía, algo que —aunque tenía sus alicientes— también era indicativo de que cualquier cosa que hiciesen trascendería.

En cuanto entraron —con Tom casi tambaleándose ya por la cerveza y los chupitos que se habían bebido deprisa y corriendo en el bar de enfrente— resultó evidente que todo el mundo los miraba. Tom se quedó al lado de Richards, que lo invitó a una copa. Estaba oscuro y había mucho ruido. Se sentía un poco desorientado y apabullado por todo aquello. Había oído a algunos jugadores hablar de las chicas del Hut y siempre había supuesto que exageraban. Pero entonces pudo ver con sus propios ojos cómo una que

estaba hablando con Charlie Lewis le indicaba que se diera la vuelta y después le pegaba un pellizco en el culo, acción que luego repitió él con ella. A su alrededor se había formado un grupo nutrido, sobre todo de chicas, aunque también había algún chico. Una de ellas miró a Tom y le sonrió. Richards, que los estaba observando, levantó el pulgar en señal de aprobación. La chica se acercó a él con la intención de saludarlo, pero Boyn se interpuso para decirle algo y se la llevó a la pista de baile. Ella se volvió y le hizo un gesto con la cabeza. Tom le sonrió, pero prefirió no acompañarlos. El grupo de jugadores se había desperdigado, y Tom se encontró de pronto separado del resto. Así que regresó al refugio seguro de la barra. La cabeza le daba vueltas y era incapaz de encontrar el sentido a nada de lo que pasaba. Se quedó mirando unos instantes el palpitante amasijo de cuerpos y de pronto se acordó de la noche en que conoció a Jenni Spoffarth: del corrillo de amigos que lo animaba; de cómo Craig, su mejor amigo, lo empujaba hacia ella justo antes de irse al baño a vomitar; de la extraña sensación de orgullo que experimentó al notar aquel cuerpo menudo al lado del suyo.

Cogió el vodka con Red Bull de la barra, se lo bebió y se dirigió a la pista de baile.

A la una en punto, la discoteca se había convertido en una masa pegajosa de piernas, rostros y bebidas derramadas. La zona que había alrededor del puesto de comida estaba cubierta de patatas fritas, restos de hamburguesas y regueros de mayonesa. Habían echado a dos tipos por pelearse en los baños después de que uno de ellos amenazara en broma al joven estudiante africano que se encargaba de las toallas y el otro cliente le exigiera una disculpa.

Algunos jugadores del Town estaban de pie junto a la barandilla de la pista de baile, dando palmadas y pateando en el suelo en torno a una chica que llevaba un cinturón con un montón de tubos de ensayo llenos de un líquido brillante. A su alrededor se había congregado un corrillo de chavalas que primero se quedaron observándolos y animándolos mientras se bebían una ronda de tubos y luego, cuando los jugadores las invitaron a una segunda, se acercaron a ellos.

Una de las chicas aprovechó un momento en que los jugadores estaban de risas para tratar de devolver su chupito, pero Yates —que bromeaba con desabrocharse la camiseta para que las chicas pudieran lamer de su pecho aquel líquido viscoso— vio al instante lo que intentaba hacer y empezó a dar palmas y a gritar con el resto de los jugadores: «¡Bebe, bebe, bebe!». La chica agarró el tubo y se lo bebió de un trago entre el estruendo de una ovación.

Entre los empujones y los abrazos que se iban dando todos de camino a la pista de baile, nadie se fijó en que por un momento a la chica se le doblaron las piernas. Tuvo una arcada, pero no llegó a vomitar, y con una mano se agarró a la barandilla mientras una de sus amigas la sujetaba del brazo. Se cayó de rodillas y así se quedó unos segundos, mientras su amiga le decía algo al oído y alguien le ofrecía un vaso de plástico con agua. Cuando se recompuso, se bebió el agua, se levantó como pudo y apartó la mano que le sujetaba el brazo para salir de la pista de baile.

Algunos jugadores se partían de risa mientras señalaban entre el gentío a Tom, que estaba solo en mitad de la pista dándolo todo. La música lo había absorbido por completo. No paraba de dar palmas, saltar y —al menos durante el tiempo que duró el coro de una de las canciones— hacer aspavientos.

La chica se había animado también a bailar, como bien podía, con la cabeza gacha y la mirada perdida en un torbellino de tobillos y zapatos manchados. Boyn se abrió paso entre quienes bailaban y la cogió del brazo. Le ladeó la cabeza, señaló a Tom y le gritó algo al oído mientras la conducía hasta él.

En cuanto Boyn la dejó libre, se agarró a la cintura de Tom. Él le puso una mano en la espalda y siguió bailando, apretándola contra su cuerpo. Ella lo miró a la cara y al intentar apoyar la cabeza en su cuello, trastabilló. Tom la cogió, la atrajo hacia él y le dio un beso tan obsceno que su labio superior se deslizó casi hasta su nariz antes de que ella pudiera levantar de nuevo la cabeza. Volvieron a besarse, durante más rato, y, cuando él le puso la mano en la parte baja de su espalda, ella cerró los ojos.

Tom dejó que la chica —que, a diferencia de él, seguía ajena a las

miradas de lascivia que les dirigían desde la pista— apoyara la frente sobre su hombro y la agarró con fuerza mientras ambos se balanceaban al ritmo de la música.

5

Todos los jugadores, tanto los que formaron parte del once inicial como los suplentes, fueron obligados a ver un vídeo del partido contra el Shrewsbury. Cada sección del equipo tuvo que salir por separado a examinar sus errores. Primero los dos de arriba, luego los mediocampistas y, por último, la defensa: toda la alineación de delante hacia atrás hasta acabar en Frank Foley, que aguantó con una sonrisa forzada mientras pasaban en bucle una secuencia en la que se veía cómo miraba encorvado el lanzamiento de un córner, cómo saltaba para tratar sin mucha suerte de despejar el balón y cómo acababa arrollando a Boyn y observando desde el suelo el cabezazo con el que marcaba un jugador rival.

Fueron los centrocampistas, sin embargo, los que tuvieron que hacer frente a las críticas más duras. Entraron en aquella sala diminuta y oscura situada en las tripas del estadio para sentarse en un banco junto a las sombras fantasmales de las pizarras y los carteles con mensajes motivadores. Sin darse cuenta, se colocaron exactamente igual que en el campo —Richards a la izquierda, Easter y Price en el centro, Finch-Evans a la derecha y los suplentes en unas sillas a ambos lados— mientras Clarke daba unos pasos para ponerse detrás de ellos con el mando en la mano. Al rebobinar el vídeo, por la pantalla empezaron a pasar ráfagas de imágenes estridentes a toda velocidad acompañadas por los profundos silencios que se hacían en la sala y por el zumbido lejano de la cortadora de césped que llegaba desde el campo.

—A ver, ¿qué es lo que no estáis haciendo aquí?

Los centrocampistas observaron la imagen congelada, buscando una

respuesta en aquellas figuras inconexas.

—Venga, ¿qué es? ¿Qué es lo que os digo cada semana, cada puta semana, que tenéis que hacer y no estáis haciendo en esta imagen?

—¿Movernos?

Clarke, incapaz de determinar si aquello era o no una broma, frunció el ceño justo detrás de la cabeza de Easter.

—Achicar el campo —dijo—. Lo que no estáis haciendo es reducir los espacios. Ellos tienen la posesión y vosotros cuatro os quedáis ahí sin mover un puto dedo.

Volvió a poner el mismo fragmento y después rodeó el banco para colocarse delante de ellos. Sólo Easter lo miró a la cara. Clarke les mostró más ejemplos, cosa que tardó bastante tiempo en hacer porque, sin querer, le dio dos veces al botón de avance —saltando en una ocasión a la parte dedicada a la defensa y en otra a la pifia de Foley— y se fue poniendo cada vez más furioso mientras se afanaba por encontrar los cortes que había seleccionado.

—Vosotros no queréis ser futbolistas profesionales. Es eso, ¿no? Lo que queréis es que volvamos a donde estábamos, ¿verdad? A los campos llenos de mierda de perro, a tener que cambiarnos en el aparcamiento, a jugar para un público que podría caber perfectamente en una camioneta. ¿Es eso lo que quieres tú, Price? ¿Finch? —Observó sus rostros impertérritos, ignorando a Easter, que había llegado al club antes que cualquiera de ellos—. Porque, si no espabiláis un poco, ahí es donde vais a acabar, incluso aunque yo consiga de jodido milagro que nos mantengamos a flote.

Puso el siguiente corte.

—Un balón regalado.

Y luego el siguiente, este último acompañado por los gruñidos de fondo del cámara, un trabajador social, parte de cuyo trabajo consistía en realizar esas grabaciones.

—Aquí otro.

—Creía que teníamos que lanzar el balón arriba lo antes posible.

Clarke bajó la mirada para dirigirse a Easter:

—Y así es. Pero a uno de los nuestros.

—Ya, míster. El problema es que si cada vez que cogemos la pelota pegamos un patadón, lo normal es que salga rechazada de cabeza en cabeza.

Clarke no dijo nada y se limitó a dar un ligero paso adelante.

—Lo que intento decir —continuó Easter— es que si la pelota está siempre en el aire, no vamos a poder pasárnosla.

El entrenador apoyó un pie en el borde del banco, entre Easter y Price.

—¿Me estás tomando el pelo?

—¿Cómo?

—Que si me estás tomando el pelo.

Hubo un matiz extraño de picardía e insinuación en la segunda pregunta.

—Los demás podéis iros. Decidles a los defensas que esperen fuera.

En cuanto salieron, Clarke cerró la puerta y encendió las luces. Los ojos negros y diminutos del entrenador se hundieron todavía más en sus ojeras arrugadas y se quedaron clavados en Easter sobre dos bolsas de piel muerta.

—¿Qué pasa, tonto del culo, quieres que te deje en el banquillo? —El ruido de la cortadora de césped fue aumentando a medida que avanzaba hacia ellos—. ¿O es que quieres pirarte a otro equipo? ¿Quieres hacer otra vez las maletas?

—El míster eres tú. Haz lo que quieras.

Después de una pausa, Clarke sonrió, se hizo a un lado y señaló la puerta. Cuando Easter llegó hasta ella y se dispuso a abrirla, al otro lado se oyeron unos pasos apresurados.

Se sentía demasiado nervioso para volver a casa. Salió del estadio en busca de carreteras al aire libre, de campo, de mar. Le habría gustado que le pegara. Por un instante, mientras estaba en aquella habitación, había deseado que Clarke le diera un puñetazo para poder experimentar el dolor intenso de un golpe en la nariz sin inmutarse, para poder aguantarlo con estoicismo y después marcharse. Pero nada de eso había ocurrido y ahora necesitaba sentir la potencia del coche, chocar incluso contra algo —un conejo, un zorro— y oír el ruido del impacto en el capó.

Sin embargo, como eran las tres y media de la tarde, se quedó atrapado en el tráfico denso de la hora a la que los niños salían del colegio. Se acercó al coche de delante y aceleró mientras pisaba el embrague para ver hasta dónde

llegaba su ira, tratando de controlarla, consciente de lo que pasaría si no lograba hacerlo.

Al fin llegó a una carretera rural y pudo sentir cómo rugía el motor en respuesta a los movimientos de sus pies. Cuando algún coche o tractor lo obligaba a reducir la velocidad, se colocaba a poca distancia del parachoques trasero para incordiar al conductor y saboreaba la furia que iba creciendo en su interior si no aceleraba. Se puso al lado de un monovolumen en una curva de visibilidad reducida que parecía interminable —con las manos cada vez más rígidas y sudorosas sobre el volante— hasta que de pronto volvió a aparecer delante de él una carretera recta, totalmente despejada.

Subió a las montañas cercanas a la costa y aparcó en un mirador vacío. Desde el interior del coche veía los barcos diminutos y un ferri que apenas parecía moverse.

Una única y distante franja de luz brilló en la superficie del mar durante un par de minutos, antes de que un manto de nubes se cerniera sobre el sol. Envió un mensaje a Leah para decirle que se había quedado en el campo y que volvería tarde a casa. Estuvo mirando el mar un buen rato. Empezó a llover suavemente. El horizonte parecía desdibujarse. Sintió una pesadumbre que empezaba a deprimirlo y trató de pensar en algo para ver si volvía a ponerse de mal humor: el fallo de Foley, Price incapaz de ayudar atrás, y todos los otros errores que había cometido aquella panda de inútiles de mierda y que, a diferencia del suyo, pasaron desapercibidos. Y también se acordó de cómo le había sonreído Clarke. Había sido la primera vez que se tomaba la molestia de amenazarlo él mismo en lugar de delegar en su asistente para que le hiciera llegar algún mensaje en su nombre: que habían encajado un gol por su culpa; que no estaba en forma; que tendrían que pensar en otras opciones si no mejoraba.

Puso el limpiaparabrisas y fijó la mirada en el ferri mientras intentaba acordarse de todas las ocasiones en que había jugado bien, mientras intentaba visualizar todo lo que había logrado hasta ese instante. Repasó la temporada en orden inverso, analizando cada partido y su participación en él. Pero no fue capaz de recordar ninguna actuación buena reciente: sólo podía ver los fallos que había cometido.

Se remontó todavía más en el tiempo, a la temporada anterior en el Middlesbrough, y de inmediato volvió a verse sumido en el mismo estado de preocupación e infelicidad que lo había perseguido —a él y a todos los demás— a lo largo de aquel periodo: en cada uno de los viajes que hacían a la ciudad deportiva, a esa caldera a presión en que se había convertido el estadio o a la habitación de hotel, donde le aguardaba la presencia incómoda de Leah, con su enorme barriga, tendida sobre la cama junto al teléfono y una palangana. Estaba seguro de que esa temporada no había jugado bien ni una sola vez. De hecho, la mayoría de las veces ni siquiera había jugado. Después de la primera docena de partidos entrando y saliendo del equipo como titular, el entrenador declaró en la página web del club que necesitaba tiempo para adaptarse al ritmo un tanto más lento y contenido de la segunda división y que, a medida que la temporada avanzase y las lesiones y los partidos atrasados empezaran a hacer estragos, desempeñaría un papel más importante en la plantilla. Pero ese papel nunca se llegó a materializar. Se pasó la temporada entera en el banquillo y, con mayor frecuencia aún, ni tan siquiera en el banquillo o en el campo, sino en el hotel o en su carísima casa de alquiler atestada de cajas y ropa de bebé, mirando a la desamparada criatura de color azulado que dormía al lado de su mujer y que hacía más caso a las cuidadoras y a las limpiadoras que a su propio padre.

Se le pasó por la cabeza la idea de contarle a Leah el enfrentamiento con Clarke. Sin embargo, sabía que no podía hacerlo. Admitir que había vuelto a fallar era algo que sencillamente no podía permitirse. Mientras seguía con la mirada fija en el ferri —que avanzaba sin descanso por el mar implacable y despiadado—, el pánico se apoderó de él y la sensación de que estaba perdiendo el control hizo que se le tensaran todos los tendones. Estaba convencido de que si dejaba que la situación se le escapase de las manos, aunque sólo fuera por un momento, nunca sería capaz de dominarla de nuevo y sus debilidades quedarían a la vista de todos: de Leah, de sus compañeros, de los hinchas. El mundo entero parecía estar viniéndosele encima.

Encendió el motor y dio media vuelta.

Por debajo de él, un rayo de sol alumbró de pronto el paisaje que recorrería camino de casa: una llanura ajedrezada de tierras de cultivo

salpicada de bosques y aldeas —una de las cuales era la suya— que terminaba fundiéndose en la distancia con el cinturón del extrarradio donde vivía la masa anónima de imbéciles y mindundis que cada quince días se desplazaban en coche con sus bufandas, sus hijos y sus camisas de marca hasta ese oscuro borrón en el horizonte urbano que ahora, mientras emprendía el descenso hacia su hogar y se perdía de vista la iluminación del estadio, había quedado otra vez envuelto por las sombras.

Entró en la sala de estar y se encontró a Tyler sentado en la alfombra dándose cabezazos contra un cojín.

—Eh, colega, ¿qué estás haciendo?

Se acercó a él sonriendo y se agachó para levantarlo. Sin embargo, en cuanto rodeó aquel cuerpecillo con las manos, Tyler se puso rígido y empezó a llorar.

—No pasa nada, tranquilo.

Lo levantó y le dio unos golpecitos en la espalda, pero como Tyler trataba de resistirse dándole patadas, lo dejó de nuevo sobre la alfombra y se fue a la cocina.

Leah esterilizaba unos biberones en el microondas.

—¿Te apetece un café? —preguntó él.

—Sí, gracias.

Puso el agua a hervir, se quedó observándola mientras sacaba los biberones humeantes del microondas, les enroscaba las tetillas y les ponía las tapaderas —sin parar en ningún momento de moverse de un lado para otro—, y le entraron unas ganas horribles de cogerla, abrazarla con fuerza y no dejarla marchar. Pero, justo en ese momento, Tyler entró en la cocina y el agua empezó a hervir, así que no le quedó más remedio que preparar el café, dirigirse hacia la puerta —sin prestar la más mínima atención a su hijo— y subir al sacrosanto refugio de su estudio.

¿Quién crees que debe ser el capitán?		
---------------------------------------	--	--

Creado por Calvo y orgulloso
17 de septiembre de 2011 ≤ 1 2 3 ≥

Respuestas: 55
Visto por: 612

Pinchó en el hilo.

Publicado por Calvo y orgulloso el sábado a las 23.46

Después de lo que ha pasado hoy, no me cabe duda de que Easter no es el jugador adecuado para liderar este equipo. Para esta categoría necesitan a alguien con más experiencia, alguien que no la cague cada vez que lo sacan.

Publicado por Riversider el sábado a las 23.53

Estoy de acuerdo contigo, Calvo y orgulloso, Easter está ido, lleva así desde que volvió. Si dependiese de mí, lo echaba y traía a algún veterano que pudiera ayudar a los más jóvenes.

Publicado por La voz de la razón el domingo a las 00.10

¿¿¿Que Easter está ido??? Venga ya, no me hagas reír. Siempre ha sido así. ¡Ese chaval es un puto tarado! La cabeza la tiene perfectamente, lo que no le funcionan son las piernas. El verano pasado les dieron por él mucho más de lo que valía y no debieron volver a ficharlo. Está sobrevalorado.

Publicado por Dr. Amor el domingo a las 00.52

Calvo y orgulloso escribió:

Después de lo que ha pasado hoy, no me cabe duda de que Easter no es el jugador adecuado para liderar este equipo. Para esta categoría necesitan a alguien con más experiencia, alguien que no la cague cada vez que lo sacan.

El problema, Calvo y orgulloso, es que para traer a alguien que sea bueno y tenga experiencia, antes tienen que deshacerse de Easter, y ¿quién en su sano juicio va a querer ficharlo? Además, Easter es el perrito faldero del presidente y no me parece a mí que el gordo ese vaya a dejarlo salir después del pollo que montó para traerlo.

Publicado por Leyenda del Town el domingo a la 01.03

Pero ¿a que ahora no se oye al presidente hablar mucho de él?

Publicado por Camino a Wembley 2010 el domingo a las 09.02

El capitán tendría que ser John Daish.

Publicado por Culogordo el domingo a las 10.35

Qué poca memoria tiene la gente. No hace mucho que todo el mundo estaba cantando el nombre de Easter en las gradas. Siempre le ha costado mucho adaptarse y, teniendo en cuenta lo poco que ha jugado de titular, estaba claro que le iba a costar todavía más cuando volvió. Sólo estamos en septiembre, colegas. No han pasado ni dos meses desde que empezó la temporada. ¡Un poco de fe!

Publicado por Jamesy1987 el domingo a las 11.38

¡El presidente es un mono! 🐵🐵🐵

Cada nuevo post le producía un escalofrío. Leyó el hilo hasta el final y luego volvió a empezar. Leah lo llamó desde el piso de abajo, pero él siguió pasando de hilo en hilo sin hacerle caso: primero estuvo husmeando en el foro oficial, luego en otro dedicado al Town y, por último, en las respuestas al artículo que había aparecido ese día en el periódico local. Cuando terminó de leer todas las entradas, volvió al foro oficial y se quedó mirándolo, actualizando la página cada dos minutos a la espera de que sucediera algo.

Estuvo lloviendo toda la noche y todavía cayeron algunos chaparrones dispersos mientras desayunaban. Cuando salieron, sin embargo, el cielo empezó a despejarse y unos rayos de sol débiles los escoltaron hasta la costa. La idea de aprovechar el día libre de Chris para ir a la playa fue de Leah. Preparó el plan con antelación, aguardó a que llegara el momento oportuno para sugerirlo, y cuando finalmente llegó —mientras veían una película en el sofá y ella le daba un masaje—, él aceptó de inmediato y pareció incluso que la idea de pasar un día fuera le resultaba agradable.

A Tyler le gustaba mucho la arena mojada. Lo llevaron hasta la orilla y lo bajaron con un mono impermeable para que pudiera jugar al borde de los charcos. Él metía las manos, cogía un puñado de barro espeso, lo levantaba por encima de la cabeza y lo dejaba caer para ver cómo salpicaba el agua. Chris estaba pendiente de él. En su rostro se dibujó una sonrisa, y Leah se puso a su lado para apoyarle la cabeza en el pecho. Cuando volvió a mirarlo, Tyler tenía la boca llena de arena.

—¿De verdad está comiendo tierra? —dijo.

—Eso parece.

—¿Y no deberíamos impedirselo?

—Tal vez.

Chris se acercó a su hijo, se agachó, se lo puso encima de los hombros y fue corriendo hacia el mar. Una vez en la orilla, lo colocó bocabajo, lo sujetó por los tobillos y empezó a subirlo y a bajarlo, y cada vez que hacía además de ir a lanzarlo al agua, Leah podía oír entre el rumor de las olas los gritos de alegría que daba el pequeño.

Fueron caminando a un chiringuito y estuvieron allí sentados un buen rato, hasta que por fin salió de la cocina una camarera disculpándose. Pidieron rollitos de langostino y cada vez que le acercaban un tenedor con un trozo, Tyler cerraba los ojos. Leah se dio cuenta de que la camarera los miraba sonriendo desde el mostrador y sintió una ligera oleada de bienestar, pero ésta se disipó en cuanto volvió a fijar su atención en la mesa y vio en los ojos y en los labios de Chris que era a él a quien estaba sonriendo.

Cuando acabaron de comer, hacía ya rato que se había pasado la hora de la siesta de Tyler. Aun así, Chris sugirió que fueran a dar una vuelta por el paseo marítimo para comprar dulces y cuando los consiguieron, dejó que el pequeño mordisqueara un chupete de golosina. Ambos sonrieron al ver la cara de sorpresa con la que reaccionó, y Chris la estrechó entre sus brazos.

Tyler se quedó dormido en cuanto entraron en el coche. Mientras emprendían el camino de vuelta, la llovizna empezó a golpear el limpiaparabrisas. Justo cuando Leah se quedaba también un poco traspuesta, Chris le dijo que el sábado tenían partido en casa contra el Aldershot y que se enfrentaría a Jamie Atwell, un viejo amigo de su primera etapa en el Town. Jamie y su mujer iban a quedarse el resto de la semana en un hotel, y Boyn había estado hablando de invitarlos a comer a los cuatro después del partido.

Antes incluso de que llegaran a casa, ella ya estaba acongojada. Aunque esas reuniones no eran muy frecuentes, le daban pánico. Nunca tenía nada que decir, sobre todo cuando terminaban de comer y las parejas se retiraban a la cocina para hablar de sus trabajos o de los amigos que tenían en común, mientras los hombres desaparecían para pasarse horas enteras jugando al ordenador sin camiseta o a los dardos o a ver quién bebía más.

Cuando Chris subió al primer piso, Leah llamó a su madre con la

esperanza de que no pudiera hacerse cargo del niño. Pero no sólo no tenía nada que hacer, sino que se mostró encantada de quedarse con Tyler para que ella pudiese ver a sus amigos.

Intentó no pensar en la comida incluso mientras se preparaba para acudir a ella. Se hizo las uñas cerca de la universidad y el viernes fue a la peluquería para cortarse las puntas, mientras Tyler gateaba por la recepción y jugaba con las encandiladas estilistas a esconderse detrás del mostrador donde guardaban los productos de belleza. El día del partido no llegó al estadio hasta pocos minutos antes del pitido final. Le había dicho a Chris que su madre no podría pasarse hasta tarde para no tener que verlo con Alison y Clare, la novia de Boyn, en la sala reservada a los familiares de los jugadores.

Cuando por fin llegó, las dos mujeres estaban apoltronadas en la esquina de un sofá, charlando, con una botella de vino en la mesita que tenían delante y sin prestar la más mínima atención al pequeño monitor que había situado al lado del bar y por el que daban el partido. No vieron a Leah hasta que no la tuvieron delante de sus narices. Clare se levantó, se apoyó en la mesita y le dio un beso en la mejilla. Alison hizo lo mismo. Leah no pudo evitar fijarse en que aquellas dos mujeres, deslumbrantes, con buen cuerpo y sin hijos, le echaron una mirada de arriba abajo mientras la saludaban. Rechazó la copa de vino que le ofrecieron y, después de disculparse diciéndoles que tenía que conducir, se fue a la barra a por una tónica. Sentada en aquel incómodo y desvencijado sillón frente a ellas, asintiendo y sonriendo mientras retomaban su conversación en torno a lo difícil que era organizar la tarde de los miércoles después del trabajo, de repente se dio cuenta de que debería haber llevado otra botella de vino a la mesa y de que Clare y Alison probablemente también condujeran.

Cuando llegaron los jugadores, el ambiente en la sala se volvió mucho más animado, casi agresivo. El partido había terminado en empate a tres, y Jamie Atwell había marcado dos de los tres goles del Aldershot. Al entrar, dio la mano a los directivos y trabajadores del club que conocía de su estancia allí y se volvió para ver con ellos en el monitor del bar la repetición de su primer gol, tras el cual —en un gesto un tanto exagerado de respeto hacia los seguidores del Town— se había limitado a recoger la pelota del

fondo de la portería y a regresar con la cabeza gacha al centro del campo, tambaleándose mientras sus compañeros se le echaban encima.

Sólo se atrevió a celebrarlo abiertamente más tarde, en la intimidad: fue entonces cuando, entre el mobiliario de cromo, cristal y cuero marrón del salón de Alek y Clare, revivió a voz en grito sus dos goles. Chris no había jugado. Leah lo había visto en el monitor calentando pocos minutos antes del final cuando se acercó a la barra de la sala de jugadores. Del otro lado del ventanal le llegaba el rumor apagado de algunos hinchas que cantaban su nombre; y también los gritos dispersos de un grupo más cercano que había convertido a Chris en el objeto de su amplio repertorio de acusaciones: que si era un vago o un aprovechado, que si no era digno de vestir la camiseta...

Cuando empezaron con los entrantes, a Chris se le notaba bastante preocupado por las bromas de los demás. Parecía relajado, pero Leah podía ver lo pendiente que estaba de lo que decían. Le estuvieron tomando el pelo un buen rato por no haber entrado en el terreno de juego.

—La verdad es que a mí no me importaría nada que me pagaran dos mil quinientos a la semana por quedarme en el banquillo —afirmó Jamie.

—Bah, eso es porque no tienen pasta para pagar mi prima por partido.

Leah sintió una punzada de orgullo al escuchar la contestación y ver la reacción estruendosa que produjo en la mesa. Volvieron a tratar el tema del entrenador. Alek pensaba que era un imbécil retorcido y Clare, ante los alaridos de risa de los demás, lo imitó de manera increíblemente convincente. A Leah le daba la sensación de que cualquier cosa que pudiera añadir la haría parecer una idiota, así que prefirió quedarse callada, sonreír y seguir bebiendo. Cuando por fin se le ocurrió algo —un comentario acerca de que al entrenador le importaba más su negocio de camionetas que el equipo— ya habían cambiado de tema y Alison Atwell se había puesto a hablar de su propio jefe. Cuando conoció a Jamie, era agente de policía, pero no hacía mucho la habían ascendido a sargento. Siempre tenía anécdotas divertidas y, cuando regresó de ayudar a Clare con el plato principal, Jamie la convenció para que les contara una hilarante y larguísima sobre un polaco que había intentado atracar una farmacia con una pistola de agua.

Leah era muy consciente de que no había dicho nada desde que se habían

tomado el aperitivo en la sala de estar. Cuanto más tiempo pasaba sin hablar, más se encerraba dentro de sí misma y más se esforzaba por no hacer nada que pudiera llamar la atención de los demás. Pero había un problema: ella era la única que no tenía posavasos. Al resto les habían puesto uno igual, a juego con el mantel. El suyo, sin embargo, o bien se les había olvidado, o bien se había perdido debajo de las bandejas de panecillos y aceitunas rellenas. Por esa razón, le resultaba casi imposible dejar la copa de vino en la mesa sin que chocara contra el cristal. Se pasaba largo rato sin cogerla, y cuando al final lo hacía, se limitaba a dar unos sorbitos rápidos, consciente de que estaba bebiendo demasiado para conducir y de que Clare y Alison la criticarían por haberse negado a tomar una copa con ellas en la sala de jugadores.

Se pusieron a hablar otra vez de Clarke.

—Si seguimos en la zona de descenso, no llega ni a Navidad —dijo Clare con la aprobación de todos—. Sería una puta catástrofe que después de todo el tiempo y el dinero que se han invertido en llegar a esta categoría, bajásemos a la primera de cambio. No creo que el presidente ponga más pasta. Sería el fin. Clarke tiene que marcharse.

—Casi tengo una pelea con él el lunes —terció Chris—. Una de las buenas. Estuvo a punto de darme un puñetazo.

Las chicas se quedaron con la boca abierta, y Leah trató de comportarse como si ya lo supiera.

—Si se hubiera atrevido a hacerlo, me lo habría llevado fuera. En serio. Lo habría dejado inconsciente.

—Conozco a un chaval —dijo Jamie— que jugó hace unos años para él. Me contó que Clarke tuvo una bronca tremenda con el propietario del club y que lo tiró encima de un banco de musculación delante de todo el equipo.

—Lo digo en serio. Si hubiera intentado hacerme algo, le habría partido la cara.

—Es un hijo de puta —dijo Alison.

Leah sintió un sofoco al escuchar esa palabra. Vio a los demás sonriendo y se puso de pie en cuanto lo hizo Clare para ayudarla con los platos. Cuando llegaron a la cocina le dijo que la comida estaba deliciosa.

—Gracias. Lo ha hecho casi todo Alek. Aunque no te lo creas, le encanta

cocinar. —Cogió una pila de cuencos de un armario—. ¿Qué tal tus clases? ¿De qué eran? Diseño de moda o algo así, ¿no?

—Sí, bueno, diseño textil.

—¿Y te gusta?

—La verdad es que sí. Está bien hacer algo creativo para cambiar un poco —contestó, confiando en que a Clare, que trabajaba haciendo las reservas en un restaurante, no le pareciera insultante.

—Se te debe de dar muy bien dibujar, ¿no?

—Pues no te creas. Lo hacemos casi todo por ordenador.

Clare le dio una enorme bandeja llena de *pavlova*.

—¿Puedes llevarlo a la mesa?

A Leah le caía bien Clare. Recordaba haber tenido con ella algunas conversaciones agradables en el pasado y, además, siempre le preguntaba por Tyler. Antes, en la sala de jugadores, en un momento en el que Alison se fue al baño, le había contado que ella y Alek también estaban intentando tener un niño, pero que al final habían decidido posponerlo hasta el siguiente verano para que el nacimiento coincidiera con el final de la temporada.

Cuando llevaron el pudín a la mesa, estaban teniendo lugar dos conversaciones a la vez. Leah se sentó con la esperanza de poder seguir hablando con Clare, pero ésta se unió inmediatamente a Alek y Alison en una discusión sobre lo que el Town podía hacer con el dinero que había invertido el presidente. Leah los escuchó, sin perder de vista la intensa conversación que estaban manteniendo al otro lado de la mesa, y se disculpó para ir al baño.

En las paredes del pasillo que conducía a él había un montón de fotos de Alek en acción, todas con una pequeña inscripción grabada: DEBUT CON EL TOWN; PARTIDO DE COPA ANTE EL READING; VICTORIA FRENTE AL LUTON. Al ver esa orgullosa exhibición y pensar en el trabajo que debía de haberles costado conseguir todas esas fotos, sintió una repentina mezcla de tristeza y ternura. Estaba como una cuba. Entró en el baño y se sentó en el retrete. Tenía la impresión de que Chris se avergonzaba de ella. Apenas la había mirado en toda la cena y las otras mujeres habían participado en la velada con sus bromas y sus imitaciones. Tenía ganas de volver a casa. Tenía ganas de ir

al apartamento de su madre para estar un rato con Tyler, acostarlo y dormir con él en su vieja cama. Cuando terminó de hacer pis, se acercó al lavabo y estuvo forcejeando un rato con el dispensador de jabón hasta que se dio cuenta de que todos los jarrones y frascos de cristal morado que había sobre el estante eran decorativos y de que había acabado lavándose las manos con lo que resultó ser una vela perfumada.

Al salir del baño, se detuvo. Desde el otro lado del pasillo le llegaba el vaivén de la conversación. Era imposible saber cuánto iba a durar la noche y desde luego no podía ser ella quien propusiera volver a casa; prácticamente sus primeras palabras en toda la velada no podían ser: «¿Podemos irnos ya?».

Cuando regresó a su asiento, Alison se estaba levantando el top para enseñar el tatuaje que tenía sobre la cadera.

—Ya, ya sé lo que me vais a decir. Que en qué estaba pensando.

—¿Qué es? —preguntó Leah.

—Un ave fénix resurgiendo de las cenizas. El escudo del Aldershot. Ya sé que no va a jugar ahí toda su vida, pero en su momento me pareció una buena idea. A él le digo que me lo hice para impresionarlo —añadió, sonriendo a Jamie como una tonta.

Cuando todos se volvieron para mirarlo, Leah sintió una mano de Chris en la rodilla.

Intentó no pensar demasiado en el espectáculo que había dado durante la cena. Se centró en el trabajo que tenía que hacer para la facultad —buscar ejemplos en la naturaleza que reflejasen las aplicaciones para tela que había diseñado— y en Tyler. Todo el tiempo que le dedicaba al niño se lo pasaba jugando con él, leyéndole, preparándole platos nuevos y sanos y tratando de poner algo de orden en sus horarios de dormir. Quería demostrarse a sí misma que al menos era capaz de hacer esas cosas. El pequeño solía quedarse dormido enseguida, pero durante las últimas dos semanas se despertaba cuatro o cinco veces por la noche y le costaba conciliar el sueño a la hora de la siesta. La madre de Leah supuso que sería por los dientes. Un día, durante una lucha particularmente complicada para conseguir que se durmiese,

recibió un mensaje de su amiga Shona en el que le decía que iban a quedar el viernes por la noche y le preguntaba si le apetecía apuntarse.

Desde que había vuelto de Middlesbrough, ya no veía a sus amigos del colegio tan a menudo como antes. Chris se había mostrado muy poco dispuesto a que lo hiciera, sobre todo al principio. «No está bien que dejes a Tyler —solía decirle—, imagínate que se despierta en una casa nueva y ve que su madre no está.» Últimamente había quedado con ellos un par de veces, pero salir de casa sin Tyler o Chris seguía pareciéndole tan extraño que había algo de irreal en la idea de ir sola a la ciudad en un taxi y recuperar su antigua vida.

Cuando le habló a Chris de la invitación de Shona, le dijo que llamaría a su madre para que se quedara con Tyler, pero, para su sorpresa, a él no le pareció una buena idea, se sintió incluso ofendido: tenía pensado pasar una noche tranquila en casa, preparándose para el partido del sábado, y no veía problema en quedarse con el niño.

No obstante, en cuanto salió de casa se vio asaltada por una preocupación insistente que aún seguía rondándole la cabeza cuando salió del taxi y empezó a caminar hacia el local en el que había quedado: que Tyler se despertara y Chris no supiera calmarlo, o que éste se viera obligado a interrumpir sus ejercicios y se sintiera frustrado o se enfadase.

Al verla entrar, sus amigos empezaron a hacerle gestos con la mano. Los cuatro estaban ya allí, sonriéndole mientras se acercaba a la mesa situada en mitad de aquel ruidoso bar.

—Qué suerte tienes —dijo Mark, que llevaba una camiseta de marca y lucía barba nueva y bien recortada, antes de ponerse de pie—, has llegado justo a tiempo para mi ronda.

Cuando se marchó a la barra, Leah se sentó en el lugar que le habían guardado, al lado de Liam.

—Bueno, ¿cómo estáis? —preguntó.

En sus miradas podía percibirse un leve rastro de su antigua capacidad para captar la atención de los demás.

—Pues mira, a Gem la van a despedir y Mark se está tirando a una adolescente —dijo Shona.

Los demás estallaron en una carcajada espontánea que le resultaba muy familiar, y Shona siguió desarrollando las dos noticias entre las esporádicas objeciones de Gemma y las risotadas que soltó Mark en cuanto volvió de la barra. Querían saber qué tal estaba, qué había hecho. Casi sin pensarlo, empezó a hablarles de la cena con los compañeros de Chris: del tatuaje del ave fénix, de la vela con la que se había lavado las manos. A ellos parecía no bastarles con nada de lo que les contaba y le rogaban que siguiese. Desde que dejó el colegio —aquel verano en el que Liam invitó a unos cuantos jugadores del Town a la fiesta de fin de curso de Katie Wheelwright y Chris Easter la besó en el baño del piso de abajo— siempre se habían divertido mucho con sus historietas de futbolistas. Sabía que Chris no les caía bien. Para sus amigos fue una verdadera sorpresa, incluso por aquel entonces, que empezara a salir con él, pero lo que ya los descolocó por completo fue que llegaran a soportarse el uno al otro, se casaran y acabaran teniendo un niño; y todo eso, además, antes de que ninguno de ellos empezara siquiera a plantearse la posibilidad de sentar la cabeza. Lo consideraban demasiado arrogante. En aquellos días, cuando conseguía convencerlo para que la acompañara a casa de alguno de ellos o al centro comercial y él se quedaba silenciosa e impacientemente al margen, ella solía decirles que era muy tímido y que lo ponía nervioso conocer a gente nueva.

Ellos estaban convencidos de que la engañaba. El tema había surgido por última vez hacía dos años, en una fiesta de Nochevieja. En aquella ocasión, ella perdió los nervios, los mandó a todos a tomar por culo, se marchó antes de que dieran las doce y, ya en casa, despertó de un portazo a Chris, que tenía un partido importante al día siguiente y no pudo volver a dormirse. «¡El hecho de que sea un futbolista no lo convierte en un gilipollas! —les gritó a sus amigos—. ¡Hay un montón de cosas que no sabéis de él!»

Ahora, sin embargo, rodeada de sus amigos, Leah sintió cómo empezaba a relajarse. Retomaron la historia de Mark y la adolescente: le contaron que la había conocido una noche en una discoteca y que no se había percatado de su edad hasta que quedaron al día siguiente y que después había estado mirando su perfil de Facebook para asegurarse de que no era todavía más joven de lo que afirmaba. Leah le dijo que era un perverso; un perverso con barba, lo

cual era mucho peor. Cuando pasaron a hablar del nuevo trabajo de Shona, Leah se sintió aún más incluida en la conversación, y se olvidó por un momento de sus obligaciones como madre, como esposa de un futbolista y del miedo constante que tenía a fracasar —tanto en público como en privado— en ese papel.

Cuando las bebidas empezaban a terminárseles, Leah se animó a pedir otra ronda, y Liam se acercó para ayudarla.

—Bueno, ¿y qué se siente al trabajar en el campo de un equipo que está en las ligas profesionales? —le preguntó mientras esperaban a que los atendieran.

—Sería mucho mejor si el presupuesto fuera también el de un equipo profesional. Ya veo que no vas mucho por el estadio, ¿no?

—Creo que no le hace mucha gracia verme allí. Al menos por el momento.

—Ya me imagino. ¿Qué le pasa? ¿Se lleva mal con Clarke o algo así? Cierta instinto de lealtad la hizo vacilar.

—No que yo sepa. ¿Has oído algo en el campo de entrenamiento?

—Sí, claro. Chris se pasó el otro día por la caseta de mantenimiento a tomar el té y estuvimos charlando un rato —dijo Liam, encantado con su broma—. ¿Qué voy a saber yo? Me dedico a cortar el césped, tía. No hablo con ellos. Bueno, sí, he ido al estadio estas dos últimas semanas, pero no he oído nada. Nada aparte de que Clarke es un mamón, lo cual no es precisamente nuevo.

El camarero se acercó, y Liam le recordó lo que estaban bebiendo los demás. Cuando se marchó para servir las bebidas, Liam la miró de frente, con su rostro enorme e inocente pendiente de ella.

—¿Lo estáis pasando muy mal?

—Qué va. En absoluto. Todo está saliendo como esperábamos. Lo único es que la temporada no va como él quería.

—Nadie quería que fuera así.

No muy lejos de ellos, el camarero estaba hablando con dos clientes. Ambos se volvieron para mirarla antes de que el barman regresara con las dos bebidas que faltaban y les cobrara.

—Se le pasará pronto —dijo—. Ya sabes cómo es.

Los dos se echaron a reír al darse cuenta de que Liam en realidad no tenía forma de saber cómo era Chris —no, al menos, desde que ambos fueron compañeros en los juveniles durante la adolescencia y tuvieron un enfrentamiento que seguía sin resolverse desde entonces—, salvo por los cotilleos que escuchaba en el club o leía en internet y por lo que con mucha cautela le había ido contando Leah a lo largo de los años.

—He oído por ahí que Clarke está buscando equipo para dejarlo cedido a partir de enero —dijo Liam.

Ella no contestó. Él se inclinó hacia delante para coger las tres bebidas y colocárselas entre las dos manos.

—Se lo he oído decir a Pete... No sé si lo conoces, es el que me ayuda con el césped. El mismo que dijo que ficharíamos a Noel Edmunds, así que lo más probable es que sea mentira. A menos que tú sepas algo. Venga, vamos a llevar esto.

Se quedaron hasta que el local cerró. Leah prometió volver a salir con ellos pronto, se despidió y, con las palabras de Liam todavía en la cabeza, fue caminando hasta la parada de taxis más próxima. Sabía que aquello no podía ser cierto. El Town acababa de ficharlo por segunda vez. Con toda seguridad, el presidente no accedería a cederlo. Pero, aun así, la sola posibilidad de que algo semejante pudiera suceder —el revuelo, la confusión que supondría para Tyler, las llamadas telefónicas constantes a aquel agente inmobiliario engreído, a aquel imbécil sin futuro— resultaba difícil de ignorar.

Para su alivio, cuando entró en casa reinaba un silencio total. Chris había dejado la luz del recibidor encendida para cuando ella llegara. Subió al piso de arriba y abrió la puerta del cuarto de Tyler. Se quedó un par de minutos escuchando el ritmo regular de su respiración hasta que se convenció de que todo era normal, después se asomó a la habitación de invitados para echar un vistazo a la figura encorvada que estaba tumbada en la cama, entró en el dormitorio y se quedó dormida rápidamente.

Unos berridos ensordecedores la despertaron. Se incorporó y esperó un poco para poder recobrar la conciencia. Oyó otra serie de gemidos desgarradores y luego se detuvieron. Volvió a tumbarse en la cama, pendiente

de cualquier ruido. Le resultaba difícil mantener los ojos abiertos, y el sueño se fue apoderando poco a poco de ella hasta que los gemidos empezaron de nuevo. Se deslizó por la cama para incorporarse y se quedó mirando la pared que lindaba con la habitación de Tyler, dejando que el contorno borroso del armario se fuera definiendo mientras continuaban los llantos. Echó un vistazo al despertador. Las 2.26 h. El ruido era cada vez más fuerte. El llanto tenía ahora un tono más desesperado, más áspero. En unas ocasiones se veía interrumpido por unos silencios breves —causados, como ella sabía, por los suspiros que daba el niño para tomar aire— y, en otras, por el traqueteo rítmico que producía Tyler al golpear los barrotes de la cuna e intentar ponerse de pie. Sabía que debía aguantar. Se tendió en la cama y, mientras trataba de convencerse a sí misma de ello, otra ráfaga de gemidos inundó la habitación. Por alguna razón extraña, sonaban más fuertes que si el pequeño estuviera en el dormitorio con ella. Las 2.30 h. Estaba haciendo lo correcto. Se lo repetía una y otra vez. Como no dejaba de decirse a sí misma, alguna puta cosa tenía que dársele bien.

Se levantó de la cama y fue de puntillas hasta la puerta de la habitación de Tyler. A esa distancia, el ruido era ensordecedor, monstruoso. Podía imaginarse su cara, sorprendida y contorsionada, y su cuello, empapado en lágrimas, igual que el pijama. Se quedó donde estaba un buen rato —intentó calcularlo, cinco, diez minutos, pero luego perdió la noción del tiempo—, con la frente apoyada en la puerta, decidida a no doblarse, hasta que de pronto cesaron los golpes en la cuna. Todavía lloraba, pero más bajito: sólo se oía ya un gemido sin fuerza que se iba apagando progresivamente.

Cuando estaba a punto de volver a la cama, se le ocurrió que tal vez Chris se hubiera desvelado. Sintió un leve escalofrío de placer al imaginárselo despierto, pero, cuando miró hacia la habitación de invitados, se dio cuenta con un pánico repentino de que había luz bajo la puerta del estudio.

6

A medida que la temporada avanzaba hacia el mes de octubre, el césped de los terrenos de juego —que había lucido impecable y resplandeciente bajo el sol del verano— empezó a crecer y a estropearse. Las áreas pequeñas se convirtieron en barrizales y en las partes hundidas de muchos campos, la mayoría de los cuales estaban inclinados y eran irregulares, la hierba se secó y se puso amarillenta. El campo en el que Tom jugaba con el segundo equipo se encontraba en un estado incluso peor. En aquellos partidos, a Tom le resultaba muy difícil adoptar un ritmo estable. Intentaba evocar sus días en el campo de la academia —todas las ocasiones en que había recorrido como una exhalación el cuidado manto de la banda— para forzarse a repetir una serie de movimientos que en el pasado realizaba de forma casi instintiva. Ahora, sin embargo, cuando trataba de avanzar con el balón controlado, éste salía dando botes y acababa chocando contra su espinilla o su rodilla.

El once titular del segundo equipo era casi tan impredecible como el propio campo: un batiburrillo de becarios histéricos como Steven y Bobby — que a veces, para irritación de los profesionales más veteranos, capitaneaban el equipo—, jugadores a prueba y chavales prometedores deseosos de impresionar pero, al mismo tiempo, incapaces de entregarse del todo por miedo a las lesiones. Tom —que jugaba en la mayoría de los partidos del segundo equipo y también como suplente en el primero— se veía ahora en la tesitura de tener que disputar muchas veces dos partidos a la semana, pero aun así no lograba sentirse parte de ninguno de los dos grupos. Estaba decidido a que no lo vincularan con los reservas, pero sus intervenciones en

el equipo eran erráticas. Había jugado con ellos cuatro veces y, aunque nunca se metía de lleno en los partidos, consiguió dar dos asistencias y marcar un gol, ocasión que celebró con el mismo comedimiento que el reducido grupo de tarados, ojeadores y padres que llenaban las gradas y que solían recibir cada tanto con un aplauso alegre pero sin levantarse del asiento, igual que si estuvieran viendo un campeonato escolar.

Aparte de los becarios, ante quienes intentaba comportarse con aplomo y veteranía, Tom apenas se relacionaba con los reservas. En cambio, trató de esforzarse más para integrarse en el primer equipo. Desde aquella noche en la discoteca, que recordaba sólo a retazos, se dio cuenta de que muchos de ellos estaban dispuestos a conversar con él mientras hacían estiramientos, reponían líquidos o se cambiaban. Se acercaba a todos los corros que se formaban alrededor de un teléfono para mirar fotos, sonreía, chocaba los cinco, sintiéndose siempre como un idiota, pero con la convicción razonable de que nadie se daba cuenta.

Se aseguró de ser uno de los últimos en subir al autobús que llevaría al primer equipo a Southend y —con una leve inclinación de cabeza que había ensayado— se sentó al lado de Richards, que le devolvió el saludo pero no se quitó los cascos. Cuando, después de casi una hora de viaje, por fin se los quitó, Tom se cuidó mucho de ponerse a hablar de inmediato y siguió mirando el portátil un rato antes de volverse hacia su compañero de asiento.

—¿Has visto esto? Eso sí que es clase.

Richards se inclinó para ver el vídeo de YouTube que Tom había seleccionado cuidadosamente la noche anterior: los jugadores de un equipo rival celebrando y bailando en uno de los clubes de la ciudad deportiva después de saber que su entrenador había sido despedido.

Richards sonrió.

—Sí, me imagino lo bien que debe de sentar.

Vieron juntos un par de vídeos más y después Richards se levantó para unirse al grupo de jugadores que hacían cola junto a la escalerilla para calentar en el microondas el tupper de pasta con pollo que les había preparado la señora Davey mientras miraban sin mucho interés el partido que transmitía Sky.

Perdieron. Después del encuentro, Clarke se negó a dirigirles la palabra; no les habló ni en el túnel, ni en el vestuario, ni en el autobús, donde Tom, como muchos otros, se sentó solo y se puso a mirar por la ventanilla el reflejo dorado en las marismas del estuario.

Como el viaje a Morecambe —donde celebrarían el siguiente partido fuera de casa— era demasiado largo, Tom prefirió no molestar a Richards. Ocupó un asiento de pasillo, al otro lado de la mesa donde algunos jugaban a las cartas, y de vez en cuando se unía a ellos para echar una partida de póquer o, en los escasos momentos de silencio que se producían entre los juegos y las apuestas, les enseñaba los vídeos curiosos que se había pasado noches enteras buscando en internet.

—¿Sabéis qué le pasa a la nenaza esa? —preguntó Easter, señalando a Lewis, que estaba unas pocas filas más atrás—. ¿Os habéis peleado o algo, Yatesy?

—Igual su loquero le ha dicho que no se junte con nosotros.

Pocos días atrás, a Lewis se le había escapado que estaba yendo a un psicólogo especializado en deportes para que lo ayudara a preparar mentalmente los partidos, tal y como les explicó mientras todos se partían de risa.

—¡Oye, CL! —gritó Price—. ¿Te ha dicho ya tu loquero por qué no marcas ni un gol? ¿Es porque tu papi no te quería?

La cabeza de Lewis asomó por encima del reposacabezas.

—Pues mira, resulta que tiene una teoría para eso.

—Venga, ilumínanos.

—Dice que es porque nuestros centrocampistas no valen un carajo.

Al ver la lluvia de cacahuets y barras energéticas que se le vino encima, Lewis se escondió detrás del asiento.

El entrenador de porteros se había cobrado un favor y había conseguido que los dejaran entrenar esa tarde en la escuela del Blackpool, después de lo cual disponían de una hora para echarse la siesta en el hotel antes de la cena. En un viernes como ése, eran los invitados perfectos: estaban tranquilos,

preocupados y sobrios. Comieron todos juntos alrededor de tres mesas enormes en un restaurante, se retiraron a sus habitaciones en cuanto dieron las nueve y dejaron que los responsables del viaje siguieran comiendo y bebiendo hasta que acabaran cayéndose por los suelos, con las camisas por fuera de los pantalones y las barrigas rosáceas asomando por debajo.

Tom seguía compartiendo habitación con Easter. Sabía que si esa situación se prolongaba era por decisión del entrenador y a veces se preguntaba si no sería ésa la función principal que tenía asignada durante los viajes. Habían conseguido establecer una rutina: en cuanto subían a la habitación, Easter volvía a marcharse; unas veces sólo por un rato y otras más tiempo. Tom encendía la luz de la cama de su compañero para que cuando éste volviera —sigilosamente si Tom estaba dormido— pudiera desnudarse en el baño. Usaban el teléfono de Easter para despertarse por las mañanas y luego Tom se duchaba el primero, mientras Easter se bebía un café en la cama y veía la tele. No hablaban mucho, pero a Easter no parecía molestarlo demasiado la presencia de Tom. Se mostraba tranquilo, casi podría decirse que respetuoso. Tom sospechaba que la única razón por la que había acabado aceptando aquel arreglo era porque lo dejaba ir a su aire. Poco a poco, había llegado a darse cuenta, no sin cierta sensación de orgullo, de que Easter tenía un lado introvertido, reflexivo, y que él era el único del equipo que lo conocía.

Así pues, fue en cierta manera una sorpresa que esa noche Easter se metiera en la cama y se inclinara hacia un lado con el móvil en la mano.

—Éste es mi hijo.

Tom miró a la criatura de ojos saltones que apareció en la pantalla. No sabía qué decir.

—Es enorme.

A Easter no pareció desagradarle la respuesta. Miró también el teléfono, sonriendo.

—Está gordo como una bola, ¿verdad?

Tom no sabía muy bien si reírse o no, así que aprovechó la oportunidad para levantarse a por un vaso de agua para cada uno y se quedó en el baño hasta que estuvo seguro de que se le había pasado el sofoco.

Los dos se quedaron en el banquillo. A Tom lo dejaron, pero Easter salió para marcar el gol del empate durante una escaramuza desesperada en el área pequeña, tras lo cual recorrió el campo entero hasta la zona donde estaban los ochenta seguidores visitantes y, en el calor del momento, se dio la vuelta delante de ellos, se estiró la camiseta y señaló con el pulgar lo que él creía que era su dorsal, pero resultó ser el nombre del patrocinador, situado un poco más arriba: YDV SERVICIOS FINANCIEROS.

Con cinco empates, siete derrotas y ninguna victoria en la liga —de cuya clasificación seguían siendo el indiscutible farolillo rojo—, la Copa de la Liga perdida, la asistencia al estadio en caída libre y la junta cada vez más inquieta, Clarke dio, tal y como él mismo le dijo al periodista del diario local Peter Pascoe, un verdadero golpe de efecto: se trajo cedido por tres meses a Andy Jones, un centrocampista con mucha experiencia que jugaba en un equipo de la categoría superior. Aunque en la entrevista no afirmaba abiertamente que lo hubiera hecho para deshacerse de Easter, a nadie le cupo la más mínima duda: «Andy es capaz de hacer lo imposible si se lo pides. Lo he entrenado en otros equipos y siempre he conseguido que lo hiciera. Eso es justo lo que necesitamos ahora. Me encantaría poder ficharlo definitivamente en enero, pero no creo que el presupuesto nos dé para eso. Si pudiésemos aligerar un poco la partida destinada a los salarios, entonces ya veríamos lo que podríamos hacer con Andy».

Estas palabras causaron una ola de pánico en el equipo. Incluso los titulares que jugaban en posiciones distintas a las de Jones empezaron a sentirse inseguros de su futuro. El mercado invernal de fichajes —para cuya apertura todavía quedaban dos meses— asomaba por el horizonte de un modo amenazador y todos contemplaron a Jones con cierta desconfianza, ya que, a sus ojos, era un símbolo de lo que se avecinaba.

A Jones no le costó mucho adaptarse. Enseguida se hizo con el control de la situación y en los partidos de entrenamiento estaba pidiendo el balón cada dos por tres. Si no se esforzaban lo suficiente, él se lo recordaba. Llegó a lesionar a un becario. Salía el último del campo para poder hablar a solas con

el entrenador y, cuando por fin volvía al vestuario, se sumergía en un baño con hielo y se quedaba allí gruñendo y estremeciéndose de dolor más tiempo que ninguno, hasta que emergía de nuevo en toda su enormidad, con una piel brillante y llena de morados que, bajo la cruda luz de la sala, le hacían parecer un trozo de carne recién cortado.

Tom, sentado al lado de Easter en el lejano banquillo, aplaudió el primer gol de Jones, pero no se levantó con los puños al aire ni golpeó el techo de la caseta como hicieron los demás. Cuando todos se sentaron, Tom se volvió para mirar a Easter. Tenía los codos levantados, la cabeza hundida entre los puños y la cara escondida. Durante un momento, Tom estuvo pensando en decirle algo, pero descartó la idea al instante y cualquier muestra de ánimo que hubiera podido transmitir quedó sin expresarse, excepto por el roce de sus muslos, que cada vez era más intenso.

Cuando Jones marcó el segundo y decisivo gol, los escasos hinchas del Town que se habían congregado ese día se volvieron locos: empezaron a bailar, a saltar en sus asientos y a bajar por los pasillos de las gradas para llegar hasta el terreno de juego, lo cual obligó a que uno de los guardas de seguridad saliera corriendo desde la zona técnica para interceptar a un chaval que se encontraba junto a las vallas publicitarias. Lo pilló desprevenido, lo rodeó con los brazos para levantarlo del suelo y empezó a arrastrarlo por uno de los laterales del campo para entregárselo a la policía, seguido en todo momento por un grupo de agentes que se habían dado cuenta —así como la mayoría del público y todos los ocupantes del banquillo visitante— de que el chaval detenido que iba pataleando en los brazos de aquel gorila no era un seguidor del equipo visitante, sino un recogepeletas.

La gente empezó a confiar en que la suerte del equipo pudiera estar cambiando. Las sesiones de entrenamiento adoptaron un carácter más competitivo. Todos los jugadores —a excepción de Jones, por supuesto— vivían bajo la amenaza constante de ser despedidos si Clarke pensaba que no estaban a la altura de los nuevos estándares. Incluso Boyn fue castigado después de que considerase que no había corrido lo suficiente durante unos ejercicios de velocidad. El equipo entero se detuvo y se quedó mirando cómo se alejaba hacia la zona donde estaban los becarios, que se vieron obligados a

parar su sesión de entrenamiento para que se les uniera el miembro nuevo. Cuando retomaron los ejercicios, Clarke miró con una ligera sonrisa a Easter, pero éste no picó y siguió haciendo estiramientos mientras aguardaba su turno para correr. Los demás empezaron a marcar las distancias con él, tanto en el vestuario como en el terreno de juego. Si Clarke estaba presente, intentaban evitar hablarle o incluso mirarlo, salvo en los momentos en que Jones y él se disputaban el balón.

La evolución del equipo tampoco parecía depararle nada bueno a Tom. Como Finch-Evans lo estaba haciendo bien de extremo, en el último partido sólo lo habían sacado los tres últimos minutos. Tiempo a todas luces insuficiente ya no sólo para meterse en el juego, sino también para tocar el balón. Cuando el encuentro acabó, apenas tenía una mancha en la equipación y le dio vergüenza incluso ducharse. A pesar de la convincente actuación que había hecho en el primer partido del Johnstone's Paint —y que ahora le parecía un sueño—, ni siquiera lo incluyeron en el once titular de la siguiente ronda, que se celebró a los pocos días, y ésa fue la razón por la que, cuando acabó el partido, se fue del campo sin unirse a las celebraciones por la victoria. Un poco más tarde, en las duchas, mientras hacía algo de espuma con el jabón, como de costumbre, se dio cuenta de que en el cubículo de al lado Easter estaba riéndose por lo bajo.

—Pero ¿para qué cojones hacemos todo esto? —dijo, sin apartar la mirada de la pared.

No había nadie más cerca, y Tom no sabía si estaba hablándole a él.

—En serio, ¿para qué cojones lo hacemos?

—¿Para poder darnos una ducha? —dijo Tom.

Easter se volvió para mirarlo.

—Pues sí, va a ser eso. Para ducharnos.

—La verdad es que no tengo ni idea.

—Yo tampoco.

Salió de la ducha y cogió una toalla para ponérsela alrededor de la cintura. Tom hizo lo mismo.

—En serio, tío. A ver si me lo puedes explicar tú. ¿Qué coño cree que está dirigiendo?

—¿Una empresa de alquiler de furgonetas? —dijo Tom de improviso.

Sorprendentemente, a Easter la ocurrencia le resultó divertidísima y se acercó a él para darle un abrazo breve pero efusivo.

—Tienes razón, colega. —Volvió a reírse—. Una empresa de alquiler de furgonetas.

Tom se detuvo para que Easter entrara primero en el vestuario, agradecido por el rato a solas que habían pasado en las duchas y por el hecho de que ambos llevaran toalla.

Para irritación de Clarke, el ascenso imparable del equipo fue interrumpido por un periodo de lluvias fuertes y constantes. En apenas tres días, la mitad inferior del estadio quedó anegada. Se tuvo que suspender un partido en casa. Parte de la pared del aparcamiento se derrumbó; los charcos enormes de barro que se formaron sobre la tienda de *souvenirs* empezaron a filtrarse en el almacén; el agua discurría por los escalones de las dos gradas descubiertas y empapaba los cimientos; de los techos de aluminio corrugado del fondo sur y de la tribuna principal caían grandes chorros de agua que dejaron sobre el terreno de juego una película de desechos y excrementos de pájaros. El campo de entrenamiento, sin embargo, aguantó un poco más. Como Clarke se negaba a claudicar ante la lluvia, el equipo siguió arrastrándose y trabajando como podía. Él se paseaba por la línea de banda con sus botas de agua y un paraguas de golf gigantesco gritando sus instrucciones entre las ráfagas de lluvia, desafiándolos para ver si se quejaban. Una mañana, los jugadores tuvieron que esperar a un lado del campo, con el agua a la altura de los cordones de las zapatillas, hasta que Liam terminó de limpiar la zona próxima a uno de los banderines de córner con un tractor en cuya parte delantera se había enganchado un cepillo barredor. Cuando terminó, se marchó bordeando el terreno de juego; sin embargo, en lugar de atravesar la parte del campo inundada por las lluvias para llegar hasta la caseta de mantenimiento, se dio la vuelta, aceleró y se dirigió hacia ellos. Los jugadores se dispersaron, pero Tom se quedó clavado donde estaba mientras Liam avanzaba hacia él sin quitarle los ojos de encima, hasta que en el último momento dio un volantazo

y un chorro de agua salió despedido, salpicó a los jugadores y obligó a una bandada de gaviotas a dejar el travesaño de la portería sobre el que estaban posadas.

Gran parte del equipo empezó a perseguir con bastante desgana al tractor mientras éste se alejaba con Liam de pie como si fuera un jockey, agitando un brazo en el aire. Los jugadores se cansaron enseguida y volvieron trotando. Liam aminoró la marcha y, al llegar a la caseta de mantenimiento, apagó el motor mientras echaba una fugaz mirada al lugar que Tom ocupaba en ese momento en mitad del grupo.

Las dos últimas mañanas de aquella semana, se trasladaron a entrenar a un instituto cercano. Al ser públicas, las sesiones fueron menos exigentes e intensas de lo acostumbrado. El tamaño del campo situado en el polideportivo sólo permitía que jugaran equipos pequeños y, cada vez que había recreo, una panda de chavales revoltosos —a los que, para pasmo de todo el equipo, Clarke dejaba quedarse y a los que incluso se dirigía de vez en cuando para compartir una broma o un reproche dirigido a algún jugador — se arremolinaba en los balcones laterales y llenaba la estancia entera con sus gritos estridentes. Dos chicos de sexto de primaria que habían llegado temprano a las clases de baloncesto de la tarde se colaron en los vestuarios mientras los jugadores se estaban cambiando. Se quedaron junto a la puerta, con los abrigo chorreando durante unos pocos segundos, completamente paralizados. Algunos jugadores se paseaban por allí como Dios los trajo al mundo. Uno de ellos estaba sentado en el retrete con la puerta abierta. El más pequeño de los dos chavales le dio un codazo a su compañero para indicarle que había llegado el momento, pero el otro estaba como hipnotizado.

—Oye, Yatesy, creo que le has gustado.

Yates se acercó a los muchachos mientras se secaba y se abrió la toalla.

—¿Qué pasa, nunca has visto una tan grande?

Se oyeron algunas risas.

—Creía que los asiáticos la tenían enorme. Me imagino que tu padre la debe de tener como el brazo de un bebé.

Los dos chavales se dieron la vuelta y salieron corriendo. Se produjo un estallido de carcajadas al que se incorporaron Price y Lewis —que, aunque

no habían visto nada de lo ocurrido, salieron de las duchas para unirse a los demás—, y Tom, que se quedó mirando por la puerta a los muchachos, lejos de Yates.

Después de chapotear un rato por el terreno de juego y hundir el dedo varias veces con suma facilidad en la tierra, el árbitro del partido que se iba a disputar el domingo determinó que el campo del Swindon era impracticable. Con todo el fin de semana libre por delante, Tom llamó a su padre y a los pocos minutos de colgar ya estaba en el coche camino de casa.

Mientras conducía por la autopista, le vinieron a la cabeza los dos últimos días, los que había pasado en el colegio. La sensación de familiaridad tan dolorosa que había sentido al llegar al hall. El chirrido de las zapatillas en el césped artificial y las marcas que quedaban en la superficie. El olor a goma de los almacenes. La constelación de volantes y pelotas de tenis atrapados en la red. Redujo la velocidad para mirar una caravana de autobuses del Aston Villa y se preguntó cómo era posible que las cosas hubieran cambiado de esa manera. No había transcurrido tanto tiempo desde su paso por el colegio. Por aquel entonces lo veía todo con una claridad absoluta. Sabía lo que quería — jugar al fútbol— y jamás le cupo la menor duda de que lo conseguiría. Había otro sonido que recordaba de aquellos días, con tanta nitidez que casi era capaz de oírlo ahora: ese «pásasela a Tom» que retumbaba en los muros del colegio durante cada recreo, durante cada partido de la clase de gimnasia. «Pásasela a Tom. Pásasela a Tom.»

Al llegar a casa vio a su madre por la ventana de la cocina cortando unas verduras. Cuando ella lo vio salir del coche, lo saludó con una mano y se acercó al fregadero para lavarse las manos. El pequeño trozo de césped del jardín estaba inundado. Dos hileras de flores mojadas flanqueaban el camino de entrada, como si fueran hinchas del Town. Recordó a su padre agachado con una pala en la mano y justo en ese momento se abrió la puerta y su madre apareció en el umbral, esperándolo. Se le hizo un nudo en la garganta cuando entró en casa y su madre lo abrazó. Después se separaron y ella se quedó mirándolo.

—¿Puedes beberte una cerveza?

—No hay partido, mamá. Y, además, no parece que vaya a jugar mucho. Ella sonrió, negando con la cabeza.

—No tiene sentido que te tortures. Ve a saludar a tu padre. Está ahí, atontado de ver tanto fútbol. Y Rachel está arriba. —Se volvió y gritó—: ¡Rach, ha llegado Tom!

Pero su hermana estaba ya bajando por la escalera para darle un abrazo. Por un momento, al sentir el contacto de su piel, se acordó de la chica de la discoteca.

—Vaya, el futbolista de cuarta división ha vuelto al hogar.

—Ahora se llama *League Two*.

—Bah, es la cuarta división. Papá me lo ha explicado.

Su padre salió de la sala de estar. Le dio a Tom un apretón de manos al tiempo que tiraba de él para acercárselo y le clavaba los nudillos en el estómago.

—¿Te has enterado de que ha marcado el Chelsea?

—Lo venía escuchando en el coche —dijo Tom—. Vaya locura de partido.

Su padre lo observó con detenimiento.

—Ni que lo digas. ¿Quieres una cerveza?

Comieron tarde, sentados en los dos sofás de la sala de estar, hablando y con la televisión de fondo. Les mencionó lo agradable que le resultaba no tener que comer en una mesa. Como nadie contestó y temió haberlos ofendido, se puso a hablar de lo rico que estaba el pastel de carne y de lo mucho que echaba de menos los platos que hacía su madre. Les habló del día a día en casa de los Davey, haciendo especial hincapié en la falta de intimidad, en los dos chavales escoceses que no paraban de jugar a la Xbox por las noches y en las colas para usar el baño. Le dio vergüenza contarles todas esas cosas, especialmente cuando vio que sus padres empezaron a preocuparse por que no fuera feliz en la casa a la que lo habían enviado. Le preguntaron si se llevaba bien con los otros huéspedes y si estaba durmiendo lo suficiente. Según ellos, parecía cansado.

—No le pasa nada, papá —terció su hermana—. Está cansado porque

seguro que sale todas las noches a ligarse a alguien.

Tom se puso rojo al instante. Era consciente de que su padre lo estaba mirando, esperando su respuesta.

—Estoy bien, de verdad. No estoy cansado. Me gusta el sitio. El problema es el club. El entrenador.

Su padre aprovechó el giro de la conversación.

—Los equipos de Clarke siempre juegan igual. Mientras ganen, no hay ningún problema. Pero si los resultados no acompañan, nunca tiene un plan B.

—Bueno, para ser justos hay que decir que ha traído a Andy Jones — opinó Tom.

—Ya, lo recuerdo de cuando estaba en el Blackburn. Muy marrullero. Justo el tipo de jugador que le gusta a Clarke.

Como no tenía nada que decir al respecto de esa conversación, la madre de Tom se puso a hablar con Rachel de la boda de una de sus compañeras, otra enfermera de asistencia domiciliar con la que había llevado durante años una clínica pediátrica. Cuando se hizo un silencio y a Tom no le cupo duda de que su padre había terminado, se volvió hacia ellas.

—¿Cómo llevas la selectividad?

—Fatal. No paro de hacer trabajos. Ni siquiera debería estar aquí ahora mismo. Considéralo un honor.

—¿Sigues queriendo ir a la John Moores?

Hubo un momento de silencio.

—Aún no lo sé muy bien.

—Creía que lo tenías decidido.

—Y así era. Pero después ganaron los putos *tories*.

Se pusieron todos a ver la televisión. Tom no lo entendió, pero no dijo nada. Siempre había estado orgulloso de lo inteligente que era su hermana y, como él tenía el fútbol, nunca se había sentido amenazado por ello. Desde que tenía memoria, en casa existía el convencimiento tácito de que ambos triunfarían. Según recordaba, ella quería estudiar un grado en organización y gestión de eventos, pero en ese momento no tenía claro si lo había entendido bien. Sin embargo, al ver las miradas que intercambiaron sus padres, pensó

que igual sí lo había entendido: tenía que ver con el dinero.

Mientras los demás escuchaban los resúmenes de la primera parte, Tom examinó el salón con detenimiento. No podía ser más distinto del de los Davey, siempre abarrotado de muebles y de gente. El sofá elegante e impoluto. Los mandos a distancia alineados sobre el mueble del televisor. El escritorio de plástico de su padre perfectamente ordenado en un rincón, las carpetas llenas de papeles del banco, nóminas y asuntos domésticos almacenadas en cajas debajo, junto a un montón de crónicas de partidos del Town en las que Tom se había fijado nada más entrar y que, para imprimirlas, estaba seguro de que había tenido que contar con la ayuda de su madre y su hermana. Su padre estaba escuchando el resumen del Bolton-Everton. Había dejado la bandeja con el plato al lado de los pies. Tom reparó por primera vez en su vida en que debía de estar ganando más dinero que él. Y sólo por jugar de vez en cuando en cuarta división. De pronto se acordó de la caja que estaba en el piso de arriba, llena de fotos, recortes de prensa y gorras de las categorías inferiores de la selección inglesa.[5] Durante todos aquellos años, su padre lo había llevado en coche a todos los partidos: a los que disputó en el colegio, con el equipo regional, en el centro de alto rendimiento, en la academia, con la selección inglesa e incluso a aquellos en los que sólo participó como reserva. Salía antes del trabajo. Pagaba las equipaciones. Las estancias en los hoteles. Hizo que la familia entera se mudara. Y, en todo ese tiempo, Rachel no pidió ni recibió nada en absoluto.

Su madre recogió las bandejas del suelo.

—¿Vas salir luego, cielo?

—Espera, deja que yo haga eso. No le he dicho a nadie que venía. Me quedaré en casa viendo *Match of the Day*. Y mañana también estaré dando la tabarra por aquí, si no os parece mal.

Acompañó a su madre a la cocina para echarle una mano con los platos. Había estado pensando en mandar un mensaje a sus amigos, pero al final decidió no hacerlo. La última vez que fue a casa, salió con ellos y la cosa resultó un poco incómoda. Al principio no —cuando pasaron a saludar a la familia, se hicieron un poco los remolones para ver si salía su hermana y su padre los invitó a tomar una cerveza—, pero sí después, en cuanto se agotó la

conversación sobre fútbol y sobre los compañeros del colegio. Los otros no sabían hablar de nada más que del gimnasio al que estaban yendo —se habían puesto bastante cachas— y de tías. A Tom le hubiera encantado bromear sobre el Town para animar la reunión, pero ninguno de ellos le preguntó cómo le iba en el club y llegó a la conclusión de que aquél no era el momento adecuado para sacar el tema.

Se puso a secar los platos que su madre había lavado. Oyó a su hermana subir al piso de arriba. Su padre estaba hablando por teléfono en el salón.

—Puedes salir si quieres, ya lo sabes —dijo su madre.

—No me apetece. Tranquila.

—Vale. Pero que sepas que no nos enfadaremos si cambias de opinión.

Su padre entró en la cocina.

—Acabo de hablar con John. Un tipo de la oficina de clasificación se ha puesto enfermo y tiene que ir a trabajar mañana. Dice que puedes quedarte con su entrada si quieres.

Cuando acabó *Football Focus*, fueron en coche a casa del tío Kenny. Jeanette les preparó un café y se quedaron los cuatro en la cocina mientras ella y Kenny le hacían todo tipo de preguntas sobre su vida en el sur, la casa en la que se estaba quedando y su experiencia en el fútbol profesional. Cuando estaban a punto de marcharse, Jeanette le dio un tercer abrazo.

—Oh, Tommy. Mi Tommy. Mírate, ya eres todo un hombre —dijo.

Tom, por su parte, miró el suelo recién abrillantado, sintiéndose un niño de los pies a la cabeza.

En el pub estaban casi todos los de siempre —el grupo con el que se solían juntar Kenny y su padre—, aunque Tom sintió cierto alivio al ver que no había ido ninguno de sus hijos.

—Chaval, ¿puedes beber? —le preguntó Kenny, volviéndose desde la barra.

Tom miró casi instintivamente a su padre.

—Sí, sí que puede. Este fin de semana no juegas, ¿verdad?

Kenny esperó y Tom se quedó detrás del grupo, al lado de su padre,

deseando que se marcharan a un lugar más tranquilo donde no tuviera que hablar con los amigos de éste ni oír en sus preguntas y sus bromas ese deje de compasión por no haber sido capaz de quedarse en su antiguo club.

—Éste es el primer partido que ves en bastante tiempo, ¿no? —le preguntó su padre.

—Pues desde la temporada pasada.

Su padre asintió con la cabeza.

—Debe de resultarte raro —añadió, asintiendo de nuevo.

Tom no dijo nada y los dos se volvieron para mirar el televisor que había sobre la mesa de billar. En la calle, un pequeño grupo de seguidores del Arsenal se dirigía al pub mientras el portero les sonreía y negaba con la cabeza. Kenny volvió de la barra con tres pintas de cerveza que sujetaba con cuidado entre las manos.

—No os preocupéis, colegas. No os vayáis a herniar por ayudarme.

Les sonrió, le dio a Tom la primera pinta y los tres se cambiaron a un sitio alejado de la barra.

En cuanto salieron del pub, Tom experimentó la vieja emoción de siempre. El tradicional paseo hasta el campo le hizo sentir de forma automática un cosquilleo de anticipación que se fue intensificando a medida que dejaban atrás pubs que, por lo general, estaban vacíos a esa hora y que, sin embargo, ese día estaban hasta los topes; al pasar junto al descampado lleno de tenderetes donde se vendían programas del partido, banderas del club y golosinas; al ver la riada de gente que bajaba por la calle, la mierda de caballo en el asfalto, los furgones de la policía y la luz de los focos, que empezaba a asomar en lo alto, y al oír el claxon de los coches y el estruendo de aquella multitud infinita que llenaba el aire y sobrevolaba la ciudad entera. Nada había cambiado a lo largo de esos años. El rollo de salchicha del bar antes del partido. La cola para comprar el programa, que luego se llevaría a casa para empollárselo en la habitación. Siguió a Kenny y a su padre hasta el servicio para la clásica meada en el atestado urinario, antes de echar a correr por las escaleras y atravesar el vomitorio para experimentar ese instante sublime en el que por fin se veía el terreno de juego y el público a su alrededor.

Se abrieron paso hasta su fila. Por la megafonía estaban anunciando las alineaciones. Olía a relleno de pasteles, a pan untado con Bovril y a pedo. Había gente mayor, familias enteras, en la misma posición en la que llevaban sentándose desde que Tom era pequeño. Todo aquello estaba arraigado en lo más profundo de su ser, pero ahora había quedado en cierta medida modificado por el hecho —bien conocido por su padre, por Kenny y por todos los abonados a quienes saludaron camino de sus asientos— de que Tom ya no formaba parte del club; de que no iba a jugar en él. Se sentó en el sitio de John. Kenny, que estaba a su lado, le ofreció una barrita de chocolate para que cogiera un trozo.

—Oye, Tom: que sepas que Jeanette y yo estamos muy orgullosos de ti —dijo—. Orgullosos de verdad.

Y se volvió para contemplar el terreno de juego, al que los jugadores estaban empezando a saltar desde el túnel de vestuarios con un estruendo atronador de fondo. Los jugadores del Town no tenían ni idea de cómo era eso. Ninguno de ellos sería capaz de aguantarlo, pensó Tom mientras se fundía con la masa de gente, se dejaba envolver por los cánticos y se unía a ellos con el corazón y los pulmones latiendo cada vez más rápido.

Uno de los chicos que había jugado con Tom en la academia estaba en el banquillo: Jamar Daley. Cada vez que se paraba el juego, Tom lo observaba, allí sentado entre los demás suplentes. Le habían ofrecido un contrato de un año. Jugaría unos cuantos partidos —de copa, en su mayor parte—, después seguramente lo cederían y a finales de año lo venderían, pero aun así a Tom aquello le parecía tan injusto que no podía concentrarse en el partido. Jamar no era malo —un centrocampista apañado, fuerte, competitivo—, pero, en todos los años que pasaron juntos en la academia, nunca había sido mejor que Tom. Según uno de los becarios con los que habló Tom la última vez que estuvo en casa, ahora mismo debían de estar pagándole unas cinco mil libras a la semana. De no ser por los dos goles que marcó en la semifinal de la FA Cup juvenil, es probable que nadie se hubiera fijado en él —o en su agente—, aunque a quien nombraron jugador del partido en ese encuentro fue a Tom. Todo lo que hizo aquella tarde había desaparecido de un plumazo. En cada regate, en cada pase, en cada una de las decisiones que tomó correctamente

porque no se paró a pensar, se había guiado sólo por su instinto; y a todos — al público, a los agentes que lo esperaban en el aparcamiento, a su familia y a los compañeros de equipo que lo recibieron en el vestuario saltando y gritando— les resultó evidente que, entre todos los jugadores, él era el que tenía algo especial, el que lograría triunfar.

Un saque de banda rapidísimo pilló desprevenido al lateral izquierdo del Arsenal, y Kenny, el padre de Tom y todos los que estaban a su alrededor se pusieron de pie al ver cómo se resbalaba y desplazaba el balón con una mano dentro del área. El árbitro pitó penalti sin pensárselo, y un grito ahogado recorrió el estadio. Tom se quedó de pie, con un nudo en el estómago. Cuando las gradas se sumieron en el silencio, a la espera, Kenny empezó a hacer un ruido gutural apenas audible.

El balón pasó por debajo del portero. Todos los que estaban alrededor de Tom empezaron a saltar como locos, fuera de sí. Kenny no paraba de agitar el puño al aire. Se volvió hacia él y ambos se abrazaron y empezaron a dar botes, enlazados con tal fuerza que la nariz de Kenny le rozaba la mejilla.

—¡Sí, Tommy! ¡Sí, sí, sí!

Finalmente, la lluvia dio paso a un periodo de frío seco. Tom estaba mirando por la ventana de su habitación y en la oscuridad pudo distinguir las hogueras que volvían a encenderse en las montañas como si fueran colillas incandescentes. Al día siguiente, por la tarde, llevó en coche a Bobby y a Steven al estadio para que vieran con otros jugadores el patatal en que se había convertido el terreno de juego. Lo recorrieron de un extremo a otro, negando con la cabeza, imaginándose las lesiones que les esperaban. Se percibía una atmósfera de completo abandono por todas partes. Sobre la hierba y las gradas se habían formado pequeños montones de basura y en el tejado de plástico del banquillo había salido moho. En las entrañas de la tribuna principal, los vestuarios y los túneles, el aire estaba cargado de humedad. Cuando pasaron por el vestuario del árbitro, una rata salió correteando delante de Steven, que al verla pegó un chillido y dio un salto hacia atrás.

—Pero ¡qué maricón eres! —gritó Boyn, que iba detrás de él—. Mirad a la maricona esta, que se va a mear encima.

Dicho lo cual, se puso a cuatro patas y empezó a perseguir a Steven, fingiendo ser una rata, algo en lo que Tom no reparó hasta que, después de avanzar un buen trecho por el túnel, se puso a olisquear el suelo de cemento.

La noche del martes, Tom se sentó en el banquillo con su ropa térmica y salió a jugar los últimos diez minutos de una humillante derrota contra el Dagenham. La pequeña llama de esperanza que se había encendido justo antes de las lluvias se apagó con ese fracaso frente a otro equipo acuciado por el descenso y quedó extinguida, si no a raíz de los cuatro primeros goles, sí desde luego a raíz del quinto y de la bronca que éste provocó entre Daish y Gale mientras los equipos abandonaban el terreno de juego y eran despedidos por los hinchas locales al grito de: «¡Pelea de chicas, pelea de chicas, pelea de chicas!».

Camino de casa, pararon para comprar algo de comida y, al cabo de un rato, el interior del autobús se llenó con el hedor a queso de unas pizzas de oferta. Tom se comió su porción despacio, contemplando las sombras que se movían a toda velocidad por la ventanilla, mientras Clarke iba avanzando por el pasillo, deteniéndose en cada asiento para murmurar muy delicadamente: «Hijo de puta».

El día que libraban, el equipo entero fue convocado para una sesión de entrenamiento. Se concentraron frente a las oficinas del club y, mientras aguardaban a Clarke, algunos jugadores se entretuvieron lanzando piedras a la bandada de gaviotas que aún vagabundeaba por los campos después de las inundaciones. En cuanto llegó el entrenador —pálido y un tanto tembloroso—, les ordenó que empezaran a correr.

El terreno de juego se deshacía como si fuera mantequilla bajo sus pies y en la parte exterior empezó a formarse una pista de barro. Dos jugadores se cayeron al suelo y tuvieron que ser trasladados al interior de las instalaciones. Tom, sin embargo, no tuvo dificultad alguna para aguantar y, en su fuero interno, deseó incluso que la sesión se prolongase más y fuese más dura. Se puso en cabeza del grupo, marcando el ritmo mientras pasaban frente a las oficinas del club, las vallas, el enorme sicomoro y la cortadora de césped

situada junto a la puerta abierta de la caseta de mantenimiento, como si corriendo a toda velocidad pudiera alejarse de las preocupaciones que se habían apoderado de él después de su visita a casa. Trató de no pensar en ello, de concentrarse sólo en el impulso tranquilizador de su corazón, de su sangre, de sus piernas.

Cuando el resto del equipo se marchó renqueando a las duchas y a cambiarse, Tom se acercó corriendo a Hoyle —el portero reserva— para preguntarle si quería practicar un poco con él. Después de unos instantes de vacilación, terminó aceptando. Los últimos jugadores del grupo se volvieron para mirarlos e hicieron algunos comentarios. Es probable que pensarán — como Tom no tardó en comprender— que estaba intentando impresionar al entrenador, y ello a pesar de que Clarke se había marchado hacía rato a su empresa.

Estuvieron como unos veinte minutos practicando, hasta que Hoyle le dijo que ya no podía más.

—Vale —contestó Tom—. Yo me quedaré un poco más. Me apetece hacer algo de ejercicio.

El otro se echó a reír.

—Que ya no estás en la Premier, colega.

Cuando se fue, Tom colocó una docena de conos por todo lo largo de la banda derecha —el único lugar del campo en que el césped era relativamente uniforme—, vació un saco lleno de balones junto al cono más alejado de la portería y se puso a repetir el mismo ejercicio una y otra vez: primero regateaba los conos hasta que llegaba a la hilera de balones y después los pateaba hacia un mismo punto situado junto al poste. Estuvo así hasta que todos los balones quedaron desperdigados por el campo contiguo, al que — según pudo ver en ese momento— se estaba dirigiendo Liam. Éste avanzó hacia uno de los balones y cuando llegó hasta él lo chutó. Tom empezó a correr para pedirle perdón y recoger las pelotas, pero Liam fue trotando para lanzar otro de los balones, y luego otro. A medida que se aproximaba, Tom se fue dando cuenta de que en realidad estaba probando a ver si era capaz de meter los balones en la portería.

Cuando los devolvió todos —muchos de los cuales acabaron dentro de la

red—, Tom se acercó al lado del terreno de juego en el que Liam se había quedado parado, observando.

—¿Te apetece ponerte para que tire unos penaltis? —le preguntó.

Antes incluso de que pudiera contestar, Liam ya estaba corriendo hacia la línea de gol.

Tom lanzó el primer intento muy bajo a uno de los lados, pero Liam se tiró con rapidez para pararlo. El segundo lo tiró al mismo lado y esa vez entró —aunque por poco—, a pesar de la estirada de Liam, que llegó a rozar la pelota. Cuando se volvió para coger otro balón, Tom se rio para sus adentros. Incluso con las botas pesadas y los pantalones de algodón grueso que vestía, Liam era sorprendentemente ágil. Se lanzó en cinco ocasiones para intentar atrapar la bola con sus guantes de jardinero. Paró tres de los lanzamientos.

—Eres bueno, macho —dijo Tom cuando terminaron.

Liam estaba empapado en sudor. Se secó con el dorso del guante un reguero cenagoso que le surcaba la frente.

—Demasiado bueno para dedicarte a lo que te dedicas.

El otro esbozó una sonrisa y se marchó. Tom se quedó mirando cómo se alejaba, después recogió los balones y los conos y entró en las instalaciones del club.

Como los demás jugadores se habían marchado ya —incluido Hoyle—, Tom no se dio ninguna prisa en cambiarse y disfrutó del eco tranquilizador que hacían los tacos en el suelo y de la bocanada de vaho caliente que salía de las duchas.

Al poco rato, mientras recogía sus cosas, se apoderó de él cierta sensación de letargo, como si de pronto le hubieran chupado toda la energía de los brazos y las piernas. Se sentó, y se puso a observar cómo giraban en torno al desagüe los charcos que se habían formado en las duchas. Cuando intentó levantarse, le pareció que su bolsa de deportes estaba hecha de plomo. Se quedó un buen rato mirando cómo borboteaban y hacían remolinos los últimos hilos de agua al desaparecer por las cañerías y después se obligó a levantarse.

Salió a los campos. Sólo se oía el ruido de los coches a lo lejos, más allá de las vallas y los setos. Caminó hacia el muro de cemento que había al otro

lado de los terrenos de juego, intentando ignorar la sensación extraña de vulnerabilidad y añoranza que le producía andar por una superficie que olía a hierba recién cortada.

En cuanto se acercó un poco más, pudo ver a Liam por la puerta entreabierta de la caseta de mantenimiento. Estaba inclinado sobre una mesa con caballetes, echando los restos de una lata de pintura blanca en otra. Levantó la mirada con sorpresa y también —o eso al menos pensó Tom— con cierta sorna.

—¿Qué, otra ronda de penaltis?

Bajó la vista y removió lo poco que quedaba de pintura al fondo de la lata. Tom se quedó en el umbral. La persiana metálica de la entrada para el tractor vibró a su lado. Sabía que debía decir algo, pero no se le ocurría nada. Liam, sin embargo, no pareció molesto por la interrupción y siguió trabajando. En las paredes —entre los rastrillos colgados de un gancho y los estantes llenos de botes, latas de pintura, paletas y rollos de cuerda— podían verse algunos pósteres antiguos del equipo y una bufanda rojiverde sucia pendiendo de una viga. Por alguna razón, la visión de todos esos objetos le produjo a Tom una tristeza intensa aunque completamente desconocida. Observó a Liam mientras ponía las tapas a las latas y llevaba la que estaba vacía hasta la papelería que había junto a la puerta.

Cuando Liam estaba a punto de abrir el cubo, Tom se acercó a él y lo agarró del brazo. Los ojos de Liam se posaron sobre él. Tom bajó de nuevo la mano y se quedó mirando la lata de pintura, las botas de Liam y sus propias zapatillas de deporte manchadas de verde. Al tener la ropa de Liam tan cerca, reparó en lo limpio y aseado que iba. Desde la carretera se oyó un traqueteo lejano. No se atrevía a levantar la mirada. Liam se alejó. Tom lo vio acercarse a la mesa y después oyó el ruido insoportable de la lata al chocar contra su superficie.

Tom se volvió para mirar los campos vacíos a través de la puerta. Oyó las pisadas de Liam sobre el suelo de cemento y después sintió la calidez de su cuerpo detrás de él. Una mano le rozó el costado y poco a poco lo fue agarrando con más fuerza. Tom se apartó. Se volvió para mirar esa cara enorme y, al ver que aquel hombre se quedaba allí observándolo, se vio

embargado por una sensación de peligro repentina y embriagadora.

—Tengo que irme —dijo Tom.

Se dirigió a las instalaciones del club, sin desviarse esta vez para evitar los tramos embarrados. El latido de la sangre en sus oídos se imponía al rumor del tráfico y al graznido de las gaviotas. Su campo de visión se redujo; el cielo, todo lo que había a su alrededor, empezó a quedar fuera de plano, hasta que sólo pudo ver la puerta de las oficinas que tenía delante.

7

Bobby y Steven no parecieron darse cuenta de lo retraído que estaba Tom a la mañana siguiente. Apenas se fijaron en él mientras discutían en la parte de atrás del coche sobre cuál de los dos tenía más opciones de jugar en los cuartos de final del Johnstone's Paint. La discusión había comenzado en el desayuno y todavía continuaba cuando Tom tomó el giro que conducía a los campos de entrenamiento y bajó por el camino de entrada todo lo despacio que pudo, tratando de que no se notaran demasiado las miradas que lanzaba al aparcamiento de los empleados.

Ya dentro de las instalaciones —mientras Bobby y Steven ayudaban a los demás juveniles a colocar las cajas de cereales junto al enorme termo del té—, fue hasta la otra punta de la sala y se sentó al lado de Richards, que estaba solo. Al verlo, Richards le pasó el periódico y Tom echó un vistazo a las noticias deportivas sin prestarles demasiada atención, intentando resistirse a mirar el campo a través de la cristalera.

—¿Te pasa algo, Tommy? —preguntó Richards.

—Qué va.

—Ya sé que eres un tío callado, pero hoy parece que estás en otra dimensión.

Finch-Evans se acercó desde la mesa del té con dos tazas en la mano y se quedó de pie delante de ellos.

—No se corten, señoritas. Que la presencia de un servidor no les impida seguir cotorreando.

Les dio una taza a cada uno, les alborotó el pelo y se marchó.

—¿Vas mucho a ver a tu familia? —preguntó Richards.

Todos los músculos de Tom se tensaron al oír esa palabra.

—Estuve con ellos hace un par de semanas.

—¿Cuando suspendieron el partido con el Swindon? Yo también. La verdad es que los echo mucho de menos. Mis hermanos creen que llevo la típica vida de futbolista, pero yo siempre les digo que no, que me paso la mayor parte del tiempo jugando al *Call of Duty* con Hoyley.

—Podría ser peor.

—Ya te digo. Imagínate que se le ocurriera darme conversación.

Tom dio un sorbo al té. De pronto le vino a la memoria un momento de su visita a casa: la broma de Rachel sobre que se pasaba las noches ligando y la manera en que lo había mirado su padre. Por su cabeza cruzó la idea paranoide de que en ese momento ya había tenido lugar el incidente de la caseta de mantenimiento y de que su padre lo había mirado con tanta atención porque lo conocía, porque sabía lo que había hecho.

De pronto, empezaron a oírse ruidos. Al otro lado de la cristalera parecía estar pasando algo, pero cuando Tom se volvió para mirar sólo vio a uno de los juveniles arrastrando por el suelo un saco lleno de balones.

A las diez y media se reunieron para hablar de las razones por las que no eran capaces de jugar en liga al mismo nivel que en el Johnstone's Paint, y después salieron a entrenar. Tom no le quitaba el ojo al campo. Calentaron junto a un grupo de muñecos que el asistente de Clarke se llevó a una de las áreas pequeñas al cabo de un rato, justo antes de que se les ordenase que empezaran a dar vueltas alrededor del campo. Tom se quedó en mitad del grupo, tratando de concentrarse en el ritmo que marcaban los talones brillantes de Boyn. Sólo las pisadas que daba el equipo al avanzar por un lateral del terreno consiguieron ahogar sus resoplidos pesados hasta que, un poco después, se oyó a lo lejos el tractor arrancando. Y sólo cuando terminaron de dar una vuelta completa se permitió mirar a través del amasijo de cuerpos jadeantes hacia la diminuta figura situada en lo alto del tractor, que se movía despacio por el campo de juego más lejano. Pero, incluso desde esa distancia, pudo ver que se trataba del otro encargado.

Todos los días, nada más llegar, lo primero que hacía Tom era recorrer con la mirada los terrenos. Una vez identificaba la figura acucillada del ayudante de Liam, entraba a cambiarse, calentaba y se entregaba ciegamente a los entrenamientos, llevando su cuerpo al límite hasta que no sentía más que dolor y calambres.

Al terminar, cogía el coche y se largaba. Dejaba que la música o las tertulias de deportes se impusieran en ese espacio cerrado y se ponía a conducir sin que le preocupara mucho hacia dónde lo hacía: le valía con estar solo. Muchas veces cogía la misma carretera y, mientras la recorría, no paraba de preguntarse si el cambio de turno entre Liam y su ayudante era fruto de una rotación prevista en los horarios o no. En esos trayectos, siempre calculaba el momento exacto en el que tendría que volver para llegar a casa de los Davey a tiempo para la cena.

Un día —tras negarse de nuevo a ir con los demás al bar— decidió coger la autopista. Después de dejar atrás un par de cruces, acuciado por el hambre, se detuvo en una estación de servicio.

Se sentó en la zona central del comedor, ocupado en su mayor parte por gente huraña y desubicada, y se zampó una hamburguesa chorreante de grasa. El local estaba lleno. Hombres solitarios con traje. Un grupo de adolescentes con el chándal de un equipo de rugby. Una pareja de ancianos peleándose con un mapa de carreteras. Su mirada se encontró con la de un tipo que estaba sentado en la otra punta del comedor y que vestía camisa y corbata de color gris. Tom se dio cuenta con pavor de que llevaba un buen rato observándolo. Bajó la mirada y la fijó en el bosque de piernas que no paraban de moverse por debajo de la mesa que tenía enfrente. La cara le quemaba. Los dedos no dejaban de moverse sobre el mantel sucio. Dejó que el rumor de todas esas conversaciones absurdas lo envolviera, tratando de contener el pánico que sentía por lo que sus ojos podrían llegar a hacer si se permitía levantarlos, intentando resistirse al poderoso deseo de hacer justo eso, de comprobar si el tipo seguía mirándolo.

Su móvil se puso a sonar. Lo sacó del bolsillo y, antes de llevárselo a la oreja, respiró hondo.

—Dime, mamá.

—Hombre, qué sorpresa. Contesta y todo. Pensábamos que le pasaba algo a tu teléfono. Tu padre te ha dejado un montón de mensajes.

—¿Ocurre algo?

—Nada en absoluto, cariño. ¿No los has escuchado?

Hasta él llegó el olor de los *panini* que acababan de servir en la mesa de enfrente. El tipo ya no estaba en su sitio al otro lado del comedor. Tom recorrió el local con la vista —la entrada, los baños—, pero no logró verlo.

—Lo siento, mamá. He estado muy ocupado con los partidos, los entrenamientos y todo lo demás. ¿Puedes decirle a papá que lo siento?

Su madre guardó silencio unos segundos, y Tom se preguntó si se habría dado cuenta de que estaba mintiendo.

—Sí, sí. Tranquilo, se lo diré. Pero ¿estás bien?

—No pasa nada, mamá. Va todo bien. No os preocupéis por mí.

Después del tercer gol del Wimbledon, una panda de adolescentes borrachos bajaron hasta la tribuna donde estaban los seguidores visitantes —justo detrás del banquillo— y se pusieron a gritar: «¡Clarke, vete ya!». Cuando el equipo enfiló el túnel de vestuarios en el descanso, los chavales empezaron a hacer gestos obscenos a los suplentes que salían de la caseta. Yates se volvió y movió despacio los labios para que entendieran cómo les decía: «Idos a tomar por el culo». Los adolescentes, incrédulos, reaccionaron con tal violencia que algunos seguidores más empezaron también a bajar por la escalera atraídos por sus gritos y una cuadrilla de agentes de seguridad se desplegó por la zona.

Para cuando los jugadores reaparecieron, ya se había formado una pequeña aglomeración que, sin prestar la más mínima atención a los agentes, pedía a voz en grito la cabeza del entrenador.

Clarke no se dio por aludido y mantuvo su actitud habitual: siguió merodeando por el área técnica, insultando a los árbitros. Después de que no se les concediera un penalti, arremetió contra el cuarto árbitro y, tal y como después lo describió el colegiado en el acta, «se comportó de una manera que excedía con mucho las tensiones comprensibles propias de un partido de

fútbol», llegando a decirle en un momento de particular exaltación que era «una vergüenza», «un maricón» y «un bujarra». Lo sancionaron con dos partidos de suspensión y en la primera ronda de la Copa de la Federación tuvo que sentarse en lo alto de la tribuna principal, separado del resto del público por un cordón de asientos vacíos y una barrera de abonados particularmente sumisos. Se pasó los noventa minutos del encuentro —la tercera derrota consecutiva del Town— escribiendo enfadado en una libreta, ajeno por completo a los cánticos que nacieron en la hinchada visitante y luego se extendieron entre los seguidores locales: «¡Repíte conmigo: eres una mierda!» y «¡No llegas a mañana!».

Clarke fue convocado a una reunión con el presidente. Se sentó en completo silencio en una butaca y se puso a jugar con el plástico desgastado del reposabrazos. El presidente le sugirió que sacara a Easter y se quedó mirándolo de pie al lado del escritorio, mientras Clarke seguía distraído.

—Le estamos pagando un dineral, Paul. Si lo dejamos en el banquillo, quedamos como unos imbéciles

—¿Quién queda como un imbécil?

—Todos nosotros.

Dejó de mover los dedos y los colocó encima del reposabrazos.

—¿Y cómo quedaría yo ahora si lo vuelvo a poner de titular?

El presidente rodeó el escritorio y se sentó en la parte frontal. El suave y tenso rollo de sus muslos quedó embutido en la pernera de los pantalones.

—Puedes sacar a Easter y a Jones juntos.

—Estás de coña, ¿no?

El presidente pareció sorprendido. Después se echó a reír. Apoyó los pies en el suelo y se puso de pie.

—Bueno, como quieras, tú eres el entrenador.

Clarke guardó silencio. Observó cómo se evaporaban las dos manchas húmedas que habían quedado sobre el escritorio, se levantó y se marchó del despacho sin mirar siquiera al presidente.

El asistente de Clarke reunió al equipo en la sala del club.

—El Paint es la semana que viene y el míster quiere volver a sacar a todos los suplentes que pueda. Tengo la alineación —dijo, mientras sacaba un bloc—: Hoyle, Jamie F., Bobby Hart, Chris Easter, Boyney, Tommy Pearman...

Tom sintió una oleada de náuseas. Cerró los ojos y, al abrirlos de nuevo, vio a Bobby, cuya designación como capitán produjo un murmullo de indignación. A pesar de la indisposición repentina que sintió por tener que aparecer de nuevo ante cientos o quizá miles de personas, Tom no pudo evitar sentir un aguijonazo de envidia al ver la sonrisa infantil de oreja a oreja que Bobby no se molestó siquiera en ocultar.

Los elegidos para disputar el Paint jugaron un partidillo contra el resto del equipo. Bobby parecía estar en todas partes: dirigiendo el juego, gritando y disfrutando al máximo del choque en el centro de la línea de medios. En un determinado momento, se hizo con el balón y miró hacia la banda que ocupaba Tom. «Corre», le dijo mientras señalaba el área con la cabeza. Le tiró el balón al espacio, pero Tom no lo entendió y la pelota salió rodando por la línea de banda en dirección a los setos situados al pie de las vallas.

—Despierta, Tommy. Atento a los pases.

Bobby se paró con los brazos en jarras, la cara cómicamente congestionada y un ridículo gesto de gravedad dibujado en el rostro.

—Iba demasiado fuerte —farfulló Tom.

Todo el mundo se quedó mirando. Nadie fue a buscar el balón. Bobby dio una palmada y se dirigió al equipo.

—Muy bien, chavales. Tenemos que hablar entre nosotros y coordinarnos, ¿vale?

Al respirar, de su boca salió un chorro de vaho que se quedó flotando a su alrededor como si fuera una neblina absurda. Se volvió para mirar los setos y luego a Tom, que no hizo el más mínimo movimiento. Después de negar ligera pero inconfundiblemente con la cabeza, se echó a correr hasta las vallas, cogió el balón y regresó con él trotando.

—Venga, vamos.

Tom tenía muy cerca a Gale, el lateral izquierdo con el que le tocaba

medirse ese día.

—Lo has hecho de puta madre, colega —le dijo, y volvió a su posición riéndose.

Desde ese lanzamiento, todo el juego de ataque cambió a la otra banda.

Era bastante probable que retransmitieran el partido. Su familia entera lo vería, su padre... Al pensar en su padre, un ataque de pánico repentino se apoderó de él. Gale se estaba aproximando a su posición con el balón controlado. Siguió avanzando, seguro de poder superar por la derecha a Tom, que, sin dudarlo, se tiró al suelo. Primero notó el impacto del balón contra su pie izquierdo y luego cómo desgarraba con el derecho la piel de Gale. Sus cuerpos quedaron enredados y, al caer, Tom experimentó un dolor intenso en el tobillo.

Cuando lo agarraron por debajo del brazo para intentar levantarlo, lo primero que pensó fue que no debería jugar el partido del Paint.

A su alrededor había un montón de jugadores inclinados.

—¿Qué coño ha sido eso, payaso? —Fue lo único que pudo oírse entre la cortina de vaho que se formó con los jadeos del grupo.

Tom tenía el tobillo entumecido. A su lado podía oír los gemidos de Gale y, al darse la vuelta —lo cual lo obligó a apartarse un poco para evitar que sus rostros chocaran—, vio que estaba mirando al cielo con los ojos brillantes y un gesto de absoluto desconcierto, como si fuera un animal asustado.

Tom se apoyó en los codos. Entre la masa de rostros que había a su alrededor, pudo distinguir a Bobby y, cuando vio en su cara que estaba completamente superado por la situación, un estremecimiento de placer le recorrió el cuerpo.

A la mañana siguiente, tenía el tobillo demasiado hinchado para conducir o ponerse las zapatillas. Sin embargo, el escáner que le hicieron por la tarde reveló que la lesión no era grave: una simple torcedura que apenas había afectado a los ligamentos. Le vendaron e inmovilizaron el tobillo y le indicaron que se presentara en los entrenamientos media hora antes hasta que se recuperase.

Durante los días siguientes, fue el señor Davey quien los llevó en coche, a él, a Bobby y a Steven. Los dos chavales escoceses se comportaban de forma

diferente cuando él estaba delante. Pero a Tom aquello no le importó lo más mínimo. Hasta que el señor Davey los dejaba enfrente de las oficinas del club, trataba de distraerse con la radio.

Tuvo que ver los entrenamientos desde el banquillo, al lado de Price, que se había roto el pulgar y se pasaba horas escribiendo en el móvil con la mano buena. A finales de semana se les unió Gale con un agujero enorme en el muslo. Cuando se reincorporó, lo primero que hizo fue buscar a Tom para darle la mano.

—Todo olvidado, ¿vale?

—Vale.

Los tres se sentaron y se dedicaron a contemplar cómo completaban sus rutinas los demás jugadores.

—Joder, me estoy quedando congelado —dijo Price, rascándose la costra que se le había formado bajo la escayola—. Ya me diréis cómo voy a recuperarme así.

Tom y Gale se quedaron callados.

—Parece que Easter y Jones se entienden bien —añadió, y los tres se pusieron a observar los ejercicios de coordinación que estaban realizando en el campo.

Al oír el ruido del tractor al otro lado de los terrenos de juego, Tom se volvió. Liam estaba allí.

—Creía que jugaban en la misma posición, pero parece que el apaño funciona, y eso que se llevan a matar.

—Igual por eso funciona —dijo Gale.

Price emitió un murmullo de asentimiento.

—¿Creéis que los sacaré a los dos de titulares el domingo?

—No le queda otra —contestó Gale—. No hay más que ver lo que dijo ayer en la prensa para darse cuenta de que el presidente lo está presionando. Y el martes para el Paint sacaré a Easter y a Hart.

—Todo indica —dijo Price— que ahora soy yo el que se ha quedado fuera, ¿no?

La sesión estaba acabando. Esperaron a que el equipo saliera del campo antes de marcharse ellos también y después se sentaron a oscuras en la

penumbra del pasillo, delante del vestuario hasta que el equipo salió para comer. En cuanto Price y Gale se levantaron para irse con ellos, Tom se coló en el vestuario vacío. Se quitó el chándal, se metió en la ducha y fue girando el grifo hasta que el agua estuvo tan fría que apenas podía respirar.

De vez en cuando, Tom desconectaba de las conversaciones de Price y Gale y se ponía a observar con una animadversión creciente esa figura que se movía con pesadez en el horizonte y continuaba con sus tareas igual que cualquier otro día. Daba la sensación de que jamás levantaba la vista del tractor, de la cortadora de césped o de la trazadora; de que trabajaba de forma lenta y metódica. Incluso cuando pasaba por delante de las oficinas seguía concentrado en su tarea; a pesar de todo eso, en cuanto Tom lo veía en el campo de al lado, se metía corriendo en la enfermería y dejaba que el fisioterapeuta le soltase su cháchara, mientras él contemplaba con la boca abierta una sucesión de diplomas médicos y militares y una serie de pósteres de anatomía, tratando de concentrarse en los músculos, arterias, conductos y huesos que aparecían en ellos.

Una mañana, mientras estaba en la sala de jugadores, cogió un periódico viejo de debajo de la silla que estaba situada junto al carrito del desayuno, y de pronto reparó en que no sabía cómo había acabado el partido del Paint de hacía dos noches. Según pudo leer, habían ganado. Easter había marcado el único gol del encuentro, lo cual probablemente explicara por qué seguía de tan buen humor mientras preparaba el té y tarareaba una canción que, según supuso Tom, le habían dedicado los hinchas del Town durante su primera etapa allí.

Al cabo de unos días fue a la revisión del tobillo. La hinchazón había bajado y no sintió ninguna molestia cuando el fisio le quitó el vendaje y fue retirando las diferentes capas de gasa hasta que emergió su pie pálido y maloliente como un pescado podrido. Como todavía era pronto para que golpease el balón, esa misma mañana lo pusieron a recoger los balones que se salían por la línea de banda mientras sus compañeros practicaban pases largos. En apenas unos segundos, tres o cuatro pelotas pasaron volando junto

a él. Fue renqueando hasta el campo contiguo para recogerlas y, al acercarse a la bola que había caído más lejos, levantó la cabeza. Liam estaba junto a la caseta de mantenimiento, mirándolo. Tom recogió el balón y volvió con los demás.

Cuando entró en la cafetería, se encontró una escena caótica. Los juveniles —cuyo entrenador los había dejado salir de su sesión antes de tiempo— llevaban un buen rato congregados en torno a la entrada, esperando a que llegaran los veteranos para comer y llenando con el estruendo de sus bromas y el olor de sus desodorantes la estancia entera. Entre ellos se encontraban Price y Gale, que también estaban esperando. Se quedaron juntos, tratando de proteger celosamente las partes de su cuerpo que tenían lesionadas. Tom pasó a su lado y los saludó con la cabeza; ellos le devolvieron el saludo.

Se colocó en el extremo de la mesa más alejada y empezó a remover con el filo del tenedor la montaña de arroz que había en el plato. Desde esa posición apartada, Tom podía observar todos los movimientos que se producían mientras seguía comiendo tranquilamente, y eso le permitió ver a Liam en cuanto entró en la sala. Se puso a la cola con actitud paciente y concentrada. Cuando le llegó el turno, se detuvo delante del mostrador de cristal y se quedó observando los cuencos de arroz y las pocas patatas que quedaban en los platos descascarillados, tan blandas y arrugadas que parecían sapos.

Se sentó cerca del mostrador, sin mirar hacia donde estaba Tom, y empezó a comer despacio, acercando la cabeza al plato cada vez que cogía un bocado. Tom siguió llevándose a la boca el arroz seco y correoso y bebiendo agua para poder bajarlo. Cuando empezó con la ensalada de frutas, la cafetería ya no estaba tan llena. Los juveniles se habían juntado en una de las mesas, pero la mayoría de los jugadores del primer equipo se habían ido. Sólo quedaban unos cinco en la mesa que Tom tenía enfrente, inclinados en torno al periódico del que Fleming estaba leyéndoles en voz alta. Cuando Liam se levantó para marcharse, Tom aún seguía comiendo; se acabó la bebida de pie y a continuación se fue hacia la puerta sin mirar atrás.

Cuando Tom salió de las instalaciones, caía una lluvia fina y heladora. Se

fue cojeando hasta el coche todo lo rápido que pudo para que el agua no se le colara por los agujeros de la férula de plástico.

—Tom.

Siguió caminando.

—¿Qué tal el tobillo? Ya he oído que le hiciste un buen boquete a Gale.

Liam lo alcanzó y se puso a su lado. Tom no lo miró; siguió andando — atento a cualquier ruido, buscando a cualquier persona que pudiera haber por allí—, hasta que llegó al coche. Sintió una punzada en el tobillo. Necesitaba con urgencia meterse en el vehículo e irse de allí.

—¿Tom?

—Éste no es tu aparcamiento.

Liam se rio por lo bajo. Sus dientes. El horrible interior de su boca.

—Será mejor que me vaya entonces, ¿no? —dijo, pero se quedó justo donde estaba, de pie junto al capó, rebuscando en los bolsillos, produciendo un leve crujido cada vez que agarraba el manojito de llaves con la mano.

Los últimos jugadores estaban saliendo ya del edificio. Tom alargó un brazo para coger el tirador de la puerta y, al hacerlo, Liam lo tocó. Tom lo ignoró, abrió el coche, se subió a él y cerró la puerta.

Bajó por el camino y puso la radio. Había un debate sobre las canciones que ponían en los estadios después de un gol. La audiencia estaba tuiteando sobre cuál podía ser la canción perfecta. Se paró en el cruce, esperando a que se abriera un hueco en el tráfico, y dejó que el sonido de la radio vaciase por completo su cabeza para impedir que se apoderase de él el violento deseo que lo estaba desgarrando por dentro, para tratar de olvidar la sensación de esos dedos sobre su brazo, que parecían haberse quedado dentro del coche.

8

Si sólo podemos quedarnos con uno, ¿Jones o Easter?		
Creado por Leyenda del Town 5 de diciembre de 2011	Respuestas: Visto por:	9 94

Publicado por Leyenda del Town el lunes a las 19.22

Muchos parecíais tenerlo muy claro hace unas semanas. Pero, en vista de cómo lo ha hecho Easter desde que volvió al equipo, ¿con quién creéis que deberían quedarse si en enero no les da el presupuesto para mantenerlos a los dos?

Publicado por Camino a Wembley 2010 el lunes a las 19.30

Easter tiene contrato hasta el final de la próxima temporada, así que este hilo es un poco absurdo.

Publicado por Mary B. el lunes a las 19.55

Andy Jones, de calle. Es el mejor jugador que ha fichado el Town desde que llegó nuestro amado líder con su chequera mágica.

Publicado por Riversider el lunes a las 20.41

Completamente de acuerdo contigo, Mary B. Jones cubre todo el campo y es evidente que los demás jugadores lo tienen en un altar. Cuando él y Easter juegan juntos se ve con claridad la distancia sideral que hay entre ellos. Sólo porque Easter haya jugado un partido medio bueno, no significa que haya vuelto a ser el jugador que fue en el pasado.

Publicado por Jamesy1987 el lunes a las 21.12

Camino a Wembley 2010 escribió:

Easter tiene contrato hasta el final de la próxima temporada, así que este hilo es un poco absurdo.

Eso no impide que lo fiche otro equipo (poco probable), Camino a Wembley 2010. O que lo traspasen (más probable).

Publicado por Unacopademás el lunes a las 21.18

Para mí, Jones. Todos sabemos que Easter está aquí sólo por la pasta.

Publicado por Leyenda del Town el lunes a las 21.40

¿Y para qué crees tú que ha venido Jones?

Publicado por Dr. Amor el lunes a las 22.08

En mi opinión, el equipo debería ser éste:

~~Yates~~ Lewis
Richards Jones Hart Pearman
~~Easter Price Finch Evans~~
~~Gale~~ Daish Boyn Fleming
Hoyle
Foley

Publicado por Jamesy1987 el lunes a las 22.11

Oye, tu equipo ideal sólo tiene ocho jugadores.

Publicado por Tommo el lunes a las 22.40

Yo estuve en Maygate el otro día y vi a Easter por la calle con su hijo y su mujer (a quien por cierto se la ve bastante estropeada... ¡¿Os acordáis de cómo estaba cuando CE vino por primera vez?! 😊). Me senté a pocas mesas de ellos en un Costa Café y... soy yo o ¿está más gordo que cuando se fue? A mí me parece evidente que ha cogido unos kilitos.

Publicado por La voz de la razón el lunes a las 22.51

Que lo larguen. Nunca debieron ficharlo por segunda vez.

Publicado por Pregonero Ian el lunes a las 22.58

Podríamos cantarle esto en el partido de mañana contra el Plymouth: «Está gordo, está como una bola, cada mes se traga dos mil quinientos pavos».

Apenas pudo participar en el juego. La bola siempre parecía caerle a Jones, que cuando veía a Easter —aunque éste se hubiera librado de su marcador y

estuviera en la línea de pase—, automáticamente se daba la vuelta como si algún obstáculo se interpusiera entre ellos.

—¡Que estoy libre, cojones! —le gritó en una ocasión mientras el otro se alejaba zigzagueando, perseguido por dos rivales, y se metía en un callejón sin salida.

Jones no le hizo ni caso y pegó un zapatazo al aire que, por supuesto, no le llegó a nadie.

Ansioso por meterse en el partido, Easter se desentendió de toda disciplina táctica. Fue incapaz de parar las llegadas al área de su rival, y al final tuvo que ver desde la frontal del área cómo aquel tarugo sin clase anotaba, libre de marca, con un cabezazo por toda la escuadra.

Cuando la tablilla con su dorsal apareció en la banda, Easter se encontraba en la otra punta del campo. Antes incluso de llegar al círculo central, le dio la sensación de que las piernas empezaban a fallarle. El tramo final lo recorrió andando, escuchando los insultos lejanos que le dirigían desde la tribuna principal, hasta que los abucheos, los aplausos dispersos y el nuevo cántico que le habían dedicado («está gordo, está como una bola...») se volvieron cada vez más ensordecedores y lo envolvieron por completo.

Cualquier esperanza que hubiera abrigado de recuperar la forma tras su sorprendente reincorporación al equipo se desvaneció. Lo cambiaron en el descanso durante dos partidos consecutivos y, poco antes de las Navidades, volvió a caerse del once inicial, reemplazado por Bobby Hart. Los demás notaban su inseguridad incluso en los entrenamientos. Y no dudaban en ir a por él. Juveniles que hasta hacía poco no se atrevían siquiera a acercarse a él, ahora le disputaban el balón y le entraban con sus hombros diminutos y sus caderas o le tiraban de la camiseta y de los pantalones sin ningún reparo.

Le informaron por mensaje de que debía presentarse en el estadio, en el despacho de Clarke.

—No has jugado mucho en los últimos partidos.

—Sí, me he dado cuenta.

Se produjo un silencio durante el cual se preguntó si acudir a la reunión habría sido un error.

—Tú quieres jugar al fútbol, ¿verdad?

No sabía qué responder. Lanzó una mirada a las montañas de papeles que había encima del escritorio y en el suelo, a la nuez sin afeitar que asomaba por el cuello del polo descolorido que vestía Clarke, y se planteó si la pregunta sería una trampa.

—Claro que quieres jugar al fútbol. Bueno, pues te diré una cosa: ni de puta coña vas a hacerlo aquí.

Easter se acomodó en la silla.

—Te diré lo que va a pasar. Voy a pedir tu traspaso, te dejaré jugar unos cuantos encuentros para volver a ponerte en el mercado y entonces...

—No.

Se miraron el uno al otro.

—¿Prefieres seguir tocándote las pelotas a jugar?

—Me queda un año y medio de contrato. Si pido el traspaso, no me pagaréis lo que me debéis —dijo, y se atrevió a sonreír.

—O sea, que prefieres seguir tocándote las pelotas un año y medio. Y después, ¿qué? ¿Quién va a querer ficharte entonces? Ya llevarás más de tres temporadas sin valer para nada.

Easter se quedó pensando unos instantes.

—Necesito que venga mi agente. No sé por qué me has pedido que viniera sin él.

—Porque tu agente es un capullo.

Los dos guardaron silencio. Easter echó un vistazo a las pocas fotos que había en la pared. La construcción de las nuevas gradas. La final de la Copa de la Federación en Wembley, con un sector del estadio teñido de rojo y verde. La llegada del desfile posterior al ayuntamiento, justo antes del incidente con el camarero en la salida de incendios. Esa noche, Easter había acabado como una cuba. El mismo hombre que no le quitaba ahora el ojo de encima desde el otro lado del escritorio le había cogido la cara con las manos y se la había acercado a la suya para decirle que los dos eran el corazón del equipo, que juntos lo meterían en las ligas profesionales y que no se detendrían ahí.

—¿Cuánto quieres?

Easter se lo quedó mirando, completamente desconcertado.

—Para que te largues. ¿Cuánto? ¿Cincuenta de los grandes? Te puedo hacer un cheque por cincuenta de los grandes ahora mismo.

—Necesito hablarlo con mi agente.

—¿Y qué hay de Leah? ¿No se pondría loca de contenta con cincuenta de los grandes?

El entrenador abrió un cajón del escritorio. El corazón de Easter se aceleró. Clarke sacó un paquete de caramelos y lo movió para que le cayera uno en la boca. Easter se imaginó diciéndole a Leah que se había enfrentado a Clarke, que lo había puesto en su sitio y le había exigido cincuenta mil libras.

—Hablaré con mi agente —dijo.

—Fenomenal.

Clarke se puso a chupar el caramelo y a pasárselo de un carrillo al otro. Abrió fugazmente los labios y la punta de la lengua asomó por el hueco como si fuera la naricilla inquisitiva de un roedor.

—La semifinal del Paint es en un par de días. Contra el Leyton Orient. Te pondré otra vez en el once titular. Tal y como yo lo veo, si nadie pide tu traspaso en este periodo del mercado de fichajes, tu carrera está acabada.

En cuanto salió corriendo detrás del primer pase largo, ya se dio cuenta de que no estaba en condiciones de jugar ese partido. Con tan sólo cinco minutos transcurridos, al ver que la bola salía por encima del tejado de madera a dos aguas de una de las gradas, se arrodilló para atarse los cordones y tuvo que bajar la cabeza para que nadie viera cómo jadeaba. Sin embargo, después de que les dieran un balón nuevo y sacaran de banda, el jugador del Orient que terminó controlándolo se tropezó con él cuando intentaba incorporarse y la pelota quedó suelta. Easter fue hacia ella, le puso un pase al pie a Bobby Hart, que subió sin oposición hasta la frontal del área y superó la estirada del portero con un zapatazo largo. Igual de sorprendido que los demás, en un primer momento Bobby no se movió, pero inmediatamente después se dirigió a la grada detrás de la portería y se tiró sobre el césped con los brazos y las piernas abiertas. Tendido bocarriba en la hierba mientras sus compañeros corrían hacia él, tardó unos segundos en darse cuenta de que los

seguidores del Town estaban en otra parte del estadio, y esa provocación hacia la hinchada del Orient hizo que el resto de la primera parte se jugara en un clima tenso.

El equipo volvió al vestuario revitalizado. Clarke empezó a dar vueltas mientras leía sus notas y, al llegar a donde estaba Easter, se detuvo.

—Sigue así, chaval —dijo, y le guiñó un ojo.

La segunda mitad, sin embargo, no continuó como la primera. A los pocos minutos, Easter intentó retrasar el balón con un pase largo en diagonal hacia Hoyle, pero la bola se quedó demasiado corta y un delantero del Orient se hizo con ella para marcar con un disparo lejano que se coló por la parte alta de la portería. Y no hizo falta más: toda su confianza se evaporó a partir de ese momento. Se pasó los cuarenta minutos restantes y la interminable media hora de la prórroga deseando que el balón saliera del campo para poder coger un poco de aire. No parecía ser capaz de controlar su propio cuerpo. Cada vez que recibía la pelota, lo que debería ser una serie de movimientos automáticos —controlar, levantar la cabeza y pasar— se veía entorpecida por las dudas: ¿qué parte del pie hay que usar?, ¿qué parte del balón hay que tocar? Y, cuando por fin lograba hacerse con la bola y miraba al campo, lo único que veía era un amasijo de cuerpos y un rival que se le venía encima.

Cuando sonó el pitido final, los jugadores se colocaron en fila sobre el círculo central y se agarraron de la cintura para seguir los lanzamientos de penalti. Vieron cómo el primer lanzador del Orient se acercaba al área pequeña. Una ovación recorrió el estadio cuando marcó y luego, mientras el público esperaba a que alguien del Town se decidiera, lo hizo un murmullo amenazante de incertidumbre. No tenían una lista de lanzadores. Que saliera el que fuera lo suficientemente hombre: eso era todo lo que les había dicho Clarke cuando formaron aquel corrillo de cuerpos derrotados tras el pitido final. Boyn dio un paso al frente. Su disparo entró en la portería lamiendo el travesaño. Easter sabía que, de no ser porque Bobby y Lewis lo sostenían con sus sudorosos costados, habría sido incapaz de tenerse en pie. Se quedó clavado en su sitio mientras Richards —el siguiente en lanzar tras un instante de vacilación en la fila—, Yates y Daish anotaban.

Con la serie empatada, el último lanzador del Orient tiró un penalti

centrado que salió por encima de la portería y acabó estampándose contra el muro negro de aluminio corrugado de una grada infantil casi vacía.

El cuerpo de Easter se negaba a responder y parecía a punto de desmoronarse sobre el césped. Bobby, por el contrario, se soltó de su brazo y abandonó la fila. Easter se vio desbordado por el alivio y la culpa. Apenas tenía fuerzas y sentía la necesidad urgente de salir de allí, de estar en casa, en su estudio. Bobby se agachó para colocar el balón. Al darse la vuelta para coger carrerilla, miró a sus compañeros con un rostro pálido difícil de descifrar. Se volvió, avanzó trotando hacia la bola y lanzó un tiro bajo con rosca que resultó inalcanzable para el portero. Mientras los demás salían corriendo y se tiraban encima de él, todo lo que Easter pudo hacer fue quedarse quieto y tratar de no ponerse a vomitar en el campo.

Leah todavía estaba despierta cuando llegó a casa en torno a la una y media de la madrugada.

—Te he preparado un sándwich —dijo cuando entró en el salón.

—¿Un sándwich? —contestó, mirando hacia el lugar de la encimera sobre el cual se encontraba éste, envuelto en film transparente—. ¿Te importa si me lo como luego? Tengo el estómago revuelto.

—Claro, no pasa nada. ¿Te encuentras bien? Habéis ganado.

Él se sirvió un poco de vino en el vaso de Leah y se sentó a su lado.

—Sí, en los penaltis.

—Entonces ¿al final no te ha cambiado?

—Qué va. He jugado los ciento veinte minutos y estoy reventado.

—No puedes haberlo hecho tan mal si no te ha sustituido en todo el partido.

Él apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y cerró los ojos.

—¿Quieres que te dé un masaje?

—Sí —dijo con los ojos todavía cerrados—. Te lo agradezco.

Ella dejó el vaso sobre la mesa y esperó a que se quitara la camiseta y el pantalón de chándal. Por la forma en que se desvistió, Leah se dio cuenta de que tenía alguna molestia. Se arrodilló junto al sofá. Se fijó en que había

engordado un poco y se preguntó cuándo habría empezado a coger peso.

Comenzó por los pies —estirando un poco de los dedos para que crujieran— y después empezó a subir, amasando y friccionando las pantorrillas, las corvas y los glúteos; sin embargo, en cuanto le puso una mano en la espalda, Chris soltó un pequeño suspiro de dolor. Cuando empezaron a salir, ella solía quedarse mirándolo mientras se cambiaba o se paseaba desnudo por el dormitorio, admirando ese cuerpo ágil que, como el de un animal, parecía tener cada una de sus partes diseñadas para un fin. Él a veces se daba cuenta de que lo estaba observando y sonreía, a lo cual ella respondía devolviéndole la sonrisa o mirando para otro lado con vergüenza. Seguía siendo el mismo cuerpo. Sólo que un poco más grueso. Y con algunas señales de envejecimiento aún escasas pero cada vez más evidentes: las varices que le atravesaban el dorso de las piernas, los zurcidos y bultos de la piel callosa y el tejido cicatrizado, las contracturas inesperadas que habían aparecido en su espalda y eran como cartílago bajo los dedos. Todas aquellas marcas la tranquilizaban. Conocerlas de una forma tan íntima le producía cierto consuelo porque eran una prueba de que estaban envejeciendo juntos.

Llegó a la parte superior del cuerpo y empezó a describir unos círculos con los dedos en torno a la nuca, detrás de las orejas.

—¿Vas a dormir en la habitación de invitados? —preguntó Leah.

—No, hoy me quedaré contigo.

Después de fregar el vaso y guardar el sándwich en la nevera, Leah se lavó los dientes y se metió en la cama. Él apagó la luz y se puso encima de ella. Podía ver su oscuro perfil subiendo y bajando. Comenzó a respirar con fuerza en respuesta a sus gemidos breves y entrecortados, hasta que se dio cuenta de que esos ruidos respondían al dolor que sentía en alguna parte del cuerpo. Leah le puso las manos en los costados suavemente y le susurró que parase. Él dejó que le diera la vuelta con mucho cuidado hasta que quedó tendido sobre la cama. Le besó la frente, le apartó el pelo y se colocó encima de él.

A la mañana siguiente, estaba dormido como un tronco: bocarriba, con las piernas abiertas y las manos a los lados del cuerpo debajo de las sábanas. Le pasó una mano por el torso y, al llegar a la cintura, rozó el elástico de lo que

parecían un par de leotardos suyos. Luego, sin embargo, se le ocurrió que debía de haberse puesto las mallas de comprensión en algún momento de la noche. Sintió el impulso de gastarle una broma y se incorporó en la cama. Cogió el vaso que tenía en la mesita y metió los dedos en el agua. Los puso encima de su cara y dejó caer unas cuantas gotas sobre la nariz. Al ver que no reaccionaba, volvió a mojar los dedos y le echó unas cuantas gotas más hasta que las mejillas quedaron empapadas. Una gota de agua que estuvo a punto de meterse por uno de los orificios nasales le hizo arrugar la nariz. Analizó aquel rostro impasible. La boca. La piel morada y fina de los párpados. Le puso los labios en la frente, lo arrojó con las sábanas y salió del dormitorio cerrando con cuidado la puerta.

Cuatro horas más tarde —cuando quedó claro que el plan de ir los tres juntos a una ludoteca quedaba cancelado—, decidió que, en lugar de ir hasta allí con el niño ella sola, irían al supermercado.

Leah colocó a Tyler en el asiento plegable de un carrito y, en cuanto cruzó la puerta, se dio cuenta de que el súper estaba hasta los topes. Pensó en darse la vuelta y largarse —al fin y al cabo, había estado allí hacía tan sólo dos días y no necesitaba nada—, pero se vio arrastrada por el enorme árbol de Navidad, por los abultados ejemplares de la prensa dominical y por el hilo musical de villancicos hasta la entrada. Tyler no paraba de moverse de un lado a otro para intentar bajarse del asiento metálico. Leah lo cogió en brazos y lo recolocó. Tenía los ojos llenos de lágrimas y una expresión ceñuda. Quien viera la mirada de reproche que le lanzó mientras avanzaban hacia la frutería debió de pensar que lo estaba maltratando.

—Lo siento, Ty —dijo mientras le limpiaba una vena de la nariz con una toallita húmeda—. Vas a tener que aguantarte. No tardaremos mucho.

Se quedó esperando detrás de la multitud histérica que hacía cola frente a una montaña de mandarinas y, en cuanto se abrió un hueco, cogió dos bolsas. Rompió una de las mallas y le dio una fruta a Tyler, pero, al ver que la rechazaba, se dirigió a la carnicería. Se detuvo delante de los paquetes de salchichón, cogió uno y se lo dio. El niño se calló al instante, y ella pudo

seguir con sus cosas, tratando de pensar en algo que pudiera necesitar Chris. Cuando estaban en la sección de congelados, una anciana hizo un comentario a su marido al ver a Tyler con la salchicha. «Que te den por culo», pensó Leah. Pero ni siquiera en su cabeza pudo encontrar una respuesta mejor. Su hijo tenía la boca y las mejillas manchadas. Sacó otra toallita húmeda y se la restregó con fuerza por la cara y el niño soltó un chillido de protesta.

—¿Quieres que te lo quite? —dijo mientras se acuclillaba para quedarse a su misma altura—. ¿Quieres? ¿Quieres que mami te lo quite?

Delante de ella, justo enfrente de un expositor lleno de DVD, había una pareja de adolescentes. Ella metió una mano en el bolsillo delantero de los vaqueros del chico. Sacó una chocolatina, sin dejar en ningún momento de mirarlo, y le sonrió. La abrió, le pegó un mordisco y después se la puso al chico delante de la boca, casi rozando con ella sus labios. Leah se quedó junto a unos congeladores, completamente paralizada por la escena. A su alrededor había un constante trasiego de compradores, pero ella no podía dejar de mirar a la pareja de muchachos por encima de la cabeza de su hijo. Debía de ser sólo cuatro o cinco años mayor que ellos. La idea de comportarse así con Chris en público le resultaba inconcebible. Sin embargo, seguro que lo habían hecho. Y así había sido, en efecto, aunque hacía ya mucho tiempo. Por aquel entonces, se besaban en la pista de baile del Hut, pasaban días enteros magreándose en las salas de juego de la costa; en el dormitorio de ella cuando no estaba su madre o en el de él antes de que la suya se mudase y el club tuviera que buscarle alojamiento. Pero, incluso mientras recordaba aquello, no podía evitar que le vinieran a la cabeza todos esos otros momentos que suelen llegar cuando se acaba lo bueno. Las peleas en las que Chris se había visto envuelto en esos mismos salones de juego y en el Hut. La discusión con el entrenador de los juveniles en el aparcamiento por la que lo apartaron del equipo durante un mes de resentimiento silencioso que ella no supo cómo calmar. El enfrentamiento con Liam en su último año de juveniles, que por el momento seguía sin resolverse.

Sin embargo, también era capaz de acordarse de la pelea que tuvo con su padre el fin de semana que su madre por fin lo abandonó; cómo lo había tirado Chris al suelo por un comentario hiriente que había hecho sobre Leah,

cómo le había pisado la mano —«¿Quién es el hombretón ahora, eh, quién?»— y cómo le había dicho después que la próxima vez que se atreviera a hablarle así a su hija le partiría los dedos. Las semanas siguientes fueron las más felices que ella podía recordar de todo el tiempo que habían estado juntos. No había querido separarse de ella ni un instante. En el Hut, completamente borracho, le había dicho que la quería, que no le importaba una mierda nadie más, que la amaba con locura y que el resto del mundo podía irse a tomar por saco.

Sin embargo, de nuevo le fue imposible retener ese recuerdo. Empezó a empujar el carrito y se acercó a los adolescentes. La chica masticaba la chocolatina sin dejar de mirar a la cara al muchacho con una sonrisa juguetona, y cuando Leah pasó a su lado lo que le vino a la cabeza no fueron los momentos en los que ella se había comportado así con Chris, sino todas las ocasiones en que habían sido otras chicas quienes lo habían hecho.

Dos hombres la estaban mirando con una sonrisita de suficiencia al otro lado de los congeladores. Ella se alejó, tratando de ignorar el llanto desconsolado de Tyler, a quien al parecer acababa de caérsele el salchichón. Fue hasta el final de los congeladores, giró y dio la vuelta por el siguiente pasillo mientras iba cogiendo de las estanterías productos al azar —aceitunas, salsa de brandi, una tabla de quesos navideña con una botella de oporto pequeña en medio—, pero su hijo se retorció y lanzaba unos alaridos tales que tuvo que detenerse y cogerlo en brazos. Apoyó su cabeza en el pecho y trató de calmarlo. Los dos tipos aparecieron de nuevo al final del pasillo y volvieron a observarla. Uno de ellos le dijo algo al otro y ambos se echaron a reír. Con Tyler en una mano y la otra en la barra del carrito, se dio la vuelta y se alejó. Medio minuto más tarde, echó un vistazo y se dio cuenta de que la estaban siguiendo. Intentó apretar el paso, con el corazón desbocado, pero le resultaba muy difícil sostener a Tyler y llevar el carrito al mismo tiempo, así que —a pesar de los comentarios y las miradas de la gente— decidió deshacerse de la compra. Se apresuró para alejarse de todas las personas que la rodeaban, para dejar atrás todos aquellos estantes llenos de madres eficientes que le sonreían desde el envoltorio de los paquetes de pañales. Notó cómo iba creciendo su ira, cómo le entraban unas ganas terribles de

ponerse a gritar —a los demás compradores, a los hombres que la seguían, a Tyler—, pero sabía lo que ocurriría si lo hacía: quien tendría que pagar por ello sería Chris. El episodio se convertiría en la comidilla de internet. En un nuevo cántico con el que insultarlo desde las gradas.

Aquellos dos tipos la estaban siguiendo de forma descarada por el pasillo central a una cierta distancia. Se dirigió corriendo hacia la salida. La mujer que le había hecho el comentario a su marido la reconoció también, o eso al menos le pareció a ella: una más del ejército de miradas anónimas que siempre la perseguían cuando salía a la calle, esperando a que cometiera algún error. Se detuvo durante unos segundos. Y las voces y las sonrisas se fueron desvaneciendo a medida que la gente pasaba a su lado.

Se dio la vuelta y sus perseguidores, desprevenidos, bajaron la cabeza. Mientras se acercaba a ellos, vacilaron un instante y luego se volvieron hacia la hilera de estantes más cercana. Cuando por fin los alcanzó, fingían estar mirando unos rollos de papel de regalo.

—¿Os lo estáis pasando bien? —les preguntó, sorprendida de oírse decir algo así.

La observaron de forma inexpresiva, y se dio cuenta de que eran más jóvenes de lo que había pensado en un principio.

—Os pone hacer esto, ¿no? —dijo en voz alta.

La gente empezó a darse cuenta de que algo pasaba.

Uno de ellos hizo ademán de marcharse, pero se vieron atrapados entre los carritos del pequeño grupo de curiosos que se había congregado a su alrededor. De repente, Tyler dio un brinco hacia atrás, tan fuerte que casi se le cae a Leah de los brazos. Y en ese momento, el trozo de salchichón se cayó dentro de la bota de agua izquierda del niño. Ella lo sacó y se lo devolvió. Pero, en lugar de llevárselo a la boca, él lo sostuvo en una mano y se lo ofreció a los muchachos. El pedazo de carne asomaba con obscenidad por el viscoso envoltorio de plástico. Leah se echó a reír, y con ella gran parte de los presentes, mientras los dos chavales se miraban el uno al otro, visiblemente aterrorizados e incapaces de moverse.

—Olvídalo, Ty —dijo—. No creo que sepan qué hacer con una tan grande. Están acostumbrados a verse la suya.

Aprovechó el jaleo posterior para marcharse. La gente se hizo a un lado para dejarla pasar y ella se fue hacia la puerta como flotando, ingrávida, electrizada, sintiéndose de pronto llena de vida.

9

PARA INFORMACIÓN DE TODA LA PLANTILLA: CLASIFICACIÓN DE LA CUARTA DIVISIÓN A 22 DE DICIEMBRE

		PJ	PG	PE	PP	GA	GC	GD	Ptos.	Racha
1	Crawley Town	21	14	4	3	44	26	18	46	EGGGE
2	Southend United	21	13	3	5	37	22	15	42	GGEPP
3	Cheltenham Town	21	13	3	5	34	20	14	42	GGGGP
4	Shrewsbury Town	21	12	4	5	33	20	13	40	GGGPG
5	Swindon Town	21	11	4	6	34	17	17	37	GEGEG
6	Burton Albion	21	10	6	5	33	30	3	36	GGGPE
7	Gillingham	21	10	5	6	37	26	11	35	GGEEG
8	Oxford United	21	9	6	6	30	23	7	33	PPPEG
9	Rotherham United	21	9	6	6	38	35	3	33	GGPGG
10	Port Vale	21	9	5	7	38	29	9	32	PPEGG
11	Morecambe	21	8	7	6	35	24	11	31	EPPEP
12	Torquay United	21	8	7	6	33	29	4	31	GGEGP
13	Accrington Stanley	21	7	8	6	25	24	1	29	GEGGG
14	Crewe Alexandra	21	8	3	10	24	29	-5	27	PGGEE
15	Macclesfield Town	21	7	5	9	21	21	0	26	PEPEP
16	Aldershot Town	21	8	2	11	24	28	-4	26	PPPGP
17	AFC Wimbledon	21	7	5	9	29	38	-9	26	EEPPP
18	Bristol Roberts	21	6	5	10	26	37	-11	23	PPEEP
19	Barnet	21	5	5	11	26	41	-15	20	EGGPE
20	Bradford City	21	4	7	10	22	29	-7	19	PPEEG
21	Hereford United	21	4	6	11	19	36	-17	18	EPPPE
22	Northampton Town	21	4	5	12	24	42	-18	17	PPPEP

23	Plymouth Argyle	21	3	5	13	20	40	-20	14	EPGPP
24	Dagenham and Redbridge	21	4	2	15	19	39	-20	14	GPPPE
25	Town	21	1	7	13	17	42	-25	10	PPPEP

—Se acercan las Navidades. Escuchad. —Clarke apartó la mirada de la hoja que estaba pegada al tablón y se cruzó de brazos—. Vamos a disputar cuatro partidos en los próximos diez días. El césped de los terrenos de juego estará congelado. Algunos de vosotros os lesionaréis. Muchos deberéis jugar lesionados y muchos de los que no soléis estar en el equipo tendréis minutos. La mañana del día de Navidad vendréis a entrenar todos. Y podéis estar seguros de que si alguien bebe una copa de más me daré cuenta. No necesito que nadie me explique cómo es una resaca.

Sólo un jugador muy valiente o muy tonto se habría atrevido a cuestionar semejante afirmación al verlo avanzar hacia el termo del té con esos ojos amarillentos y esa nariz zurcida de venas.

—¿Qué hay de la fiesta de Navidad, míster? —dijo Yates en voz alta cuando el asistente estaba a punto de empezar a repasar el programa de los días siguientes—. Llevamos un tiempo aplazándola. ¿Cuándo podremos hacerla?

Clarke volvió a ponerse delante de su número dos.

—En enero. Y sólo si para entonces ha mejorado algo el aspecto de esta puta tabla de clasificación. Y si... —sus labios se alargaron hasta formar una sonrisa de complicidad escalofriante— me invitáis, claro.

Más tarde, en el vestuario, Yates se dio una palmada en la pierna y se levantó del banco.

—Vale. La fiesta. ¿Quién se encarga?

Durante unos segundos, nadie dijo nada. Salvo Bobby, Steven y otros dos juveniles, que no paraban de lanzar miradas ansiosas por la sala, todos evitaron volverse hacia donde estaba sentado Easter con la cabeza gacha y las manos entre las rodillas.

—Venga, chavales —siguió diciendo Yates—. Ya sé que no queda nada, pero tampoco es tan difícil. Sólo necesitamos un local, unas cuantas pibas y

unos tragos de Jäger.

Jones se levantó.

—Yo me encargo.

Se oyeron algunos aplausos y vítores.

—Lo primero es la pasta —dijo Jones—. Hay que hacer un fondo común ya mismo. ¿Quién se ocupa?

Unos pocos levantaron la mano.

—Sabía que podía contar contigo, Stevie. Tienes que hacer una lista e ir recolectando el dinero. Si alguno de estos maricones te da problemas, me lo dices a mí, ¿vale? Hecho.

El tema de la fiesta pronto dominó la mayoría de las conversaciones. Lo más sensato, según se decidió —o, mejor dicho, según decidió Jones—, era hacerla lejos de la ciudad. Como el día de Año Nuevo jugaban contra el Oxford, podían celebrarla allí después del partido. Jones —que había jugado un tiempo en dicho equipo— llamó a un conocido suyo y alquiló un local para la noche. Los extras los negoció aparte y por otros medios.

Tom trató de participar en todas las bromas. Se reía de cada nueva pulla que le dirigían al entrenador y llegó a hacer un chiste bastante malo un día, mientras bebían en la sobremesa, pero, al parecer, nadie lo escuchó. Sin embargo, no podía parar de pensar en la fiesta. Después de asistir a la de su antiguo club y de ver cómo acabó vomitando y sollozando en la calle el becario al que arrastraron hasta el escenario, le daba pánico llamar la atención y convertirse en el blanco de sus novatadas. Convivir con los escoceses no lo ayudó mucho. Apenas hablaban de otra cosa. Steven se había convertido en el encargado de reunir el bote y guardaba el dinero dentro de una vieja jarra de cerveza del señor Davey en la encimera de la cocina. La señora Davey intentó prohibirles que hablaran de la fiesta durante las cenas, pero estaban tan obsesionados que al final tuvo que ceder.

Con la excusa de conseguir unos programas para la familia, Tom se acercó un día al estadio. Después de echar un furtivo vistazo al tablón de anuncios de las oficinas, se enteró de que el personal del club iba a celebrar su propia fiesta de Navidad en un pub del centro.

En las casi dos semanas que habían pasado desde el episodio del

aparcamiento, Liam no había vuelto a intentar hablar con él a solas. Tom se había asegurado de evitar cualquier situación que pudiese darle pie a hacerlo: no pisaba el aparcamiento ni la cantina salvo en las horas de mayor trasiego; dejó de entrenarse solo y trató de pasar el menor tiempo posible en la cocina de los Davey. Una tarde, sin embargo, mientras estaba en su habitación, se sobresaltó al oír la voz de Liam en el piso de abajo. Se acercó a la puerta para escuchar. Estaba hablando con la señora Davey, aunque era difícil entender lo que decían. Se acercó sigilosamente a la escalera, comprobó que Bobby y Steven no estaban en su habitación y se apoyó en la pared del baño, junto al rellano.

—... a la ciudad. No muy tarde.

—¿Cómo le va a Mark?

—Ya lo conoces. No va a cambiar nunca.

—¿Y qué tal Leah? ¿La ves mucho?

—De vez en cuando. Cuando la dejan. Dice que esta noche sale.

De pronto se quedaron callados, y a Tom le dio la impresión de que estaban desplazándose a otra parte de la casa. Se apartó del rellano.

—¿Tom? —dijo el señor Davey mientras subía por la escalera—. ¿Va todo bien?

Tom dio un respingo. Miró las habitaciones de Bobby y Steven y luego el reloj.

—Sólo iba a ver si Steven y Bobby habían vuelto. Quería preguntarles si tienen una revista.

—Ah, vale.

Al pasar a su lado camino del baño, el señor Davey le lanzó lo que Tom interpretó como una mirada suspicaz. Llamó a la puerta de los dos dormitorios y después regresó al suyo. Se tendió en el suelo con los ojos cerrados y trató de recuperar la compostura.

Los Davey le resultaban cada vez más exasperantes. Bastaba con cualquier tontería —verlos en el sofá sonriendo, intercambiando algún chisme con los dos escoceses durante la cena— para que él se quedara callado y se marchara arriba a la primera oportunidad que se le presentaba. Ellos se dieron cuenta de la cantidad de tiempo que pasaba en su cuarto. De

los silencios. Una mañana de invierno en la que una niebla heladora lamía las ventanas de la cocina, la señora Davey le preparó una encerrona. Mientras él esperaba a que se hicieran las tostadas, ella se sentó a la mesa y empezó a ojear el correo.

—¿Por qué no te sientas conmigo a desayunar? —le dijo cuando Tom se daba ya la vuelta con el plato en la mano para salir.

Se comió la primera rebanada rápidamente, consciente de que no paraba de mirarlo.

—¿Cómo te va, Tom?

Esperó a terminar de masticar.

—No me quejo.

—Hemos tenido ya a suficientes chavales aquí para saber lo difícil que puede llegar a ser todo esto. Mírame, Tom. Mírame un segundo, por favor.

La obedeció y, al ver la cara de la señora Davey —suave y llena de arrugas bajo la luz de la cocina—, se puso furioso de repente.

—Sabes que puedes hablar con nosotros cuando quieras, ¿verdad? Créeme, lo hemos visto antes. Da igual que tengas diecinueve o veintinueve años. Nadie lo pasa bien cuando no cuentan con él en el equipo o cuando se lesiona. Pero eso no significa que hayas fracasado.

—Yo no creo que haya fracasado.

—Y haces bien, porque nadie lo cree. Eres un chaval con mucho talento. Tony piensa que puedes llegar a donde quieras en este deporte. Así que no te exijas demasiado, Tom. Tienes toda la vida por delante. —Extendió el brazo y le cogió la mano—. Habla con tu familia, cariño. No te lo guardes todo dentro.

Y, después de decir eso, lo soltó y se levantó de la mesa sonriendo. «Una cosa menos que hacer —pensó él con crueldad—. Ahora a planchar un rato.»

Además de la fiesta de Navidad —a la que, para alivio de Tom, ya no tendrían que ir disfrazados de alguien del equipo—, el otro gran tema de conversación era el mercado invernal de fichajes. Cada día circulaba un rumor nuevo en los foros de internet, en Twitter o en la columna de Pascoe que algún jugador —por lo general Yates— se aseguraba de sacar a colación. A pesar de que nadie hablaba de él cuando estaba presente, Easter solía tener

un papel destacado en esos rumores, al igual que Clarke. También el futuro de Tom era objeto de debate, aunque en menor medida: que si se iba cedido a otro club para que se curtiera; que si la marcha de Finch-Evans al Aldershot le permitiría entrar en el equipo titular; que si un equipo de la liga regional sur había preguntado por él.

Él leía todos esos rumores en su habitación, desencajado, y le entraban unas ganas terribles de apagar el portátil y largarse. Se esforzaba por distraerse, centrándose —como siempre había hecho— en el fútbol. Pero no servía para nada. Estaba entrenándose otra vez, pero ya casi no se acordaba de cómo era jugar. Cómo era dejarse la piel para preparar un partido. Que no importara otra cosa que saltar a un terreno de juego sabiendo cuáles eran las debilidades de los defensas, con la esperanza de poder superarlos, consciente de que sus compañeros confiaban en que pudiera hacerlo. El esfuerzo muscular necesario para enfrentarse a un reto nuevo. La liberación que se sentía al correr, al golpear el balón. Quería ser capaz de cerrar los ojos y recordar todo eso, abandonarse a ello, pero, cuando al final los cerraba, se sentía perdido, asustado, como si algo estuviera agazapado en la oscuridad, esperándolo.

Cuando sus padres lo llamaron la mañana del día de Navidad, él ya estaba despierto. Los Davey habían programado la calefacción para que empezase a funcionar muy temprano y en su habitación hacía demasiado calor. Estaba de pie junto a la ventana, en calzoncillos, con la cabeza apoyada en el cristal, mirando la ciudad cubierta de hielo, salpicada por aquí y por allá de ventanas decoradas con luces navideñas, papanoeles llenos de escarcha y renos que chisporroteaban entre la niebla.

—¿Comerás con los Davey, entonces?

—Después del entrenamiento. Mañana temprano nos vamos a Torquay.

—¿No podrás celebrarlo un poco?

—No.

—Pero sí que te tomarás una copa mañana por la noche después del partido, ¿no?

—Pues no lo sé, papá. No creo que tengamos mucho que celebrar. Seguro que perdemos.

—Eh, para. Es Navidad.

De fondo se oían algunas voces, risas.

—Tu madre ya está un poco achispada.

Tom oyó a lo lejos las protestas de su madre. Se puso al teléfono y le deseó felices fiestas mientras sonreía como una tonta por algo que estaba haciendo su padre. Le dijo que lo pasara bien y le devolvió el teléfono a su marido.

—Anda, espera —dijo éste—. Por fin se ha levantado tu hermana. Espera, que quiere hablar contigo. Creo que todavía le dura la borrachera de anoche. Te la paso. Feliz Navidad, colega. La cabeza bien alta, ¿vale?

Mientras se pasaban el teléfono se oyeron unos crujidos.

—Hola, Tom. Diles que paren, por favor.

Tom sonrió y movió la cabeza sobre el cristal.

—Feliz Navidad, Rach. Volviste tarde anoche, ¿no?

—Fue terrible. El centro era un caos. ¿Cómo estás? Feliz Navidad. ¿Te han dado el día libre hoy?

—Qué va, tenemos entrenamiento dentro de una hora. Y mañana nos vamos para Torquay.

—O sea, que te quedas sin pudin de Navidad —dijo, y a continuación hizo una pausa—. Por Dios santo, esto es una locura. Mamá está como una cuba —añadió riéndose, con la boca lejos del teléfono—. ¿Estás bien?

En la calle, Tom vio a dos ancianos que habían salido a pasear a sus perros y se daban la mano.

—¿Tom? ¿Sigues ahí?

—Perdona, creía que se lo decías a mamá. Estoy bien, sí. Pero ya sabes, las Navidades son una mierda si te dedicas al fútbol.

Se quedó callada un instante, probablemente pensando en qué decir.

—Ya me imagino. Pero no te vengas abajo, ¿eh? Oye, Tom, tengo que dejarte. Feliz Navidad. Espero que juegues mañana. Me pone muy triste que no estés aquí.

Se quedó junto a la ventana un rato. Al darse cuenta de que sus cactus estaban empezando a ponerse mustios, los apartó un poco del cristal y, después de ponerse los pantalones del chándal, se quedó esperando en lo alto

de la escalera con la elegante regadera de cobre que le había regalado su hermana el año pasado, hasta que estuvo seguro de que no había nadie en el baño de abajo.

La señora Davey les había preparado unos bocadillos de frankfurt y un mimosa a cada uno. En la encimera podían verse unos montones ordenados de verduras troceadas a la perfección y una serie de cuencos. Y en una inmensa bandeja, encima del horno, un pavo. Tom se quedó mirando todos esos preparativos para la comida mientras se bebía su mimosa, repasaba una vez más los planes del día y los escoceses trataban de sacarle a la señora Davey una segunda copa.

Para que los jugadores pudieran pasar más tiempo con sus familias esa tarde, el entrenamiento se había adelantado una hora. El asistente de Clarke apareció con una caja llena de sombreros de Papá Noel. Los jugadores se los pusieron para disputar un partidillo de fútbol siete, pero se les caían cada dos por tres y terminaron deshaciéndose de ellos. Sólo estaban los veteranos. No había becarios ni miembros del personal. Lesley había preparado unas bandejas parecidas a las que se sirven en los aviones para los que no se iban corriendo después del entreno. Como ese grupo —compuesto en su mayoría por jugadores que tenían a sus mujeres y novias en otras partes del país— no superaba la media docena, la cafetería estaba excepcionalmente silenciosa. Se produjo un pequeño incidente con el microondas: Richards y Hoyle se habían adelantado para calentar la comida y, cuando llegaron los otros cuatro, se encontraron con una hilera de bandejas chamuscadas, trozos de carne con pegotes marrones de salsa, unos montoncitos de verduras secas y humeantes y restos de salsa de arándano pegados al plástico arrugado. Tom se unió al cachondeo de los demás, pero no se preocupó por la comida ni le hizo el más mínimo caso. Después, el grupo tenía previsto reunirse en la casa que compartían tres de ellos para jugar a los dardos y al ordenador. Por un instante, Tom se planteó la posibilidad de ir, pero al final les agradeció la propuesta y les dijo que iba a comer con sus caseros.

—Después del circo que hemos montado —le dijo Richards—, lo entiendo perfectamente.

Condujo hacia la costa por una carretera desierta. Como todas las tiendas

y las cafeterías estaban cerradas —un contratiempo que no había previsto—, no pudo comprar nada de comida o bebida. Aun así, aquello le resultaba agradable: las calles vacías, el mar sin un solo barco. La semana anterior, les había dicho a los Davey que pasaría el día de Navidad en casa de Richards. Tom se dio cuenta de que estaban decepcionados, pero fue evidente que se sentían al mismo tiempo satisfechos —casi como si de verdad fueran sus padres— de que por fin empezara a llevarse bien con otros jugadores de su edad. A él, engañarlos de esa manera le produjo una culpa que, sin embargo, logró acallar mientras caminaba por la playa y pensaba en lo ridícula que era la alternativa. Siguió avanzando por la orilla, atravesando amplias superficies de roca, acantilados y bancos de arena azotados por un viento racheado, hasta que se hizo demasiado de noche para caminar con seguridad y tuvo que dar media vuelta.

Se quedó sentado dentro del coche en el aparcamiento desierto. Por su cabeza empezaron a pasar una serie de imágenes siniestras e incontrolables: el cuerpo enorme y deformado de Liam apretado contra uno de los chavales escoceses; una nota obscena que le había dejado en su dormitorio para cuando volviera... Pero, cuando por fin regresó a casa poco después de las nueve —la cocina impoluta, Bobby y Steven en su habitación, los Davey dormitando en el sofá con el televisor encendido y un juego de mesa sobre la alfombra—, no había nota ni señal alguna de Liam, ya no sólo en su dormitorio, sino en ningún otro lugar de la casa.

El día después de la derrota frente al Torquay, Tom estaba sentado en el suelo de su habitación envolviendo unos regalos para su familia cuando de repente se puso a nevar, con suavidad al principio. Levantó la vista para mirar esos copos diminutos que se convertían en agua en cuanto tocaban la ventana. Se imaginó la calidez del interior del coche durante el viaje que tenía por delante, el momento de abrir los regalos en el salón mientras su padre les llenaba las copas y el olor del pavo asado que su madre había insistido en hacer —a pesar de las quejas de su marido y de su hija, que habían comido el último hacía tan sólo dos días— que inundaba la habitación. Pero la nevada

empezó a arreciar y a caer sobre la ciudad en fuertes ráfagas. Poco antes de las diez, la señora Davey llamó a su puerta para decirle que en las noticias estaban anunciando una alerta por temporal y que desaconsejaban los viajes por carretera.

La nieve siguió cayendo de forma intermitente a lo largo del día siguiente. La mañana del 29 —cuando se jugaba el siguiente partido en casa— el cielo se despejó, pero las temperaturas bajo cero impidieron que la nieve se derritiese. En el campo se habían formado estalactitas de hielo en el techo de las tribunas, en los asientos de las gradas laterales se había acumulado una capa de nieve espesa y otro manto uniforme y compacto resplandecía sobre el terreno de juego. Esa misma mañana, el club lanzó un mensaje pidiendo voluntarios para retirar la nieve del campo. Habría entradas gratis para quienes colaborasen. A las nueve en punto unas treinta o cuarenta personas, muchas de ellas armadas con sus propias palas, bajaron al terreno de juego —padres e hijos, trabajadores del club, becarios, grupos de adolescentes, ancianos renqueantes y risueños, parejas—, todos bajo la dirección desenfadada de dos jardineros. Cavaban en grupos y después trasladaban la nieve en una carretilla hasta las vallas publicitarias. El árbitro —que había salido de casa esa mañana a las cuatro y media por si se encontraba algún problema en la carretera— los observaba y esperaba enfundado en su abrigo, preparándose para inspeccionar el césped a las once en punto. Cada vez que lograban dejar a la vista una franja de hierba se oía una ovación. Después de una hora de limpieza, aparecieron el presidente y la secretaria del club con unos termos de té y unas bandejas enormes llenas de sándwiches de beicon, lo cual produjo todavía más aplausos. Después de terminar su segundo desayuno, Steven siguió a Bobby al terreno de juego y le tiró una bola de nieve al cuello. Bobby se volvió para responderle y los otros becarios aprovecharon ese momento para unirse a ellos. Mientras los demás voluntarios observaban la cada vez más violenta pelea de bolas, Liam se acercó a los chavales. En cuanto lo tuvieron al lado, se detuvieron y bajaron la cabeza abochornados.

—¿Os parece que eso le viene bien al césped, chicos?

—Lo siento —dijo Steven.

Liam señaló a Bobby.

—Tú, mira esto.

Bobby se acercó despacio hasta el lugar en el que Liam se había arrodillado para escarbar un poco en la nieve, pero no se dio cuenta de que le habían tendido una trampa hasta que lo vio levantarse con una sonrisa en la cara, amasando un trozo de nieve en sus manos enguantadas. Se incorporó y salió corriendo. Liam lo persiguió, lo cogió del brazo y le tiró la bola de nieve.

—Oye —dijo Bobby por encima del hombro, sonriendo—, que tengo que irme a hacer los ejercicios de rehabilitación para el tobillo.

Y después, cuando Liam le hizo un placaje y lo tiró sobre uno de los montones de nieve que había a un lado del campo, pegó un grito.

A las once menos cinco, amplias zonas del campo —el círculo central, los córneres y las dos áreas pequeñas— habían quedado ya despejadas. Visto desde arriba, con todas esas figuras cavando en torno a las franjas oscuras, el terreno de juego parecía un yacimiento arqueológico. El árbitro salió al campo. Se había puesto las zapatillas reglamentarias y, para regocijo de la ilusionada audiencia que se había congregado, los pantalones cortos. Recorrió despacio las zonas del césped que habían quedado despejadas, deteniéndose aquí y allá para introducir un dedo en el terreno o, de repente, dar una serie de pisotones con el mismo gesto serio y concentrado de un animal que está buscando un lugar para hacer su madriguera.

La decisión fue anunciada a mediodía: el partido quedaba suspendido. Aunque era posible que, si seguían al mismo ritmo, terminaran de retirar toda la nieve, resultaba peligroso jugar en una superficie tan dura. Los voluntarios se marcharon un tanto desmoralizados, aunque —después de discutir un poco con el presidente por el tema de las entradas gratis— razonablemente contentos, y se alejaron del estadio con las palas a la espalda, envueltos en las nubes de vaho que producían con sus conversaciones.

Los Davey celebraron una pequeña fiesta en Nochevieja con los Whittell y los Beeney, dos parejas de amigos, y con sus huéspedes, que tuvieron que abstenerse de beber por el partido del día siguiente. Tom pasó la mayor parte de la noche pegado a Bobby y Steven, y estuvo un rato con ellos en la habitación del primero jugando a la Xbox. Cuando volvieron a bajar, Ray Beeney lo cogió por banda en la mesa de la cocina. Estaba convencido de que Tom tenía talento, le dijo. Verdadero talento. No había jugado mucho esa temporada, pero en su opinión no lo habían tratado como merecía.

—Pronto tendrás tu oportunidad, hijo. Pronto. Muy pronto la tendrás. — Lo repitió unas cuantas veces más, se levantó tambaleándose y al salir de la cocina tiró un cuenco lleno de langostinos rebozados.

Tom aguantó el largo trecho que quedaba hasta la medianoche, sintiéndose tan fuera de lugar como un niño. Poco después del brindis, los gritos y el breve pero escandaloso *Auld Lang Syne* entonado por Bobby y Steven, vio que la señora Davey le enseñaba la pantalla del móvil a su marido y la giraba después para que Ray Beeney pudiera verla también.

—Está en el centro con Mark, Shona y el resto. Dice que feliz Año Nuevo para todos.

—Es un buen chico —terció Ray Beeney—. Dile que feliz Año Nuevo para él también.

A los pocos minutos, Tom subió a su habitación sin que nadie se diera cuenta. Se tiró en la cama y hundió la cabeza en la almohada. Cuando la volvió a levantar, casi no le quedaba ya aire en los pulmones. Esperó un momento antes de incorporarse y coger la revista que tenía guardada en el fondo del armario. Cuando se volvió a sentar, aún respiraba con dificultad. Mark, Shona. Aquellos nombres —casi tan desconocidos y chocantes como los rostros concentrados y las lenguas húmedas y juguetonas de las chicas de la revista— lo tenían fascinado.

Clarke prohibió cualquier alusión a la fiesta hasta el pitido final del partido contra el Oxford, pero su cercanía cargó la atmósfera del vestuario y afectó a la manera en que prepararon el encuentro: desde el aumento en el número de

suplentes que pidieron un masaje al fisio hasta la inusual velocidad con la que se consumieron las pastillas de cafeína que circulaban por los bancos.

El terreno de juego estaba en mal estado y el árbitro se comportó de manera errática. El Oxford marcó tres goles tardíos, ganó por 4 a 1 y los condenó a ser el farolillo rojo de la primera vuelta. Pero, a pesar de la derrota, la emoción no decayó. Después de un periodo inicial de silencio durante el cual se pudieron oír los gritos del equipo rival filtrándose a través de la pared, pronto recuperaron el espíritu festivo gracias al entusiasmo y las bromas. Hicieron cola delante de los espejos y se quedaron observando los movimientos hábiles que hacían los demás con los peines, las manos y los secadores. Cuando Clarke se fue —para no volver en toda la noche—, Jones sacó una botella de champán y Yates les dedicó una compleja coreografía encima de uno de los bancos. Tom lo miró y se rio con los demás mientras bebía de la botella a grandes tragos.

De vuelta en el hotel, Easter se pasó un buen rato en el cuarto de baño y Tom aprovechó para beber unos sorbos de la botella de vodka que llevaba escondida en la bolsa, pero, en cuanto la puerta del lavabo empezó a abrirse, volvió a guardarla rápidamente. Cuando también él terminó en el baño, Easter estaba sentado en la cama, mirando el teléfono, ojeando unas fotos que, según pudo ver Tom al pasar a su lado, eran de su mujer y su hijo. Se sentó enfrente de él, se puso los zapatos y se ató los cordones.

—¿Con ganas de fiesta? —le preguntó Easter sin levantar la mirada del aparato.

—La verdad es que sí.

Easter empezó a balancearse muy despacio al borde de la cama.

—Debe de ser fácil para ti, ¿no?

Tom no entendió lo que quería decir ni le pidió que se lo aclararse.

—Juego limpio. Juego limpio. Me acuerdo de eso —añadió.

Cogió la chaqueta que tenía detrás y se la puso. La parte superior del pecho, justo por encima del cuello de la camiseta, le brillaba. Miró a Tom.

—¿Sabes que podría haber jugado en los Spurs? Me ofrecieron un puesto en la academia.

—Sí, lo había oído en algún lado. ¿Y por qué no aceptaste?

Easter se encogió de hombros y empezó a balancearse de nuevo.

—Pues no lo sé, la verdad. Todo parecía estar muy claro en aquel entonces. Sabía lo que quería y sabía en lo que quería convertirme.

Cuando volvió a mirar el teléfono, Tom se fijó en sus ojos y le dio la impresión de que estaba borracho. De pronto empezó a sonar música en la habitación de al lado: la de Richards y Hoyle.

—Ten —dijo Easter. Luego tiró el teléfono sobre la cama, se arrastró por ella hasta el otro extremo para coger algo del suelo y le mostró la botella casi vacía de champán—. ¿Quieres un poco?

—No, gracias —contestó Tom, que se agachó a su vez para coger la botella de vodka.

La levantó y la chocó con la de Easter.

—Salud.

Jones se colocó junto a la puerta del primero de los dos microbuses que los iban a llevar al restaurante italiano que habían reservado, para animar a cada uno de los jugadores que se subían con un comentario o un pellizco en el culo, y luego hizo lo mismo en la del segundo. Cuando llegaron, Tom se quedó esperando al final del grupo que se apelotonó en la entrada —de espaldas a una estantería llena de botellas de vino polvorientas—, para evitar tener que sentarse en mitad de la mesa o con alguien al que no le apeteciera tenerlo al lado. La animación fue en aumento durante la cena. Las cubiteras no dejaron de circular en ningún momento y los camareros tenían orden de suministrarles un flujo constante de botellas durante toda la velada. Tom —que estaba sentado en un extremo con Bobby, Steven y otros jugadores novatos— sintió que algo lo golpeaba en la mejilla. Vio con horror que al otro extremo de la mesa un grupito estaba sonriéndole. Le habían tirado una aceituna. Su reacción automática fue devolverles la sonrisa. Le lanzaron otra, pero pasó rozándole por un lado y no le dio. Y después otra, que se fue también por el mismo lado. Sin embargo, cuando vio que alcanzaban a Bobby en la frente, Tom comprendió con una alegría irrefrenable que él no era su objetivo.

—Venga, chavales —les suplicó Price a sus espaldas, despeinando a los novatos mientras rodeaba la mesa—, que no decaiga la fiesta.

El portero los saludó a la entrada de la discoteca. Bajaron la escalera en fila india detrás de él y luego lo siguieron a través de un pasillo con paso prudente y gesto de concentración, como cuando bajaban por el túnel de vestuarios. El corredor terminaba en una sala enorme y oscura, completamente vacía salvo por tres camareros situados detrás de las neveras repletas del bar y —al lado de una pista desierta— un DJ frente a una mesa de mezclas, moviendo la cabeza al ritmo de la música que salía de sus cascos. Había una serie de cubiteras con botellas de champán apoyadas en la barra y un fuerte olor a lejía. Desde el piso de arriba llegaban las vibraciones de la música que sonaba en la sala principal del club. Los jugadores estaban todavía dando vueltas por la parte de abajo cuando el DJ se puso a manipular la mesa de mezclas y una música estruendosa salió por los altavoces de la pared.

Como no había nadie más, los jugadores formaron con rapidez sus grupitos habituales. Tom se quedó con los más jóvenes y, mientras dejaba que las burbujas del champán le hicieran cosquillas en la boca, se fijó en la cortina de color negro desvaído que había al fondo de la pista y en el pequeño conjunto de mesas redondas que tenía delante, con las sillas alineadas a un lado para que estuvieran de cara a la pista.

De repente, la expresión de Steven cambió por completo. Los demás se volvieron para ver qué estaba mirando. Un grupo de chicas jóvenes estaba entrando en la sala. Jones y poco después Yates cruzaron la pista para saludarlas. Tom sintió que el momento de la verdad se acercaba. Se fue al baño y, en cuanto entró, pensó en encerrarse en uno de los cubículos sin que nadie se diera cuenta hasta que todo acabara. Cuando regresó a la sala, vio que el grupo se había trasladado hasta una zona muy concurrida próxima a la barra. Entre ellos se encontraba una chica morena con melena corta y raya al medio. Cuando Tom se incorporó al corrillo, estaba hablando con Steven.

—¿Quién es el capitán?

Steven guardó silencio un instante.

—Depende.

Pensando que se estaba quedando con ella, la chica sonrió con socarronería.

—¿De qué depende?

—Pues de a qué te refieras. Se suponía que era ése —dijo, señalando un lugar al fondo de la barra en el que Easter tenía acorralada a una muchacha. Y después se dio la vuelta hacia un punto situado detrás de Tom—. Pero últimamente es ese tío de ahí.

Todos se volvieron para mirar a Jones.

—Él es el capitán —añadió.

—No parece que estéis muy bien organizados.

—Es un desastre, sí.

Todos se echaron a reír, incluida la chica. Algunos de los que estaban alrededor se volvieron para mirar y, por la expresión de orgullo y asombro que tenía dibujada en el rostro, se dieron cuenta al instante de que el chiste lo había hecho Tom. Otra chica se acercó para unirse a ellos. Cogió una botella de champán por el cuello, les llenó el vaso a todos y se colocó junto a la otra chica y los dos escoceses para integrarse en la conversación. Tom estaba borracho. Le dolía la parte frontal de la cabeza, como si le pesaran los ojos. No entendía quiénes eran esas mujeres; no sabía si las habían convencido para que bajaran de la planta de arriba o si las habían invitado, o pagado, para que vinieran.

A su alrededor se desató un murmullo de expectación. Una chica delgada de piel muy pálida estaba en el centro de la pista. Llevaba un vestido verde ajustado y las manos a la espalda. Una voluta de polvo de la cortina, que no paraba de moverse, quedó atrapada en el haz de luz del foco. Tom intentó recordar si era alguna de las chicas que habían estado antes en la barra y ahora se acercaban con los demás a las mesas situadas frente al escenario, pero daba la sensación de que acababa de llegar y de que era más joven que las demás.

Tom se sentó en un extremo de la fila. Echó un vistazo para ver si localizaba a Easter, pero no lo encontró y se volvió para mirar el escenario.

Desde su sitio, podía ver cómo la chica forcejeaba con la cremallera del vestido y cómo seguía después el contorno de su columna para bajarla. Se acercó a uno de los extremos del escenario, luego al otro y regresó al centro. Tenía la cara roja, pero carecía de expresión. Dejó que el vestido se le cayera al suelo. Se oyeron algunos gritos y unas cuantas personas golpearon con los puños las resistentes mesitas. La chica se quitó el sujetador y se echó sobre las tablas del escenario bocabajo, como si fuera a hacer unas flexiones. Se le tensó el cuello a medida que iba levantando la cara, el pecho, las palmas y la tripa, con los muslos todavía pegados a la madera sucia de color negro.

Una bandeja empezó a circular por la fila. Tom veía cómo se reflejaban en ella las luces del escenario cada vez que cambiaba de manos. En un primer momento supuso que estaría llena de chupitos, pero cuando la tuvo más cerca vio que lo que había encima era dinero, un montón de billetes.

—En bandeja de plata —oyó que decía alguien unos asientos más atrás—. Tráela para acá.

Cuando por fin llegó a él y levantó la carta de cócteles, de plástico negro y letras doradas, con la que estaban sujetos los billetes, contó unas cien libras. Sacó la cartera, un tanto confundido porque pensaba que todo estaba ya pagado, y añadió veinte libras al montón. Otra de las chicas —más bajita, con una melena teñida de rojo y algo mayor— se subió al escenario. Se puso a bailar y a quitarse la ropa mientras se contoneaba al lado de la chica delgada y pálida. Un entusiasmo desbordante recorrió la fila. La chica más joven le cedió el sitio a la otra. Tom se fijó en lo sucias que tenía las plantas de los pies mientras se alejaba. Su cuerpo parecía estar desconectándose de la realidad, como si una complicidad patética lo debilitara. Hoyle le dio un golpecito en el hombro para que mirase a un lado y viese cómo arrastraban a Bobby y a Steven al escenario. Alguien le tocó la espalda. Sus manos se aferraron al asiento.

—Vaya pasada —dijo Price por detrás de él mientras se movía a lo largo de la fila—. Qué puta pasada.

Yates saltó al escenario para emparejar a cada chaval con una muchacha. Siguiendo el ritmo que les marcaban sus parejas, empezaron a bailar, con los pies pegados al suelo y dando fuertes manotazos a causa de su nerviosismo

incontrolable. Los circunstantes —encantados con el espectáculo de esas dos caras descompuestas sobre el escenario— se pusieron de pie para dar palmas al unísono. Tom, por fin calmado y exultante, los acompañó. Se unió espontáneamente a las carcajadas que estaba causando Steven —situado en la parte del escenario que Tom tenía enfrente con la chica más joven— entre quienes lo rodeaban. El chaval no sabía qué hacer con los brazos: los tenía pegados a ambos lados del cuerpo un instante y al siguiente empezaba a agitarlos en el aire para tratar de imitar los movimientos que veía hacer a Bobby.

Las chicas se colocaron delante de ellos y comenzaron a desabrocharles la camisa. Los chicos intercambiaron una mirada seria por encima de las cabezas de las muchachas: estaban decididos, juntos. Se produjo una ovación estruendosa cuando les quitaron la camisa y quedó a la vista la blancura inmaculada de sus pieles, la potente musculatura que se había desarrollado sobre la estructura infantil de sus cuerpos. De pronto dejaron de bailar. Estaban desabrochándoles los pantalones, bajándoselos. Ellos levantaron al mismo tiempo las piernas —primero una, luego otra— para dejar libres los pies, como si fueran dos hermanos a los que estuvieran desvistiendo para darles un baño.

Después les bajaron un poco los calzoncillos, que parecían ser de la misma tienda o incluso del mismo paquete. Tom miró para otro lado. Las caras de la fila —en la que estaban intercalados los rostros de las muchachas del bar y el semblante demudado de algún que otro jugador— se quedaron paralizadas, desencajadas por el deseo incontenible de que aquello sucediera, de que nada se detuviera.

Dos penes. Sólo uno estaba en erección. Sonriendo como un poseso, y probablemente también llorando, Steven levantaba los brazos por encima de la cabeza en respuesta a los gritos de ánimo y burla que le dirigían desde el público. Tom sintió náuseas y se llevó una mano a la boca. Se obligó a apartar de nuevo la vista. Encima del escenario había unos montones de ropa desperdigados. Empezó a oírse un cántico: «¡Bo-byyy, Bo-byyy, Bo-byyy!», que retumbó en el pecho de Tom.

La chica más joven se puso de pie, avergonzada, y empezó a bailar a una

distancia prudencial de Steven. La otra, sin embargo, se quedó de rodillas encima del escenario, inclinada sobre Bobby. La etiqueta de la ropa interior se le había salido y le estaba irritando una generosa porción de carne en la base de la columna, que se bamboleaba con el mismo ritmo mortecino y lento que seguía su cuello. Salvo por el leve temblor de la pierna izquierda de Bobby —apenas visible junto a la oreja de la chica—, ninguna otra parte de aquellos dos cuerpos se movía.

Nadie pareció darse cuenta de que Tom se había levantado. Los porteros no le dijeron nada cuando llegó al piso de arriba, pasó a su lado y salió a la calle. Primero se echó a andar y luego a correr. Estuvo así un buen rato, con el sudor goteándole por la nariz, hasta que recuperó la suficiente compostura para acuclillarse en la acera junto a un muro, a cierta distancia del bullicioso grupo de gente que esperaba en la puerta de un establecimiento de comida para llevar. Sabía que no podía volver al hotel. Mientras se secaba la cara, se dio cuenta de que se había dejado la chaqueta en el local. Se puso de pie y paró un taxi. En cuanto se sentó y cerró la puerta, empezó a sentir un aturdimiento que sólo después, durante el viaje, largo y confuso, mientras percibía apenas el ruido de fondo de la radio y las miradas suspicaces del conductor, y el precio de la carrera subía de forma imparable —doscientas, trescientas, cuatrocientas libras—, fue convirtiéndose en vergüenza.

El taxista aparcó para acompañarlo al cajero. Se quedó al lado, observando cómo sacaba un montón de billetes con la tarjeta de débito y luego otro con la de crédito.

—¿Estás seguro de que sabes dónde estás? —le preguntó cuando cogió el dinero.

Pero Tom no le prestó la menor atención y se alejó. Avanzó por calles vacías, dejando atrás los escaparates sin iluminar de las tiendas. La débil luz que salía de una ventana le permitió distinguir los últimos rescoldos de una fiesta. Le dolía la cabeza. En alguna parte de su interior bullía un deseo ciego de hacerse daño. Se imaginó tirándose sobre un coche en marcha: el tobillo partido bajo una de las ruedas y la pelvis destrozada. Pero no había ni coches ni gente; no había nada.

Entró con sigilo en casa de los Davey. Estaba en completo silencio. Se

sentó a la mesa de la cocina y se quedó escuchando cualquier ruido que pudiera producirse en el piso de arriba. Después de unos cuantos minutos, se levantó de repente y empezó a rebuscar entre las cartas que había encima de la mesa y, después, desesperado y con la respiración entrecortada, en uno de los cajones de la encimera.

Salió de la casa tan silenciosamente como había entrado. Con un trozo de papel en una mano, cogió las llaves y el teléfono y se metió en el coche.

Cuando entró en el callejón, había algo de luz, pero aún no era de día. Se movía de forma automática, inconsciente: bajó del vehículo, descendió por la acera, atravesó la cancela y entró en un jardín oscuro. Vio que había un timbre y llamó. Después de una larga espera, la puerta se abrió.

—¿Tom? ¿Te encuentras bien?

Tom se quedó en el umbral. Estaba perplejo, apenas podía entender lo que estaba sucediendo.

—¿Les ha pasado algo a mis padres? —Liam llevaba puesto un batín de color azul. Miraba a Tom con cara de preocupación—. Por el amor de Dios, estás como una cuba, ¿verdad?

Por un segundo, Tom pensó que iba a cogerlo de la mano, pero en lugar de eso extendió un brazo para alcanzar el picaporte y lo hizo pasar. Tom lo siguió hasta el salón.

—A ver, ¿qué está ocurriendo? —Miró hacia la escalera y después otra vez a Tom—. ¿Tienes idea de la hora que es?

Tom se acercó a él dando tumbos.

—Ven aquí, maricón. Ven.

Lo agarró por el cuello y trató de acercárselo, pero Liam se lo quitó de encima sin dificultad. A Tom se le acabaron las fuerzas. Se tambaleó y Liam lo atrapó, lo levantó en el aire.

—Dios santo, Tom, no seas gilipollas —dijo Liam en voz baja, lanzando otra mirada hacia la escalera—. Estás haciendo el ridículo.

Liam tenía la mejilla apoyada en la cabeza de Tom. Su nuez se le clavaba en la sien.

—Vas ciego, colega. —Le pegó las manos al tronco para que no pudiera moverse. El olor que despedía era insoportable—. Vas completamente ciego.

Eso es lo que te pasa.

Cuando Tom se despertó —dolorido y tembloroso— en el sofá con una manta sobre las piernas, una luz tenue inundaba aquella estancia desprovista de cortinas. Olía fuerte a vómito. Se dio la vuelta y examinó el cojín sobre el que tenía apoyada la cabeza, su ropa y el sofá pequeño de plástico despellejado, pero no encontró ningún resto. Cuando intentó incorporarse, una oleada de náuseas se lo impidió.

Pasó un buen rato —durante el cual no quitó el ojo de la escalera— antes de que fuera capaz de levantarse del sofá. Se acercó a la pequeña cocina americana que había a un lado de la habitación y se sirvió un vaso de agua. En el fregadero estaban apilados tres platos sucios. Sobre la encimera había algunas sartenes, un colador y varias bolsas de la compra. En un marco situado encima de la nevera podía verse el plano general tomado en contrapicado de un campo de fútbol que, por las vallas publicitarias, Tom reconoció como el del Town. Se bebió el vaso agua con calma, atento a cualquier ruido que viniera de arriba. Se metió las manos en los bolsillos para comprobar que llevaba las llaves, se dirigió a la puerta y, después de unos instantes de pánico forcejeando con el cerrojo, se marchó.

10

Cuando expiró su contrato, dejaron marchar a Gale. Un par de chavales que acababan de empezar su carrera profesional se fueron cedidos tres meses a la tercera división escocesa. Minutos antes de que alguien forzara la cerradura del archivo que Clarke tenía en el despacho, Charlie Lewis llegó a un «acuerdo amistoso» para salir del club y tres días más tarde fichó por el Hendon.

No hubo comunicado alguno al respecto de esas salidas. Los cuatro jugadores fueron a entrenar un día y al siguiente ya no volvieron. El primero en enterarse de la marcha de Gale fue Richards: una mañana, mientras desayunaban en la sala de jugadores, lo vio en los rótulos que se deslizaban por una esquina de la pantalla durante las noticias deportivas de Sky. A lo largo de los días siguientes, entre los jugadores se instaló un clima de nerviosismo a la hora del desayuno. Se volvían cada vez que alguien entraba en la habitación y luego seguían mirando cómo pasaba una y otra vez aquella línea resplandeciente de texto por encima de sus cabezas.

Dieron por hecho que pronto llegarían refuerzos. El presidente declaró a la prensa que se producirían tres o cuatro incorporaciones antes de que se cerrara el mercado de invierno. Los que siguieron en el equipo aguardaban con expectación su llegada y, cada día que pasaba sin que ocurriera nada, el nerviosismo aumentaba. La moral mejoró, aunque sólo de manera ocasional. Un inesperado empate contra el Swindon. Recuerdos de la fiesta, que a menudo consistían en imitaciones trilladas de Bobby y Steven bailando.

Cuando eso ocurría, los dos muchachos sonreían sin decir nada. Entre

ellos se estableció cierta distancia. Ya no estaban siempre juntos, ni siquiera en casa, que —como bien señalaron los Davey con buena intención aunque un tanto preocupados— se había vuelto un lugar milagrosamente silencioso. Bobby se había unido a un grupo de becarios con los que era habitual verlo jugando a las cartas o en el gimnasio y se convirtió en una presencia más conspicua en el club, en parte gracias a un juego que se repetía en todas las sesiones de entrenamiento, en las duchas y en los viajes de autobús —en el que cuando alguien gritaba «¡Cara de follar!» todos los demás tenían que adoptar la misma expresión desencajada—, y en parte porque Steven se mostraba cada vez más esquivo. Se cambió de sitio en el vestuario y un buen día, sin decir ni hacer nada, sacó de su casillero el bote de Viagra y la caja de gusanos muertos que alguien le había dejado allí. Cuando se subió al coche de Tom una tarde y vio la revista que tenía abierta sobre el salpicadero, la miró sin inmutarse, como si apenas hubiera llegado a captar la imagen de aquel pene venoso y húmedo que colgaba delante de la cara de un hombre antes de que Tom la cogiera y la tirase al suelo.

Pasó una semana entera sin que se produjeran ni salidas ni fichajes nuevos. Los jugadores estaban inquietos, recelosos. No le quitaban el ojo de encima a Clarke. En un partidillo de entrenamiento, Yates fingió no enterarse de que lo estaba intentando cambiar y, cuando volvió a indicárselo a gritos, el jugador salió del campo tan despacio que todo el mundo se volvió hacia Clarke, que no parecía estar dándose cuenta de nada y tenía la mirada perdida en los árboles.

Esa misma tarde, los jugadores recibieron en sus móviles un mensaje de la secretaria del club en el que se les informaba de que, tras una intensa deliberación, la junta había decidido cesar de sus funciones al entrenador.

A la mañana siguiente, el segundo de Clarke dirigió los entrenamientos como si nada hubiera pasado. Lo miraban y se miraban entre sí con un entusiasmo contenido, sin atreverse a pronunciar una sola palabra sobre el despido del entrenador por miedo a que apareciese detrás de un árbol o saliese de repente por una de las puertas acristaladas y se acercase al terreno de juego. Sin embargo, no hizo falta más que uno o dos días para que se olvidaran de él. Durante los preparativos finales para el partido en casa contra

el Crewe reinó un ambiente frío y tranquilo, sólo se oían los ruidos de las gaviotas en el cielo, el incesante traqueteo del tractor y los pequeños arcoíris que éste producía mientras barría el rocío que se había formado sobre el césped y, cada vez que se tomaban un respiro, los chismorreos incesantes sobre quién sería el nuevo entrenador. Era como si el antiguo *míster* nunca hubiera existido. Los recuerdos que quedaban de él estaban ocultos sólo en algunos ínfimos detalles: el agujero desportillado en el muro del vestuario, los imanes que todavía quedaban en la pizarra para explicar los movimientos tácticos, el montón de chándales y chubasqueros doblados con las iniciales P. C. bordadas que se encontraron una mañana al llegar encima de una silla en el vestíbulo del club.

El asistente de Clarke se hizo cargo temporalmente del equipo. Y, bien porque estaba en sintonía con las ideas de Clarke o por simple lealtad, se las arregló para no cambiar nada. Para su primer partido eligió el once titular que jugó en el último encuentro y obtuvo el mismo resultado: empate a uno. Empezaron a llamarlo *míster*. Todo comenzó como un chiste, pero muy pronto, a falta de una denominación mejor, se convirtió en rutina. El día a día continuaba, pero en el equipo se instaló una sensación profunda de incertidumbre; en torno a quién sería el nuevo responsable, en torno a si se haría cargo del equipo antes de que se cerrara el mercado de invierno, en torno a cuánto presupuesto le darían si en efecto llegaba antes. Los jugadores trasladaron todas esas inquietudes al entrenador interino.

—Vosotros seguid haciendo lo mismo que hasta ahora —les contestó—. Es todo lo que está en vuestra mano: seguir haciendo lo que estáis haciendo. —Unas palabras que, a pesar de que el equipo seguía ocupando el farolillo rojo, sonaban tranquilizadoramente convencionales—. Cambiarlo todo antes de que llegue el nuevo entrenador no va a ser bueno ni para vosotros ni para nadie.

Boyn aprovechó esas palabras para intervenir:

—O sea, que sabes quién va a venir, ¿no?

El segundo negó con la cabeza, con los ojos entornados.

—No, créeme. Seré el último en enterarme.

Pero resultó que se equivocaba. Diez minutos antes de que empezara el

partido contra el Bristol Rovers, el presidente entró sin avisar en el vestuario. Se quedó junto a la puerta mientras los jugadores se iban callando a medida que reparaban en la presencia de aquel hombre obeso y trajeado que trataba de comportarse con normalidad entre todos esos cuerpos desnudos o medio vestidos. Apretó con placer los labios, morados por la comida previa al partido en la que ya había compartido con un comedor lleno de patrocinadores y habituales del palco la noticia que estaba a punto de dar a sus jugadores.

—Chavales —dijo—, he bajado aquí por dos razones. La primera es para deseáros buena suerte. —Eché un vistazo al vestuario, al equipo de sonido destrozado que Richards acababa de apagar, a los mensajes que había en las paredes: ENTREGA, CONCENTRACIÓN, SÉ QUIEN QUIERES SER—. La segunda es porque quiero que oigáis de mis propios labios que vamos a hacer un nombramiento con el que estoy seguro de que todos estaréis de acuerdo —añadió, sonriendo otra vez—. Aidy Wilkinson os verá hoy desde las gradas y a partir de mañana por la mañana será vuestro nuevo entrenador.

Se quedó quieto, estaba claro que a la espera de que hubiera alguna reacción a sus palabras, pero, al ver que no se producía ninguna, saludó con la cabeza al entrenador interino y se marchó.

Durante la primera parte, los jugadores buscaron en las gradas algún rostro que pareciera estar observándolos con una mirada particularmente severa. La mayoría de ellos, sin embargo, no habían oído hablar de él en su vida y, por tanto, no tenían forma de identificarlo.

—Una fila por delante del presidente —les informó Fleming en el descanso—. Pelirrojo, joven. Parece un jugador. De hecho, yo jugué con él hace unos años. Es diferente, ya lo veréis. Querrá a gente de confianza a su alrededor, podéis darlo por hecho.

Wilkinson se presentó al día siguiente en el desayuno. Entró en la sala de jugadores, se quedó frente al termo del té mientras el asistente interino dudaba entre permanecer a su lado o sentarse con el equipo y Lesley se asomaba a la puerta de la cafetería para observarlo, a todas luces impresionada por su seguridad y su juventud.

—No quiero liar mucho las cosas. Steve se hará cargo de los

entrenamientos de hoy con normalidad y yo me limitaré a observar. Sin presiones. Como si fuera una jornada como otra cualquiera, ¿de acuerdo?

Se fijaron en sus labios brillantes, la mirada un tanto llorosa y siempre alerta, el jersey y la corbata, los zapatos negros resplandecientes y la carpeta de plástico grueso que llevaba bajo el brazo y, quienes lo habían buscado en Google el día anterior, trataron de acomodar esa figura a la imagen que se habían hecho de él: el antiguo defensa que jugó la mayor parte de su carrera en las ligas no profesionales, el entrenador que impuso un «estilo de toque sencillo» en el equipo al que condujo hasta la cuarta división la temporada pasada y el padre cuyo hijo, Ryan, tenía síndrome de Down.

Cuando salieron al terreno de juego, no paró ni un segundo de moverse —de pasearse por la banda, de acercarse al campo de los juveniles, de inspeccionar los aspersores— y de hablar con todo el mundo: con los técnicos del primer equipo, con el entrenador de los juveniles, con el jardinero, con el masajista. Al finalizar la sesión, intercambió unas palabras con el asistente interino y después se marchó a las oficinas, con los zapatos llenos de barro y algunas salpicaduras en el bajo de los pantalones.

Por la tarde se acercó al estadio para realizar una serie de entrevistas personales con los jugadores. Tom fue de los primeros en verse con él. Cuando llegó a su despacho, el nuevo entrenador lo estaba esperando en la puerta para recibirlo con un apretón de manos.

—Siéntate, Tom.

Sobre el escritorio descansaba una hoja de papel con una foto de Tom pequeña cogida con un clip. Era antigua: de su segundo año en la academia y sacada de la página web de su anterior club. Wilkinson la estuvo estudiando unos instantes antes de levantar la vista, tal vez tratando de reconocer algo de aquel joven sonriente y bobalicón de la fotografía en la figura pálida y recelosa que tenía al otro lado de la mesa.

—¿Cómo describirías tus primeros... qué serán, ocho meses... en el club, Tom?

—Pues no sabría decirte. He jugado bastante poco.

—¿Esperabas poder jugar más? ¿Es eso lo que te dijeron cuando firmaste el contrato? La verdad es que deberías haber tenido más partidos. Mira tu

historial: final de la Copa de la Federación juvenil, selección nacional subdieciséis, subdiecisiete y subdieciocho. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Supongo que el típico fútbol de patadón para armarios no es lo mío.

Wilkinson se echó a reír.

—Bueno, pues te diré una cosa: ya no habrá más patadones. Vamos a empezar de cero. Todo el mundo tendrá la oportunidad de demostrar lo que vale. Y, de ahora en adelante, vamos a hacer un juego de toque.

Tom desvió la mirada. A un lado del escritorio, en el suelo, estaban los zapatos embarrados del entrenador sobre un periódico y, al otro, una caja de cartón llena de carteles motivacionales.

—Muy bien. Pues eso es todo.

Los dos se levantaron. En la puerta, Wilkinson volvió a darle la mano.

—Por cierto, preferiría que no me llamarais *míster*. Me molestan un poco todas esas estupideces.

Cuando viajaron para disputar el partido del sábado contra el Northampton —que también estaba en posiciones de descenso— los jugadores habían pasado de una fase inicial de desconcierto, en la que estuvieron esperando a ver cómo llamaban los demás al entrenador, a otra en la que le decían *jefe* y, finalmente, por recomendación del propio afectado, *Wilko*. Se sentó en la parte delantera del autobús y se puso a trabajar con su iPad. El asistente estaba al otro lado del pasillo, mirando por la ventanilla. Por detrás de ellos, algunos jugaban a las cartas en silencio, otros dormían y unos cuantos escuchaban música. El masajista iba por el pasillo despertando con suavidad a los jugadores para ofrecerles paquetes de pastillas, unas azules y otras rosadas, que parecían bolsitas de golosinas para una fiesta.

Tom apoyó la cabeza en la ventanilla. En el cristal veía reflejados los cascos de Richards y también podía oír cómo retumbaba, suave pero con insistencia, la música que escuchaba. A pesar de su aislamiento progresivo, no conseguía encontrar un solo momento de soledad, no desde luego en público; al mismo tiempo, sin embargo, el regreso inevitable a su dormitorio —con todas esas horas de insomnio, a merced de la oscuridad— era algo que le producía pavor. Se recordaba llegando a casa de Liam, llamando al timbre,

entrando... A pesar de lo borracho que estaba, aún era capaz de recordar las palabras exactas que le había dicho. Cada vez que le venían a la cabeza, se quedaba horrorizado. También se acordaba de la excitación antinatural que experimentó al sentir su nuez en la sien, una excitación tal que tuvo que ponerse a pensar en otras cosas para que se le pasara cuando llegaba corriendo a la línea de fondo para lanzar un pase cruzado, o cuando su padre se sentaba en el escritorio de plástico para archivar los reportajes de los partidos.

El equipo llegó al descanso con un 1 a 0 de ventaja y el nombre del nuevo entrenador empezó a oírse entre el pequeño grupo de seguidores que estaban ateridos de frío en la grada. El gol tuvo su origen en un pase impecable de Easter, que había salido en el once titular y estaba jugando con energía y agresividad, robando balones y pasándolos rápidamente.

—Nuestro porcentaje de posesión es bueno —dijo Wilko en el vestuario—, pero quiero que adelantemos las líneas unos veinte metros. Desde ahí les haremos mucho más daño. Este partido está al alcance de nuestra mano. Mañana por la mañana sentirán nuestro aliento en la nuca. —Tenía unos labios gruesos y marrones, como dos riñones en miniatura—. Ah, otra cosa. Easter, lo que has hecho es justo lo que estoy pidiendo. Sigue así, por favor.

Dio órdenes a los suplentes para que salieran al campo a calentar. Tom dejó el vestuario y atravesó el túnel detrás de los otros cuatro reservas. Iban de un lugar conocido a otro: el terreno de juego, el banquillo, el vestuario, el autobús. Tom estaba seguro de que aquélla era una rutina diseñada para anestesiarlos, para que no tuvieran que pensar y aceptaran la siguiente orden que siempre estaba a punto de ser gritada, transmitida a través del móvil o escrita en una pizarra. Sin embargo, a medida que el estruendo del público le iba llegando a través del túnel, podía sentir cómo se le iba acelerando el pulso, cómo sus piernas se convertían en gelatina. A cada paso que daba estaba más convencido de que todas esas caras, todos esos pares de ojos, serían capaces de detectarlo. De que sabían lo que había hecho.

Cuando quedaron expuestos a la luz y a las miradas del público, se fijó en una parte concreta del terreno de juego y se dirigió a ella. El entrenador de porteros estaba desatando una bolsa llena de pelotas. Se desparramaron sobre

la hierba como unos intestinos. Bobby cogió una y señaló a Tom y a Yates para que formaran un triángulo. Tiró la pelota al aire sin dejarla caer al suelo unas cuatro o cinco veces y luego le lanzó otra a Yates, que bajó el balón con el pecho, lo controló con el pie derecho y estuvo un buen rato cambiándoselo de pierna antes de pasárselo a Tom. La pelota se le escapó y cayó al césped. La siguiente vez que le llegó, consiguió controlarla y elevarla un par de veces, pero la volea débil que le lanzó a Bobby se quedó corta. Yates emitió un ruidito de fastidio que Tom pudo oír a pesar del público. El fútbol, ese juego que llevaba practicando desde que era niño, se había convertido de pronto en un suplicio. Podía sentir los ojos de la multitud clavados en él. En un par de ocasiones, Yates y Bobby cambiaron de dirección y se la pasaron entre ellos, dejándolo fuera.

—Voy a hacer unos esprints —dijo Tom, y se fue corriendo hacia el círculo central.

Se estaba celebrando un sorteo. Un jugador del Northampton que estaba lesionado y vestía traje sacaba mecánicamente unas papeletas numeradas de una bolsa de tela y se las entregaba a un tipo enorme y encorvado que las iba anunciando por megafonía. Tom seguía esprintando, pero, incluso así, continuaba sintiendo que todo el mundo lo miraba. Echó un vistazo al marcador: todavía quedaban seis minutos para que empezara la segunda parte. Se tumbó en el suelo y, sin mirar en ningún momento ni al público ni a los demás jugadores, empezó a estirar la espalda y los glúteos. En la otra parte del campo se estaba disputando un concurso de penaltis para benjamines. Una docena de chavales de entre ocho y nueve años vestidos con unos pantalones cortos anchos e impecables tiritaban en el círculo central a la espera de que les llegara su turno para recorrer a toda velocidad el largo trecho que tenían por delante hasta el punto de penalti. Todos salían con gran determinación, agitando sus bracitos y sus piernecitas como palillos, con aspecto de irse a caer en cualquier momento. La mayoría de los lanzamientos se marcharon fuera por mucho. Un par de ellos describieron una parábola lenta y consiguieron vencer los desasistidos esfuerzos del portero. Uno se quedó demasiado corto. Y, para acabar, un chaval negro que llevaba los calcetines hasta la rodilla se fue corriendo hasta el balón y consiguió meterlo

por la escuadra con una potencia sorprendente. Justo antes de oír con alivio el grito del entrenador de porteros, Tom estaba pensando que la concentración y la inocencia de ese chaval eran asombrosas y también que él se sentía incapaz de golpear el balón así, con esa destreza y esa decisión.

El Town continuó presionando. Richards marcó el segundo gol. Tom trató de concentrarse en el partido desde el refugio del banquillo, pero una y otra vez su mente volvía a la noche que había pasado en casa de Liam. Alrededor de media docena de jugadores se había congregado en torno a alguien que estaba tendido cerca del círculo central. Algunos más empezaron a llegar de otros puntos del campo a toda velocidad. Un defensa del Northampton echó un vistazo y volvió la cabeza de inmediato, llevándose las manos a la cara. Jones pidió a gritos que se acercara el masajista; Tom salió corriendo de un salto y, cuando algunos se apartaron para dejarlo pasar, vio a Easter en el suelo. Los camilleros entraron en el terreno de juego. Boyn se apartó del corrillo. Jones se acercó a él, le pasó una mano por el hombro y le dijo algo al oído.

Después de una larga espera, por fin levantaron la camilla y empezaron a trasladarla hacia un rincón del estadio. La comitiva pasó al lado del banquillo. El masajista echó una ojeada a Wilko y negó con la cabeza elocuentemente. A continuación, volvió a centrarse en Easter, que iba mirando al cielo con los ojos como platos y un brazo colgando de la camilla, como si estuviera tomando el sol, al parecer incapaz de comprender ni una sola de las palabras que le dirigía el masajista mientras caminaba a su lado y le acariciaba el pelo.

11

El lunes tuvo lugar una reunión del equipo. En la sala, todo el mundo estaba callado mientras miraban el pequeño televisor que el entrenador había traído. Wilko se quedó junto a la mesa del desayuno y se sirvió un zumo de naranja. Les dijo que había ido al hospital el sábado por la noche. No se había quedado mucho porque la mujer de Easter estaba con él, pero le había transmitido un mensaje de ánimo de parte del equipo. Tenía rota la tibia y el peroné de la pierna izquierda. Estaba sedado, aunque comprensiblemente alterado, y Wilko le había asegurado que podría contar con el apoyo del club durante toda la recuperación, por larga que ésta fuese.

—¿Para cuánto creen que tiene?

El entrenador negó con la cabeza.

—Es todavía demasiado pronto.

Todos guardaron silencio y una misma idea cruzó la sala como una corriente de aire.

—¿Le mandamos algo?

—¿Como qué?

Se produjo otra pausa mientras lo pensaban.

—Igual es mejor mandárselo a su mujer.

—Pero ¿qué? ¿Una botella de alguna mierda fuerte? ¿Un billete sólo de ida a algún sitio lejano?

La ocurrencia no le hizo gracia a nadie. Después de hablarlo un momento, decidieron enviarle un ramo de flores. En cuanto a Easter, Boyn sugirió — con la aprobación de todos— que lo que más apreciaría serían sus mensajes

de apoyo.

—¿Tenéis todos su número?

Como casi nadie lo tenía, Boyn lo leyó en alto para que lo guardaran en el móvil. Estuvieron unos minutos pensando qué escribirle y, en ese momento, Lesley se acercó a ver si había que poner más zumo en las jarras. Al ver aquellas caras pensativas, se volvió hacia Wilko en busca de una explicación, pero éste la ignoró. En cuanto enviaron los mensajes, se relajaron un poco y, mientras salían de la sala, empezaron otra vez a hablar. Si alguno de ellos se había detenido un segundo a pensar en cómo se sentiría Easter cuando recibiera en el hospital veintidós mensajes idénticos en tromba, desde luego no dejó que se le notara: todos creían haber hecho lo correcto. Se dirigieron con impaciencia al vestuario. Había una gran expectación por ver cómo terminaría la primera semana de la nueva era. La secretaria del club podría encargarse de las flores.

Pronto quedó claro, sin embargo, que ésa no sería como todas las demás mañanas que seguían a una victoria. Un clima de tensión se instaló en los entrenamientos. Parecían agarrotados, reacios a entregarse, más pendientes de la mecánica enrevesada de sus cuerpos mientras corrían, saltaban y se chocaban que de otra cosa. Las corvas doloridas. Los tobillos que se clavaban como puñales al doblarse. Esos cuerpos eran la cosa que más se vigilaba y cuidaba en todo el club: tenían al masajista siempre a su disposición para que les diera un masaje, una pastilla o les pusiera una inyección; estaban sometidos a pruebas constantes para determinar el estado en el que se encontraban, y con frecuencia se les tomaban muestras de orina. Todo lo que necesitaban para concentrarse era ponerse a trabajar en el campo. Pero, a pesar de los frecuentes ánimos del entrenador y de sus ejercicios dinámicos, se había trastocado el orden que lo sostenía todo. Ahora no podían dejar de pensar.

No obstante, volvieron a ganar. Ganaron inesperadamente al Charlton por 1 a 0 en la ida de la final regional del Paint ante el público más numeroso de toda la temporada. Tom jugó los últimos cuatro minutos. Cuando llegó a casa, el señor Davey y Steven estaban viendo el resumen en la tele.

—Sabía que era penalti —dijo el primero de ellos cuando Tom se sentó a

su lado—. Acaban de ponerlo. Una mano de libro, imposible no verla.

El resto del resumen se centró en la presión tardía que ejerció el Charlton. Cuando sonó el pitido final, los jugadores y los técnicos del Town salieron corriendo hacia los seguidores locales que se encontraban en uno de los fondos. Tom pudo verse a sí mismo dudando en el círculo central mientras por su lado pasaban los jugadores rivales camino del vestuario.

—Tal vez la próxima parada sea Wembley —dijo el señor Davey, levantándose del sofá para irse a la cama—. Nunca se sabe.

Cuando lo oyó arriba, fue a la cocina para ver la fecha del partido de vuelta en el calendario, pero lo primero que llamó su atención fue lo que ponía junto al siguiente domingo: LIAM VIENE A DESAYUNAR.

Desde que entró en el pequeño caos que se había formado en la cocina con los platos, la tostadora y la tetera, Tom decidió que no lo miraría. Se aseguró de saludarlo al mismo tiempo que Bobby y Steven, de espaldas, mientras cogía los cubiertos. Mantuvo la mirada fija en el suelo o en cualquier otra persona que no fuera él todo el tiempo que duró aquel padecimiento insufrible. Escuchó las opiniones de Liam sobre el partido contra el Charlton, sobre Wembley y sobre el nuevo entrenador —como si todo fuera normal—, y las respuestas embelesadas que le daban sus devotos y engañados padres.

Tom empezó a flaquear levemente hacia el final de la comida, cuando ya casi habían acabado. Mientras recogía los platos, no pudo contenerse más y levantó la vista. Liam lo estaba observando. A pesar de que no sonreía ni parecía querer comunicarse con él, siguió mirándolo con expresión enigmática hasta que Tom se volvió hacia el fregadero. Para poder abrir el grifo y limpiar los restos de huevo que se habían quedado en los platos, tuvo que esperar a que cesaran los espasmos que sentía en las manos y los antebrazos.

Entre los edificios de oficinas y las superficies industriales del extrarradio se asomaba un sol bajo y resplandeciente. Justo antes de que saliera de casa, su

padre lo llamó. Estaba pensando en hacerle una visita con su madre y su hermana. Rachel había accedido a ir al cabo de quince días, justo el fin de semana del partido en casa contra el Crawley. «No pasa nada si no juegas — le dijo su padre—. Vamos a verte a ti.» Deseoso de quitarse de la cabeza cualquier pensamiento sobre la visita, Tom bajó la visera del coche. Vio por el retrovisor que los escoceses estaban pendientes de los teléfonos y le pareció que, por las caras de concentración que ponían, debían de estar viendo alguno de sus vídeos. Había tres, de diferente duración y calidad, pero todos con una misma banda sonora de música machacona y risas histéricas que era del todo reconocible siempre que sonaba en la cafetería del club. Sin embargo, como los dos chavales tenían puestos los cascos, le fue imposible saberlo.

Salió de la autopista para meterse por el camino de entrada al club. Los terrenos de juego estaban inundados por el sol, que también incendiaba el parabrisas de los coches estacionados en el aparcamiento reservado al personal. Redujo la velocidad para entrar en su plaza y los tres salieron del coche sin hablar. En cuanto lo hicieron, los sacudió la fuerte ventisca que se había levantado durante el corto trayecto desde casa. Liam estaba en la entrada del club, hablando con un par de becarios. Cuando terminó, los dos se echaron a reír y, mientras se alejaban a paso ligero, él se quedó un momento mirándolos.

Liam se pasó toda la mañana aireando los campos, marcando el patrón ajedrezado de la superficie y contemplando el césped sin apenas mover la cabeza. A Tom empezaba a irritarlo un poco esa calma con la que parecía hacerlo todo: perseguir una paloma, comerse un pastel de pescado en la cafetería o hablar despreocupadamente con Lesley cada vez que ésta se acercaba a él. Como si todo fuera igual de sencillo, ya fuera escribir un mensaje en el móvil, comerse la enorme porción de postre que le había servido Lesley con un guiño o beberse el último té antes de volver al campo y seguir con su trabajo —con su rutina— silbando bajo un tibio sol invernal.

Habían tenido que dejar la persiana metálica abierta para que cupiese la barra

antivuelco del tractor y en la caseta de mantenimiento entraba un viento gélido. Como no tenía dónde sentarse —incluso aunque hubiera querido—, Tom se apoyó en la pared, de cara a la entrada. El viento transportaba los ruidos del tractor, que unas veces parecían alejarse y otras sonaban de pronto mucho más fuerte. Una ráfaga agitó las ramas de abedul de una serie de escobas que había colocadas en un estante y la bufanda del club que colgaba del techo se balanceó.

A su lado, entre dos pósteres de antiguos jugadores, había una fotografía. Se acercó para mirarla: sobre la página limpiamente cortada de un programa en blanco y negro podía verse un equipo de fútbol juvenil. La imagen tenía un grano muy grueso, pero, aun así, no le costó nada reconocer a Liam en el centro, el más alto de los dos porteros. Su cara y su corte de pelo eran justo los mismos que ahora. Daba la impresión de ser mayor que los otros chavales, muchos de los cuales —insolentes, escuchimizados y comidos por el acné— parecían apenas unos niños. A Tom le costó un tiempo encontrar a Boyn y después a Easter, que llevaba la cabeza rapada y sonreía. A los de la primera fila les habían dicho que se pusieran las manos encima de las rodillas y, al lado del brazo del entrenador, el de Easter parecía infantil y débil. Oyó un ruido detrás de él y se dio la vuelta. Una nueva ráfaga de viento había volcado una lata vacía. Se volvió para apoyarla en la pared mientras trataba de recuperarse del susto.

Aunque podía verlo con facilidad desde la entrada, a Liam le costó unos segundos reconocer a Tom. Le clavó los ojos un instante y después se concentró en aparcar el tractor. El motor rugió dentro de la caseta. Cuando lo dejó en punto muerto, se produjo un silencio ensordecedor.

—Hombre, Tom —dijo mientras se bajaba del asiento—. ¿Te apetece una taza de té?

Señaló una tetera pequeña y sucia que estaba colocada encima de un estante, junto al fregadero. De la pared colgaban dos tazas de hojalata.

—No, gracias.

—¿Estás seguro? Yo me voy a tomar una.

Al ir hacia el fregadero, pasó muy cerca de Tom. Se agachó delante de una mesa con caballetes llena de cabezas de aspersores, juntas y clavos

ordenados por tamaño en unas jarras y abrió la nevera pequeña y herrumbrosa que había debajo. Era como un chatarrero en su pequeño reino, pensó Tom, rodeado de la basura que había ido acumulando. Sacó una botella de leche y, antes de que cerrara la puerta, a Tom le dio tiempo a ver un par de latas de cerveza.

Ninguno de los dos dijo una palabra mientras esperaban a que hirviera el agua. Liam se apoyó en unos palés que había envueltos en un saco y atados con un cordel a los que alguien había dado la vuelta. Como no le indicó ningún lugar para sentarse, Tom se quedó donde estaba. El motor del tractor traqueteó y borboteó suavemente en medio de la caseta.

Liam se enrollaba un trozo de cuerda alrededor de los dedos.

—Oye, a esos dos —dijo mientras le ponía leche al té—, a Bobby y a Steven, ¿qué les pasa? Cuando me los encontraba antes parecían dos marionetas, pero el domingo no se los veía con muchas ganas de cachondeo. ¿Es porque Bobby está en el equipo ahora que Easter no juega?

—No tengo ni idea. Yo los veo bien.

No pensaba contarle nada de la fiesta, no quería dejar a los dos chavales todavía más en ridículo y darle además la oportunidad de que se los imaginara en el escenario.

—Ya he visto la foto que tienes ahí —añadió Tom—. De cuando estabas en los juveniles.

—Eran buenos tiempos —dijo Liam, acercándose a las estanterías y cogiendo una caja de madera dentro de cuyos compartimentos resplandecían una serie de dientes. Al levantar la caja para llevarla junto al aireador que estaba enganchado al tractor, se le marcaron todas las venas del cuello—. Bueno, la verdad es que nunca me dieron una oportunidad. Fichan a muy pocos porteros.

Soltó los dientes del aireador y se arrodilló para recogerlos. Cada vez que dejaba un puñado en la caja, se producía un ruido metálico. Uno de ellos salió rodando y se metió bajo unos rastrillos de goma. Tom se incorporó para cogerlo. Tenía el peso y la forma de una bala. Se acercó a Liam, que aún estaba en el suelo, y se quedó de pie a su lado. Por el cuello le bajaba una delgada mata de pelo rojizo. Tom le entregó el diente.

—Gracias.

El viento parecía haberse calmado y el único ruido que podía oírse en toda la caseta, en los escasos silencios que se producían cada vez que un puñado de dientes caía en la caja, era el leve traqueteo del motor. Al ver a Liam ahí, en aquel agujero, con sus máquinas y sus cajas, obligándolo a quedarse de pie como si él fuera el maricón, la furia se apoderó de Tom. Le entraron ganas de pegarle, de tirarlo al suelo y estamparle la cabeza contra el cemento. Liam terminó de guardar los dientes en la caja cuando Tom le deslizó los dedos por el cuello y le palpó la suave hendidura de la tráquea, notando los delicados anillos situados debajo de la piel. Liam se puso de pie. Tom podía ver cómo se le movían las aletas rosadas de la nariz cada vez que respiraba. Una oleada de náuseas le cruzó el estómago cuando los dedos de Liam lo tocaron, le apartaron la camiseta y se detuvieron sobre su estómago. Liam se apretaba contra él. Al sentir el calor y el olor de su rostro, la excitación depravada que le producía el roce de su barba, Tom cerró los ojos. Sus labios se tocaron, se separaron y, cuando volvieron a tocarse, a Tom no le cupo la menor duda de que estaba a punto de vomitar en la boca tibia y apestosa de aquel hombre.

Al principio, los dos parecían estar sufriendo. Tom se quedó quieto, sin saber muy bien qué hacer. Lo mismo ocurrió la otra vez, hacía dos años, en el dormitorio de aquella casa desierta. Como ninguno de los dos chavales tenía la menor idea de cómo continuar, prefirieron no hacerlo y, llenos de frustración, se pusieron a explorar otras posibilidades. Ahora, sin embargo, después de guiar con calma los dedos de Tom, Liam se apoyó de nuevo en el tractor y le colocó las manos, una detrás de otra, en las caderas. Y Tom pudo por fin sucumbir a esa energía oscura que parecía anidar dentro de él sin tener que preocuparse por nada, al menos hasta que todo acabase.

Se quedó sentado en el coche un rato con las manos entrelazadas encima del volante. Casi podía ver todavía cómo se iban cayendo las briznas de hierba del pelo de Liam. El hedor a gasolina que desprendía su cuello cuando apoyó en él la nariz era tan penetrante que aún podía olerlo, como si se hubiera

quedado impregnado en el interior del coche, como si se hubiera pegado a su piel y se hubiera filtrado por cada poro de su cuerpo.

12

—Yo sólo ficho a jugadores que encajan en el esquema táctico —dijo Wilko ante la prensa que se había concentrado en la sala de conferencias.

El enviado de la BBC apartó el bollo que se estaba comiendo y le preguntó qué podían esperar los hinchas de los dos nuevos fichajes que se habían producido pocas horas antes de que se cerrara el mercado invernal.

—Honestidad, integridad e intensidad. Jay Beverley es un lateral izquierdo muy ofensivo. He trabajado antes con él y sé perfectamente lo que puede darme. En cuanto a Jacob Gundi, lo suyo es meter goles. Es un chaval rápido y corpulento que puede asegurarnos un montón de tantos en esta categoría. Traerlo es toda una declaración de intenciones por parte del presidente, créanme.

—¿Qué puede decirnos de Michael Yates?

—Michael Yates se ha ido cedido al Luton por lo que queda de temporada y existe la posibilidad de que su salida sea permanente.

Una hora después, Gundi —un goleador que había conocido días mejores y figuraba el tercero en la lista de prioridades de Wilko— apareció junto a su nuevo entrenador en la tribuna principal para una sesión de fotos. Con una camisa tan fina que casi dejaba ver su piel de color rosa pálido, Peter Pascoe andaba merodeando por el terreno de juego a la caza de alguna declaración para la edición del día siguiente. Cuando consiguió cruzarse con Gundi en unas escaleras al término de la sesión, captó al vuelo que nadie había informado al chaval de quién era él. El jefe de la Sección de Deportes consideraría después que la cita «Me gusta estar aquí. A los del Peterborough

que les den por el culo» no era apta para ser publicada.

En el autocar camino de Port Vale, Wilko le comunicó a Tom que su nuevo compañero de habitación sería Beverley. Como éste cenó en una mesa diferente a la suya —solo y en silencio—, la primera vez que hablaron fue ya en el cuarto. No tardaron en ponerse de acuerdo sobre la cama que se quedaría cada uno, y Tom le dijo que podía pasar primero al baño. Cuando salió en calzoncillos un rato después, sobre el estante del espejo había un paquete de toallitas húmedas.

Cuando Tom terminó de lavarse los dientes, Beverley estaba sentado en la cama.

—¿Qué te parece el nuevo entrenador? —preguntó.

—Me gusta. Cualquier cosa es mejor que Clarke.

Beverley sonrió.

—Sí, me han hablado de él.

Tom alcanzó su bolsa y se dio la vuelta para ponerse el pantalón de chándal antes de irse a dormir.

—Pero te diré una cosa —añadió Beverley—, Wilko a veces también se pone hecho una furia. Dale tiempo. No le pasa mucho, pero cuando lo veas... —Frunció los labios, cerró los ojos y resopló.

Tom se dio cuenta de que había una serie de objetos al pie de la cama de Beverley: un plátano, unos cascos, una barrita energética, unos calcetines blancos y un par de zapatillas.

—Buenas noches, tío —dijo Beverley antes de apagar la lámpara de la mesita.

—Buenas noches.

Cuando salió Tom, el Town iba por delante. Se colocó cerca de la línea de banda, hecho un manojo de nervios, y dejó que el ritmo y la intensidad del partido se fueran apoderando poco a poco de él, hasta que un despeje de cabeza de Bobby salió en su dirección y le cayó en los pies. Tenía mucho espacio por delante, así que echó a correr. La acción había sido tan repentina que no tuvo tiempo de pararse a pensar y, como nadie salió a cerrarlo,

continuó subiendo por la banda. En un determinado momento, trazó una diagonal —mientras los hinchas del Town gritaban al otro lado del campo— y llegó hasta el área pequeña. Se cambió el balón a la pierna izquierda para disparar y, justo cuando lo hacía, sintió cómo se le clavaban unos tacos en el pie de apoyo.

Gundi cogió el balón para tirar el penalti y marcó. Atravesó el campo a toda velocidad para llegar hasta donde estaban los seguidores visitantes y se plantó delante de ellos con los brazos levantados, mientras sus compañeros se le echaban encima y los hinchas bajaban corriendo por las gradas.

Algunos se acercaron a Tom en el vestuario y en las duchas para darle la enhorabuena. Él les sonreía y después se volvía hacia la pared. Cuando una mano invisible le dio un cachete en el culo, se le escapó un leve suspiro de pánico que, sin embargo, se perdió entre el vaho y los gritos.

Salió del club con Beverley y un grupo de rezagados. Cuando llegaban al aparcamiento, Tom se detuvo.

—¡Mierda, se me han olvidado las mallas de compresión!

Atravesó a toda velocidad los pasillos vacíos, sin siquiera mirar a Lesley cuando pasó por delante de la cafetería y la vio fregando. Salió a la parte trasera del edificio. No había ni un alma en los terrenos de juego. Continuó a la misma velocidad, lanzando miradas fugaces por encima del hombro, envuelto en el aroma agrio del césped recién cortado que amenazaba con volverse insoportable.

En la caseta, Liam estaba arrodillado, arrancando unos hierbajos que se habían quedado atrapados en la cortadora de césped y, al oírlo, levantó la cabeza. Cuando volvió a sus tareas, Tom sintió que se le estremecía todo el cuerpo. Para poder acercarse a él, tuvo que apartar una serie de herramientas que le bloqueaban el paso. Liam cerró los ojos y, por un brevísimo instante, Tom pudo saborear su miedo.

En esa ocasión, no dejó que fuera él quien llevara la iniciativa: se sentía confiado, casi agresivo. Empujó las nalgas de Liam contra la mesa con caballetes y vio con cierta repugnancia sus labios pálidos, que se abrieron y

chocaron con sus dientes. A Liam se le había subido la camiseta y Tom lo agarró por los costados hasta que la piel se le puso roja. Le colocó las manos alrededor del cuello y, mientras notaba cómo el aire le pasaba con dificultad por la garganta, volvió a sentir la necesidad de hacerle daño a él y de hacérselo a sí mismo, de tener por fin la completa certeza de que era un desviado, una persona despreciable.

Liam se colocó la ropa sin mirarlo y reordenó la mesa. El viento zarandeaba la persiana metálica en el extremo opuesto de la caseta. Tom se marchó, para no tener que oír su voz, para que no le hablara.

En cuanto salió de allí, el asco se apoderó de él. No se sintió mejor ni durante el paseo hasta el coche ni durante el trayecto de vuelta; ni tampoco cuando, inmediatamente después de entrar en casa, se encerró en el cuarto de baño para frotarse en la ducha, para pasarse una y otra vez la esponja por el pene y el interior de los muslos, hasta que se le abrió la piel y empezó a sangrar.

Encontró agua oxigenada y vendas en el botiquín. Se curó las piernas y después se arrodilló en la alfombrilla para limpiar los restos de sangre del plato de la ducha.

Una mañana, se presentó en el campo de entrenamiento un equipo técnico nuevo: un nuevo asistente, un nuevo preparador físico y un nuevo entrenador de porteros. Este último era un jugador que se había retirado hacía tan sólo dos años, después de una brillante carrera en la Premier, pero que a pesar de ello tenía la cara y el cuerpo tan hinchados que no pudieron reconocerlo hasta que se lo presentaron.

El nuevo asistente les dirigió unas palabras antes de la sesión. Era bastante mayor que Wilko. Cuando se pusieron juntos —los dos altísimos, con los brazos cruzados y la misma densa mata de pelo—, parecían padre e hijo.

—Me dan igual las reputaciones, las buenas y las malas —dijo, caminando hacia la mesa del desayuno y mostrando las típicas rodillas hinchadas y agarrotadas de los futbolistas retirados. Tenía el rostro curtido y

la nuca cubierta de pliegues—. Yo me encargaré de los entrenamientos a partir de hoy y mi misión consistirá en ver qué potencial tenéis. —Eché un vistazo a los jugadores. La papada se le descolgó flácidamente por debajo de la barbilla, como si fuera un testículo—. Veo mucho talento en este equipo. Y una cosa os puedo decir ya: no nos merecemos estar tan abajo en la tabla.

El asistente supervisó el entrenamiento sin hacer ni una sola pausa o interrupción. Les ordenó que realizaran los ejercicios habituales y estableció un calendario de partidillos para el fin de semana. Sus instrucciones eran escuetas, claras y tajantes. Cuando por fin descansaron, se acercó a la banda e intercambió unas palabras con Wilko mientras ambos miraban a los jugadores. Aquellos dos hombres y el entrenador de porteros —que se encontraba en el campo contiguo tirando balones rasos a Foley y Hoyle— habían cosechado un gran éxito trabajando juntos la temporada anterior. La negociación de su fichaje había sido bastante compleja. Al final, como su antiguo club exigía una compensación económica cuantiosa y el Town no quería pagar un céntimo, terminaron dejando el asunto en manos de la federación. Y ahora que por fin estaban allí, el equipo se moría de ganas de que Beverley les contara cómo iba a ser la vida bajo el nuevo régimen.

—Sobre todo, ordenada —les dijo mientras se cepillaba los dientes en un lavabo del vestuario—. Eso que ha dicho Drury de las reputaciones es cierto. Os valorará según lo que hagáis. Lo cual quiere decir que si decide que sois unos capullos es porque sois unos capullos.

Tom esperó a que todo el mundo se marchara. A Beverley y a Richards les dijo que tenía que ver al masajista.

Cruzó el campo y vio cómo Liam desaparecía en el interior de la caseta de mantenimiento. Cuando llegó, estaba en un extremo de una mesa de trabajo, hurgando en una caja de herramientas. Se acercó a él. Llevado por un impulso que parecía venir de fuera, rodeó el banco y le puso una mano en el hombro. Intentó tirar de él, pero Liam se resistió. Lo agarró por la parte alta del brazo y puso una mano encima de la suya para apartarla. Sus manos se enlazaron fugazmente y forcejearon y, al percibir la fuerza de Liam, Tom notó que el deseo crecía en su interior.

—Esto no me gusta, Tom.

Una capa densa y gomosa se había formado sobre la pintura en el recipiente de la trazadora y justo en medio se había quedado atrapada una cochinilla agonizante.

—No puedes aparecer así —dijo Liam—. ¿Qué pasa si alguien te ve?

Pero Tom empezó a retroceder, empujando las herramientas que encontraba a su paso, balbuceando que tenían que irse. Toda la seguridad de la que había hecho gala hacía un momento se había desvanecido.

—¿De verdad estás huyendo? ¿Estás de coña?

A Tom le pareció que en su voz había un matiz quejumbroso. Al salir, empujó una cortadora de césped y casi le da un vuelco el corazón con el horrible chirrido metálico que produjo, un chirrido que no pudo quitarse de la cabeza mientras cruzaba de vuelta el campo y se marchaba en su coche.

Dos días después, cuando regresó a casa y fue directo a la cocina para tomar algo, se lo encontró allí, sentado a la mesa.

—Me pareció que éste era el lugar más normal para que nos viéramos —dijo Liam.

Tom rodeó la mesa para ir hasta el fregadero, se sirvió un refresco y se quedó allí mientras se lo bebía.

—¿A qué has venido?

—A hablar contigo. Sabía que no iba a haber nadie.

En lugar de mirar a Tom, tenía los ojos clavados en el corcho de detrás de la puerta. Negaba con la cabeza y parecía estar riéndose para sus adentros.

—Lo entiendo, ¿sabes? —prosiguió.

La lavadora, que hasta ese momento había estado borboteando y traqueteando suavemente de fondo, volvió de pronto a la vida. El ruido los pilló a ambos por sorpresa. Durante un momento, les resultó imposible hablar con el estruendo del centrifugado. Y, cuando se paró, Tom todavía podía sentir las vibraciones, como si se le hubieran metido en el cuerpo.

—¿A qué has venido? —volvió a preguntarle.

Liam estaba mirando la mesa. Delante de él tenía uno de los famosos manteles con motivos campestres de la señora Davey: una oveja con la

palabra *oveja* escrita debajo. Tom se fijó en el que tenía al lado —un par de huevos— y le entraron ganas, no sin cierta amargura, de echarse a reír.

—No quieres mezclar las cosas —dijo Liam.

Tom deseó que hubiera alguna manera de hacerlo callar.

—Todo esto es nuevo para mí. —Y, tras una pausa, añadió—: Podemos vernos en otro sitio, si quieres.

En esa ocasión, Tom sí se echó a reír, al momento y con sarcasmo.

—¿Dónde?

—No lo sé. Podemos salir a tomar algo.

—Eso es todavía peor.

—No tenemos por qué ir cogidos de la mano, tío. Podemos limitarnos a hablar de fútbol.

Tom lo miró horrorizado. La lavadora volvió a ponerse en funcionamiento y Liam se sobresaltó visiblemente. De nuevo tuvieron que esperar y los dos se quedaron mirando cómo daba vueltas el tambor. La señora Davey regresaría pronto de la clínica. Tom seguía pensativo.

Liam se levantó.

—Te voy a dar mi móvil.

Arrancó un trozo del periódico y Tom sintió un pánico casi instintivo al pensar que la señora Davey se daría cuenta de la razón por la que faltaba. Liam puso el papel sobre la mesa y escribió su número.

—Puedes mandarme un mensaje o lo que quieras.

Cuando se marchó, Tom se sentó a la mesa y observó la línea de números. Después de un rato sin hacer nada, dobló una y otra vez el papel hasta que lo redujo a un tamaño diminuto, se levantó y lo tiró al cubo de la basura. Luego se quedó allí, con el pie todavía en el pedal, y se agachó para desprenderlo del grasiento envoltorio de mantequilla al que se había quedado pegado. Fue a la estantería, cogió un encendedor y lo quemó dentro del fregadero.

Cuando abrió el grifo, las cenizas hicieron un remolino y desaparecieron por el desagüe hasta que no quedó nada salvo el olor dulzón de la mantequilla quemada.

Se encontró con su familia en el hotel antes del partido contra el Crawley. Habían salido de casa temprano para evitar los atascos y, nada más entrar en el vestíbulo, Tom comprendió lo horrible que debía de haberle resultado el viaje a su hermana. Ésta se acercó para saludarlo. Mientras la abrazaba — volviéndose un poco para no tener que mirar a sus padres—, una ola de desesperación le recorrió el cuerpo.

—Este sitio no está nada mal —dijo su padre mientras le daba la mano—. Muy agradable.

—Sí —añadió su hermana, señalando la recepción con un ligero movimiento de la cabeza—, tienen hasta una máquina de sándwiches calientes.

El padre le dio un cachete de broma en el brazo. El hotel era de una categoría bastante inferior a la de cualquiera en el que él se hubiera alojado últimamente. No tenía restaurante, bar, plantas ni ventanas. Los siguió por una serie de pasillos para que fueran a coger los abrigos y los bolsos a la habitación. Su hermana se separó para ir a la suya y él siguió caminando con sus padres hasta la otra, donde estuvo sentado en la cama mientras su padre sacaba la cartera de la caja fuerte y su madre se metía en el baño a enjuagar unos vasos. Había algo inquietantemente íntimo en el hecho de estar sentado en la habitación de hotel de otra persona, aunque fuera la de sus padres, cuyas mesitas de noche seguían albergando las mismas cosas que recordaba de cuando era niño —el montón ordenado de medicinas a un lado y, al otro, un libro de bolsillo grueso, las gafas para leer y el indestructible despertador de viaje— y, cuando oyó a su padre decir que podían irse, se sintió aliviado.

Tom los llevó en coche al campo. Durante el trayecto, se dio cuenta de que su padre iba pendiente de cómo conducía y luego, cuando llegaron, le entró un ataque de pánico por si se encontraban con Liam, aunque sabía que era imposible. Estuvieron un buen rato parados en el aparcamiento, admirando los coches de los futbolistas. Price, que en ese momento salía de su todoterreno, les sonrío. El señor Davey les había ofrecido un reservado, pero su padre había declinado la oferta —«no quiero ningún trato especial»—, a pesar de que Tom sabía que se moría de ganas de estar en uno.

Después los llevó al vestíbulo principal para que recogieran las entradas y se sintió agradecido de poderse marchar al vestuario.

El encuentro acabó en empate. Tom no jugó y se reunió con su familia después en la sala de jugadores, donde se los encontró hablando con el señor Davey.

—¿El primero en salir?

El señor Davey se acercó. Tom se fijó en cómo lo observaba su padre cuando le puso la mano en el hombro.

—Tampoco es que le hiciera falta ducharse mucho —dijo su hermana.

—¿Cerveza para todos? —preguntó su padre, haciendo ademán de dirigirse a la barra.

Se sentaron juntos y empezaron a comentar el partido. El resultado había colocado al Town a dos puntos de salir de la zona de descenso. A su padre le había impresionado el estilo de juego del nuevo entrenador y también Gundi, que había vuelto a marcar. Al cabo de un rato, empezaron a llegar los demás jugadores. Tom se dio cuenta de que su hermana los miraba. Estuvo a punto de gastar una broma, pero se lo pensó mejor por miedo a lo que pudiera contestarle. Sus compañeros empezaron a dispersarse por la sala y, poco a poco, fueron reparando en la presencia de Rachel. Boyn hizo un gesto y le guiñó un ojo a Tom, que se puso rojo como un idiota.

Se bebió sólo una pinta y luego llevó a su familia al restaurante del centro en el que su padre había reservado mesa. Por los comentarios que le hizo cuando se sentaron, se dio cuenta de que había pedido expresamente que le dieran una buena mesa. Comieron, conversaron y empezaron a emborracharse y, por momentos, Tom pareció relajarse un poco; al menos hasta que retiraron los segundos y su madre se puso a llorar y a insistir en lo orgullosa que estaba de él y lo mucho que lo extrañaba. Sintió de inmediato la necesidad urgente de consolarla, pero se vio incapaz de hacerlo. Ni siquiera podía mirarla. Se concentró en las manos de la camarera mientras retiraba los platos.

—Ya lo sé, mamá. Ya lo sé.

Sin embargo, para su inmenso alivio, Rachel y su padre empezaron a gastar bromas y, cuando la camarera volvió con la carta de postres, la

madre estaba riéndose de nuevo.

Después de que su padre pidiera la cuenta con determinación y pagara, se fueron dando un paseo hasta el hotel. Tom se despidió de sus padres en el vestíbulo y se fue con su hermana a tomar algo.

—Venga, cuenta —le dijo inclinándose hacia él en un suave sofá de color negro—. El señor Davey es un pedófilo asqueroso, ¿verdad?

—¡Es muy majo! ¡Los dos lo son! —contestó Tom, casi chillando.

El local estaba lleno y el ruido era espantoso. Había sido elección de su hermana.

—A mamá y a papá los veo bastante bien —añadió.

—Estaban muy emocionados por venir a verte. Papá va a estar hablando durante semanas de cuando estuvo en la sala de jugadores. Kenny y Tom van a tener que aguantar una buena castaña —dijo, riéndose—. Me van a ayudar con la matrícula de la universidad. Un día me llevaron al pub y papá se puso muy serio; yo creí que me iba a contar que se estaba muriendo o algo así, pero lo que me dijo fue que mamá y él habían estado hablando y habían llegado a la conclusión de que era injusto que yo no tuviera las mismas oportunidades que tú y que, por lo tanto, me querían ayudar con la matrícula.

—Me alegro mucho —le contestó Tom, pero lo dijo tan bajo que ni siquiera él pudo oírse.

—Aun así, todavía tendré que devolver el préstamo cuando acabe —añadió—. Pero bueno, mira, a tomar por culo.

Dos chicas pasaron a su lado. Una de ellas se fijó en Tom, pero él apartó la mirada.

—Creo que piensan que tú eres el pedófilo.

—Sí, claro. Pero si eres tú la que parece mayor de los dos —le dijo sin bromear.

Sólo llevaba nueve meses fuera de casa, pero su hermana había cambiado. Parecía más relajada, más confiada. Se quedó contemplando su cara, inteligente y atractiva, y volvió a sentirse orgulloso de que la gente lo viera con ella.

—¿Sales con alguien? —preguntó.

—No.

Ella se echó a reír.

—Venga, va. Prometo no decirles nada a los viejos. Seguro que te llueven las tías.

—No te creas. Alguna cae, sí.

—Bueno, vale. No tienes por qué contármelo.

Al ver aquella sonrisa cómplice, Tom se sintió superado por la vergüenza y por el deseo acuciante pero imposible de contarle la verdad. A punto estuvo de hacerlo una vez en su habitación hacía dos años, pero al final sintió tanto miedo que no le salieron las palabras.

—Y tú, ¿qué? —dijo él—. ¿Tienes novio?

—Alguno ha habido.

—¿Y ahora mismo?

—No, ahora mismo no. —Dijo algo más, pero la música le impidió oírlo—. Anda, ve a pedirme otra copa. Y a ver si consigues volver de la barra sin que esas dos te coman vivo.

Cuando se fueron, los dos estaban borrachos y cansados. Tom la dejó apoyarse en él para salir a la calle. Trastabilló en un cruce de peatones, y de no ser porque él la cogió, se habría caído al suelo. Estaba empeñada en ir a una discoteca.

—Alguna tiene que haber —repetía una y otra vez—, estoy segura de que hay una incluso en un sitio como éste.

La acompañó al hotel. Cuando se despidieron en el vestíbulo, ella parecía no querer soltarlo. Por un momento, creyó que se había quedado dormida. La abrazó, cada vez con más fuerza, y hundió la cara en su cuello hasta que se dio cuenta de que estaba empezando a caerse.

—Nos vemos pronto —dijo él.

—A ver si pasas más a menudo por casa —le contestó ella.

La vio desaparecer dando tumbos hacia su habitación y no se fijó en el recepcionista que los estaba mirando desde la puerta de la oficina hasta mucho después de que ella se marchara.

Al salir, decidió tomar el mismo camino por el que habían venido y siguió andando hasta el mismo bar en el que acababa de estar con el firme propósito de ir a buscar a las dos chicas. Sin embargo, cuando llegó a la

entrada y vio al portero y al pequeño grupo de gente aterida de frío que hacía cola en la puerta, se desanimó. Se quedó parado en la acera.

A través de la ventana pudo distinguir a una de las chicas. Le miró la cara y las piernas para ver si sentía algo y reunía fuerzas para entrar a hablar con ellas. Pero, en lugar de eso, se dio la vuelta y se alejó de allí, odiándose a sí mismo, al portero, al bar, a la ciudad y a todos los retrasados sin abrigo que vivían en ella.

Encontró el coche, se metió dentro y cerró la puerta. Puso el motor en marcha, encendió la calefacción y el calor y el silencio lo dejaron aletargado. El olor de sus padres y de su hermana era aún perceptible en el interior del vehículo. Sabía que tenía que salir y coger un taxi, o tal vez dormir un rato, pero no había un alma por la zona. Colocó la palanca de cambios en punto muerto, pisó el acelerador y levantó el pie del embrague. El motor se caló y al final se acordó de que no había quitado el freno de mano. Se miró en el retrovisor. Le dio la impresión de que su aspecto era normal. Apartó la mirada y la posó sobre el salpicadero, y luego volvió a observarse en el espejo, tratando de hacerlo como lo haría un desconocido, como lo harían las dos chicas del bar.

Arrancó otra vez. En cuanto se puso en marcha, se sintió sobrio, capaz de manejar la situación. No había mucho tráfico y el poco que había estaba formado casi exclusivamente por una serie de taxis a los que conseguía sortear sin dificultad cada vez que se paraban delante de un bar del centro para dejar a sus clientes. Frenó con rapidez cuando un monovolumen se paró en seco delante de él. Trató de poner el intermitente para adelantarlo, pero terminó activando el limpiaparabrisas por error. Fue incapaz de apagarlo mientras dejaba atrás el centro y se internaba por las calles arboladas y cada vez más oscuras de las zonas residenciales. Al final se dio por vencido y dejó que siguiera funcionando, que llenara con sus chirridos secos y acompasados el silencio del coche. Se obligó a centrarse en la carretera, en esa oscura y silenciosa extensión de noche por encima de ella que rompía cada pocos segundos la luz de una farola entre los árboles.

Su hermana debía llevar mucho rato dormida. Si estuviera sola, dormiría hasta bien entrada la tarde o hasta que alguien llamase a su puerta unas pocas

horas antes. Le daba la impresión de que había algo diferente tanto en su padre como en ella. Tenían una forma peculiar de estar juntos, de tomarse el pelo, de hacer piña; como si hubieran logrado dejar atrás todos los problemas del año anterior.

Se produjo un fuerte ruido en el exterior. El coche sufrió una sacudida. Un tapacubos y una rueda chocaron contra el bordillo. Sintió cómo empezaba a levantarse la parte de atrás del coche —casi con la misma ingravidez que si estuviera en una atracción de feria— y se aferró al volante, incapaz de evitar que la parte trasera del vehículo girase y se precipitase hacia la carretera.

Creyó ver luz en la ventana de una casa, pero cuando volvió a mirar la calle estaba silenciosa y oscura. Era incapaz de reconocer dónde se encontraba. Trató de mover el volante, pero se había bloqueado, así que se quedó quieto e intentó averiguar si estaba herido. La sangre le caía a borbotones por la frente y el limpiaparabrisas continuaba moviéndose de un lado a otro, chirriando de forma desagradable a medida que se deslizaba por el cristal de un lado a otro.

13

Leah volvió a casa con la compra. No se oía un solo ruido, pero la luz de la cocina estaba encendida. Dejó a Tyler en el suelo con las bolsas. El niño se agarró al tirador de un armario para ponerse de pie y dio unos pocos pasos dubitativos antes de caerse de culo. Ella empezó a colocar las cosas en la nevera, en los armarios y sobre la creciente y variopinta pila con los encargos de Chris —revistas de deportes, DVD, cajas de cereales, ibuprofeno—, que desaparecería en cuanto se la dejase delante de alguna de sus dos habitaciones.

Chris había pasado todas las noches de las últimas dos semanas en la habitación de invitados. Según le dijo, necesitaba espacio para tener la pierna estirada sin que existiera el riesgo de que ella la golpease al darse la vuelta en la cama. Solía quedarse allí la mayor parte del día y, hasta donde ella sabía, sólo salía de su estudio para ir al baño o para bajar a comerse en silencio su enorme sándwich del mediodía.

Mientras ordenaba las cosas, se detuvo un instante para leer un mensaje de su madre: «Robert está libre para comer cualquier domingo. Ha hablado de ir a algún sitio, pero le he dicho que prefieres que vayamos a tu casa». No contestó y siguió con la compra. Tanto lo de comer un domingo juntos como lo de que fuera en su casa había sido idea de su madre y Leah se había limitado a emitir un leve gruñido de asentimiento. La relación con Robert no daba muestras de debilitarse, y su madre quería que participase más en su vida y se relacionase con la familia. Leah era muy consciente de que aquello podía ser también una buena oportunidad para que su madre viese cómo iba

su relación. La idea de tener a Robert en la cocina, con las manos apoyadas en la encimera, mirándolo todo, ansioso por hablar con Chris, la sacaba de quicio. No se imaginaba a su marido sentado a la mesa con ellos, pero tampoco quería figurárselo en el piso de arriba, solo en su oficina, mientras ellos estaban sentados abajo, y Robert y su madre se ponían a hablar de trivialidades para pasar por alto su ausencia.

No habían hablado ni una sola vez de la enorme cantidad de tiempo que se pasaba recluido en el estudio. En ocasiones oía algún programa de la tele o algún partido —a menudo uno detrás de otro—, y en cuanto reconocía esos sonidos se sentía estúpidamente agradecida y a salvo por el simple hecho de que no estuviera conectado a internet. Todo empezó durante su estancia en el Middlesbrough. Al principio le preguntaba qué hacía tanto rato delante del ordenador e incluso bromeaba sobre ello. Pero al escuchar sus respuestas, cada vez más evasivas, empezó a crecer en ella la inquietud por qué estaría viendo o con quién estaría hablando. Sin embargo, a finales de esa temporada la situación se volvió tan normal que Leah se fue acostumbrando a dejarlo a su aire y a enterrar esos pensamientos. Y, cuando se lesionó, sencillamente se alegraba de no tener que encontrárselo en el salón.

Aun así, una mañana temprano, mientras él seguía durmiendo, entró en la oficina para recoger las tazas y los platos que se habían ido acumulando en la mesa y se dio cuenta de que no había apagado el portátil. Lo reinició al momento. Mientras se encendía y se armaba de valor para enfrentarse a la foto de una chica o a algún mensaje, el miedo y la sospecha se fueron apoderando de ella. No obstante, cuando volvió a mirar la pantalla después de comprobar que no había nadie en el rellano, vio que se trataba de un foro de fútbol. Se apartó sin detenerse siquiera a leerlo y, mucho más calmada, se llevó la vajilla sucia.

Desde su lesión, sólo se lo había encontrado abajo una vez al llegar a casa. Estaba en el sofá, viendo un partido de la segunda división alemana, tan absorto en él que al principio ni siquiera se dio cuenta de que había entrado, lo cual le hizo sospechar que tal vez hubiera apostado. En las semanas que siguieron a esa tarde, sin embargo, apenas lo vio fuera de la habitación. Un jueves, al salir de casa para ir a la universidad sin haberle hecho el almuerzo

por primera vez, metió un rinoceronte de peluche entre las barras de la reja que había en la parte alta de la escalera. Cuando volvió, siete horas más tarde, seguía en el mismo lugar.

Acostó a Tyler para la siesta y, mientras comía, intentó pensar en qué hacer durante las cinco horas que le quedaban hasta que tuviera que llevar a Chris al estadio para que asistiera a un acto con los patrocinadores. No había ningún grupo de apoyo para madres y Tyler no tenía guardería hasta el día siguiente. Había empezado a ir dos mañanas y un día completo a la semana. Esos horarios le partían el día. Cada mañana que tocaba guardería, se levantaba confundida por la perspectiva de tener que separarse de él, pero al mismo tiempo con un fuerte sentimiento de culpabilidad por haber decidido hacerlo. La presión para determinar cómo podía aprovechar mejor su tiempo la perseguía durante el trayecto en coche para llevar al niño mientras estaba de tiendas o en el gimnasio.

Esa tarde le habría gustado ir al gimnasio, pero su madre se había ido a pasar el día fuera con Robert y no podía dejar a Tyler solo con Chris, menos aún sabiendo lo preocupado que estaba por el acto con los patrocinadores. En los últimos quince días, habían ido juntos al gimnasio dos veces. En ambas ocasiones había estado tan pendiente de él —de esa figura que trabajaba sin descanso los brazos y la espalda en la sala de musculación al otro lado del cristal opaco y bloqueaba el pasillo con su férula, obligando a los culturistas del turno de tarde y a los jubilados a sortearlo respetuosamente— que le había resultado bastante difícil concentrarse en hacer ejercicio.

Sabía que no le gustaba depender de ella para que lo llevara en coche. En esos dos viajes al gimnasio, y en todos los que habían tenido que hacer para acudir a las citas en el hospital o en el club, Chris se había dedicado a mirar por la ventanilla del coche con el asiento reclinado para poder estirar la pierna. El hecho de que no pudiera ni siquiera verle la cara había dificultado todavía más la conversación. Apenas salía de casa. Se ponía todos los días los mismos pantalones cortos o ese inmenso pantalón de chándal que ella le había comprado con la esperanza de que cupiese la férula, pero que al final

había tenido que terminar cortando, con un resultado tan ridículo que en otro tiempo Chris se habría echado a reír al verlo.

Como le había confesado en un raro momento de sinceridad poco después de que le dieran el alta, se sentía un inútil en todas partes. A ella le dio la impresión de que el club era el último lugar en el que quería estar. Le habría gustado decirle, como había hecho sin problema tantas veces en el pasado, que dejara de compadecerse y espabilara un poco. Parecía haber pasado tanto desde los tiempos en que podía hablarle así —como el verano en que su madre se marchó al extranjero y tuvieron que acogerlo en otra casa o durante sus últimos años en el equipo juvenil llenos de complicaciones— que le resultaba difícil acordarse incluso de la persona que era entonces. Ahora, sin embargo, no paraba de pensar que quien debía espabilar era ella. Sólo muy de vez en cuando —mientras iba en coche a la universidad y dejaba atrás todas sus cargas y obligaciones— se permitía soñar con que no había nadie más de quien preocuparse, con que ésa era su vida de verdad; la vida que recordaba ligeramente haber querido llevar alguna vez.

El universo vibrante y lleno de vida del estudio la fascinaba: allí, mientras teñía, apelmazaba y entretejía, atenta siempre al golpeteo de las máquinas de coser, al calor y el olor de las planchas y la cola, por fin podía experimentar la rara sensación de que sus manos servían para algo más que para cocinar, cambiar pañales y dar masajes en la espalda a su marido.

Como Chris se opuso a que cogiese el curso a tiempo completo en el que ya había querido matricularse antes de mudarse a Middlesbrough y de tener a Tyler —y que implicaba ir a clase tres veces a la semana—, las cosas al principio no habían sido fáciles. Al ir sólo los jueves, se sentía incómoda entre los demás alumnos. Casi todos eran más jóvenes que ella. Muchos se conocían y algunos vivían y salían juntos. Tardó unos cuantos meses en relajarse lo suficiente para participar en las conversaciones que mantenían en torno a las enormes mesas de trabajo, o para intercambiar algo más que unas pocas palabras con Maria, su compañera en un trabajo de diseño asistido por ordenador. Ahora, en lugar de comerse un tupper en un banco del vestíbulo, iba a la cafetería con otros cuatro o cinco compañeros que no paraban de hablar de los diseñadores que les gustaban, de sus planes de futuro y también

del viaje a la feria de Milán que estaba previsto para principios del segundo año.

Cuando le preguntaron durante un almuerzo si iba a ir, les contestó que probablemente sí —siempre y cuando pudiera encontrar a alguien que se quedara con su hijo—, aunque sabía que las posibilidades de que de verdad pudiera hacerlo eran tan remotas que ni siquiera se había parado a considerarlo en serio. Poco después, se pusieron a hablar de sus proyectos para el segundo año y estuvo a punto de contarles que a veces soñaba con hacer sus propios diseños y montar un negocio en casa, pero al ver el entusiasmo y la seguridad con la que hablaban se sintió un fraude y terminó por no decir nada. Cuando volvieron al estudio, Maria abrió un paquete de galletas en la mesa que compartían y se lo ofreció.

—Tienes que venir. A Milán, digo. Va a estar genial.

—No, si yo quiero ir. Lo que pasa es que no va a ser fácil por mi hijo.

—¿No tienes a nadie que se pueda encargar de él unos días?

Maria la estaba mirando mientras masticaba una galleta.

—La verdad es que no. Nunca lo he dejado tanto tiempo solo.

—Oye, no quiero ser maleducada, pero ¿y tú marido? ¿No podría quedárselo él?

—Ah, sí. Claro que podría. Pero es que es futbolista y seguro que tiene algún partido mientras estoy fuera.

—¿Es futbolista?

Aunque había evitado hablarles mucho de Chris, no pudo contener la punzada de orgullo que sintió al ver lo impresionada que se había quedado su compañera con ese dato.

—¿Juega en un equipo profesional?

Y, mientras le contaba que había sido capitán, que había jugado en la segunda división, Leah se dio cuenta de que no pensaba decirle que estaba lesionado y que no tendría ningún partido mientras ella estaba fuera. Y el hecho de que no quisiera hablar de ello hizo que la situación resultara todavía más cruda: durante todos los meses que aún le quedaban a Chris en casa torturándose, encerrado en alguno de sus escondrijos, lo único que ella obtendría sería el patético consuelo de que por lo menos sabía dónde estaba.

Apareció en el piso de abajo a las cinco y media, listo para ir al acto con los patrocinadores, mientras ella estaba todavía dándole la cena a Tyler. Leah se echó a reír sin querer al verlo. Se había puesto el pantalón de chándal gigantesco con una camisa de vestir blanca recién planchada y una americana informal. Y en el pie derecho llevaba un zapato de piel de color marrón.

—Pareces un entrenador.

Él se rio.

—¿A que soy un tío con clase?

Le limpió la boca a Tyler y lo bajó al suelo. Éste se acercó tambaleándose a la férula y la rodeó con los brazos.

—Sube, sube, papi.

Se agarró encantado a aquella enorme bota de esquí mientras Chris levantaba y bajaba la pierna un par de veces.

—¿Estás lista?

—Casi. Sólo me falta ponerle el pijama. Seguro que se queda dormido a la vuelta.

En el coche, Chris volvió a encerrarse en sí mismo y sólo salió de su trance para mandar callar a Tyler, que no paraba de incordiar en la sillita.

—¿Quieres comer algo?

—No hace falta, cenaremos allí. Gracias.

—¿Para qué es el acto?

—Ni puta idea.

Tyler empezó a llorar. Estaba cansado. Volverían a casa más tarde de la hora a la que solía acostarse.

—¿Te mando un mensaje cuando tenga pinta de que me puedo pirar?

Ella se volvió instintivamente hacia el lugar donde solía estar su cara.

—No puedo recogerte, Chris.

—Ah, vale. ¿Por qué?

—Por Tyler.

—¿No puedes pedirle a tu madre que venga? —dijo él después de permanecer un momento en silencio.

Tyler seguía llorando. Cuando Chris se estiró para recogerle el muñeco, la férula se movió un poco en el hueco del coche reservado para las piernas.

—Vas a tener que coger un taxi, lo siento.

Se pararon frente a la entrada de la tribuna principal.

Leah salió del coche para sacar las muletas del maletero y esperó a que Chris bajara del vehículo tambaleándose.

—Pues, entonces, te veo luego en casa —dijo él.

Lo vio alejarse a trompicones y, al verlo forcejeando con las pesadas puertas de cristal de la entrada, una parte de su antiguo yo quiso salir corriendo para alcanzarlo, para ayudarlo, para bromear con él, para que estuvieran de nuevo juntos.

Oyó un grito a sus espaldas. Se volvió para meterse en el coche, echó un vistazo rápido a Tyler y emprendió el viaje de regreso.

Un chaval del que apenas se acordaba se acercó corriendo desde el mostrador de recepción.

—No te preocupes —le dijo Easter. Acto seguido, miró el tramo de escalera que tenía por delante y añadió antes de darle una de las muletas—: Llévame esto.

El muchacho lo seguía con paciencia unos escalones por detrás. Desde lo alto de la escalera empezaron a oír los ruidos apagados de la reunión. Al llegar arriba, volvió a coger la muleta y, en cuanto el chaval desapareció, se detuvo frente a las puertas batientes del salón Williams.

Cuando entró, el ruido se volvió ensordecedor. La sala estaba repleta de hombres trajeados, algunos de pie entre unas mesas enormes y redondas o junto a la pared y otros arremolinados en torno al bar. Habían retirado la mampara que solía separar los dos comedores para crear un solo espacio y los dos mostradores semicirculares para las bebidas formaban ahora una circunferencia perfecta en mitad de la sala, como si fuera un chiringuito de playa. Olía a carne. Y a salsa. Había tanta gente —debían de ser como unas ciento cincuenta o doscientas personas— que le resultaba difícil avanzar, así que decidió quedarse en la puerta, sin saber muy bien qué hacer y con un

creciente ataque de claustrofobia, causado en parte por su indecisión. Un océano de hombres, y en medio, una mujer vestida de rojo que destacaba como una herida que se hubiera abierto en aquella masa oscura.

El director deportivo se acercó a él.

—Hombre, Chris —dijo mientras miraba fijamente el pantalón de chándal—. Ven conmigo.

Unos tipos enormes tuvieron que meter sus sillas y quedarse aplastados contra la mesa para dejarlo pasar. Algunos le palmeaban la espalda. Oyó su nombre unas cuantas veces.

—Éste es tu sitio. Que disfrutes de la noche.

Alrededor de la mesa había unos diez hombres, todos ellos con una pinta de cerveza en la mano, que se pusieron a observarlo con curiosidad. En una tarjeta rectangular colocada sobre un soporte en el centro podía leerse: CERRADURAS PEEL DAVIS. El individuo alto de aspecto enfermizo que tenía al lado le ofreció la mano. Al sonreír, por su boca abierta asomaron unas encías pálidas e hinchadas.

—Me llamo Terry. Soy médico. Chris, te presento al resto de los muchachos.

Los otros rodearon la mesa para darle la mano en estricto orden y después volvieron a sus asientos.

—¿Cómo va la lesión? —preguntó Terry mientras miraba hacia abajo.

Los otros hicieron lo mismo y se quedaron observando la pierna.

—Un poco mejor. Me han puesto una férula. En nada podré quitármela a ratos y empezar la rehabilitación.

Todos asintieron con la cabeza en señal de aprobación. Pudo ver en otra mesa a Jones. Y, un poco más lejos, a Fleming. Y a Pearman. Terry empezó a decirle algo, pero la voz ronca del presidente sonando por los altavoces lo interrumpió.

—Damas y caballeros, les ruego que tomen asiento.

Mientras se sentaban, la sala se llenó con el ruido de los cubiertos al chocar contra el mantel negro que cubría las mesas de conglomerado. En un pequeño escenario levantado al fondo de la sala, el presidente empezó a repasar los actos que tendrían lugar durante la velada. Easter se quedó medio

dormido hasta que, al llegar a los detalles de la rifa, el presidente anunció que él era el elegido para sacar las papeletas. Todos sus compañeros de mesa lo miraron. Él los ignoró y, mientras trataba de ocultar cómo se le aceleraba la respiración y apretaba los puños por debajo del mantel, siguió con los ojos clavados en el escenario. El presidente terminó su intervención y se dispuso a bajar de la tarima. Pero, al menos hasta donde Easter podía ver, no había ninguna escalerilla. Se imaginó allí arriba, vulnerable, con su ridícula pierna a la vista de todos, como si fuera una atracción de feria.

Sin embargo, cuando se volvió para mirar hacia su mesa de Cerraduras Peel Davis, vio de pasada a todos los demás jugadores, ninguno de los cuales había sido elegido para la rifa, y sintió una leve punzada de placer.

Llegaron las tartaletas de salmón. Terry le hizo varias preguntas sobre la lesión, el equipo y el nuevo entrenador. Cada vez que le respondía, Easter tenía que enfrentarse a ese círculo de bocas rosáceas que no paraban de masticar. Intentó hacer que les resultara interesante, que sonara como si les estuviera pasando información privilegiada, pero se vio diciendo justo lo mismo que le había contado a Peter Pascoe la semana anterior en una breve y tensa entrevista por teléfono. Ellos emitían unos cuantos gruñidos en señal de reconocimiento y se llevaban a la boca las migas de hojaldre que se les habían caído. Era consciente de que, al menos técnicamente, estaba haciendo las veces de anfitrión en aquella mesa. Habían pagado por estar con él. Tenían derecho a elegir el tema de conversación, tal vez incluso podrían haber dispuesto de una lista de precios, como si fuera su chico de compañía o el mago que los iba a distraer durante la cena.

Cuando llegó el rosbif, los demás se pusieron a hablar entre ellos. Terry, sin embargo, parecía estar dispuesto a pasarse toda la noche haciendo comentarios triviales. Le preguntó si había visto el partido que ganaron el sábado. Él le contestó que no, que había estado en casa y, cuando Terry descubrió que tenía un hijo, se le ocurrió toda una nueva batería de preguntas sobre Tyler, a muchas de las cuales —para su vergüenza— Easter no sabía ni cómo contestar.

Después de la carne, el pomposo responsable de las actividades sociales del club ofreció un detallado informe de los dos campamentos futbolísticos

que se habían desarrollado durante las vacaciones de Navidad y el personal empezó a circular por las mesas con las papeletas para la rifa. Easter visualizó el largo camino que tenía que recorrer. Los cientos de ojos que lo estarían observando cuando titubeara frente al escenario. El estómago se le descompuso. Por un momento, se imaginó que Leah estaba allí con él, que no había nadie más en el salón salvo ellos dos. Un estallido de carcajadas lo obligó a darse la vuelta para mirar a la mesa en la que un grupo de patrocinadores se estaban retorciendo de risa por algún comentario de Jones, que estaba completamente erguido y los miraba con desprecio. Cuando se volvió de nuevo, Terry había empezado a hablar con el tipo que tenía al otro lado.

Echó la cabeza atrás y suspiró hondo. Hubo un tiempo, antes de la lesión y de su paso por el Middlesbrough, en que le encantaba ir a ese tipo de actos grotescos para poder contarle luego a Leah lo que había visto. Pero cuando se planteó qué podría contarle de esa noche lo único que se le ocurrió fue que todo sonaría patético. Que no había sido capaz de comportarse como un hombre y subir al escenario sin miedo, y que no sabía a qué guardería iba su hijo.

Justo encima de donde estaba él faltaba uno de los paneles del techo. Una inmensidad oscura se abría al otro lado y se extendía más allá de las tuberías de aluminio, las pelusas de polvo y las vigas oxidadas de la tribuna principal. De pronto le vino a la cabeza una imagen con la que solía fantasear a menudo: Tyler gateando hacia él por el terreno de juego en el último partido de la temporada para que lo cogiera, lo besara, se lo pusiera sobre los hombros y le diera una vuelta delante del público.

Durante el postre hubo un poco menos de ajetreo. A Terry parecían habersele agotado los temas de conversación, y Easter pudo quedarse en su sitio sin que nadie lo molestara, bebiendo y tratando de acabarse la tarta de melaza, hasta que el presidente reapareció en el escenario.

—Caballeros, es un auténtico placer para mí presentar a nuestro invitado de honor de esta noche. ¿Qué puedo decir de él? Veinte años de experiencia como entrenador en las divisiones más altas de la liga. Una autoridad respetada por todos. Alguien a quien no le da miedo la controversia. Un

empresario de éxito. Damas y caballeros, con todos ustedes, Doug King.

Mientras el señor King trataba a duras penas de encaramarse al escenario, el público rompió en aplausos.

—La hostia —dijo cuando por fin consiguió llegar y cogió el micrófono—. No creo que eso me venga muy bien para la hernia.

Las risas volvieron a extenderse por la sala. Los carritos del té y del café pasaron tintineando entre las mesas. Los patrocinadores se aflojaron los cinturones y se reclinaron en los asientos.

—¿Sabéis qué es lo que le permite a uno ganar títulos?

Se calló un instante y se apoyó el micrófono en la tripa para mirar inquisitivamente a su audiencia.

—¡La pasta! —gritó alguien, jaleado por toda su mesa.

—¿La pasta? La pasta no vale para una mierda. La entrega. Eso es lo que te hace ganar títulos. La entrega.

Se produjo un murmullo generalizado de aprobación. Y a pesar de que muchos se quedaron perplejos al enterarse en ese momento de que Doug King había ganado algún título, lo que estaba diciendo les encantaba.

—En todos los clubes en los que he estado, siempre teníamos la misma tradición. *El vago*, la llamábamos. ¿Lo habíais oído alguna vez? Bueno, da igual. El caso es que cuando acababa la sesión de entrenamiento, votábamos para ver quién había sido el jugador que peor había entrenado, el que menos ganas le había puesto, y el elegido tenía que llevar una camiseta con la palabra *vago* durante toda la sesión del día siguiente. La camiseta era de color rosa y los muchachos podían escribir en ella cualquier barbaridad que se les ocurriese. Y bajo ningún concepto podía lavarse. Al final de la temporada ese trozo de tela casi podía echar a andar solo, os lo juro.

El público estaba cautivado. Habló largo y tendido de la mentalidad ganadora, de la experiencia de bajar de división, de la muerte de su padre, de los efectos desastrosos de los jugadores extranjeros. Cuando acabó, recibió una ovación tan larga y calurosa que tuvieron que llamar a un camarero para que limpiase una mesa que había quedado empapada después de que uno de los patrocinadores la golpeará con demasiado entusiasmo. King todavía estaba en el escenario cuando el director deportivo subió para anunciar el

comienzo de la rifa.

Easter se agachó para coger las muletas de debajo de la mesa. Se levantó y empezó a caminar hacia el otro lado de la sala. La gente retiraba las piernas a regañadientes. Pasó junto a un par de mesas con jugadores y, sin querer, se encontró con los ojos de Tom, que asintió ligeramente con la cabeza y apartó la mirada.

Una vez que terminó de rodear las mesas con mucho cuidado, pendiente en todo momento de no tropezarse con los cables pegados al suelo con cinta aislante, el alboroto había disminuido. Mientras todo el mundo lo observaba, esperando a que subiera, lo único que podía oírse era el golpeteo de la férula sobre la fina moqueta de color burdeos.

En cuanto llegó al escenario, Doug King —que aún seguía allí— se dio cuenta de que le iba a ser imposible subir. Le arrebató el micrófono al director deportivo y, antes de pasárselo a Easter, dijo:

—Va a ser mejor que te quedes ahí abajo, chaval. Parece que te ha violado una manada de elefantes.

Las carcajadas aún continuaban cuando leyó el primero de los números y reaparecieron de tanto en tanto mientras sacaba el resto de las papeletas y entregaba los caros y anodinos regalos.

Se marchó de allí en cuanto terminó. Pidió un taxi por teléfono desde un rincón cerca de la cocina, rodeado de platos sucios. Y le informaron de que tendría que esperar unos cuarenta minutos. Al cabo de un rato, un camarero que claramente no lo había reconocido salió de la cocina y le dijo que no podía quedarse allí, así que tuvo que dejar su refugio de platos amontonados para permanecer al borde del amasijo indiferenciado de personas que poblaba el salón, sin poder quitarse de la cabeza la idea de que Leah podía ver lo grotesco que resultaba allí plantado.

Al volverse, vio a Tom remoloneando cerca de él.

—¿Cómo vas, tío? —Le guiñó un ojo—. A mí me revientan estas cosas.

Tom echó una mirada a una fila de hombres vueltos de espaldas que estaban a su lado y se acercó a Easter. Tenía un vaso de cerveza medio vacío en la mano y parecía borracho.

—¿Y tu bebida? —preguntó Tom.

—Me la he dejado en la mesa.

—Toma ésta —dijo, ofreciéndole los restos de su pinta.

Easter se echó a reír y, aunque en un primer momento puso cara de asco al ver el vaso, terminó aceptándolo.

—¡Venga, qué cojones! —exclamó, y se bebió lo que quedaba de un trago—. Salud. Oye, ¿en qué mesa estabas tú?

—No me acuerdo muy bien, algo relacionado con parques eólicos.

—¿Parques eólicos?

—Sí, tío. Parques eólicos no sé qué o No sé qué parques eólicos —contestó, y a continuación señaló la férula—. Yo también llevé una de éstas hace unos meses.

—Ya me acuerdo. Pero lo tuyo no fue rotura de tibia y peroné, ¿verdad?

—No, no. No fue eso. ¿Cómo lo llevas?

—Pues es la hostia de incómodo.

—Fue terrible verlo —dijo Tom.

—Tú estabas en el banquillo, ¿no?

Los tipos que estaban en fila los reconocieron.

—¿Cómo reaccionó Wilko?

Tom se dio la vuelta para alejarse de ellos.

—No tengo ni idea. Yo estaba pendiente de lo que pasaba. Él estaba al otro lado del banquillo.

Quería seguir preguntando para enterarse de lo que dijeron en el vestuario y de cuántas veces habían hablado de él desde entonces, pero se contuvo. Los tipos se iban moviendo sigilosamente hacia ellos. A medida que empezaron a rodearlos, a ofrecerles bebidas y a hacer gestos en dirección a la férula, Easter se pegó a Tom. Se les acercaron más tipos y, aunque trató de permanecer al lado de Tom y notó que éste quería hacer lo mismo, no tardaron mucho en quedar separados. Los patrocinadores se arremolinaron alrededor a Easter. Alguien le puso una bebida en la mano. Le fue imposible escaparse de allí hasta que el director deportivo fue a buscarlo y se lo llevó de nuevo al escenario para una sesión de fotos —en algunas de las cuales tenía que aparecer solo y en otras junto a Fleming y Jones— con el patrocinador de las camisetas, con el de los programas, con el del estadio y con el de la tribuna

principal.

—¿Para cuánto tienes? —le preguntó Jones mientras le miraba la pierna.

—Todavía no lo saben bien. Supongo que unos cinco meses.

—¿Para empezar la rehabilitación, dices?

—No, para volver a jugar.

—¿Qué tenías? ¿Rotura de tibia y peroné? Te puedes dar con un canto en los dientes si son nueve meses.

En cuanto la sesión de fotos terminó, lo soltaron de nuevo entre el gentío. Hacía mucho que no estaba tanto tiempo de pie, que no bebía tanto, y empezaba a encontrarse agotado, atontado. Todavía quedaban unos veinte minutos para que llegara el taxi. Trató de buscar a Tom, pero no lo vio. Cada persona que se acercaba le preguntaba por la pierna. Respondió a lo mismo una y otra vez hasta que la lesión se transformó en algo ajeno a él: en algo que tenía su propia existencia y no guardaba ninguna relación con el tedioso transcurso de sus días y sus noches; algo a lo que se podía dar una explicación, una definición, un calendario y un plazo de finalización diferente al cálculo optimista que solía arrancársele al médico del club para filtrarlo a la prensa.

A la mañana siguiente, Tyler lo despertó temprano con sus gritos. Se quedó un rato bajo las sábanas, con un fuerte dolor en la pierna. Trató de identificar alguna palabra entre los berridos, pero pronto comprendió que no merecía la pena. No encontraba ningún sentido a los constantes balbuceos de Tyler. Leah, en cambio, sí que parecía entenderlos. Era capaz de escuchar una larga serie de ruiditos incoherentes y comprender que el niño quería ver la tele o tomarse un vaso de refresco de grosella, y él la miraba con incredulidad, deseando formar parte de ese vínculo, pero sintiéndose en realidad excluido de él, como un extraño. Esperó a oír el ruido de la puerta principal cerrándose, pero incluso entonces le resultó difícil moverse. Era como si le estuvieran clavando agujas en la pierna. Tenía el cuerpo pesado y la resaca iba a hacer que le estallaran las sienes. Se dijo a sí mismo que no tardaría en levantarse y se dio la vuelta con cierta incomodidad para seguir durmiendo.

Cuando salió de la habitación, vio que Leah le había dejado una nota en la moqueta: «Me pasaré por casa de mi madre después de dejar a Tyler en la guardería y volveré a casa cuando lo recoja». Observó aquella letra desconocida y pulcra y le extrañó que no le hubiera enviado un mensaje. Leyó la nota una segunda vez y, pensando ya en el soniquete que hacía el portátil al encenderse, la dejó caer al suelo.

Debido al acto con los patrocinadores, no había podido echar un vistazo al foro desde el día anterior por la tarde. El hilo que estaba siguiendo ya no estaba al principio de la página, pero se dio cuenta al instante de que había mensajes nuevos.

¿Os habéis fijado en que...?		
Creado por Leyenda del Town 20 de febrero de 2012 ≤ 1 2 ≥	Respuestas Visto por:	13 218

Publicado por Leyenda del Town el lunes a las 11.20

¿Desde que se lesionó Easter estamos jugando mejor? ¿Creéis que es una coincidencia?

Publicado por Camino a Wembley 2010 el lunes a las 12.32

Yo sí porque su lesión coincidió con la llegada de Wilkinson.

Publicado por Calvo y orgulloso el lunes a las 12.50

Estoy completamente de acuerdo. Para mí, las razones de este cambio son el nuevo entrenador y el fichaje de Gundi. Nos hemos pasado la temporada entera llorando para que trajeran a un goleador y este tío es un verdadero crack.

Publicado por Unacopademás el lunes a las 12.56

La lesión de Easter ha ayudado bastante, pero el cambio ha sido tan brutal que sólo puede deberse a la llegada de Wilko (y de Gundi). Mirad cómo están las cosas ahora y cómo estaban hace un mes.

20 de enero	J	G	P	E	GF	GC	Ptos.
21 Hereford United	26	6	7	13	25	41	25
22 Dagenham & Red	25	6	3	16	25	42	21
23 Plymouth Argyle	26	5	6	15	28	48	21

24	Northampton Town	26	5	6	15	32	54	21
25	TOWN	25	1	9	15	20	53	12
20 de febrero								
21	Plymouth Argyle	31	6	9	16	35	52	27
22	Hereford United	31	6	9	16	35	52	27
23	Northampton Town	29	6	6	17	34	57	24
24	Dagenham & Red	30	7	3	20	30	56	24
25	TOWN	29	4	10	15	27	55	22

Publicado por Farris el lunes a las 12.59

Oye, Leyenda del Town, ¿tú estás zumbado o qué te pasa?

Publicado por Leyenda del Town el lunes a las 17.25

Seguro que es verdad lo del nuevo entrenador, pero lo que yo quería decir es que no puede ser casual que las cosas hayan empezado a ir bien justo desde que Easter no está. En la primera vuelta, Clarke no consiguió que rindiera al máximo y eso probablemente afectó a todo el equipo. Será interesante ver cómo cuadra en los nuevos planes de Wilkinson cuando vuelva a estar en forma.

Publicado por La voz de la razón el lunes a las 18.04

Chris Easter es un jugador de segunda y lo fichó un entrenador malísimo y sin carisma al que apoyaba de manera incondicional un presidente con más dinero que seso. En caso de que su carrera no esté completamente acabada, dudo mucho que se acerque siquiera al equipo titular. Fin de la historia.

Publicado por Jamesy1987 el lunes a las 20.05

El presidente no debía de apoyar de manera tan incondicional a Clarke cuando no tuvo inconveniente en darle boleta. 😞

Publicado por Mary B. el lunes a las 20.49

Pues yo creo que en todo este asunto se está pasando por alto lo importante que ha sido la incorporación de Bobby Hart como reemplazo de Easter. Jones + Hart = Liderazgo + Fuerza = Combinación Ganadora.

Publicado por La ostra pocha el lunes a las 21.47

Easter me ha sacado de quicio bastantes veces esta temporada, pero ha habido ocasiones también (como en el partido fuera contra el Morecambe) en las que me ha recordado bastante al futbolista que solía ser. Aun así, no creo que tenga muchas opciones de volver al equipo.

Publicado por Riversider el lunes a las 23.57

Sí, se han visto algunos destellos de aquel chaval que llegó de los juveniles, pero en la mayoría de los partidos ha estado desaparecido. En el partido contra el Cheltenham fuera de casa, por ejemplo, lo hizo de pena y Marlon Pack se lo comió vivo. El que marca la diferencia es Jones. Con Easter lesionado, parece incluso mejor.

Publicado por Zumbón el martes a las 00.22

¿Ya estamos otra vez babeando con Jones? ¿Eres familia suya o algo así, Riversider?

Publicado por Culogordo el martes a las 08.06

No entiendo por qué le dais tantos palos a Easter en este foro. Siempre da la cara, incluso cuando está pasando por una mala racha. ¿Y de verdad os parece que éste es el mejor momento para ensañaros con él? Si le rajas, este tío sangra los colores del equipo.

Publicado por Pregonero Ian el martes a las 08.22

Me da a mí que eso es justo lo que están haciendo los médicos ahora, colega. 😊😊😊

Publicado por Riversider el martes a las 10.00

Yo lo único que digo es que, desde que no se pelea con Easter por los mismos balones, Jones puede jugar a lo que le gusta. Y gracias a eso el equipo va mejor. Sí, es verdad que Clarke no supo sacar lo mejor de Easter, pero es probable que ya nunca sepamos si Wilkinson hubiera tenido más suerte. Por cierto, no soy familia de ningún jugador del Town.

Cuando terminó de leer el último comentario, se quedó mirando la pantalla. La piel le latía por debajo de la férula. Apoyó las manos en el teclado un instante y después empezó a escribir:

Publicado por Leyenda del Town el martes a las 11.21

Estoy de acuerdo en que ninguno de los dos podía jugar como le gustaba cuando estaban a las órdenes de Clarke. A pesar de que el juego natural de Easter es ofensivo, el místico lo obligaba a ayudar abajo para que Jones pudiera asociarse con los delanteros. Según he oído, Clarke se ha cansado de buscar equipo y ha vuelto a su negocio de furgonetas. En mi opinión, ése es el sitio que le corresponde.

Envió el comentario, cerró el portátil y se dirigió al dormitorio para tumbarse en el suelo y estirar un poco antes de bajar a ver si Leah le había preparado algo de comer.

14

Después de empatar en casa con el Accrington, el presidente se presentó en el vestuario y, mientras comían lasaña de unos platos de papel que tenían sobre las rodillas, les comunicó que pasarían tres días en un hotel rural con campo de golf para concentrarse antes del partido de vuelta de la final regional del Paint contra el Charlton.

El domingo por la mañana, al subir al autocar, Tom se sentó en el que ya era su sitio habitual, cerca de la parte delantera, a la izquierda. Mientras el resto de los jugadores iban avanzando por el pasillo, llenando con sus olores el interior del vehículo, Beverley hizo ademán de ir a ocupar el asiento contiguo.

—No te molesta, ¿verdad?

Tom quitó su bolsa para que pudiera sentarse.

—Tengo *bagels* y me he descargado en el iPad el cuatro en raya.

—Fiestón, chaval.

Durante los cinco minutos largos que el autocar tardó en arrancar, Beverley se dedicó a colocar sus cosas y a acomodarse. Era la tercera vez que se sentaban juntos y, aunque Tom no se lo esperaba, no le molestó tener compañía; es más, casi lo agradeció. Beverley no parecía tener dobleces. Era fácil llevarse bien con él y, después de su experiencia compartiendo habitación con Easter, le resultó bastante hablador. A los demás también les caía bien: siempre estaba en los corrillos que se formaban en el vestuario y, según se había enterado Tom por los chismes que circulaban los lunes por la mañana, había ido un par de veces al Hut. Se dispuso a abrir un tupper

enorme. Dentro había dos filas de *bagels* envueltos en film transparente.

—Pilla, tío. Éstos están rellenos de queso y carne, y esos de ahí de beicon y aguacate —dijo Beverley.

Comieron y jugaron un par de partidas al cuatro en raya. Durante todo ese rato, Beverley estuvo medio pendiente de las conversaciones un tanto erráticas sobre apuestas e implantes de pelo que tenían lugar por detrás de ellos. Cuando entraron en la autopista, tanto los *bagels* como su interés por el juego se habían agotado. Beverley se puso los cascos y Tom a mirar por la ventana, absorto en sus pensamientos. Se acordó de cuando quemó el número de Liam en el fregadero de la cocina; de la noche en que perdió el control del coche y un policía que resultó ser hinchas del Town lo llevó a casa. Beverley lo sacó de sus ensoñaciones con un golpecito en el brazo.

—¿Has jugado alguna vez en Wembley, Tommy?

—Yo no. ¿Y tú?

—Tampoco. ¿No jugaste allí con la selección?

Tom negó con la cabeza y dijo:

—Jugué una final con la subdiecisiete, pero fue en Burton.

—¿Crees que tenemos alguna posibilidad?

—Puede ser. Llevamos ventaja.

Beverley apoyó la cabeza en el asiento y la movió de un lado a otro.

—En serio, tronco. Si lo conseguimos, conozco a veinte o treinta personas que se van a volver completamente tarumbas. Será una pasada. No puedo parar de pensar en ello.

Tom, sin embargo, se dio cuenta de que no le había dedicado a Wembley ni un solo pensamiento. Se imaginó a su padre contándoselo a los compañeros de trabajo, organizando el viaje, comprando camisetas del Town, sentándose en ese estadio gigantesco con Rachel, su madre, Kenny y John, y tuvo que levantarse corriendo para encerrarse en el baño por miedo a vomitar los *bagels*.

El hotel era bastante lujoso. Un personal impecable y sonriente los recibió en el camino de grava de la entrada. Después de cruzar el vestíbulo, inundado por el aroma de unas flores colgantes enormes, el equipo entero se fue corriendo a la piscina y al spa, para espanto de un grupo de ancianas golfistas

que estaban tomando el té junto a la pileta.

Después de cambiarse y ver su habitación, Tom salió con Beverley a dar una vuelta por los jardines. Había un estanque artificial. Un murete. Un huerto pequeño en el que un anciano fornido hacía algunos apaños con un trozo de cuerda mientras los observaba a través de las ramas. Antes de la cena, el equipo técnico los reunió a todos en una sala de conferencias inmensa para ver el vídeo del partido de ida. Los jugadores estaban eufóricos, revolucionados, y su reacción al gol grabado fue casi tan enfervorizada y física como la celebración real.

Por la mañana, después de una sesión de entrenamiento en las instalaciones de un internado cercano, los llevaron al campo de golf. A la entrada del club los esperaba una hilera de carritos eléctricos. Se dividieron en los grupos de cuatro que había dispuesto Wilko. A Tom le tocó hacer pareja con Beverley para enfrentarse a Boyn y Daish. Resultó evidente —ya incluso desde que enfilaron la primera calle, y el carrito resonó como un montón de copas chocando cuando Boyn sacó el primer paquete de cervezas de su bolsa— que Tom y Beverley no habían jugado al golf en su vida. La bola de Beverley fue a esconderse detrás de un castaño monstruoso. Él se quedó mirándola un rato, como valorando qué hacer con ella. Al final decidió golpearla para ponerla de nuevo en la calle, pero salió despedida de la cabeza del palo, se estampó contra el tronco de un árbol y, al rebotar, a punto estuvo de darle en la cara. Todos se doblaron de risa. A continuación, Tom dio una serie de golpes al aire desde un búnker. Al quinto intento logró sacar la bola y, en cuanto subió, se dio cuenta de que la había metido en otro. Cuando lograron terminar el hoyo, pudieron oír en la lejanía la ovación irónica que les dedicó el equipo que iba detrás de ellos. Boyn y Daish rellenaron aplicadamente las tarjetas de puntuación: Beverley 13, Pearman 15. Se repartieron otra ronda de cervezas y el carrito avanzó con dificultad hacia el siguiente hoyo.

—Tíos, en serio —dijo Boyn mientras el carrito atravesaba un terreno irregular y el traqueteo hacía que le temblara la voz—. Es como jugar con las viejas que hemos visto antes.

Mientras hablaba, intentó quitar la anilla de su lata y, cuando por fin lo

consiguió, le saltó encima un chorro de cerveza.

—¡La hostia! —exclamó mientras la lata seguía escupiendo cerveza en su regazo—. Me estoy poniendo perdido.

—Oye, Boyney —dijo Daish desde el asiento del conductor—, antes ya te he dicho lo que pienso de que hables como una vieja.

Tom se reclinó en el asiento. Y en ese mismo instante, borracho, expuesto al aire frío y puro de ese lugar en mitad de la nada, por fin empezó a pasárselo bien. Cerró los ojos y se dejó llevar por el ruido del carrito y la alegría de los demás.

Beverley y él mejoraron un poco en el hoyo siguiente. Sin embargo, poco después, su compañero arrancó un pedazo de tierra del cuidado césped del *green*. Tom, Boyn y Daish se agacharon al lado del carrito apoyando las manos en los muslos para poder ver sobre la superficie aterciopelada del *green* el trozo de tierra, que tenía un aspecto tan denso y succulento como una porción de tarta de tofe. Después de fallar seis veces, Beverley por fin consiguió meter la bola. Fue corriendo hacia Tom con los brazos levantados y se fundió con él en un abrazo. Empezaron a saltar juntos y a gritar consignas que Tom ni siquiera entendía. Por encima de los hombros de Beverley, pudo ver a Boyn y a Daish observándolos. Acto seguido levantó los brazos del torso tibio de su compañero y se apartó.

A pesar de que las bromas continuaron y el alcohol no paró de circular hasta que acabaron el recorrido, Tom tuvo mucho cuidado de no acercarse demasiado a Beverley, salvo para chocar los cinco o hacerle alguna pregunta absurda sobre las opciones de tiro. Durante la cena en el restaurante, las principales fuentes de diversión fueron las actuaciones de los jugadores, las tarjetas de resultados, y también la pelea que tuvieron Bobby y Steven a mitad de su recorrido. Tom se vio incluido en las conversaciones hasta un punto al que no estaba acostumbrado, pero intentó actuar con normalidad: participó en ellas activamente y, para su propia sorpresa, fue capaz incluso de hacer una descripción del asalto al segundo hoyo de Beverley con la que los comensales de las dos enormes mesas se desternillaron de risa. Boyn —que estaba sentado junto a él— le pasó una mano por el hombro y, mientras se apretaba contra su pecho, Tom se sintió reconfortado por la imagen que

estaba proyectando: al fin se sentía uno de ellos, un igual.

Les dieron permiso para tomar una copa en el bar del hotel antes de volver a sus habitaciones. Cuando subía por la imponente escalinata con Beverley —que de alguna manera se las había ingeniado para no dejar de beber en todo el día y estaba como una cuba—, Tom vio su reflejo en uno de los espejos dorados y, presa de un ataque repentino de alegría, se sonrió de oreja a oreja.

Sin embargo, en cuanto se tumbó en la cama a oscuras y Beverley empezó a roncar, la sensación de bienestar desapareció. Los pensamientos se le agolparon en la cabeza. Se sintió desgarrado por un deseo incontenible y asfixiante. No podía dejar de pensar en las manos de Liam, en su cara, en su cuerpo y en todas las cosas que habían hecho juntos: en todas esas cosas que trataba de borrar de su mente pero que sabía que quería repetir.

Con poco más que hacer en el hotel excepto nadar, pasear o darse un masaje, cuando llegó el martes —el día antes del encuentro— el equipo estaba que se subía por las paredes. Tras una breve pero intensa sesión de ejercicios en el campo de cróquet rodeado de setos del hotel, los jugadores se dispersaron. Unos se fueron a ver la tele. Otros, a la cama. Y un pequeño grupo —Price, Boyn, Richards y Bobby Hart— se escapó para tratar de encontrar un pub, pero se perdieron muy pronto y acabaron en los alrededores de un embalse. Cuando volvieron al hotel en un taxi poco tiempo después, Wilko los estaba esperando en recepción y les puso una multa de doscientas libras a cada uno. Ante la mirada atónita de los camareros, cenaron en mesas separadas y se los mandó a la cama temprano. Sin embargo, en cuanto llegaron al piso de arriba, se metieron en la habitación de Bobby y continuaron la partida de cartas que habían dejado pendiente la noche anterior.

Los cuatro fueron incluidos en el once inicial contra el Charlton. Y también Tom. Según dijo Wilko en la reunión que mantuvieron durante el desayuno, se merecía una oportunidad. Y, si lograban llegar a Wembley —afirmó—, la final la disputarían quienes los habían llevado hasta ella.

El Valley era con diferencia el estadio más grande en el que había jugado

el Town. Cuando el autocar se detuvo en las inmediaciones, los jugadores se quedaron contemplándolo extasiados por la ventanilla hasta que vinieron a recogerlos y fueron conducidos al interior.

Al estirar la pierna para coger un balón mientras calentaban, Beverley notó un pinchazo en la ingle que ya le había estado dando problemas las últimas semanas. Salió del terreno de juego renqueando, con un calambre en la parte interior del muslo, y Tom tuvo que ayudarlo a subir los pocos escalones que había hasta la entrada del túnel. Al llegar al vestuario, lo tumbaron en una camilla y, mientras Wilko daba su charla previa al partido, el masajista se inclinó sobre él para infiltrarle.

Aunque no había más de media entrada, el griterío del público llegaba con claridad hasta el terreno de juego cuando dio comienzo el encuentro. Los jugadores del Charlton salieron muy enchufados y, por miedo a cometer un error, el Town se encerró atrás, sin atreverse a subir de otra manera que no fuera lanzando balones largos a Gundi. Como consecuencia de ello, muy pronto se vieron desbordados. Un centrocampista del Charlton subió trotando hasta el área y enganchó un disparo que se estrelló en el travesaño. Las insistentes instrucciones de Wilko desde el área técnica se perdían en el creciente murmullo de expectación del público y, al poco rato, el Charlton marcó en un lanzamiento rápido de córner. A la hinchada del Town, hasta entonces eufórica, se la tragó el estruendo. Diez minutos más tarde, Beverley se acercó para sacar de banda en la zona de medios del Town. Como nadie se ofrecía, se volvió para intentar retrasarla al portero, pero un delantero avisado del Charlton la interceptó, se fue corriendo hacia el área y se la coló a Foley por debajo de las piernas.

Los jugadores comprendieron que iban a perder. Decididos a evitar un marcador humillante, formaron un muro por detrás del balón. Tom apenas tocaba bola, ni siquiera cuando trataba de meterse por el interior para buscarla. No hacía más que perseguir sombras y vagar sin rumbo por el terreno de juego, como si se hubiera perdido en mitad de la niebla y tanto el partido como el público estuvieran muy lejos de él. Aunque las ráfagas de sonido eran fuertes, a él le parecían lejanas, confusas. Las gradas estaban bastante alejadas del terreno de juego, y en aquella masa indiferenciada de

cuerpos era incapaz de distinguir un solo grito, ni una sola vena en el cuello o en la frente de alguien. Las filas de espectadores no adoptaron un aspecto definido hasta que sonó el pitido final y Wilko los obligó a acercarse a los hinchas del Town para darles las gracias. Sus rostros pálidos y decepcionados brillaban bajo la iluminación del estadio mientras aplaudían a los jugadores, resignados a esa derrota por 3 a 1 en el total de la eliminatoria.

Veían pasar los coches a toda velocidad entre los árboles. Había aparecido una topera justo en el lado de la banda donde el equipo estaba haciendo estiramientos. Un par de campos más allá, Liam se paseaba de un lado a otro, estudiando un cuadrado de césped señalizado con los mismos conos de colores mugrientos que el equipo usaba para hacer sus ejercicios. Tom se puso bocabajo para ocultar la entropierna. Y, mientras se sujetaba un pie contra la parte superior del muslo —primero uno, después el otro—, se apretó angustiado contra la esterilla a ver si así se le pasaba.

No se dio ninguna prisa en el vestuario ni tampoco en la cafetería. Se sentó a comer con Beverley, que no había ido a entrenar porque apenas podía dar un paso y llevaba muletas. Según le contó a Tom, no había pegado ojo en toda la noche. El dolor se había vuelto tan insoportable que tuvo que levantarse de la cama y se quedó en el sofá viendo varias temporadas seguidas de *Only Fools and Horses*. Tom se fue cuando los demás empezaron a hacerlo y cogió el coche para ir al estadio. A través de las ventanas vio a unas cuantas personas dando vueltas por la tienda, pero las entrañas de la tribuna principal estaban prácticamente desiertas. El eco lejano de unas voces. El clásico aroma a linimento. La luz mortecina que se colaba por la entrada al campo. Fue al vestuario, volvió a cambiarse y, una vez dentro del gimnasio, se machacó hasta que le fallaron los músculos.

Después regresó al campo de entrenamiento. Pero, en lugar de dirigirse con el coche hacia el camino de entrada, se detuvo a un lado de la carretera principal, detrás de una camioneta, frente a un claro que había en los setos.

En cuanto el capó del coche de Liam asomó entre las ramas, Tom se reclinó en el asiento. Se quedó mirando unos instantes al cielo, donde unas

nubes inmóviles y cargadas de lluvia pendían sobre las copas de los árboles. Cuando se incorporó, el coche ya se había alejado. Antes de arrancar, esperó a que pasara un vehículo, y después otro.

Seguirlo no le resultó complicado. Liam conducía a una velocidad prudente y constante, como si todavía estuviera al volante del tractor. En un momento determinado, la camioneta que llevaba delante tomó una salida en dirección al centro, dejando entre ellos tan sólo un coche de separación. Frenó un poco para dejar más distancia y, al hacerlo, el semáforo por el que Liam ya había pasado se puso en rojo. Mientras esperaba, la sordidez de lo que estaba haciendo empezó a inquietarlo, y la idea de dar media vuelta le pasó fugazmente por la cabeza. Sin embargo, cuando el semáforo cambió a verde, la inercia del tráfico lo obligó a continuar. Y al cabo de pocos minutos ya estaba dando vueltas en círculo frente a los edificios idénticos del callejón en el que vivía Liam. Aparcó y se quedó observando a una distancia prudencial cómo abría la puerta y se metía dentro de casa. Después de una hora y media sin que hubiera ningún movimiento visible en las ventanas, le entraron unas ganas enormes del ir al baño y se marchó.

A la tarde siguiente, Liam dio un pequeño rodeo en su trayecto de vuelta. Con las venas de los dedos latiendo fuerte sobre la palanca de cambios, Tom lo siguió por una serie de calles que no conocía hasta que llegó a un centro comercial. Allí, Liam se bajó del coche y desapareció dentro de un B&Q. Un arrebatado de sensatez hizo que le entraran ganas de marcharse a toda velocidad. Sin embargo, por el retrovisor pudo ver que una mujer alta en pleno ataque de histeria se dirigía al coche que tenía al lado, con un bebé en el asiento auxiliar de un carrito lleno de cojines de color verde lima y espráis de limpieza. La señora le estaba gritando al niño. Sin sacarlo del carrito, abrió el maletero y empezó a colocar la compra. Tom notó cómo el carrito chocaba contra la parte trasera de su coche y tuvo la tentación de tocar el claxon para asustarlos; de dar marcha atrás con violencia y lanzar al bebé por los aires. Todavía estaban allí, gritándose el uno al otro, cuando Liam salió de la tienda. Llevaba dos cubos blancos y enormes por el asa, los brazos en tensión por el esfuerzo, los hombros hundidos y en constante movimiento. Tom esperó una eternidad hasta que la mujer consiguió por fin colocar al niño

dentro del vehículo y, sin quitar el carrito de detrás del coche de Tom, dio marcha atrás para salir del aparcamiento. Para cuando eso ocurrió, hacía ya mucho rato que Liam se había ido.

Estaba decidido a pasar el día libre durmiendo, pero cuando despertó se sintió incapaz de quedarse en la cama. Así pues, se levantó, se puso el chándal y se dirigió al gimnasio del estadio.

Otros jugadores habían ido también: Daish y Fleming —ambos convalecientes de una lesión—, que se acercaron a hablar con él mientras calentaba, y Gundi —gigantesco y absorto en la música de sus cascos—, que no se apartó del espejo de la sala de musculación en todo el tiempo que Tom estuvo allí. Todavía era temprano —ni siquiera habían dado las doce— cuando decidió dejar de hacer ejercicio y cambiarse. Salió al aparcamiento y se quedó sentado dentro del coche. Para evitar que su imaginación se desbocase otra vez, se obligó a meterse en un cine. La sala estaba vacía, salvo por un par de adolescentes bulliciosas y un hombre calvo con chaqueta de cuero que se quedó dormido durante los tráilers. La película era trepidante y bastante tonta, y en cuanto decidió que después de verla volvería directamente a casa por fin pudo abandonarse a ella y disfrutar de su cansancio, de su batido proteico a medio terminar y de su caja de *nuggets* de pollo.

Eso de seguir a una persona como lo estaba haciendo con Liam era algo que Tom ya había hecho. La vez anterior, su motivación fue el desprecio que sintió por sí mismo después de los dos incidentes con Craig. Se había pasado dos años intentando borrar aquello de su cabeza, pero el recuerdo parecía haberse reavivado.

El primer incidente tuvo lugar en la penumbra del parque al que habían ido durante muchos años a jugar al fútbol, tirar penaltis o fumarse alguno de los cigarros que conseguían birlar a sus padres. Los pilló a los dos tan de sorpresa que al principio se quedaron mirándose pasmados sin saber muy bien qué hacer. A continuación, Craig se inclinó para besarlo otra vez, y Tom tuvo la vertiginosa sensación de haber vuelto a la vida. Y, mientras se tocaban, se dio cuenta de que algo raro pasaba en su interior. El segundo y último se produjo un par de semanas más tarde en el dormitorio de Craig, un

día que sus padres habían salido al pub, y de él tan sólo podía recordar, aunque con mucha intensidad, una serie de fragmentos inconexos: el sabor del vodka, el póster de Tim Cahill en la pared, el bote de crema antiarrugas de la madre de Craig, que no les sirvió para nada.

Desde entonces, se evitaron el uno al otro. Tom se encerró en sí mismo, se aisló de la familia y se refugió en el alcohol, que con mucho gusto le compraban a cambio de unas monedas los veteranos de la academia. Una noche estampó un ladrillo en el parabrisas de un Ford Focus cerca del parque. Y estuvo siguiendo a Craig durante un par de semanas: lo esperaba en el café que había delante de su instituto hasta que asomaba por las puertas giratorias y cada vez que lo veía con alguien, ya fuera chico o chica, se ponía hecho una furia. Aún le temblaban las piernas de miedo al recordar la tarde en que su madre subió a su habitación y le dijo: «Tenemos que hablar de una cosa». Se sentó a su lado y le contó que su padre y ella estaban muy preocupados porque sabían que estaba bebiendo. Al oírlo, sintió tal alivio que la abrazó y le prometió que dejaría de hacerlo. Se sentía un idiota, le confesó, y a partir de ese momento se centraría sólo en el fútbol.

Justo cuando estaba a punto de arrancar para salir del callejón, un coche aparcó frente a la casa de Liam. Un tipo alto y joven salió de él, se acercó a la puerta, sacó una llave y entró. Aunque sabía que podía ser uno de los compañeros de piso de Liam, se quedó una hora más sin quitar el ojo de las ventanas.

Muy pronto, seguir a una persona se convirtió en una costumbre perfectamente normal. Ya había conseguido olvidarse tanto del miedo a que lo pillaran como de las razones que lo habían llevado a hacerlo. Para finales de semana tenía la práctica suficiente como para poder dejar entre ellos una distancia de seis coches y le bastaba con atisbar de vez en cuando la carrocería verde del Nissan para no perderlo de vista. La rutina diaria de Liam, sin embargo, no solía experimentar muchos cambios. No parecía disfrutar de una vida demasiado ajetreada fuera del trabajo. Salía temprano hacia cualquiera de los dos campos en los que trabajaba, se iba nueve horas

después, a veces se pasaba por alguna tienda de bricolaje y volvía a casa. Mientras estaba sentado en el coche —pendiente de la mujer que había cruzado con su perro hacia el otro lado—, Tom se preguntó qué haría allí dentro, solo, hasta que llegaban sus compañeros de piso. Ya era capaz de reconocer a unos cuantos vecinos del callejón: la mujer asiática con el cochecito de niño, el hombre que pasaba de vez en cuando por delante de una ventana con el batín puesto, el pintor y decorador que tenía la camioneta delante de la cual había aparcado Tom ese día.

En ese momento, Liam salió de casa. Tom, del todo desprevenido, tuvo que esconderse debajo del salpicadero. Cuando se atrevió a asomarse otra vez, vio a Liam dentro de su coche. Se había cambiado y llevaba puestos unos vaqueros y una sudadera. Dejó que avanzara unos metros y, cuando llegó al cruce con la carretera principal, puso en marcha el motor. No tardaron mucho en volver al centro comercial. Tom estuvo un rato pensando si quedarse o no. Observó a Liam mientras cruzaba el aparcamiento, pasaba por delante del B&Q y se metía en una tienda de muebles. Mantuvo la mirada fija en la puerta, a la espera de que regresase, pero pocos segundos después lo vio por la cristalera de la planta de arriba. Caminaba entre las mesas de la cafetería en dirección, según pudo ver Tom, a una mujer que se había puesto de pie para saludarlo. Cuando se abrazaron, Tom dio un respingo al ver que era la mujer de Easter.

Al otro lado de la mesa había un niño pequeño comiendo. Liam se inclinó para decirle algo mientras le acariciaba el pelo y después se centró de nuevo en su madre. Hablaban casi sin pausa. La mujer de Easter se daba de vez en cuando la vuelta para atender a su hijo, pero al instante estaba otra vez con Liam, los dos completamente absortos en lo que decía el otro. Tom no les quitó el ojo de encima durante un buen rato. El niño acabó de comer y la mujer de Easter se levantó para sacarlo de la trona y ponerlo en el suelo. Él se fue de inmediato hacia la ventana. Al ver a aquel Easter diminuto, a Tom le vino a la cabeza el momento en que su padre había intentado abrir la ventana de la habitación la primera noche que compartieron cuarto.

Su madre se acercó a él, se agachó para apartarlo de la ventana y el niño se dio la vuelta para rodearla con los brazos. Se quedaron mirando juntos el

aparcamiento. A Tom ni se le pasó por la cabeza esconderse. Sus ojos se dirigían, más allá de ellos, al lugar en el que estaba Liam: ese perfil inmóvil con la cabeza gacha que miraba su taza de café.

Cuando ella se dio la vuelta, Tom arrancó el coche. Salió del aparcamiento del centro comercial y avanzó por unas calles que empezaban ya a sumirse en las sombras. Tomó una salida equivocada y estuvo un rato perdido hasta que volvió a encontrar la autopista que iba a la ciudad. Se paró en una licorería y compró una botella de vodka. De vuelta en el coche, la abrió, dio un buen trago y la escondió debajo del asiento del acompañante.

La luz anaranjada de las farolas bañaba los cuidados jardincillos del callejón. En el piso de arriba de la casa de Liam había luz en una ventana. Tom dio otro sorbo a la botella de vodka e intentó convencerse de que lo mejor era marcharse de allí para intentar salir de la insistente maraña de obsesiones que lo acosaban.

Liam volvió solo. Cuando se apagaron las luces de posición del Nissan, Tom dio un último lingotazo al vodka y salió del coche. Liam se detuvo en la acera en cuanto lo vio y esperó a que se acercara.

—Tom —dijo en voz baja.

Tom no le contestó ni lo miró.

—Sabes que no puedes entrar.

—Sí, lo sé.

—No vendrás como la otra vez, ¿verdad?

—No, tranquilo.

Liam lo observó con detenimiento y después miró hacia su casa.

—Al final no me escribiste. Esperaba que... Bueno, en realidad no tengo ni idea de lo que esperaba. De cualquier manera, nunca me imaginé que volvería a verte aquí.

—Me parece bien que quedemos para ir a tomar algo.

—Muy bien.

—Pero no podemos dejar que nos vean.

—Sí, ya lo sé.

Tom se quedó mirando la carretera.

—¿Se te ocurre algún sitio? —preguntó Liam.

—No he pensado en ello, la verdad.

—Bueno, ya tienes mi número.

—Lo perdí.

—Ah, vale. Si lo prefieres, puedo ponerme yo en contacto contigo.

—No, no. Te escribo yo.

Tom sacó su teléfono. Liam volvió a echar un vistazo a su casa y le dio su número.

Pero hasta que entró en el coche y pegó otro sorbo a la botella de vodka no lo registró en el móvil con un nombre falso, el primero que le vino a la cabeza: Gary.

15

Las puertas acristaladas del edificio principal estaban abiertas y un apetitoso olor a pollo al curry flotaba por los campos. Desde la esterilla tibia y pegajosa que usaba para los estiramientos, Tom observaba cómo entraba y salía de la caseta de mantenimiento el fornido ayudante de jardinero. Sus manos ágiles y sus movimientos dinámicos no se parecían en nada a los de Liam, de quien —ahora que estaba en el estadio— no quedaba una sola huella que pudiera enturbiar aquella atmósfera plácida y limpia.

El preparador físico los llamó para hacer unos ejercicios de velocidad, y Tom se puso en pie de un salto. Cuando hicieron una pausa para reponer líquidos, tenía las raíces del pelo agradablemente empapadas en sudor. Y, al ver que abrían una bolsa de balones, volvió a sentir en su interior un cosquilleo de ilusión que creía haber olvidado.

Se pusieron a regatear una hilera de conos por turnos. El asistente de Wilko cronometró sus tiempos. La concentración de Tom era absoluta. Condujo el balón con habilidad alrededor de los conos, como si su cerebro y sus pies fuesen uno. Cuando todos acabaron las dos series que tenían que hacer, resultó que Tom había marcado los mejores tiempos. Wilko se acercó a ellos y, a la vista de todos, lo señaló.

—A esto, señores, es a lo que se parece un jugador de la Premier —dijo, dándole una palmadita húmeda en los riñones que Tom aún podía notar mientras hacían los ejercicios de posesión que vinieron después.

Finch-Evans estaba sufriendo. El Town ganaba al Morecambe en casa por 1 a 0 y el segundo gol estaba cerca. Sin embargo, cada intervención del extremo izquierdo era un desastre: un tiro cruzado que se iba a las gradas, un pase a Fleming sin levantar la cabeza que les hacía perder la posesión... En los minutos finales de la primera parte quedó claro que no sabía ni por dónde andaba. El lateral derecho del Morecambe se adelantó para aprovecharse de la debilidad del Town por ese flanco. En el tiempo de descuento logró filtrar un balón a su tatuado número nueve y éste lo voleó con tanta fuerza que pasó lamiendo el poste y derribó una de las vallas publicitarias.

Sin embargo, Wilko no cambió al extremo en el descanso. Quería que se comportara como un hombre, dijo. Que volviera al campo y corrigiese sus errores. Finch-Evans respondió a esas palabras agachando levemente la cabeza. Wilko se volvió hacia el resto del equipo y dio unas palmadas.

—De puta madre, chavales. Estáis jugando contra un equipo en puestos de ascenso y les estáis plantando cara. No sólo como conjunto, sino de forma individual. Si marcáis un segundo gol, los destrozáis y nosotros salimos del abismo. Volved ahí afuera y seguid jugando igual.

Finch-Evans aguantó en el campo dieciocho minutos más. Un murmullo de satisfacción recorrió la grada cuando apareció la tablilla con su número. Cruzó el terreno de juego con desgana y sólo levantó la mirada del césped para saludar a Tom cuando se encontraron en la banda, con una expresión de alivio culpable dibujada en el rostro.

La grada recibió la entrada de Tom con una gran ovación. Recibió el balón nada más reiniciarse el partido y lo adelantó a los pies de Gundi con un pase sencillo. Unos minutos más tarde consiguió librarse de su marca con una maniobra elegante; levantó la cabeza y, al ver que Fleming lo estaba doblando, le lanzó una bola medida al espacio. Cada elección le resultaba evidente. Sencilla. Como si nunca hubiera sido de otro modo. Todas las partes de su cuerpo parecían reaccionar de forma acompasada, instintiva, visceral, automática. E incluso cuando calculó mal un tiro al área, la convicción con la que lo lanzó fue tal que pareció intencionado: la bola pasó por encima de Bobby en el primer palo, impactó contra la frente de Gundi, que estaba al lado, y superó al portero. Tom se puso a chillar de alegría.

Algunos salieron corriendo para rodear a Gundi y otros a él. A través del amasijo de cuerpos jadeantes pudo oír un cántico lejano que decía «Tom Pearman...». Consiguió dominar el impulso de mirar al público, de buscar entre los rostros que había al otro lado del campo, en el lugar situado junto a la zona reservada para minusválidos donde solían sentarse los empleados del club y los becarios.

Algunos jugadores quisieron salir a celebrar el triunfo después del partido. Habían sacado al equipo del descenso y tenían ganas de fiesta. Beverley trató de convencer a Tom para que fuera con ellos.

—Venga, tío. Nunca sales.

—Es verdad, pero es que estoy hecho polvo.

—Sólo has jugado media hora, chaval.

—Ya lo sé. Mi cuerpo no está acostumbrado.

Beverley se echó a reír. Se dieron un apretón de manos y Beverley tiró de él.

—La próxima, ¿vale?

Tom subió el volumen del televisor. Inspiró hondo cuatro veces. Notó el frío del teléfono en la oreja.

—¿Hola?

—Hola.

—¡Tom! ¿Cómo estás? —Había un leve zumbido eléctrico en la línea. La voz de Liam sonaba diferente por teléfono—. ¿Tom? ¿Te pillo en buen momento?

—Sí, sí. Tranquilo. Estoy en mi habitación —añadió, como si fuera un niño que hubiera subido a su cuarto a jugar después de la cena.

—El resultado de hoy es una pasada. Y tú lo has hecho genial cuando te han sacado.

—La verdad es que no esperaba que me dieran tantos minutos.

—Se pusieron a corear tu nombre y todo.

—Ya, lo sé.

Por debajo de la tarima pudo oír a los dos escoceses entrando en la

habitación de Bobby.

—Entonces ¿qué? ¿Quedamos o no?

—Sí, pero no puede ser en la ciudad.

—Ya, eso está claro.

—No nos puede reconocer nadie.

—Podríamos ponernos peluca.

Tom respondió a la broma con un silencio.

—Vale —continuó Liam—, podríamos ir a algún sitio pequeño. ¿Has estado en Darm? Es un pueblecito que no queda muy lejos en coche y tiene un par de pubs aceptables.

Tom había oído hablar de Darm. Algunos jugadores venían juntos en coche desde esa zona.

—¿No puede ser un poco más lejos?

Liam se echó a reír.

—No eres tan famoso, colega.

Desde el piso de abajo llegaba el ruido amortiguado de unas voces. Tom puso la tele todavía más alta.

—Hay un Beefeater —dijo Liam— como a veinticinco kilómetros al norte de la autovía. Es el sitio más apartado que se me ocurre. ¿Qué te parece?

El tráfico que salía de la ciudad avanzaba con lentitud. Tom puso la radio y una música disco estridente lo sobresaltó. Había conducido demasiado preocupado en el trayecto de vuelta a casa para encenderla, de forma que seguía sintonizada en la emisora que Bobby y Steven insistían en escuchar todas las mañanas. Al apagarla, volvió a quedarse a solas con el olor de su desodorante y con la imagen de su pelo cuidadosamente peinado en el retrovisor. Volvió a ponerla, bajó el volumen y cambió de dial.

El coche de Liam —aparcado junto a una hilera de contenedores y un muro— era el único que había fuera del pub. Tom continuó hasta el otro extremo del aparcamiento, donde otros dos vehículos estaban estacionados junto a la entrada de un hotel.

Vio a Liam sentado en un rincón, medio oculto detrás de un tabique. Tom se acercó, satisfecho de la mesa que había elegido y también del apretón de manos con el que lo recibió.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó Liam.

Sobre la mesa había una pinta casi por la mitad.

—Cerveza está bien.

Liam fue a la barra. Intercambió unas palabras con el camarero, más de las necesarias para pedir una bebida. Tom se dio cuenta de que llevaba los mismos pantalones y la misma sudadera que se había puesto cuando quedó con la mujer de Easter en la tienda de muebles. Echó un vistazo al local: las vigas de imitación, las columnas de ladrillo pálido decoradas con unos carteles publicitarios que brillaban bajo las lámparas de cobre. Le vino a la cabeza una imagen de su primera cita. Tuvo lugar en una hamburguesería, con Jenni Spoffarth, la chica callada y bajita con la que salió durante buena parte de su último año en el instituto y con la que en general fue feliz, al menos mientras fue capaz de contener la desesperación que lo devoraba por dentro cuando tocaba su cuerpo menudo y sonrosado. Sin embargo, esa desesperación acabó imponiéndose la tarde tormentosa en la que decidió dejarla mientras cruzaban un túnel subterráneo de vuelta a casa.

Liam regresó a la mesa y dejó la pinta de Tom encima de un posavasos.

—Qué importante fue la victoria del sábado...

—Pues sí. Ahora incluso tenemos alguna opción de salvarnos.

—Con un par de victorias más está hecho.

—Sí, más o menos.

Liam tenía una mano extendida sobre la mesa y, bajo las luces del local, parecía tan basta y amarillenta como una estrella de mar. Se dio cuenta de que Tom la estaba mirando y la retiró.

—¿A qué edad te hiciste del Town? —preguntó Tom.

—A los cuatro me llevaron por primera vez al campo. Y a partir de los cinco ya empecé a ir en serio.

—Eso son un montón de partidos.

—Pues sí. Toneladas de partidos infumables. —Dio un sorbo a su pinta y añadió—: Ser hinchas del Town es una de las pocas cosas que no me da

quebraderos de cabeza, ya me entiendes —dijo, sonriendo—. Al menos, la mayor parte del tiempo.

—Menos cuando se deshicieron de ti.

—Menos entonces, claro.

Tom asintió con la cabeza. Le habría gustado decir que conocía esa sensación.

—¿No echas de menos jugar?

—Sí y no. Algunas cosas, sí. Chorradas como la sensación de tener el balón entre los guantes. O poder gritar. Pero nunca tuve muy claro que quisiera dedicarme profesionalmente al fútbol. Se supone que los porteros son unos tipos excéntricos, pero... —Eché una ojeada a la barra y dijo—: Y tú, ¿qué? ¿A qué edad fuiste al campo por primera vez?

—Creo que a los siete. Un partido en casa del Rochdale contra el Hull City.

—¿El Rochdale?

—Sí, el equipo de la ciudad en la que nació. Mi padre y yo éramos seguidores.

—No lo sabía.

—Nos mudamos cuando tenía once años, la temporada después de que me admitieran en la academia. Antes de mudarnos íbamos en coche. En mi grupo de edad sólo cogían a gente que viviera a menos de sesenta minutos de distancia y Rochdale estaba dentro de ese radio. Aunque mi padre tardaba más o menos eso en llevarme hasta allí. Me dejaba, se volvía a Rochdale para ir al curro y luego me recogía otra vez. Al final se le hizo demasiado pesado y por eso acabamos mudándonos.

Liam lo escuchaba con atención.

—Debió de ser muy duro que no te ofrecieran un contrato después del sacrificio que había hecho tu familia.

Tom murmuró algo en señal de asentimiento y desvió la mirada. Se quedaron callados. Un tipo vestido con traje y corbata entró en el pub. Pidió una copa y se dirigió a un banco apartado junto a una ventana, al otro extremo de la sala. Liam siguió mirando en su dirección incluso después de que desapareciera y Tom aprovechó para observar con detenimiento su

antebrazo fornido, su mentón marcado. La intensa punzada de deseo que sintió al reparar de pronto en la presencia de aquel extraño al otro lado de la mesa lo llevó a inclinarse hacia delante para apretarse los nudillos contra el borde. No tenía ni idea de qué podía estar sintiendo o pensando Liam. Había demasiadas cosas entre ellos que no podían decirse.

—¿Otra cerveza?

Liam vació el vaso.

—Vale.

Cuando Tom regresó, Liam estaba en silencio. Parecía distante, pensativo, y Tom no sabía si estaba esperando a que él retomase la conversación. Trató de pensar en algo que decir. Pegó un buen trago a la cerveza y dejó de nuevo el vaso encima de la mesa. Se moría de curiosidad por saber de qué conocía a la mujer de Easter, pero no había manera de preguntarlo sin quedar en evidencia. Aparte del fútbol, no tenían nada en común.

—Ahora has vuelto al estadio, ¿no? —dijo después de un largo momento en silencio.

—Sí, nos hemos cambiado.

—¿Y hasta cuándo vas a estar allí?

—Pues hasta final de temporada. Y después me quedaré a cambiar el césped para la siguiente.

—Debe de ser un poco aburrido, ¿no?

—No te creas —dijo Liam, negando con la cabeza—. Es mi vida, tío.

No añadió nada más y, como a Tom no se le ocurrió ninguna otra pregunta, volvieron a guardar silencio.

Encima de un mostrador de acero sin iluminar podían verse varias filas de saleros y pimenteros. Entre dos de ellos, alguien había colocado un manojito de menús de desayuno con el logotipo del hotel que estaba al otro lado del aparcamiento. Tom pegó otro sorbo a la cerveza. Se había bebido ya la mitad y era consciente de que tenía que aflojar un poco. También necesitaba comer, pero no se atrevía a sugerirlo.

—¿Libras mañana? —preguntó Liam.

—Sí.

—¿Qué planes tienes?

—Pues no muchos. Descansar un poco. Ir al gimnasio.

Liam respondió con un gruñido y el tema de conversación murió ahí.

Se terminaron las cervezas y decidieron dejar de beber. Echaron a andar por la fría penumbra del aparcamiento y se detuvieron frente al coche de Liam, que seguía siendo el único aparcado a la entrada del pub. El tipo del traje, pensó Tom, debía de venir del hotel, aunque también podía ser que alguien lo hubiera traído en coche o que se hubiera acercado andando desde la autovía. Liam rodeó el vehículo para ponerse en el lado del conductor, se subió y cerró la puerta. Tom creyó, aterrorizado, que iba a largarse, pero se quedó donde estaba, inmóvil, sin mirarlo ni a él ni a ninguna otra parte.

Tom se acercó a la puerta del acompañante y la abrió. Se sentaron juntos en la oscuridad, en absoluta calma. Había un catálogo de herramientas en la bandeja de la puerta. Un foco situado encima del coche iluminaba el camino de entrada al pub y se reflejaba en las jardineras enguijarradas de unos arbustos y en una lona gruesa en la que se anunciaba un asador. Tom cerró los ojos. En cuanto notó el roce de los dedos de Liam, se puso tenso. Se oía la respiración de ambos y el rumor de la autovía al otro lado del aparcamiento. Un pulgar describió con suavidad unos círculos pequeños en su vaquero. Tom sintió cerca de su cara el calor que despedía la de Liam y se apartó.

El cuello se le puso rígido en cuanto notó sus labios. Liam los dejó allí un instante y cuando se separaron un escalofrío recorrió la piel de Tom. La mano que tenía en el muslo se movió para encontrarse con la suya, y mientras Liam tiraba de él, jadeando en su oído, las dos se enlazaron apasionadamente. Tom se retorció para intentar apartarse de su impúdica lujuria. Bajo el resplandor púrpura del cartel luminoso que había a la entrada del hotel, apenas podía distinguirse la valla metálica que rodeaba la terraza del bar. La yema seca y enorme de uno de sus dedos le recorrió la sien y bajó por el contorno de su patilla hasta llegar al lóbulo de la oreja.

—Tranquilo, no pasa nada —dijo Liam, deslizando un dedo por su mejilla.

A continuación, apartó la cara y Tom se dio cuenta de que lo hacía porque estaba llorando.

Cerró los ojos y sus labios se juntaron. Tenía la boca entumecida de tanto besar y chocar contra los labios, para su sorpresa, fuertes de Liam. Se obligó a no abismarse en la terrorífica intimidad que se estaba creando entre ellos. Cuando consiguió alejarse mentalmente, pudo verlo todo tal y como se veía desde fuera de su propio cuerpo, desde el exterior del coche: la imagen de dos hombres al otro lado del parabrisas que movían la cabeza al unísono en la oscuridad.

16

Leah no paraba de dar vueltas por la cocina. Sacaba la mantequilla de la nevera, metía la mousse de chocolate para que cuajase, preparaba la ensalada, vigilaba el horno, las patatas, a Tyler... Su madre y ella habían decidido que lo mejor sería comer tarde, después de que el niño se acostase para echarse la siesta. Sin embargo, Tyler se despertó de repente después de tan sólo media hora de sueño, buscando desesperadamente la atención de su madre. Leah tuvo que ponerlo delante del televisor mientras ella iba de un lado a otro tratando de tenerlo todo listo antes de que llegaran su madre y Robert. Chris estaba en el estudio. No lo veía desde que había salido para ir al baño hacía más o menos dos horas, con una camiseta sucia y descalzo. Pensó en recordarle lo de la comida pero, cuando estaba a punto de llamarlo, titubeó unos segundos. Los suficientes para darle tiempo a que se encerrara otra vez en el estudio.

Los invitados llegaron con diez minutos de antelación. Su madre la saludó y se metió corriendo en casa para ver a Tyler. Robert traía dos botellas de vino. Leah cogió una con cada mano y, cuando él se acercó para darle dos besos, se vio indefensa.

—Qué ganas tenía de venir —dijo mientras entraba y examinaba el salón. Su madre levantó a Tyler de la alfombra.

Como se presentaron antes de tiempo, Leah no tuvo ocasión de apagar la tele y, mientras buscaba el mando, se sintió como si la hubieran descubierto poniéndole los dibujos a Tyler para desentenderse de él.

—Aquí huele de maravilla —dijo Robert.

—Es pollo —contestó ella mientras pasaban a la cocina.

Robert llevaba unos pantalones informales azules y una camisa de manga corta a juego. Se fijó en que esa vez no se había puesto el cinturón de mujer, lo cual le produjo cierta decepción. Supuso que ése sería luego un buen tema de conversación con Chris, si es que se dignaba salir de su escondrijo, claro. Se quedaron de pie alrededor de la isla de la cocina y, aunque su madre y Robert no paraban de hacer ruiditos de aprobación al ver la comida, ella sabía que se estaban preguntando dónde estaba su marido. Pensó en decirles que tenía una cita —con el médico, con su agente—, pero se sentía ya tan cansada de estar siempre mintiendo por él que prefirió no hacerlo. De todos modos, era probable que lo oyeran en el piso de arriba. Y cabía la posibilidad de que bajara a coger una bebida o un sándwich.

Tyler empezó a llorar. La madre de Leah se puso a auparlo mientras le hablaba con dulzura. Después partió un trozo de pan de la cesta que había al lado de la ensalada y lo untó con mantequilla. El niño lo cogió y, en cuanto empezó a masticarlo, se calmó. Leah se preguntó si lo que le había estado pasando todo ese rato sería sencillamente que tenía hambre. Se había dejado casi todo el almuerzo. En cualquier caso, pensó, eso era lo que iba a parecer.

—¿Te ayudamos con algo? —preguntó Robert.

—No... Bueno, si os apetece tomar una copa de vino, puedes abrir una botella.

—Hecho.

Robert abrió un par de armarios antes de dar con unas copas; con las viejas, porque las que Leah tenía pensado usar durante la comida estaban ya en la mesa. Pasaron al comedor. Tyler parecía más tranquilo. Se puso a jugar con sus muñecos encima de la alfombra y después, cuando descubrió que al hacerlo Robert y la madre de Leah —sentados el uno al lado del otro en el sofá— le prestaban más atención, a entrar y salir de la cocina corriendo. Leah se fijó en que no paraban de tocarse. Las rodillas, los codos. Robert a veces rozaba fugazmente el muslo de su madre con su enorme manaza. Y Leah sabía que debía alegrarse. A su madre se la veía muy contenta. Sin embargo, cada vez se sentía más irritada por la naturalidad con que exhibían esas muestras de cariño.

—¿Cómo le va a este chavalote en la guardería? —preguntó Robert, aunque era evidente que la madre de Leah ya se lo había contado todo al respecto.

—Está encantado. Ha hecho hasta un par de amigos. Un día de esta semana, cuando lo fui a recoger, me contaron que se había pasado la mañana entera persiguiendo a una niña y tratando de besarle el jersey porque tenía dibujado un cerdo.

Los tres se rieron con admiración. Lo que no les contó fue que uno de los monitores le dijo que había empujado a la niña y la había dejado llorando. La tarima del piso de arriba crujió. No sabía si ellos lo habrían oído, pero supuso que no porque estaban distraídos jugando con Tyler, que no paraba de reír mientras Robert fruncía y desfruncía el ceño. Leah se levantó y puso un poco de música.

—Voy a sacar el pollo del horno. Podemos comer cuando queráis.

Colocó todos los platos en un extremo de la mesa del comedor y trinchó el pollo mientras los demás iban acercándose y su madre sentaba a Tyler en la trona.

—Sentaos donde queráis —dijo, sirviendo un trozo enorme de pollo en el plato de Robert antes de colocarlo, junto con la servilleta en la que estaban enrollados los cubiertos, delante de él.

—Tiene una pinta increíble.

—Ya lo creo que sí, Leah. No es fácil organizar todo esto sola, con el renacuajo metiéndose entre las piernas.

—Tampoco ha sido para tanto. No es más que un pollo —añadió, poniendo un plato y unos cubiertos delante de su madre.

Esa mañana había empezado a preparar la mesa con cuatro servicios individuales, pero cuando ya iba por la mitad se arrepintió.

—Tenéis una cocina espectacular —dijo Robert mientras le pasaba las verduras a la madre.

—Y esta mesa es preciosa.

—No comemos mucho aquí. Sólo cuando tenemos invitados.

Evitó mirar a su madre con la esperanza de que no siguiera con ese tema, pero estaba demasiado entretenida metiéndole unos trocitos de patata a Tyler

en la boca. Aunque llevaban en la casa ya casi un año, ésa era la primera vez que alguien iba a comer. Y Leah y Chris sólo se habían sentado a solas en aquella mesa de estilo rústico —comprada una tarde tensa y bochornosa en una exposición de muebles de Oak Furniture Land— dos veces: la primera, el fin de semana que la compraron y la segunda, el día del cumpleaños de ella, ocasión en la que Chris le había preparado un bistec Wellington para cenar y acabó tan decepcionado que apenas intercambiaron unas palabras en toda la noche.

—Anda, Chris —dijo la madre de Leah.

Allí estaba, en el quicio de la puerta.

—Hola, Donna —respondió él mientras entraba en la cocina. Se había puesto una camiseta nueva y un jersey. Y un solo calcetín—. Robert, ¿verdad?

Robert se levantó de la mesa feliz, casi exultante. Se acercó a él y por un momento Leah pensó que lo iba a abrazar. Chris le dio la mano.

—Perdona —dijo Leah—. No me había dado cuenta de que habías...

—Tranquila, tranquila. Me he quedado dormido por la medicación —respondió él con tal convicción que Leah se preguntó si sería cierto.

Todos lo observaron mientras se servía en un plato un trozo de pollo, unas zanahorias, algo de maíz, pan y un poco de ensalada, y se las arreglaba para colocar la férula debajo de la mesa y sentarse al lado de la madre de Leah, frente a su mujer y a Robert. Se puso a beber de una botella de Powerade que había bajado del estudio y, cuando la dejó sobre la mesa para comer, Leah se dio cuenta de que ya había empezado otra vez a evadirse, a encerrarse en sí mismo. Su primera reacción fue intentar ayudarlo, tenderle una mano para traerlo de vuelta a la realidad, pero casi en cuanto lo hizo —al fijarse en sus labios y en cómo movía la boca para masticar la comida que ella había preparado, incapaz siquiera de mirar a su hijo, que se había puesto otra vez a llorar enfrente de él— ese impulso se vio superado por el rencor.

—No sé si Donna te lo ha contado —dijo Robert después de que su madre le diera a Tyler dos granos de maíz para que intentara cogerlos con los dedos—, pero nos vamos de vacaciones a Córcega. Ayer por la noche hicimos las reservas. Yo quería ir a París, pero al final tu madre se salió con

la suya.

Los dos se miraron e intercambiaron una sonrisa. Tyler se puso a llorar una vez más, así que Leah se levantó, lo sacó de la trona y lo cogió para sentarlo en su regazo. Se imaginó a Robert en la playa: su descomunal barriga cervecera empapada en sudor, sus manos gigantescas extendiendo el protector solar por el cuerpo de su madre, deslizándose de arriba abajo por la parte de atrás de sus muslos.

—¿Cuánto tiempo os vais?

—Diez días.

Siguieron comiendo.

Tyler empezó a quejarse para que lo bajara. Leah lo dejó en el suelo y el niño se metió debajo de la mesa y, al ver que podía ponerse de pie, empezó a correr de un lado a otro hasta que su madre volvió a cogerlo.

—No, eso no se hace —le dijo, y al instante se sintió idiota por haberlo regañado—. ¿Qué tal las clases de baile? —preguntó, porque sabía que les encantaba hablar de ellas.

—Yo doy verdadera pena —contestó Robert, riéndose entre dientes.

—Es verdad, es malísimo.

Los dos se echaron a reír por lo bajo.

—Parezco un elefante. Un elefante que necesita un implante de cadera. Pero tu madre es capaz de dejar en ridículo a las chicas más jóvenes.

—No digas tonterías, Robert.

—Es verdad, las dejas por los suelos.

Chris terminó de comer y se quedó sentado, mirando la mesa. Leah puso a Tyler en el suelo y éste se fue correteando hasta el salón.

—Mesa —dijo al pasar—. Mesa, mesa.

Era la primera vez que Leah lo oía pronunciar esa palabra, pero no lo mencionó por si su madre y Robert ya se la habían oído decir antes. Empezó a recoger los platos. Su madre se levantó para ayudarla.

—Será mejor que vaya a ver qué está haciendo el diablillo en el salón —dijo Robert.

Dejaron a Chris solo. Mientras salía del comedor detrás de su madre, Leah se volvió para mirarlo y, al ver que aún seguía con la cabeza gacha, no

le quedó claro si era consciente de que se habían levantado todos de la mesa. Cuando llegaron a la cocina, su madre se puso a fregar.

—Deja eso, mamá. Ya lo hago yo después.

—Bah, es sólo quitar un poco la grasa para que no tengas que estar frotando luego.

Leah sacó la *mousse* de la nevera, la puso sobre la encimera y retiró el film que la cubría. Miró a su madre. Por detrás, parecía diez años más joven. El baile, así como todas las demás actividades a las que estaba apuntada — natación, zumba, caminatas de fin de semana—, y a las que nunca pudo dedicarse cuando el padre de Leah controlaba su vida, le habían permitido mantenerse en forma. Leah se fijó en que se había empezado a teñir el pelo. Y también debía de haber reducido su jornada en el centro de ocio, porque estaba viendo a Robert mucho más entre semana. Al cabo de pocos minutos había terminado con todos los platos. Se secó las manos y miró hacia el salón, desde donde llegaban los ruidos que hacía Robert tratando de imitar a un león. Se acercó al lado de la encimera en la que estaba su hija. Leah supuso que iba a coger la pila de cuencos para el postre, pero lo que hizo fue cogerle con suavidad una mano. Las dos se volvieron hacia el salón. Robert pasó gateando delante de la puerta, seguido de cerca por Tyler. Su madre empezó a acariciarle el dorso de la mano con el pulgar.

—¿Va todo bien?

Leah siguió con la mirada fija en el salón. Tyler apareció de nuevo delante de ellas riéndose mientras Robert le hacía cosquillas. Su cara iba convirtiéndose, semana a semana, en la de su padre ausente.

—Sí —le contestó, mientras apartaba la mano y cogía la *mousse*—. ¿Puedes llevar los cuencos?

Cuando volvieron al comedor, Chris ya no estaba. La botella vacía de Powerade seguía encima de la mesa. Leah colocó la *mousse* en el centro y sirvió tres raciones con una cuchara. Robert entró en el comedor con Tyler en brazos.

—Por el amor de Dios —dijo al ver la *mousse*—. ¿Dejo a este señorito en la trona?

—Sí, por favor. Puede tomar un poco. Pero sólo un poco porque le he

puesto Baileys.

Leah metió una cucharilla de té en la mezcla esponjosa y se acercó a Tyler para dársela. Al principio pareció más interesado en la cucharilla que en el chocolate y se quedó observando cómo brillaba cuando giró la muñeca. Pero, cuando por fin se la llevó a la boca, primero puso un gesto de concentración, luego sonrió de oreja a oreja y todos se echaron a reír.

—Más, más.

—¿Le doy? —preguntó Robert y, en cuanto Leah dijo que sí, le quitó la cucharilla al niño.

Los tres levantaron la cabeza cuando Chris volvió a la mesa. Cogió un poco de *mousse* y se sentó en su sitio. Podía oírse el ruido de las cucharillas chocando contra los cuencos. Leah pasó la *mousse* por si querían repetir y preguntó si alguien iba a tomar café.

—No estuvo nada mal el resultado que sacasteis ayer —dijo Robert cuando ella estaba a punto de levantarse para ir a la cocina.

Nadie dijo nada. Chris asintió muy levemente con la cabeza.

—Fue una pena que ese gol regalado al final os impidiera ganar. Pero ese punto contra uno de los tres primeros sabe a gloria, y da la sensación de que cada vez estamos más cerca de salvarnos.

Leah se fijó en que su madre estaba tratando de llamar la atención de Robert para que no siguiese, pero él no parecía hacerle caso.

—Las cosas pintan bien para la próxima temporada. Contigo de vuelta en el equipo, un portero nuevo, un par de extremos decentes y un poco más de profundidad, yo diría que estáis en condiciones de aspirar a uno de los puestos de ascenso.

Chris no apartó la mirada del cuenco. Se sacó la cuchara de los labios.

—Sí, eso es lo que dicen —añadió en voz baja.

—Wilkinson ha dado la vuelta a la situación. Es un soplo de aire fresco. Aunque, claro, qué sé yo. No soy más que un hincha del equipo y, si te soy sincero, tampoco muy constante. ¿Cómo es trabajar con él?

La madre de Leah no paraba de lanzar miradas a su novio y, al ver lo incómoda que estaba, Leah sintió un placer malsano por el hecho de que, a pesar de todo el sobeteo y todas las miradas insinuantes, fuera incapaz de

hacerlo callar.

—Robert, igual a Chris no le apetece hablar de fútbol ahora que está lesionado —dijo la madre secamente.

—Es mejor que Clarke —contestó Chris, levantando la cabeza.

Robert volvió a animarse.

—Ya me imagino. No me malinterpretes, Clarke se ha ganado un sitio en la historia del club, pero es un entrenador de la liga regional. Este Wilkinson sabe lo que se trae entre manos.

Aunque en el rostro de Chris se dibujó una levísima sonrisa, no dijo nada.

—Si no fuera por las clases de baile, igual me renovaba el abono para la próxima temporada.

Robert reparó en ese instante en la madre de Leah y, cuando vio cómo lo estaba mirando, una expresión de desconcierto le ensombreció el rostro.

—Oye, Leah —dijo la madre—, ¿qué tal las clases el jueves?

—Eso —terció Robert—, ¿cómo va el proyecto? Era de diseño por ordenador o algo así, ¿no?

—Sí, de CAD.

—¿Cuántas prendas has hecho ya? —preguntó la madre.

—Tres —contestó mientras posaba la vista en Chris, que bajó la cabeza y se quedó otra vez contemplando su cuenco vacío—. Las hago con mi compañera, Maria. La colección tendrá cinco en total.

Robert entornó los ojos.

—¿Qué eran? Chaquetas, ¿verdad?

Leah no le quitaba el ojo de encima a Chris. Le dio la sensación de que sabía que lo estaba mirando, pero aun así no levantaba la cabeza.

—Sí, básicamente lo que hacemos es crear y modelar una serie de chaquetas para mujer en tres dimensiones.

Tyler tiró al suelo su cucharilla y empezó a golpear la bandeja de la trona. Robert fue a cogerlo, pero el niño le dio un manotazo.

—Yo también me voy de viaje —dijo Leah.

—Ah, ¿sí?

La madre de Leah miró a Chris, pero éste no se inmutó.

—Sí, a Milán.

—Estupendo. ¿Estáis pensando en hacer una escapada de fin de semana los dos juntos?

—No, me voy sola.

Chris evitó su mirada y no dejó que sus gestos delatasen la más mínima reacción, pero ella sabía que la estaba escuchando.

—Es un viaje de estudios que suele hacerse a principios del segundo año. Voy a una feria de moda.

Tyler empezó a llorar, pero ella no apartó los ojos de Chris, ni siquiera cuando su madre tuvo que levantarse para ayudar a Robert y se quedaron los dos solos, el uno enfrente del otro.

17

El sol primaveral y el buen estado de forma en el que seguía el equipo fueron los responsables de que tres cuartas partes del campo estuvieran inundadas de verde y rojo cuando sonó el pitido inicial del partido contra el Gillingham, el penúltimo que jugaban en casa. Desde el fondo de la tribuna que daba al río —donde media docena de adolescentes sin camiseta exhibían de forma incansable sus costillas y pezones y sus axilas ralas y sudorosas— llegaba el insistente redoble de un tambor. Se anunció un minuto de silencio por la muerte de un exjugador. El redoble se detuvo. Con el pitido del árbitro se hizo un silencio sepulcral. Hasta el más mínimo ruido involuntario podía oírse en cualquier punto del estadio. Un estornudo en uno de los fondos. El graznido de un pato detrás de la tribuna que daba al río. O incluso, para los que estaban más cerca del terreno de juego, la brisa agitando los pompones de las ocho animadoras cuyos pantalones y tops metalizados resplandecían bajo el sol en el círculo central. Cuando el árbitro volvió a hacer sonar el silbato, el rugido de la multitud se elevó hasta el cielo como una explosión.

Wilko entró en el terreno de juego para recibir —de manos de Easter— el premio al entrenador del mes de marzo de la cuarta división. A sólo cinco partidos del final, el Town había subido hasta el puesto número veinte y otra victoria los colocaría a siete puntos del descenso. Después de cumplir con sus obligaciones, Easter se volvió con torpeza para aplaudir a cada una de las gradas y salió inmediatamente del terreno de juego; Wilko, por su parte, se dirigió al vestuario y, una vez allí, levantó su aparatoso trofeo y, para sorpresa y consternación de todos los jugadores, lo tiró a la basura.

Cuando Wilko salió hacia el campo a la cabeza del equipo, el entrenador de porteros se quedó atrás y esperó a que el vestuario estuviera vacío para recoger el trofeo de la maraña de vendas usadas y bebidas energéticas sobre la que había caído. Al finalizar la jornada, estaría en el escritorio del entrenador, al lado de la foto de su hijo y de otro trofeo parecido que le dieron la temporada anterior.

Ganaron por 3 a 1. Tom salió de titular y le dio a Gundi la asistencia del primer gol. Después del segundo, en la zona donde estaban los adolescentes con el pecho descubierto empezó a oírse un cántico: «Es grande, es moreno y es nuestro delantero: Cocodrilo Gundi, Cocodrilo Gundi...». Volvieron a cantarlo —más alto y con más decisión— con el tercero y, cuando el público empezó a circular hacia la salida para perderse por las calles cubiertas de basura y los aparcamientos improvisados, ya se había extendido al fondo sur y a la tribuna principal.

El lunes por la tarde no quedaba ya ni una sola huella del partido. Las gradas estaban barridas, los baños escrupulosamente fregados y regados con una manguera y los teléfonos móviles y las bufandas extraviadas se amontonaban en una caja bajo el escritorio de la secretaria del club. Habían pasado la aspiradora por los comedores, reservados, salones, vestuarios, despachos y túneles, todos los cuales se habían también desinfectado, y a un lado del aparcamiento, apoyadas contra un contenedor próximo a la caseta de mantenimiento, cuatro bolsas de basura de tamaño industrial se retorcían bajo el agradable sol de la tarde. En el centro de control, que estaba vacío, las imágenes de las cámaras de seguridad —el aparcamiento, el camino junto al río, las zonas de servicio situadas detrás de las gradas— no registraban ningún movimiento. Todo estaba tranquilo y silencioso. En calma.

Sólo había señales de vida en la enfermería que se usaba los días de partido, situada bajo el centro de control. Tom estaba tendido en una de las dos camillas —la misma sobre la que una anciana con problemas respiratorios leves se había pasado buena parte del segundo tiempo contra el Gillingham—, con las manos aferradas a la sábana, mientras el insistente bamboleo de la cabeza de Liam hacía que por debajo de él las ruedas crujiesen y chirriaran.

Tom se quedó en la camilla mientras Liam se desnudaba. Su cuerpo enorme y de formas redondeadas no se parecía en nada al de un futbolista; era robusto pero suave, de hombros anchos y altos, sin una sola señal de haber pasado por el gimnasio, sin un solo músculo trabajado en una máquina. El cuerpo de un portero. Tom observó cómo se quitaba los calcetines, los calzoncillos y se metía en las duchas.

También él se quitó la ropa y se metió en el cubículo gris, entre el silbido del agua. A Liam le chorreaba por el flequillo corto y espeso, por la nariz, por las orejas. Tom se acercó a él para compartir la misma ducha. Cuando el agua empezó a salir fría, cerró el grifo y, a partir de ese momento, el palmeteo de sus cuerpos fue todo lo que se oyó en el vestuario.

Se secaron, se vistieron y volvieron a la enfermería para ordenarla un poco. Ninguno de los dos dijo una sola palabra; no podían dejar de pensar en la puerta cerrada con llave, en la escalera que había al otro lado, en la gente que podía pasar por delante. Repasaron lo que dirían si alguien los veía juntos y escribieron la nota falsa del señor Davey que Tom podría darle a Liam en tal caso.

—¿Vas al gimnasio? —preguntó Liam en voz baja mientras cogía la escoba de la puerta.

—Sí, pero no estaré mucho rato. Supongo que no habrá nadie.

—Después del tute que llevas, no tardarás en cansarte.

Tom le sonrió sarcásticamente, pero con cuidado de no resultar demasiado amanerado. Echó un vistazo a la escalera por el ojo de la cerradura y le hizo una seña a Liam para que empezara a barrer.

Fuera no había nadie. Tom recorrió la banda y se metió por la puerta de incendios de la tribuna principal.

El gimnasio estaba vacío. Eran pocos los jugadores que se acercaban al estadio el día después de un partido. Aunque no había necesidad de que se quedase, decidió hacer un poco de ejercicio. Se quitó la parte de arriba del chándal y se miró en el espejo. Su cuerpo estaba cambiando; tanto su pecho como sus brazos eran a todas luces más grandes. Al flexionar los tobillos, sus pantorrillas parecían dos manzanas duras. Podía sentir ese cambio en el terreno de juego: cuando empujaba al lateral del otro equipo, cuando

golpeaba el balón. A veces se ponía delante del espejo —el del gimnasio o el de su dormitorio— y se maravillaba al ver ese cuerpo reflejado. Uno que no reconocía del todo como suyo; uno que pertenecía también a otra persona y, dos o tres veces a la semana, a esa pequeña estancia cerrada, con las sábanas tías y descoloridas y el olor a hospital, que se encontraba debajo de la tribuna.

Cuando llamaron a la puerta, acababa de hablar por teléfono con sus padres, con quienes mantenía unas conversaciones cada vez más cortas, y estaba tumbado en la cama viendo un partido. Era raro que alguien subiera a su cuarto y, durante unos segundos de confusión, pensó que igual se trataba de Liam.

Pero no, era Bobby

—¿Todo bien, Tom? Ay, perdona.

Tom iba con pantalones de chándal, pero no llevaba camiseta. Se dio cuenta de que la mirada de Bobby se había dirigido primero a su pecho y después al alféizar de la ventana.

—¿Qué son? ¿Cactus?

—Cactus del desierto.

—¿Haces colección?

—Sí.

Bobby no paraba de mirar el alféizar de la ventana y de abrir y cerrar la mano que llevaba dentro del bolsillo.

—Esto... Bueno, en realidad he venido a ver si me puedes hacer un favor.

—Venga, dispara.

—¿Puedes prestarme algo de dinero? Sólo hasta el mes que viene.

—¿Cuánto?

—Trescientas cincuenta libras.

—La hostia puta.

Bobby lo estaba mirando con una cara que era toda expectación y palidez.

—¿Es para algo importante?

—No te lo pediría si no lo fuera.

—¿Lo necesitas todo ahora?

—Si puedes, sí.

A Tom le habría gustado preguntarle para qué lo quería, pero prefirió no hacerlo.

—Puedo dártelo pasado mañana después del entrenamiento. Lo mejor es que te lo pase fuera de casa.

Una euforia infantil se apoderó de Bobby.

—De puta madre. Eres un tío legal. Gracias —dijo, y se acercó para darle la mano.

Cuando Bobby bajó trotando la escalera, Tom se puso otra vez a ver el partido y a pensar en lo que acababa de suceder. A los dos escoceses les pagaban doscientas libras a la semana, algo que él sabía por lo mucho que se quejaban de ello durante los trayectos en coche. Bobby estaba jugando de titular bastante a menudo, pero Tom no creía que la prima —si es que tenía alguna— fuese demasiado jugosa. Trescientas cincuenta libras era una cantidad considerable incluso para Tom, o al menos lo habría sido si se gastara el dinero en algo más que en ir de vez en cuando al cine y en reponer la botella de vodka que tenía escondida en el cajón de los calzoncillos.

A Bobby todavía lo obligaban a volver a casa a las diez de la noche. Sin embargo, Tom estaba seguro de que había salido por ahí con otros jugadores después de un par de partidos. Se estaba integrando en el equipo mejor que él, pero aun así Tom no podía dejar de sentir que debía protegerlo, que los dos estaban a su cargo. Fuera de casa, cada uno de ellos se había juntado con un grupo diferente: Bobby con unos cuantos jugadores profesionales de primer y segundo año, especialmente con James Willis —un delantero al que habían repescado después de un par de cesiones—; Steven, que no había entrado muchas veces en el primer equipo, con los becarios. Las diferencias entre ellos eran todavía más visibles los días que había partido. Para la hora del desayuno, Bobby solía estar ya histérico, especialmente si jugaban fuera de casa y tenían que viajar en autobús, donde se sentaba con sus colegas y no paraba de hacer bromas a voz en grito y de jugar a las cartas. Steven, por su parte, después del partidillo matutino con los demás reservas, volvía a casa de los Davey y se quedaba viendo el fútbol o alguna película si aguantaba

despierto hasta que Bobby y Tom regresaban.

En las pocas ocasiones en que Steven había entrenado con el primer equipo, siempre trataba de mantener el tipo y competir. Casi al final de la temporada —en un momento en que su estado de forma era ya bastante bajo—, trató de despejar un balón de cabeza en la frontal del área pequeña sin darse cuenta de que Jones estaba saltando para golpearlo también. Fue Jones quien acabó imponiéndose, pero, al impactar con él, le dio un codazo en la cabeza. Steven pegó un grito y cayó al suelo, sin sentido. El juego continuó. Y cuando Foley sacó de portería, Jones se agachó al lado de Steven, dio dos palmadas delante de su cara y le dijo: «Eh, nenaza. Levanta. Ponte de pie». Tom —que pasaba en ese momento por su lado— se dio cuenta de que Bobby echaba a andar hacia donde estaba Steven. Sin embargo, Jones se acercó a él para decirle algo al oído y, automáticamente, se dio la vuelta y se marchó corriendo hacia la zona donde estaba el juego en ese momento.

Ajenos al viento, la lluvia y los escasos momentos de sol que hubo durante las últimas semanas de la temporada, Tom y Liam siguieron encontrándose en la enfermería. Desde aquella tarde en el pub, no se habían visto en ningún otro sitio. Algunas veces se quedaban tumbados en la camilla, sin más, abrazándose. La primera vez que eso ocurrió, Tom estuvo un tiempo preocupado por si Liam había perdido el interés en él, aunque sabía de sobra que si llevaran una vida normal y pudieran dejarse ver en público habría muchas ocasiones en las que estarían juntos sin que hubiese ningún tipo de intimidad entre ellos. Y era justo en esos instantes, cuando estaban juntos sin el refugio del sexo, cuando sentía con más intensidad el peso enorme e imprevisible del deseo que lo inundaba y lo consumía.

Aún no habían hablado del final de la temporada. Ni del final del contrato de Tom, ni tampoco de la llegada del verano, momento en el que su presencia en el estadio e incluso en la ciudad no tendría ya justificación alguna, si es que alguna vez la había tenido. Si Liam estaba también pensando en todo eso, se lo estaba ocultando a Tom igual de bien que Tom había logrado ocultárselo a él.

Una familia de patos apareció una mañana en el campo de entrenamiento. Salieron graznando como locos de los arbustos que había al lado del terreno de juego de los becarios y se congregaron a poca distancia de la línea de banda como si quisieran quedarse a ver los entrenos. Tres patitos llegaron a entrar en el campo. Tanto los juveniles como los titulares —que estaban celebrando una reunión de equipo no muy lejos— dejaron lo que estaban haciendo para mirar cómo uno de los becarios, un chaval escuálido con la cabeza afeitada, salía corriendo detrás de los animales y los iba agarrando uno a uno para a continuación colocárselos como pudo en el pecho y, entre una salva de aplausos, llevarlos con su madre.

Mientras veían cómo se marchaban contoneándose en dirección a los setos, Beverley se acercó a Tom.

—¿Vas al estadio después de comer?

Tom vaciló.

—No lo sé. Debería pasar por casa.

—Estaba pensando en ir al gimnasio. Acompáñame, anda. Así vamos los dos en coche.

Tom lo estuvo observando por el retrovisor camino del estadio y fue incapaz de sacudirse el desprecio que le inspiraba esa cabeza pequeña que se recortaba contra la luz y no paraba de hablar y tararear detrás de él. Se preguntó si le sería posible darle esquinazo, despistarlo cuando un semáforo se pusiera en rojo acelerando a toda velocidad. Sin embargo, todos los semáforos estaban en verde y Beverley iba detrás de él, así que Tom tuvo que admitir que había echado la tarde a perder.

Esa interrupción de su rutina diaria lo sacó de quicio, una sensación que no hizo sino aumentar cuando llegaron al estadio y vio a Liam subiendo la escalera de la tribuna principal con una escopeta. Beverley también lo divisó y bajó a toda velocidad por la banda.

—¡Hostia, tío! ¡¿Eso que llevas es una escopeta?! —le gritó cuando lo tuvo enfrente.

Liam se volvió, sonriendo.

—Para las palomas.

Beverley empezó a subir por la tribuna para llegar hasta donde estaba

Liam, que no parecía haber reparado todavía en la presencia de Tom.

—Hay un montón en el techo —añadió Liam.

Miraron de arriba abajo la cascada de mierda que caía por el muro de la tribuna.

—Tenemos que exterminarlas cada mes o así. Pero las hijas de puta siguen viniendo, aquí y al fondo. Pete se las lleva a casa y yo creo que se las come o algo.

Lanzó una mirada fugaz a Tom, pero concentraba toda su atención en Beverley, que se lo estaba pasando pipa.

—¿Puedo probar? —preguntó Beverley.

Liam se echó a reír.

—He visto cómo disparas, chaval. Pero puedes mirar si quieres.

Liam y Beverley llegaron arriba y entornaron los ojos para mirar al techo, donde pudieron distinguir los movimientos torpes de una paloma encima de una de las vigas. Liam levantó la escopeta. Su nuez se movió una vez, muy lentamente, de arriba abajo. Beverley miró a Tom con una expresión de excitación infantil en el rostro. Y entonces se produjo la violenta detonación, seguida del ruido metálico que hicieron los perdigones al rebotar contra el techo de aluminio. Dos palomas salieron volando. Liam apuntó de nuevo y disparó; una de ellas se desplomó al instante y cayó con un golpe seco sobre los asientos de plástico. Se dio la vuelta y disparó una vez más, pero la segunda paloma estaba ya demasiado lejos, sobrevolando el campo, cuando el disparo resonó por las gradas.

Liam miró primero a Beverley.

—¡Menuda locura! —dijo el chaval—. ¿Te dejan hacer eso?

Liam se encogió de hombros.

—Antes traíamos un halcón. Eso sí que era un espectáculo. Cuando llovía mucho y el caudal del río crecía, las ratas solían colarse por la tribuna de ese lado. Pete y yo llenábamos bolsas enteras con las que matábamos a tiros.

Siguió mirando a Beverley y acto seguido se volvió para observar otra vez con detenimiento la zona de las vigas. A pesar de que Tom era incapaz de detectar un solo movimiento, Liam levantó de nuevo la escopeta —con el cuerpo en perfecta calma y la piel de la mejilla tensa mientras guiñaba el ojo

— y disparó otro cartucho.

Cuando el eco del disparo ya se apagaba, Beverley bajó los pocos escalones que lo separaban de Tom y le pasó un brazo por los hombros.

—Venga, tío. Vamos a hacer un poco de ejercicio. Me muero de ganas.

Tom se dio la vuelta, sin mirar a Liam, y se fue con él.

La mayoría de los jugadores, a pesar de los denodados esfuerzos del equipo técnico, estaban empezando a relajarse. En el vestuario, casi todas las conversaciones giraban en torno a las vacaciones de verano. Los que tenían pareja o niños hablaban de pasar más tiempo con ellos. Fleming, cuya mujer había dado a luz a su primer hijo durante la victoria ante el Morecambe, se marchaba al norte para pasar todo el verano con ellos.

Aquellos que no tenían contrato para la siguiente temporada, por el contrario, jugaban y se entrenaban con una intensidad renovada, lo cual hizo que los dos últimos partidos se disputaran en medio de una mezcla desquiciante de histeria y pereza que desconcertó tanto a los propios miembros de la plantilla como a los rivales y al trío arbitral. Hubo un par de agarrones en los entrenamientos. Tal y como afirmó Wilko en sus comentarios para el programa de mano, «en un partidillo de fútbol siete durante una sesión corta y pasada por agua, tuvo lugar una pelea que fue burdamente exagerada en Twitter». Cada vez estaba más claro quiénes saldrían a final de temporada. Tres jugadores que solían entrenar con los juveniles: un par de profesionales de primer año que nunca habían sido titulares y Febian Price, con quien Wilko se negaba a contar incluso cuando Jones o Bobby estaban lesionados, porque en una cláusula de su contrato se estipulaba que, si salía de titular una sola vez más, tendrían que renovarlo de forma automática por un año. A los tres se los solía ver juntos, realizando ejercicios de estiramiento, haciendo piña, comiendo con caras largas en una mesa de la cafetería. Eran el grupo de los excluidos, un grupo al que muy pronto se unió Finch-Evans. Un día, después de calentar, Wilko reunió a los jugadores y les dijo que quería ensayar una serie de jugadas a balón parado con grupos pequeños de delanteros y defensas. Dio los nombres de quienes

los formarían y Finch-Evans fue el único que se quedó fuera.

—Finchy —dijo, y todo el mundo se volvió para mirar al extremo—, como no has jugado mucho últimamente, será mejor que vayas allí a ponerte un poco en forma.

El equipo entero, y también el grupo reducido de jugadores excluidos que estaban en el otro terreno de juego, lo vieron salir corriendo hacia el campo en el que los juveniles escuchaban cómo su entrenador organizaba una sesión para ensayar lanzamientos de falta.

Tom trató de no pensar demasiado en el final de la temporada o en su contrato. Se concentró en el juego. La vieja determinación de triunfar a toda costa volvió a apoderarse de él como una droga. Se acercaba a la lista de convocados con la esperanza de encontrar su nombre en ella y, cuando por fin lo veía, una especie de descarga eléctrica le recorría el cuerpo. Se las arreglaba para tener la cabeza ocupada, igual que solía hacer en el pasado, imaginándose en el campo —poderoso, implacable—, y a veces esas fantasías se mezclaban con imágenes de momentos reales en los que había conseguido destacar. Como el pase que le hizo a Gundi en el primer gol contra el Gillingham. O una subida por la banda durante el mismo partido en la que se libró de dos jugadores —entre el murmullo de admiración del público— y condujo el balón perfectamente controlado más de cuarenta metros a tan sólo un palmo de la línea de cal.

Estaba seguro de que sus compañeros lo respetaban más ahora. En especial los delanteros, a quienes ya no les cabía ninguna duda de que era capaz de crear ocasiones de gol. Había aprendido a anticiparse a los movimientos de Gundi; ahora sabía cuándo y por dónde se internaría en el área y a qué zona quería que le lanzara el balón. El delantero había desarrollado un código para esos pases, que sólo ellos conocían, de acuerdo con el cual Gundi se daba dos golpecitos en uno u otro lado de su imponente culo —en el derecho para el primer palo y en el izquierdo para el segundo— en función de dónde quisiera el pase. El arreglo funcionaba casi siempre, con la misma sencillez que si se apretara un botón.

Sin embargo, ya habían empezado a oírse rumores de que Gundi se iba. Su agente había hablado con tres o cuatro equipos de tercera división —o eso

era al menos lo que decía el propio delantero— y con uno de segunda. Aunque el presidente comunicó de inmediato a la prensa que no lo dejarían marchar bajo ningún concepto. La temporada siguiente sería la del histórico ascenso del equipo. El presupuesto de fichajes aumentaría en dos millones. Y la tribuna del río sería demolida y reconstruida de acuerdo con un diseño y unos planes que olvidó especificar.

Como el equipo al que se enfrentaban, el Southend, tenía posibilidades de subir, el último partido en casa fue emitido por televisión. Un equipo llegó por la mañana para montar un estudio improvisado. Lo levantaron en un rincón del terreno de juego, por encima de la zona reservada para minusválidos, tan feo y funcional como un contendor marítimo. El Town había logrado encaramarse ya a la decimoctava posición, y tanto Wilko como el presidente —que apareció por sorpresa y un tanto ebrio cuando estaban a punto de salir del vestuario— habían insistido en que irse de vacaciones con una victoria en casa sería el pistoletazo perfecto para la campaña de ascenso de la siguiente temporada.

Sin embargo, el Southend se lanzó al campo con una intensidad que los jugadores del Town no podían, o tal vez no querían, igualar. Steven y los otros becarios que fueron incluidos en el once inicial se vieron envueltos en la carnicería. Debido en muy buena medida a que el presidente —siempre dispuesto a aprovechar cualquier oportunidad para hacer caja— había cedido al Southend, además del fondo que habitualmente se reservaba a las hinchadas visitantes, amplios sectores de la tribuna del río, los cánticos de sus seguidores resonaban por todo el estadio, lo cual llevó a uno de los comentaristas de la tele a pensar que se encontraban en Southend hasta que, bien avanzada ya la primera parte, un productor lo sacó de su error.

A pesar de la derrota por 4 a 1, la actuación de Tom fue bastante buena. Su padre lo llamó después del partido para decirle que había sido el único, junto a Gundi y Beverley tal vez, que había dado la cara. Estaba orgulloso de él, añadió. Tom apretó los dientes. Había sido capaz de enderezar la temporada. Había que tener carácter para hacer eso. Carácter y un par de cojones.

Estaba tumbado en la cama. Con la espalda de Liam contra su pecho y sus cuerpos latiendo juntos al ritmo que marcaban sus jadeos. En el cuello de Liam podían verse varias marcas de color naranja oscuro que destacaban en su piel como si fueran pequeñas setas incipientes.

—¿Te puedo preguntar algo? —dijo Liam.

—No.

Sin embargo, un par de segundos más tarde añadió:

—Me pregunto cuándo vamos a hablar de lo que va a pasar la semana que viene.

—Pues supongo que la semana que viene.

Los dos se quedaron callados.

—Vale. Te entiendo. Partido a partido, ¿no?

—Exactamente.

La tarde antes del último partido de la temporada, Tom salió de la enfermería y se dirigió al aparcamiento. Subió al coche, se puso el cinturón y se quedó mirando la puerta de la enfermería, incapaz de poner en marcha el motor y salir de allí. Después de un par de minutos, la puerta se abrió y apareció Liam. Al ver aquella figura encorvada barriando delante de la puerta, fiel al plan que habían urdido, Tom sintió un vacío en el estómago. Salió del coche y se quedó a un lado. Liam no tardó en reparar en su presencia. Levantó la vista y miró a Tom, que no se movió de donde estaba. Liam se aseguró de que no venía nadie, dejó la escoba apoyada en la pared y se acercó a él.

Se quedaron los dos de pie, junto a la puerta abierta del coche. Durante un par de segundos sobrecogedores, Tom creyó que se iban a besar. Se oyó un ruido. Al volverse, vieron cómo se cerraba la salida de emergencia y Boyn y Daish echaban a andar en dirección al aparcamiento. Se separaron. Los otros los miraron y se dirigieron a sus coches.

—Te escribo un mensaje —dijo Liam antes de irse.

El aire zumbaba en los oídos de Tom. Se metió en el coche y se quedó sentado, observando a Boyn y Daish con el rabillo del ojo. Trató de controlar

la angustia que aún sentía en el pecho por lo cerca que habían estado de ser descubiertos. Los otros dos jugadores estaban hablando, apoyados en el techo de sus vehículos. Se volvieron al mismo tiempo para mirar hacia donde estaba Tom, se subieron en sus coches y se marcharon.

18

La temporada terminó con un empate a cero ante el Hereford. Sus rivales, que necesitaban la victoria si querían tener alguna esperanza de conservar la categoría, descendieron. La atmósfera lúgubre que se respiraba en el estadio y en el túnel resultaba muy incómoda, y los jugadores del Town se ducharon y se cambiaron en silencio, conscientes en todo momento del drama personal que se estaba viviendo al otro lado de la pared. Se comieron sus sándwiches, recogieron —sin que nadie se lo dijese— el barro y los platos de papel de sus bancos y se fueron.

El futuro de los jugadores que llevaban dos años en la academia se resolvió dos días más tarde. Tom acercó a Bobby y a Steven al estadio y les dijo que los esperaba para llevarlos de vuelta a casa cuando acabaran. Mientras tenía lugar la reunión, se sentó en la tribuna principal. Se acordaba bien de cómo era ese día, de lo mal que se pasaba. No quería pensar en eso. Prefirió observar el campo —esas dos calles de césped gastado en ambas bandas— e imaginar cómo rodaría el balón por la hierba recién plantada cuando estuviera suave y lustroso de nuevo. Sin embargo, no paraba de distraerse mirando a un lado del terreno de juego, hacia la puerta situada bajo el centro de control, dándole vueltas a lo que ocurriría con su propio contrato.

Al cabo de cuarenta y cinco minutos, se levantó y se dirigió a la sala de jugadores. En cuanto entró y un par de chavales levantaron la cabeza, se dio cuenta de que lo último que querían en ese momento era que uno de los veteranos estuviera allí. Parecía que a todos se les había comunicado ya la decisión. Había chavales sentados a solas en todas las esquinas. Muchos

estaban con la cabeza gacha; uno tenía los ojos clavados en un trozo de papel que parecía un certificado. Otros, al verlo, se apartaban de él. Dos chicos que parecían ser los defensas centrales del equipo estaban juntos en el sofá, mirando por la ventana el terreno de juego. No sabía qué hacer, quería decirles algo, pero era evidente que no podía. Salió de la sala y se encontró al muchacho enclenque de la cabeza rapada sentado en el pasillo, con la espalda apoyada en la pared y la cabeza entre las rodillas. Era como el escenario de una catástrofe. Tendría que haberse abstenido de ir, de entrometerse en aquella humillación personal, tendría que haberse quedado en el coche. A Bobby y Steven, sin embargo, no se los veía por ninguna parte, lo cual probablemente fuera buena señal.

Wilko salió en ese momento de su despacho y echó a andar en la misma dirección que él. Tom se detuvo para saludarlo, pero el entrenador pasó a su lado sin prestarle atención. Antes incluso de abandonar el estadio, ya lo estaban atormentando las dudas: por si el entrenador lo había ignorado adrede, por si eso tenía algo que ver con la reunión que mantendrían a la semana siguiente...

Bobby y Steven lo estaban esperando junto al coche. Tom se acercó, desbloqueó las puertas y, sin decir una palabra, los dos chavales se subieron a la parte de atrás. Tom se puso al volante y arrancaron, pero antes de salir del aparcamiento redujo la velocidad y se detuvo. Se dio la vuelta para mirarlos.

—¿Cómo os ha ido?

—A él le han ofrecido un contrato —dijo Steven inmediatamente—. A él y a Spencer. A nadie más.

Se puso a mirar por la ventanilla, más pálido de lo normal, o eso al menos le pareció a Tom.

Bobby, por su parte, no parecía saber muy bien hacia dónde o cómo mirar y tenía los ojos clavados en la entrepierna.

—Por un año —dijo, levantando la cabeza—. Con opción a otro si el club está interesado.

Tom sabía que, por debajo de esa contención impostada, se moría de ganas de hablar de ello.

—Me alegro por ti —dijo Tom. Y después, dirigiéndose a Steven, añadió

—: Pero eso no significa que tú seas malo. Hay un montón de equipos.

Al volverse para llevarlos a casa, se dio cuenta de lo inapropiadas que resultaban esas palabras. «En cuanto madures —podría haber añadido— te convertirás en un crack.» Al principio no se lo había parecido, pero él había tenido suerte de acabar en el Town. Aquellos ocho chavales, cargados con su grado superior en educación física y la certeza de que su sueño había terminado, tenían pocos lugares en los que recalar, salvo las liguillas dominicales o el infinito universo del fútbol semiprofesional o amateur. Según había podido saber por su padre, tres de los becarios con los que jugó Tom habían acabado en las categorías inferiores de alguna liga extranjera: Suecia, Dinamarca, Hong Kong. Puede que uno o dos muchachos del Town siguieran ese mismo camino e incluso encontraran su lugar en el extranjero, aunque su padre le había contado no hacía mucho que sólo uno de los compañeros de Tom en la academia seguía fuera —en la segunda división de Hong Kong— y que los demás habían vuelto, desilusionados, deseando estar con sus familias.

A mitad de camino, justo cuando pasaban por el centro comercial, Steven se llevó una de sus pecosas manos a la cara y su cuerpo se vio sacudido por unos ligeros espasmos. Tom subió el volumen de la radio. Le entraron unas ganas desesperadas de parar el coche y salir para estrecharlo entre sus brazos, para sujetarlo y decirle que todo iba a salir bien, una idea que le llenó de miedo y asco y le obligó a agarrar el volante con más fuerza.

Al día siguiente, Steven volvió a Escocia. Después de su breve y deprimente cena de despedida, Tom bajó al baño y desde allí pudo oír el lejano rumor de los ánimos que intentaban insuflarle los Davey. ¿Cuántas veces habrían tenido que pasar por lo mismo en todos esos años?, se preguntó. Eran gente amable, paciente y comprensiva. Sabía que harían lo mismo por él si terminaba en la situación de Steven. Y después se acordó del secreto que, si no estaba equivocado, se les había estado ocultando durante todas esas temporadas de consejo y consuelo afectuoso. Aunque ése era otro tema que, junto con el futuro profesional de Tom, nunca había surgido en las conversaciones con Liam; otro tema que habían decidido tácitamente ignorar.

El día siguiente a la partida de Steven, Bobby se marchó también, con

resaca y la promesa de devolverle a Tom su dinero el primer día de la pretemporada. Tom hizo la vista gorda; no tenía ganas de explicarle que cabía la posibilidad de que no le ofrecieran un contrato para la siguiente temporada. A Bobby le habían dicho que le reservarían su habitación durante un año si la quería, aunque también podía buscarse una casa si lo prefería. Se marchó a Escocia todo el verano para pensarlo.

Si el club llegaba a algún acuerdo con Tom, él —como profesional de segundo año— no podría volver a casa de los Davey. Se fue, con todas sus pertenencias, pocas horas después que Bobby. Mientras se internaba en aquella tarde veraniega desagradablemente húmeda, no podía quitarse de la cabeza las caras y la efusiva despedida de los Davey. No tenía demasiadas ganas de volver a casa. La perspectiva de tener que pasarse cinco días mintiendo a sus padres y a su hermana le tuvo la cabeza ocupada todo el viaje.

Durante los dos primeros días, sus padres no lo dejaron solo ni un minuto —a veces le daba la impresión incluso de que lo seguían por la casa—, pero él intentó poner siempre buena cara. Los esfuerzos que hacía lo dejaban exhausto y por las mañanas contaba los minutos que quedaban para que se fueran todos, ellos al trabajo y su hermana al instituto.

No habló con Liam ni una sola vez, pero todos los días se enviaban una larga cadena de mensajes —breves, neutros, por lo general relacionados con la liguilla de ascenso o con el estado en el que se encontraba el césped del campo— hasta que su familia volvía a casa y les contaba que había ido a correr o al centro a ver a un amigo, aunque la idea de quedar con alguien conocido era lo último que le apetecía. Se pasaba las tardes viendo la tele o corriendo con la música a todo trapo para alejar cualquier pensamiento relacionado con la reunión del martes. Después del té y de aguantar las miradas curiosas que le lanzaba su hermana desde el otro lado de la mesa, se iba a su habitación a jugar a la Xbox mientras retomaba el intercambio de mensajes. Cada noche antes de acostarse borraba cualquier rastro de las carpetas de enviados y recibidos. Al ver cómo desaparecían los mensajes por

la pantalla con unas volteretas, le daba un vuelco el corazón, como si se precipitase desde lo alto de un edificio.

Una noche, bajó al salón para coger la parte de arriba del chándal y oyó a sus padres charlando en la cocina. Estaban recogiendo, la madre fregaba los platos y el padre los secaba.

—Se las apañará —estaba diciendo su madre cuando Tom se sentó en el sofá para observarlos por el quicio de las dos puertas.

—Ya, ya lo sé.

El padre salió del campo de visión un instante, colocó un plato, regresó junto al escurridor y los dos continuaron con su tarea en completo silencio. Cuando no quedó un solo plato en el fregadero, la madre quitó el tapón y se quedó mirando por la ventana el jardín, con las manos enguantadas en lo alto de la pila. Tom vio a su padre acercándosele por la espalda. Ella se dio la vuelta mientras se quitaba los guantes y los dejaba encima del fregadero. Él le puso las manos en los hombros y se quedaron unos instantes mirándose el uno al otro.

—Pareces cansada, Liz —le dijo, sonriendo—. Estás trabajando demasiado.

La madre se encogió de hombros y el padre los acarició ligeramente de arriba abajo.

—Nadie más puede hacerse cargo de la clínica. Y no nos viene mal el dinero de las horas extras.

La cara de su padre se acercó a la de su madre y Tom apartó la vista. Cuando volvió a mirar, él la estaba abrazando. Sus frentes se rozaron unos segundos y un instante después se separaron. Tom se levantó. Salió del salón a hurtadillas y subió la escalera con un extraño poso de vergüenza por haber asistido a ese momento de intimidad.

Sus padres se dieron cuenta de su retraimiento. La madre fue la primera en sacarlo a colación, en la puerta de casa, mientras Tom volvía de sacar la basura.

—Este tiempo de espera es terrible —dijo—. Pero no tienes por qué guardártelo todo dentro, cariño.

—Ya lo sé —le contestó él, sonriéndole al pasar a su lado—. Son los

inconvenientes de no tener un trabajo de verdad, mamá. Ya se arreglará todo.

La segunda en sacar el tema fue su hermana. Cuando subió de tomar el té, Tom se dejó un día la puerta abierta y ella entró sin llamar.

—A ver, mongolo. ¿Por qué no me hablas?

—De qué.

—De por qué eres un mongolo, para empezar —dijo, mirándolo inquisitivamente desde la puerta.

—No lo soy.

Ella enarcó las cejas y le clavó la mirada.

—Tú no tienes ni idea de cómo es esto —dijo Tom.

—No, la verdad es que no lo sé. Pero podrías portarte un poco mejor con papá y mamá. Además, papá dice que te han sacado de titular en algunos partidos —añadió más calmada—, que estás jugando bien. Y debe de saber de lo que habla porque se lee las crónicas de los partidos todas las semanas. Eso tiene que significar que te vas a quedar, ¿no? Igual incluso te ofrecen pasta.

—Igual. Pero esto es fútbol y el fútbol no se parece al mundo real.

Ella se sentó a su lado en la cama.

—Y si no te ofrecen un contrato ellos, seguro que alguien lo hace. Tal vez algún club de por aquí esté interesado en ti y puedas volver al norte.

Le puso una mano en la rodilla, pero él dio un respingo y ella la retiró de inmediato.

—Hay miles de tíos que matarían por estar donde estás tú. Me encontré con Sammy D. el otro día... Creo que no te lo había contado. Él sí que está perdido. No tiene estudios, ni objetivos, no tiene nada. Lo metieron en no sé qué programa y ha estado trabajando gratis seis meses en un Homebase, pero se le ha acabado el contrato y lo único que hace ahora es ir al gimnasio. Es un puto armario. Por lo menos tú estás jugando. Da igual dónde acabes. Ten en cuenta que en el mundo real lo que tú ganas es un pastón.

Él se la quedó mirando.

—¿Y cómo sabes tú lo que gano?

—¿Cómo va a ser? Por internet.

El domingo hacía un tiempo bastante agradable y se fueron a comer a un

pub no muy lejos de casa. Tom se esforzó al máximo por ofrecer su mejor cara. Estuvieron charlando —de las universidades que le habían ofrecido plaza a Rachel, de las compras por internet— y se dio cuenta de lo felices que se pusieron sus padres al ver que actuaba con normalidad. Cada vez se le daba mejor actuar; desdoblarse en dos identidades: una normal, el futbolista, y otra inaccesible.

Esa noche, Liam le mandó un mensaje para preguntarle si podían hablar. Tom lo llamó a la mañana siguiente desde el parque en el que había estado corriendo.

—Se me ha ocurrido una cosa —dijo Liam.

—Dime.

—¿A qué hora tienes la reunión mañana?

—A las once. Salgo para allá esta tarde.

—¿Y después? ¿Te vuelves a casa?

—No lo sé. El señor y la señora Davey me han dicho que puedo quedarme con ellos si quiero. Pero todavía no sé qué voy a hacer.

Siempre que hablaba con Liam de los Davey, cosa que intentaba evitar en la medida de lo posible, nunca se refería a ellos como *tus padres*.

—Lo que quería decirte es que estoy libre a partir del miércoles. Van a alargar la mierda esa del «Futbolista por un día» un par de semanas más y no puedo empezar con la renovación del césped.

Un corredor se estaba acercando a Tom mientras miraba su cronómetro.

—Y he pensado que podríamos hacer algo juntos —añadió Liam.

Tom esperó a que el corredor lo adelantara.

—¿Qué quieres decir?

—No sé, tal vez pasar unos días juntos.

—¿Dónde?

—En algún sitio que esté más lejos que el Beefeater.

Quería seguir corriendo, pero la sangre parecía no fluirle por las piernas.

—No creo que eso... No creo que pueda.

—¿Puedes pensártelo por lo menos? Después de la reunión, podemos esperar hasta que hayas hecho la reunión.

—Quiero que formes parte del equipo otra temporada —dijo Wilko—. Con las mismas condiciones. Y el año que viene por estas fechas ya veremos cómo marchan las cosas.

Tom se dio cuenta de que su agente anotaba algo en la libreta. Una corriente de aire le rozó las orejas.

—Antes de que os vayáis me gustaría decirte un par de cosas, si no os importa. Lo has hecho bien. Bastante bien. Has progresado físicamente, lo cual es importante a tu edad, y has mejorado a nivel mental. Ahora necesitamos ver que ese progreso se mantiene de forma continuada, porque la temporada que viene es muy importante para nosotros y no queremos lastres.

El agente lo apuntó todo. Dio un golpecito en el suelo con el tacón y un trozo de piel apretada apareció atrapado entre sus pantalones y unos calcetines con dibujos de la serie *Padre de familia*. Entre los garabatos que había en la página doblada de la libreta, Tom pudo distinguir el nombre de otro jugador subrayado.

—Sólo un par de cosas —dijo el agente—. En primer lugar, las condiciones; lo segundo, ¿tenéis pensado fichar a alguien más en su posición?

—Sí, la verdad es que quiero reforzar su posición. En realidad, quiero reforzar todas las posiciones. No puedo garantizarle a nadie un lugar en el equipo, pero lo que espero de Tommy es que siga como hasta ahora y no me deje otra opción que contar con él. Está en su mano ser parte del equipo.

Veinte minutos después, a Tom le habían ofrecido un aumento salarial de doscientas libras a la semana y una subida de la prima por partido de ciento cincuenta libras, aunque las primas por victoria y por gol no se modificaron. Tenía treinta días desde que recibiera la oferta por escrito para responder. Estarían en contacto, le dijo el agente a Wilko, y Tom salió del despacho detrás de él.

En el aparcamiento estaban Richards y Hoyle. Cuando su agente se apartó para atender una llamada, Tom se acercó a hablar con ellos. De inmediato se dio cuenta de que algo no iba bien. En cuanto lo vio, Hoyle se dio la vuelta y Richards, que también se había vuelto, le dijo algo al oído mientras le pasaba

una mano por la espalda. Tom estaba ya demasiado cerca para alejarse sin que resultara raro.

—¿Estáis bien? —dijo cuando los alcanzó.

—Sí, sí —dijo Richards—. Sólo le estoy diciendo que es un portero de puta madre y que dentro de un par de temporadas estará jugando en una categoría superior, por encima de cualquiera de nosotros.

—Está claro —añadió Tom—. Eres un portero alucinante.

Hoyle, todavía mirando en la otra dirección, farfulló algo que Tom no pudo entender.

—Cuando eres bueno nunca te falta el trabajo —le dijo Richards—. Lo que necesitas en este momento es jugar como titular para ir cogiendo experiencia.

Hoyle se volvió. No parecía estar llorando, al contrario de lo que Tom había supuesto.

—¿Dónde? ¿En el Ash? ¿En el Dog and Duck?[6]

—Tranqui, tío. No te adelantes a los acontecimientos.

Cuando se rio, del pecho de Hoyle salió un ruido cascado. Se abalanzó sobre Richards para abrazarlo.

—¿Y tú qué, Tommy? —preguntó Hoyle—. ¿Te han ofrecido un contrato?

—Sí, por un año.

—Me alegro por ti. Te lo mereces. No como éste, que parece que ha nacido con una flor en el culo. Si es verdad lo que dice, le han ofrecido dos años.

Se pusieron a hablar de los jugadores que habían ido a la reunión el día anterior —Finch-Evans, Price, Yates—; a todos ellos, según leyó Tom en los foros de internet, los habían dejado marchar. Oyó que alguien gritaba su nombre. Su agente había terminado de hablar por teléfono y le estaba haciendo señas.

—Será mejor que me vaya, chavales —dijo Tom, esperando no tener que despedirse de Hoyle.

Se dio media vuelta con un saludo rápido y cruzó el aparcamiento para reunirse con su agente.

Fueron cada uno en su coche hasta un pub de las afueras para discutir la oferta frente a un plato de comida grasienta.

—Aceptamos, ¿verdad? ¿O quieres presionar un poco a ver si sacas algo más? Si te soy sincero, me parece una buena oferta. Yo la aceptaría —dijo el agente antes de volver a su ración de *fish and chips*.

Tom no sabía si estaba esperando una respuesta. En ese momento, la tarde de la semifinal de la copa para juveniles —esa tarde en la que una nube de agentes revoloteaba alrededor del Honda de su padre en el aparcamiento— parecía muy lejana.

—Voy a aceptarla.

—Estupendo. Me pondré con el papeleo —dijo, y levantó la mirada mientras mordisqueaba una patata. Tenía la punta de la nariz de color rosa y se le estaba despellejando—. ¿Necesitas que te ayuden a buscar piso?

Tom pegó un sorbo a su coca-cola. No había querido pensar en eso, en nada de todo eso, hasta ahora.

—No, prefiero hacerlo yo.

Llamó a Liam desde el aparcamiento del pub en cuanto su agente desapareció.

—Qué buena noticia —dijo Liam.

Tom se apartó el teléfono de la boca para que no se le escapara nada que pudiera dejar entrever lo dolido que estaba por esa respuesta tan tibia.

—¿Has aceptado?

—Bueno, no funciona así. Tengo un mes para contestar. Aunque mi agente se ha puesto ya con ello.

—Pero ¿vas a aceptar?

Tom se quedó callado un segundo.

—Sí. —Se produjo otro momento de silencio, y luego añadió—: Así que ya estoy libre para esas vacaciones.

—¿En serio? ¿Se te ha ocurrido algún sitio al que podamos ir?

Se sintió tentado de decir, en broma, que a ningún sitio demasiado gay, pero se contuvo.

—Me da un poco igual.

—Vale. Bueno, déjame a mí. Trataré de pensar en algo.

Decidió que lo mejor era no quedarse allí y se fue directamente a casa. Esa noche, su madre hizo burritos de pollo para cenar, un plato que, por alguna razón, todos creían que era el favorito de Tom. Su familia estaba exultante. Querían incluso llamar a Kenny para que se pasara. Su padre, que cada vez estaba más borracho, no paraba de sonreírle y darle palmaditas en la espalda.

Durante el resto de la semana, Tom trató de fingir que participaba del ambiente festivo que reinaba en casa y tuvo que soportar el buen humor generalizado, a la espera cada noche del momento en el que por fin podía sentirse liberado en la soledad de su cuarto.

19

Fueron a Portugal en avión, por separado. Entre los viajes con las categorías inferiores de la selección y los que había hecho a España con su familia, Tom debía de haber estado en el extranjero una docena de veces, sin contar unas vacaciones interminables y pasadas por agua en Róterdam durante las que no paró de pelearse con su hermana. Eso no le impidió, sin embargo, que en esa ocasión se pusiese a mirar por la ventanilla del avión como si fuera la primera vez que volaba. Sintió una emoción desbordante al ver las montañas y los bosques y los campos infinitos de color amarillento que surgían entre las corrientes de vapor, el contorno de las ciudades y las aldeas, el tráfico que discurría de un lado a otro como una procesión de hormigas. A mitad de camino, experimentaron un periodo no muy largo pero intenso de turbulencias. La tripulación se retiró a los asientos que tenían junto al cuarto de baño. Los dos ancianos que Tom llevaba al lado y que apenas hablaban se cogieron de la mano por encima del reposabrazos que compartían. Él se aferró a los dos que tenía a su disposición y clavó la mirada en el océano, que resplandecía por debajo de ellos, sintiendo casi cómo se abría ya su carne sin poder hacer nada.

Liam lo estaba esperando en el vestíbulo de llegadas. Apareció entre el barullo de los viajeros con unos pantalones cortos, una camiseta y las piernas ligeramente tostadas. Se saludaron con un firme apretón de manos que se prolongó unos segundos, como un pulso en el aire.

—¿Qué tal el vuelo? —preguntó Liam.

—Bueno, la mayor parte del tiempo bien. ¿Y el tuyo?

—Bien también. Sin complicaciones. Puntual.

—Estoy como si me hubieran dado una bofetada nada más bajar del avión —dijo Tom.

—Ya, al parecer se ha adelantado una ola de calor.

Se dieron cuenta del efecto tranquilizador que, a pesar de todo, tenían esos comentarios triviales y se sonrieron el uno al otro.

—Ya he pasado a coger el coche —dijo Liam.

Lo había estacionado en el extremo más alejado del aparcamiento, justo al lado del cuchitril de cemento casi humeante en el que se encontraba la compañía de alquiler.

—Ostras, no he traído el carnet —dijo Tom cuando llegaron al vehículo—. Ni siquiera se me ocurrió cogerlo, lo siento.

—No pasa nada, no me importa llevar el coche. Además, igual no hace falta que conduzcamos mucho. Todo depende de cómo esté el hotel.

Liam entró en la autopista. Palmeras. El claxon de los vehículos. El sol abrasador que borraba los anuncios de las vallas publicitarias. Por la rejilla de ventilación entraba un chorro de aire caliente. Tom había tomado la determinación de no dejar que hicieran las cosas por él en esas vacaciones. Se pagaría las bebidas, las comidas, hablaría con los camareros y no se desentendería cuando llegara la hora de dejar propina. La idea de que Liam lo hiciera todo —o de que esperase tener que hacerlo— lo asqueaba.

El alojamiento estaba en un bloque de veintiún apartamentos situado alrededor de una pequeña piscina y un jardín de piedra. Aliviados por la refrescante brisa del ventilador que colgaba del techo, echaron un vistazo al piso, pendientes en todo momento el uno del otro. Se quitaron los zapatos, los calcetines, y el tacto de las baldosas tibias bajo los pies les agradó. Había un dormitorio con una cama, una mesa con sillas y una cocina americana pequeña, un baño con una ducha abierta y un retrete y, en la parte de atrás, una terraza no muy grande con un muro bajo de separación en la que se quedaron después de servirse un vaso de agua. Los árboles y los matorrales describían una ligera pendiente por delante de ellos. A poco más de kilómetro y medio podían verse los techos de colores vivos y las torres de apartamentos de la ciudad. Un poco más lejos, unas colinas altas y boscosas —cuyas

laderas estaban salpicadas de casitas blancas y esqueletos metálicos de edificios en construcción o abandonados— daban cobijo a una piscina natural. Y, a lo lejos, más allá de esa piscina natural, el mar tibio, que resplandecía bajo el sol como la piel de un pescado.

—¿Qué les has dicho a tus padres? —preguntó Liam cuando se sentaron en las ardientes sillas de plástico.

—Que estoy en Portugal con unos compañeros del equipo.

Liam asintió con la cabeza.

Tom esperó un instante y después dijo:

—¿Y tú?

—Pues más o menos lo mismo. Sólo que mi padre y mi madre conocen a casi todos mis amigos. Les he dicho que estoy con una gente a la que conocí en un curso de jardinería. La verdad es que no tengo ya mucho contacto con ellos, sólo hablamos de vez en cuando por Facebook, pero me vienen bien como coartada para mis padres.

Los dos estaban sudando. Liam se pasó el vaso por la frente y Tom aprovechó para buscar en su cara alguna señal de que la alusión a su pasado sexual había sido deliberada. Tom se levantó y entró en el apartamento para servirse otro vaso. Un segundo después, Liam se acercó a la cocina y se quedó detrás de él. Le dio su vaso para que se lo llenara y sus brazos se rozaron, pero Liam cogió el agua y se fue a deshacer las maletas. Tom hizo lo mismo. Dedicaron los siguientes minutos a sacar sus cosas (los productos de aseo, las cremas solares, el repelente para mosquitos, los innecesarios cargadores del teléfono, los pantalones cortos, las camisetas, los bañadores), a guardar la ropa ordenadamente y a colocarlo todo por separado en los estantes como si fueran compañeros de piso. Cuando terminó, Liam entró en el baño. Y mientras él estaba allí, Tom se quitó los vaqueros y se puso unos pantalones cortos con un recato absurdo.

Dieron una vuelta por el complejo turístico. Los pájaros cantaban en los arbustos. Un tipo regaba un arriate de flores secas. Tres chicas inglesas estaban sentadas en unas tumbonas al borde de la piscina, con los pies colgando sobre el agua. Por la tarde seguía haciendo calor. Caminaron alrededor de un cuarto de hora por un sendero sin sombra hasta la ciudad.

Cuando llegaron, el ajetreo les resultó agradable. A ambos lados de una estrecha calle adoquinada había un montón de bares y cafés, y también una hilera de puestos en los que se exhibían tallas de madera, baratijas y abanicos de papel. La lonja de pescado marcaba el inicio de un paseo ancho — inundado por el olor a sardinas asadas y a marisco de los restaurantes— que llevaba a una playa en forma de media luna.

Como no llevaban toallas, decidieron sentarse en la arena caliente, cerca de un puesto de alquiler de tumbonas que estaba separado por una cuerda. Cansados del calor, se quedaron mirando en silencio la piscina natural, a merced del murmullo que los rodeaba. Desde la orilla llegaba el adormecedor toctoc de un juego de palas. Liam lo seguía. Tom, por su parte, sentía unas ganas desesperadas de tocarlo. No podía entender por qué no había hecho todavía el más mínimo acercamiento. Se levantó y le dijo que iba por unas bebidas al quiosco que había un poco más abajo.

Compró un par de coca-colas, satisfecho de cómo había manejado la situación con el vendedor. Al volver, se fijó en dos tipos que compartían la misma toalla. Uno de ellos le estaba pasando al otro la mano por la espalda mientras le susurraba algo al oído. Tom apretó el paso para dejarlos atrás. Cuando regresó junto a Liam, le dio la coca-cola y se preguntó si él también habría visto a aquellos dos hombres y si lo habrían sorprendido tanto como a él.

El sol iba ocultándose por detrás de las montañas y empezaba a refrescar. Caminaron hasta un chiringuito que había junto a la playa y se sentaron a tomar una cerveza. Hablaron de las cesiones que se habían producido al acabar la temporada —primero las del Town y luego las de otros equipos— y, mientras la conversación giraba hacia la inminente Eurocopa, se bebieron una segunda cerveza, hasta que el sol desapareció del todo y la temperatura bajó demasiado para seguir fuera.

Camino del apartamento, Liam lo cogió de la mano. Como respuesta, Tom le dio un apretón. Pero al ver que una camioneta bamboleante y sucia de barro se les acercaba, se soltaron y se echaron a un lado. Sin embargo, una vez que los dejó atrás, Tom se volvió para besar a Liam, con el cuerpo muy pegado al suyo, y ninguno de los dos se apartó cuando oyeron el bocinazo

que les dedicó otro coche.

Una vez en el apartamento, no lograron contenerse mucho más allá de la puerta. Una lluvia de granos de arena acompañó la caída de la ropa sobre las baldosas y Tom, consciente de que no había nadie al otro lado de la habitación, de que nadie sabía siquiera que estaban allí, se sintió liberado. La presión que las manos de Liam ejercían sobre su espalda fue disminuyendo gradualmente y bajando por la columna, por la rabadilla. Hacía tan sólo unas semanas, Tom creyó que estaba preparado para aquello. Sin embargo, en el último momento se arrepintió, se dio la vuelta y obligó a Liam a sentarse en la camilla. Ahora, no obstante, hundió la cara en las sábanas recién puestas y escuchó cómo se aceleraba la respiración de Liam mientras le besaba el cuello y murmuraba algo que se perdió entre el canto implacable de los grillos.

Tom soltó un pequeño grito de dolor. Liam mantuvo las manos en su cintura y, aunque no se detuvo, redujo un poco el ritmo. Tom fue acostumbrándose poco a poco a esa sensación extraña, acentuada por los gemidos de Liam, que se retorció con un placer tan intenso que resultaba casi insoportable.

Los días interminables y resplandecientes que vinieron después parecían pertenecer a una realidad distinta. No habían cogido el coche —que seguía aparcado bajo una palmera a la entrada del complejo— ni una sola vez. Pasaban los días entre la playa y el apartamento, y se quedaban en cualquiera de los dos sitios durante ratos largos y apacibles, sin darse cuenta muchas veces de que se había hecho de noche y habían pasado la tarde entera durmiendo, cosa que tampoco les importaba demasiado. Salían del apartamento muertos de hambre y devoraban la sucesión infinita de platos que les servían en alguno de los restaurantes pintorescos y baratos que había frente a la playa o en la calle mayor. Se emborrachaban —para sorpresa de Tom, Liam lo hacía casi tan rápido como él— y se iban tambaleando y riendo a dar un paseo por la orilla.

En aquellos momentos —por la noche, cuando no había mucha gente— a

Tom no le molestaba que se dieran besos o se tocaran. En el apartamento, se entregaba a Liam sin reservas, pero la idea de que alguien los viera juntos, aunque fuera un desconocido, lo seguía incomodando. Liam solía tomarle el pelo con eso y a veces hacía ademán de ir a besarle cuando estaban tomando el sol en la playa. Una tarde, mientras daban una vuelta por la ciudad, lo llamó en broma *marica* y Tom estuvo sin hablarle hasta que una hora más tarde Liam se disculpó en la terraza y prometió no volver a decírselo nunca más. Tampoco ayudaban mucho ni las visibles marcas de color rojo que ambos —aunque sobre todo Liam— tenían en los brazos y en las piernas ni las parejas manifiestamente homosexuales que había en el complejo. Se cruzaban muchas veces con los dos tipos a los que Tom había visto el primer día en la playa. Y, cada vez que eso ocurría, Tom se apartaba un poco de Liam por miedo a que les dijeran algo. Se fijó en que había otras dos parejas y un grupo de cinco alemanes que, por la forma en que luchaban entre ellos y se hacían fotos en la playa, supuso que eran gais, aunque a veces le daba por pensar que igual los alemanes se comportaban así entre ellos. Tampoco llegó a descartar nunca la posibilidad de que fueran futbolistas.

Una noche, casi al final de la semana, mientras celebraban su cumpleaños tomándose unos cócteles en las hamacas de un chiringuito, Tom le preguntó por qué había escogido aquel sitio.

Liam se encogió de hombros.

—Pues no lo sé. Lo vi en TripAdvisor. Barato, buen clima, buen rollo.

—Ah, entonces te informaste de cómo era, ¿no?

—Claro. Si no recuerdo mal tú no moviste un puto dedo.

—¿Buscaste otros sitios?

Liam lo miró con escepticismo.

—Tío, no es un lugar de vacaciones para homosexuales, si es eso lo que estás pensando.

—Como nunca he estado en uno, no sabría reconocerlo.

—¿Crees que yo sí?

Tom dio un sorbo al cóctel.

—No tengo ni idea.

Liam se echó a reír.

—Bueno, pues te alegrará saber que no. Me enteré de que era un sitio «abierto» o *gay friendly*, o como cojones lo llamen en internet. Y pensé que estaría bien porque sabía que no querías ir a un lugar más de ambiente. Y yo tampoco. Tenían un aspecto horrible.

—Ah, pero ¿lo miraste?

—Muy por encima.

Tomaron otro cóctel. Las chicas inglesas que estaban en el mismo complejo que ellos pasaron por la playa y los saludaron con la mano. Tom, un poco achispado, golpeó la arena con el pie para que su hamaca se balanceara.

—O sea, que nunca has estado en un sitio así, ¿no? —dijo.

—¿Un sitio como cuál? ¿Aquí, dices?

—Sí.

—Ya había estado en Portugal. Vinimos una vez cuando tenía trece años. Con mi hermana, creo recordar. Andrew ya se había marchado.

—No, quiero decir con alguien.

Liam sonrió con picardía.

—¿Con un hombre?

Tom no le contestó.

—No, nunca.

Se quedaron en silencio un buen rato, mirando las sombras de las barquitas de pescadores que estaban amarradas en la piscina natural.

—¿Has salido con alguien? —preguntó Tom.

—Sí. Pero no con mucha gente. —Lo observó para comprobar si se quedaba satisfecho con esa respuesta, pero dedujo, por la atención con la que lo miraba, que quería saber más—. Mi primera relación fue con una chica que conocí cuando tenía dieciocho años. Lisa. Creía que estaba enamorado de ella, que nos íbamos a casar. Pero luego tuve un rollo, que no llegó a ninguna parte, con un chaval después de un torneo. Sucedió poco antes de que rompiera con Lisa. Fue, de hecho, la causa por la que rompí con ella.

Se volvió para mirarlo. Aunque su corazón latía con fuerza, la cara de Tom no mostraba ninguna reacción.

—Después estuve mucho tiempo con un lío del copón en la cabeza. No

sabía lo que me pasaba. Si te soy sincero, ésa fue probablemente la razón por la que no hice ninguna prueba cuando me dejaron marchar del Town. Aquello ya era lo bastante duro. Te sientes un inútil. Y después piensas: «Vale, si soy... si eso es lo que soy, ¿qué sentido tiene dejarse los cuernos para conseguir como mucho que algún equipo regional en el culo del mundo me haga una prueba?». —Eché una mirada a Tom para indicarle que podía decir algo, pero éste siguió callado—. En cualquier caso, un año y medio después de dejar el club conocí a un tío llamado Dan.

Hizo una pausa para beberse lo que le quedaba del cóctel, pero, en lugar de retomar la historia, se puso a mirar los acantilados que asomaban entre las palmeras a un lado de la piscina natural. En el cuello tenía una franja de piel del mismo color que un trozo de carne a medio hacer, aunque por la camiseta podía vérselo el comienzo del pecho, que, por alguna razón, aún no se le había quemado.

—¿Quién era?

—¿Dan? Un tío con el que estuve saliendo de manera intermitente como unos seis meses. Iba un curso por delante de mí en el colegio, pero por aquel entonces no nos conocíamos. Nos vimos por primera vez en una fiesta. Después estuvimos escribiéndonos por Facebook un tiempo y al final un día me propuso quedar. Yo al principio ni siquiera sabía que era gay. Cuando empezamos, fue bastante complicado. Como estaba estudiando en Lancaster, sólo podíamos vernos cuando no tenía clases. Todos los amigos que tenía allí sabían que era gay, pero, como en casa no lo sabía nadie, teníamos que quedar a escondidas. Y al final, si a tener que elegir entre esconderte o estar en un sitio en el que puedes ser tú mismo le sumas la distancia... Bueno, no creo que la elección fuera muy complicada, la verdad.

Dejó escapar una media sonrisa, y cuando se volvió hacia Tom los ojos claros y brillantes le resaltaban en la cara roja.

—Y ésa es la historia de mi vida. ¿Te vale como respuesta?

Tom trató de impedir que Dan se colara en sus pensamientos. Sin embargo, no podía dejar de dar vueltas a la historia y la idea que se fue formando de aquel hombre pronto se convirtió en una presencia que salió con ellos del chiringuito y los acompañó en el camino de vuelta al apartamento.

Tom se moría por conocer más detalles: las fechas, si habían roto definitivamente o se habían visto de manera puntual después, si todavía seguían en contacto. Era consciente, no obstante, de que no podía buscar la respuesta a todos esos interrogantes en Liam. Mientras volvían, éste le preguntó por su pasado sentimental. No había mucho que contar, le contestó él. Una novia, Jenni, hacía mucho tiempo, que se mudó después del colegio y se casó con un policía militar. Y desde entonces, nada. Una parte de él deseaba hablarle de Craig, pero otra parte más prudente no se lo permitió. Después de que Liam hubiera compartido con él su pasado, ocultarle aquello le produjo cierto sentimiento de culpa, pero no se sentía preparado para ver cómo establecía comparaciones entre aquel episodio remoto con un chaval y lo que estaba pasando en ese momento.

Más tarde, borracho, mientras miraba la extensión inmensa de cielo negro desde la terraza, Tom dejó que Liam lo desnudase y que lo condujese luego hasta la cama. Se quedó a la espera del ruido que hacían los botones de su pantalón corto, pero Liam, en cambio, empezó a deslizarle las manos por la espalda, por encima de los glúteos, amasándole la piel, describiendo primero pequeños círculos con las yemas, presionando después con un solo dedo implacable hasta que una especie de descarga eléctrica se desató en su interior.

Liam se sentó a su lado en la cama, todavía vestido.

—¿A que no sabías eso?

Tom sólo pudo mover la cabeza.

—¿Quieres que...?

—No, vale así —lo interrumpió Liam—. Necesito dormir. Estoy destrozado.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, Tom se encontró el otro lado de la cama vacío. La puerta del apartamento estaba abierta y sobre el suelo se extendía un cuadrado de sol. Se oía el canto de los pájaros con tal intensidad que parecían estar dentro, cosa que resultó ser cierta: un par de criaturas diminutas y saltarinas estuvieron picoteando entre las baldosas de la cocina hasta que divisaron a Tom y salieron volando. Él se quedó en la cama un rato, esperando a que volviesen. Después se puso los pantalones cortos y salió.

Encontró a Liam en la piscina, hablando con el grupo de chicas inglesas. Estaba de pie, delante de sus tumbonas. Ellas se estaban riendo de algo que acababa de decir.

—Eh, Tom —dijo Liam sonriendo.

Tom vaciló y se quedó en una esquina de la pileta.

—Hola.

—Al parecer, ayer a estas chicas les estuvo tirando los tejos un grupo de golfistas americanos cincuentones.

—Eran canadienses —dijo una de ellas mientras las otras soltaban una risita nerviosa.

Todos lo miraron.

—Menudo horror —dijo.

—Tendríais que venir esta noche con nosotras —dijo otra por debajo de un sombrero de paja inmenso.

Las demás asintieron al unísono.

—Para protegernos —añadió una tercera, y todas se echaron reír.

Tom no sabía si se habían dado cuenta de que Liam y él estaban juntos. Pero, justo entonces, Liam dio la vuelta a la piscina y le pasó el brazo por la cintura. No parecieron sorprenderse.

—¿Qué te parece? —preguntó Liam—. Suena divertido.

—La verdad es que sí.

Todas lo miraban de nuevo, con una media sonrisa.

—Seguro que nos vemos luego por ahí —añadió, volviéndose hacia Liam—. Bueno, nosotros nos vamos a desayunar. Os dejamos la piscina entera para vosotras. Pasadlo bien.

Liam guardó silencio mientras se alejaban por el sendero en dirección al apartamento. Saludaron con la cabeza al jardinero, a la pareja de holandeses que estaban a punto de tener un niño y al simpático y bien conservado propietario, que les devolvió el saludo con la mano, acuclillado detrás de su perro enorme y jadeante.

—¿No te apetece el plan? —le preguntó Liam ya de vuelta en el apartamento mientras preparaban las cosas para ir a la playa.

—Si tú quieres, sí.

—Has sido un poco maleducado antes.

—Pues no pretendía serlo. De verdad que si tú quieres ir, a mí no me importa.

Pero lo cierto era que sí le importaba. En la piscina le había ofendido que Liam se mostrara tan entusiasmado por pasar su última noche allí con esas chicas. Mientras iban camino de la playa, Tom adoptó una actitud distante e introspectiva. Luego, cuando se tumbaron al sol, se abandonó a ese estado de ánimo y encontró en él cierto placer atormentado. Empezaban a acosarlo las dudas: no sabía si Liam se había aburrido ya de su compañía; si estaba mirando al tipo con el tatuaje en el cuello al lado de las duchas... Y el silencio de Liam no hacía más que alimentar todas esas sospechas.

Como era incapaz de relajarse, decidió darse un chapuzón. Mientras nadaba contra la poderosa corriente, se dio cuenta de que su forma había empeorado desde el final de la temporada. Se comprometió a retomar su preparación física en cuanto volviera a casa y, al pensar en que pronto tendrían que irse de allí, se le cayó el alma a los pies. Se puso a nadar enérgicamente mar adentro, pero enseguida empezó a jadear. Aunque con cada brazada tenía que luchar por coger aire, siguió avanzando, sintiendo la tensión en los músculos de las piernas y los glúteos y, justo en ese instante, la idea de volver a jugar al fútbol, como surgida de las profundidades que se extendían por debajo de él, le dio fuerzas para seguir nadando. Cuando por fin se detuvo y se quedó flotando en el agua, aún podía sentir esas ganas de jugar, esa determinación por demostrar su valía; y luego, mientras regresaba a la orilla, también cierto resentimiento hacia Liam por el desorden que había introducido en esa parte de su vida.

Al aproximarse a la orilla, se rozó las rodillas con el lecho de arena. Cuando salió del agua, le habría gustado que Liam se hubiera fijado en él, que lo hubiera visto avanzar por la arena, pero estaba leyendo un libro. Se sentó a su lado, apoyó su cuerpo empapado contra su costado y cogió él también su libro. No le apetecía sacar el tema de lo que harían por la noche. Si al final salían, podía imaginarse a la perfección cómo sería. Las chicas los encasillarían en el papel de la típica pareja gay, se pondrían a flirtear, esperarían que fueran graciosos y querrían bailar. Querrían también saberlo

todo sobre ellos, lo cual los obligaría a mentir. Tendrían, de hecho, que llevar preparada alguna historia como tapadera. Volvió a recordar la escena de la piscina y sintió un repentino ataque de odio hacia Liam por haberse amoldado tanto a los estereotipos.

Se fueron de la playa para dar lo que al final resultó ser una larguísima y agotadora vuelta por la piscina natural hasta la cima de una colina, donde — completamente agotados— acabaron sentándose en un bar y pidiendo un plato de pescado frito para compartir. Mientras comían, sin venir a cuento, Liam dijo:

—¿Has hablado con alguien de lo nuestro?

A Tom lo pilló por sorpresa.

—No. ¿Tú sí?

—Sí.

Tom se quedó mirándolo, petrificado.

—Con la amiga de la que te hablé. Con Leah.

—¿Le dijiste mi nombre?

—No. Pero no te preocupes, es una vieja amiga.

—Es la mujer de Easter.

—Eso no quiere decir que se lo vaya a contar a él.

Siguieron comiendo. Desde el interior de su crujiente ataúd, los pececillos parecían devorarlo con sus ojillos muertos.

—Me preguntaba si se lo habrías dicho a tu hermana —dijo Liam.

—No.

—Leah es la única persona a la que se lo he contado. No podía creérselo. Nunca se lo había dicho a nadie.

Como Tom no contestó, continuó hablando.

—Pensé muchas veces en hacerlo, pero luego me daba cuenta de que no podía. No valía la pena correr el riesgo de que otros lo averiguasen. Y tampoco es que trabaje en una peluquería precisamente. Luego está mi padre, el puesto que tiene en el club. Por no hablar del que tengo yo. Ni siquiera creo que pueda hacerme una idea de lo que pasaría si se enterasen de que me estoy tirando a uno de los jugadores. ¿Te imaginas?

Tom mojó uno de los pescaditos en mayonesa.

—Tienes que conocer a Leah —añadió Liam, más animado—. Seguro que te cae de maravilla.

Tom contempló la piscina natural. A lo lejos, un barco enorme avanzaba por el océano. Se lo había oído desde que los vio juntos en la tienda de muebles, pero, aun así, al oírsele a Liam, experimentó un escalofrío de pánico. Un escalofrío por debajo del cual latía también la sensación de que lo había traicionado, de que los había puesto a ambos en peligro.

Trató de ocultarlo, pero no pudo evitar sentir con angustia que algo esencial se había roto. Que ya no estaban sólo ellos dos: que pasara lo que pasase entre ellos cuando se marcharan de allí, alguien más lo sabría.

—Voy a echarme un poco —dijo Liam cuando volvieron al apartamento—. Estoy hecho polvo.

Tom salió a la terraza. Derrotado por el calor, se quedó sentado, observando cómo una lagartija —perfectamente quieta en lo alto de la pared— seguía los movimientos de una mosca. Intentó quitarse a Leah de la cabeza, pero no pudo. Aunque era normal que Liam acabara contándoselo a algún amigo, el hecho de que en efecto lo hubiera hecho resultaba horrible y desconcertante. Se repetía una y otra vez que era justo, que era normal, porque no quería que nada se interpusiera entre ellos o empañase el tiempo que habían pasado allí juntos. Y también se enfadó consigo mismo por haber desaprovechado la mayor parte de su último día estando de mal humor.

Desde el dormitorio le llegó el lento silbido de una respiración. Se levantó, lo cual hizo que la mosca saliera zumbando, pasó al lado de la lagartija, que siguió quieta en la pared, y se fue a la cama con Liam. Tenía el cuello y las patillas empapadas en sudor. Mientras estaban tumbados, con las caras muy juntas, Liam empezó a roncar. Tom se pegó a él y dejó que se le fueran cerrando los ojos.

Cuando se despertó, Liam lo estaba abrazando, aunque parecía dormido. Le puso una mano en la cabeza, le acarició un mechón de pelo por encima de la oreja y, al hacerlo, quedó a la vista la franja de piel pálida como la cera que tenía debajo. Liam se despertó, soltó un gruñido y volvió a cerrar los ojos.

—En serio que quiero salir esta noche —dijo Liam.

—¿Eh?

—Con las chicas esas. Creo que deberíamos quedar con ellas.
—¿Estás seguro?
—Sí.

Cruzaron juntos el complejo de apartamentos. La tarde seguía siendo calurosa. Se oían las voces de los niños, el chapoteo en la piscina. Los holandeses estaban haciendo una barbacoa en la terraza y en el aire flotaba un fuerte olor a carne quemada. Liam, al parecer, sabía cuál era el apartamento de las chicas. Mientras avanzaban por el sendero en dirección a su puerta, Tom fue quedándose atrás, sorprendido de la decisión con la que actuaba Liam, preguntándose si él y las chicas se habrían visto alguna vez más a sus espaldas. La puerta se abrió y la chica morena de pelo corto salió a saludarlo. Estaba envuelta en una toalla. Mientras hablaba con él desde el quicio de la puerta, se acercó sonriendo otra que tan sólo llevaba puesta una falda y un sujetador: prueba irrefutable, o eso al menos le pareció a Tom, de que sabían que eran pareja. Liam se dio la vuelta para regresar por el sendero.

—Hemos quedado con ellas en el bar —dijo, poniéndole las manos encima de los hombros e inclinándose para besarlo en la boca, sin importarle que la pareja holandesa pudiera verlos desde la terraza.

Se sentaron en la terraza del bar, sobre los adoquines de la calle. En la otra acera, los vendedores estaban recogiendo sus puestos. Un africano se arrodilló delante de una maleta, y empezó a meter con mucho cuidado en sus compartimentos de terciopelo los objetos que le iba pasando una mujer.

—Ya ha llegado la última noche —dijo Liam—. Salud.

Después de brindar con las botellas de cerveza, Tom esperó a que Liam añadiera algo sobre las vacaciones, sobre el regreso a casa, pero se quedó callado. Observaron cómo desmontaban los puestos. Los turistas —muchos de los cuales acababan de salir de la playa y aún iban en bañador— deambulaban por las calles o entraban en los bares y los restaurantes.

Ya llevaban dos cervezas cuando vieron a las chicas bajando por la calle. Tom las observó mientras se acercaban, dispuesto a hacer lo mismo que Liam, pero cuando llegaron éste no se levantó para saludarlas y él se alegró

de poder quedarse sentado. Las chicas se metieron en el bar a pedir y salieron unos minutos después con una bandeja llena de cervezas y una ronda de chupitos de color rojo.

—Por las vacaciones —dijo una de las chicas.

Alzaron los chupitos y se los bebieron de un trago.

—Por cierto, me llamo Laura —le dijo la misma chica a Tom—. Y éstas son Eve y Jo.

—Yo me llamo Tom.

Laura y Eve eran morenas, llevaban el pelo casi igual de corto y el sol les había producido las mismas manchas en la piel. Tom había dado por hecho que eran hermanas pero, al poco de ponerse a hablar con ellos, Jo —una rubia menuda que ya había llamado la atención del grupo de chavales sin camiseta que salían en ese momento de la playa— les contó que las tres se habían conocido en la universidad. Habían vivido en la misma residencia durante el primer año y luego habían alquilado una casa juntas.

—¿Y vosotros qué, chicos? —preguntó Laura—. ¿A qué os dedicáis?

Tom se acordó en ese momento de que no habían preparado ninguna historia. Así que se quedó titubeando unos instantes, esperando a que contestara Liam.

—Tom es modelo de ropa interior.

Tom dejó escapar un suspiro de sorpresa, de vergüenza. El regusto dulzón del alcohol le inundó la nariz.

—Qué guay —dijo Laura, dedicándole una sonrisa a Liam—. Vaya suerte, ¿no? —Se volvió hacia Tom y añadió—: ¿Y él qué hace?

Tom se secó la boca y recuperó la compostura.

—Es carnicero.

Se produjo un breve silencio.

—Ostras. Un carnicero y un modelo de ropa interior. Qué diferente. ¿Y cómo os conocisteis?

Liam le estaba sonriendo y Tom se dio cuenta de que lo estaba desafiando, de que estaba disfrutando con aquello.

—Por internet —dijo.

La mano de Liam descansaba encima de su pierna. Después de una pausa

—durante la cual Jo se dio cuenta de ese detalle—, Tom puso también su mano encima de la de Liam.

—¿Queréis algo más?

Eve hizo ademán de ir a levantarse, pero Liam le indicó con un gesto que se sentara y entró en el bar. Unas cuantas mesas más lejos, estaba sentado un grupo de hombres bastante ruidoso. Sobre las cabezas de las chicas, un sol gigantesco de color rojo salpicaba las cimas arboladas de las montañas al otro lado de la piscina natural.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —preguntó Eve.

—Como un par de meses.

—Ah, no es mucho. Entonces debe de irse bien, ¿no?

Se preguntó si se atrevería a hablarle así a una pareja heterosexual y, por un momento, se imaginó a Leah sentada allí con ellos.

—La verdad es que sí —respondió.

Que aquellas chicas fueran tan juerguistas no le hacía sentir incómodo. Lo que sí sentía era el efecto del alcohol y, cuando vio a Liam llegar con otra bandeja de chupitos rojos, también cierta desinhibición. Cierta anonimato. Se los bebieron de un trago y se estiró para besar a Liam, feliz al ver su cara de sorpresa, del todo indiferente a las miradas de las chicas, de las otras mesas, del animado gentío que pasaba a su lado al volver de la playa.

Se fueron a otro bar, que estaba más lleno y tenía la música más alta. Algunas personas bailaban al fondo del local. Jo se ofreció a ir con Tom para pedir las bebidas, mientras los demás buscaban una mesa. Era más reservada que las otras dos y se quedó en silencio a su lado mientras pedía una ronda de vodkas con soda y una cerveza para Liam. Por un momento, mientras estaban juntos, sintió la necesidad de hablar con ella, de decirle algo, no sabía muy bien qué, pero la música sonaba a todo volumen y, de cualquier manera, un tipo ya se había acercado a ella y le estaba diciendo algo. Un pequeño grupo de hombres, de hecho —como pudo ver inmediatamente—, en cuya actitud detectó un interés excesivo, casi indecente. Se puso al lado de Jo, de cara a aquellos tipos.

—¿Todo bien, colegas?

Lo miraron con indiferencia. Eran cuatro, mayores que él, vestían chinos

y camisas hawaianas desabrochadas por las que asomaban unos pechos fofos y sudorosos.

—Hora de que os piréis, ¿no?

Se pusieron tensos, sin saber muy bien qué responder. Uno de ellos farfulló algo al oído de otro y a continuación empezaron a dar media vuelta uno detrás de otro y se marcharon. Tom no sabía qué hacer a continuación. Se dirigió de nuevo a la barra. Cuando le dio un par de copas a Jo, vio que estaba sonriendo.

—Gracias. Esos tíos son imbéciles.

—¿Quiénes son?

—Los golfistas canadienses.

Cuando encontraron a los demás, al lado de la entrada, Jo les contó lo que había ocurrido en la barra. Al oír de labios de otra persona lo que acababa de hacer, le resultó tan cómico que no pudo evitar echarse a reír, antes incluso de ver la reacción de Liam.

Eve y Laura les indicaron con señas que se iban a la pista de baile. Al marcharse, Laura tomó de la mano a Liam. Él no se resistió y, todavía cogido de su mano, se dejó engullir por el amasijo de cuerpos. Tom veía su cabeza por encima de la multitud, alejándose.

Jo le tocó el antebrazo.

—Venga.

Aprovecharon el camino que habían abierto los otros para llegar hasta la pista. Un poco más adelante, pudo ver a Liam bailando. Algo se despertó en su interior al verlo: aquellos pies enormes pateando el suelo, los brazos doblados en ángulo recto, como las horquillas de una carretilla elevadora. A su alrededor se había formado un corrillo. Eve y Laura bailaban cerca de él, disfrutando del espectáculo, pero Liam no parecía ser consciente ni de su presencia ni de la de ninguna otra persona. Tom se abrió paso hasta él, se colocó a su lado y empezó a imitar sus movimientos, a patear el suelo, a flexionar los brazos.

—¡Bailas como un carnicero! —gritó Tom.

Liam empezó a patear el suelo con más fuerza todavía, sonriendo como un loco. Tom hizo lo mismo, dando palmadas y, cuando cambiaron la

canción, saltando y brincando; Liam, las chicas, todo el mundo a su alrededor se puso también a saltar, al ritmo que marcaba Tom. Liam lo rodeó con los brazos por la cintura, sin dejar de saltar. Tom acercó la boca a su oreja.

—Esto no es el Hut, ¿verdad?

Liam saltaba cada vez más alto y con cada brinco levantaba a Tom del suelo.

—Que les den por culo, tío. —Volvió su cara inmensa y sudorosa hacia Tom—. Que les den por culo a todos.

Tom consiguió apartar un poco a Liam para sacar un brazo y empezó a moverlo en el aire al ritmo de la música. Liam echó la cabeza atrás, riéndose mientras se abrazaban entre la celosía de marcas de bronceado que brillaban en la oscuridad, sin dejar en ningún momento de saltar, de agitar su puño en el aire.

Se separaron en el aeropuerto. En el vestíbulo de salidas, entre el ir y venir de los viajeros, Tom cogió a Liam de las dos manos y, a la vista de todos aquellos niños boquiabiertos y sus escandalizados padres, lo besó. Lo había planeado. De hecho, se había estado mentalizando para hacerlo.

—Puto maricón —susurró Liam.

Y, acto seguido, Tom volvió a besarlo.

Facturaron y se deshicieron de las maletas. En la cola para pasar el control de seguridad, Tom vio a Liam acercándose hacia el escáner. Alrededor de una de sus muñecas, tenía un círculo de color blanco. Resultaba tan extraño que, para irritación de la persona que llevaba detrás, Tom se quedó momentáneamente absorto. Al cabo de pocas horas estarían en casa, pensó. Su estancia allí había terminado y la excepcionalidad de ese tiempo era tan evidente que, antes incluso de despegar, ya empezaba a adoptar la apariencia irreal de una fantasía.

20

¿Sabemos algo de los fichajes nuevos?		
Creado por Mary B. 27 de mayo de 2012 ≤ 1 2 3 4 5 ≥	Respuestas: Visto por:	78 541

Publicado por Mary B. el domingo a las 14.32

Hay millones de rumores, aquí y en Twitter. Pero ¿alguien sabe si va a pasar algo de verdad? Ya casi estamos en junio y no hemos traído a nadie. Empiezo a estar un poco preocupada.

Publicado por Jamesy1987 el domingo a las 14.49

Sé de fuentes fiables que estamos a punto de fichar a Sergio Agüero por cinco años. El único problema es que no podemos garantizarle un puesto en el once inicial porque ya tenemos a Jacob Gundi, que es la hostia.

Publicado por THM el domingo a las 15.16



Publicado por La ostra pocha el domingo a las 15.19

... y que Agüero es una bola de grasa sudaca con los ligamentos de papel y no ha podido pasar el reconocimiento médico.

Publicado por Culogordo el domingo a las 15.47

Es pronto todavía para desesperarse. Mientras los jugadores estén de vacaciones no habrá mucho movimiento. Lo importante era quitarnos de encima toda la morralla y eso ya lo hemos hecho. Hay un montón de jugadores buenos en segunda y tercera división que se han quedado sin contrato y están buscando club o al menos hacer una prueba. Wilko sabe lo que se trae entre manos. No perdáis la fe.

Publicado por Riversider el domingo a las 15.59

Mi contacto en el club me ha dicho que estamos a punto de traernos a Maurice Lloyd-Day, del Ipswich. Es el mismo que me contó lo de Gundi y fui el primero en dar la noticia.

Publicado por Pregonero Ian el domingo a las 16.24

Es grande, es moreno y es nuestro delantero: Cocodrilo Gundi, Cocodrilo Gundi.

Publicado por La voz de la razón el domingo a las 16.46

Lamento decíroslo, admiradores de Gundi, pero no hay ninguna posibilidad de que siga en el club en agosto.

Publicado por Calvo y orgulloso el domingo a las 16.53

Peter Pascoe está diciendo lo mismo sobre Lloyd-Day en Twitter. Al parecer, habló con el presidente ayer y MLD va a ser el primero de una serie de fichajes que se darán a conocer en las próximas semanas.

Publicado por Tommo el domingo a las 17.01

¡Es verdad! Esta mañana he pasado por el club y he visto a Lloyd-Day en el aparcamiento.

Publicado por Camino a Wembley 2010 el domingo a las 17.28

Yo también lo he visto. Le iban a hacer el reconocimiento médico. No esperaba verlo en un Hyundai. El Ipswich no debía de estar pagándole mucho.

Publicado por La ostra pocha el domingo a las 17.30

¿Y qué hacíais vosotros dos dando vueltas por el aparcamiento? La temporada ha terminado. ¡Poneos a trabajar, vagos!

Publicado por Zumbón el domingo a las 17.44

Esta mañana he pasado por casa de Andy Jones por casualidad. Lo curioso es que el coche de Riversider estaba aparcado en la entrada. 😊

Easter miró la hora y vio que eran las dos de la madrugada pasadas. Un poco antes, se había producido un nuevo episodio de alaridos en el cuarto de Tyler. Con los gritos, le vino a la cabeza una imagen en la que se veía a sí mismo mientras iba a consolar al pequeño y Leah lo sorprendía. Sin embargo, como sabía que su hijo lo rechazaría, al final no hizo nada. Cuando oyó a Leah en el pasillo, bajó la pantalla del portátil y se quedó esperando a oscuras

hasta que acabó de consolarlo.

Siguió leyendo el hilo hasta el final. No había ya actividad en el foro, pero aún quedaban siete usuarios conectados. Estuvo despierto media hora más, después apagó el portátil y se fue a su habitación sin hacer ruido.

Y a la mañana siguiente, la rutina de todos los días: se levantó tarde y bajó a la cocina, donde Leah le había dejado preparado el desayuno y la comida; luego al salón, a ver la tele hasta que ella llegara a mediodía para dar de comer a Tyler.

Nadie del club se había puesto en contacto con él desde que acabó la temporada. Las últimas personas con las que habló fueron el masajista y el preparador físico, que le dieron un programa de rehabilitación para el verano. Cuando el fisioterapeuta que estaba pagándose de su bolsillo vio ese programa, se echó a reír: «Te quedan como uno o dos meses para poder empezar con esto. Y eso suponiendo que no haya complicaciones». El único jugador que siguió en contacto con él después de aquella inquietante riada de mensajes un par de días después de lesionarse fue Boyn, que le escribió antes del último partido («Espero que estés bien, tío. El año que viene va a ser una pasada. Antes de que te des cuenta, ya estarás otra vez con nosotros») y poco después de la entrega de premios a los mejores de la temporada para tomarle el pelo por no haber ido y contarle todas las chorradas que habían ocurrido. Él respondió con un escueto «me parto» y se abstuvo de decir que no lo habían invitado.

A las doce se calentó el cuenco de pasta en el microondas y subió al estudio. Una vez que colocó la silla infantil debajo de la mesa y puso la férula encima, se quedó mirando la pantalla del portátil unos instantes mientras comía y luego lo encendió.

¿Dónde van los jugadores de vacaciones?		
Creado por Pregonero Ian 28 de mayo de 2012 ≤ 1 2 ≥ç	Respuestas: Visto por:	20 56

Publicado por Pregonero Ian el lunes a las 08.14

¿Alguien lo sabe?

Publicado por La ostra pocha el lunes a las 12.31

¿Lo dices en serio? ¿A quién coño le importa?

Publicado por Steve Tomkins el lunes a las 12.39

A Tenerife.

Publicado por Dr. Amor el lunes a las 13.00

A Las Vegas.

Publicado por Jamesy1987 el lunes a las 17.03

Al parque de aventuras de Chessington.

Publicado por Mozza el lunes a las 17.19

A la isla de Lesbos.

Publicado por Pregonero Ian el lunes a las 17.22

Pues eso explicaría algunos partidos de la última temporada.

Publicado por La ostra pocha el lunes a las 17.50

Gundi se ha ido de safari con Jamesy1987.

Publicado por Mary B. el lunes a las 17.58

Yo he oído que Richards, Hoyle y Beverley se han ido juntos a Tenerife. La mayoría se han marchado con sus parejas y sus familias. Pero que un grupo de jugadores decidan pasar las vacaciones juntos sólo puede ser bueno para la moral del equipo.

Publicado por Faz el lunes a las 18.12

Y para los burdeles de la zona.

Publicado por THM el lunes a las 18.35

Al parecer, Chris Easter está en Mallorca.

Publicado por Cazador de gloria el lunes a las 18.50

Al parecer, hoy a las ocho ponen *Eastenders*.

Publicado por THM el lunes a las 18.55

Es verdad que ha estado en Mallorca. Ha ido con su mujer y su hijo (que se parece tanto a él que da miedo).

Publicado por Leyenda del Town el lunes a las 19.23

¿Y tú cómo lo sabes?

Publicado por THM el lunes a las 19.50

Un colega los vio en el aeropuerto cuando iba camino de Hamburgo a una despedida de soltero.

Publicado por Mary B. el lunes a las 20.23

¿Todavía lleva la férula?

Publicado por THM el lunes a las 20.48

Sí.

Las vacaciones no fueron fáciles. Las reservaron antes de la lesión y, cuando llegó el momento de irse, Easter trató de convencer a su mujer para que se fuera sola con Tyler, repitiéndole una y otra vez que su presencia allí no tenía ningún sentido. No podría hacer nada; sería un estorbo. «Podrás ir a la playa —replicó ella—, eso es todo lo que yo pienso hacer.» Sin embargo, cuando llegaron, la pierna era un incordio constante debido al sol y a la arena. Los dos primeros días, Leah hizo todo lo que pudo para que se sintiera cómodo —le ponía cojines y bolsas de agua fría, le ofrecía cerveza y cosas para picar y, siempre que no estaba corriendo detrás de Tyler, trataba de darle conversación—, pero, a partir del tercer día, Easter decidió atrincherarse en su cómoda habitación con el aire acondicionado puesto.

Todas las mañanas, después de desayunar los tres juntos en el balcón, Leah y Tyler iban caminando a la playa o bajaban a la piscina del hotel. Él solía quedarse sentado en aquel balcón del séptimo piso y, mientras se peleaba con la débil señal de internet, los observaba allí abajo, al lado de la pareja escocesa con la que Leah pasaba todas las tardes. La veía hablar y reírse con el marido e intentaba oír lo que le decía. Leah se dio un par de baños con él mientras la mujer cuidaba de Tyler y su niña. Nadaban despacio un rato, luego se echaban a un lado y, con los codos apoyados en el borde de la piscina, continuaban hablando, tan cerca el uno del otro que sus dedos casi se rozaban. Al marido también parecía caerle bien Tyler, a veces se ponía a

perseguirlo entre las tumbonas, a él y a su hija, y otras lo levantaba en el aire para colocárselo encima de los hombros y empezar a balancearlo mientras Tyler se meaba de risa.

Había varios grupos de chicas que todas las tardes más o menos a la misma hora se colocaban en el mismo sitio de la piscina. A ellas también las estuvo observando durante un tiempo hasta que, aprovechando uno de los momentos en los que Leah se iba a la playa, decidió bajar a la piscina un poco antes de que llegara su familia. Sin embargo, en cuanto se tumbaba y veía aquella pierna deforme extendida delante de él, empezaba a sentirse ridículo y torpe, y el día que pilló a una de las chicas mirándolo y burlándose con una de sus amigas, decidió regresar a la habitación y no volver a bajar.

Publicado por Calvo y orgulloso el lunes a las 21.45

Casi todos han vuelto ya de las vacaciones. Los entrenamientos de pretemporada empiezan en menos de cinco semanas y ya es hora de que se vayan poniendo en forma para comenzar a mover el culo.

Publicado por Tommo el lunes a las 23.21

Si estar como una cuba en el Hut sirve para ponerse en forma, no hay duda de que Hart y Willis lo harán de maravilla.

Publicado por Leyenda del Town el lunes a las 23.29

Esos dos iban también bastante ciegos en la entrega de premios a los mejores de la temporada. Según he oído, Hart se cayó del escenario cuando fue a recoger el premio al mejor juvenil.

Publicado por Calvo y orgulloso el martes a las 08.06

¿Se supone que tenemos que creérnoslos simplemente porque lo has «oído», Leyenda del Town? ¿Nos puedes decir quién es esa fuente tan fiable que te cuenta todas esas historias? ¿Soltó las cincuenta libras que costaba la entrada a la gala o también él lo ha «oído» en otra parte?

Le pareció oír un ruido en el piso de abajo y se detuvo. Después de un par de minutos sin que se produjera ningún ruido más, acercó las manos al teclado.

Publicado por Leyenda del Town el martes a las 00.27



Leah estaba en casa. La podía oír hablando con Tyler. Oyó también un gritito de placer. Los pasos de alguien que echaba a correr. Sintió el impulso de levantarse y bajar a verlos, pero se le pasó enseguida: la pierna, el cuerpo entero, le pesaban demasiado, como si no pudiera moverse. Cuando estaba allí sentado, había ratos en los que su cuerpo se convertía en un mero objeto, en una cosa que guardaba con él la misma relación que el portátil o la silla giratoria. Luego había otros instantes en los que tan sólo deseaba hacerse daño. Más de una vez había experimentado el deseo imperioso de lastimarse la pierna para siempre. De quitarse la férula y saltar por la escalera. De partirse la espinilla con el marco de una puerta. Entonces, lo único que podía hacer era echarse en la cama hasta que, fuera lo que fuese lo que se había apoderado de él, se le pasara y dejase de temblar.

Cuando oyó que Leah lo llamaba, fue al piso de abajo. Se la encontró en la puerta de la cocina, buscando algo en el bolso del cochecito. Ella ni lo vio ni lo oyó llegar y, por un momento, Chris se quedó contemplándola desde la escalera. Tuvo ganas de acercarse, de tocarla. Sin embargo, cuando ella levantó la cabeza y lo miró, se dio cuenta de que ya era casi una desconocida y el impulso inicial se desvaneció.

Cuando subió a hacer sus ejercicios de estiramiento, Leah le dio a Tyler una caja de pasas para que estuviera entretenido mientras ella secaba y colocaba los platos. Sin embargo, como se las acabó muy pronto y empezó a gimotear entre sus piernas para que le diera más, lo levantó del suelo y lo llevó a su habitación a que se echara la siesta. En cuanto se tranquilizó, salió al pasillo y vio por la puerta entreabierta de la habitación de invitados que Chris se había quedado dormido en la cama. Se le pasó por la cabeza fugazmente la idea de tumbarse a su lado, pero enseguida perdió el valor para hacerlo y siguió caminando.

Pasó la siguiente hora y media tumbada en el sofá con el móvil, echando un vistazo a diversos lugares de Milán, la mayoría de los cuales se los habían recomendado Maria y su madre. Estuvo viendo una serie de fotos de arte

urbano, de boutiques, de cafeterías a la orilla de canales, con un entusiasmo incontenible que, a pesar de que su madre se había ofrecido a quedarse con Tyler, tenía algo de furtivo. Una semana antes, en clase, le preguntó a Maria qué planes tenía para el viaje. Ésta, sentada a su lado en el banco de trabajo, se limitó a darle un pequeño codazo y a decirle: «Tía, vamos a pasárnoslo bien», lo cual —aunque no llegó a entenderlo del todo— le provocó un ligero sofoco. Se oyó un crujido en el piso de arriba. Intentó no volver a pensar en Chris, en la de días que habían pasado desde la última vez que durmió con ella. Desde que se lesionó, había puesto todo el cuidado en que no creyera que lo rechazaba físicamente, pero al parecer había fallado y ahora ya no sabía qué hacer para acercarse a él, menos aún desde el suplicio de las vacaciones en Mallorca.

Chris todavía estaba en la habitación de invitados cuando Tyler se despertó. Leah subió a su cuarto sin hacer ruido, lo sacó de la cuna, lo llevó de nuevo abajo y empezó a prepararlo para llevárselo a un lago que había descubierto hacía poco y al que desde entonces iban muchas tardes. Se trataba de un lago artificial pequeño y bastante limpio con una superficie de césped cuidada en la orilla al que sólo iban algunas personas a correr o a pasear al perro y dos tipos que se sentaban todas las tardes a pescar a unos veinte metros el uno del otro, sin dirigirse jamás la palabra.

Ella y su hijo se dedicaban a dar de comer a los patos. Tyler era siempre el que les ofrecía el pan con la mano. Cuando se le caía, los patos empezaban a picotear como locos alrededor de sus piernas y él volvía corriendo hacia donde estaba Leah. «¡El patito tiene *hambe!* ¡El patito tiene *hambe!*» Ella extendía una manta encima del césped, montaba su granja de juguete y sus figuritas de animales y se sentaba en un banco.

Esa tarde iba a ver a Liam por primera vez desde que había vuelto de vacaciones y le preocupaba estar tan ansiosa por saber cómo le había ido. Habían quedado unas cuantas veces desde que le contó su secreto y en cada una de esas ocasiones le había revelado algo nuevo: que el jugador y él se estaban viendo con regularidad —para tener sexo, supuso ella, aunque no se atrevió a preguntárselo—; que el jugador estaba muy nervioso por su contrato; que Liam estaba empezando a sentir algo serio por él. Ella recibía

todas esas confesiones con una actitud comprensiva, ocultando la incomodidad que le producía la imagen de aquellos dos cuerpos juntos, pero muriéndose al mismo tiempo de ganas por saber más.

Liam no le había dicho todavía quién era el jugador. El día que se sinceró con ella, Leah se puso a buscar fotos del equipo en la página del Town en cuanto volvió a casa. Estudió a conciencia aquellas tres filas de futbolistas, pero sin otro resultado que liarse aún más. No pasó mucho rato antes de que todos le parecieran homosexuales. Ahora, sin embargo, tenía ya sus sospechas. Gracias a algunos detalles —su contrato, su juventud, una alusión de pasada a que era del norte— pudo reducir la lista de candidatos a tres o cuatro. Sin embargo, nunca lo presionaba para que se lo dijera. No quería poner en peligro la confianza que se había establecido entre ellos, esa compañía a la que tan poco acostumbrada estaba, y ello a pesar de que lo que le contaba cada vez le resultaba más incómodo. Liam nunca era demasiado gráfico, pero ella sabía que se trataba de algo sexual, una historia apasionada incluso. Antes de irse, Liam se refirió en broma a sus vacaciones como «un viaje de sexo», a lo cual ella respondió con una sonrisa, poniéndose a buscar un paquete de toallitas húmedas en el bolso del cochecito.

Tyler echó a correr hacia el lago. Ella pegó un salto y salió disparada detrás de él. Consiguió alcanzarlo mucho antes de que llegara a la orilla y, mientras se lo llevaba de vuelta al banco y él seguía empeñado en lanzar su pato y su pollito al agua, tuvieron una pequeña pelea. Leah se sentó otra vez, dejó que el niño gimiera en su regazo y estuvo acariciándole el pelo hasta que se llevó el pulgar a la boca y pareció calmarse. La tarde languidecía sobre el lago y los últimos rayos del sol se reflejaban en la coronilla mantecosa de los dos pescadores.

Cuando llegó a la tienda de muebles, Liam ya estaba sentado esperándola con un café.

—Ya veo que te ha hecho buen tiempo, ¿no?

—No te imaginas —respondió él, cogiendo a Tyler.

Se fue al mostrador a pedir y, cuando volvió, Liam estaba colocando a su hijo en una trona. Le habló de las vacaciones, del apartamento, del complejo turístico, de lo bien que se lo habían pasado. Leah le dio al niño un colín de

una bolsa que tenía en el cochecito y los dos lo observaron mientras lo chuperreteaba y lo mordisqueaba.

—Ha sido... No sé, normal.

—¿Qué quieres decir?

—Pues nada, que ha sido normal. Igual que tus vacaciones. Igual que cuando dos personas se van de viaje y hacen todo lo que suele hacerse en los viajes: tumbarse al sol, beber cerveza, ir a restaurantes.

Tyler terminó de comerse el último colín y se echó a llorar.

—Es su hora de cenar. Anda, quédate con él un segundo mientras voy a comprarle algo de comer.

Cuando volvió con un pequeño plato de salchichas y puré de patatas, Tyler estaba fuera de la trona, sentado en el regazo de Liam, sonriendo y jugando a algo relacionado con un objeto que éste tenía escondido en las manos. Al ver al niño sentado encima de su amigo, Leah se sobresaltó instintivamente. Dejó el plato delante de la trona y volvió a colocar a su hijo en ella. El pequeño dio unas palmadas entusiasmado y se abalanzó sobre los trozos de salchicha que le había cortado su madre.

—Ya sé que suena ridículo —dijo Liam—, pero de verdad que soy gay.

Ella lo miró, incapaz de articular palabra.

Él se echó a reír.

—Lo que quiero decir es que estoy seguro de que lo soy. Nunca he pensado en mí de esa manera, pero ahora sí.

—¿Y él? —Fue todo lo que se le ocurrió decir a Leah.

—Poco a poco llegará también a ese punto.

Tyler tiró el tenedor al suelo y Liam se agachó para cogerlo. Se le estaba pelando la nuca. Limpió el tenedor y se lo devolvió a Tyler mientras le secaba la boca. Al verlos juntos, Leah reparó en que estaba dando de lado a Chris; en que había algo inmoral e incluso obsceno en dejar que entre Tyler y Liam se desarrollase tal grado de familiaridad.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó Liam.

—Tirando. Chris sigue con la férula, pero dicen que tal vez se la quiten dentro de un par de semanas.

Liam la estaba mirando con una expresión extraña.

—Aparte de eso, todo bien. A este señorito le encanta la guardería. Esta mañana se ha encontrado una rana en el jardín y no quería marcharse cuando he ido a recogerlo.

—Le hablé de ti —dijo Liam—. Le dije que te lo había contado.

—Ah, ¿y cómo se lo tomó?

—No le dio importancia. No demasiada. Se me ha ocurrido que igual podríais conoceros.

—¿Te refieres a quedar los tres?

—Claro. ¿Qué te parece?

—Si tú quieres... —dijo. Y al instante añadió—: ¿Y qué vais a hacer cuando empiece la temporada? ¿Le han ofrecido un contrato?

—Sí.

—Entonces ¿vais a seguir con la historia?

—Por supuesto.

—¿En secreto?

—Nos las hemos arreglado bastante bien hasta ahora —dijo, mirándola a los ojos—. Obviamente, no podemos contárselo a nadie más. Todo el mundo se le echaría encima. Y no lo querría ningún equipo.

—¿Y qué pasaría contigo?

Liam se echó a reír.

—No tardarían ni medio segundo en deshacerse de mí. Y lo más probable es que echaran mis pelotas al río.

Liam le escribió un par de días más tarde para preguntar si le apetecía salir el viernes a tomar algo con él y los demás. Al principio, por la simple fuerza de la costumbre, se estuvo resistiendo a sacar el tema delante de Chris. Desde que veía más a Liam —de lo cual su marido no sabía ni la mitad— había salido varias veces con su grupo de amigos y no quería que se formase una idea equivocada. Sin embargo, cuando por fin se lo mencionó, dijo que le parecía bien y a ella le dio la impresión de que la idea de poder quedarse solo lo hacía feliz.

Se puso un conjunto discreto —pantalones vaqueros, botas y una blusa de

seda beige de manga larga— y cenaron juntos en el sofá. Chris apoyó la férula en la mesita del café y se sentó de lado para poder ver la tele. Parecía relajado, aunque cada vez resultaba más complicado saber qué le pasaba por la cabeza.

Los viernes por la noche del primer o los dos primeros meses posteriores a la lesión fueron los más complicados. Nunca había estado tan inquieto como entonces —antes de que se instalara ese silencio distante que ahora era ya habitual— y, aunque era consciente de que sus rutinas carecían de sentido, se negaba a cambiarlas. Sin ir más lejos, esa misma noche volvieron a cenar pechuga de pollo con puré de patatas y espinacas.

Leah se comió su plato con rapidez, consciente en todo momento de la vaharada de perfume que desprendía su propia ropa. Si él también lo había notado, desde luego no dijo nada: se quedó allí comiendo, viendo la televisión y esperando a que se marchara. Hubo un tiempo en que para él era una verdadera obsesión saber lo que hacía. Con quién estaba. Dónde. Por qué. Acabaron de cenar. Chris empezó a ver una película y ella se levantó con los platos. Preparó un biberón de leche, esterilizó un par de chupetes y colocó en fila un grupo de ositos de peluche. A continuación se acercó a despedirse y dijo que volvería antes de las doce.

La estaban esperando al fondo del bar. Mientras se deslizaba por aquel revoltijo de brazos y piernas tatuadas, su ropa casta y prudente la hizo sentirse como una anciana. Cuando por fin llegó hasta ellos, sus amigos la abrazaron uno detrás de otro. Shona le puso una copa en la mano. Gemma preguntó si los acompañaría después al Hut. El bar en el que habían quedado estaba enfrente de la discoteca y, tarde o temprano, todos los jóvenes que se habían reunido allí se dirigirían en masa hacia las dos columnas griegas de la otra acera.

—Esta noche no —contestó ella—. Tengo que ir poco a poco.

Un tanto molesta con Gemma por los desganados intentos que hacía para intentar convencerla («Venga, tía») —como si tuviera elección, como si sus vidas se parecieran en algo—, dio la espalda a sus amigos y se volvió para

buscar a Liam.

Liam se acercó para ponerse a su lado. La conversación, en la que participaron los cinco, fue cambiando de tema con rapidez y de forma amena, pero ella no podía dejar de sentir aquella presencia a su lado. Tal y como Liam le había dicho el martes, ninguno de ellos sabía nada, ella era la única. Y, aunque empezaba sospechar que obligarla a ser cómplice de todo aquello no estaba bien y no era justo, saber que merecía esa confianza la hizo sentirse de nuevo con vida.

Un par de copas después, cuando volvía del baño, un tipo se puso a hablar con ella. Hacía tanto que no se le acercaba nadie que la pilló desprevenida. Era bajo. Atractivo. Tenía acento irlandés, pensó, o del norte. Llevaba una barbita pretenciosa. Su círculo de amigos se alejó de ellos mientras el tipo le contaba una anécdota larga y bastante divertida sobre unas vacaciones de las que acababa de regresar y en las que le habían perdido las maletas durante el vuelo de ida. En la primera parte del viaje, sus amigos lo estuvieron vistiendo con la ropa que encontraban en un supermercado y cada día le asignaban una personalidad diferente. El primer día fue francés. Al siguiente, el maestro de ceremonias de un circo. Y, por último, antes de que la maleta llegara finalmente al hotel, una lesbiana alemana.

Fueron a la barra y la invitó a una copa. Estaba decidida a no decirle quién era. Por suerte, él tampoco parecía muy interesado en preguntárselo. Se quedó libre una mesa con dos taburetes. Él se los señaló y ella asintió con la cabeza. Cuando caminaban hacia allí, miró a sus amigos. Todos la estaban observando, sonriendo. Mark levantó los pulgares. Aunque no era más que una broma, sabía que si se iba con ese tipo y se acostaba con él estarían encantados. Se acordó de la puerta cerrada del estudio y sintió un nudo en el estómago. Claro que a ellos eso les daba igual —Mark seguía saliendo con una adolescente; Liam se estaba tirando a escondidas a un futbolista con la esperanza de que ella le guardara el secreto y se lo ocultara a su marido—; ellos podían hacer lo que les diese la puta gana sin que al parecer tuviese ninguna repercusión.

El tipo la estaba mirando.

—¿Vienes?

—Creo que debería volver con mis amigos.

Se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa de decepción no exenta de cierta picardía.

Cuando regresó con ellos, aguantó todas sus tomaduras de pelo y se puso otra vez al lado de Liam.

—Todavía estás en forma —dijo.

—Va a ser eso, sí.

—¿Quién era?

—Un tal James. Trabaja para el ayuntamiento. Es topógrafo o algo así. Parece majo.

Dos tipos la empujaron al pasar y ella tuvo que pegarse a Liam.

—¿Le has dicho quién eres?

—No. Antes sí que lo hacía. Era lo único que funcionaba para quitármelos de encima. Salvo que les diera morbo. Ahora me da vergüenza. Seguro que pensarían: «Ostras, ¿esa tía está con un futbolista?».

Sorprendida de que Liam quisiera bailar, se colocó detrás de su ancha espalda y lo siguió hasta la media docena de chicas que daban botes en la pista de baile, junto a la mesa del DJ. Liam se puso en el centro y empezó a bailar con unos movimientos lentos y pesados. Leah se unió a él y empezó a dar saltos a su lado. Cuando acabó la canción, él se le acercó a la oreja y ella por un momento pensó que iba a besarla.

—Se llama Tom Pearman.

Leah siguió sin moverse, sin despegarse de su cara. Había acertado, o casi, lo cual no impidió que experimentase un leve estremecimiento al escuchar aquella revelación. Vieron a los demás avanzando entre el gentío para reunirse con ellos. Shona y Gemma la abrazaron por la cintura, cada una a un lado, y los cinco se pusieron en corro a cantar, a dar vueltas como locos, felizmente ajenos a toda la gente que los rodeaba.

Cerró la puerta de la calle tan despacio como pudo, pero se le cayeron las llaves. Cuando se agachó a recogerlas, oyó un llanto en el piso de arriba. Fuerte, angustiado, anormal. El pánico la atenazó: se imaginó a Tyler

desconsolado y desatendido, tal vez durante horas. Cruzó el salón a toda velocidad, subió la escalera y comprobó con alivio que Chris estaba con él. Sentado en la alfombra que había frente a la habitación del niño, rodeaba con los brazos el cuerpecillo envuelto en un pijama de jirafas que tenía delante.

—¿Qué ha pasado?

Se acercó a ellos con rapidez y le costó unos segundos darse cuenta de que el ruido provenía de Chris, no de Tyler. Se quedó paralizada, aterrorizada. Él no parecía haber reparado todavía en su presencia. Aquel llanto agudo y ronco resonaba por todo el pasillo. La cara de Chris estaba ensombrecida por la cabeza de Tyler, en cuya parte superior tenía colocada una mano, con los nudillos blancos de tanto apretar aquel cráneo suave e inmóvil.

—¡Chris! —gritó ella.

Se arrodilló. Tyler dio media vuelta y la miró, asustado. El pequeño se echó corriendo a sus brazos y empezó a llorar en cuanto lo abrazó.

—¿Chris?

Había vuelto la cara. Ya no estaba llorando, pero aún podía oírse un leve gemido mientras se levantaba y, con una mano apoyada en la pared para mantener el equilibrio, se marchó a su habitación arrastrando los pies.

21

—¿Crees que queda raro?

—Es tu casa. Puedes hacer lo que te dé la gana.

—Pero no crees que queda raro, ¿verdad?

—Creo que es horrible.

Tom lo miró incrédulo y dejó el espejo apoyado en la pared del vestíbulo.

—¿Qué tiene de malo?

—Que es dorado.

—¿Y qué?

—Es dorado y es gigantesco. Ya puestos, pon también un retrato tuyo de cuerpo entero en la pared de enfrente. Un busto o algo así.

Tom no le hizo caso y pasó al salón. Liam lo siguió y se sentaron en el suelo a beberse el té. Los inquilinos anteriores, una familia que había vivido allí un montón de años, se habían llevado todos los muebles. Aparte del espejo, las mancuernas, que descansaban en un rincón, y los cactus en el alféizar de la ventana, el salón estaba vacío. En la cocina había unos cuantos cazos, algunas sartenes y una bandeja con una cubertería sucia. Arriba, tan sólo un colchón en uno de los dormitorios. Todo en aquel pequeño adosado victoriano parecía estar combado y agrietado. Tom tenía que agacharse para poder usar el retrete del sótano y la única vez que Liam había entrado allí tuvo que arrodillarse. La puerta que había al fondo de la cocina daba a un jardín estrecho y descuidado. Era, como solía llamarlo Liam, *el apartamento de la abuela*.

Al principio, el club lo había animado a alquilar un piso en un bloque

nuevo, pero cuando estaba a punto de firmar el contrato se enteró de que algunos jugadores del equipo vivían allí también. Llamó a la secretaria del club, luego a su apático agente, y les comunicó que había cambiado de opinión. A los dos días encontró, a través de una agencia diferente, esa casa situada lo más lejos posible del otro apartamento y del hogar de los Davey.

Liam terminó el té y se levantó.

—¿Te importa que me ponga un poco con el jardín?

—Todo tuyo.

Minutos después, Liam ya estaba fuera, con unos guantes que debía de haberse traído de casa, arrancando los matojos y hierbajos que habían nacido al borde del césped. Tom se sentó en el quicio de la puerta, desde donde ningún vecino podía verlo. Liam se detuvo, resoplando.

—¿No piensas echarme una mano?

—Pues mira, no.

Liam negó con la cabeza y siguió trabajando. Tom sacó el móvil para curiosear un poco en internet y de vez en cuando levantaba la cabeza para ver cómo le iba a Liam en el jardín.

—Escucha esto —dijo Tom—. ¿Qué condición crees que se empeñó en poner el Sunderland en el contrato de Stefan Schwarz cuando lo ficharon?

—Ni idea.

—Que nunca viajaría al espacio.

—¿En serio?

—Totalmente. Estoy en una página en la que aparecen las cláusulas más raras que se han incluido en los contratos de fútbol. Atención a esto. ¿Qué crees que estaba obligado a hacer Spencer Prior si fichaba por el Cardiff de acuerdo con la cláusula que puso en su contrato Sam Hammam?

—No sé. ¿Tirarse sólo a tías?

Tom no le hizo caso.

—Tenía que comerse algo —añadió cuando Liam dejó de reírse—. ¿Qué crees que era?

—¿Un puerro?

—No.

—¿Un narciso?

—No. El testículo de un carnero.

—Joder. Vaya ida de olla.

Liam continuó con el jardín, mientras Tom buscaba más anécdotas de fútbol y le contaba las mejores. Un perro empezó a ladrar en otro jardín cercano. Liam se detuvo a escucharlo y al cabo de un momento se puso otra vez a desbrozar el césped. Tom siguió en la puerta, hambriento pero sin fuerzas para moverse, pendiente de los movimientos de Liam, atento a cada impacto del rastrillo sobre la tierra, a cada uno de los suspiros que soltaba cuando arrancaba un hierbajo.

Al cabo de un rato, se había formado en mitad del patio un montón de color amarillento que le llegaba a Liam por la cintura.

—Terminado.

—¿Y qué se supone que debo hacer con eso?

—Quemarlo. Está lo bastante seco.

—¿Quemarlo? ¿Estás pirado? ¿Qué sugieres, que llame a los vecinos y hagamos una hoguera?

—Bueno, yo sólo te digo que lo quemaría.

Liam se arrodilló en la hierba, cogió un poco de tierra y la desmenuzó entre los dedos. Anduvo a gatas por el césped, introduciendo de vez en cuando el dedo por los bordes, y, al verlo, Tom sintió en su interior una fuerza que lo empujaba a entrar en el jardín para tomar la cara de ese hombre entre las manos, ajeno a cualquier otra cosa: los vecinos, el perro que ladraba, el peso aterrador de sus sentimientos.

Sin embargo, no podía arriesgarse a actuar de forma impulsiva, como muy bien comprendió un día que fue al estadio y esperó en el coche, observando por un hueco entre las gradas cómo se alejaba lentamente de la tribuna el tractor de Liam. En la parte de atrás llevaba enganchada una enorme grada de cadena sobre la que se reflejaban los rayos del sol. El terreno de juego, que el día anterior había sido levantado, no era entonces más que una superficie de arena inmensa. Tom se bajó del coche y se acercó a la salida de incendios de la tribuna principal. Se detuvo al lado de la puerta mientras Liam maniobraba con suavidad para que el tractor diese la vuelta y se quedó tan absorto mirándolo como lo estaba el propio Liam en su trabajo.

Sus ojos no se desviaban ni un milímetro del sendero imaginario que tenían por delante, y Tom sabía que no lo harían durante muchos minutos, durante horas enteras, tantas como necesitase para terminar el trabajo.

Pero Tom no se dio cuenta de que a él también lo estaban observando. El sacerdote del club se acercaba a él por el aparcamiento y, cuando apareció a su lado, Tom dio un respingo.

—Vaya locura, ¿eh? —dijo el sacerdote.

En ese momento, Tom comprendió que no lo habían pillado.

—Sí.

—Es increíble que dentro de nada estén otra vez jugando al fútbol ahí.

—La verdad es que sí.

Y allí siguieron un rato, junto a la salida de incendios, disfrutando los dos del sol mientras el sacerdote empezaba a tararear una canción.

Como todavía quedaba un mes para la pretemporada, no había mucho ajeteo en el estadio. Tan sólo se veía de vez en cuando a algún jugador en el gimnasio, y a Wilko y el resto de su equipo técnico, que solían asomarse para saludar y parecían claramente impresionados de encontrarse con Tom allí tan a menudo. El entrenador se llevó en un par de ocasiones a su hijo para darle una vuelta por las instalaciones —durante la cual se iba parando a charlar con todas las personas que se encontraba— y enseñarle el túnel, el vestuario y el botiquín. Tom parecía embobado cada vez que veía al chaval discapacitado y, a pesar de que sabía que tenía un problema, no podía evitar mirarlo, aunque nunca durante tanto tiempo como para que alguien se diera cuenta o hubiera riesgo de que Wilko se lo presentase.

Liam iba todos los días, generalmente con uno o con los dos chavales que estaban en prácticas con él ese verano. Muchas veces, después de terminar en el gimnasio, Tom se pasaba a verlo y había ocasiones en las que incluso lo ayudaba con alguna tarea. Ahora que tenía casa propia y no había riesgo de que los descubrieran en el sórdido escondrijo que usaban antes, decidieron que —puesto que Tom había estado alojado en casa de los Davey— no resultaría raro que se llevaran bien. Mientras no se los viera juntos con demasiada frecuencia, nadie sospecharía nada, pensaron. Además, como no dejaban de decirse a sí mismos, no parecían homosexuales. Su manera de

hablar era normal y su comportamiento, también. Era más inteligente aparentar una amistad que tratar de hacer como si no se conocieran.

Luego estaba el problema de los dos compañeros de piso de Liam. Había pasado de llevar una vida en la que no se veía con nadie más de una vez a la semana a salir casi todas las noches para no volver hasta la mañana siguiente, si es que llegaba a hacerlo en algún momento. Incapaz de pensar una excusa mejor, les dijo que había empezado a salir con una chica. Con una enfermera polaca. Aunque Liam apenas se relacionaba con ellos fuera de casa, desde luego no tardarían mucho en comenzar a hacer preguntas y para entonces tendría que inventarse una ruptura. No había hablado con Tom de lo que harían a continuación, pero éste tenía la sensación de que ambos daban por hecho que, tarde o temprano, Liam terminaría mudándose.

Una noche, mientras compartían una pizza en el sofá de cuero que les había costado sangre y sudor meter en casa de Tom un rato antes, Liam dijo:

—Hay algo que quiero decirte.

Tom dejó de comer, pero no apartó la mirada del televisor.

—Cuando te conté lo de Dan y todo eso en las vacaciones, debí decirte también que tuve una historia con un jugador. Fue sólo una vez. Y no me refiero al chaval del torneo de juveniles. Fue otra cosa, pero no significó nada. De hecho, ya casi me había olvidado.

—Y qué pasa, ¿que te acabas de acordar?

—Pues casi. De verdad que no fue nada. Ocurrió de casualidad. Lo conocí por internet, pero no sabía quién era porque usaba otro nombre. Cuando quedé con él, vi que era uno de los jugadores que estaban por aquel entonces en el Town. A mí me acababan de ascender a jardinero jefe y me quedé tan aterrorizado como él. Acordamos no volver a vernos y nos atuvimos a ese acuerdo.

A Tom se le hizo un nudo en la garganta. El resplandor azulado del televisor oscilaba en el papel de la pared como si fuera una llamada.

—¿Quién era?

—Si no te importa, prefiero no decírtelo. Se lo prometí.

—¿Estás de coña?

—Ya no vive aquí. Se fue hace millones de años —dijo Liam antes de

volver a su porción de pizza.

—¿Y lo conociste por internet?

—No es algo que hiciera muy a menudo. Sólo un par de veces después de romper con Dan.

Cuando Liam terminó la pizza, se levantó, recogió el envase y dijo que se iba a casa porque quería acostarse pronto.

Tom continuó viendo la televisión. Empezó a preguntarse si Leah sabría algo de ese jugador. De los ligues de internet de Liam. Y, cuanto más rato pasaba dándole vueltas a aquello, más convencido estaba de que, en efecto, lo sabía. De hecho, también sabía ya su nombre. Hacía un par de noches que Liam le había reconocido que se lo había contado, una revelación a la que Tom no reaccionó precisamente bien. Empujado por un miedo atroz, primero le gritó: «¡Tienes que estar de coña, puto subnormal!». Después guardó silencio mientras su compañero intentaba hacerle entender que era sólo cuestión de tiempo, puesto que él ya había accedido a quedar con Leah. Y, por último, una vez que Liam se fue, dio una patada a la puerta del baño con tal fuerza que se hizo una brecha en un dedo y aflojó una de las bisagras.

Hacía una noche bochornosa y, cuando se quitó la ropa, apenas pudo conciliar el sueño en el sofá. La piel se le quedaba pegada al cuero y las migas de la pizza se le clavaban en la cara. Poco a poco, las farolas fueron tiñendo la habitación de color naranja. Por la mañana, el sol entró a borbotones por la ventana sin cortinas y él se quedó allí, entumecido e incómodo, y los planes que tenía para la jornada —comprar algunos muebles, ayudar a Liam con el césped— le parecieron de pronto ridículos.

Estaban sufriendo una pequeña ola de calor. Tom sacó las mancuernas al jardín. Pero cuando se dio cuenta de que un vecino lo estaba observando desde una ventana volvió al interior. Se atenía escrupulosamente a su programa de ejercicios y muchos días lo excedía. Salía a correr todas las mañanas a primera hora para aprovechar el fresco, después otra vez al atardecer, y hacía ejercicio sin descanso tanto en casa como en el gimnasio.

Tras una sesión agotadora y asfixiante en el club —durante la cual tuvo que ir moviendo el ventilador de máquina en máquina hasta donde se lo permitía el cable—, se cambió y se fue a ver a Liam. Se lo encontró en el

cobertizo de la caseta de mantenimiento, echando en la parte de atrás de una camioneta el montón de trastos que estaba sacando del contenedor. Sudaba a mares. Vio a Tom acercándose, lo saludó con una mano y volvió al trabajo.

—Menudo calor hace, ¿eh? —dijo Tom.

Sin mirarlo, Liam señaló el termómetro que estaba colgado a un lado de la caseta, cerca de la entrada. Marcaba treinta y tres grados.

—Qué puto infierno —añadió Tom.

No había un alma por los alrededores. Las moscas se movían frenéticamente alrededor de una plataforma de ladrillo llena de tierra de drenaje seca que Liam tenía detrás. En otra plataforma se reblandecían unos fragmentos de asfalto procedentes del sendero situado detrás de la tribuna del río. El pestazo que soltaban inundaba el aire.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Tom.

—Sacándome un dinerillo extra. —Se detuvo y levantó el cajón de un archivador—. Ahí debe de haber como sesenta o setenta libras. Los jugadores y los trabajadores del club están haciendo limpieza en sus casas y llevan todo el día trayendo aquí sus trastos. Pete y yo cogemos todo el metal que encontramos y lo llevamos al chatarrero. Si me echas un cable te invito a tomar algo.

Tom se puso manos a la obra y empezó a lanzar a la camioneta los objetos que Liam le iba pasando desde el contenedor: un radiador, dos sillas plegables destrozadas, la base de un trampolín, el cajón de una carretilla. Un mirlo se posó en una de las esquinas del cobertizo y los observó en silencio, boqueando a causa del calor. Liam empezó a silbar. Cuando le pasó un rastrillo oxidado, Tom pudo percibir el aroma de su cuerpo entre los vapores del asfalto. Sintió un deseo abrasador, pero, al volverse instintivamente para mirar si había alguien detrás, supo con una certeza absoluta que su relación tendría que ser siempre así: prudente, secreta, prohibida.

Sus padres estaban ansiosos por bajar a ver su nueva casa y lo organizaron todo para pasar con él un fin de semana poco antes del comienzo de la pretemporada. El día antes de su llegada, Tom se paseó por todas las

habitaciones para ver si había algún rastro de Liam. En el dormitorio había una camiseta —que procedió a esconder en una maleta— y un par de calcetines gordos. En el jardín, esparció unas cuantas piedras y algunos trozos de ladrillo en lugares estratégicos para ocultar los immaculados bordes en los que Liam aún seguía trabajando. Los posavasos para su nueva mesa de centro, en cuyos mensajes grabados —ALEGRÍA, AMISTAD, RELAX, ¡SALUD! — apenas había reparado cuando los compró, le parecieron de pronto escandalosamente gays y eso lo llevó a revisar de nuevo las dos plantas de la casa, dudando de todas las elecciones decorativas que había tomado: el sofá de color marrón, los cojines morados, el espejo dorado, la cortina de ducha estampada, la ausencia manifiesta de pósteres de mujeres.

Sin embargo, a sus padres les sorprendió mucho más la propia casa que lo que se encontraron dentro. A la madre le pareció que estaba demasiado apartada y le preocupaba que el club no lo estuviera aconsejando bien. Después de inspeccionar los tablones del suelo, los paneles de los armarios y las jambas de las ventanas, su padre, por el contrario, se mostró partidario de ponerse manos a la obra para arreglar aquel lugar. No en vano se había traído su caja de herramientas.

Dedicaron la mayor parte de aquel fin de semana pasado por agua a adecentar la casa. Mientras Tom y su padre clavaban, pegaban, arrancaban trozos de madera podrida y reparaban algunas chapuzas, la madre se dedicó a limpiar y a comprar en la ciudad algo de menaje y unas cuantas cosas esenciales para el hogar. Trabajar codo con codo con su padre —arreglar cosas con él, darle conversación de vez en cuando— resultaba tranquilizadamente cotidiano, a pesar de que también sentía cierta incomodidad cuando entraban en el dormitorio o bajaban a colocar unas estanterías en algún rincón con el papel de la pared abombado, cuya textura Tom todavía era capaz de sentir a la perfección en la palma de las manos y en el pecho.

El sábado por la noche cenaron curry en la mesa nueva y bebieron cerveza de la tienda de la esquina. Tom intentó no pensar en lo mucho que los echaba de menos, en lo agradable que le resultaba su compañía. Le hablaron de sus vacaciones en Irlanda, del dueño de la pensión en la que se

habían quedado, cuyo hijo jugaba en el Chelmsford City. Él, a su vez, les ofreció un relato preparado al detalle de las suyas. Después pasaron a hablar del primer semestre de su hermana en la universidad, de su primer novio y de fútbol. Su padre pensaba que esa temporada a Tom lo incluirían en el once inicial más de treinta veces. También él lo esperaba, dijo golpeando la mesa. Treinta veces. Como mínimo. Para empezar.

Liam lo preparó todo para que Tom y Leah se conocieran una tarde. Tom aceptó a regañadientes tomar una copa y, después de un pequeño tira y afloja, Liam sugirió que se reuniesen en el Beefeater. Fueron juntos, antes de la hora, y se sentaron el uno delante del otro en un banco al fondo de la terraza, cerca de un montón de sombrillas amontonadas como cadáveres junto a la valla metálica.

Cuando llegó Leah, Liam se puso de pie, pero no la besó. Ella se sentó a su lado, al otro lado de la mesa y, mientras se saludaban, le tendió una mano a Tom para que se la estrechara. Liam le preguntó por el fin de semana. Ella contestó que bien: había ido a casa de su madre, cuyo novio había hecho una barbacoa con los vecinos en la terraza. Aquello le hizo pensar a Tom, con un repentino asomo de celos, que ella y Liam se veían mucho más a menudo de lo que él había imaginado. Se levantó y le preguntó qué quería beber. Al sonreír para darle las gracias, Leah enseñó unos dientes que parecían recién blanqueados. Llevaba la cara muy maquillada y vestía unos vaqueros ajustados, unas sandalias doradas y un top corto por el que asomaba un intenso bronceado que, en opinión de Tom, era de bote.

Mientras iba a la barra y pedía las bebidas, Tom no pudo parar de pensar en que ésa era la persona en cuyas manos había puesto Liam su gran secreto, su vida entera. Se quedó observando cómo hablaban, más relajados ahora que él no estaba en la mesa. Se imaginó de nuevo al pequeño grupo de amigos del colegio y a Liam entre ellos, charlando, riéndose, cotilleando.

—Tus bebidas, colega.

Sacó un billete de la cartera y, mientras el camarero se volvía hacia la caja, Tom cerró los ojos unos segundos para tratar de dominar el terror

incontenible que se apoderó de él al darse cuenta de lo mucho que estaban cambiando las cosas y de lo complicado que resultaría poder controlar todo lo que se avecinaba.

Cuando volvió a la mesa, Liam le estaba preguntando a Leah por su hijo.

—Últimamente no duerme muy bien. Esta noche se queda con mi madre

—¿Y cómo está Easter? —dijo Tom después de un silencio.

—Bien. Dentro de nada le quitan la férula. Hubo un par de complicaciones, pero la buena noticia es que ya queda menos.

Dio un sorbo a su copa de vino y de nuevo se produjo un silencio que, en esta ocasión, Liam no intentó llenar.

—Me alegro de lo de tu contrato —dijo Leah.

—Gracias.

—Puede ser una temporada muy interesante.

—El entrenador cree que deberíamos luchar por el ascenso.

—¿Y tú crees que lo conseguiréis?

—Sí... Bueno, no lo sé. Todo depende de los fichajes que haga.

Enseguida se pusieron a hablar del Town. Tom se quedó sorprendido de lo mucho que sabía: de los jugadores, de cuestiones tácticas, del antiguo entrenador, del nuevo. Se preguntó si su interés sería genuino o si se habría tenido que preparar todo aquello. La conversación giró hacia la Eurocopa. Ella había apostado a que la ganaba Alemania.

—Ni de coña —dijo Liam—. España tiene mucha clase. No creo que nadie pueda pararlos.

Ella le propuso que hicieran una apuesta. Acordaron jugarse veinte libras y lo sellaron con un apretón de manos en el que Tom creyó ver algo de coqueteo. No estaba claro si alguien iba a sacar el tema por el que se habían reunido. Tom desde luego no iba a hacerlo; ella no parecía tampoco muy dispuesta, y en cuanto a Liam —cuyos ojos se movían sin parar de uno a otro como si le sorprendiera verlos juntos en el mismo sitio—, era muy difícil saber lo que le pasaba en ese momento por la cabeza. Sin embargo, cuando volvió de la barra con una segunda ronda de bebidas, Leah le dijo a Tom:

—Ya me han contado que las vacaciones estuvieron muy bien.

—Tuvimos suerte con el tiempo.

—Chris y yo estuvimos una vez en el Algarve. Es precioso.

—La verdad es que sí.

Y después de eso cambiaron de nuevo de tema y se pusieron a hablar del verano tan impredecible que estaban teniendo. Liam les habló de cómo había afectado eso al cambio de césped. De lo importante que era tener un buen programa de riego, llegar temprano por las mañanas para remojarlo bien antes de que hiciera demasiado calor. De los cuatro aspersores —cada uno de los cuales costaba ochenta y cinco libras— que se había cargado Pete con el aireador. El tema de la relación entre Tom y Liam no salió más, aunque este último pareció alegrarse bastante cuando se pusieron todos de pie y empezaron a despedirse. Besó a Leah en la mejilla y Leah, tras un momento de vacilación, estrechó la mano de Tom de nuevo, aunque en esa ocasión la mantuvo apretada un segundo antes de soltarla. Parecía contenta —o tal vez simplemente aliviada— por lo bien que había ido la tarde o por que se hubiera acabado ya o tal vez por que Tom no fuera demasiado gay.

Esperaron a que se fuera y después se metieron en el coche de Tom. Liam se inclinó para besarlo.

—¿Ves? —le dijo.

A medida que la temporada se iba acercando, los trabajos en el estadio se intensificaron. Tom siguió ayudando de vez en cuando, una hora por aquí, otra por allá, pero nunca más para no levantar sospechas. Las jornadas de Liam se alargaron. Después del trabajo, muchas veces se marchaba a su casa, y cuando iba a la de Tom no llegaba hasta la noche. Bajo su supervisión, entre él, Pete, los dos chicos en prácticas y unos cuantos becarios, realizaron una cantidad ingente de tareas. Pintaron las rampas de las tribunas. Cambiaron los asientos rotos y viejos. Colocaron las vallas publicitarias de la nueva temporada alrededor del campo y contrataron a una compañía para que asfaltara el sendero del río. Descolgaron y volvieron a coser y tensar la red rasgada y suelta que había sobre la tribuna para evitar que los balones cayeran al río. Estuvieron una semana entera arrancando los hierbajos que habían nacido en las gradas, el aparcamiento y el techo de la tienda de

regalos. Tom y Liam se pasaron la tarde de un domingo especialmente feliz con unas mochilas aspersoras a la espalda caminando por el sendero del río con tanta torpeza como si fueran un par de astronautas.

Todas esas actividades se desarrollaron con las quejas constantes de Liam acerca del tiempo como ruido de fondo. Dedicaba el día entero a mirar el terreno de juego, a hacer ajustes, preocupado por el riego, las enfermedades, el crecimiento de las raíces.

—Hablas como un granjero —le dijo Tom.

—Es que soy un granjero. —Fue su respuesta inmediata.

Tom solía experimentar una paz intensa cuando lo observaba trabajar: viendo cómo entendía aquel terreno de juego, tanto desde un punto de vista científico como intuitivo. La delicadeza con la que tocaba el césped, la suavidad con la que comprobaba la firmeza de la tierra. Llevaba yendo a ese estadio, a ese campo, desde que era pequeño, y a Tom le emocionaba pensar que ninguna otra persona lo conocía tan íntimamente como él.

Una mañana, poco después de que regaran el campo, Tom se lo encontró sentado en el fondo de la hinchada visitante. Cuando se sentó a su lado, Liam señaló un cachorrillo de zorro que entraba y salía como una exhalación del rectángulo de césped resplandeciente.

—Lombrices —dijo.

Desde que lo plantaron, el césped —que primero había sido escarificado, recebado, documentado con fotografías, atravesado por miles de pequeños conductos de drenaje, fertilizado y escrupulosamente regado— crecía más de un centímetro cada noche. Casi un mes después, parecía una pradera. Las ráfagas de viento que se colaban por las tribunas agitaban la hierba y producían en su superficie unas ondas satinadas. Las mariposas revoloteaban por una zona del campo en la que había aparecido un racimo de flores silvestres procedentes de la ladera del río. Y, según Liam —que se mostraba tajante a pesar del escepticismo de Tom—, de vez en cuando también hacía acto de presencia un ciervo.

Sobre todos esos momentos juntos en el campo —momentos en los que no podían tocarse, en los que tenían que estar atentos a cómo se hablaban, a cómo se miraban— pendía siempre una tensión enorme. Cuando caía el sol y

por fin se quedaban solos, ninguno de los dos parecía capaz de controlar del todo la energía que se había establecido entre ellos.

La noche antes de que cortaran el césped, Tom recibió una llamada de Liam cuando estaba a punto de acostarse.

—¿Puedes venir al estadio?

—¿Qué dices? Pero si son las once y media. ¿Todavía estás ahí?

—Ven, por favor. Y aparca en la carretera.

Tom dejó el coche a poca distancia del estadio y se aproximó caminando por detrás del bloque oscuro de la tribuna principal. Liam estaba de pie al borde del terreno de juego. No había ninguna luz encendida y su cara estaba ensombrecida.

—¿Pasa algo? —preguntó Tom.

—Ven conmigo.

Lo condujo por la línea de banda hasta la salida del túnel y en ese punto le indicó que lo siguiera al interior del campo. El césped les llegaba casi hasta las rodillas. Mientras avanzaban por él, Tom notó cómo le fluía la adrenalina por la sangre. Cuando estaban más o menos en el centro, Liam se detuvo y esperó a que Tom lo alcanzara. Lo agarró por los hombros y lo empujó al suelo. Cuando se agachó sobre él, las sombras enormes de los focos recorrieron su cara y de su piel llegó un poderoso olor a gasolina y a sudor seco.

Después se dirigieron al centro de control. Liam rebobinó la grabación de una de las cámaras de seguridad y la reprodujo. Tom no fue capaz de distinguir nada hasta que su compañero le señaló las dos figuras minúsculas que se movían por la imagen granulada, como si fuera la secuencia de una película de terror. En cuanto se detuvieron, apenas podía vérselos. Y, al cabo de un rato, la única señal que quedaba de ellos era una mancha plateada que palpitaba sobre el fondo gris, tan diminuta y regular como el vibrante corazón de un feto.

—Es porno, tío.

Pero Tom estaba demasiado anonadado por lo que mostraba el monitor para considerar aquel comentario gracioso. Su espectro manteniendo relaciones sexuales con otro hombre en un campo de fútbol; un acto que

había cobrado vida en una cámara de vídeo y había quedado almacenado en ella hasta que Liam apretó un botón y lo borró. Cuando éste le hizo unos gestos para que salieran de allí, Tom insistió en que revisara la grabadora para asegurarse.

A la mañana siguiente, en el estadio había bastante ajeteo. Como sólo quedaba una semana para el comienzo de la pretemporada, muchos jugadores se habían acercado al gimnasio o a recoger las mallas de la nueva temporada, el papeleo, la equipación... Cuando llegó Tom, en la tribuna principal se había congregado un pequeño grupo de jugadores y trabajadores del club para ver cómo Liam cortaba el césped. Antes de reunirse con ellos, se quedó un instante abajo.

Una franja de césped de unos diez metros de ancho ya había sido cortada y lucía tan suave y llamativa como una cabeza recién afeitada. Detrás del rugido de la cortadora iba Liam, con el paso firme y la mirada clavada en el horizonte. Por detrás de él, las cuchillas giratorias iban escupiendo un chorro de hierba cortada. Los dos chavales en prácticas lo seguían a poca distancia, rastrillando la hierba sobrante y metiéndola en las enormes cajas de cartón que Liam había estado recogiendo en los supermercados de la ciudad durante el último mes. Tom sintió una punzada de orgullo al ver a todos esos espectadores cautivados por el espectáculo. Cuando un pájaro asustado salió volando del terreno de juego, se desató una ovación estruendosa. Los dos chavales en prácticas se volvieron sonriendo, pero Liam no pareció inmutarse.

La cortadora continuó desplazándose lentamente de un lado a otro del campo, como un escarabajo reluciente. Algunos trabajadores se levantaron y se fueron. Sin embargo, todos los jugadores se quedaron. Estuvieron bastantes minutos sin pronunciar una sola palabra, clavados en los asientos, igual que Tom, mientras se iba revelando una porción de césped impoluto cada vez mayor y el aire se llenaba con su aroma intenso.

22

La primera mañana de entrenamiento se presentó destemplada y nubosa. Wilko convocó al equipo en la sala de jugadores veinticinco minutos antes de dirigirse a ellos para que se pusieran al día, bromearan un poco y dieran buena cuenta del montón de cruasanes y pastas danesas que había sobre la bandeja del desayuno. El equipo técnico los observó con satisfacción desde un rincón. Parecían estar en buena forma. Era evidente que casi todos se habían atendido al programa de ejercicios. El único que estaba ostensiblemente más gordo era Foley.

—Tranquilos, no os voy a hacer subir y bajar corriendo todas las montañas de este país —dijo Wilko una vez que se sentaron—. Algunas sí, pero no todas.

Se oyó un suspiro de alivio. Todos los que estaban en el equipo desde hacía un año tuvieron que pasarse una quincena entera corriendo sin parar —*entrenamiento extra*, lo llamaba el antiguo entrenador— antes de volver a jugar al fútbol y, para cuando llegó ese momento, se morían por ver un balón. La intención de Wilko, según les dijo, era que se entrenaran en el terreno de juego desde el principio. Para que fueran cogiendo ritmo. Para que los nuevos se adaptasen al estilo de juego del Town. Les confirmó que a lo largo de la semana siguiente se producirían más fichajes. Hasta la fecha, sólo se había materializado uno: Maurice Lloyd-Day, un defensa internacional jamaicano, ágil y bastante apuesto, al que el Ipswich había dejado en libertad y que de momento ya se había comido cuatro pastas danesas y no había hablado con nadie.

Tenían organizados cinco encuentros amistosos. Tres de ellos serían en Irlanda, donde la plantilla pasaría casi una semana entrenando y reforzando el espíritu de equipo.

Dedicaron el resto de la mañana a correr. Primero alrededor del campo y luego por grupos entre dos filas de conos, esprintando al ritmo que marcaban unos pitidos cada vez más rápidos, mientras el preparador físico anotaba los tiempos en un portapapeles y los otros jugadores hacían estiramientos o intercambiaban historias de sus familias y de sus escapadas veraniegas.

Al segundo día, era evidente que Bobby, Willis y Tom estaban considerablemente más en forma que los demás. Bobby y Willis estaban exultantes. Durante las carreras se peleaban por ir en cabeza y cuando terminaban —después de esprintar en los últimos metros para ver cuál de los dos quedaba primero—, se quedaban esperando al resto e incluso se atrevían a tomarles el pelo a medida que iban llegando a la meta derrengados. La tercera mañana, cuando por fin sacaron unos balones para realizar algunos ejercicios de posesión, a Bobby lo tiraron al suelo tres veces y a Willis lo pisaron con tal fuerza que la contusión le impidió ir a Irlanda.

Emprendieron el viaje bajo un cielo que parecía que se iba a derrumbar con los truenos y las lluvias torrenciales. Según les dijo Wilko en el primer autobús durante uno de los pocos momentos en que no estuvo hojeando expedientes de jugadores libres de contrato, el campamento base sería una residencia universitaria al este del país. Al llegar quedó claro que, con todos los estudiantes de vacaciones, tenían el lugar a su entera disposición, y no tardaron mucho en empezar a perderse, a menudo borrachos, por los pasillos mal ventilados y por todas aquellas habitaciones insulsas con olor a desinfectante.

Como los campos estaban demasiado embarrados, la primera sesión de prácticas la realizaron en el interior de las instalaciones. Entre ellos se encontraban dos jugadores a prueba a los que sus clubes acababan de dejar en libertad: un defensa central de dieciocho años procedente de la primera división juvenil y un delantero palomero que fue expulsado en un partido contra el Town en enero y al que después habían sancionado por insultar y hacer gestos obscenos a los seguidores. Al principio eran uña y carne. Sin

embargo, mientras que el joven defensa podía correr tan rápido como el jugador más en forma, resultaba evidente que el delantero llevaba meses sin hacer ejercicio. Era habitual verlo apoyado en una pared sudando y sin aliento, o arrastrándose por detrás del pelotón al lado de Foley. En una ocasión, al acabar un test de Cooper, salió disparado al baño para vomitar un chorro de zumo de naranja y copos de maíz con miel, y ese mismo día por la tarde, cuando salieron al campo para aprovechar unos débiles rayos de sol y entrenar en la única zona que estaba en buen estado, el otro jugador a prueba se apartó de él sin que nadie se diera cuenta.

A la mayoría de los jugadores se les habían asignado habitaciones individuales, pero algunos pocos —entre los cuales se encontraban Tom y Beverley— estaban instalados en unos gigantescos dormitorios dobles con baño. Tom no había reparado en lo mucho que se alegraría de ver a su compañero de habitación otra vez. Había algo reconfortante en lo muy predecible y convencional que era aquella situación. Podían pasarse horas hablando con toda naturalidad del entrenador o de los viajes en avión, y en su primera noche juntos compartieron una botella de Jack Daniel's acompañada de una selección de quesos extranjeros y unas bolitas de salami que Beverley sacó de unas bolsas de plástico para congelados. La conversación giró en torno a la final de la Eurocopa, los traspasos y las vacaciones de Beverley. Ansioso por conocer su opinión, éste le enseñó también el tatuaje que acababa de hacerse en la base del cuello: una luna creciente diminuta. Según le dijo, su novia y él habían aprovechado un viaje a Londres para hacerse el mismo en un salón carísimo del West End. Tom se preguntó si sería una novia reciente y si a Beverley le habría parecido de mala educación que no le preguntara nada de ella.

La liga irlandesa estaba ya a mitad de temporada. El primer equipo al que se enfrentaron era mucho más rápido y competitivo que ellos. Su fútbol agresivo obligó a los jugadores del Town a sortear varias entradas temerarias y, al poco de empezar el partido, los entrenadores de ambos equipos se encararon en la banda. Tom tuvo que vérselas con un lateral izquierdo musculoso que ya en los primeros minutos le había dado dos pellizcos en el brazo. Cuando intentó darle el tercero, Tom se soltó y lo golpeó en el pecho.

El árbitro se acercó a él como una exhalación para pedirle que se calmara y los seguidores que estaban sentados en esa zona pidieron a gritos su expulsión. Cuando se volvió para que el árbitro pudiera anotar su dorsal, Tom pudo ver al lateral sonriendo y guiñando un ojo al público mientras regresaba a su posición. Espoleado por los hinchas, sus entradas se volvieron todavía más duras. Después de un intento de despeje bastante fuerte, Tom cayó al suelo. El defensa lo miró desde arriba, se agachó y se le acercó a la cara.

—Put a nena inglesa.

Él se quedó tendido en el césped, con el corazón desbocado por el pánico. Cuando se puso de pie y el partido se reanudó, Tom estuvo intentando canalizar el juego por el centro para apartarse de su marcador y de los seguidores exaltados hasta que vio que el tipo chocaba con Fleming y, al caer al suelo, le decía justo lo mismo que a él.

En cuanto sonó el pitido final —después de ocho goles, diez cambios en el Town y dos enganchones más entre los entrenadores—, los jugadores abandonaron el terreno de juego completamente deshechos. Wilko les dijo que había sido un buen entrenamiento, y ellos regresaron a la residencia para darse un masaje y dormir a pierna suelta.

En el desayuno, Wilko les anunció algo: después del segundo amistoso se les unirían dos nuevos fichajes. Según les contó el entrenador, ambos procedían del Oldham, que estaba una división por encima de ellos, y aportarían al equipo calidad: se trataba de Mark Munro, un delantero centro, y de Michael Grant, un extremo derecho. Cuando el equipo salió del comedor, Richards se acercó a Tom.

—Te lo vas a tener que currar, Tommy. Estuve con Grant en el Millwall y tiene mucha clase.

Tom no contestó, pero la noticia del fichaje de Grant lo dejó sorprendido. Tampoco lo ayudó mucho leer en la página del equipo que el entrenador estaba interesado en reforzar las bandas porque creía que habían mostrado «cierta debilidad en esa zona». No obstante, se negó a dejar que todo eso lo afectara. Su estado de forma, su entrega y su ambición eran firmes. Más firmes, de hecho, que en ningún otro momento desde su llegada al equipo. Mantuvo la calma incluso cuando se desveló en Twitter que el Town había

pagado al Oldham doscientas mil libras por Grant, lo cual constituía un verdadero récord para el club. Conservar el puesto en el equipo dependía de él. Las bromas que le hacían los otros jugadores sobre su futuro sólo servían para espolearlo: pronto se dio cuenta de que quienes le metían más caña eran precisamente los que tenían su plaza más en el aire y se propuso devolverles todos los comentarios.

Después de la cena se fue a dar una vuelta por el campus. Había una pequeña colina al otro lado de las zonas verdes y se encaminó hacia ella con la intención de llamar a Liam por primera vez desde que estaba en Irlanda. Subió a la colina y, mientras pensaba en algo de lo que hablar y sacaba el móvil, se fue poniendo más y más nervioso. Liam sacó de inmediato a colación el tema de Grant.

—Es muy bueno.

—Eso me han dicho.

—Lo único que puedes hacer es seguir como hasta ahora. Además, según comentan en los foros del Oldham, Grant también puede jugar por la izquierda y tú no sabes qué es lo que el entrenador tiene en la cabeza.

—Es cierto, no tengo ni idea. Gracias. Bueno, ¿y tú cómo estás?

—Bien. El campo es una puta preciosidad.

—Ya me imagino.

—No, en serio. Mi padre dice que nunca lo había visto así.

—Qué bien.

Tom se quedó observando los bloques de cemento del campus, la campiña fértil y húmeda que se extendía más allá de ellos.

—Te echo de menos —dijo Liam.

Por las ventanas de la cafetería universitaria, Tom pudo distinguir las figuras de varios jugadores moviéndose entre las mesas de billar.

—Sí, esto es muy aburrido también —dijo. Y después añadió—: Vuelvo el viernes.

Tom escuchó la respiración de Liam y pensó que quizá estaba sonriendo.

—Pues entonces, hasta el viernes.

—Vale, hasta el viernes.

Mientras bajaba de la colina, Tom reprodujo la conversación en su cabeza

y se sintió frustrado, como si acabara de escapársele algo —un instante decisivo, una oportunidad— que tendría que haber sabido aprovechar.

Aparte de Tom y Bobby, nadie repitió en el once inicial del segundo amistoso. Ganaron por 7 a 0. Tom lo hizo bien, todo lo bien que se podía hacer en semejante campo de batalla: antes de que lo sustituyeran en un cambio masivo durante el descanso, le dio tiempo a marcar un gol y a dar dos asistencias. Cuando el delantero palomero que lo había reemplazado se dio un golpe en la espinilla, Tom tuvo que volver a entrar para jugar los últimos diez minutos y marcó otra vez. Mientras se cambiaban, por el oscuro e incómodo vestuario empezó a circular el rumor de que los dos nuevos fichajes acababan de llegar y habían seguido el partido desde las gradas. Tom se quedó escuchando para ver si se enteraba de más cosas, contento de que Grant lo hubiera visto jugar así de bien.

Los nuevos estaban en las oficinas del club, lugar al que habían acudido los hinchas, entrenadores y jugadores de ambos bandos para conocerse y tomar algo. Wilko les indicó que se acercaran para que todo el equipo pudiera darles la mano. Grant era negro, algo que por alguna razón Tom no se esperaba. Dio por hecho de forma automática que sería más rápido que él y un regateador hábil, lo cual probablemente explicara por qué la gente lo describía como un jugador que tenía «clase» o «calidad». Palabras, por otro lado, que pocas veces había oído referidas a un jugador negro, salvo que fuera extranjero.

Sin embargo, cuando Grant tocó el balón por primera vez a la mañana siguiente, quedó claro que era un futbolista auténtico. El entrenamiento empezó con unos ejercicios de control y él parecía incapaz de perder el balón. En cuanto lo tenía entre los pies, su primer impulso era subir y, aunque no era más veloz que Tom, se quitaba de encima con facilidad a sus marcadores colándose por el interior desde cualquiera de las dos bandas, con la cabeza siempre alta para localizar alguna línea de pase. Sus compañeros se vieron contagiados al instante por su talento. Incluso Gundi pareció recuperar la energía. Hasta en dos ocasiones consiguió controlar un pase cruzado de Grant para driblar a Foley y marcar. Y, cuando salió corriendo para celebrarlo con el nuevo, Tom se dio cuenta de que Gundi le revelaría muy pronto el código

de los golpecitos en el culo, era probable que inventaran uno nuevo sólo para ellos.

También Munro era bueno, y Tom comprendió que para convencer a ambos de que ficharan por el Town debían de haberles hecho una oferta económica muy suculenta. Parecían sentirse atraídos de forma natural por el círculo social de Gundi, Jones y el resto de los veteranos. Lloyd-Day, el jamaicano silencioso, también había destacado en los dos amistosos, pero seguía siendo bastante reservado y, cuando salía a dar una vuelta por las horribles zonas ajardinadas del campus, siempre estaba en una órbita diferente a la de los pequeños grupos de jugadores aburridos que hacían lo mismo que él.

Un día a la hora del desayuno, el entrenador llamó aparte a los dos jugadores que estaban a prueba, uno detrás del otro, y les comunicó que no seguirían en el equipo.

Tom estaba jugando tranquilamente a las cartas con Beverley en la cafetería desierta. Liam llevaba dos días sin escribirle. Aunque era evidente que tenía mucho trabajo, Tom no podía evitar preguntarse si pensaba en él de vez en cuando o pasaba todo su tiempo libre con Leah. Cuando Beverley se marchó a echarse una siesta, Tom se dirigió al exterior. Entre la hierba seca y amarillenta se elevaban aquí y allá algunas esculturas de cemento. El agua brotaba rítmicamente de alguna de ellas o caía por sus laterales desgastados hasta unos tanques situados bajo tierra. Llegó a la orilla de un pequeño lago, al otro lado del cual estaban Boyn y Daish tirando piedras.

—Eh, qué pasa —dijo Bobby, acercándose por detrás—. ¿Cómo vas, Tommy?

—Tirando.

—No se está mal aquí, ¿verdad?

Los dos miraron más allá del lago. A lo lejos se veía un banco de nubes que avanzaba desde la costa.

—Quería pedirte otro favor. Ya sé que todavía te debo trescientas cincuenta libras. Tranquilo, que pienso devolvértelas. Pero me preguntaba si

podrías dejarme un poco más, sólo para ir tirando.

—¿Lo dices en serio? No sé si puedo, Bobby. ¿Cuánto necesitas?

—Lo que puedas dejarme —contestó, mirando a Tom.

—No, esta vez me es imposible.

—Ah, vale. Está bien. No pasa nada.

Tom se quedó mirándolo mientras se alejaba. Podría haberle dejado el dinero sin demasiados problemas, pero no quería. Para empezar, porque las condiciones del contrato de Bobby debían de ser mucho mejores que las suyas. Pero no tanto por eso —o porque supiera que el chaval estaba apostando— como porque le desagradaba su evidente incapacidad para controlar la situación. Se preguntó qué diría Liam. Se imaginó contárselo a él, a Beverley o a cualquiera de los otros: se imaginó lo fácil que sería hacerlos partícipes de aquello y dejar a Bobby en evidencia.

Mientras esperaban para cenar, vio a Bobby hablando con Richards en un rincón. Los dos estaban de espaldas a la sala y Richards negaba ligeramente con la cabeza. Tom experimentó un placer retorcido al ver la expresión de derrota en la cara de Bobby, al ver su impotencia ante un problema que, con independencia de lo mucho que siguieran elogiándolo los demás por sus progresos en el campo de fútbol, no iba a hacer más que agravarse.

Grant salió de titular en el último amistoso. A los pocos minutos de empezar ya tenía a dos jugadores marcándolo porque el extremo larguirucho de su banda se vio forzado a bajar para ayudar a su lateral. Aunque les había cogido la medida a ambos, intentó no humillarlos y siempre buscaba a un compañero para pasarle el balón. Tom estaba sentado en el banquillo de madera, impaciente por salir. En su cabeza resonaban las palabras que le había dicho Liam por teléfono: «Es muy bueno». El pequeño contingente de borrachos seguidores del Town que habían dedicado sus vacaciones a acompañar al equipo en su gira no paraba de vitorear al nuevo jugador cada vez que tocaba el balón. Cuando por fin salió Tom, Grant se quedó en el campo, aunque pasó a la banda izquierda. Confundido por el cambio, el extremo larguirucho lo siguió al otro lado, de manera que durante los pocos minutos que transcurrieron hasta que el entrenador les dio nuevas instrucciones, Grant tuvo a tres jugadores persiguiéndolo. Incluso así, con

Tom completamente solo en su banda, sus compañeros continuaron pasándole el balón a él.

La última noche les dejaron dar una vuelta por el pueblo en el que habían jugado, un lugar diminuto que no parecía ir más allá de una pequeña franja de carretera pero que, aun así, albergaba ocho pubs. En el segundo de ellos, Tom tuvo su primera conversación con Grant. Había estado un buen rato charlando de pie con Beverley y Richards cuando —justo en el momento en que los otros dos se fueron a jugar al billar— Grant se levantó de la mesa de enfrente.

—¿Te apetece algo más, tío? —le preguntó.

—Estoy bien, gracias.

—¿Te importa acompañarme a la barra de todas formas? Me parece que aquí hay gente que no ha visto a un negro en toda su vida.

—Claro.

Y, en efecto, daba la sensación de que algunos parroquianos se daban la vuelta para mirarlos cuando echaron a andar hacia la barra. Era normal, sin embargo, que en las localidades más pequeñas de cuantas visitaron la llegada de esos veintidós chicos con vaqueros de marca y camisetas ajustadas generara cierto revuelo.

—Muy buena diagonal, por cierto —dijo Grant—. En el tercer gol.

Pidió su bebida sin dejar de mirar alrededor, consciente en todo momento de que lo estaban observando, lo cual despertó en Tom cierto instinto de protección.

—¿Cuál es el nivel en cuarta división? —preguntó Grant—. Mejor que esto, ¿verdad?

—Sí, bastante mejor. —Tom se sorprendió de lo relajado que estaba mientras hablaba con él—. ¿Jugabas mucho por la izquierda en el Oldham?

—A veces. En cierta manera lo prefiero. Me resulta más fácil meterme por el interior y disparar. El lateral izquierdo del Oldham era muy ofensivo, así que nos entendíamos bastante bien. Él subía por el exterior, arrastraba al defensa y abría un hueco. No sé si el entrenador tiene ya pensado por dónde quiere que juegue.

A Tom lo desconcertó que a Grant se le hubiera garantizado un puesto en el equipo titular. Probablemente, ni siquiera se le había pasado por la cabeza

que él y Tom pudieran disputarse el mismo puesto.

—¿Cómo es el entrenador? —preguntó Grant, inclinándose sobre la barra para coger su bebida.

Una cicatriz enorme de color rosa, como un gusano, le recorría la nuca.

—Justo.

—Guay. Me va. Me gusta la gente justa.

No sin cierta dificultad —debido a que los jugadores estaban desperdigados por los ocho pubs del pueblo—, los recogieron a la hora estipulada para llevarlos al campus. Tom le dijo a Beverley que se iba a dar una vuelta para despejarse un poco antes de subir a la habitación. Se encaminó hacia la colina. No podía contener el hipo. Se tumbó cerca del lago y esperó a que se le pasara. Por encima de él, una veta de cielo oscuro repleto de estrellas se asomaba entre las capas de nubes. Cuando se puso de pie, ya sabía las palabras exactas que pensaba decirle a Liam. Subió a lo alto de la colina, se armó de valor y marcó su número. Saltó el contestador. Le vino a la cabeza la imagen de Liam en algún bar, con Leah y sus amigos, riéndose, sacando el móvil para mirar la pantalla y volviéndolo a guardar en el bolsillo.

Cuando regresó a la habitación, Beverley estaba sentado en la cama. Tenía la cara brillante y las sienes húmedas.

—¿Todavía despierto? —dijo Tom.

—Sí, estaba pensando.

Tom se sentó también en su cama.

—¿En qué?

—Lo he hecho de pena hoy, ¿verdad?

—A mí me parece que has jugado bien. No era más que un amistoso. Yo no me preocuparía.

—Ya, pero yo sí que me preocupo, tío. Es superior a mis fuerzas. Y en esta época del año, justo antes de que empiece la temporada, es todavía peor porque no sé lo que va a pasar.

Tom empezó a quitarse los zapatos. Se estuvo peleando un rato con los cordones, que parecían haber sido atados de una forma particularmente compleja y enrevesada. Era imposible deshacer el nudo. Lo estudió durante un rato y la rabia fue extendiéndose por su cuerpo, por sus brazos; una rabia

que se dirigía tanto hacia él mismo —por haber atado los cordones como un idiota— como hacia Liam.

—No tienes motivos para preocuparte —dijo—. Tu plaza está asegurada. Yo sí que debería estar preocupado.

—¿Te refieres a Grant?

—Está claro que va a ser titular.

—Pero igual lo ponen en la izquierda.

—Sí, puede ser.

Al final se dio por vencido con los cordones y se quitó los zapatos tirando del talón. Beverley se dio la vuelta para coger el móvil de la mesita, probablemente con la intención de poner la alarma con la que habían estado levantándose, siempre una hora antes del desayuno, los cinco días que llevaban allí. A la luz de la lamparita de noche, Tom podía distinguir la zona de un desvaído color rojo que rodeaba el tatuaje de Beverley. Trató de imaginarse a su novia, esperando con él en el salón, pero a quien veía era a Leah, acariciando con su mano la espalda ancha y pálida de Liam.

—Bev, ¿puedo contarte algo?

—Claro.

No tenía ni idea de lo que hacía. Estaba borracho. Pero no podía evitar que las palabras brotaran.

—¿Recuerdas que te conté que estaba saliendo con una chica y que rompimos mucho antes de que llegaras al Town?

—¿Me lo dijiste?

—Sí... Bueno, creo que sí. No estoy seguro, pero da igual. La cosa es que no era verdad. Por aquel entonces no estaba saliendo con nadie.

—Ah, muy bien.

—Pero ahora sí.

Beverley lo miraba con atención, esforzándose al máximo por comprender.

—Ahora sí, pero no es la misma chica. No es... no es la misma —añadió Tom.

—Lo siento, pero no te pillo, tío. Estoy un poco pedo.

—No es una chica —dijo, y le entraron ganas de reír.

Cuando las palabras salieron de su boca, no pareció importarle. Sentía una dejadez casi surrealista, como si estuviera hablando de otra persona.

El rostro de Beverley no reflejaba ninguna expresión. Soltó una risita extraña, con la mirada todavía clavada en Tom.

—No sé si te pillo.

—Lo que te estoy diciendo es que la persona con la que salgo es un hombre.

La cara de Beverley siguió completamente inexpresiva.

—¿Me estás diciendo de verdad que sales con un tío?

—Sí.

—¿Te estás quedando conmigo?

—No.

A pesar de lo borracho que estaba, era del todo consciente de que no debería haber hecho eso, de que Liam no quería que lo hiciese.

Una sonrisa extraña se había dibujado en el rostro de Beverley.

—Hostia puta —dijo, asintiendo con la cabeza muy despacio—. Bueno, pues vale, no pasa nada, tío.

Tom se echó a reír.

—Nunca lo habría imaginado —añadió Beverley.

—Guay. Me alegra saberlo.

—Perdona, quería decir que... Bueno, no. En realidad, lo que quería decir era eso, que nunca lo habría imaginado. ¿Quién es el tío con el que sales?

—No lo conoces.

Beverley estaba sentado con la espalda muy recta en su cama.

—Esto no cambia nada entre nosotros —dijo—. Absolutamente nada. No se lo pienso decir a nadie. Tampoco voy a pedir que me cambien de compañero de habitación. Y no hay más que hablar.

Le tendió una mano y Tom se inclinó hacia delante para estrecharla.

—No cambia nada, ¿vale?

Los dos guardaron silencio el tiempo que tardó Tom en ir al baño para cambiarse. Se sentía fuera de sí mismo. En pleno delirio.

—Mi primo es gay —anunció Beverley cuando Tom se metió en la cama—. Bueno, por lo menos creemos que lo es.

Se quedaron tumbados en silencio. La lamparita de noche de Beverley seguía encendida, como si estuviera en sintonía con sus pensamientos.

—¿Qué vas a hacer?

—¿A qué te refieres?

—Digo que si se lo vas a contar a alguien del club.

—¿Estás de coña?

Se produjo otra vez un silencio. Tom cerró los ojos, aunque sabía que le costaría dormirse. Beverley empezó a reírse por lo bajo.

—¿Qué te pasa?

—Nada, que me estoy imaginando lo que pasaría si lo contaras. Las caras que pondrían. —Apagó la luz, pero al cabo de un rato añadió—: ¿Sabes si hay más jugadores gais?

—Ni idea. ¿Cómo iba yo a saberlo?

—Eso es verdad. No sé. Oye, Tom.

—Dime.

—En serio, es... no sé cómo decirlo... Es un honor para mí que me lo hayas contado.

Tom abrió los ojos y se rio. Miró la pupila roja del detector de incendios en el techo.

—Nada de esto parece real —dijo—. Nada de esto parece real.

Por la mañana, ninguno de los dos se refirió a la conversación. A Beverley se le veía tan normal como cualquier otro día; si acaso, más normal, hablador y animado que de costumbre. Estuvo al lado de Tom o cerca de él mientras desayunaban y hacían su informe de la gira, y después lo siguió hasta uno de los minibuses para ir al aeropuerto. En el avión, se sentaron en el mismo sitio que durante el viaje de ida, y Beverley —que hacía de barrera entre Tom, el pasillo y el resto de los jugadores— se pasó un buen rato limpiando la pantalla de su iPad con una toallita húmeda.

Una vaga sensación de malestar se apoderó de Tom mientras contemplaba por la ventanilla todos esos campos y esos setos y esas aldeas grises empapadas por la lluvia, todos esos pubs sin vida a los pies de una carretera que aparecían y desaparecían. No le cabía la menor duda de que Beverley era de fiar —lo supo desde el mismo momento en que las palabras

empezaron a salirle por la boca, con una certeza que le resultaba inaudita—, pero, aun así, cuantas más vueltas daba a lo poco que podía recordar de la conversación, más inquieto y más alejado de Liam se sentía.

Liam terminó en el campo pronto y se presentó a las cinco en casa de Tom. Éste lo vio aparcar en la acera por la ventana del salón. Salió a recibirlo al jardín de grava, donde —sin mediar palabra— se dieron un beso largo, sin importarles que en ese momento pasara por delante uno de los vecinos bangladesíes de Tom.

Subieron al piso de arriba y, cuando se sentaron a comer unas hamburguesas y unas patatas fritas congeladas, Tom le contó lo de Beverley.

Liam se quedó perplejo.

—¿Por qué no me dijiste que ibas a hacerlo?

—No lo sé. No lo tenía planeado.

—Ah, muy bien... O sea que vas, te pones ciego y lo sueltas, ¿no?

—No estaba ciego.

—Ibas como una puta cuba, tío. Oí el mensaje que me dejaste en el contestador.

—Ah, así que lo oíste, ¿eh? —Tom se volvió hacia la ventana—. Me pareció bien hacerlo. No se lo va a contar a nadie.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Pues porque lo sé. Tú también se lo contaste a alguien.

Liam apartó su silla de la mesa.

—¿Crees que esto es fácil para mí? ¿Piensas que eres el único al que le está costando aceptar su verdadera identidad?

Entró hecho una furia en la cocina. Segundos después, la puerta de la nevera se cerró con un golpe. Sin embargo, cuando cruzó de nuevo la puerta parecía más calmado.

—Conozco a Leah de hace años. Es mi amiga. Y este tal Beverley, ¿cuánto lleva en el club? ¿Cinco meses? Igual es una bellísima persona, pero es tu compañero de equipo. Y no lo conoces.

Volvió a la cocina. Tom prefirió dejarlo solo. Mientras se debatía sobre si

ir a tranquilizarlo un poco y se imaginaba la escena —un par de gais reconciliándose después de una pelea—, la sensación de agravio que iba creciendo en su interior dio paso al enfado.

Liam no se marchó a su apartamento. Se quedó a dormir, pero en la cama estuvieron callados y distantes. No se tocaron y ni siquiera se dieron las buenas noches. Por la mañana, el enfado de Tom se había transformado en dudas y preocupación: por si Liam se alejaba de él, por si la cosa entre ellos empezaba a cambiar y todo por culpa suya. Sin embargo, el ánimo de Liam también era diferente.

—Creo que me pasé —dijo—. Lo siento. Vamos a olvidarlo.

Tom se abrazó a él y, al oír esas palabras, al reparar en la sencillez de su disculpa, sintió un alivio estremecedor.

23

Pasó la cortadora sobre el césped previamente señalado para crear sobre la superficie el patrón ajedrezado habitual. Liam delimitó las áreas de juego con unas cuerdas y luego dibujó unas rayas resplandecientes de color blanco. Poco a poco se fueron materializando, tan perfectas y claras como si estuvieran hechas de azúcar glas, las líneas de banda, la línea de medio campo, el círculo central y las áreas. Luego usó un pincel para pintar el punto central y los dos puntos de penalti. Cuando terminó de repintar los postes, se arrodilló para recortar el césped que rodeaba la base con unas tijeras de cocina, recogió con la mano los recortes y se los guardó en el bolsillo, como si de un recuerdo se tratase.

Tom se daba cuenta de que, cuando estaban tumbados en la cama o se ponían a ver la televisión, Liam no dejaba de pensar en el terreno de juego, y en esos momentos a él también le venía a la cabeza la nueva temporada. Se había marcado algunos objetivos: número de asistencias, de goles, de apariciones. Se imaginaba jugando con un sistema en el que Grant se metería por el interior y esperaría a que él se desmarcase.

Sin embargo, cuando colgaron en la pared del vestuario el equipo titular para el último amistoso, él no estaba.

Desde el lugar que ocupaba en el banquillo, Tom podía ver el perfil de Liam en el centro de control, observando el césped. A ras de campo y a la luz del sol, el terreno de juego brillaba como una masa de agua. Tenía al lado a dos jugadores del Wolves que se pasaban el balón para calentar. Después de cada intercambio, la trayectoria de la pelota dejaba en la hierba una línea

perfectamente visible.

Justo antes de que empezara el partido, Wilko prometió que le daría una oportunidad. Sin embargo, cuando en el minuto sesenta y cinco sacaron a Richards y cambiaron a Grant a la izquierda, el elegido para sustituirlo fue Willis, y el equipo pasó a jugar con un 4-3-3 en el que Tom no tenía lugar. Observó —sin dar ninguna muestra del placer que sentía— cómo se aprovechaban del cambio los dos extremos del Wolves y no paraban de atacar los flancos expuestos en la defensa del Town. Lo sacaron a tres minutos del final. No le dieron ninguna orden táctica y tocó el balón una sola vez. Cuando volvió al vestuario, no se molestó siquiera en ducharse y se cambió directamente para poder salir en cuanto acabara la charla del entrenador.

La última sesión de entrenamiento antes del primer partido de la temporada fue rápida. «Concentración y diversión», así la describió el asistente de Wilko. Los hizo participar en un ejercicio que había desarrollado en otro club y que consistía en jugar dos partidos simultáneos con equipos de cinco jugadores, el uno al lado del otro, con el mismo centro del campo y cuatro porterías. El experimento pronto se volvió caótico, a ratos violento, y sólo mejoró algo cuando el asistente les recordó que había que usar dos balones, no uno. Cuando acabó, Wilko —que se había pasado toda la mañana en la banda, observando, hablando por teléfono y llamando de vez en cuando a algún jugador para conversar con él un momento en privado— le pidió a Tom que se pasara a verlo una vez que terminara de cambiarse y comer.

—Veo que estás mucho más fuerte —dijo cuando se sentaron en su diminuto despacho sin ventanas—. Eso es bueno. Ahora ya no podrán amedrentarte.

—Era parte de mi programa de entrenamiento.

—Estupendo. Mira, tengo una propuesta que hacerte, Tom. A nivel físico estás muy bien, se te ve ágil en los entrenamientos y no quiero que pierdas la forma. Así que me gustaría que te fueras cedido.

Tom apartó la mirada y la clavó en la pared. Le costaba respirar, como si

acabaran de darle un puñetazo en el pecho.

—Necesito que te den minutos y juegues. Hay un par de equipos regionales con buenas plantillas que están interesados.

—Mi agente...

—Ya lo he comentado con tu agente y está de acuerdo. Pero, por supuesto, tienes que hablar con él.

Justo detrás de su cabeza se veía un rotafolio: CHELTENHAM. HOTEL, VIERNES NOCHE. PROHIBIDO LEVANTARSE DE LA MESA HASTA QUE (AJ, MM, JD) DEN SU PERMISO: 30 £. PROHIBIDO USAR EL MÓVIL DESPUÉS DE LAS 23 H: 30 £. OBLIGATORIO DEJAR EL VESTUARIO RECOGIDO Y LIMPIO: 40 £.

—¿Tom? Así a bote pronto, ¿qué te parece?

—¿Qué pasaría si quisiera quedarme y luchar por una plaza en el equipo? Wilko asintió con la cabeza.

—Te seré sincero, Tom. No estás en mis planes —dijo con una sonrisa compasiva.

Tom se golpeó la rodilla con la pata del escritorio y trató por todos los medios de no llorar.

—Acabo de firmar un nuevo contrato. —Su voz se quebró al pronunciar la última palabra.

Wilko volvió a asentir.

—Las cosas cambian con mucha rapidez en el fútbol. No sabía que Michael Grant o el jugador al que acabo de fichar esta mañana estarían a nuestro alcance. No lo digo como una falta de respeto hacia ti, Tom, pero estos jugadores están un nivel por encima.

—¿Y cuál es mi nivel? ¿La liga regional? —dijo, asqueado del sonido agudo y quejumbroso de su propia voz.

—Nunca cedo jugadores a equipos rivales. No lo he hecho en mi vida. Los conjuntos de los que te hablo son buenos. A los dos les gusta el juego de toque. Me aseguraré de que tengas una plaza en el once titular. Es una cesión por un mes, con opción a ampliarla o convertirla en un traspaso permanente y una cláusula para que vuelvas si tenemos lesiones. Consúltalo con la almohada. No necesito que vengas al partido de mañana.

Tom cerró la puerta y se quedó quieto en la penumbra del pasillo. Desde

el fondo le llegaba el eco cada vez más fuerte que hacían con sus tacos los becarios al volver de los campos. Resonaba como si una tromba de agua se acercara a él. Tom no se movió hasta que el pasillo volvió a sumirse en un silencio casi completo, roto tan sólo por el ruido de unos cubiertos que caían sobre una bandeja. Y por los gritos esporádicos procedentes del vestuario. Le entraron ganas de dar una patada o un puñetazo a algo. A la pared. Al tablón de anuncios. A la hilera de muestras de orina que habían dejado debajo de éste. Pero al oír a Wilko dentro de la oficina, se alejó con rapidez por el pasillo y salió del edificio.

Estuvo un rato sentado en el coche. En el campo de entrenamiento, el ayudante de Liam estaba recolocando los trozos de césped que se habían levantado. Tom sacó el móvil y le mandó un mensaje a Beverley. A los pocos segundos, su móvil empezó a sonar.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Beverley.

—No lo sé.

—¿Qué pasa si lo rechazas?

—Me quedo fuera. No estoy en sus planes.

Al otro lado de la línea se oyeron unos murmullos y el rumor apagado de una canción.

—Yo no me lo pensaría. No veo que tengas otra opción. Es una mierda, lo sé. Vas a tener que vivir en un hotel, sin conocer a nadie, sin saber qué va a pasar después... Pero ¿qué otra cosa puedes hacer? Si un entrenador decide que no cuenta contigo, entonces estás fuera. Hazme caso, lo sé muy bien. — Esperó a que Tom dijera algo y, al ver que no lo hacía, añadió—: No es justo, Tom, pero el fútbol es así. ¿Dónde estás? ¿Quieres que nos veamos?

—No, tranquilo. No pasa nada, gracias.

Más tarde, ya en casa, se calentó un plato de pasta preparado y se sentó a ver una película de la que nunca había oído hablar. A última hora, recibió un mensaje de Liam —«Todavía aquí, haciendo los últimos retoques... Estoy deseando que lleguen las cinco menos diez de mañana»— al que no contestó. Acabó de comer, siguió viendo la película un rato, pero al poco se cansó, recogió los platos y se acostó.

Por la mañana, hizo un poco de ejercicio y después estuvo yendo sin

parar de una habitación a otra. No tenía nada que hacer. Nada con lo que distraerse. La idea en cierta manera tranquilizadora de que Liam pudiera enterarse por otra persona, de que fuera trascendiendo poco a poco lo que le había pasado, no dejaba de rondarle la cabeza. En cualquier caso, los demás jugadores estarían concentrados en el partido, en su propio futuro profesional y los hinchas seguramente entusiasmados con el debut de Grant y con la llegada —que se hizo pública esa misma mañana— del último fichaje: Dominic Curtis, otro extremo derecho que, antes de sufrir una grave lesión de rodilla, había sido internacional con Gales. La hinchada consideraría lógica la salida de Tom. En cuanto a su familia, no se veía con fuerzas para hablar con ellos.

El Town ganó por 2 a 0. Tom escuchó la retransmisión de la emisora local, en la que no se hizo mención alguna a su ausencia. Como a Curtis no lo habían podido inscribir a tiempo para el partido, Grant jugó por la derecha. Los comentaristas parecían no tener palabras suficientes para elogiar las muchas mejoras que había introducido en el equipo. Participó en los dos goles, y Tom pudo oír por la ventana abierta cómo los celebraba el público a lo lejos, segundos después de que el estallido de sus vítores se oyera también en la radio.

Liam lo llamó tras el encuentro, cuando el equipo encargado de recolocar los trozos de césped que se habían levantado terminó de arreglar el terreno de juego. Le dijo que no sabía que no estaba en el equipo. Que no entendía por qué no se lo había contado. Quería pasarse por su casa.

Se sentaron a la mesa con las latas de cerveza que había llevado Liam. Tom le habló de la reunión con Wilko. De la cesión. Liam lo escuchó sin decir nada. Tom analizaba su rostro en busca de reacciones, pero fue incapaz de detectar ninguna.

—Lo siento —dijo Liam cuando terminó.

Puso una mano encima de la mesa, pero Tom no se acercó a tocarla. Esos pequeños rechazos le producían un placer culpable difícil de comprender. Ni siquiera sabía por qué lo hacía. Liam dio un sorbo de su lata.

—Creo que debes irte.

—¿Cedido?

—Sí.

—Pero los dos clubes están a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia.

—¿Y qué otra opción tienes? Tu contrato es sólo por un año. Si te lo pasas entero en el banquillo, estarás acabado. Al menos de esta manera, si lo haces bien, tienes bastantes posibilidades de volver. Habrá lesiones, partidos de copa y todo eso.

—¿Qué pasa, quieres que me vaya?

—Por supuesto que no quiero que te vayas. Sólo trato de ser realista, Tom.

—Claro, como no eres tú el que tiene que irse, ¿verdad? Tú podrás seguir llevando tu vida normal de siempre.

—Excepto por el hecho de que no estarás aquí. Así que no será para nada normal.

—Ya nada me parece normal —dijo Tom en voz baja.

—¿Qué quiere decir eso?

Tom guardó silencio. Si todo hubiera sido normal, se le ocurrió de repente, entonces se habría podido concentrar sólo en el fútbol y nada de todo eso estaría pasando.

—Quiero decir que ya no sé lo que es normal. Lo único que sé es que esto no lo es.

El día siguiente fue seco y caluroso. Borearon la costa en coche y se quedaron en una playa llena de gente en la que no hacía viento. Comieron helado. Nadaron en el mar. Subieron caminando por la pequeña ladera que había detrás de la playa y se tumbaron abrazados en la arena fina y ardiente de una duna situada al lado de un campo de golf. Liam le acarició el cuello, la espalda y, al notar el roce de sus manos, la aspereza de sus dedos sobre la piel, Tom sintió cómo se aguzaban sus sentidos. Se sentía infantil y mezquino por haberlo rechazado y se abrazó a él con fuerza. En ese día soleado y maravilloso lejos del club, de la ciudad, necesitaba hacerle saber que estaba ahí, que no quería separarse de él.

Quedaron con Leah para tomar algo. En el mismo pub. A la misma hora. Y de no haber sido por la lluvia, probablemente también se habrían sentado en la misma mesa de la terraza y se habrían colocado de la misma manera. En la primera ronda, los tres se esforzaron por encontrar algún tema —el tiempo, el cercano viaje de Leah a Milán— del que pudieran estar hablando más de un minuto o dos. Cuando Leah se fue al baño, Tom y Liam se cogieron de la mano de forma instintiva y siguieron así incluso después de que ella volviera. Al final terminaron separándose, pero no sin que ella reparara antes en ello con lo que, según Tom, fue un leve gesto de desaprobación. Leah no dijo nada, pero la idea de que habían dejado de darse la mano por su culpa se quedó flotando alrededor de la mesa sin que nadie se atreviera a expresarla.

Al parecer, en el baño se le habían ocurrido un montón de preguntas para Tom. Se interesó por la casa, por si había terminado de arreglarla. Por el ambiente en el vestuario y por la victoria del sábado. Y, para sorpresa de Tom, también por si el entrenador le había dicho algo sobre los fichajes de Grant y Curtis.

—Conseguir que esos dos quieran jugar en cuarta división —dijo ella— es mérito del presidente. Me juego lo que quieras a que se están llevando lo mismo que Gundi.

Tom no sabía cuánto se llevaba Gundi y se preguntó cómo era posible que ella sí se hubiera enterado.

—Lo único que puedes hacer es seguir trabajando como hasta ahora —añadió Leah.

—Hablas igual que él.

—Bueno, es que tiene razón.

Un tipo pasó por delante de la mesa camino de los baños y empezó a desabrocharse el cinturón antes de llegar a la puerta.

Tom se levantó.

—¿Queréis algo más?

Antes de salir del pub, Leah se volvió hacia Tom.

—¿Puedo pedirte un favor?

Tom trató de no parecer sorprendido.

—Sí, claro.

—Me pregunto si podrías coger unas cuantas cosas del club, la equipación de Chris y sus objetos personales.

—Sin problema. ¿Quiere su equipación?

—La equipación y lo que sea que se haya dejado por ahí. Nadie del club se ha puesto en contacto con él para dársela. Habría ido él mismo, pero pensé que así le ahorraría el viaje.

—Si quieres, puedo acercártelo a casa.

—No te preocupes. Puedo pasarme yo por el campo de entrenamiento.

Se dieron los números de teléfono. Le dijo que se pondría en contacto con él por la mañana y le dio las gracias. La mirada que intercambiaron Liam y ella al despedirse le hizo pensar que habían planeado aquello con antelación.

Quedaron en verse el viernes después del entreno. Se presentó en las oficinas con su hijo. De cerca se parecía tanto a Easter que a Tom le vino inmediatamente una imagen suya a la cabeza: se lo imaginó sentado en el sofá de su casa con la pierna encima de la mesa, vestido con la equipación completa. El pequeño iba en un cochecito. Tom no sabía cómo saludarlo. No sabía, de hecho, cómo saludar a ninguno de los dos.

—Hola —dijo.

—Hola.

Ella no se acercó para besarlo.

La condujo hasta las dos sillas de plástico destrozadas que había a un lado del vestíbulo. En una de ellas descansaba una bolsa de deporte que contenía los enseres de Easter. En el asa tenía una etiqueta con el número diecinueve, su nuevo dorsal. El niño empezó a ponerse nervioso porque quería bajarse del cochecito. En cuanto su madre lo cogió y lo dejó en el suelo, Tyler se fue corriendo a la puerta, que estaba abierta para que entrara el aire, y trató de cerrarla. Ella fue a pedirle que parara y en ese momento un grupo de jugadores apareció por el pasillo. Mientras pasaban, se quedaron mirando a Leah, que seguía agachada en el suelo, regañando a su hijo. Muchos de ellos debían de conocerla, pensó Tom. Notó que, a pesar de estar ocupada tratando de calmar al incorregible Tyler, había reparado en la presencia de los futbolistas. Boyn se dirigió al vestíbulo y Leah volvió la cara hacia él. Se estuvieron mirando sin decir nada hasta que ella se dio la vuelta de nuevo

hacia su hijo. Boyn se acercó a Tom y le puso los labios casi en la oreja.

—La mujer de Easter —le susurró—. Eres un cerdo, Tommy.

Le pellizcó el brazo, sonrió y salió del edificio sin mirar otra vez ni a Leah ni a su hijo.

Tom cogió la bolsa.

—Te acompaño.

Sabía que los estaban observando mientras avanzaban por el aparcamiento.

—¿Qué tal va la pierna? —preguntó, acercándose un poco más a ella.

—Ya le han quitado la férula y ha empezado la rehabilitación.

—Me alegro. Supongo que estará contento.

—Cualquiera pensaría eso —dijo, y siguió andando sin añadir nada más.

A Tom le pareció —y no por primera vez— que en esa mujer de la que tanto se fiaba Liam había algo misterioso y desconcertante.

Por fin llegaron hasta el coche. Leah sacó al niño del cochecito y lo colocó en su asiento. Tom pensó en doblar el cochecito y meterlo en el maletero, pero no estaba seguro de saber usar todos esos botones y palancas. Observó cómo lo hacía ella y puso la bolsa en el asiento de atrás, al lado del niño. Leah cerró el maletero y se quedaron los dos de pie junto al coche.

—Gracias —dijo ella.

—No hay de qué.

Dio un paso adelante y la rodeó torpemente con los brazos. Aspiró la fragancia de su perfume y estuvo estrechando aquel cuerpo menudo y tenso hasta que ella se apartó y entró en el vehículo.

Leah puso el motor en marcha y lo observó mientras volvía a las oficinas. De pronto, la normalidad con la que lo vio entrar para reunirse con los demás, la normalidad con la que parecía llevar su secreto, le causó una gran indignación. ¿Qué pasaba con el compañero de Tom, ese tal Beverley del que le había hablado Liam? ¿Se sentía a gusto siendo partícipe de esa historia?, se preguntó. ¿No lo molestaba lo que estaban haciendo? ¿No lo molestaba que estuvieran saliéndose con la suya y que al mismo tiempo esperasen —igual

que lo esperaban de ella— que siguiera comportándose como si nada, que siguiera saliendo, compartiendo habitación y duchándose con Tom con normalidad, como si no hubiera ocurrido nada? Ella sabía cómo reaccionaría Chris o cualquiera de los demás si se enteraban. Alek Boyn la había ignorado, pero resultaba evidente que tenía a Tom en muy alta estima. Estaba claro que lo consideraba una persona normal, uno más de los muchachos.

Avanzó con el coche por el camino de entrada. En uno de los campos que tenía delante, una docena de becarios estaban turnándose para chutar la pelota desde el centro del campo hacia una serie de porterías sin guardameta. Redujo la velocidad para observarlos. Cuando uno de ellos dio en el travesaño, por la reacción de los demás comprendió que ése era el objetivo del juego. Por la ventanilla abierta le llegaron los gritos que empezaron a pegar el resto de los chavales mientras se tiraban encima del vencedor. No había ningún otro coche en todo el camino. Un seto tapaba la parte del campo que se veía desde las oficinas del club, y Leah detuvo el vehículo. El descuidado revoltijo que habían formado con sus cuerpos se derrumbó sobre la hierba. Esos chicos sólo eran unos pocos años más jóvenes que ella. Si la vieran ahí en ese momento, ¿se darían cuenta de eso?, se preguntó. Uno de ellos, el que había conseguido dar en el travesaño, consiguió deslizarse por debajo de sus compañeros y salió corriendo. En apenas unos segundos, los demás estaban ya persiguiéndolo. Al ver que se le acercaban, se desvió primero a un lado y luego al otro, hasta que al final se le echaron otra vez encima. Un chaval enorme saltó sobre su espalda, lo derribó y al instante volvió a formarse entre risas una nueva montaña de cuerpos encima de él.

—¡Mami, mami! —gritó Tyler, sobresaltándola.

Se volvió para tranquilizarlo y emprendió el camino de regreso a casa.

Aparcó en la acera. En el piso de arriba, las persianas del estudio estaban bajadas. Trató de recordar si las había visto así cuando salió, pero no pudo. Se dio cuenta de que no sabía con seguridad si estaban siempre a esa altura. Apenas salían ya de las zonas que cada uno tenía asignadas en casa. Cuando limpiaba —o en las raras ocasiones en que subía a llevarle un café o algo para picar a Chris—, se sentía como una intrusa y, como él siempre estaba allí, cada vez limpiaba con menor frecuencia. Incluso Tyler era capaz de notar —

según observó Leah— que esos lugares estaban restringidos. Ya no se ponía a gritar delante de las puertas ni a golpearlas para que lo dejaran pasar, y en un par de ocasiones se refirió a la habitación de invitados como el «cuarto de papi». Sólo de pensar que pudiera repetir esas palabras en la guardería o delante de su madre, Leah se echaba a temblar.

Cogió a Tyler y lo llevó dentro.

—¡Tengo tus cosas! —gritó por la escalera.

Chris bajó al instante. Miró la bolsa y se fijó en la etiqueta que colgaba del asa.

—Gracias —dijo.

Se puso de rodillas, abrió la cremallera, sacó las prendas que había dentro —la sudadera, el chubasquero, los chalecos, las mallas, los calcetines, los calzoncillos y las camisetas oficiales, que fue extendiendo una a una para ver el dorsal—, lo arrebujó todo y lo metió de nuevo en la bolsa.

A Leah le vino a la cabeza la imagen de Boyn y Tom susurrando cosas sobre él, sobre ella, y le entraron ganas de acercarse a Chris, pero se contuvo. Él se puso de pie con mucho cuidado y volvió arriba.

Tyler estaba gritándole a pleno pulmón. Le dio una bolsa de uvas y se sentó en el sofá detrás de él mientras se las comía viendo los dibujos animados. Frente a ella se presentaba la vasta inmensidad de lo que quedaba de día y de noche. Pensó en llamar a Liam más tarde, pero se lo imaginó con Tom, hablando, besándose, tocándose.

—¡Más, mami! ¡Más, mami!

Tyler trepaba ahora por sus piernas, tirando de sus pantalones cortos.

—Más *ufa*, mami. Más.

—Por el amor de Dios, Tyler. Cállate, cállate de una puta vez.

Se sintió culpable al instante y alargó los brazos para abrazarlo. Pero, en lugar de echarse a llorar o de acercarse para que le hiciera mimos, el niño se alejó despacio, deliberadamente, y se sentó delante de las criaturas enloquecidas que no paraban de pitar en la pantalla de la tele y se llevó el pulgar a la boca. Leah se levantó del sofá, se arrodilló a su lado y empezó a acariciarle la espalda.

—Perdona, Ty. —Apretó los labios contra su cabeza—. Perdona. Mami

no está de muy buen humor hoy —le dijo en voz baja con la boca en su pelo—. Mami no está de muy buen humor.

Chris bajó a cenar con ella. Se sentaron juntos en el sofá. En un determinado momento, al incorporarse para coger su vaso, se le cayó el mando al suelo y ella se dio cuenta, por su estómago y por la forma de sus brazos, de que no estaba siguiendo su programa de ejercicios. Se acordó de todos los exfutbolistas a los que había visto en los actos del club y en la sala de jugadores. De las barrigas y los mofletes colgantes y de las rodillas agarrotadas; de las caras, apenas reconocibles y flácidas debido a la inactividad. Le habría gustado decirle de alguna manera que todo iba a salir bien, pero la idea de hablar con él de algo tan íntimo resultaba inconcebible. Todo en su vida estaba como en suspenso: el cuerpo de Chris, su futuro, el futuro de ambos, el sexo, el dinero.

La cuestión del dinero cada vez la preocupaba más. Era evidente que no estaba recibiendo ninguna prima por jugar y existía la posibilidad de que en su contrato se hubiera incluido alguna cláusula que beneficiase al club en caso de lesión. Leah jamás había visto ese contrato. Y tampoco estaba segura de que él lo hubiera leído. No tenía manera de saber cuánto dinero le quedaba. Aunque en las cuentas a las que ella tenía acceso aún había dinero, le extrañaba que no se hubieran hecho ingresos. En cuanto al valor del enrevesado paquete de acciones e inversiones que sus asesores le habían preparado, estaba bastante segura de que ni siquiera él lo tenía muy claro. ¿Qué haría si lo abandonaba?, se preguntó de repente. Su corazón se aceleró al pensarlo. Experimentó una punzada de placer que se desvaneció al instante. Sería incapaz de enfrentarse a ello, eso estaba claro. Ya era incapaz de enfrentarse a lo que estaba ocurriendo. Observó el movimiento de sus mejillas mientras masticaba un trozo de pollo con patatas y ansió tener algo de lo que hablar con él, para poder oírle la voz y saber que aún seguía ahí, que aún seguían ahí los dos.

Todo el grupo iba a Milán en el mismo vuelo. Muchos hicieron también la misma ruta en tren hasta el aeropuerto, pero Leah fue por su cuenta y sólo se

encontró con ellos cuando llegaron al mostrador de facturación. Todos llevaban menos equipaje que ella. Se quedó observándolos a poca distancia —sin dejar de lamentarse por haber cogido una maleta tan grande— hasta que Maria la vio y le indicó que se acercara.

Se sentaron juntas en el avión. Los otros once compañeros y el tutor del curso iban por parejas en los asientos que tenían delante, bebiendo vino y charlando.

—¿Quieres tú una copa? —preguntó Maria cuando el azafato se acercó a sus asientos.

—Mejor no.

Maria frunció el ceño.

—¿Por qué no? Estás de vacaciones.

El azafato, que estaba escuchando la conversación, se inclinó y colocó dos copas y dos botellas de vino pequeñas en las mesitas de sus asientos.

—Uy —dijo.

Cuando se marchó —riéndose para sus adentros— lo primero que se le pasó a Leah por la cabeza fue una imagen de Liam y Tom teniendo relaciones sexuales.

Según le contó Maria, a su novio acababan de despedirlo. Tenían dificultades para pagar el alquiler y ella estaba preocupada por si tenía que dejar el curso para buscar un trabajo de jornada completa antes de que le dieran el título.

—Aunque Nathan también podría mover un poco el culo y buscar trabajo en serio —añadió—. Pero bueno, da igual. Entonces ¿al final se ha quedado tu marido con el niño?

—No, no puede. Tiene la pierna rota. Se lo ha quedado mi madre.

—Ah, vale. ¿Me enseñas una foto?

—¿Estás segura? Después ya no podrás pararme —dijo Leah, sonriendo, consciente de que ya estaba un poco achispada.

El hotel quedaba cerca del palacio de exposiciones. Desde la ventana de la habitación, Leah veía sus torretas helicoidales de cristal y, a lo lejos, la ciudad: un horizonte casi irreal de basílicas, torres y palacios con la catedral, el castillo y las montañas al fondo. Se quedó un rato contemplándola, luego

se dio una ducha, se cambió y bajó a reunirse con los demás en el vestíbulo para ir a cenar. Comieron cerca del hotel, en una pizzería repleta de televisores que, a pesar de tener al lado la feria de comercio, estaba casi vacía. Después de cenar, el grupo parecía muy dispuesto a salir, pero Leah prefirió dejarlos a su aire. Le dijo a Maria que estaba cansada y se fue al hotel sin que nadie la viera.

En el desayuno se enteró de que no habían llegado muy lejos. Todos los bares por los que pasaban eran demasiado tranquilos o no parecían bares, así que acabaron volviendo al hotel y se tomaron algo ahí.

Después de desayunar se fueron directamente al palacio de exposiciones. Dentro, todo era ruido y actividad. Formaron un grupo y se quedaron mirando al tutor, que se limitó a sonreírles y a decir:

—Id a dar una vuelta.

Un largo pasillo central atravesaba el recinto de la exposición. Avanzaron por él, echando un vistazo a los pabellones repletos de muestrarios con hilos, linos y encajes que había a un lado. Media hora después, cuando llegaron al final, se dieron la vuelta y regresaron por el otro. Encontraron una cafetería y se sentaron a tomar un café y una botella de agua con gas. Sarah, una de las estudiantes, sacó un plano de la feria y todo el mundo se inclinó sobre él para estudiarlo, tratando de decidir qué pabellones y qué expositores debían visitar. Maria le preguntó a Leah si quería acompañarla a echar un vistazo.

Salieron de la cafetería las dos juntas y Leah señaló el pabellón del punto. Cuando entraron, fueron recibidas por una fila de rostros sonrientes. Hilanderos, tejedores y fabricantes de máquinas aguardaban al lado de sus muestras, dando explicaciones y haciendo demostraciones a los visitantes. Leah no sabía ni por dónde empezar. Siguió a su compañera hasta un estand cubierto con metros y metros de telas. Maria levantó un trozo de lana orgánica con un estampado complejísimo.

—Es una preciosidad.

Lo colocó en su sitio y se fue a otro estand, donde una mujer de aspecto oriental se acercó a hablar con ella mientras Leah se dirigía a un árbol hecho de alambre del que colgaban algunas chaquetas. Se sintió mareada, apabullada por tanta variedad y, mientras daba vueltas por el pabellón,

examinando y tocando todos esos tejidos, en su cabeza empezaron a bullir las ideas sobre lo que podría hacerse con ellos.

—Es alucinante —dijo Maria cuando se colocaron delante de un reloj de lana situado en medio del pabellón—. Aquí estamos, rodeadas por todas estas cosas que serán tendencia dentro de un año o año y medio. Antes incluso de que los diseñadores sepan siquiera cuáles van a ser. No puedo dejar de pensar en ello.

Fueron al pabellón del cuero, donde estaban haciendo una demostración para enseñar cómo funcionaba un taller. Maria le compró varias muestras a una mujer rubia que llevaba puestos unos pantalones de montar. En el siguiente pabellón —el de la seda— Leah adquirió también algunas muestras. Después dieron con un lugar para comer y se sentaron en unos taburetes junto a la barra, viendo pasar a la gente.

—Voy a acabar el curso —dijo Maria.

—Debes hacerlo.

—Tengo un montón de ideas en la cabeza.

—Yo también. —Leah dio un mordisco a su hojaldre relleno de champiñones—. Deberíamos hacer algo juntas cuando acabemos.

Maria se dio la vuelta para mirarla.

—Vale, trato hecho.

Consciente de que se había puesto roja, Leah se volvió para mirar a la gente mientras bebía de su botella de agua.

Visitaron algunos pabellones más, cogieron otras muestras y se encontraron con que estaban dando una charla sobre el mercado de impresión en tres dimensiones que escucharon hasta el final. A media tarde, estaban destrozadas. Se reunieron con los demás a la hora y en el lugar que habían acordado y volvieron al hotel.

Después de echarse la siesta, Leah llamó a su madre por Skype desde el ordenador de Maria. Cuando entró la llamada, la cara de Tyler llenó la pantalla. Estaba golpeando el teclado y en un primer momento no reparó en la presencia de Leah. Podía oír a su madre de fondo: «Es mami. Mira, es mami». Y también a Robert: «Levántalo, Donna. No puede verla». La madre de Leah alejó un poco al niño. Éste se sentó en el suelo agitando los brazos y

luego se acercó tambaleándose otra vez hasta el teclado.

—Tyler —lo llamó Leah—. Tyler.

El niño levantó la vista. Pareció confundido durante un par de segundos, pero al momento una sonrisa enorme de alegría se le dibujó en el rostro. Se abalanzó sobre la pantalla, que se llenó con los ruidos que hacía, y se pegó a ella. Leah puso también la nariz sobre el portátil de Maria. Cuando se echó otra vez para atrás, Tyler se fue correteando. Apareció la cara de su madre y Leah apartó un segundo la pantalla para que Robert no la viera secándose los ojos.

—Hola, mamá. ¿Te está dando mucho la lata?

La madre y Robert se echaron a reír.

—Bueno... podría decirse que sí, un poco.

Tras despedirse, se quedó unos minutos sentada en la cama. Las muestras de tejidos estaban amontonadas en la mesa de enfrente. Al cabo de unos minutos, se levantó y pasó una mano por la que estaba encima. Por primera vez desde que salió de casa, se preguntó qué estaría haciendo Chris. Podía imaginárselo delante del ordenador, con el escritorio abarrotado de tazas de café y de fiambreras con los restos de las comidas que le había dejado en el congelador. La idea de contarle la conversación que había tenido esa tarde con Maria —de reconocer que a veces fantaseaba con dedicarse al diseño, con iniciar una carrera, con tener un futuro profesional propio— le pareció una quimera. Él no sabía nada de todo eso. Por no saber, ni siquiera sabía quién era Maria.

Los demás la esperaban abajo, en el bar del hotel. Maria le hizo unas señas para que se acercara a la mesa en la que estaba hablando con Sarah, otras dos chicas y Richard, el único hombre del curso.

—Justo ahora les estaba diciendo a qué se dedica tu marido.

—No me puedo creer que no nos lo hayas contado —dijo Richard—. A mí me encanta el fútbol.

—¿Eres del Town? —preguntó Leah.

—No digas tonterías. Yo sigo a un equipo de verdad. Pero en serio que me encanta el fútbol.

Maria le puso un vaso de vino en la mano a Leah y se volvió hacia

Richard otra vez.

—¿De qué equipo eres?

—Del Arsenal.

—¿Vas mucho a verlos?

—No tanto como me gustaría.

—¿Cuánto hace que no vas al campo?

Richard se echó a reír.

—Pues debe de hacer ya unos cuantos añitos.

—Ostras, Richard. Sí que te encanta el fútbol —bromeó Maria, poniéndole una mano en el antebrazo.

En torno a finales del primer año —en cuanto llegó a la conclusión de que Richard no era gay—, Leah percibió que entre él y Maria se había establecido cierta complicidad. Al verlos ahora ahí, riéndose y gastándose bromas, el descaro con el que coqueteaban la irritó y le entraron ganas de mencionar al novio de Maria, igual que ella había hecho con Chris.

—Antes nos han hecho una recomendación —le dijo Richard a Leah—. El camarero nos ha hablado de un sitio al que tenemos que ir. Un bar de verdad. ¿Te apetece?

—Sí, claro —contestó ella—. Suena muy bien.

El bar en cuestión resultó ser uno de los lugares por los que habían pasado la noche anterior. En la puerta no había ningún letrero. Cuando entraron, se encontraron con un local tenuemente iluminado, atestado de italianos. Sobre la barra de mármol había dos platos con embutidos. Se quedaron todos juntos en la entrada hasta que una chica muy elegante con un vestido de alta costura se acercó a ellos y sin mediar palabra les pidió en inglés que la siguieran. Los condujo a una segunda sala y les señaló un hueco en un rincón, entre el estudiado desorden de unos sofás de cuero y unas mesitas de cristal. Leah echó a andar con Sarah y Richard hacia la ventana que estaba en la otra punta de la estancia, pero supuso que para cuando llegaran alguien les habría quitado el sitio, así que cambió de idea y se sentó en el extremo de un sofá, al lado de Maria.

—¿Cómo lo ves entonces? —le preguntó su compañera una vez que se quitaron de en medio el lío de pedir las copas a la encargada—. ¿Cómo ves lo

de que hagamos algo juntas cuando acabe el curso?

—Me encantaría.

—Para empezar, podría ser algo pequeño. Crear una pequeña colección y montar algo por internet. Podríamos hacerlo desde mi casa. O, si lo prefieres, desde la tuya.

Leah dio un sorbo a su cóctel. Richard no paraba de lanzarles miradas desde el otro extremo del grupo. Se imaginó a Maria llegando a su casa, la sorpresa y la vergüenza que se le reflejaría en el rostro cuando viera el tamaño que tenía.

—Evidentemente, al principio no dará nada de dinero —añadió—. Así que Nathan ya puede ir poniéndose las pilas.

—Igual le sirve de inspiración, quién sabe.

—Igual, sí.

Maria levantó la copa. Leah acercó la suya para brindar y trató de ignorar la imagen de Chris que le pasó por la cabeza, la idea de tener que preguntarle si les dejaba usar el estudio.

—Eres consciente de que en mi vida he hecho algo así, ¿verdad? —preguntó Maria—. No tendré ni idea de lo que estaré haciendo.

—Ya seremos dos. —Leah sacó la cereza confitada del palillo de su cóctel y se la llevó a la boca—. Una vez quise abrir un negocio —dijo—. Una boutique o algo así. Pero después traspasaron a Chris y tuve al niño, y entre unas cosas y otras tuve que aparcar el proyecto.

—Supongo que tienes que ir con él a donde lo manden, ¿no?

Richard las estaba mirando otra vez.

—Básicamente.

—Eso sí que es compromiso, chica.

—Pero, si te paras a pensarlo, no es por mucho tiempo. La carrera de un futbolista no es muy larga.

—No, supongo que no —contestó Maria, antes de cambiar de tema—: Bueno, ¿qué tal te están sentando las vacaciones?

—Muy bien. —Y después, en voz más baja, añadió—: Lo contrario que las últimas.

—Debe de sentar genial poder dejar de ser madre un rato.

Casi podía ver la cara de Tyler en la pantalla del portátil.

—Con un niño es todo diferente. Siempre tienes que estar dando el callo.

Al instante, se sintió culpable y estúpida por decir eso —por insinuar que Tyler era la razón de que necesitara un descanso—, aunque Maria había vuelto a centrar su atención en el grupo. Se produjo un estallido de carcajadas, y mientras Sarah le contaba a Maria un chiste desde otra mesa, Leah se acordó de los días que pasó con Tyler en la piscina del hotel, consciente en todo momento de que Chris los estaba observando desde el balcón. Los días que pasó con Andrea y John, la pareja de escoceses cuya hija le había enseñado a Tyler su colección de piedras para hacerse su amiga; se acordó de lo a gusto que parecían estar juntos, de cómo se ayudaban con la niña sin tener que decírselo. De lo idiota que se sintió mientras les explicaba que hacía demasiado calor o que había demasiada gente o que el borde de la piscina resbalaba demasiado para que bajara Chris, porque, una tarde que tuvo que volver de la playa a por la crema de Tyler, ella misma lo había visto abajo, y Andrea y John probablemente también.

Ese día, Leah se había escondido detrás de la barandilla del balcón mientras Tyler berreaba al otro lado de la puerta corredera y había observado cómo Chris se quedaba mirando a las chicas que estaban al otro lado de la piscina. Y al ver lo acomplejado que se sentía de su cuerpo inservible y cómo se humillaba por ello, además de verse obligada a reconocer que su marido tenía un problema con ella, lo que sintió sobre todo fue pena. Y después —cuando se imaginó el momento en que estuviera ya recuperado de la pierna y volviera a jugar, los partidos fuera de casa, las concentraciones—, una gran inquietud.

Estuvieron en el bar un par de horas, hasta que les entró hambre y descubrieron que —aparte de un procedimiento muy complejo para conseguir algo del embutido que había en la barra— no había manera de conseguir comida allí. Así pues, regresaron al hotel y pidieron unas pizzas. Alguien —Leah supuso que Richard— consiguió que el camarero les sirviera dos botellas de prosecco. Incluso antes de llegar al hotel, Leah ya se había dado cuenta de que a quien miraba Richard no era a Maria, sino a ella. Se encontró de nuevo con sus ojos mientras servía una de las botellas de espumoso, y

cuando ella le devolvió la mirada, también se le escapó una sonrisa.

Se quedó sentada en uno de los extremos de la larga mesa que ocupaban en el comedor, entre Sarah y Maria. A ratos intervenía en la conversación que estaban manteniendo sobre los planes que tenían para la mañana siguiente y de vez en cuando echaba una mirada al otro lado, convencida de que él se la devolvería. Pero, en cuanto admitía la posibilidad electrizante de que aquello pudiera suceder, ahí mismo, en el hotel, lejos de casa, al segundo se sentía devorada por la culpa. Apartó la vista, furiosa, segura de que jamás cruzaría esa línea.

Y de nuevo volvió a su cabeza la imagen de Liam y Tom follando como locos en algún lugar, sin preocuparse ni de lo que hacían ni de las consecuencias que pudiera tener.

24

Tom escuchó en el coche casi toda la primera parte del Town contra el Plymouth, hasta que la señal empezó a llegarle con interferencias y perdió la frecuencia de la emisora. El resto del viaje lo hizo en silencio y sólo volvió a poner la radio para enterarse de los resultados finales poco antes de llegar al club en el que estaba cedido. El Town había ganado por 3 a 1. Dejó el coche en el aparcamiento del estadio —que estaba vacío porque el equipo jugaba fuera de casa— y fue recibido por la esposa del presidente. Primero le dio la mano, luego un abrazo.

—Estamos encantados de tenerte con nosotros —le dijo desagradablemente cerca del oído.

A continuación, le enseñó las instalaciones. La tribuna principal era de madera y las demás parecían prefabricadas. Sobre la línea de banda que tenían delante se habían dispuesto en fila tres casetas de tamaños y materiales diferentes. Detrás de una de las porterías había un fondo sin asientos y detrás de la otra, una superficie de césped pequeña en cuya parte superior podía verse una hilera de sombrillas de bar. La mujer del presidente era muy amable y no paraba de hablar. Tom se acordó de que no había enviado a los Davey ningún regalo, ni siquiera una tarjeta. Le habría gustado hacerlo, pero ya era demasiado tarde. Luego le mostró el vestuario, el túnel y, por último —con una sonrisa de satisfacción tan amplia que incluso sus finas cejas se estiraron—, el terreno de juego.

—Todos pensamos que éste va a ser nuestro año —declaró con una afabilidad casi abuelesca antes de marcharse.

Tom fue en coche hasta el hotel. Se registró, subió a su habitación y se tiró en la cama con la sensación extraña de que estaba en la misma habitación y en el mismo hotel que hacía un año.

Aunque Wilko le había asegurado que era un equipo bien gestionado, con algo de dinero y un estilo de juego aceptable, el club estaba indiscutiblemente un par de escalones por debajo del Town. Los campos de entrenamiento se encontraban dentro del recinto deportivo de un internado y estaban alquilados. Los alumnos jugaban y daban clases de educación física allí por las tardes, de manera que el equipo podía disponer todas las mañanas de tres terrenos de juego situados en el extremo más alejado del colegio, junto a una pequeña colina llena de desperdicios por la que discurrían unas vías de tren separadas por una valla. El césped era denso y estaba en buen estado, aunque lo habían dejado demasiado alto para jugar al fútbol. Durante su primera mañana con el equipo, Tom tuvo que hacer un esfuerzo enorme para calibrar la potencia de los pases. Correr le resultaba bastante difícil; los tacos de sus zapatillas eran demasiado cortos para ese tipo de hierba y en un par de ocasiones se le quedó clavado el tobillo al dar un giro brusco.

La plantilla era más reducida que la del Town. Sólo había diecisiete jugadores, la mayoría de los cuales eran muy jóvenes. Tom contó hasta siete u ocho que probablemente acabaran de salir de los equipos juveniles. Casi todos lo recibieron con cordialidad. Cuando alguien mencionó que había estado en una academia de la Premier, los más jóvenes se congregaron en torno a él para que les hablara de su experiencia allí. Tom les soltó su perorata habitual: más que rememorar unos acontecimientos que de tan lejanos parecían ya irreales, se limitó a repetir el mismo relato que había contado millones de veces. Los jugadores veteranos, sin embargo, no le quitaban el ojo de encima. El único que se acercó a hablarle fue el delantero que acababan de fichar, que resultó ser uno de los jugadores que habían estado a prueba con el Town en Irlanda. En cuanto vio a Tom, cruzó el campo para darle la mano y se puso a bromear sobre el lamentable estado de forma en el que se había encontrado durante la gira. «Estaba hecho polvo — le dijo—. Un puto asco.»

Tom se entregó a la sesión con ganas, dispuesto a demostrar que era

superior, que había jugado en la Premier y en las categorías inferiores de la selección inglesa. En cuanto se adaptó al césped, empezó a dar algunos toques con clase y pronto quedó claro que podía pasar el balón mejor que nadie. El entrenador —un tipo mayor y bastante gordo que nada más empezar la sesión apenas podía ya respirar— detuvo el entrenamiento y señaló a Tom. «Fijaos en él. ¿Veis cómo lo hace? Mide los tiempos. Levanta la cabeza. Elige a un compañero.» Tom apartó la mirada avergonzado, aunque en el fondo orgulloso. Se entregó por completo a la disciplina del entrenamiento, desesperado por no bajar el ritmo y dar la impresión de que estaba perdido.

Casi al final de los ejercicios de recuperación, Tom se acercó al delantero palomero y éste se puso a hablar con él de lesiones. El entrenador aprovechó los estiramientos para pasearse entre los jugadores. A unos les ponía la mano en el hombro, a otros los rodeaba con el brazo y les hablaba en voz baja como haría una enorme figura paternal. Algunos de los jugadores más jóvenes se alejaron para charlar con los grupos de chicas que se habían acercado al campo después de las clases. También habían ido a verlos algunos muchachos, pero prefirieron quedarse holgazaneando, riéndose y haciendo bromas sobre el equipo un poco más lejos.

En la escuela había un gimnasio y unos vestuarios nuevos que parecían haber costado un dineral, pero el equipo estaba ubicado en un pequeño pabellón circular de madera provisto de una cocina con lo estrictamente esencial y una mesa estrecha flanqueada por dos filas de bancos. Mientras ellos jugaban el partidillo de entrenamiento, los jugadores lesionados habían estado preparando unas patatas asadas en el horno. Eran tres y en ese momento —mientras Tom, tendido en el césped, movía y estiraba el tobillo y observaba a los jugadores coquetear con las chicas del colegio— estaban calentando unas alubias y rallando un poco de queso en el cuenco enorme que se encontraba en mitad de la mesa. El equipo comió en dos turnos, todavía con la equipación puesta. Al final del almuerzo, los que tenían coche se ofrecieron a llevar al resto al estadio para que se ducharan y se cambiaran.

Tom volvió al hotel. Estuvo viendo la tele y jugando en el portátil hasta que Liam lo llamó después del trabajo.

—¿Cómo ha ido? —preguntó.

—Bien. Es una puta mierda de equipo.

—Es la liga regional, tío. ¿Te encuentras bien?

—Sí, supongo que sí.

Durante unos instantes guardaron silencio.

—Jugamos en casa el sábado —añadió Tom—. Puedo volver después del partido y quedarme el resto del fin de semana.

Todas las noches bajaba a cenar al restaurante del hotel y pedía uno de los tres menús sanos que se incluían en su extensa carta. Liam ocupaba constantemente sus pensamientos. Se pasaba el día entero dándole vueltas a lo que estaría haciendo, tratando de encontrar consuelo en la inalterable regularidad de sus rutinas. Mientras comía aquellos platos insulsos, no podía dar crédito a lo que estaba pasando. Nada tenía sentido. Ni que su carrera hubiera quedado de pronto destruida, ni que estuviera allí, a la deriva en un lugar donde nadie sabía quién era. De repente le venían unas dudas acuciantes y aterradoras, y al rato le entraban unas ganas terribles de echarse a reír como un poseso, como el típico tarado que se sienta solo en el rincón de un restaurante y se tiene que tapar con la carta. Nadie lo conocía. Ese anonimato le producía el mismo espanto y la misma sensación de ingravidez que un baño helado.

Después de cenar, subía a la habitación y repetía todas las noches el mismo ritual: echaba las cortinas, dejaba preparada la equipación para el día siguiente en la silla del escritorio, vaciaba la tetera y la volvía a llenar. Todo en el cuarto parecía falso, como si fuera de atrezo. Se arrepentía de haberse dejado en casa los cactus. Esa colección era para él algo palpable. Algo sólido. Y, por encima de todo, estaba preocupado por ellos. Para ser jardinero, Liam era un negado para las plantas de interior.

Los jugadores llegaron al campo una hora antes de que empezara el partido. Muchos viajaron, ya uniformados, en tren o en autobús con los hinchas que iban a primera hora camino del bar del estadio. El entrenador les leyó un informe de los ojeadores sobre el equipo rival, media docena de páginas impresas, arrugadas y llenas de manchurriones que —en opinión de

Tom— debían de llevar varias temporadas siendo prácticamente las mismas. Sus oponentes eran bastante peligrosos en los lanzamientos de banda y en los córneres. En las jugadas a balón parado en general. Tenían un delantero negro al que le gustaba soltar los codos. Y en la banda izquierda, un lateral veterano bastante lento. El entrenador miró a Tom. «Ve a por él. Ve a por él hasta que se le caigan las piernas.»

En los primeros encontronazos, Tom fue capaz de librarse de su marcador sin ninguna dificultad, al margen de cómo estuvieran sus piernas. A los quince minutos, dio el pase del primer gol. Más tarde, después de amagar varias veces con entrarle por el interior y luego por el exterior, obligó al defensa central a hacerle una entrada bastante tonta en el área y forzó un penalti que acabaron transformando en gol. Los alrededor de cien seguidores locales que se concentraban detrás de la portería empezaron a corear su nombre: «Pearman te da mil vueltas, Pearman te da mil vueltas». Cuando el reducido grupo de seguidores visitantes replicaron con el mismo cántico, Tom experimentó un momento de revelación muy intenso, un instante de puro éxtasis, en el que supo con certeza absoluta que todo lo que estaba sucediendo, su presencia allí, era algo temporal.

En el descanso, los hinchas que estaban detrás de una de las porterías dieron la vuelta al campo en fila india para colocarse en la pequeña ladera de césped que había detrás de la otra. En cuanto se reanudó el partido, Tom cogió el balón y salió disparado hacia ellos. Trató de confundir al central encorvado cambiándose la pelota de un pie a otro, y se relamió de gusto al ver la cara de desesperación que ponía. Deseaba escuchar el cántico de la hinchada y, cuando comenzó otra vez, se dejó envolver por el temblor de su grito colectivo.

Ganaron por 3 a 0. A Tom lo eligieron jugador del partido. Se duchó, se cambió y esperó en el túnel hasta que lo llevaron al bar para posar ante un fotógrafo con una botella de champán y el dueño de un concesionario de coches.

No pudo salir del estadio hasta que dieron las siete de la tarde y eran las nueve pasadas cuando por fin llegó a casa. Liam salió a recibirlo a la puerta. Se dieron un beso largo apoyados en la pared del vestíbulo.

—Más te vale que no se hayan muerto los cactus, cabrón.

—¡Mierda! —dijo Liam, sonriendo—. No sabía que tenía que cuidarlos.

En el vestíbulo había una hilera de botas y una lata de barniz encima de un periódico, y en el segundo peldaño de la escalera un manojito de llaves.

—Ya veo que estás bien instalado.

—Pues la verdad es que sí.

Pasaron al salón. Los cactus estaban en buen estado. En la cocina, la cena los esperaba dentro del horno. Liam la sacó y la sirvió: chile con carne. Bebieron la botella de champán, que para entonces ya estaba caliente y pegajosa, y Tom le hizo un relato del partido. Para su disgusto, Liam lo escuchó en silencio y asintiendo con la cabeza, pero parecía más interesado en la comida que había preparado que en su actuación.

Por la mañana, Tom fue a una cafetería y volvió con unos sándwiches de beicon y el periódico. Se sentaron en el sofá a comer. El Town estaba jugando de maravilla, según le contó Liam. Los jugadores nuevos eran excepcionales. Si no fuera por sus problemas de rodilla, Dom Curtis estaría en la Premier. A Tom, que ya sabía por internet cómo lo estaban haciendo los nuevos, no se le pasó por alto el tono de emoción que había en su voz. Le contó también que había quedado con Leah poco después de que volviera de Milán. La encontró un poco rara y distraída y no la había visto más desde entonces, pero lo achacó a que tendría un montón de ideas y proyectos en la cabeza tras el viaje. El domingo anterior, durante la comida, sus padres estuvieron hablando de Tom, de lo buen chaval que era. Según le contó Liam, ahora tenían alojados a tres chicos nuevos, ninguno de los cuales dijo ni una sola palabra en todo el rato que estuvo allí.

Leyeron la sección de deportes, vieron un poco del campeonato de turismos que estaban dando en la tele y subieron al dormitorio por última vez antes de que Tom se fuera. Cuando estaba en la autopista, se puso a llover. El tráfico se hizo más lento. Todo lo que veía a través del parabrisas empapado era el parpadeo incesante de las luces traseras. Empezó a sentirse somnoliento, débil, hasta que el atronador claxon de un camión articulado que pasaba por el carril contiguo lo hizo volver a la realidad.

Los campos de entrenamiento estaban blandos y pantanosos. Tom dio por hecho que no los considerarían aptos para entrenar con balón, pero, después de un intercambio de palabras entre el entrenador y su asistente, trajeron una bolsa de pelotas y mandaron a unos cuantos jugadores al pabellón para que sacaran las dos porterías y las colocaran debajo de los postes de rugby. Incluso con los tacos más largos, a Tom le resultaba muy complicado conservar el equilibrio y, por miedo a lesionarse, no se atrevía a correr a toda velocidad. El asistente lo interpretó como una muestra de desgana y mientras ensayaban paredes le dijo: «Venga, princesita. Que hayas hecho un buen partido no quiere decir que seas una estrella. Muévete».

A Tom le entraron unas ganas enormes de darse la vuelta para mandar a tomar por culo a aquel aficionado de tres al cuarto, pero al final no dijo nada. Se limitó a aumentar ligeramente el ritmo de trabajo, mientras una parte de él deseaba lesionarse sólo para demostrar que tenía razón, que estaba por encima de todo aquello.

En el vestuario del estadio, Tom se quedó en su rincón habitual para cambiarse después de la ducha. Mientras se ponía los calcetines, uno de los defensas cruzó la sala y se detuvo justo delante de él para hablar con otro jugador. Tom se fijó en el pene que tenía frente a la cara. El hilillo de agua que le resbalaba por la punta. Bajó la vista, se quitó los calcetines y se los volvió a poner. Cuando el jugador se alejó, levantó de nuevo la cabeza y le miró el culo, blanco y sin pelos, para ponerse a prueba, para ver hasta dónde era capaz de llegar.

Hacía un par de noches, en el restaurante del hotel lo atendió un camarero al que no había visto antes. A Tom le dio la impresión de que era gay. Hubo un momento en que el tipo se lo quedó mirando y la sola idea de que pudiera estar pensando lo mismo de él hizo que a Tom se le indigestara la ensalada de pollo y beicon que acababa de comerse.

Más tarde, la certeza de que aquel tipo seguía en el hotel le causó la suficiente inquietud para no dejarlo dormir. Era consciente de que en su imaginación se estaba desarrollando una fantasía, todavía vaga pero a pesar de ello preocupante, a la que no podía abandonarse porque no sabía lo que

significaba ni hasta dónde podía llevarlo.

Jugó un partido de clasificación para la Copa de la Federación contra el equipo de una ciudad de la que no había oído hablar en su vida. Poco después del saque inicial, se puso a llover con fuerza y los seguidores que estaban a ambos lados del campo tuvieron que protegerse debajo del fresno que había en una de las esquinas. Tom marcó el primer gol cuando llevaban muy poco tiempo de juego y de forma automática se fue a buscar a la hinchada visitante para celebrarlo, aunque de inmediato reparó en que no tenía ni idea de si había ido alguien.

Cuando volvió al hotel, el restaurante estaba cerrado. En cuanto subió a la habitación, se dirigió al cajón de la Biblia, donde guardaba un pequeño cargamento de provisiones: galletas, cereales, cacahuetes, barritas y bebidas energéticas. Se sentó en la cama y se comió unos puñados de cereales directamente de la caja. En la mesita de noche, el móvil estaba parpadeando. Tenía un mensaje de Wilko: «Ya he visto que has marcado. Enhorabuena. Sigue así». Aparte de Beverley, que le escribió antes de su primer partido para desearle suerte, nadie se había puesto en contacto con él hasta ese momento. Más animado, decidió llamar a Liam. Pero no contestó. Pensó en volver a intentarlo, pero cuando acabó la breve grabación del contestador, dejó un mensaje y se quedó despierto un buen rato esperando a que le devolviera la llamada.

Tom creía que a los otros jugadores les caía bien. Lo calaron con mucha rapidez: la típica persona callada y algo reservada que, sin embargo, no resulta arrogante. Después de un empate contra el Weston-Super-Mare a mitad de semana, volvieron a elegirlo jugador del partido. Los demás se quejaron en broma de que no tenían ninguna opción de conseguir la botella de champán porque era evidente que Tom estaba chupándosela a todos los empresarios de la zona. Aunque le alegró que lo incluyeran en sus payasadas, Tom sabía que en realidad no había jugado nada bien. En cada partido se esforzaba menos y buscaba con menor ahínco a los delanteros. En lugar de correr por la banda y bajar para ayudar, se solía quedar esperando a que le llegara el balón y cuando eso ocurría, su primer impulso era tratar de impresionar al central —o tal vez a sus propios compañeros— con

sombreros, caños y paredes. O bien subía solo, tan fuera del partido que incluso mientras se internaba por una zona sin defensa su mente se debatía entre demostrar lo bueno que era o dejarse llevar por el autodesprecio y convencerse de que no merecía la pena seguir.

Habían pasado casi dos meses desde que había visto a sus padres por última vez. Debería haberse sentido feliz de visitarlos de nuevo, o al menos culpable de no haberlo hecho antes. Pero, mientras conducía por la autopista, se apoderó de él cierto resentimiento por tener que pasar aquel inusual fin de semana sin partido lejos de Liam. Llegó el viernes por la tarde justo a tiempo para el té. Después de cenar y ver un poco la tele, su madre se marchó a la cama y su padre sacó la botella de whisky que llevaba rondando por los armarios de la cocina desde que John se la había regalado por su cuarenta cumpleaños hacía ya un montón de tiempo.

Se sentaron en el salón con el televisor apagado. Su padre sirvió dos copas y le ofreció una a Tom.

—¿Quieres hielo?

Tom guardó silencio un instante, preguntándose cuál sería la manera adecuada de beberlo.

—No, está bien así. Gracias, papá.

—Mejor, porque no creo que tengamos.

Se recostó en la silla, dio un sorbo y frunció el ceño. Tom esperó a que dijera algo, pero su padre se quedó callado un rato. La luz del techo lo hacía parecer cansado, más viejo que la última vez que lo vio.

—¿Va todo bien entonces? —preguntó.

—Sí, estoy jugando bien.

—Eso he leído.

Tom dio un trago, tratando de que no se notara el escalofrío que lo recorrió cuando el líquido pasó por sus labios.

—Supongo que en el Town lo sabrán, porque están haciendo un seguimiento de mi evolución. Aunque el nivel es bajísimo.

—El nivel no importa, Tom. No importa para nada. Lo que importa es lo

que te esfuerces por volver.

Se dio un golpe en el pecho y, cuando tragó, el whisky le quemó la garganta. Chocaron las copas.

Su padre se acomodó en el asiento, dio otro sorbo y arrugó la nariz.

—Siempre he odiado el whisky —dijo.

Por la mañana, los padres de Tom estaban de muy buen humor por la llegada inminente de la hermana. Aunque las clases aún no habían empezado, se había marchado hacía un par de semanas y ambos confiaban en que iría con su novio. Llevaba saliendo con él unos cuantos meses, pero aún no lo conocían.

Sin embargo, Rachel apareció sola. Los padres trataron de ocultar su decepción con una batería de preguntas: sobre su alojamiento, sobre si podría llegar a casa en menos de tres cuartos de hora y sobre Fergus, de quien dijeron en broma que seguro que no se lo había presentado todavía porque se avergonzaba de ellos.

Esa tarde, su padre los llevó a un *fish and chips* bastante bueno que conocía. En cuanto se sentaron, Rachel les dijo por enésima vez que Fergus estaba pasando el fin de semana con su familia, que les mandaba recuerdos y que estaba deseando conocerlos a todos. A Tom le pareció que su hermana debía de llevar saliendo con su novio más o menos desde que él había empezado en serio con Liam, si es que el auténtico comienzo de su relación lo habían marcado las vacaciones y no los escauceos en la enfermería o los encuentros apasionados en la caseta de mantenimiento.

Cuando la camarera se acercó para tomarles nota, Tom tuvo una erección y no pudo escuchar lo primero que dijo. Apretó los nudillos contra el borde de la mesa. La camarera era una mujer jovial, de la edad de su madre, y fuera lo que fuese lo que había dicho, se había dirigido a él. Siguió sonriéndole un rato y su familia se echó a reír.

—Éste está en las nubes.

Rachel asintió exageradamente con la cabeza.

—Me juego lo que quieras a que has dejado a alguna jovencita por ahí con el corazón roto —añadió la camarera.

Su delantal negro tenía una mancha de curry. Encima de la cabeza, el pelo

le formaba una bola inmensa que llevaba recogida dentro de una redecilla desechable, como una bolsa llena de recortes de hierba.

—Es futbolista —intervino la hermana.

—¿No me digas?

Tom supuso que le preguntaría por el equipo en el que jugaba, pero la camarera se volvió hacia sus padres.

—Muy bien. Entonces son cuatro raciones de bacalao con patatas, ¿verdad?

Cuando llegaron a casa, Tom vio que tenía una llamada perdida de Wilko y subió a su habitación para escuchar el mensaje. Se lo había dejado a las cinco y media y le pedía que lo llamara. Tom miró el resultado del Town en internet y vio que habían ganado otra vez, por 3 a 1.

Wilko contestó a la primera.

—Tom, qué alegría. Quería hablar contigo. ¿Qué tal te va por allí abajo?

—Tirando, gracias. Hoy no había partido.

—Ya lo he visto. Oye, los informes que me llegan sobre tu estado de forma son muy alentadores. ¿Cómo te ves tú?

—Bien.

—Estupendo. Aquí andamos bastante cortos de personal y estoy pensando en traerte de vuelta. Grant está de baja con algunas molestias y Dom Curtis tiene el tobillo mal. De momento puede jugar infiltrado, pero supongo que tarde o temprano tendrá que verlo un especialista. Así que necesito refuerzos. Podría mirar qué hay en el mercado, pero tengo a un jugador de la casa disponible y en buena forma. Además, sé que harás un buen trabajo.

—¿De suplente?

—La plaza es tuya si te lo curras, Tommy. Siempre ha sido así.

El equipo estaba en el autocar. Entre las risas que se oían de fondo podía distinguirse con claridad la voz de Beverley: «¡Venga ya, tío!».

—¿Cuándo tendría que volver?

—No tenemos ningún partido entre semana, así que... ¿qué te parece si lo dejas todo preparado mañana, te vuelves en coche el lunes y te veo el martes a primera hora?

Esa misma tarde, al cabo de un rato, Tom salió a tomar algo con su hermana. Fueron andando hasta el pub que había un poco más abajo en su misma calle, el que solía frecuentar su padre. Rachel se encargó de pedir la primera ronda. Mientras la esperaba en la mesa, se puso a pensar en cómo le contaría a Liam lo de su regreso, en cuándo se lo contaría, y le entraron unas ganas terribles de salir corriendo para compartir con él la noticia.

Rachel se quedó en la barra charlando un rato con el camarero, luego con el dueño, y Tom se quedó maravillado al ver lo fácil que le resultaba a su hermana pequeña tratar con la gente, al ver lo diferente que era de él. Supuso que, ahora que no estaban en casa, se animaría más a hablarle de Fergus. El interés que sus padres mostraban por él debía de resultarle desquiciante. Tom, sin embargo, lo entendía. Cuando tenía dieciséis años, Rachel empezó a salir con un tipo de casi treinta que estaba divorciado y tenía un niño. Sus padres lo pasaron mal durante los tres meses que estuvieron juntos. Era una persona manipuladora. Mentirosa. Ellos se culpaban de haberla arrojado a sus brazos, algo que a Tom le había hecho sentir siempre muy incómodo. Lo odiaban. En una ocasión, casi al final, justo antes de que la dejara, el tipo llamó a casa. Contestó su padre, que se puso a gritarle como un loco y acabó rompiendo la mesita de formica del teléfono.

Cuando su hermana volvió y se sentó a la mesa, Tom le dijo que estaba muy contento de que las cosas le fueran bien con Fergus.

—Me alegra que hayas encontrado por fin a un tío normal —le dijo.

Ella sonrió y dio un sorbo a su copa de vino.

—¿Es majo?

—Mira, Tom. Ya sé que no se lo vas a decir a papá y a mamá. Pero, de verdad, no se lo digas.

—Vale.

—Fergus es un encanto y me gusta mucho. Ahora mismo está en mi habitación de la uni. Es un tío del todo normal, te lo aseguro. Te caería muy bien. Pero tiene... algunos problemillas. Está en tratamiento. Ésa es parte de la razón por la que no ha podido venir.

Tom la escuchaba atento, intrigado y con cierta satisfacción culpable.

—Bueno, sea como sea, eso es todo lo que quería decirte.

Tom no quería presionarla y se quedó observando su rostro un instante.

—Si te gusta —dijo al fin—, estoy seguro de que a papá y a mamá les gustará también.

—Hasta que descubran que tiene una enfermedad mental.

Tom dio un trago generoso a la pinta. Cuando la dejó de nuevo encima de la mesa, le temblaba la mano. La mantuvo sobre el fondo helado de la jarra.

—Seguramente les parezca mejor que la persona con la que estoy saliendo yo.

De pronto, Rachel era todo oídos.

—¿Estás de coña? A ver, cuenta. ¿Quién es la afortunada?

Echó un vistazo al pub. Sintió que estaba perdiendo el control, que estaba flotando. Se obligó a centrar la atención en la barra, en el mango grasiento del grifo de cerveza, en el camarero, que en ese momento estaba poniendo en marcha el lavavajillas. Se imaginó a su padre sentado en uno de los taburetes, hablando con el dueño.

—Es un tío, Rach. No una chica.

Tom no apartó la mirada de la barra. Dos tipos se acercaron al mismo tiempo. Se produjo un instante de confusión, alguien hizo una broma, uno de ellos señaló al otro para que lo atendieran primero.

Su hermana lo estaba estrechando entre los brazos. Le dio un beso en la sien, le hundió la cara en el cuello. Durante unos segundos, el recuerdo íntimo de Liam lo hizo sentir como si en su interior todos los órganos estuvieran fallando.

Cuando levantó la cabeza, vio que su hermana lloraba.

—Lo siento mucho, Tom.

—¿Por mi pérdida?

El chiste no le hizo gracia.

—Siento que no te hayas visto capaz de contarlo antes.

—No hace mucho. Todo es muy reciente.

—Entonces lo siento también por eso.

Seguía llorando. El camarero se había dado cuenta. Y a Tom le pareció que el dueño también.

—¿Cuánto tiempo lleváis viéndoos?

—Unos cuatro meses.

—¿Quién es?

También en la cara de su hermana podía verse la curiosidad que sentía.

—Liam, se llama Liam.

—Supongo que no lo sabe nadie, ¿no?

—No.

—¿Se lo piensas decir a papá y a mamá?

Desvió la mirada hacia la puerta, por la que en ese momento entraba una pareja de ancianos. Negó ligeramente con la cabeza.

—No puedes contárselo a nadie, Rach. Ni a Fergus ni a ninguna otra persona.

—No soy idiota, Tom.

Cuando se volvió para mirarla, una sonrisa asomaba a sus labios.

—¿Qué pasa?

—Nada. Sólo estaba pensando.

—¿En qué?

—En que eso explica lo cachas que te has puesto. Pensaba que estabas tomando esteroides o algo así.

Esa noche, cuando estaba en la cama, su hermana lo despertó con un golpecito en el hombro.

—¿Te importa que duerma contigo?

Tom entornó los ojos para poder verla en la oscuridad.

—Es un poquito raro.

—Me voy mañana temprano y después estaremos siglos sin vernos.

Se pegó a la pared para hacerle sitio.

—Vale, venga.

Se quedaron tumbados, mirando cada uno para un lado, con la cabeza en la misma almohada, los hombros muy juntos y en completo silencio, salvo por el ruido que hacían al respirar.

En medio de la oscuridad, Tom dijo:

—¿Qué crees que pensarían papá y mamá si te vieran aquí?

—Que por lo menos no estás con un tío.

Mientras iba en el coche camino del hotel para pasar allí su última noche, estuvo pensando en cómo le contaría a Liam todo aquello: que había hablado con su hermana, que volvía al equipo y a casa. Casi al final del trayecto se paró en una estación de servicio. Le bastó con acordarse de los menús sanos del hotel y del camarero gay para coger la primera salida de la autopista. Se sentó al lado de la ventana a comerse una hamburguesa de pollo mientras contemplaba el aparcamiento y los techos de los camiones que pasaban a toda velocidad por encima del altísimo seto que ocultaba la carretera. Tal era su deseo de llamar a Liam que estuvo a punto de sacar el teléfono, aunque sabía que esa tarde estaba con los Davey. Terminó de comer y fue al baño. Cuando salía, se detuvo de pronto al lado de una silla de masajes a monedas en la que estaban jugando unos niños y sacó el móvil.

Se asomó al recodo oscuro en el que estaban las maquinillas, al otro lado del pasillo y, justo cuando un tipo calvo levantaba una pistola con las dos manos, saltó el contestador. Colgó, se alejó —inquieto, todavía con hambre— y volvió a la barra para pedirse una segunda hamburguesa con patatas.

Llegó al hotel a última hora de la tarde. Subió a la habitación y se acomodó en la cama con una taza de té y una barra de chocolate para llamar a Liam. El teléfono empezó a sonar cuando lo tenía ya en la mano. Era Beverley.

—Tom, ¿qué tal estás? Tío, no te vas a creer lo que ha ocurrido.

Lo primero que le pasó por la cabeza fue que Liam había tenido un accidente. Con alguna máquina. Una cuchilla. La escopeta.

—No me suelo meter en foros porque no hay más que zumbados, pero en el equipo hay algunos que sí lo hacen y me han hablado de un hilo. Tom, tío, lo siento mucho. Quiero que sepas que no he tenido nada que ver. Yo no se lo he contado a nadie. Además, no hablan de ti. Me lo he leído entero y no apareces ni una sola vez.

A Tom no le salían las palabras. Se apoyó en el cabecero. Se sintió mareado, el techo empezó a dar vueltas. Alguien pasó por delante de la habitación. Se oyó claramente que algo se deslizaba por la pared y un niño imitaba el sonido de una ambulancia.

—¿Dicen quién es?

—Sí.

La puerta de la habitación contigua se cerró. El golpe retumbó en las paredes, en el cabecero, en su cráneo.

—Tengo que advertirte que la peña no para de hacer comentarios en el vestuario, Tommy.

Colgó y dejó el móvil en la mesita. Se quedó mirándolo un rato y después fue al escritorio y se sentó delante del portátil, junto a la bandeja con el surtido de productos de bienvenida que acababan de reponer y la última botella de champán que le habían dado como premio al mejor jugador del partido.

Noticia bomba		
Creado por Leyenda del Town 7 de septiembre de 2012 ≤ 1 2 3 4 5 6... 16 ≥	Respuestas: Visto por:	287 4.008

Publicado por Leyenda del Town el viernes a las 20.40

Quiero que quede claro que este post va en serio y es completamente cierto.

Me enteré hace unos días de que un empleado del club, el jefe de los jardineros en concreto, es gay. Es verdad que cada uno puede hacer con su vida lo que quiera y todo eso, PERO sé de buena tinta que tuvo una relación con un antiguo jugador del equipo. Antes de que me lo preguntéis, os diré que no sé quién es.

Publicado por Zorro viejo el viernes a las 20.44

Vaya sarta de paridas.

Publicado por La ostra pocha el viernes a las 20.51

Es el post menos creíble que he leído en mi vida. Parece que alguien está desesperado por conseguir un poco de atención, ¿no?

Publicado por Leyenda del Town el viernes a las 20.53

¿Me he equivocado alguna vez con alguna de las cosas que os he ido contado por aquí?

Publicado por Riversider el viernes a las 21.03

¿Y por qué no iba a ser cierto? Todo el mundo sabe que hay futbolistas gais a los que les da miedo salir del armario. No me parece para nada raro que uno de ellos haya jugado en

el Town.

Publicado por Hasta el final el viernes a las 21.20

Lo importante aquí es que, si esto ha pasado una vez, puede volver a pasar. Si lo del jardinero es verdad, el lío que va a causar podría acabar con nuestras esperanzas de ascenso.

Publicado por Dean Thorneycroft el viernes a las 21.24

Eso es verdad. Además, seríamos el hazmerreír de todas las hinchadas y nos convertiríamos en el blanco de todos los chistes.

Publicado por Zorro viejo el viernes a las 21.25

¿El blanco de todos los chistes? ¡Venga ya! ¿El típico «¿Sabe tu novio que estás aquí?» y todas esas chorradas que se les ocurren a los del Brighton? Pues te ríes un poco y ya está. La verdad es que a mí no me preocupa mucho.

Publicado por Riversider el viernes a las 21.30

Igual conviene recordar que, según los estatutos del club, los empleados tienen prohibido mantener relaciones sentimentales con miembros de la plantilla. No veo por qué esto debería ser diferente en el caso de una relación homosexual. El club daría una impresión de debilidad si lo trata de manera distinta.

Publicado por Pregonero Ian el viernes a las 21.47

Por cierto, ¿vosotros quién creéis que es el jugador gay?

Publicado por Culogordo el viernes a las 21.55

O sea, que un empleado del club es gay y en el pasado tuvo una relación con alguien que ya no juega para nosotros. Pues muy bien, ¿cuál es el problema? En el mundo real la gente ni pestañearía por una cosa así, pero aquí es la comidilla porque en el fútbol (y en este foro especialmente) aún vivimos en la Edad Media. No me extraña que el jugador lo oculte.

Publicado por Tommo el viernes a las 21.58

Me da a mí que no es el único que está todavía dentro del armario, Culogordo. 😊

Publicado por Pregonero Ian el viernes a las 22.00

Si se demuestra que es verdad y el jardinero va detrás de los jugadores gais, deberían echarlo. El impacto en el vestuario podría ser enorme. Imaginad las consecuencias si se descubre que un jugador casado es gay en secreto.

Publicado por Shakes86 el viernes a las 22.16

Es Charlie Lewis. Acordaos de cómo empeoró su rendimiento cuando ascendimos y lo

rápido que se deshicieron de él.

Publicado por Tony Slalom el viernes a las 22.20

¿Puedes decirnos qué jugadores no rindieron menos después de ascender?

Publicado por Unacopademás el viernes a las 22.32

¿Sabemos si fue la temporada pasada? Si repasamos los jugadores que se han ido del club desde entonces, nos quedan:

Chris Gale
Charlie Lewis
Reece Elan
Febian Price
Simon Finch-Evans
Michael Yates
James Willis

De entre todos ellos, yo también apostaría a que es Charlie Lewis.

Publicado por Pregonero Ian el viernes a las 22.36

Finch-Evans.

Publicado por Calvo y orgulloso el viernes a las 22.50

¿De verdad estáis especulando sobre quién podría ser gay? Cuánta madurez.

Publicado por Unacopademás el viernes a las 22.59

Me sorprende que nadie haya mencionado esto, pero a mí me parece evidente que si se descubre que un jugador es gay, automáticamente perdería todo su valor en el mercado. Porque ¿qué entrenador querría ficharlo?

Publicado por Camino a Wembley 2010 el viernes a las 23.07

A todo esto, ¿quién es el jardinero ese? ¿Se sabe algo de él?

Publicado por Jamesy1987 el viernes a las 23.09

Sí, que es gay.

Publicado por THM el viernes a las 23.17



Publicado Mary B. el viernes a las 23.34

Y que deja el campo maravillosamente bien.

Publicado por Dr. Amor el viernes a las 23.41

Lo nombraron jefe de jardineros la temporada del ascenso y lleva en el club desde hace un montón de años. Estuvo en el equipo de juveniles. De portero, creo.

Publicado por Steve Tomkins el viernes a las 23.57

Entonces, podría haberse acostado con un montón de jugadores desde sus tiempos como juvenil.

Publicado por La voz de la razón el viernes a las 00.00

Seguro que lo habéis visto en el campo antes de los partidos. Es un tipo bastante grande. Nadie diría que es un muerdealmohadas, pero cuadra perfectamente con que fuera portero.

Cuando movió el cursor y clicó de nuevo para que se cargara la última página, a Tom le temblaba la mano.

Publicado por Pico de gaviota el domingo a las 16.59

Yo propongo que el domingo cantemos esto (al ritmo de *Row, Row Your Boat*): «Cortando el césped no hay otro igual, pero en las duchas le revientan el ojal».

Publicado por Pregonero Ian el domingo a las 17.15

Es buenísimo.

Publicado por Faz el domingo a las 17.19

Me encanta.

Publicado por Steve Tomkins el domingo a las 17.46

¿Soy sólo yo o a alguien más le parece que Jacob Gundi podría ser gay?

Publicado por La ostra pocha el domingo a las 17.55

Yo sé de uno al que le encantaría que lo fuese.

Publicado por Cazador de gloria el domingo a las 18.20

¿Que Gundi es gay? Me gustaría ver si te atreves a decírselo a la cara. Me juego lo que quieras a que te parte la crisma.

Publicado por Pico de gaviota el domingo a las 18.36

O igual tienes suerte y te parte otra cosa (#PorDetras).

Tom volvió al principio del hilo y leyó de nuevo todas las páginas.

Cerró el portátil y cruzó la alfombra aturdido para tumbarse en la cama. Le temblaban los brazos, las piernas. Se oían ruidos por todas partes, pasos en el piso de arriba, más voces en el pasillo, un televisor en alguna parte que parecía como si estuviese dentro de la habitación. El impulso de llamar a su hermana casi lo hizo levantarse para coger el teléfono, pero era incapaz de moverse. Se quedó en la cama y al cabo de un rato se cubrió con las sábanas.

Las dos hamburguesas que se había comido le daban vueltas en el estómago. Quería encender la tele, pero el mando estaba encima del escritorio. Justo detrás de su cabeza, un niño lloraba y una mujer gritaba. «¡He dicho que ahora! —creyó entender a través de la pared—. ¡Ahora mismo!» Las voces se fueron desplazando hasta que empezaron a oírse, todavía con más fuerza, detrás de la puerta que conectaba las dos habitaciones. Tom se quedó mirándola con horror, esperando a que en cualquier momento se abriese.

Se despertó desorientado, sin tener ni idea de cuánto tiempo llevaba dormido. Tenía frío, pero estaba sudando y sentía un dolor intenso en la parte posterior de la cabeza. Por la ventana podía ver el aparcamiento sumido en la oscuridad.

Se levantó de la cama y fue al baño. Se quitó la ropa y se colocó delante del espejo. Se quedó de pie, inmóvil. El fluorescente emitía un leve zumbido por encima de su cabeza. Las fuerzas empezaron a fallarle. De pronto, seguir en pie se convirtió en un esfuerzo insoportable y sus piernas cedieron.

Al sentir el contacto con las baldosas heladas se hizo un ovillo en el suelo. Podía ver la parte inferior del lavabo, que parecía llevar algún tiempo sin limpiarse, y las tuberías llenas de polvo. Trató de hacer fuerza con el cuello para levantar la cabeza, pero sintió una nueva punzada de dolor cuando volvió a caérsele, una vez, dos veces, y así sucesivamente. El ritmo constante de los golpes retumbaba en las superficies lisas de aquel pequeño cubículo y cada vez que se golpeaba la cabeza contra el suelo experimentaba un embotamiento extrañamente agradable.

Se tumbó en las baldosas. El teléfono empezó a sonar. Se detuvo y el

silencio lo envolvió de nuevo. Al cabo de un rato llamaron de nuevo. Intentó ponerse de pie, pero le resultó tan difícil que tuvo que ir a gatas hasta la mesita de noche para coger el móvil.

—¿Tom?

Se arrodilló en la alfombra y se apoyó en la cama. Se forzó a hablar. Los pinchazos que sentía en la cabeza le hicieron cerrar los ojos.

—Te he llamado antes —dijo por fin.

—Estaba en casa de mis padres.

Un hilillo de sangre se le estaba secando encima del brazo. Alguien corría al otro lado de la pared. Apretó con fuerza el teléfono.

—¿Lo has leído, Tom? —La voz le temblaba.

—Sí.

Casi podía ver su cara pálida y enorme acercándose a la suya.

—¿Dónde estás ahora? —preguntó Tom.

—En el campo de entrenamiento.

—¿Trabajando?

—No.

Tom se incorporó para sentarse en la cama.

—¿Estás en la caseta?

—Sí. —Respiraba de forma entrecortada—. Llevo todo el día deseando meterme aquí.

Tom trató de pensar en algo que decir, pero no se le ocurrió nada. Liam emitió un sonido quejumbroso muy leve y Tom se apartó un poco el teléfono de la oreja.

—No dejo de pensar en mi padre —dijo Liam—. En cuanto lo lea...

—¿Entra mucho en los foros?

—Y yo qué coño sé.

Tom podía oírlo moviéndose de un lado a otro. Los pasos retumbaban en la caseta. Se produjo un ruido que sonaba como la puerta de la nevera al cerrarse.

Ninguno de los dos dijo nada. Tom estaba pendiente de cualquier cosa que pudiera oír al otro lado de la línea. Sin embargo, lo único que le llegaba era el golpeteo de la sangre en la sien.

—Me han repescado —anunció, y todas las palabras que había planeado decir se le agolparon en la cabeza—. Vuelvo mañana.

Liam empezó a hablar, pero se le quebraba la voz. Tom esperó a que continuara y apretó entonces el teléfono contra su oreja, pero lo único que oía —cada vez más lejanos— eran los ruidos entrecortados que hacía Liam intentando no venirse abajo.

25

—Escucha esto.

Curtis cruzó la sala para acercarse a la esterilla sobre la que Easter estaba haciendo estiramientos y se tumbó a su lado.

—¿El qué?

—Esto. Escucha.

Curtis levantó una pierna completamente estirada y luego fue doblando despacio la rodilla para bajar el pie. La rodilla emitió un fuerte crujido, que siguió sonando hasta que dejó el pie en la esterilla.

Curtis se volvió hacia él.

—¿A que suena como una bolsa llena de canicas?

—Suena horrible, tío.

Se quedaron en el suelo, con los brazos juntos, mirando el cochambroso aparato de aire acondicionado.

—Ya —dijo Curtis—, la tengo hecha polvo.

Easter contempló la rodilla de Curtis, los costurones de la cirugía que la atravesaban por delante y por detrás. Cuando colocó su pierna —recuperada, fuerte— al lado de la otra, experimentó un placer inconfesable.

—Esta semana empiezas otra vez a tocar el balón, ¿no?

—Pues sí —respondió Curtis—, vuelvo a la acción. No paran de decirme que es lo mejor para la rodilla. Hasta que se joda de nuevo, claro.

Easter se dio la vuelta para sentarse encima de la esterilla.

—Muy bien. Bueno, me piro que tengo cita con el fisio. Te veo luego.

Después de la rehabilitación, Easter tardó quince días en reincorporarse a

los entrenamientos, lo hizo de forma gradual y durante ese periodo no sufrió ninguna recaída. Cada día iba recuperando parte de su antigua energía, de su antigua confianza. Y esa sensación aumentaba con cada entrenamiento en el que no sentía dolor, con cada elogio de Wilko, con cada broma que compartía con sus compañeros. Y ahora también cada vez que veía a ese maricón de jardinero saliendo de su escondrijo y volviendo a desaparecer en él como un cobarde. Siempre que alguien se lo encontraba o hacía un chiste a su costa, Easter experimentaba un entusiasmo casi incontenible y era justo en esos momentos cuando sentía con mayor intensidad toda su fuerza, toda la potencia muscular y sexual de su cuerpo. Miraba al otro lado del campo y le entraban unas ganas horribles de pegarle, de pegar a alguien, a cualquiera; de arrastrar a una chica hasta su cama. Espoleado por lo mucho que estaba aumentando el número de visitas a su hilo —cuatro mil, diez mil, quince mil—, llegó incluso a meterse en la habitación de Leah un par de noches, y se quedaba observando con auténtica excitación la cara de pavor que ponía cuando se despertaba debajo de él.

Comió en la cafetería con Curtis antes de que llegara el equipo. Sus informes médicos, según le dijo a su compañero, no mostraban ningún contratiempo. Podría volver a disputar partidos oficiales en una semana o dos. El entrenador, añadió, había estado sondeando a un par de equipos para organizar algún partidillo con los reservas y darle algunos minutos. Curtis asintió sin decir nada. Se terminaron las barritas de pescado y la macedonia. Cuando el equipo pasó por delante de la ventana, Easter vio a lo lejos cómo subía la persiana metálica de la caseta de mantenimiento. Miró a su compañero con una sonrisita de complicidad, pero Curtis estaba pensando en sus cosas, haciendo dibujos con la cuchara en el jugo de la fruta.

Poder volver a conducir era algo maravilloso. Todavía entonces, casi un mes después de empezar de nuevo a coger el volante, le seguía subiendo cierta sensación de bienestar por las piernas cada vez que movía los pies y los tobillos encima de los pedales; la misma sensación de bienestar que experimentaba al golpear el balón, al notar que las terminaciones nerviosas de los dedos volvían a estar conectadas a través de lo que hasta hacía muy poco no era más que un amasijo de tejidos rotos. Había hecho un montón de viajes

largos en coche —por la costa, por la autopista—, simplemente por el placer y la sensación de control que le proporcionaban, para sentir cómo se fundía su cuerpo con la potencia del coche. Salió sin dificultad del aparcamiento y, mientras contemplaba el terreno de juego por la ventanilla, se olvidó de todo lo demás: de la visita social que tenían programada para esa tarde y de la cháchara interminable que le estaba soltando Curtis.

Llegaron media hora tarde a un colegio de cemento de un solo piso especializado en alumnos expulsados o con problemas, algo en todo caso relacionado con el hijo de Wilko que ninguno de los dos conseguía recordar muy bien. Se trataba —según les dijo el subdirector, que los esperaba en el aparcamiento— de una unidad para estudiantes con necesidades educativas especiales. Pasaron al lado de una valla electrificada enorme y, al ver los pinchos de colores chillones que tenía en la parte superior, Easter se acordó de la que había en la tribuna del río años atrás, cuando él no era más que un niño y su padre aún vivía. Y también le vino a la cabeza una imagen de cuando observaba a los jugadores a través de aquellas barras de color rojiverde y su cuerpo diminuto se veía atravesado por los primeros agujonazos del deseo de convertirse en uno de ellos.

—¿Esto es para proteger a los de dentro o a los de fuera? —preguntó Curtis.

—Un poco para las dos cosas —respondió el subdirector mientras los conducía a la recepción.

Cuando firmó en el registro de visitas, Easter se fijó en una serie de nombres que no reconocía, pero que, de acuerdo con la columna «Procedencia», eran del Town. Y entonces cayó en la cuenta de que ése era el lugar del que tanto había oído quejarse a los becarios. Los llevaron allí en autobús, los metieron a todos en un edificio, después los volvieron a sacar en grupo y los condujeron de vuelta a casa de nuevo en autobús sin dejarles ver ni a una sola tía, todo para que obtuviesen ese grado en educación física del que Chris no oyó hablar ni una sola vez en todo el tiempo que estuvo en los juveniles.

Les presentaron a un profesor de educación física y a tres chavales mudos, y luego salieron a un paraje completamente cubierto de nubes y

salpicado por aquí y por allá de casetas prefabricadas con una sola habitación.

—La leche —le susurró Curtis—. Es como una base militar.

—Es como nuestro antiguo campo de entrenamiento —contestó Easter, sonriendo por el chiste y la rapidez con la que se le había ocurrido.

Fueron al más apartado de dos edificios adosados y atravesaron una serie de pasillos hasta llegar a un vestíbulo resplandeciente repleto de chavales.

—Tú primero, tío.

—Ni de puta coña.

Pero, cuando el subdirector se volvió hacia ellos, Easter ya se había hecho a un lado y señalaba a Curtis.

Éste se subió a un escenario bajo y esperó a que el director consiguiera poner un poco de orden.

—Bueno, a ver, que me entere yo, ¿las vallas esas de ahí son para protegeros a vosotros o a la gente de fuera?

Se produjo un estallido de carcajadas y de esa manera logró metérselos en el bolsillo. Cuando Easter puso el talón en el escenario para subir, una punzada de dolor le subió por la pierna.

El acuerdo al que habían llegado era que Curtis les hablaría un rato de los hábitos de vida de un deportista profesional y después él les contaría cómo era el día a día de un futbolista. Como se veía venir, a diferencia de Curtis — que había conseguido aplacar a los chavales con sus chistes y su cómico acento galés—, Chris no llevaba nada preparado y, mientras miraba al público, podía oír el ruido que hacía al respirar por la nariz. Cuando subió al escenario, aún resonaba el eco de los aplausos que le habían dedicado a Curtis y, al acordarse de todos los actos con los patrocinadores y todas las presentaciones de jugadores a las que había tenido que asistir, empezó a sentir un dolor intenso en la pierna.

—Yo he estado de baja por lesión ocho meses —dijo, pronunciando las palabras que llevaba un par de minutos repasando en su cabeza—, así que mi día a día ha consistido más que nada en jugar al ordenador y ver porno en internet. Aunque la gente de aquí seguro que prefiere que no os hable de eso.

A partir de ahí, todo fue como la seda.

Encadenó una serie de palabras vacías, como si estuviera hablando con

Pascoe, con los pesados de la web del club o con algún otro de los muchos perdedores con los que lo obligaban a tratar. Y, mientras las palabras seguían brotando de su boca, se fijó en lo cautivada que tenía a su audiencia, en la admiración inquebrantable con la que lo miraban. Se dio cuenta de que la ambición de esos chavales, igual que la de los juveniles, era ser como él; era, de hecho, convertirse en él. Mientras hablaba Curtis, se le había pasado también por la cabeza que muchos de esos muchachos podían ser hinchas del Town y seguramente habrían entrado en el foro esa semana. Por todas partes —en las escuelas, en los pubs, en los andamios de las obras— se hablaba de lo que había hecho, de lo que había desvelado.

Cuando su mujer se lo contó, al principio no supo qué hacer. Desde que había vuelto de Milán, Leah había estado comportándose de forma muy extraña. Lo evitaba siempre que podía y un día incluso, al cruzarse con él en el pasillo, le dijo con muy mala idea que igual era mejor que se llevara la ropa a su habitación. Chris empezó a sospechar que durante el viaje había pasado algo. Sin embargo, al día siguiente se la encontró en la cocina apoyada en la encimera con gesto preocupado y la mirada perdida en la pared. Por puro instinto, se acercó a ella, le puso las manos en la cintura y le preguntó si iba todo bien. «Tengo que contarte algo», dijo.

Su primera reacción fue enfadarse con ella. Lo cual no tenía ningún sentido, como comprendió en cuanto salió de casa y se metió en el coche. Empezó a dar vueltas a lo que Leah acababa de decirle y al final terminó en la playa. Simplemente, no se lo esperaba. Tenía tan claro que en Milán había ocurrido algo que estaba preparado para ponerse a discutir con ella. Esa noche, sin embargo, entró en su habitación mientras dormía y se metió en la cama a su lado. Le pidió perdón, le acarició la cara y se le echó encima. Luego estuvo unos días dudando, tratando de decidir qué hacer con la información. Hasta que, de repente, al ver un día a aquel perverso conduciendo tan tranquilo su tractor, tuvo claro que debía desenmascararlo a él y sólo a él. A partir del momento en que se desvelara quién era el jugador, todo giraría en torno a Pearman, eso sería lo único que a la gente le interesaría, y el maricón del jardinero podría salirse con la suya. Porque, según le contó Leah, ya había tenido un lío con otro jugador, uno al que

conoció por internet y ya no estaba en el equipo, así que sólo Dios sabía de cuántos más podría haberse aprovechado. Y una vez que tomó su decisión — después de pasarse toda la mañana observando a Liam dando vueltas por aquel lugar como si fuera intocable—, no le cupo la menor duda de que debía castigarlo y hacerle pagar por lo que había hecho.

Recorrió con la vista la fila de alumnos mayores que estaban sentados al fondo. Lanzó una mirada a una chica, que bajó la cabeza, y luego a otra, que se la aguantó y le dedicó una sonrisa nerviosa. Durante unos segundos le habló directamente a ella, convencido de que estaba bajo su control, indefensa, a su merced.

Cuando acabó, se produjo una ovación estruendosa, mucho más intensa que la que le habían dedicado a Curtis. Luego vinieron unos minutos exasperantes al lado del profesor de educación física, durante los cuales estuvo buscando a la muchacha entre el revoltijo de caras, cabellos y piernas que se formó a la salida, pero no tuvo suerte.

26

Poco antes de que empezara el partido, el presidente, los tres directores ejecutivos y el director deportivo salieron de su cubículo acristalado para buscar asiento en la parte alta de la tribuna principal. Los espectadores que estaban sentados en esa zona se sorprendieron un poco al principio, pero en el clima distendido que reinaba por la buena marcha del equipo —invictos en casa, segundos en la clasificación y en la tercera ronda de la Copa de la Liga— la imagen de aquellos cinco hombres desplazándose con dificultad por la última fila lo único que provocó en la grada fue una oleada de comentarios jocosos. Un abonado que se encontraba diez filas más abajo gritó:

—¡Eh, presidente, tu primer partido en bastantes años, ¿no?!

Hubo quienes se rieron. Y quienes no se habían dado cuenta de que tenían detrás a los miembros de la junta se volvieron para mirarlos. Otros empezaron a aplaudirlos. El presidente esbozó una sonrisa y saludó con un gesto papal.

Cinco días antes, esos mismos cinco hombres se habían congregado en torno al escritorio del presidente para celebrar una reunión a la que, para dar una imagen de imparcialidad, no habían sido invitados ni el señor Davey ni ningún otro director asociado.

—De momento, todo lo que podemos hacer es esperar a que pase el partido del sábado —dijo el presidente desde uno de los extremos de la mesa.

—Estoy de acuerdo. En cuanto se enfríe un poco el asunto, la gente irá perdiendo el interés.

—Siempre y cuando no se repita, claro.

—Tranquilízate, David. No es más que un rumor. Ninguno de nosotros le ha dado la menor credibilidad.

—¿Qué hay de los jugadores?

—Los jugadores no son el problema.

—Perdona, los jugadores son siempre el problema.

Se produjo un murmullo de asentimiento. A continuación, alguien llamó a la puerta suavemente.

—¡Adelante! —gritó el presidente.

Cuando la secretaria entró con una bandeja llena de cafés, todos se quedaron callados y la siguieron con la mirada mientras daba la vuelta a la mesa.

—Prohíbeles las redes sociales —dijo el director deportivo en cuanto la secretaria salió del despacho—. Durante un par de semanas. Amenázalos con una buena multa si comentan en Twitter.

—¿Y el jardinero?

Se produjo un silencio. Sobre la mesa se formó un círculo de brazos rechonchos. Todos se quedaron esperando a que hablara el presidente.

—No podemos hacer nada, por lo menos de momento, salvo quedarnos al margen, dejar que haga su trabajo y tratar de no poner el foco de atención sobre él.

—Pero no se nos ocurrirá dejar que se acerque al campo el sábado, ¿verdad?

—Claro que no. Decidle al ayudante que él estará al cargo.

Cuando los altavoces empezaron a escupir la música machacona que anunciaba la salida de los equipos, los espectadores de la tribuna principal se concentraron otra vez en el terreno de juego y en sus nuevos ídolos. A pesar de los rumores que habían circulado antes del partido, Michael Grant estaba en forma para jugar. Los miembros de la junta lo observaron arrastrándose de un lado a otro y estirando su espalda dolorida con el preparador físico. Se quedaron deslumbrados por su físico, por su complexión atlética; y, mientras los jugadores hacían un corrillo y juntaban sus sienes justo antes de que el árbitro se acercara al círculo central y los gritos de expectación de la grada envolvieran el campo, no pudieron evitar fijarse también en el ambiente de

camaradería que reinaba en el equipo.

Si en algún punto del fondo sur o de la tribuna del río le estaban dedicando ciertos cánticos o gritos al jardinero, la cosa desde luego no cuajó en el resto del estadio, y los miembros de la junta —visiblemente incómodos en sus sillas de plástico, pero cada vez más satisfechos por cómo se estaba resolviendo aquel espinoso asunto— no se enteraron de nada. En su favor jugó también el penalti dudoso que se cobró el Yeovil en los minutos iniciales, gracias al cual cada silencio que se producía en el terreno de juego se llenaba de inmediato con una tromba de insultos dirigida al árbitro, al linier y al atacante teatrero del Yeovil. Gundi empató con un hábil cabezazo. Mark Munro marcó el segundo cinco minutos más tarde y, a partir de ese instante, una más que justificada ola de solidaridad reactivó el ambiente en el estadio. Y los espectadores siguieron así, distraídos y felices, incluso cuando vieron a Grant llevarse la mano a la zona lumbar después de una entrada y terminar la primera parte cojeando.

En el vestuario, Wilko, el preparador físico y el masajista rodearon a Grant y empezaron a masajearle y toquetearle la franja de piel brillante que quedaba justo encima del coxis, valorando si lo inmovilizaban, lo infiltraban o lo sustituían. La decisión fue unánime: con el equipo arriba en el marcador y un partido crucial fuera de casa al cabo de tres días, no tenía ningún sentido arriesgarse y que acabara con una lesión más grave.

Wilko se acercó a Tom y se sentó en el banco, debajo de su perchero.

—¿Te acuerdas de lo que te dije, Tom? Pues aquí tienes tu oportunidad para hacerte un hueco en el equipo.

Después de cuarenta y cinco minutos atrapado en la atmósfera asfixiante del banquillo, pendiente de cualquier cántico que se iniciara en las gradas, Tom cruzó la línea de banda y se entregó por completo al partido.

Corrió por su banda con una energía desbordante. Cuando tenía el balón entre los pies se sentía a salvo, capaz de desaparecer sin que nadie lo viera, como si la energía que emanaba de esa masa enardecida lo impulsara más allá del muro grotesco de piernas verdes que formaban sus rivales. La adrenalina lo hacía ir cada vez un poquito más lejos, para irritación en ocasiones de sus propios compañeros. Ello no impidió, sin embargo, que saliera con Beverley

a saludar a los hinchas que lo aclamaban desde la tribuna del río, ni tampoco que —justo cuando pasaba por delante del árbitro apoyado en el muro del túnel de vestuarios con la cabeza debajo de los brazos— Wilko le dedicara un ligero movimiento de cabeza, seguido a los pocos segundos de un guiño.

Condujo hasta casa desesperado por conservar la alegría de esa victoria, por jugar el siguiente partido, por volver a sentirse parte del grupo, lejos de todo lo demás. Cuando giró para entrar en su calle, un sol mortecino se colaba por los paneles de cristal polvoriento que todas las casas tenían encima de la puerta. Se sorprendió al ver que alguien había aparcado en su sitio habitual, frente a su casa y, al ver que era Liam, se le hizo un nudo en el estómago.

Aparcó unas seis casas antes de la suya y se quedó contemplando el coche de Liam, la forma oscura que asomaba por encima del asiento del conductor. Miró su móvil, pero no tenía ningún mensaje. Y, mientras estaba allí observando esa silueta, de pronto pensó que dos personas nunca podían llegar a conocerse del todo. Por muy fuerte que fuera la atracción que sentían la una por la otra, siempre las separaría un abismo.

La felicidad de la tarde se desvaneció al instante. Salió del coche, bajó por la acera a toda velocidad, pasó al lado de Liam y se metió en casa. Al cabo de un minuto, Liam llamó a la puerta.

—¿Qué cojones hacías esperando ahí fuera? Entra, anda —dijo cuando abrió.

Pasó a su lado, entró en el salón y se quedó de pie junto a la ventana, al lado de las cortinas abiertas. Tom fue corriendo a echarlas y Liam, malinterpretando su intención, se abalanzó sobre él.

Por un segundo, Tom se sintió incapaz de resistirse y deseó que lo tocara. Pero después se echó atrás y corrió las cortinas.

—Dijimos que aún era temprano.

—No iba a venir y tampoco he estado fuera mucho rato.

—No deberías estar aquí.

Liam suspiró levemente, mirando la alfombra.

—He estado escuchando el partido.

—Al final no ha pasado nada. No he oído ni un solo cántico en las gradas.

—No, yo tampoco. ¿Los jugadores no han dicho nada? ¿Ni los del Yeovil?

—Que yo sepa, no. Pero he estado en el banquillo toda la primera parte.

Fuera, un coche enorme bajaba por la calle. Su sombra se desplazó por la cortina.

—Has jugado bien. En la radio han dicho que parecías como poseído.

—Sí, algo así.

La expresión de Liam le pareció rara, como el atisbo de una sonrisa de la que Tom prefirió alejarse yéndose a la cocina. Esa sonrisa parecía dar por hecho que la actuación de Tom en el partido estaba relacionada con él, con ellos; que cualquier cosa, en realidad, tenía algo que ver con su relación. Sin embargo, cuando estaba delante de la nevera y Liam se colocó detrás de él, supo que se entregaría. Sabía que debía resistirse, pero al mismo tiempo se sentía incapaz de impedir que Liam le besara en la nuca y le colocara sus manos enormes y diestras en las caderas.

—Para.

Sin embargo, ya tenía las manos colocadas a ambos lados de la nevera y, mientras se dejaba empujar contra la puerta —con los ojos cerrados, a la espera de lo que vendría a continuación—, oyó que uno de los batidos de proteínas se caía en el interior. Y entonces sintió que algo se liberaba dentro de él y que, aunque sólo fuera por un instante, por fin podría dejar de ser quien era.

Los dedos de Liam le rodearon la tráquea y después lo soltaron. Cuando volvió a abrir los ojos, estaban en la otra punta de la cocina. Tom no tenía la menor idea de cómo podían haber llegado hasta allí.

Regresaron al salón y se sentaron en el sofá. Tras unos minutos en silencio, Tom puso la tele. La normalidad de todos esos gestos hizo que a Tom le entraran ganas de reír.

—Deberíamos comer —dijo.

—¿Tienes algo?

—La verdad es que no. Una bolsa de manzanas. Y unos batidos de proteínas.

Se decantaron por un *fish and chips*, y Tom dejó a Liam en el sofá para ir

a comprar la cena.

El local estaba vacío. Pidió dos raciones de bacalao con patatas a la joven oriental que estaba atendiendo y se quedó observando cómo las preparaba. Mientras miraba los movimientos rápidos y habilidosos que hacía con las cucharas de las patatas y de la salsa de curry, le vino a la cabeza la imagen de su madre y su hermana hablando en el comedor y de su padre detrás de ellas con una servilleta llena de manchurriones, leyendo el periódico que tendría desplegado sobre la mesa.

—¿Eres Tom Pearman?

Se volvió aterrorizado.

—Hostia, que sí que es Tom Pearman.

Tres tipos de la edad de su padre se pusieron a mirarlo con la boca abierta desde la entrada.

—¿De verdad vas a cenar pescado frito con patatas, tío? ¿Es ése el secreto de Wilko? ¿Cerveza y comida basura?

Los tres se echaron a reír, sin quitarle el ojo de encima.

—Pero te diré una cosa. Has mejorado muchísimo. Un mes en la liga regional y has vuelto completamente cambiado.

Todos se mostraron de acuerdo. La naturalidad desenfadada con la que hablaban de él le resultó un tanto ridícula e irritante.

—Dos de bacalao con patatas y salsa de curry —dijo la chica desde detrás del mostrador.

La bolsa, cuando la cogió, parecía pesar justo lo que pesan dos raciones. Los tres tipos lo observaban con atención, y Tom llegó a la conclusión —que, en un principio, le produjo cierto alivio— de que lo sabían todo: que esa bolsa lo dejaba en evidencia tanto como si Liam estuviera en ese momento a su lado.

—Buena suerte con el Bristol el martes. Iremos al campo. Somos seguidores de toda la vida.

Volvió a casa a toda velocidad, casi corriendo, mirando atrás de vez en cuando para asegurarse de que aquellos individuos no habían salido detrás de él. Aunque en su calle no había nadie, Tom continuaba teniendo la impresión de que lo estaban siguiendo. En todas las ventanas había luces encendidas y

televisores puestos, familias enteras reunidas en los sofás mirando las pantallas, y, al verlos, le entraron unas ganas irrefrenables de estar con su propia familia, de estar en esa compañía silenciosa que le permitía no pensar en nada. Entró en casa y, cuando se sentó al lado de Liam en el sofá, comprendió que los diferentes fragmentos en los que estaba separada su vida nunca encajarían. Observó cómo rompía el papel con sus manos inmensas, cómo abría los recipientes de la salsa. Y, mientras le pasaba uno sonriéndole, Tom lo vio todo con absoluta claridad. Jamás podría ser una sola persona en lugar de ese montón de identidades que huían y se escondían las unas de las otras.

Liam se fue a medianoche, cuando acabó *Match of the Day*. Se dieron un beso apasionado en el vestíbulo, y por un segundo Tom creyó que volverían a tener sexo. Sin embargo, Liam se apartó de él y se dirigió a la puerta.

—Tienes razón —dijo Liam—. No hay ninguna posibilidad.

Tom se quedó observando por la mirilla cómo trataba de salir sin que nadie lo viera: esa forma oscura que pasaba casi de puntillas por delante de los contenedores con la cabeza gacha, abría con cuidado la cancela, miraba a un lado y otro de la calle. Y, al verlo, sintió una entrega tan absoluta y desesperada que no fue capaz de moverse y se quedó sollozando junto a la puerta hasta mucho tiempo después de que Liam se hubiera metido en el coche y se hubiera ido.

El lunes por la mañana, poco después de sentarse en su despacho para revisar la pila de fotografías que los jugadores del primer equipo debían firmar para una organización benéfica, la secretaria del club atendió la llamada de un periodista. Acababa de recibir el chivatazo, según le dijo, de que el jardinero del club mantenía una relación homosexual con alguno de los jugadores. Había tenido ocasión también de leer los comentarios en el foro del equipo y su intención era escribir un artículo al respecto. Se ponía en contacto con el club para saber si éste deseaba hacer algún comentario y para ver si podía hablar con el jardinero implicado. Media hora más tarde, la secretaria le devolvió la llamada con el siguiente comunicado:

En nuestro club ha imperado siempre una política de tolerancia y respeto. Todos los miembros de nuestra plantilla, tanto los empleados como los futbolistas, reciben el mismo trato, independientemente de cuál sea su orientación sexual y su color de piel. Cualquier persona vinculada a este club, ya sea como trabajador o como seguidor, que discrimine a otra por el hecho de ser diferente será sancionada de inmediato. No obstante, nos complace comunicarle que hasta la fecha no se ha producido ninguna situación de este tipo.

Y no, por el momento, el jardinero no iba a hacer ningún comentario.

Se quedaron tan satisfechos con el comunicado —redactado a medias entre la secretaria, el director deportivo y el presidente en el sofocante Jaguar de este último— que decidieron colgarlo también en la web y en la página de Facebook del club por si se publicaba algún artículo. A la hora de comer, se

ordenó el cierre del foro oficial.

—Cuantas menos comunicaciones se produzcan, menos problemas tendremos —zanjó el presidente.

—Debimos hacerlo la semana pasada. Hace años, de hecho.

La secretaria propuso también que desplegaran una pequeña bandera multicolor en algún lugar del estadio —como, por ejemplo, la tribuna para discapacitados—, tal y como, según ella, habían hecho ya otros equipos.

De momento, el único fleco sin resolver era el jardinero.

Liam se sentó en la penumbra fresca y silenciosa de la caseta. Una franja de sol iluminaba el cemento por debajo de la persiana metálica. Dejó que los ojos se posaran en ella y prestó atención a los ruidos que le llegaban a través del hueco.

El equipo estaba al otro lado del campo, empezando su segunda vuelta alrededor de los terrenos de juego. Se levantó, fue a la nevera, sacó la bolsa con la comida —un sándwich de jamón y dos paquetes de rollitos de salchicha— y volvió a sentarse detrás del tractor.

Se quedó escuchando con el sándwich todavía en la mano, tratando de averiguar por dónde iba el equipo —las oficinas del club, la línea de fondo del campo más lejano, la larga recta junto a la valla de la carretera—, hasta que pudo oír el retumbar de sus pasos sobre la tierra. Los dedos se le hundieron en el pan. Estaban delante de la caseta. Empezó a contar los segundos. Por un momento pensó que ya habían pasado, pero de repente empezaron a golpear la persiana. Un estruendo ensordecedor llenó la caseta. Al cabo de un rato se detuvo y lo único que quedó tras él fue el eco de sus carcajadas mientras seguían avanzando por el lateral del terreno de juego. Tenía el sándwich completamente aplastado encima del regazo y todavía se quedó un rato más agarrado al enganche del tractor.

Comió lo que pudo del almuerzo, y trató de calmarse con el soniquete familiar de la nevera y la tetera, con el murmullo apagado de los coches que llegaba desde el otro lado de la gruesa pared. Al cabo de pocos minutos, el equipo empezaría su serie diaria de ejercicios en el campo que lindaba con las oficinas y él podría por fin empezar la jornada. Mientras se bebía el té, echó un vistazo a la caseta y, para reconfortarse, se concentró en el orden de sus

tareas: cortar las ramas que colgaban por encima de la cerca, tapar las madrigueras de los zorros, cambiar las cuchillas de la segadora.

Comprendió de inmediato la razón de la llamada que le hizo el director deportivo la semana anterior para preguntarle si le parecía bien que Pete se hiciera cargo del campo durante el partido contra el Yeovil y cogiera un poco de experiencia. Para su sorpresa, fue un alivio que lo relevaran de esa responsabilidad. No hizo mención alguna a los siguientes encuentros en casa, pero él sabía que tarde o temprano tendría que volver para sentarse en la grada y colocar los trozos de césped que se habían soltado durante la primera parte. Pete no lo llamó el día después del partido para decirle cómo había ido. Apenas habían hablado en toda la semana, salvo por una conversación corta y un tanto tensa sobre bancos de arena que lo había dejado lleno de preocupación, convencido de que Pete estaba al tanto de lo que pasaba.

Las vallas publicitarias de la temporada anterior estaban apoyadas en una esquina de la caseta, listas para ser utilizadas como plataformas cuando hubiera que trabajar en el césped los días de lluvia. Posó la mirada sobre la primera: NEUMÁTICOS WILSON. Detrás de ella podían verse las de SEGURIDAD ABC, BODEGAS THE YARD, CERRADURAS PEEL DAVIS Y ALQUILER DE EQUIPOS CENTURION y una larga lista de compañías a las que no pudo seguir prestando atención sin pensar que todos allí, los trabajadores, los responsables y los clientes, habían oído el rumor y estaban hablando de él. Pensó también en su padre. Se le encogía el estómago al acordarse de sus padres, sentados hacía tan sólo unos cuantos días a la mesa de la cocina, hablando en voz baja, tratando de abrazarlo y de calmarlo cuando él se puso a llorar patéticamente, igual que cualquiera de los chavales que acogían cuando los rechazaban en el equipo. La cara de su madre pegada a la suya.

—¿Por qué no nos lo habías dicho, Liam? No podemos entender por qué no nos lo habías dicho.

—Pasará. No te preocupes. Pasará todo, ya lo verás —dijo su padre al lado de ella.

—Y una mierda —farfulló, incapaz de mirarlo a la cara.

Se levantó, fue hasta la persiana y la levantó un poco. Los jugadores estaban congregados en torno al asistente de Wilko cerca de las puertas

acristaladas, escuchando lo que les decía. Al fondo del grupo, oculto en parte tras la densa pelambreira cobriza de Jones, pudo distinguir a Tom. Se lo veía completamente quieto entre aquella maraña de cuellos y hombros que se ejercitaban, con la mirada fija en el asistente. Liam siguió observándolo, deseando que hiciera algún movimiento ágil con el cuerpo por leve que fuera. Sin embargo, continuó inmóvil.

Tom no lo había llamado la noche anterior. Era la primera vez que no hablaban desde su regreso hacía una semana. Liam se quedó despierto, tratando de decidir si le daba un toque o le mandaba un mensaje. Pero no se le ocurría nada nuevo que añadir a lo que ya se habían dicho: que estaban bien y que, por el momento, no podían volver a verse. Le dio la impresión — más todavía después de sentir la frialdad con la que se había comportado Tom el sábado— de que los dos estaban esperando algo, pero que ninguno sabía qué era.

Según le contó, hubo mucho cachondeo en el vestuario el día que regresó al equipo; sin embargo, al día siguiente disminuyó, y —aunque Liam no se lo terminaba de creer— lo cierto era que tampoco había sido objeto de demasiadas bromas, aparte de los golpes en la persiana metálica y los cánticos esporádicos que se oyeron por encima del ruido de la cortadora aquella primera mañana en que tuvo la ocurrencia de salir al terreno de juego cuando estaban calentando. El hilo del foro —los hilos, de hecho— se había fragmentado en un millón de pequeñas guerras de chistes e insultos entre los participantes y, en las barridas constantes y concienzudas que hacía por internet, Liam no había encontrado ninguna otra referencia al asunto. Empezó a crecer en él la esperanza de que, en efecto, todo pasaría. Luego, sin embargo, se acordó de los espectadores. Se imaginó solo, sometido a sus miradas y sus gritos. Aquel muro palpitante de las gradas que rodeaba su terreno de juego.

Los jugadores se dirigían a una de las áreas. Los estuvo observando un rato más, tratando de localizar a Tom, hasta que el sonido de su teléfono lo distrajo.

Su padre lo estaba esperando en una mesa al fondo de la cafetería.

—Hombre, Liam. —Se levantó, sonriendo, y volvió a sentarse—. No habrás comido ya, ¿verdad?

—He picado un poco, pero puedo pedirme algo más.

Aunque se había tomado parte de su sándwich y un rollito de salchicha, la idea de comer algo caliente le resultó agradable. Hacía casi una semana que no pasaba por la cafetería del club y sus cenas se habían reducido a los platos que pedía a algún restaurante chino o indio y a las pizzas que sacaba de la escarcha grisácea que se formaba al fondo del congelador de un supermercado polaco. Cuando sus compañeros estaban en casa, comía en su habitación. Desde arriba, Liam los oía ir y venir del trabajo, de ver a sus novias, escuchaba la breve charla que mantenían por las mañanas en torno a la tetera, la conversación más pausada que se desarrollaba delante del televisor cuando se quedaban todos en casa por la noche. Si sabían algo de lo que estaba pasando, no lo sacaron a colación; ninguno de ellos era seguidor del Town.

—¿Qué te apetece? —le preguntó su padre.

—Déjame que piense... Lasaña. Patatas fritas, ensalada. Y una taza de té.

—Un hombre con clase, sí, señor.

El padre se levantó para ir a la barra y pidió lo mismo para los dos. Cuando volvió, le dio a Liam una palmadita rápida en la espalda antes de sentarse.

—Bueno —dijo—, he estado hablando con el presidente.

—Muy bien, ¿y qué ha dicho?

—Al parecer, hay novedades. Y te las voy a contar así, sin rodeos, porque no creo que sean demasiado importantes, ¿vale?

Una anciana que estaba sentada cerca de la puerta empezó a toser con violencia, una y otra vez. Cuando terminó, el padre siguió hablando.

—Un periodista ha llamado esta mañana al club. Les ha dicho que había oído algo del asunto y que quería hablar contigo. Lo mejor es que no aceptes. Así no tendrán nada que publicar.

—¿Y con eso ya está todo resuelto?

—Bueno, puede que aun así salga algo, no lo sé. Pero, si tú no colaboras,

no llegarán muy lejos. Suena al típico periodista sin escrúpulos que quiere meter las narices donde no lo llaman. Es bien sencillo, no hables con él.

—No me apetece hablar con nadie.

—Perfecto. Al presidente le encantará oír eso.

—Te ha mandado para que me convenzas, ¿no?

—Sí, no te voy a mentir. Pero ésa no es la razón por la que estoy aquí. Quería que te enteraras de esto por mí, eso es todo. Mira, la cosa es así. Tú, técnicamente, no has hecho nada. Pero si hablas con la prensa seguro que se las ingenian para que parezca que estás desprestigiando al club. Y te puedes hacer una idea de cómo seguirá la cosa.

—¿«Técnicamente»?

—Estoy viendo el asunto desde la perspectiva del club, hijo. Sabes muy bien que para tu madre y para mí no has hecho absolutamente nada.

Trató de mirarlo a los ojos, pero Liam apartó la vista. Al otro lado de la cafetería, la anciana se agarró del reposabrazos de la silla y un momento después le dio otro ataque de tos. De su boca salieron volando unas pequeñas nubes de baba que quedaron atrapadas en el haz de luz que se colaba por el cristal mugriento de la puerta y que se persiguieron las unas a las otras bajo la luz del sol.

—¿Qué se comenta en la sala de juntas?

—Hasta ahora no han contado mucho conmigo. Pero te diré una cosa: si van a por ti, airearé hasta el último de sus trapos sucios; los regalos a los árbitros, las cámaras ilegales, el pago bajo mano a los padres de los futbolistas, las mentiras sobre los datos de asistencia, todo.

El camarero se acercó con las lasañas. Liam no lo miró cuando las dejó encima de la mesa. Sabía que era seguidor del Town. Solía ir allí a tomarse un sándwich de beicon antes de entrar a trabajar y había hablado algunas veces con él de los partidos, de los jugadores.

—No sé muy bien cómo hablar contigo de todo esto, Liam.

—¿De qué?

—De todo este asunto. Pero sabes que puedes contar conmigo siempre que quieras. Si te soy sincero, aún me cuesta entender por qué no nos contaste nada, a ninguno de nosotros, ni siquiera a Andrew o Sarah.

—¿Ya se lo has largado a Andrew y Sarah?

—Claro. ¿No te han llamado?

Liam hundió el tenedor en mitad de la lasaña recalentada, se llevó un trozo a la boca, dejando que le quemara el velo del paladar, y de repente se puso a pensar en Tom. En la lengua de Tom metiéndose entre sus dientes, deslizándose por su boca.

—¿Quieres que hablemos de algo en concreto?

Liam negó con la cabeza

—Muy bien.

Su padre extendió los brazos por encima de la mesa y colocó una mano con la palma hacia abajo junto al plato de Liam. La dejó allí unos segundos y luego la retiró. La anciana empezó a levantarse. Fue arrastrando los pies hasta la zona de la barra donde estaban los periódicos. Los ojeó, al final se decidió por uno y volvió a su sitio. Empezó a leerlo y Liam no pudo quitarle los ojos de encima hasta que, al cabo de un rato, murmuró indignada «Bah, de la semana pasada» y lanzó el periódico a la mesa de al lado.

Su padre se despidió de él en la entrada de la cafetería, no sin antes hacerle prometer que iría a casa a cenar algún día de esa semana. En cuanto le dijo que sí, a Liam le vinieron a la cabeza los tres nuevos huéspedes que tenían alojados. Y, mientras pensaba en hasta dónde se habría difundido el escándalo a través de esa maquinaria perfecta formada por el club, la ciudad, la prensa y los canales infinitos de internet, la angustia se apoderó de nuevo de él.

Hizo en coche el corto trayecto que lo separaba del campo y, al ver desde el camino de entrada los terrenos de juego vacíos, cubiertos tan sólo por las sombras que proyectaba desde detrás de los árboles aquel sol otoñal, por fin se calmó. Cuando llegó a la caseta, apagó el móvil, lo dejó en el estante donde guardaba las llaves y se puso los guantes.

Después de todas esas mañanas de inquietud, a la espera de que los jugadores se fueran, las tardes eran una bendición. Incluso la tarea más nimia le permitía salir de su ensimismamiento para volcarse en ese mundo perfectamente pautado de líneas, cálculos y productos químicos, en esa labor casi instintiva que consistía en cultivar su tierra.

No miró el teléfono cuando lo cogió al final de la jornada. No lo encendió hasta que volvió a casa —previo paso por el supermercado polaco— y se encerró en su habitación. Tenía una llamada perdida de un número desconocido y un mensaje en el contestador. Se tumbó en la cama y trató de vencer el impulso de llamar a Tom. Era consciente de que no podía molestarlo.

Marcó el número de Leah y, cuando saltó el buzón de voz, se acordó de que estaría en la facultad, en uno de los nuevos módulos de la tarde. Le dejó un mensaje, preguntándole si podían verse, y bajó a hornear la pizza antes de que llegaran sus compañeros de piso.

Aún no había amanecido del todo cuando empezó a peinar internet otra vez. No encontró nada. Volvió a comprobarlo una hora más tarde y salió de casa temprano para atravesar la ciudad en coche e ir a una tienda de periódicos regentada por un indio, donde estuvo inspeccionando los periódicos que no tenían todo su contenido en internet, así como las ediciones impresas de los que sí lo tenían y ya había leído. Seguía sin aparecer nada.

Cuando llegó la hora del almuerzo, el número desconocido lo había llamado dos veces más. Encendió el móvil mientras comía y borró enseguida los mensajes del contestador y otro de texto que intentó no leer, pero del que pudo atisbar el comienzo: «Siento tener que ponerme en contacto con usted...». De nuevo, la primera idea que le pasó por la cabeza fue hablar con Tom —de nada en particular, ni siquiera para contarle lo del periodista—, pero al final se convenció de que era mejor no hacerlo. En ese momento estaría a punto de subir al autocar para ir a Bristol. Cualquier novedad podría afectar a su concentración, a la entrega renovada con la que trabajaba desde que contaba de nuevo con el favor del entrenador. Además, cabía la posibilidad de que no se publicara ningún artículo, por lo que tratar de involucrar a Tom en aquella historia resultaba egoísta. Porque no era sobre Tom. No era a él a quien habían puesto en evidencia. El rumor difundido en el foro se refería sólo a Liam. Y a un antiguo futbolista del Town. No tenía nada que ver con Tom, sino, al parecer, con esa otra persona con la que se

había visto hacía nueve años. Ese recuerdo enterrado hacía mucho tiempo, junto con todos los demás pecados de su juventud, no dejaba de aflorar, perfectamente conservado en su mente, tan palpable y vivo como lo estaba cuando siguió a ese hombre hasta una habitación de hotel oscura, vio cómo se desnudaba a la luz verdosa de un despertador y escuchó cómo suspiraba al tocarlo por primera vez. Y lo que lo llevaba a querer dejar fuera a Tom era precisamente que lo habían desenmascarado y que lo que se decía de él era cierto. En su interior estaba empezando a aceptar poco a poco la vergüenza, una vergüenza que no pertenecía ni a Tom ni a ninguna otra persona, sino sólo a él.

En casa, ya en su cuarto, Liam borró todos los mensajes que le había dejado en el contestador el número desconocido, luego llamó a Leah y le dejó otro recado. Tom le escribió por la noche, en cuanto llegó con el autocar: «He salido como titular. Después de todo, el empate no es un mal resultado. A Wilko le ha gustado cómo he jugado». Liam contestó: «Excelentes noticias. Muy bien hecho». Envió el mensaje y trató de dormirse. Mientras la figura siniestra del periodista se iba haciendo más y más presente en la habitación, Liam se dio cuenta de que ésa era la primera vez que no sabía cómo había acabado un partido del Town.

28

Leah se sentó en el banco del lago, al lado de la misma franja de césped en la que solía dejar el cochecito de Tyler. Liam no había querido quedar con ella ni en la tienda de muebles, ni en el pub, ni en ningún otro sitio que no fuera ése: su lago. Pero incluso en un lugar así de apartado —pensó mientras lo veía acercándose por una arboleda—, parecía comportarse con excesiva cautela y no dejaba de mirar cada pocos pasos a los dos tipos que estaban pescando en la orilla. No se habían visto en una semana y media. En concreto, desde el día en que ella lo llamó mientras estaba sentada en la cama y le estuvo susurrando palabras de consuelo, con la esperanza de que Chris no la estuviera oyendo a través de la pared.

—¿Quiénes son éstos? —dijo al sentarse a su lado.

—¿Los pescadores?

—Sí, esos de allí.

—Pues unos pescadores.

Liam miraba primero a uno y luego a otro.

—Siempre están ahí —dijo Leah.

El tipo que les quedaba más cerca echó atrás la caña y la lanzó al agua. En la superficie se formó una onda pequeña.

—Con la suerte que tengo, seguro que estamos en una zona de *cruising*.

Leah supuso que debería reírse o cuando menos darle un golpecito en el brazo, pero la prudencia se lo desaconsejó.

—No, no lo es.

Estaba sin afeitarse. Por su ancho cuello discurría una barba descuidada que

Leah nunca le había visto. Llevaba puesta una camiseta rojiverde llena de manchas y encima un forro polar de color marrón. Incluso a esas alturas, seguía pareciéndole increíble que fuera gay.

—La prensa se ha enterado —dijo.

Leah tardó unos instantes en comprender lo que estaba diciendo.

—¿Ha salido algo en los periódicos? ¿El qué? ¿Sobre ti?

—Todavía no, pero podría salir. Un periodista ha estado merodeando por el club y quiere hablar conmigo.

Estuvo a punto de preguntarle si iba a acceder, pero por su expresión dedujo que no era la pregunta adecuada.

—¿Cómo se ha enterado?

—¿Qué importa eso ahora? —dijo, encogiéndose de hombros.

Cuando la llamó por primera vez, sin embargo, ése era el asunto que más le preocupaba. «¿Quién ha sido? ¿Cuál de esos putos subnormales ha sido?» Y, tras la pausa terrorífica que hizo ella al comprender lo que estaba pasando, mientras él le leía los comentarios del hilo, todo lo que pudo responderle fue: «¿Y no puede ser que Tom le contara a Beverley lo del tipo de internet?».

—¿Qué opina Tom?

Liam negó con la cabeza y ella no quiso preguntar más. En la carretera sonó un claxon. Al volverse, vieron que un coche adelantaba a toda velocidad a un ciclista y que éste le hacía una peineta al conductor, que ya se alejaba.

—Llevamos unos cuantos días sin hablar —dijo Liam—. Lo están sacando de titular. Le va bien.

Leah se esforzó por encontrar algo adecuado que decir.

—Dentro de una semana será agua pasada —dijo, con la mirada clavada en el lago, odiándose a sí misma.

Sin embargo, después de un silencio, Liam se levantó y, para su sorpresa, le dio una patada de broma en el pie.

—Gracias —dijo.

Lo observó mientras se alejaba hacia su coche, aparcado en una franja de césped junto a la carretera, y se preguntó si habría sido capaz de ofrecerle lo que necesitaba. Si habría empezado a sospechar de ella. Decidió que lo llamaría más tarde, para proponerle que fuera una noche a cenar a casa.

Estaba oscureciendo y hacía más frío, pero no quería levantarse del banco. No quería volver a casa y cambiar las sábanas. «Que se cambie él las putas sábanas», pensó con una firmeza reconfortante, y se quedó allí sentada, sintiendo la agradable solidez del banco bajo el culo. Sin embargo, tenía que recoger a Tyler. Desde que había intensificado su trabajo en la facultad, el niño pasaba tanto tiempo con su madre que casi se le había olvidado.

Por supuesto, su madre jamás le decía que no podía quedárselo, pero era evidente que le vendría muy bien no tener que ocuparse de él por un tiempo. Hacía dos fines de semana, Robert le había pedido que se casara con él en un restaurante carísimo de Londres y ya llevaban los preparativos de la boda bastante avanzados. «Tampoco es la noticia del siglo», fue la respuesta de Chris cuando se lo contó. Aún quedaban seis meses para la fecha prevista y ella ya se sentía cansada de tener que estar todo el rato preguntándose si él iría o no. Una mañana, en la cocina de su madre, Robert le puso su manaza bronceada en el hombro y le comunicó con mucha seriedad que habían decidido no celebrar la boda en domingo. «Lo más importante es la familia», dijo. A Leah le dio la impresión de que estaba intentando darle a entender que a partir de ahora él y ella iban a ser familia. Inesperadamente reconfortada por esa idea, le dio las gracias y dejó que la mano de Robert siguiera sobre su hombro.

Leah se levantó. Pero, en lugar de dirigirse al coche, echó a andar hacia el lago.

Desde la orilla pudo ver la mancha de color marrón claro que había formado una bandada de patos sobre el frondoso espigón del otro lado. Sin pensárselo dos veces, se quitó las bailarinas, los calcetines y se metió en el agua. Se quedó allí, con el agua por los tobillos, el bolso aún en el hombro y un montón de piedras frías y aterciopeladas bajo los pies. Imaginó que se lanzaba —el escalofrío que sentiría al sumergirse— y se iba nadando a la otra orilla para acariciar a los patos.

Estaba convencida de que lo del periodista era una exageración. Liam dramatizaba. Aunque la prensa se hubiera enterado, dudaba que a nadie pudiera interesarle esa historia sin el nombre de un futbolista en ella, sin Tom. Con el agua lamiéndole los tobillos, se detuvo a pensar en todo aquello

un instante. Liam a solas, escondido en su habitación, mientras Tom continuaba con su vida sin afrontar ninguna consecuencia por lo que había hecho, completamente indemne. En cuanto las palabras salieron de su boca, supo que no debería habérselo contado a Chris. No experimentó ningún alivio, ningún tipo de cercanía. Y no le cupo la menor duda de que, después de todos esos años de resentimiento mutuo, él lo aprovecharía para ir a por Liam. Todavía era incapaz de entender la razón por la que la persona a la que se lo había contado Chris no había delatado a Tom, a menos que fuera por algún tipo de lealtad hacia el equipo, hacia el fútbol, totalmente equivocada y patética. La primera reacción de Chris cuando ella se lo contó fue gritarle, acusarla de estar mintiendo, de ser una puta cotilla. Después se fue de casa hecho una furia. La siguiente vez que lo vio estaba encima de ella, bajándole el pantalón del pijama.

Se oyó un grito. Un chillido a su derecha. Uno de los pescadores estaba tambaleándose, chapoteando, dentro del lago. Leah salió del agua y se acercó corriendo a él, descalza. Cuando estaba a mitad de camino, se dio cuenta de que había atrapado un pez. Aun así, siguió avanzando, caminando ahora, empujada por una fuerza extraña que la llevaba cada vez más cerca, hasta que por fin llegó a su lado y lo vio plantado en la parte menos profunda del lago, tratando por todos los medios de recoger el sedal. Un costado del pez salió a la superficie y luego volvió a sumergirse. A pesar de que siempre que iba al lago se encontraba con esos tipos, el hecho ahora patente de que allí hubiera peces la dejó atónita.

Lo tenía dentro de una red y estaba intentando sacarlo del agua para llevarlo hasta la hierba y ponerlo en una esterilla. Era enorme. Tan grande como Tyler. El tipo extendió el pez sobre la esterilla y se quedó mirándole la cara, pasmado por lo milagroso que le resultaba aquello, como si fuera un bebé que había estado a punto de perder. Hasta ese momento, parecía no haberse dado cuenta ni de la presencia de Leah ni de la del otro pescador, que se acercaba a ellos desde la otra orilla. Pero cuando ella se agachó a su lado levantó la cabeza y su rostro traslucía una felicidad pura, desbordante. Leah estaba de rodillas, abrazada al cuello del pescador.

—He atrapado uno de los grandes.

Cuando se soltaron, aún parecía demasiado alterado para preguntarse quién era la mujer que había aparecido de la nada corriendo para estrecharlo entre los brazos. Se levantaron y se quedaron mirando con el otro tipo ese pez gigantesco que aún boqueaba ligeramente.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—Una carpa royal —respondió el otro pescador. Y echó un vistazo a sus pies todavía sin calzar—. Como mínimo pesa quince kilos. La más grande que he visto en mi vida. —Le ofreció una mano a su compañero—. Enhorabuena. Alucinante.

El que había atrapado la carpa cogió su bolsa, sacó una cámara digital y se la dio a Leah.

—¿Te importa?

Ayudado por el otro tipo, levantó el bicho y, con los brazos temblorosos por el esfuerzo, lo sujetó por la barriga. Tras cuatro fotos, se acuclilló y se colocó el pez en las rodillas.

—¿Quieres hacerme tú una? —le preguntó a Leah—. Para enseñársela a tu chaval.

Ella abrió la boca para decir que no pero, al verlo sujetando el pez sobre las piernas, sacó el teléfono y le hizo una foto rápidamente.

—Pues ya está. Ahora a pesarlo —dijo el tipo, dejando el pez en el suelo.

Leah los observó mientras lo llevaban hasta un cabestrillo que habían levantado con dos barras.

—Diecisiete kilos justos —dijo el otro pescador.

Los dos intercambiaron una mirada en la que había todo un universo de significado del que ella estaba excluida. Luego, Leah los ayudó a devolver el pez al lago. Mientras lo empujaban y lo arrastraban —dejando tras de sí un rastro de césped aplastado y resbaladizo—, Leah no podía quitarse de la cabeza que a quien en realidad estaban moviendo era a Chris, el peso muerto de su cuerpo.

Cuando dejaron al pez en la orilla, no se movió. Se quedaron observándolo, y a ella le dio la impresión de que estaba muerto. Pero al cabo de un rato convulsionó, dio un brinco y desapareció en las oscuras aguas del lago.

Sin el pez, los dos tipos parecían incómodos, cansados.

—Bien hecho —dijo Leah.

Luego se volvió, recogió los calcetines de la orilla y se fue al banco.

Se sentó y se puso sus calcetines finos. Echó un último vistazo a los dos hombres, que guardaban silencio y estaban recogiendo cada uno por su lado las cajas con cebos y las banquetas plegables. Cuando terminó, el que había atrapado la carpa se arrodilló unos instantes al lado de sus cachivaches. Leah se dio cuenta de que estaba mirando las fotografías y, mientras lo observaba, mientras observaba a ese desconocido al que había estado abrazada, se sintió invadida por la compasión y a continuación por una oleada de felicidad repentina e intensa que brotaba de lo más íntimo de su ser.

El artículo apareció dos días más tarde. Era breve, apenas un pequeño recuadro en la esquina superior de la página, justo encima de los pronósticos para las apuestas de la jornada y el listado con los partidos que se jugarían. El más largo de los tres párrafos contenía una versión reducida del comunicado emitido por el club. No se mencionaba ningún nombre. La «supuesta relación entre un antiguo jugador y un empleado de los servicios de jardinería» no ocupaba un espacio mucho mayor que la noticia de que el Town había cerrado su foro oficial como consecuencia de una serie de mensajes homófobos y racistas.

Los jugadores se enteraron de su publicación inmediatamente. Boyn, sentado en la sala de jugadores mientras se comía un cuenco de cereales, gritó de pronto: «¡Eh, chavales, mirad esto!». Y todos se acercaron corriendo para congregarse a su alrededor. Durante unos minutos de absoluta calma, se pusieron a leerlo juntos, esperando a que alguien reaccionara.

Fue Easter quien los sacó de su ensimismamiento. Cogió el periódico del regazo de Boyn y lo enrolló. Se volvió hacia Tom, que estaba a su lado, le atizó con él en el estómago y luego a Beverley, que estaba sentado junto a Tom. «¡Sois vosotros, mariconazos!», les gritó, y empezó a perseguirlos por toda la sala mientras los azotaba en el culo con el periódico. «¡Venga, admitidlo! ¡Sabemos que sois vosotros!» Mientras trataban de esconderse debajo de la mesa del desayuno, Tom y Beverley se deshacían en carcajadas histéricas, igual que el resto del equipo, y así fue como se estableció la atmósfera de incertidumbre, nerviosismo y desconfianza que reinaría el resto

de la mañana.

Easter se despertó temprano al día siguiente y se quedó tumbado en la cama unos minutos, asombrado de lo poco que le molestaba la pierna. No le dolía, no le daba guerra, estaba ahí, sin más. Dobló la rodilla. Inspiró hondo, dejó que sus pulmones se llenasen y soltó el aire. La perfecta maquinaria de su cuerpo poniéndose en funcionamiento. Se levantó de la cama de un salto y se preguntó si sería lo bastante temprano para que Tyler siguiera en la cuna y Leah sola en la cama, pero al cabo de unos instantes los oyó juntos en el piso de abajo. Tyler estaba pidiéndole algo a su madre: leche, comida, atención. Se vistió con rapidez, bajó la escalera sin mirar a la cocina, salió de casa y se metió en el coche.

Mientras atravesaba a toda velocidad aquellas villas somnolientas, aquellos campos, sintió que el vigor del día anterior aún seguía dentro de él y recordó la manera en que los demás lo habían mirado, buscando su liderazgo, su seguridad. Hoy los acompañaría en el autocar a Aldershot. Poco importaba que no estuviera todavía en condiciones de jugar. Era más relevante, más esencial, que la mitad de los que sí lo estaban. Paró en una gasolinera y vio en la entrada los periódicos del sábado dispuestos en sus cubículos de plástico. Entró y compró un ejemplar de todos. Cuando volvió al coche, trató de resistirse a la tentación de mirarlos. Los amontonó en el asiento del pasajero y emprendió el camino de regreso a casa.

Se acomodó delante de su escritorio y colocó los periódicos en fila frente al ordenador apagado. En los dos primeros no aparecía nada. En *The Sun* había una noticia breve casi idéntica a la del día anterior. En los tres siguientes, nada. En *The Guardian* había un reportaje de media página en el que se recogían una serie de entrevistas con empleados gais de algunos clubes de fútbol: un cocinero, el responsable de la taquilla, un camarero, un agente de seguridad congoleño al que, según dijo, nunca lo habían insultado desde las gradas, al menos no por ser gay. Echó un vistazo sin mucho interés a las descripciones que se hacía de ellos —su orientación sexual nunca había sido un problema; sus compañeros no sabían nada; se limitaban simplemente

a hacer bien su trabajo— y sólo descubrió una mención de pasada al Town en la línea que servía de introducción al reportaje. Cuando le quedó claro que no había nada más, pasó al siguiente periódico. Aunque sabía muy bien que en ninguno se darían detalles ni datos concretos, siguió repasándolos, rebuscando nervioso en sus páginas.

Empezó a hojear la sección de deportes del *Express* y de pronto se sobresaltó. Después de esas pocas líneas que ya se sabía de memoria, había una entrevista con Jones, «el capitán»: «Si te soy sincero, es lo primero que oímos del asunto. Se está montando un lío tremendo por nada. Cada uno hace lo que quiere en su vida privada. A nosotros sólo nos importa el fútbol. Si un jugador dice que es gay, cosa que por cierto no ha pasado aquí, la mayoría de nosotros seguro que pensaría: “Pues muy bien, ¿y qué?”. Eso no nos va a servir de nada para ganar partidos».

Casi podía ver a Jones bromeando con el periodista. La reunión a solas con el presidente antes de la entrevista. Notó cómo le subían los colores. No se hacía ni una sola mención al comentario original del foro por ninguna parte, en ninguno de los periódicos. Por debajo de la mesa, el dolor estaba empezando a treparle por la pierna. Sin embargo, cuando se agachó para pasarse un dedo por la espinilla, no le quedó claro si era un dolor real o un simple reflejo de su lesión. Apartó la entrevista y miró con desdén el ordenador. Se puso de pie, cogió el montón de periódicos y se dirigió al piso de abajo.

Cuando llegó a la cocina, los tiró a la papelera.

Le dio la sensación de que Leah estaba detrás de él y, cuando se volvió, se la encontró en la puerta. Estaba mirando la tapa oscilante de la basura, pero no dijo nada.

—¿Y Tyler?, ¿durmiendo? —preguntó Chris.

—Son las diez. Está jugando en su habitación.

Leah se quedó en la puerta. Chris vio en ella algo extraño y prefirió ir a la nevera en lugar de pasar por su lado para salir de la cocina. No había desayunado, según recordó entonces, y tenía hambre y sed. Abrió la nevera y sacó una botella de leche de litro y medio.

—He decidido irme a vivir con mi madre, Chris.

Desenroscó el tapón de la botella y dio un trago largo. Con la botella todavía en la mano, echó un vistazo a los estantes de la nevera. Había un paquete de jamón. Unos langostinos sin descongelar. Dos bolsas de uvas. Un cuenco pequeño con el puré de patatas que había sobrado de la cena. Cerró la nevera y la miró. Una expresión brutal, implacable, cruzó su rostro y después lo miró fijamente.

—¿Es por él? —dijo.

—¿Cómo? ¿Por quién?

—Por tu amigo.

—No sé de qué hablas.

Dio otro sorbo de leche, mirándola por encima de la botella, y vio que hablaba en serio. Se rio por lo bajo.

Ella estaba igual de ciega que todos los demás.

—¿Eso es todo lo que vas a hacer? ¿Reírte? ¿No piensas decir nada?

—¿Qué quieres que diga?

—No lo sé. Nunca dices nada.

A Easter le pareció que estaba a punto de llorar, a punto de acercarse a él y echarse a llorar en su pecho. Sin embargo, cuando dejó la leche en la nevera y se pasó el dorso de la mano por los labios, Leah se dio la vuelta y desapareció. Chris se quedó allí de pie. Se sintió tentado de subir a su habitación para coger el portátil, pero al acordarse de que el foro estaba cerrado y de que ella seguramente se habría ido corriendo a llamar al jardinero maricón, a aquel portero gordo e inútil, sus piernas flaquearon y su cuerpo perdió todo vigor. Y ya no pudo seguir reprimiéndolo por más tiempo. El recuerdo se había liberado y estaba volviendo a su cabeza. El viaje de regreso del torneo juvenil, el ferri, la cubierta vacía, él de pie, con el mar taladrándole los oídos, mientras aquella cara pálida y enorme se apretaba contra la suya y, completamente aterrorizados, dejaban que sus labios, sus manos y sus respiraciones se fundieran.

Dio la vuelta con el coche y fue marcha atrás hasta el borde del mirador. No se veía a nadie. Salió, se acercó a la parte trasera del vehículo y se quedó

mirando el mar por delante de una mata de ortigas que aún seguía meciéndose después de recibir el último chorro del tubo de escape. Respiraba agitado. Buscó el ferri, pero no lo vio. Mientras trataba de encontrarlo, la ira se fue apoderando de él, pero, como seguía siendo incapaz de localizarlo, se le escaparon un par de suspiros.

«¡Patético!», gritó. Escuchó cómo la brisa arrastraba el eco de su grito y se perdía en el mar. Dio un puñetazo en el techo del coche. «¡Jodidamente patético!», exclamó otra vez. El ritmo y la fuerza de esas palabras lo ayudaron a controlar la respiración. Apareció una cabeza. Y luego otra. Dos paseantes se asomaron por el sendero del acantilado, por encima de la maleza, luego se dieron la vuelta y se marcharon a toda velocidad.

Observó cómo se iban con su perro por el camino que bordeaba la playa y se convertían en dos puntos diminutos y resplandecientes que desaparecían en el horizonte.

30

La atmósfera en el autocar camino de Aldershot dejó a Tom preocupado. Era la misma que había reinado el día anterior después de que leyeran el artículo, pero más apagada, más reconcentrada. Tom no había podido pegar ojo, no había podido descansar, y en el silencio del autocar iba pendiente de cualquier movimiento o murmullo que se produjera a su alrededor. En los asientos se respiraba un ambiente de velada camaradería. Se trataba, en parte, de la confianza que les daba el hecho de ganar con tanta frecuencia y estar empatados a puntos en cabeza de la clasificación. Pero había algo nuevo, un vínculo más sombrío, una violencia callada que buscaba manifestarse, afirmarse frente a algo.

No había hablado con Liam del artículo. Había pasado ya una semana desde la última conversación que mantuvieron, justo antes de que él se fuera de su apartamento en mitad de la noche. El día anterior, después del entrenamiento, Tom se marchó directamente a casa para conectarse a internet y se pasó el resto del día, y luego la noche entera, yendo y viniendo del sofá en un estado de agitación intensa que daba paso de forma esporádica a intervalos de duermevela. Se despertó de uno de ellos con una alucinación en la que aparecían los tres hombres del *fish and chips* leyendo el periódico. La impresión fue tan real que Tom tuvo que darse una bofetada para convencerse de que no estaban en el salón con él. Por la mañana, al ver que Liam seguía sin dar señales de vida, se estuvo debatiendo entre la posibilidad preocupante de que estuviese esperando a que lo llamase él y la esperanza absurda de que no se hubiera enterado de nada. Prefirió no arriesgarse a ser él

quien se lo contara. Además, tenía que preparar un partido. Tenía que ejecutar esa tranquilizadora serie de movimientos tantas veces repetida. Tenía que abandonarse a ella.

Beverley se volvió hacia Tom.

—Yo jugué con ellos, ¿te lo había dicho?

—No, ¿cuándo?

—Estuve cedido un mes hará dos temporadas, en la época en la que no contaban conmigo para nada en el Vale. Buen club. Estaba dispuesto a fichar por ellos, pero no pudieron ofrecerme nada seguro.

—Como si alguna vez pudieran —dijo Tom.

Beverley sonrió y apoyó la cabeza en el respaldo. En algún lugar por detrás de ellos, un murmullo al que Tom llevaba prestando atención desde hacía algunos minutos se transformó en un estallido de carcajadas que inmediatamente fue seguido por otro.

—¡Bev, Tommy, venid a ver esto! —les gritó Jones por encima de un par de filas de cabezas.

A pesar del terror paralizante que Tom sentía, el hecho de que sus compañeros contaran con él lo llenó de orgullo.

Había demasiados jugadores en torno a la mesita para que pudieran ver todos al mismo tiempo el objeto que tanto los divertía. Formaron una cola en el pasillo y empezaron a pasarse el teléfono de Bobby. Cada vez que alguien lo cogía, en su cara se dibujaba una expresión de placer. Uno dio una palmada en un respaldo. Otro echó la cabeza hacia atrás. «Hostia, Bobby.» A muchos les costaba un par de segundos comprender lo que estaban mirando. En cuanto el teléfono le llegó a él, sin embargo, Tom lo comprendió al instante; como si eso fuera justo lo que había estado esperando. En la pantalla había una foto de la caseta de mantenimiento. La fachada era apenas un fogonazo blanco recortado contra el cielo negro de los campos y en la superficie alguien había pintado con unas letras enormes de color rojo: CUEVA DEL MARICA. Tom le pasó el teléfono a Beverley. En la mesa, debajo de ellos, Bobby estaba explicando cómo lo había hecho y, cada vez que uno de los jugadores chocaba con él los cinco o el puño, se echaba a reír. Tom oyó una carcajada a su lado y, cuando se volvió, vio a Beverley moviendo la

cabeza de un lado a otro en señal de admiración.

Nadie del equipo técnico se acercó a averiguar qué estaba pasando, tal vez porque sabían lo importante que era tener una plantilla cohesionada. Al final, el grupo se dispersó. Tom siguió a Easter y, al detenerse para dejarlo pasar a su asiento, se dio cuenta —incluso a pesar de su desconcierto— de que estaba hablando solo. Él también volvió a su sitio, cerró los ojos y, durante el resto del viaje, todo lo que ocurría a su alrededor quedó suspendido, como si estuviera muy lejos. Todo salvo unas sacudidas leves y esporádicas en su asiento que, como Tom muy bien sabía, causaba Beverley con sus risitas.

Fue incapaz de meterse en el partido. No podía conectar con la parte de su cerebro que estaba consagrada al fútbol y, cuando lo intentaba, lo único que le venía a la cabeza era una imagen caleidoscópica de la caseta pintarrajeada repetida un millón de veces. Intentó reducir sus movimientos a lo básico: controlar, tocar, buscar a los delanteros. Para su sorpresa, como táctica resultó muy efectiva. Gundi y Munro, enfrentados el uno al otro en una competición descarada, estaban dispuestos a ir detrás de cualquier pelota. Tom disparó un balón bastante flojo hacia la zona de córner. Un defensor del Aldershot se acercó a despejarlo, pero Gundi lo lanzó fuera del terreno de juego de un empujón y le devolvió la pelota a Tom, que levantó la cabeza y se la pasó sin oposición a Munro. Ése fue el 1 a 0. La cantinela monótona de la hinchada local siguió sonando al ritmo que marcaba un tambor y consiguió apagar cualquier otro ruido en el estadio, a excepción del que provenía de la grada baja semicircular situada en una de las esquinas donde estaban los hinchas del Town, que no paraban de gritar los nombres de Munro, Gundi y por un momento también el de Tom. Todos desaparecieron en masa a dos minutos del descanso para ir al puesto de comida del aparcamiento, y cuando, tras la reanudación, Tom se acercó para tratar de recuperar el balón que sujetaba extáticamente una seguidora por encima de su cabeza, pudo verlos con sus perritos y sus empanadas. Mientras esperaba a que la mujer le devolviera la pelota y todo el mundo lo miraba, la idea de que ninguna de esas personas lo sabía, de que ninguno de ellos sabía que él era el futbolista del que hablaban los rumores, lo envalentonó.

—¡Ya podríais darnos un poco! —gritó.

Todos lo escucharon, se echaron a reír y empezaron a corear su nombre. Por unos segundos, Tom se sintió a salvo, en paz.

A pocos minutos del final, el extremo del Aldershot fue expulsado y algunos seguidores empezaron a abandonar el estadio. Cuando el jugador salía del campo —moviendo de un lado a otro la cabeza, tratando de contenerse—, se dio la vuelta y soltó un «¡Panda de mariconas!» lo bastante alto para que una media docena de seguidores del Town lo oyeran y bajaran corriendo por la grada. En apenas unos segundos se formó una tangana: cabezazos, ojos desorbitados, los capitanes tratando de separar a los contendientes, encarándose después los unos con los otros ante la mirada de un árbitro completamente superado por las circunstancias.

Wilko prohibió cualquier mención a ese incidente durante el viaje. «Tres puntos más. Objetivo cumplido. Volvemos a casa, nos quedamos con lo positivo y seguimos adelante.» Pero Tom podía notar que todos seguían dando vueltas a lo que había sucedido y que, bajo la falsa calma que parecía imperar en ese autocar bañado por una luz amarillenta, bullía la ira.

Se quedó dentro del coche un rato, observando el barullo del tráfico que abandonaba el estadio, al utilero sacando unas cajas metálicas del vientre del autobús, al conductor en la escalerilla fumándose un cigarro. Cuando Liam lo llamó, él era el único que quedaba en el aparcamiento. La luz azulada del móvil iluminó el interior del vehículo. Tom se lo quedó mirando mientras sonaba, una y otra vez, hasta que se quedó en silencio.

Cuando llegó a casa, fue directo al armario del sótano y sacó la caja con los trastos de bricolaje que le había dejado su padre. Vacío su caja de herramientas en el suelo y la empezó a llenar con los objetos de la otra y después fue a la cocina a coger más cosas de debajo del fregadero.

En los largos intervalos que se producían entre el paso de un coche y otro en la carretera, los campos de entrenamiento se sumían en un silencio sepulcral. La pintada estaba en el muro trasero de la caseta, en un lugar que no podía divisarse ni desde las oficinas del club ni desde la entrada y, a

medida que se acercaba, Tom no dejaba de preguntarse si aquel tonto del culo se habría dado cuenta de que nadie podría leerla. Aunque también cabía la posibilidad de que el mensaje estuviera dirigido sólo a Liam. O tal vez — pensó con un escalofrío— a ellos dos. Rodeó la caseta y, al ver aquellas tres palabras, se quedó paralizado. Vio entonces que las habían escrito con espray. Bobby debía de haberlo planeado todo: había ido a comprar la lata de espray a una tienda, había escogido las palabras con cuidado. Era incapaz de apartar los ojos; los tenía clavados en el mensaje, en la fachada, y de pronto le pareció que Liam estaba dentro. Se acercó al muro y puso la oreja sobre su superficie. Aunque no podía oír nada, se quedó en esa posición. Su piel se fue fundiendo poco a poco con el ladrillo, con el cuerpo de Liam apoyado al otro lado, latiendo en su oído. La aparición repentina de un vehículo enorme — seguramente un camión o un autobús— en la carretera, más allá de los árboles, le hizo dar un respingo.

Apartó la cara del muro. Aún sentía un cosquilleo en las mejillas cuando dio la vuelta a la caseta y gritó a través de la persiana metálica: «¡Liam!». Y al rato otra vez, todavía más alto: «¡Liam!».

Al ver que no recibía respuesta, regresó a la parte de atrás y se puso a trabajar.

Con la primera aplicación del disolvente, las letras parecieron desvanecerse. Tom pensó que podría borrarlas del todo y que cuando Liam volviera el lunes no vería nada salvo un muro impoluto. Sin embargo, después del éxito inicial, pronto resultó evidente que no lo conseguiría, que quedaría un rastro desvaído, con los bordes difuminados, como un halo, y que las palabras serían tan visibles como el hecho de que alguien había intentado hacerlas desaparecer. Se puso a frotar con más fuerza, dedicándole a cada letra minutos enteros. Respiraba cada vez más agitado y, a medida que los hilillos rosados del disolvente se deslizaban por la pared, volvió a verse en la ducha de los Davey, restregándose con la esponja, sangrando, tratando de eliminar cualquier mancha.

31

Una semana y una victoria después, cuando subió al marcador el cuarto gol y los seguidores del Town volvieron a enloquecer, una protesta empezó a extenderse débilmente por el estadio del Barnet. Algunos hinchas de la tribuna principal se pusieron de pie por primera vez en todo el partido, con las bocas contraídas formando unos pequeños círculos arrugados, como si estuvieran lanzando varios millares de besos.

Un cincuentón con una camiseta del Barnet en cuyo dorsal llevaba pegado su nombre se llevó la mano al bolsillo consternado y sacó su abono. El adolescente que tenía al lado levantó la mirada y vio cómo se ponía a agitar la funda de plástico amarilla por encima de su cabeza. Al chocar, las solapas de la funda produjeron un leve palmeteo. A continuación, el tipo soltó un gruñido, trastabilló en el estrecho escalón de su fila y tiró la funda al campo. Ésta describió una parábola, revoloteó por encima del graderío y acabó cayendo a poca distancia de la hierba. Con la excepción de su hijo, que lo ignoró de inmediato, nadie pareció darse cuenta.

—¿Qué coño se creen? —dijo sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Que nos gusta pagar por esta mierda todas las semanas? ¿Que nos divierte venir a ver cómo nos destroza un equipo de maricones?

Todavía de pie, negó con la cabeza y se quedó mirando la funda, que había ido a parar a la zona de calentamiento. Por detrás de él, el público empezó a quejarse.

—¡Siéntate ya, colega! —le gritó alguien.

Y él obedeció.

Un reserva del Barnet reparó en el abono y se agachó para cogerlo. Estudió la foto del tipo mofletudo y con gafas y levantó la vista para mirar al público. Después de recibir un aluvión de chistes e insultos gratuitos, se acercó a un agente de seguridad y le dio la funda. Su propietario lo estaba observando todo desde la grada. Se quedó sentado en silencio y en el descanso —bien fuera porque se arrepintió de lo que había hecho o porque de pronto pensó que no tenía nada mejor con que ocupar las tardes de los sábados— bajó para que el agente de seguridad le devolviera su abono.

Sin embargo, cuando el Town marcó el quinto gol, volvió a ponerse de pie. Richards, que había tenido que aguantar durante toda la primera parte los improperios de dos hinchas rivales, empujó el balón dentro de la portería y cruzó el campo para celebrarlo delante de sus detractores. Al verlo, el tipo del abono pegó un salto y gritó: «¿Sabe tu novio que estás aquí?!», a continuación se echó a reír y se volvió hacia su hijo, que estaba mirándose los pies con gesto hosco. Los dos detractores de Richards escucharon el comentario. También se levantaron, intercambiaron unas palabras y se pusieron a cantar: «¡A por vuestro jardinero, vamos a por vuestro jardinero...!»». Algunos seguidores locales situados en el fondo empezaron a repetirlo y durante un paréntesis corto pero muy animado resonó por todo el graderío. Cuando los seguidores del Town se fijaron en lo que decían, los aplaudieron irónicamente, pero no se les ocurrió nada que contestar.

Tom no sabía si Liam habría oído ese cántico. Se entonaron otros a mitad de semana, en casa, pero, cuando vio al ayudante de jardinero en la tribuna para minusválidos con el equipo de becarios encargado de reparar el césped, supuso que Liam no había ido a ver el partido.

No había escuchado ninguno de los mensajes que le había dejado en el contestador. De vez en cuando le mandaba también algún mensaje de texto para pedirle que lo llamara, pero él los borraba todos. Los del contestador, sin embargo, seguían ahí: un buzón entero que no paraba de crecer, almacenado en una carpeta recóndita de su móvil.

Cuando su hermana lo llamó, le dijo que Liam llevaba algún tiempo sin ponerse en contacto con él. Estaban guardando las distancias, le explicó las tres veces que habló con ella la semana en que por fin supo lo que estaba

pasando. No le contó cómo se había enterado y él no se lo preguntó, por miedo a que hubiera sido a través de su padre, aunque aquel tema no había salido en ninguna de las cortas conversaciones que había mantenido con él. Su hermana le dijo que estaba pensando en bajar a verlo.

—No hace falta. Todo va bien.

—¿Cómo es posible que vaya todo bien?

—De verdad que sí. De hecho, las cosas me están yendo mejor que nunca. Salgo de titular en todos los partidos.

—Vi los mensajes del foro, Tom. Eran muy desagradables. Fergus consiguió acceder a él después de que lo cerraran. —Y, tras el silencio que se produjo a continuación, añadió—: No sabe que el jugador del que hablan eres tú, por cierto; no se lo he contado.

Pero a Tom lo recorrió un escalofrío al darse cuenta de que otra persona —una a la que no conocía, una con una enfermedad mental— lo sabía. Estaba enfadado consigo mismo por habérselo contado a su hermana, por haberlo contado, de hecho, daba igual a quién. Había sido un error, ahora se daba cuenta.

—Te lo digo en serio, Rach. Estoy bien.

—¿Y Liam?

—También.

—¿De verdad? Está solo y le están dando palos por todas partes. Tampoco es que yo sea la mejor persona para dar consejos de pareja, pero te puedo asegurar que te necesita. Es tu novio.

Incluso después de que su hermana colgara, la palabra se quedó flotando desagradablemente en el aire, obligando a Tom a retroceder espantado cada vez que la oía en su cabeza.

Una mañana, apareció un pene recortado en el césped, de un modo tan misterioso y espontáneo como uno de esos círculos que brotan en los cultivos. Como la figura no podía distinguirse a ras de suelo, al principio — durante el desayuno y la reunión del equipo— nadie se dio cuenta. No lo descubrieron hasta que Easter y Curtis subieron al almacén que había encima

de la cafetería para coger unas esterillas, y a los pocos minutos ya estaban todos apretujados dentro de aquella sala estrecha, tratando de echar un vistazo por la ventana agrietada. En la mitad del campo más cercano a las oficinas se veían unos genitales completos —el glande, el tronco y el círculo perfecto de los dos testículos— recortados y perfilados con una línea de pintura blanca.

Entre el nerviosismo generalizado, todos se volvieron hacia Bobby.

—Oye, en serio, no me miréis a mí. Es obra de un genio, pero no he sido yo.

Se miraron los unos a los otros, deseosos de aclamar al gamberro, pero nadie dio un paso al frente. Era un misterio. Salieron en tromba del almacén y luego del edificio para inspeccionar el dibujo más de cerca.

El equipo técnico decidió aprovecharse del hallazgo para ponerlos a correr alrededor de la figura e hicieron la vista gorda a un pequeño ritual, iniciado por Jones, según el cual todos los jugadores tenían que besar la punta del pene cada vez que daban una vuelta completa, de manera que, al terminar el ejercicio, en torno a la parte del falo que lindaba con la línea de banda más lejana apareció un manchurrón húmedo.

Varios jugadores, los pocos que seguían en la cafetería después de comer, decidieron quedarse para ver cómo arreglaba el césped Liam. Se asomaron a la ventana y lo vieron salir —por primera vez en todo el día— de la caseta, arrastrando la cortadora hasta la zona que había sufrido el ataque. Tan absortos se quedaron con el espectáculo —tan conmovidos, de hecho— que ninguno de ellos pronunció una sola palabra. Después del revuelo que produjo la aparición intempestiva de ese pene enorme, después de lo extrañas y agitadas que habían sido las últimas semanas, había también algo tranquilizadoramente cotidiano en ver al jardinero trabajando con paciencia en la hierba, recortándola para igualarla, rociándola y frotándola con una sustancia para retirar la pintura blanca.

Circularon un montón de rumores sobre quién podría ser el responsable de aquello. Se dijo que había sido un seguidor rival. Un exjugador, el exjugador. Algunos apuntaban incluso al propio jardinero porque, ¿quién sino él podría haberlo hecho tan bien? Se mencionó al ayudante de Liam y surgió la teoría de que los dos eran gais y habían tenido una pelea.

Imaginaron que habría más gamberradas, pero como no se produjo ninguna trataron de urdir las suyas propias, lo cual suponía, en la mayoría de los casos, volver a su repertorio de bromas trilladas: golpear la persiana metálica de la caseta, esconder la ropa de alguien mientras se duchaba, dejar alguna revista de porno gay en el parabrisas del jardinero o en el de otro jugador. Cada payasada, cada chiste, los unía y los protegía más. La sensación constante de que se estaban riendo de ellos en las gradas, en internet, en los vestuarios —cosa que sabían por sus antiguos compañeros— cohesionó al grupo aún más, al tiempo que generaba en ellos una necesidad urgente de reaccionar. También se estrechó el vínculo entre el equipo y los seguidores, cuya capacidad de resistencia se vio apuntalada por una racha de victorias tan sorprendente que para principios de octubre ya eran líderes con tres puntos de ventaja.

Después de una reunión corta pero tensa entre la junta directiva, Peter Pascoe y el jefe de deportes del periódico local, la hinchada del Town fue elogiada por su apoyo inquebrantable al equipo, y el presidente, el entrenador y un grupo cuidadosamente seleccionado de jugadores destacaron también el importante papel que tenían los aficionados en las victorias. El club, sin embargo, se negó a hacer más comentarios a la prensa nacional. Se anunció la creación de un nuevo foro, supervisado por el club, y la bandera multicolor fue retirada de la grada para minusválidos sin que nadie se enterase.

La decepción inicial por no quedar emparejados con algún equipo grande en la tercera ronda de la Copa de la Liga quedó rápidamente superada gracias a la victoria aplastante en Colchester con la que se llevaron la eliminatoria. Tom marcó de cabeza el cuarto y último gol de un partido en el que Bobby consiguió su primer triplete como jugador profesional. El chaval se vio tan superado por todo lo que ocurrió al término del encuentro —los apretones de mano con los jugadores del Colchester, el abrazo con Wilko y el equipo técnico y los choques de puños con los hinchas— que salió corriendo del campo y se olvidó de coger el balón. Cuando el árbitro entró en el vestuario diez minutos más tarde para dárselo, Bobby cruzó la sala para recogerlo —ignorando las risitas que se oían en mitad del silencio— con el mismo gesto de solemnidad reverencial de un niño que recibe la visita de Papá Noel. Lo

guardó debajo del brazo durante el tentempié que se ofreció después del partido y, a pesar de las muchas veces que intentaron arrebatárselo, lo conservó en su regazo a lo largo de todo el viaje de vuelta en autobús.

A la tarde siguiente, el presidente invitó a todo el equipo a ver el sorteo de la cuarta ronda en la sala de jugadores. Ofreció barra libre y un bufé de platos indios. Se congregaron en torno al televisor y, al ver cómo introducían la bola con el número dieciséis en el bombo, los jugadores, el presidente y el equipo técnico se pasaron un brazo por los hombros unos a otros. Los dos exfutbolistas elegidos para sacar las bolas empezaron a bromear cuando se dieron cuenta de que uno de ellos se había olvidado una en la bolsa. Las removieron y cogieron una. El primer equipo en salir fue el Town. Les tocó jugar en casa contra el Tottenham Hotspur. Todavía abrazados, el semicírculo que formaban empezó a dar botes y a pegar unos gritos de alegría que pronto convergieron en un solo cántico: «¡Traednos al Tottenham, traednos al Tottenham!». Algunos seguían todavía saltando por la sala unos minutos después, mientras la mayor parte del equipo estaba con sus móviles, hablando o escribiendo. Tom tenía ya algunos mensajes de su padre, de Kenny, de John y de un antiguo compañero de la academia: «¡Otra vez en todo lo alto, colega!». Se puso al lado de la ventana que daba al terreno de juego. Contestó a su padre y, después de pulsar el botón de enviar, se quedó esperando unos instantes con el móvil en la mano.

Cuando volvió a la jarana que se había montado en la barra, Beverley se acercó a él corriendo. Le pasó un brazo por el hombro.

—Estoy flipando, tío. Nunca he jugado contra un equipo con ese nivelazo. Pensé que ya no me pasaría nunca.

Más allá de la oreja de Beverley se encontraba Easter, alejado del grupo, hablando con el camarero: «... en su academia si me hubiera dado la gana». Tom vio que el camarero asentía con la cabeza y que a continuación se alejaba para repartir unas botellas de cerveza entre el numeroso gentío que aguardaba frente a la barra, mientras Easter se daba la vuelta y echaba a andar hacia la salida. Beverley soltó a Tom para chocar los cinco con Richards. Tom volvió a sacar el teléfono y miró la pantalla. Cuando se lo metía otra vez en el bolsillo, Boyn se subió a Bobby a los hombros y empezaron a dar botes

por la sala. Boyn —que a punto estuvo de tirar a Bobby sobre una mesa de lo mucho que se balanceaba— estaba cantando algo que nadie pudo entender hasta que Bobby lo escuchó y empezó a repetirlo a voz en grito y sin aparente reparo: «¡Antes marica que judío, antes marica que judío...!».[7] Beverley fue como una exhalación a unirse a ellos y, por un momento, el cántico se volvió más fuerte. Sin embargo, cuando el director deportivo se dio cuenta de que algunos jugadores estaban grabándolo con los móviles, se acercó apresuradamente para decirles que parasen.

Bobby volvió a marcar en el siguiente partido de liga y ese mismo día fue seleccionado entre los candidatos a jugador del mes. Cada vez destacaba más como líder, tanto en el campo como en el vestuario. Medía casi tres centímetros más que cuando llegó al club. Y era más fuerte. Se había estado machacando en el gimnasio todos los días desde que había acabado la temporada anterior y ahora era uno de los jugadores que más en forma estaban del equipo, y esa nueva fuerza física lo hacía sentirse más confiado. Quería siempre la bola, iba a buscarla, gritaba con todas sus fuerzas para que se la pasaran incluso cuando Jones estaba cerca, porque él era —todo el mundo lo sabía— el jugador clave del equipo. Los ojeadores habían empezado a interesarse por él, incluido uno de la selección escocesa subdiecinueve al que se había visto en los dos últimos partidos. Sus «maduritos con pasta», dijo en broma el propio Bobby antes de que se le ocurriera a nadie.

Con Yates fuera del equipo y Easter marginado, los otros empezaron a considerarlo el bromista oficial del grupo. Además, como se estaba convirtiendo en un jugador con verdadero potencial y probablemente no seguiría en el Town al término de esa temporada, solía tratársele con el mismo respeto y la misma consideración que a un capitán, y ello a pesar de que debía cantidades de dinero considerables a varios compañeros.

Sam Spencer, el otro jugador que procedía de los juveniles, trataba de mantenerse lo más cerca de Bobby que podía. Hablaba poco, pero las mañanas que llegaban juntos en el coche de Bobby desde el apartamento que

compartían era habitual verlos hablando en la sala de descanso antes de que llegaran los demás, y, en las raras ocasiones en que viajaba con el equipo para jugar algún partido fuera de casa, a veces lo admitían en el reducido grupo que se pasaba los trayectos enteros jugando a las cartas y apostando con Bobby. El resto del tiempo acostumbraba a estar solo. Un día, sin embargo, Bobby se quedó en el campo después del entrenamiento para hablar con Wilko y cuando Spencer lo vio al cabo de un rato cruzando el vestuario para hablar con él, puso cara de auténtica sorpresa, de gratitud casi.

—¿Todo bien?

—De maravilla.

Bobby se quedó delante de él y poco a poco fue sacando el cepillo y la lata de betún que tenía escondidos detrás de la espalda.

—Agarradlo.

Los cuatro o cinco jugadores que estaban más cerca de él se abalanzaron sobre el chaval y lo tiraron al suelo. Cuando lo tuvieron completamente sujeto e inmovilizado bocabajo, vieron que una línea roja le atravesaba la espalda justo en la zona que se había rozado con el banco. Le bajaron los pantalones. En mitad de la refriega, apareció una mano —la de Beverley— para apretarle la cabeza contra las baldosas y evitar que la levantara.

Tom se vio sujetando el tobillo de Spencer. Ayudó a que le dieran la vuelta y le agarró con las dos manos el pie, imitando los movimientos que hacía al otro lado Easter, cuya mirada de complicidad casi diabólica prefirió evitar. Spencer empezó a retorcerse de nuevo, y a Tom empezó a resultarle difícil seguir agarrándolo, así que volcó todo su peso sobre la planta del pie y, al hacerlo, pudo oírse entre los chillidos y los gemidos un grito de dolor que lo obligó a aflojar un poco la presión. Bobby se puso de rodillas sobre su compañero de piso y les indicó a Tom y Easter que le abrieran las piernas. Cogió el pene de Spencer —con una destreza que a Tom le heló la sangre— y lo apartó para poder echarle el betún en los testículos.

—Bob. Bob, por favor, déjame en paz. Bob, por favor.

Tom observó el rostro serio y concentrado de Bobby, la precisión con la que manejaba el cepillo, sin que al parecer le molestara lo resbaladiza que estaba la piel ni tampoco los gritos desgarradores que resonaban entre las

baldosas del vestuario. «No pusiste tanto cuidado cuando pintaste la caseta, hijo de puta», pensó Tom mientras apretaba el pie de Spencer contra el suelo con más fuerza y deseaba que ese dolor imparable e intenso fuera suyo.

—¡Se le ha puesto dura! —gritó Beverley—. ¡Mirad, se le ha puesto dura!

Y era verdad, o casi. Bobby dejó de frotar con el cepillo la parte inferior del pene de Spencer, que se quedó tieso un par de segundos antes de desplomarse con un palmeteo húmedo sobre la pelvis. Los ruidos en el vestuario aumentaron. Los jugadores se apartaron de un brinco; también Tom, completamente horrorizado. Spencer, sin embargo, no parecía ser consciente de su triste erección. Las costillas, pequeñas y estrechas, le empujaban hacia arriba el pálido pecho. Tenía una de las patillas cubierta de mocos. Por debajo de él, un hilillo de sangre corría por las baldosas y se iba diluyendo con rapidez entre los restos de agua que habían dejado cuarenta pies al salir de las duchas.

Los días siguientes transcurrieron alegres y relajados. Con la eliminatoria contra el Tottenham a sólo dos semanas y la moral del equipo alta, las bromas eran constantes y se hacían sin miramientos. Parecía haberse restaurado un cierto orden, con Sam Spencer en su base. Al principio lo llamaban de todo, pero con el tiempo se quedó con un único calificativo: maricón. El deslizamiento de esas sílabas lo acompañaba allá donde fuera y, como nadie salvo Bobby tenía motivos para llamarle algo así, cada vez que se lo soltaban en la línea de banda o resonaba en un pasillo, el término iba despojándose de todo significado. Bobby se reía, pero no participaba de todo aquello. Empezó a sentarse con Spencer en la cafetería antes de llevarlo de vuelta a casa, y Tom se preguntaba de qué hablarían cuando estuvieran allí, si es que llegaban a hacerlo.

Aunque Tom tampoco tomaba partido en las bromas, salvo de vez en cuando y por razones estratégicas, el hecho de que Spencer fuera el centro de atención le permitió relajarse en presencia de sus compañeros mucho más de lo que había sido capaz en el mes y medio que había pasado desde su regreso

al equipo. Cada vez se integraba más en los corrillos que se formaban alrededor de los móviles o para contar algún chiste. Se lo veía más en la cafetería. Una tarde, de hecho, decidió seguir allí con unos cuantos después del almuerzo. Beverley se acercó al termo del té para servirse una taza y volvió con otra para él. Cuando Richards y Lloyd-Day se marcharon, se quedaron solos.

—Tío, sabes que no digo nada de todo eso en serio, ¿verdad? —empezó Beverley.

Aunque entendía muy bien lo que estaba intentando decirle y ya se había puesto a pensar en cómo poner punto final a la conversación, Tom frunció el ceño y se hizo el distraído.

—Todas las chorradas que le decimos a Spencer. No quiero ofenderte. Es sólo para echarnos unas risas. No significa nada.

—Lo sé.

—Seguramente, la mitad de ellos no tienen intención de ofender, ni siquiera saben lo que dicen. Lo único que saben es que tienen que hacerlo. No sé si me entiendes.

Lesley asomó la cabeza por la cocina para ver si había alguien en la cafetería y, al verlos, sonrió.

—¿Va todo bien, Tommy?

—Sí.

—¿De verdad?

Tom asintió con la cabeza.

—Todo esto de llamarlo *marica* —continuó Beverley en voz más baja— no es nada. Es sólo una palabra. Lo sabes, ¿no?

—Sí, lo sé. No hace falta que hablemos de ello.

Y, en efecto, lo entendía. Lo que significara o dejara de significar no le importaba en absoluto. Oír esa palabra se había convertido en algo tan normal para Tom que había dejado de pensar en ella y, si lo hacía —asaltado de repente por la imagen de aquella erección bituminosa—, era con una especie de superioridad moral y desprecio hacia Spencer, un sentimiento que, aunque no quería explorar a fondo, sabía que en su cabeza estaba relacionado con Liam. Algo en el vacío que separaba esas dos humillaciones —la de Spencer

y la de Liam— parecía al mismo tiempo conectarlas, un hecho que las bromas del equipo le recordaban a diario.

Liam llevaba casi una semana sin aparecer por el estadio o los campos de entrenamiento. La noche antes de la iniciación de Spencer, Tom recibió una avalancha de llamadas perdidas y mensajes suyos y un par más a la mañana siguiente, pero desde entonces no se había puesto en contacto con él. Aun así, seguía sin escuchar sus mensajes de voz. A veces dejaba que el deseo de escucharlos creciera para ver si era capaz de aguantar y sentía una energía renovada siempre que lograba dejarlos donde estaban, olvidados en el interior de su teléfono.

Spencer no se presentó al entrenamiento el viernes antes de un partido en casa. Tom sabía que no volverían a verlo. Durante una pausa entre los ejercicios, se acercó a Bobby para preguntarle si había oído algo.

—Se ha ido, tío.

—¿Para siempre?

—Sí. Wilko le ha arreglado algo con un club en algún sitio, en la liga regional creo, pero lo ha rechazado. Dice que quiere dejar el fútbol. Llegaron a un acuerdo para rescindir su contrato. Pero me apuesto lo que quieras a que lo han puteado. El chaval ni siquiera tenía agente.

Al escuchar la indiferencia con la que hablaba Bobby, en el interior de Tom se desató una furia ciega. Le entraron ganas de preguntarle por el dinero que aún le debía, sólo para avergonzarlo, para dejarlo en evidencia delante de los demás. Un balón llegó rodando desde uno de los campos. Bobby lo paró con la suela y lo devolvió de un puntapié.

—Probablemente sea lo mejor para él —dijo Tom.

—Sí, probablemente.

Los demás, en caso de que hubieran llegado a darse cuenta de la marcha de Spencer, se mostraron igual de insensibles. Querían olvidar el asunto, querían olvidar el periodo extraño que acababan de atravesar y, en cierta manera, ya lo habían hecho. Al mismo tiempo, tenían la sensación de que la gente ya no los observaba. La prensa había perdido de repente todo el interés en ellos y aunque en el último partido fuera de casa se percataron de algo parecido a un cántico, murió mucho antes de que los hinchas del Town

podrían oírlo. Para la plantilla, los aficionados y la junta directiva, todo volvía a ser como debía ser: incuestionablemente normal.

A Tom lo despertó el teléfono en el piso de abajo. Como últimamente se estaba despertando con el viejo reloj que conservaba de su paso por la academia, se había acostumbrado a dejar el móvil en la sala de estar. Su primera reacción fue enfadarse con su padre o con Rachel por fastidiarle las diez horas de sueño. Sin embargo, cuando lo oyó una segunda vez, y luego una tercera, clavó la mirada en el techo, dejó la mente en blanco, respiró hondo y trató de visualizar las jugadas en las que había participado la tarde anterior. Dejó de sonar al quinto tono. Cuando se dio cuenta de que no podría volver a dormirse, Tom intentó recuperar la compostura y se levantó de la cama.

Se obligó a entrar en la cocina sin mirar el teléfono. Se preparó el desayuno: un vaso de leche de cabra pequeño, una tortilla de dos huevos con queso también de cabra y un paquete de piña troceada, una combinación que le había copiado a Beverley porque era fácil de preparar y él necesitaba comer nada más levantarse. Podía ver el teléfono en la mesa del salón mientras comía de pie al lado de la encimera. Cuando terminó de desayunar, se acercó al fregadero y llenó la regadera. A continuación, cruzó la cocina y se acercó al alféizar de la ventana para ver cómo estaban sus cactus. Apretó la tierra de cada uno de ellos con el dedo y les fue echando una cantidad diferente de agua. Cuando estaba a punto de salir del salón otra vez, el teléfono sonó de nuevo y el ruido de la llamada lo hizo flaquear. Se acercó y vio que era su padre.

—¿Te encuentras bien?

—Aquí voy, tirando.

—Te espera una tarde de las grandes hoy, ¿eh?

—Pues sí. Oye, ¿está mamá?

—No ha vuelto todavía. Acaba en la clínica a la hora de comer. Saldremos para allá en cuanto terminemos.

—¿Y Rachel?

—Sí, claro. Tu hermana está histérica. Acaba de bajar de su cuarto. Dice que está deseando ver a unos jugadores de los que no ha oído hablar.

—Qué graciosa.

—¿Se han agotado las entradas para esta noche?

—Lleno hasta la bandera. La mejor entrada en la historia del club. En el periódico dicen que viene gente de todas partes. Incluso un tío de Australia.

El padre se quedó callado, y Tom se preguntó si estaría anotando todos esos detalles.

—Pensé que saldríais en *Focus* este fin de semana. Que harían una previa del partido o algo así, pero al final no han sacado nada. —Se volvió a quedar callado unos segundos—. En realidad, llevo dos meses pensando que en cualquier momento hablarían de vosotros. Pero supongo que, si no lo hicieron cuando el lío aquel que tuvisteis, ya se ha pasado el momento.

A Tom se le cansó el brazo. Lo estiró y se cambió el teléfono de oreja. Había temido la llegada de ese momento durante cada una de las llamadas que le había hecho su padre desde la publicación del artículo. Para evitar que sacara el tema, él trataba siempre de cortarlas con alguna excusa y le decía que tenía que irse a comer, o que Wilko les había pedido que llegaran antes al entrenamiento, o que había obras en la carretera camino del estadio. Esa mañana, sin embargo, se sentía tranquilo. No tendría que mentirle porque ya no había nada que decir.

—Sí, yo también creo que se ha pasado.

—Vaya periodo más raro, ¿verdad?

—Sí, un poco.

—¿La moral sigue alta en el equipo?

—Mejor que nunca. Por las nubes. En realidad, se hizo una montaña de un grano de arena. Nosotros tenemos la cabeza puesta en el fútbol.

—Eso está bien. Wilkinson es un entrenador muy listo.

Y, al darse cuenta de que su padre no estaba tratando de evitar ningún tema, el cerebro de Tom se vio inundado por una luz potente gracias a la cual pudo verse con absoluta claridad tal y como lo veía su padre, tal y como lo veían los demás.

—Ya podéis seguir ganando para que no os lo quite otro equipo —dijo el padre.

—¿Y no sería culpa suya si empezáramos a perder?

—Pues mira, ahí llevas razón —dijo su padre, riéndose.

—Tengo que empezar a prepararme, papá.

—Muy bien. Yo debería ponerme con la comida antes de que llegue tu madre.

—Dale un beso de mi parte, ¿vale?

—Lo haré. Te vemos después del partido. Que tengas mucha suerte. Te quiero, hijo.

—Hasta luego, papá.

Apretó el teléfono con los dedos.

Se quedó mirándolo unos instantes. Inspiró hondo un par de veces, seleccionó la carpeta con los mensajes de voz y borró la bandeja de entrada.

—Estuvo bien anoche, ¿verdad?

—Sí, muy bien —contestó Liam.

—Me sentí otra vez como una adolescente que vuelve tarde a casa y va dando tumbos en la oscuridad para no despertar a su madre.

Había llegado poco después de las cuatro, más borracha de lo que había estado en años. Buscó a tientas el interruptor de la cocina pero, como no lo encontraba, se fue agarrando de la pared y luego de la encimera para llegar hasta el frigorífico y, finalmente, hacerse con el tirador. Al intentar abrirlo, tiró al suelo una lista de invitados que colgaba de la puerta, pero ella siguió feliz, perdida en su nube alcohólica, incluso cuando, al coger una tabla de quesos extranjeros, se acordó de que Robert estaba en casa, en la cama con su madre; y también Tyler, en la cuna de su antigua habitación. Sin embargo,

cuando abrió la puerta con cuidado y entró de puntillas, no lo vio. El pánico la despejó de golpe. Trató de acomodar la vista a la oscuridad y de pronto lo distinguió, dormido en la cama, acurrucado junto a su madre. Se acercó, los besó, volvió a poner a Tyler en la cuna y se fue a dormir. A la mañana siguiente, Leah se enteró de que el pequeño se había pasado despierto media noche.

—¿Viste muy cambiado el Hut?

—¿Cambiado? ¿Estás de coña? Lo único nuevo que hay es un espejo en el baño de hombres. El otro lo rompieron. De un cabezazo. ¿Qué tal te encuentras?

—De pena. Tendrías que probar lo que es estar de resaca con un niño pequeño. ¿Y tú?

—Bien. Aguantando. Intentándolo al menos.

Robert entró en la cocina, la vio sentada a la mesa y le guiñó un ojo. Había bajado a comprarle una botella grande de coca-cola *light*. Leah lo vio acercarse al armario para sacar un vaso.

—Tu madre sigue con Tyler en el parque —dijo con un susurro histriónico mientras le servía un vaso y se lo llevaba a la mesa.

—Gracias, Robert.

Cuando se fue a la habitación de su madre tarareando, Leah se preguntó si se habría comportado con ella de la misma forma en caso de que tuviera dieciséis años, si le habría llevado una coca-cola *light* para que se le pasara la resaca o si, por el contrario, le habría gritado y la habría arrinconado en una esquina hasta que hubiera empezado a llorar y a pedir perdón y a vomitar sobre la alfombra.

—Me gustaría pasar a verte luego, antes de que te vayas.

—No hace falta.

—Ya, pero a mí me apetece —dijo ella—. Mi madre está todavía con Tyler y debería dejarla descansar por la tarde, pero puedo pasar a verte cuando acueste al niño. Un rato aunque sea. Tampoco quiero molestarte.

—A esa hora estaré con mis padres. Mi padre vendrá conmigo esta noche.

—Pues entonces iré a casa de tus padres.

A medida que se internaba en la ciudad, el tráfico iba volviéndose más denso. Se le había olvidado por completo el partido de copa. Puso algo de música y continuó su lento avance por el centro. Por delante de ella, unas bufandas largas e impolutas colgaban de las ventanillas traseras de un BMW todoterreno que se había incorporado al tráfico en una de las entradas de la costa. Se acercó un poco y vio las cabezas de dos niños que cantaban y daban palmas en el asiento de atrás. La fila de coches se arrastró despacio por delante de una terraza llena de seguidores del Tottenham que no paraban de beber, reír y gritarse los unos a los otros bajo el haz de luz dorada que proyectaba un árbol iluminado. A la mente de Leah volvió el torbellino de risas y cuerpos sudorosos de la noche anterior, la reacción de alegría de sus amigos cuando se lo contó.

—Vale, a ver si lo entiendo —dijo Mark—. Primero éste nos dice que es gay y a los dos minutos vas tú y nos cuentas que acabas de dejar a tu marido. ¿De verdad esperáis que nos creamos que no estáis teniendo un lío?

Luego, después de que obligaran a Liam a entrar en la discoteca, Mark y Shona se los cruzaron en el pasillo que conducía al baño —donde ella y Liam se habían quedado para hablar sin que los molestara el ruido del local— y les guiñaron un ojo. Liam estaba apoyado en ella, completamente borracho.

—¿Cómo te sientes después de contárselo a éstos?

—Bien. Pensé que me sentiría rara o culpable, pero qué va. Me siento completamente normal.

—Porque has tomado la decisión correcta.

—Lo sé.

—Y porque él es un gilipollas.

Leah apartó la cara.

—No empieces, Liam.

Un grupo de chicas cruzó el pasillo, y Liam se pegó a ella para dejarlas pasar.

—Vale, perdona. Pero ¿por qué has tardado tanto en decírselo?

Leah se encogió de hombros.

—Mira quién fue a hablar —dijo.

—Vale, llevas razón.

—Supongo que estaba esperando a que llegara el momento oportuno. Tampoco es que hable mucho con ellos por teléfono.

—¿Insinúas que no los llamas cada cinco minutos para preguntarles si han comido bien, si se han puesto ropa limpia y si han ido al baño?

—Déjalo, anda —dijo Leah.

Y, mientras miraba su rostro sonriente y cansado, por un momento se le pasó por la cabeza decirle la verdad. Pronto comprendió, sin embargo, que no tenía sentido, que lo arruinaría todo. Y, además, Mark y Shona habían salido ya del baño y se dirigían hacia ellos.

—¡Eh, tortolitos —gritó Mark—, no os quedéis atrás! Gemma está en la barra. Vamos a pedir unas sambucas negras. Venga. Si esto es una despedida, será mejor que lo hagamos por todo lo alto.

El BMW giró para meterse por una calle secundaria. Cuando pasó por delante, Leah echó un vistazo y pudo ver el estadio iluminado al fondo. La tribuna principal se elevaba por encima de los edificios. No pudo evitar acordarse de que Chris estaba allí. Casi podía verlo en la sala, con el resto de los jugadores no convocados, sonriendo a los miembros de la junta y a los patrocinadores. Tratando de poner buena cara. De pronto, la determinación que había tomado —y que tan firme le parecía anoche— empezó a debilitarse. Tenía que ser fuerte, se dijo. Era absurdo que tratara de tranquilizarse pensando que a Chris le iba a ir bien. Sólo lo hacía porque necesitaba alguna prueba de que había hecho lo correcto. La semana anterior, durante uno de sus berrinches, Tyler empezó a llamarlo a gritos: «¡Papi, ¿dónde *ta* papi?! ¡¿Dónde *ta* papi?!». Cuando por fin consiguió calmarlo, Leah fue a su habitación y se echó a llorar. Con el pequeño viendo la tele y su madre fuera, dejó que las lágrimas brotaran y se dio cuenta entonces de que ésa era la primera vez que Tyler se percataba de su ausencia. Y recordó también que lo había oído gritar alguna que otra vez lo mismo —«¡¿Dónde *ta* papi?! ¡¿Dónde *ta* papi?!»— cuando Chris estaba en casa.

En ese momento, sin embargo, no se encontraba en la sala de jugadores, sino

en el vestuario. A Wilko no le gustaba crear divisiones. Estaban todos juntos en aquello, como un solo hombre: los titulares, los lesionados, los no convocados y los sancionados. Estaba sentado debajo de un perchero en el que no se había colgado ninguna camiseta durante los últimos nueve meses, observando. La mayoría de los jugadores que tenía alrededor guardaban silencio. Otros, con los cascos puestos, parecían atravesados por una suerte de corriente nerviosa, como si el vestuario se hubiera convertido en una discoteca llena de futbolistas pegando brincos dentro de sus mundos interiores.

Wilko se aseguró de mencionarlos a él y a Curtis en su charla para que no cupiese duda de que contaba con ellos. Elogió su compromiso y su contribución al conjunto. Easter miró primero a Jones y a Bobby, que estaban sentados muy juntos enfrente de él, luego recorrió con los ojos el círculo de caras que se había formado alrededor del vestuario y pudo notar en ellas esa hambre y esa fe propia de los equipos que van a subir. A continuación miró a Tom, que estaba escuchando con atención al entrenador. Como si hubiera notado que alguien lo observaba, Tom levantó la vista, le dedicó una rápida sonrisa y se volvió otra vez. Easter se estrujaba las rodillas con las manos mientras lo contemplaba, retándolo a que le devolviera la mirada, a que lo observase directamente a los ojos y admitiera su culpa. Pero estaba demasiado embebido en las palabras de Wilko: que lo dieran todo, que no pensarán sólo en lo que significaba ese día, que salieran a divertirse.

Todo el mundo asentía con la cabeza. Se dio cuenta de que incluso él estaba asintiendo. Podía oír a los jugadores del Tottenham saliendo del vestuario y se preguntó si Wilko sabía que él tuvo la oportunidad de jugar allí. Se la ofrecieron y prefirió rechazarla. Por primera vez reparó en que, de haberse ido, nunca habría conocido a Leah, aunque ya no sabía si eso significaba que había tomado la decisión correcta. Trató de imaginársela. Trató de imaginarse a la chica que había conocido en una fiesta del instituto —esa chica que no paraba de sonreírle, que se lo comía con los ojos y acabó metiéndolo de un empujón en el baño de la casa de Katie Wheelwright—, pero por mucho que intentaba evocar una imagen de Leah de joven, o ahora con Tyler, no lograba fijar en su mente ninguna, ni de ella ni de los dos

juntos; sólo conseguía verla al lado del jardinero marica.

Wilko estaba al otro lado de la sala dando instrucciones y ánimo a Jones y Bobby. El primero le dio al segundo una palmada en el muslo. Easter cerró los ojos. No era parte de aquello. Del conjunto. Allí no era nada. Trató de concentrarse en la visión de su propio futuro que se le estaba presentando ante los ojos. El contrato que expiraría a final de temporada y lo situaría de nuevo en el mercado para que, con suerte, lo fichase algún equipo regional más o menos lejos de su casa, de Leah, de Tyler. En cualquier caso, a ellos ya los había perdido. De eso no tenía dudas. Era absurdo luchar para recuperarlos. Aunque quisiera hacerlo, ya era demasiado tarde. Abrió los ojos. Encima de la cabeza de Jones vio una frase motivadora en la que no se había fijado —EL HOMBRE QUE LLEGA A LA CIMA NO HA CAÍDO EN ELLA— y, entre el ruido de los ejercicios respiratorios y los vapores del Reflex, se los imaginó a todos cayendo a la vez, con los brazos y las piernas entrelazados, un círculo de glúteos que se precipitaba a través de las nubes. Él, sin embargo, se separaba del grupo. Veía a los demás aterrizando suavemente en la cima, chocándose los cinco. Y, a medida que él seguía cayendo, sus caras se iban haciendo cada vez más pequeñas. Ellos lo miraban desde la cima con desprecio, ajenos al hecho de que era él quien los había estado protegiendo todo ese tiempo, que era él quien había estado protegiendo a la persona que tenía ahora delante y no se dignaba devolverle la mirada.

El sonido del timbre lo sacó de su ensoñación. Al oír ese zumbido eléctrico, sus músculos se pusieron en tensión, como si por un segundo hubieran olvidado que nadie iba a exigirles ningún esfuerzo.

Se quedó en el banco mientras los demás se ponían en fila en la puerta y daba comienzo el ritual de las supersticiones: «A por todas, a por todas...». Luego se levantó y recorrió la fila, cada rostro era un lienzo en el que se dibujaban los nervios y el miedo. Ashlee Richards, Bobby Hart —sereno y concentrado, un ejemplo de contención muscular—, Tom Pearman. Un grupo de jugadores jóvenes que chisporroteaba energía física y confianza, todos absolutamente seguros de que los aguardaba un futuro brillante. Se detuvo delante de Tom —sin darse cuenta de que le estaba dando la mano— hasta que el impulso de la fila se lo llevó. Easter los siguió hasta la penumbra del

túnel, que pocos segundos después —en cuanto los jugadores asomaron al terreno de juego— quedó inundada por el estruendo del público. Dejó que Curtis y el resto de los compañeros descartados se marcharan a la sala de jugadores y siguió allí hasta que se quedó solo, observando el agujero parpadeante que se veía al final del túnel.

Liam esperó al lado del coche de Leah en la bocacalle que había frente a la casa de sus padres, mirando hacia el estadio, tratando de entender las sucesivas oleadas de gritos que envolvían la cantinela de la megafonía y se elevaban por encima de ella. Estaban anunciando las alineaciones. Aunque era imposible distinguir los nombres, no pudo evitar intentarlo.

Leah lo miró por encima del techo polvoriento.

—Tienes un aspecto horrible, tío.

—Ya, pero me lo pasé bien —dijo, sonriendo.

No creyó que fuera a pasárselo bien. De hecho, ni siquiera pensaba ir al Hut, pero al final lo convencieron. Insistieron en que era una celebración doble, se lo pidieron de rodillas, empezaron a dar saltitos a su alrededor, a echarse encima de Leah, a pellizcarle el culo. «Después soy yo el amanerado», pensó, negando con la cabeza pero accediendo a entrar. Le daba miedo que alguien lo identificara, que alguno de los grupos ya borrachos que había en la pista de baile se pusiera de pronto a cantarle algo. Que le dieran una paliza. Que le hicieran alguna proposición sexual. Durante las dos primeras horas, hasta que empezó a relajarse, se quedó pegado a Leah en la barra y, aunque sabía que era imposible, de vez en cuando creía ver la cara de Tom entre la densa masa de cuerpos que bailaban.

—Y ahora, ¿qué? —dijo.

Leah frunció el ceño, como si no supiera muy bien lo que quería decir.

—¿Te refieres a mí?

—Sí, a ti.

—Pues cuando vuelva haré la cena para mi madre y Robert, y después hablaremos de los preparativos para la boda. Y mañana quedaré con Maria en algún momento.

Liam le tiró una hoja seca por encima del techo del coche.

—No me refería a eso, pero da igual. Supongo que es mejor ir partido a partido. —Y, al decir aquello, se acordó con tal intensidad de Tom respirando en su cuello que tuvo que apoyarse con las dos manos en el coche para no caerse.

El padre de Liam avanzaba por el jardín llevando dos barras de pan y una botella de dos litros de leche en la mano.

—¿Y esto? —preguntó Liam.

—Tu madre —dijo. Salió a la calle y abrió el maletero del coche—. ¿Estás segura de que no quieres tomarte una taza de té, Leah?

—No, tranquilo. Tengo que irme ya, gracias.

—Como quieras. Pero no te vayas sin despedirme —dijo, y entró de nuevo en la casa.

Leah se volvió hacia Liam.

—¿Has tenido noticias de él?

—No.

—¿Lo sabe?

—No tengo ni idea —contestó Liam, encogiéndose de hombros.

Leah extendió los brazos por encima del coche y él dejó que le cogiera la mano. El sello del Hut, que en la muñeca de ella apenas era ya una marca desvaída, destacaba con claridad en la suya.

—Voy a entrar a despedirme de tus padres.

La vio atravesar el jardín, luego se dio la vuelta hacia el estadio. Sus cuatro focos resplandecían en la oscuridad. Se quedó escuchando con atención y creyó distinguir el rumor de un cántico, una neblina amarillenta producida por millares de pulmones y gargantas que se dispersaba entre los tejados de los edificios. Desde donde estaba se veía parte del revestimiento metálico de la tribuna del río. Casi podía notar su textura. La suavidad de los paneles. Todas esas grietas en las que se había ido acumulando el polvo y el confeti. Las había recorrido tantas veces con la mano que sus dedos sabían de memoria dónde estaba cada remache y cada trozo de chicle seco; el pie del foco que sobresalía por la base del muro y se abría camino entre los ladrillos como si fuera la raíz de un árbol. El cemento desgastado al pie de las gradas,

brillante por las huellas de todos los que habían pasado por él al entrar, camino del bar, para celebrar un gol o para salir antes de tiempo cabizbajos.

Cerró los ojos y, como de la nada, le vino una imagen de Tom tumbado a su lado en una duna. Tocó el césped del terreno de juego. Al pasar la mano por esa superficie densa era capaz de anticipar cada hondonada y cada curva, cada cambio en la humedad; era capaz de percibir esa línea invisible al otro lado de la cual la hierba empezaba a crecer más débilmente bajo la sombra perpetua que proyectaba el fondo sur. Había marcas por todas partes, marcas que sólo él conocía. Las nervaduras endurecidas de todos los tubos que habían quedado inservibles. Las franjas de césped nuevo que brotaban en las zonas secas. Podía sentir la vida que bullía por debajo, su biología intrincada, y sabía que aquello era sólo suyo, que siempre lo sería, a pesar de que ahora su mano estuviera apretando el césped con menos fuerza, elevándose poco a poco de su superficie.

Leah rodeó el coche para acercarse a él. Cuando se puso a su lado, le cogió la cara con las manos, se inclinó y, sin pensárselo dos veces, lo besó en la boca. Al notar la presión de esos labios, la presencia de esa nariz extraña junto a la suya, Liam sintió que algo se liberaba en su interior. La estrechó entre los brazos, deslizó la mejilla por su cara y entonces vio a sus padres, petrificados al lado del rododendro. Liam se echó a reír. Y cuando Leah se volvió y vio a esa pareja de gnomos de jardín boquiabiertos, también a ella le dio la risa.

Un rugido procedente del estadio se extendió por la oscuridad.

—¿Me llamarás? —dijo Leah.

Liam se volvió hacia ella.

—Claro.

—Llámame mañana.

El padre de Liam estaba saliendo del jardín, cargado con paquetes de té, café, galletas, mantequilla, más pan...

—Por lo menos me quedo tranquila sabiendo que no vas a pasar hambre.

El padre metió todas las provisiones en el maletero y le cogió a la madre —

que acababa de aparecer detrás de él— un juego de sartenes y cazos.

—Pero ¿qué estáis haciendo? —dijo Liam—. No me voy de camping.

—Son unas cuantas cosas básicas —dijo su madre—. Para que vayas tirando hasta que puedas ir de compras.

—¿Cuándo te vas? —preguntó Leah.

—Ya mismo. Son casi tres horas de viaje, así que llegaremos ya tarde, pero no he quedado con el director hasta mañana a las once. Me va a acompañar mi padre, para hacer las presentaciones.

El padre se les acercó.

—Le propuse a Ian que comiéramos juntos después, espero que no te moleste.

—No, qué va. Así puedes dejarle claro que no voy a acosar a ninguno de sus alumnos —dijo Liam, y al instante se dio cuenta de que sus padres no estaban todavía preparados para ese tipo de humor.

—Nos pasaremos el rato recordando anécdotas del pasado. Será un aburrimiento. Pero si quieres vente, seguro que él estará encantado. Así lo conoces fuera de la universidad.

—Gracias, papá. Mañana lo vemos.

—Bueno —dijo Leah—, yo me tengo que ir.

Subió al coche. Se oyó otro rugido por encima de los edificios, esta vez más bajo, ahogado por el ruido que hizo el motor al ponerse en marcha. Sus padres se quedaron al lado de Liam y los tres la vieron alejarse.

—Muy bien, ¿vamos? —dijo el padre, abriendo la puerta de su vehículo.

—No hace falta que nos sigamos todo el camino, ¿no?

—No, podemos encontrarnos en alguna gasolinera para tomar un café. Te llamo al móvil.

Todo lo que había pensado decirle a su madre se perdió en el cálido abrazo que se dieron. No le hizo falta pronunciar una sola palabra. Ahora comprendía todas las escenas íntimas que había entrevisto en la cocina. Sin embargo, a diferencia de todos esos chavales, él no se iba de allí sintiéndose fracasado o perdido; lo único que quería era echarse a la carretera.

Casi podía sentir en el asiento contiguo la presencia de ese fantasma triste al que estaba dejando atrás.

—Que les den por culo, tío —dijo en alto.

Puso en marcha el motor y, mientras se despedía de su madre y arrancaba para seguir al coche de su padre, un extraño presentimiento se apoderó de él.

Estaba completamente metido en el encuentro, conectado con los cinco sentidos a su ritmo endiablado. Hacía las cosas sin pensarlas —fintas, regates—, una serie de jugadas que no solía intentar ni siquiera en los entrenamientos. El primer gol nació de un pase suyo, una devolución rasa a los pies de Munro, y, desde el empate del Tottenham, Tom fue la persona en quien sus compañeros depositaron todas sus esperanzas y a quien la multitud alentaba para que se pusiera al mando del equipo. Su nombre resonaba por los tres lados del campo. Cuando el árbitro pitó el final de la primera parte, Tom trató de no mirar hacia la fila donde sabía que encontraría el apoyo incondicional de su familia. A medida que una serie de pensamientos horribles, reprimidos, amenazaban con volver a su cabeza, la respiración de Tom empezó a agitarse. Echó a andar en dirección al túnel, con la mirada al frente, concentrada en Beverley, en la parte alta de su luna tatuada.

Beverley se detuvo en el túnel a esperarlo.

—Parece un sueño —le susurró al oído mientras los rostros impasibles de las estrellas del Tottenham pasaban a su lado—. Es un puto sueño, tío.

Una vez en el vestuario, Tom se sentó en su sitio. No podía concentrarse en la charla de Wilko. Todo a su alrededor parecía difuminarse. Se sentía alejado de todo, atrapado dentro de sí mismo. Wilko se acercó a él. «A este chaval. Dadle a él el balón.» Se alejó para hablar con la defensa, pero Tom no pudo oír lo que dijo después. Cuando levantó la cabeza, vio que Easter lo estaba mirando desde el rincón donde se encontraban los jugadores no convocados, así que la volvió a bajar, esperando a que sonara el timbre, deseando regresar al campo, deseando no haberlo abandonado.

Al comienzo de la segunda parte los sometieron a una presión brutal. El Tottenham salió con energías renovadas y, después de una transición muy rápida que los jugadores del Town —muchos de los cuales empezaban ya a flaquear— trataron de seguir inútilmente, mandaron un balón al palo. Los

gritos de la hinchada local se detuvieron, los seguidores del Tottenham despertaron. Cuando otro disparo de los Spurs salió rozando la portería, Bobby lanzó un grito de ánimo a sus compañeros, cada vez más encerrados atrás. Después se dio la vuelta y, con el puño levantado, dirigió otro al fondo sur. El público respondió al instante. Al ver que un delantero del Tottenham sonreía a uno de sus compañeros mientras se replegaban, Bobby le cortó el paso y se le encaró. El estruendo en la grada volvió a aumentar. El ritmo del partido se rompió, cada avance del Tottenham se veía interrumpido por un pie, un taco o una entrada fuerte.

Tom se quedó al margen, esperando. Podía oír los latidos de su corazón, pero se sentía concentrado, sereno, capaz de alejar de su mente cualquier cosa: aquel partido deslavazado, los rostros de sus padres, de su hermana, los asientos al borde de la tribuna para minusválidos, la enfermería, el césped.

Vio el hueco justo un segundo antes que su marcador. Salió como una exhalación hacia el espacio con el balón que le filtraba Gundi controlado. En ese momento —mientras corría hacia la portería y se libraba de su marcador—, volvía a estar en el colegio, en el parque, y lo único que sabía con certeza era lo que iba a hacer con la pelota. Disparó con rapidez, antes de que el portero pudiera tirarse al suelo, y ni siquiera vio la red moviéndose; lo único que vio fue la nuca enrojecida del guardameta, al público moviéndose frenéticamente y una botella de plástico girando en el aire en la que se reflejaban las luces del estadio. Desde algún lugar del fondo sur, cayó una pequeña nube de confeti, como si fuera un pájaro abatido. Entre aquel torbellino de ruidos y movimientos, Tom levantó la cabeza hacia el cielo oscuro y dejó escapar un grito que, aunque no podía oír, continuó saliendo de su pecho hasta que le quemó la garganta y se transformó en poco más que un aullido seco, hasta que las lágrimas empezaron a resbalarle por la cara mientras sus compañeros se le echaban encima y él se derrumbaba en el suelo.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría dar las gracias en primer lugar a Peter Straus. No llego a comprender muy bien cómo lo hace, pero lo que sí sé es que, gracias a su instinto y a su lealtad, yo he podido dedicarme a escribir con total libertad durante la última década y me siento inmensamente agradecido por ello.

En cuanto al libro, quiero dar las gracias a Michal Shavit, por lo mucho que creyó en esta novela; a Ana Fletcher, a Ellie Steel, a Kat Ailes y, por anticipado, a Joe Pickering de Random House, y a Ellah Allfrey y a Mary Mount de Penguin, cuya amistad y perspicacia valoro de manera muy especial.

También a Adam Brown, Sarah Boyall y Jonny Goldspink, por compartir conmigo sus experiencias, y a Adrian Hassell, por prestarme su oficina.

En cuanto al tema futbolístico, me gustaría mostrar mi agradecimiento hacia las siguientes personas por sus conocimientos y anécdotas: a Riz Rehman y a la Zesh Rehman Foundation, a Megan Worthing Davies, a la Justin Campaign, a Rob Hassell, a Trish Keppie y a Liam Davis. Y muy especialmente a Ian Darler y Max Rushden, que me contaron muchas más historias de las que yo podía procesar.

Gracias también a Alex Goodwin, Jason McKeown y Sheena Hastings, por facilitarme algunas de estas entrevistas.

Y, por último, gracias a B. P. y a J. G., por compartir conmigo su tiempo y sus conocimientos. Me habría encantado poder daros las gracias más adecuadamente, pero tenía miedo de que, debido a esa manera un tanto simplona de ver las cosas que es tan habitual en el ámbito del fútbol, se los

relacionase a ellos o a sus equipos con algunos de los pasajes más subidos de tono de esta novela. Con todo, el tiempo que pasé con vosotros fue esencial para comprender mejor este mundo.

Y gracias también, como siempre, a Tips.

NOTAS

[1]. En el fútbol inglés, a los chavales que han ido avanzando por las categorías inferiores de un club y demuestran tener cierto talento suele ofrecérseles a los dieciséis años una beca para continuar en el equipo dos temporadas más. Transcurrido ese periodo, el club vuelve a hacer una criba entre los becarios. A los que resultan seleccionados en este nuevo proceso, se les ofrece un contrato profesional. (*N. del t.*)

[2]. La estructura organizativa del fútbol británico se divide en dos grandes bloques. Por un lado, están las cuatro primeras divisiones de fútbol profesional, englobadas dentro de la English Football League, y por otro, las divisiones no profesionales de lo que se conoce como *non-league football*. La Conferencia Nacional es la primera división de este segundo bloque. En términos organizativos, se encuentra al mismo nivel que la primera división regional española, aunque en su caso tiene carácter nacional. De hecho, en la temporada 2015-2016 pasó a llamarse *Liga Nacional*. (N. del t.)

[3]. Juego de palabras entre *neeps* y *tatties*, nombres que reciben los purés de nabo y patata que siempre acompañan al *haggis*, un plato típico escocés, y *nips* y *titties*, términos del habla común para referirse a *pezones* y *pechos*. (*N. del t.*)

[4]. El Johnstone's Paint Trophy es un torneo eliminatorio que se disputa anualmente entre los equipos de las divisiones inferiores de la liga inglesa. En el año 2016 pasó a llamarse EFL Trophy. *(N. del t.)*

[5]. En Inglaterra es costumbre dar una gorra como señal de reconocimiento a los jugadores del equipo nacional cada vez que son seleccionados. (*N. del t.*)

[6]. El Ash United Football Club es un equipo de la liga regional inglesa. El Dog and Duck es un campo de fútbol situado en Wellingborough, una ciudad pequeña al norte de Northampton, en el que jugaban hasta el año 2017 el Wellinborough Redwell y el AFC Rushden and Diamonds, dos equipos de la liga regional inglesa. (*N. del t.*)

[7]. El Tottenham Hotspur ha contado desde su fundación en 1892 con un gran número de seguidores judíos. (*N. del t.*)

Un talento natural
Ross Raisin

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *A Natural*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Chris Steele-Perkins / Magnum Photos / Contacto

© Ross Raisin, 2017

© por la traducción, Íñigo F. Lomana, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2018

ISBN: 978-84-322-3397-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NARRATIVA
LITERARIA



¡Síguenos en redes sociales!

